LINA PEROZO ALTAMAR

LO QUE QUEDA DE *Nosotros*



PARÍS

LINA PEROZO ALTAMAR

LO QUE QUEDA DE Nosotros



PARÍS

Copyright © 2017 Lina Perozo Altamar
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca

Primera Edición: noviembre 2017.

ASIN: B0772DFS9P

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Epilogo



Para quienes siempre les dan una oportunidad a mis historias, viven y se emocionan con ellas, gracias por creer en lo que hago, se les quiere con el alma y el corazón.



A Dios por estar presente en mi vida y hacer magia en ella.

A mi familia que siempre me apoya, en especial a mi cómplice y hermana Lily Tattys, también a quien no está en cuerpo, pero sí en esencia.

A Jessica y Tania, gracias chicas por estar presente en otra de mis historias, por cuidar los detalles Jess y

Tania por ayudarme a escoger la portada más hermosa que puede tener esta historia.

A Georgina y Liz Gabriela por vivir esta historia desde su proceso, por ser las primeras en emocionarse y compartirme sus impresiones, gracias bellas.

A las chicas del equipo de preventa, que como siempre hacen una labor extraordinaria: Andrea, Dayana, Danitza, Evelin, Fátima, Fernanda, Gri Jessica y Pilarcita, muchas gracias por todo.

A todas las chicas que se animaron a participar en la cuenta regresiva con sus artes, todos bellísimo y que me hicieron sentir muy halagada y feliz, gracias con todo mi corazón.

Y por último gracias a cada una de ustedes por viajar una vez más conmigo en esta aventura, por enamorarse de estos personajes y querer saber un poco más de ellos, espero que disfruten del final, se les quiere.

Lina Perozo Altamar



Si me amas,
si realmente
me amas...
Pase, lo que pase,
no me importará

Édith Piaf

Capítulo 1

Londres, primavera de 1956.

Donatien Rimbaud caminaba de prisa por los pasillos de la prestigiosa Universidad de Oxford, le habían asignado las primeras horas de los lunes, lo que para un hombre de costumbres nocturnas como él era catastrófico, pero no podía hacer nada más, solo demostrarles que conseguiría cumplir a cabalidad con el horario y el cargo.

Iba cargado con un montón de materiales que se suponían debían estar en su salón de clases, tal y como había solicitado días antes; pero al ser el profesor más joven de la universidad, parecía que sus peticiones no eran tomadas en cuenta por el personal auxiliar de la escuela, mucho menos por sus colegas, quienes lo veían como un indeseable francés, que había llegado a arruinar el modelo educacional impartido durante siglos en Oxford.

—¡Dios santo! ¡Qué pesado es todo esto! Tengo suerte de que no hayan pedido la pieza original desde Florencia —comentó, esforzándose para sostener los materiales y abrir la pesada puerta de roble que daba al que a partir de ese día sería su salón.

Le fue imposible llevar a cabo esa maniobra, y en cuanto entró al salón, varios de los materiales que llevaba en sus brazos cayeron estrepitosamente al piso, haciendo que se llenase de frustración al ver el desastre a sus pies.

—¡*Merde*! —exclamó en francés, doblándose para recoger las cosas, ignorando las sutiles risas de burla que sus alumnas le dedicaban—. Eres un idiota Donatien.

—¿Me permite ayudarlo?

La voz más dulce que hubiese escuchado en su vida llegó hasta él, y sin perder un segundo elevó el rostro, para descubrir a quién pertenecía.

Su mirada celeste quedó hechizada por esa angelical, sensual y perfecta belleza que se había posado ante sus ojos, la cual desbocó sus latidos y puso a temblar todo su cuerpo.

—Muchas gracias —esbozó sin lograr apartar la mirada de ella, quien le entregaba la sonrisa más hermosa que hubiese visto antes —. Es usted muy amable señorita…

—Brown, Brigitte Brown. —Se presentó extendiéndole la mano, haciendo su sonrisa más efusiva.

—Es un placer. Soy el profesor Donatien Rimbaud —dijo y sin notarlo dejó caer el par de libros que le quedaba para recibir la mano que ella le ofrecía—. ¡*Démons*! No sé qué me pasa hoy… Por lo general no soy torpe. —Se sentía un estúpido, le estaba dando la más pésima de las impresiones a esa chica tan adorable.

—No se preocupe, todos tenemos días en los que las cosas no nos salen como deseamos. Lo ayudaré a llevar esto a su escritorio — acotó, dándole la espalda para caminar con las cosas hasta el mueble en medio del salón.

Donatien no pudo evitar que su mirada se quedara prendida del andar sensual y elegante de aquel ángel. Suponía que, de existir esas criaturas creadas por Dios, de exquisita belleza y armonía debían parecerse mucho a Brigitte Brown.

Se enderezó con rapidez, al tiempo que se reprochaba por mirarla de esa manera. Esa joven era una estudiante, y él tenía tajantemente prohibido darle otro trato que no fuese el de alumna y profesor.

Se obligó a apartar su mirada de la señorita Brown y a posarla en el resto de las chicas que comenzaban a ocupar sus asientos, algunas todavía se reían de su torpeza y lo miraban de soslayo.

No tardó mucho en identificar la burla en sus expresiones y sus miradas, pero también le fue fácil adivinar el deseo en las mismas. Eso lo hizo sentirse un tanto incómodo, ya que no estaba ignorante de la causa que hizo que el antiguo profesor de esa materia fuera despedido de la universidad: su *affaire* con una de las alumnas, la que también había sido expulsada fue de conocimiento público.

—Muchas gracias señorita Brown —mencionó dedicándole una sonrisa amable.

—No ha sido nada profesor, iré a ocupar mi asiento para que pueda iniciar —respondió y se alejó.

Donatien una vez más reprimía sus pensamientos y apartaba con rapidez su mirada del balanceo que hacía la delicada tela de la falda negra que vestía la señorita.

Se enfocó en organizar su material de apoyo; tenía una caja llena de fotogramas que le habían facilitado para dar la clase, pero prefirió llevar una copia en lienzo de la pintura que presentaría esa mañana. No había nada como sentir la textura de la pintura sobre el cáñamo.

—Buenos días señoritas, bienvenidas a la cátedra de Expresión Artística, mi nombre es Donatien Rimbaud, y a partir de hoy seré su profesor.

Se presentó mostrándose formal, manteniendo las miradas llenas de curiosidad de sus alumnas, luego caminó para acercarse al caballete donde puso el lienzo que había cubierto con una tela blanca, para no revelar todavía de cuál obra se trataba, le gustaba el elemento sorpresa.

—¿Alguna podría recordarme en qué estación estamos?

—¿Acaso no es la misma que tiene Francia? —bromeó Iris, una de las chicas más populares de la universidad. Su padre era un conde.

Su comentario desató las risas de las demás estudiantes, causando un leve sonrojo en el profesor, lo que le causó a Brigitte cierto pesar. No era justo que se burlasen de él, así que salió en su auxilio. Elevó su mano, para pedir el derecho a la palabra y responder.

—Estamos en primavera profesor —respondió, ignorando las miradas de burlas que le dedicó el grupo de Iris, al arruinar la broma de la odiosa rubia.

—Muchas gracias señorita Brown… Primavera, una de las estaciones más retratadas por los grandes artistas, pero ninguno de ellos lo hizo con la magnificencia, la gracia, el detalle y el esplendor con que el gran maestro Sandro Botticelli la plasmó en: « *Alegoría de la primavera»*.

Tras decir esas palabras retiró la tela que cubría la copia de esa obra de arte, al tiempo que mostraba una gran sonrisa, pues solo apreciar esa copia en miniatura lo emocionaba.

La exclamación generalizada no se hizo esperar, las alumnas se asombraron al tener ante ellas la pintura; muchas se levantaron de sus sillas para poder observarla mejor, pero otras solo se mantuvieron en sus sillas, sin dejarse impresionar.

—¿Es la real? —preguntó Francis, una chica que venía de un pequeño poblado en Derbyshire, cuya familia se había hecho rica gracias al ganado y la siembra.

Una vez más el salón se llenaba de risas ante la ignorancia de la chica, varias de las damas que se encontraban en el lugar habían tenido la oportunidad de viajar por las grandes ciudades de Europa, pero Francis apenas había salido de su pueblo para ir a estudiar.

—Lamento decepcionarla, ¿señorita…?

Donatien se interrumpió, sonriéndole y pidiendo en silencio que le dijera su apellido.

—Connery, soy Francis Connery.

—Bien señorita Connery, lamento defraudarla, pero esta es una copia. Yo solo no podría cargar con la original, es muy pesada además de grande… Y dudo mucho que los *italianos* me permitan sacarla de la galería *Uffizi* —comentó en un tono divertido, para aligerar la pena de la estudiante.

Francis se sonrojó, pero no pudo evitar sonreír ante el encanto del profesor Rimbaud, así como tampoco lo hizo Brigitte, quien de inmediato supo que ese profesor le daría grandes lecciones en su vida, lo presentía.

El tiempo se le fue volando, nunca imaginó que su primera clase lo dejaría tan satisfecho; había solicitado ese trabajo con otros propósitos, como entablar relaciones con personas pudientes y amantes del arte, quienes pudieran comprar sus cuadros o financiar su tan anhelada exposición, pero no por el interés de enseñarle a unas cuantas chicas ricas a apreciar el verdadero arte.

Sin embargo, algunas de ellas le habían demostrado que sí merecían el esfuerzo de enseñarles, se les notaba un legítimo interés por la pintura; incluso, un par de ellas habló de técnica y estilo, de otros artistas que habían intentado imitar ese cuadro de Botticelli sin grandes resultados.

Así que ante ese entusiasmo y la petición de muchas para que les presentara *El nacimiento de Venus*, accedió a hacerlo en la próxima clase.

—Señorita Brown, ¿me permite un momento por favor?

Él la detuvo antes de que saliera del salón junto a sus compañeras, necesitaba poder disfrutar unos instantes más del brillo de esos ojos grises que desbocaban sus latidos, aunque eso sonase como una locura, pues nunca antes otra mujer le había producido esa emoción, al menos no en tan poco tiempo.

—Por supuesto profesor —respondió, mirándolo a los ojos con algo de desconcierto; después se volvió a mirar a sus amigas—. Chicas, ¿me esperan por favor? Enseguida las alcanzo.

—Claro Brit, no tardes —dijo Mariam, mirando al atractivo hombre con algo de picardía.

—No lo haré —sentenció, pues no le pasó desapercibida la actitud de su amiga; ella no era como la descarada de Antonieta, eso debía dejarlo claro—. Bien profesor Rimbaud, usted dirá en qué puedo ayudarlo.

—Bueno…, no quiero que piense que deseo abusar de usted… —Vio que ella se tensaba, y supo que no había utilizado las palabras correctas—. Disculpe, quise decir… abusar de la ayuda que me brindó hoy. Se suponía que todo esto debía estar aquí en el salón, dispuesto para cuando yo llegase, pero el personal encargado de ello no hizo su trabajo, y… al parecer, tenemos dificultades en la comunicación. —Se interrumpió sin saber cómo continuar.

—¿Necesita una auxiliar? —concluyó ella lo que a él le costaba tanto expresar.

—¡Sí, eso! Sé que muchos profesores los tienen, y la verdad me apena mucho tener que recurrir a uno, pero en vista de lo de hoy…, creo que tendré que hacerlo —acotó mirándola fijamente.

—Comprendo… Bueno, yo podría ayudarlo en nuestras clases, no tengo problema con ello, siempre y cuando no se le ocurra traer la pintura original de «El nacimiento de Venus», porque tendrá que pedirle ayuda a tres obreros como mínimo —mencionó entregándole una linda sonrisa, pero en sus ojos bailaba una risa más efusiva y la picardía.

La expresión en los labios de Donatien fue mucho más entusiasta, casi fue una risa, y negó con la cabeza mientras miraba la hermosa piel de la señorita Brown; era tan blanca y lisa como el lienzo, pero podía jurar que debía tener la suavidad de la seda.

—Le prometo que solo traeré una copia más pequeña, y la cargaré yo… Muchas gracias por brindarme su ayuda señorita Brown. —Le extendió la mano, perdiéndose en el gris azulado de su mirada —. No le robo más tiempo.

—Es un placer profesor… Que tenga un buen día. —Soltó su mano del agarre cálido y algo áspero, sobre todo al sentir que su cercanía la intimidaba.

—Claro…, claro, muchas gracias por aceptar señorita, que tenga linda mañana —dijo para despedirse, y la vio salir por la puerta embelesado—. ¿Linda mañana? ¡Por Dios Donatien! ¿Le deseaste una linda mañana? Eso fue… tan estúpido, ahora debe estar pensando que eres amanerado. —Se reprochó llevándose las manos al rostro, para esconder su vergüenza.

Pensó que lo mejor que podía hacer era salir de ese lugar y dedicarse a otras cosas, para olvidar lo bochornoso que era imaginar lo que ella debía estar pensando de él.

Abrió la puerta, consiguiendo hacerlo sin dejar caer sus materiales, lo que por lo menos le brindó algo de satisfacción.

Miró a su alrededor, buscándola de manera inconsciente; cuando dio con ella, notó que estaba reunida con un grupo de chicas, quienes al notar su mirada sobre Brigitte Brown comenzaron a reír por lo bajo, intentando disimular; esos gestos solo aumentaron la pena en él, así que apartó la mirada con rapidez y retomó su camino.

—¡Brit!

Escuchó la voz de un hombre llamarla, por lo que de inmediato su instinto hizo que levantara el rostro y su mirada la buscara. Vio a un joven alto, de tez blanca, figura atlética, cabello oscuro y barba cerrada que caminaba hacia ella; pero fue Brigitte quien terminó de acortar la distancia, lanzándose en los brazos de aquel joven, que la recibió con un beso en los labios.

Algo muy profundo dentro de Donatien se resquebrajó en ese momento; incluso, creyó escucharlo. Fue como ese sonido que

hacían las hojas secas en otoño, cuando las personas caminaban sobre ellas.

Sí, justo así crujió algo dentro de su pecho al ver el beso que Brigitte Brown le entregaba a otro hombre.

Capítulo 2

Las entusiastas risas de Brigitte y Margaret lo sustrajeron de sus recuerdos, ni siquiera se había dado cuenta del momento en que se perdió entre ellos o qué lo llevó al pasado; quizás fue escuchar a las chicas hablar de su tiempo en la universidad.

Les respondió con una sonrisa, aunque no supiera a qué se debían sus risas. Dobló la hoja de papel donde había estado trazando un boceto de las manos de Brigitte junto al trozo de carboncillo que usó para ello y lo guardó en la carpeta de cuero negro que estaba sobre la mesa.

—¿Qué has estado dibujando? —preguntó Margaret, mirándolo con suspicacia.

—¿Podrías contener tu curiosidad prima? —Le pidió Brigitte, a quien le seguía resultando molesto que ella se mostrara tan osada con él.

—Me estás pidiendo algo muy difícil Brit. Yo, al igual que ustedes, soy una artista; somos curiosos por naturaleza, ¿no es así Donatien? —inquirió, sonriéndole.

—Tienes razón…, pero temo que es solo un boceto, y como ya sabrá «señorita artista», nosotros nunca mostramos los bocetos, sino la obra terminada —respondió, entregándole una sonrisa y evadiendo de manera amable la pregunta, para no delatarse.

—¡Jaque! —exclamó Margaret, ensanchando su sonrisa. A ella no le hacía falta que le dijera lo que dibujaba, ya lo sabía porque lo había estado observando—. Tampoco me gusta mostrar mis bocetos, siento que son muy míos… casi íntimos, ¿no lo crees? —Quería obtener su presa.

—Ciertamente. Bueno chicas, me apena, pero debo retirarme, tengo mucho trabajo pendiente; y si deseo presentar la exposición este otoño necesito avanzar; de lo contrario, será el próximo año. Así que les pido perdón por tener que dejarlas, pero el deber me llama

—anunció poniéndose de pie, al ser consciente de que debía escapar de allí antes de que Margaret terminara exponiéndolo.

Ni siquiera sabía por qué le tenía tanto miedo a eso, en el fondo deseaba que Brigitte se enterara de que ella era su musa, que supiera que la amaba tan profundamente; tanto, que su exposición, a la que había titulado: «Las estaciones del amor», estaba inspirada en ella.

Temía que toda esa devoción, si era entregada de golpe podría terminar asustándola, y no quería eso.

Sabía que para algunas personas no resultaba fácil lidiar con la admiración, y algo le decía que Brigitte era de ese tipo; había notado que le incomodaba cuando un hombre en la calle o él mismo le hacían ver lo hermosa que era; casi podía jurar que no lo creía verdad.

Era como si se creyese una mujer poco agraciada, sin brillo, sin magia; alguien gris. Eso era lo que percibía, y cada vez que sucedía se llenaba de rabia e impotencia al pensar que el culpable era el imbécil de Timothy Rumsfeld, que él destruyó su confianza.

—Por favor Donatien, no tienes que disculparte con nosotras; por el contrario, perdónanos por robarte tanto tiempo —pronunció Brigitte, levantándose también.

—No tengo nada que perdonarles, ojalá pudiera dedicarme por entero a… ustedes. —Logró corregirse antes de cometer una tontería.

—Eres tan encantador…, aunque estoy segura de que tendrás mejores cosas que hacer que escuchar a dos chicas criticar los peinados, vestidos y las manías de otras. Así que no sigas perdiendo el tiempo aquí, ve a seguir trabajando en tu obra —expresó Margaret, mostrando un intenso brillo en su mirada azul, que desbordaba picardía.

—Espero que sea de su agrado cuando la vean —dijo él con algo de timidez, sin poder evitar mirar a su musa.

—¡Por supuesto que nos gustará! —Brigitte llevó su mano hasta la de Donatien y le dio un suave apretón, al tiempo que le entregaba una tierna sonrisa.

—De eso no me queda la mejor duda —acotó Margaret, notando cómo él reaccionaba ante un simple toque de su prima. Ese hombre realmente estaba enamorado.

Brigitte y Margaret también dejaron el café, no tenía sentido continuar en ese lugar sin Donatien, fue él quien las invitó a almorzar, y fueron ellas quienes terminaron excluyéndolo y hablando de tonterías.

—Odio tener que hacer maletas, debería haber contratado a alguien para que lo hiciera por mí. —Se quejó Margaret entrando al apartamento, dejando su bolso sobre la mesa junto a la puerta.

—Es tu culpa, solo tú eres capaz de llenar tres maletas para pasar una semana en Londres, ya te lo dije antes, me parece una exageración —comentó Brigitte extendiéndole un vaso con agua cuando se apoyó en la barra de la cocina.

—Sabes que soy muy indecisa con la ropa, así que prefiero llevar la suficiente y no quedarme sin nada que ponerme; además, quiero lucir todas las prendas parisinas que he comprado, son hermosas.

—Bueno, entonces no te quejes y empieza a hacer esas maletas ya, recuerda que debes estar mucho antes en el aeropuerto de lo que acostumbrabas estar en la estación de trenes. —Le recordó, pues su prima viajaría en avión.

—Está bien…, está bien, ya voy. Cada día te pareces más a tía Karla —murmuró, frunciendo sus labios en una mueca muy infantil.

—Te escuché. —Le hizo saber Brigitte desde su habitación, mientras se cambiaba de ropa.

—¡No puede ser! Me sorprende la capacidad auditiva que tienes, deberías trabajar en alguna revista de sociales, ya ves que ese es uno de los requisitos más importantes que piden, y tú lo tienes.

—Muchas gracias por la oferta, pero no me interesa. Me siento feliz en el Louvre.

Brigitte salió de su habitación y caminó hasta el salón, quería observar el atardecer desde el gran ventanal, para seguir con su pintura. Desde hacía un mes, cuando celebró su cumpleaños había comenzado a pintar. Donatien le regaló todo lo necesario para que iniciara: un lienzo, el caballete, los pinceles, las pinturas.

Dejó ver una sonrisa al recordar cuánto se había emocionado ante ese gesto; tanto, que terminó llorando de felicidad y de nostalgia, porque le dolió recordar que el primero en regalarle una paleta de colores y pinturas había sido Timothy, en cuanto entró a la universidad.

Aunque en ese entonces su exnovio no sabía que ella debía comenzar a hacer trazos con carboncillo y no con pinceles ni pinturas, él igual había hecho su mejor esfuerzo para hacerla feliz, para demostrarle que la apoyaba en su decisión de estudiar arte, para que sintiera que creía en su talento, que creía en ella.

—¡Ay por favor Brigitte! Ya basta…, si sigues de esa manera nunca conseguirás olvidarlo. Recuerda lo que te prometiste; has avanzado mucho hasta ahora, no lo eches a perder por tontos recuerdos… Olvídate ya de todo lo que hizo, olvídate de él.

—Aún no me he ido, ¿y ya estás hablando sola? —mencionó Margaret en un tono casual, queriendo hacerle creer que no la había escuchado.

—¿Por qué no te ofreces tú para la vacante en la revista? También tienes muy buen oído.

—Porque yo, querida prima…, prefiero ser la noticia, en lugar de escribirla —respondió sonriéndole de manera encantadora y se dejó caer en el sillón frente a Brigitte, mientras encendía un cigarrillo y abría un poco la ventana.

—Odio el olor del tabaco, pero sé que voy a extrañarlo cuando no estés aquí.

—¡Vaya, qué cumplido! En lugar de decir que me extrañarás a mí. —Se quejó dándole una calada y soltando el humo en una columna sobre su cabeza.

—No es lo que quise decir, sabes que será a ti a quien extrañe… Y a todas tus manías. —Se movió para mirarla.

—Solo me voy por una semana, y si tanto vas a extrañarme, ¿por qué no me acompañas?

—Ya hablamos de eso y sabes cuál es mi respuesta. —Se escondió de nuevo detrás del caballete.

—No, sé cuál es tu excusa… Puedes pedir una semana en el trabajo y no te la negarán, ellos están encantados contigo. —Volvió a

llevarse el cigarrillo a los labios.

—Pero no quiero hacerlo, apenas llevo seis meses allí Maggie, siento que sería abusar de la confianza que me han brindado; además, las veces que Allan o mis padres han venido he cambiado turnos con mis compañeras, para estar con ellos.

—Todas esas siguen siendo excusas. ¿Por qué no afrontas la verdad? ¿Por qué no dices que temes regresar a Londres y encontrarte con Timothy? —cuestionó con la mirada fija en ella, y la vio esconderse una vez más tras ese maldito lienzo.

—Eso no tiene sentido, él no está en Londres… Regresó a América para ocupar su puesto de auxiliar en Harvard —contestó sin poder esconder su resentimiento.

—¿Y cómo sabes eso? —inquirió su prima.

—Porque era lo que más deseaba, seguramente lo hizo. Mi vida no se detuvo, y supongo que tampoco la de él. Mejor cambiemos de tema, sabes que no me gusta hablar de eso —mencionó en un tono de voz serio.

—Como quieras, pero creo que sería bueno que regresaras y enfrentaras tus miedos; no deberías dejar que Timothy Rumsfeld siga dictándote lo que debes o no hacer; superarlo ya Brigitte.

Su prima se quedó en silencio, dándole a entender que no hablaría más del tema, que seguiría rehuyéndole.

Margaret dejó libre un suspiro pesado, se puso de pie y se marchó a su habitación; tenía tres maletas que preparar y un avión que tomar al día siguiente.

Ella no podía entender que el tiempo solía transcurrir demasiado lento para quienes intentaban superar el pasado y viejos amores, para quienes se veían obligados a luchar día a día por crear una mejor versión de ellos mismos, una que los hiciera sentirse orgullosos de quiénes eran y lo que tenían. Ese era el caso de Brigitte.

Estaba poniendo todo su empeño para no defraudar a las personas que la animaban cada día. No solo eran Donatien y Margaret, su familia también seguía apoyándola; habían viajado un par de veces a visitarla.

—Sé que debo salir adelante…, solo necesito tiempo, solo eso… Si pudieran comprenderlo —susurró.

Una vez más las lágrimas se desbordaban y corrían por sus mejillas, trayendo consigo la imagen del hombre al que deseaba olvidar con todas sus fuerzas, pero el que seguía aferrándose a su alma sin piedad, de una forma incontrolable.

Capítulo 3

Timothy se encontraba sentado en una de las mesas al fondo del Café Pamplona, ubicado en la esquina Harvard. Había citado en ese lugar al detective Dawson, quien acababa de llegar del viejo continente para entregarle un reporte.

Una mujer de unos cuarenta años, con la piel tostada por el sol, cabello oscuro y risueños ojos verdes dejó frente a él ese famoso café expreso con crema, del que tanto se jactaban los bostonianos, diciendo que eran los únicos que lo podían prepararlo de esa manera.

—Muchas gracias —dijo tomando la cucharilla, mezclando la crema con el oscuro color del café y la espuma de un marrón más claro.

—¿Desea algo más doctor Rumsfeld? —pronunció Josefina, la española dueña del local, al tiempo que le entregaba una sonrisa amable.

—No, muchas gracias —respondió intentando ser cortés, pues cada día se sentía más amargado y le costaba tratar bien a las personas que lo rodeaban. Estaba furioso con todo el mundo.

—Entonces me retiro, pero si cambia de opinión solo tiene que pedirlo. —Se alejó pensando que era una lástima que un hombre tan apuesto fuese tan seco y frío.

Timothy le dio otro sorbo a su café y después miró la hora en su reloj de pulsera, un hermoso y lujoso *Patek Philippe*, que su padre le había regalado.

—Odio tener que esperar —murmuró reclinándose en la silla y cruzándose de brazos al tiempo que posaba la mirada en la puerta, reforzando su paciencia.

A los pocos segundos y como si el hombre hubiese adivinado que empezaba a molestarse apareció por la puerta del local; caminaba de prisa, buscándolo con la mirada.

Timothy le hizo una señal con la mano, era lógico que en un local lleno de estudiantes fuese un poco complicado dar con él, solo lo había visto un par de veces.

—Buenas tardes señor Rumsfeld, le pido disculpas; me he confundido con los nombres de las calles y terminé extraviado a pocas cuadras de aquí. —Se excusó extendiéndole la mano.

—No se preocupe, tome asiento; y por favor, dígame que ha conseguido algo bueno —demandó de inmediato, porque la ansiedad dentro de él estaba a punto de romperlo en pedazos.

—Lamento decepcionarle, pero… —Iniciaba su relato cuando fue interrumpido.

—¿Qué quiere decir? Explíquese —Timothy casi se abalanzó sobre él, demostrando su desesperación, pero al ver la cara de sorpresa del hombre retrocedió e intentó calmarse—. Por favor, continúe.

—Bueno, verá… Fui a cada una de esas ciudades que usted me pidió visitar, hablé con algunas de las compañeras de clases de la señorita Brown, intentando ser muy discreto, como me lo pidió… Pero no pude obtener información de ella. Nadie la ha visto desde días antes de la graduación; en realidad, ella ni siquiera llegó a asistir a ese acto, y hasta el momento no ha retirado siquiera su diploma de la universidad —explicó con un tono muy formal, mirándolo a los ojos.

—¿Está seguro? —preguntó desconcertado, pensó que al menos Brigitte se llevaría su título.

—Sí, tengo un amigo dentro del departamento que lo entrega, y me lo ha confirmado.

—Bien, ¿y qué pasó con lo demás? Los otros datos que le di… sobre su familia —cuestionó, necesitaba saberlo todo, necesitaba encontrarla, ya no soportaba un día más lejos de ella. Si no lo hacía pronto, terminaría volviéndose loco.

—Los padres de la señorita Brown han viajado varias veces desde que regresaron a principio de año, pero sus destinos han sido diversos.

—¿Ha estado Inglaterra entre ellos?

—Sí, aunque por pocos días…

—¿Cuáles han sido las ciudades que han visitado?

—En Inglaterra unas tres o cinco ciudades, pero ya he ido a todas ellas y en ninguna he conseguido a la señorita Brown o algo que me pueda llevar a ella. He seguido a sus padres como me lo ordenó, pero todo ha sido… en vano. —Le costaba admitir eso, pero en una profesión como la suya, la sinceridad era vital.

—Maldita sea… ¿Dónde se pudo haber metido? —murmuró, dejándose llevar por la desesperación.

—Si desea mi consejo profesional, creo que pierde su tiempo buscándola en Inglaterra. Su… amiga no se encuentra allí. Creo que ni siquiera en Europa, porque los viajes de los padres son cortos, y por lo que pude averiguar, el hermano solo está haciendo negocios, algo relacionado con la empresa familiar —mencionó, mirándolo fijamente.

—¿Eso cree? ¿Que ellos no se ponen en contacto con Brigitte cuando viajan a Europa? —inquirió frunciendo el ceño. Le resultaba extraño que viajaran tanto, cuando antes no lo hacían con esa frecuencia, y tenían motivos para ello.

—A lo mejor la señorita Brown regresó a América… —indicó encogiéndose ligeramente de hombros.

—No lo creo… De haberlo hecho me hubiese enterado. Tengo… personas que me informarían de ello.

Timothy estuvo a punto de decirle que le pagaba a un grupo de hombres para que hicieran guardia cada cierto tiempo en las residencias de los Brown. Sabía que Brigitte no estaba en alguna de esas casas; porque incluso él, en las pocas veces que había podido ausentarse de Harvard había ido hasta allá, para comprobarlo con sus propios ojos.

Sin embargo, no quería parecer un maldito psicópata delante del detective Dawson; así que no podía darle esa información. Después de todo, no sabía qué tanto podía confiar en el hombre.

Debía recordar que el hermano de Brigitte seguía teniendo muchos contactos, por su papel en la guerra como espía de Los Aliados.

—Si quiere mi consejo…

—Por supuesto. —Posó la mirada en él y asintió con un movimiento rígido de cabeza.

—Creo que debe dejar que las cosas se calmen un poco señor Rumsfeld, permita que los Brown se confíen, que bajen la guardia. Pues hasta el momento, han sido muy cuidadosos con sus movimientos; y no es de extrañar que ellos sepan que usted los está vigilando —comentó aquello que había notado mientras seguía a la familia de la chica.

—¿Cree que ellos sospechen lo que hago? —inquirió, sintiéndose de pronto alarmado, no quería dañar aún más la relación con la familia de Brigitte. Sabía que necesitaría del apoyo de ellos cuando la encontrase.

—Por la forma en cómo se comportan sí, puedo casi asegurarlo. Verá señor Rumsfeld, siempre abordan trenes en horarios distintos, algunas veces viajan en avión; otras, el señor Allan se queda en Londres, y sus padres se van primero o viceversa. Es eso lo que me revela que ellos saben que están siendo vigilados, y por eso cuidan cada paso que dan.

—¡Lo ve! Eso solo me confirma que se ven con Brigitte cada vez que viajan a Europa, ella sigue allá… De otra forma no tendría lógica su comportamiento.

Timothy se mostró eufórico, era la primera certeza que tenía y eso lo ponía feliz. Brigitte seguía en Inglaterra, quizás estaba en el mismo Londres, a lo mejor nunca se marchó, solo se escondió de él, pero su familia sabía dónde estaba; ellos lo sabían.

Tenía que hablar de nuevo con Allan, y si no conseguía nada de él hablaría con Karla. La madre de Brigitte debía ser más sensata, no podía permitir que su hija se crease una mala reputación por romper un compromiso de años.

—Viéndolo de esa manera tal vez tenga razón; sin embargo, creo que lo mejor será que haga lo que acabo de sugerirle. Deje que ellos piensen que usted se olvidó del asunto. De lo contrario, esta búsqueda podría llevarnos meses, quizás años… —acotó, manteniendo su postura profesional. No era de los hombres que le gustaba perder el tiempo, y sabía que la investigación que le pedía el señor Rumsfeld no lo estaba llevando a ningún lado.

—No lo sé…, creo que estamos muy cerca; quedarnos de brazos cruzados sería retroceder y abandonar todo lo que hemos

conseguido hasta el momento. Tal vez debamos seguir adelante, mantenerlos alerta y esperar a que alguno de ellos cometa un error. —De pronto, Timothy recordó algo que alentó mucho más sus esperanzas y miró al hombre a los ojos—. Me ha hablado de los padres y del hermano de Brigitte, pero ¿qué ha pasado con Margaret?, ¿recuerda que le di los datos y una fotografía de su prima?

—Sí, lo recuerdo, una joven muy hermosa, de cabellera pelirroja.

—¿Acaso la ha visto encontrarse con ellos en algún lugar? —preguntó, sintiendo que el corazón le latía muy rápido; esa podía ser la respuesta definitiva.

—No, en el tiempo que llevo siguiéndolos… solo he visto a los miembros de la familia que ya le nombré —respondió Dawson, notando hacia dónde iban las conclusiones de su cliente.

—¡Es lo que sospechaba! —expresó como si hubiese hecho el más grande de los descubrimientos—. Donde esté Margaret Milton también estará Brigitte. Mi novia…, es decir, la señorita Brown está muy apegada a su prima. Vivían juntas en Londres y seguro lo siguen haciendo donde quiera que estén. Eso se lo puedo apostar —dijo con convicción.

—¿Qué sugiere entonces? —inquirió el detective, notando la nueva resolución en Timothy.

—Que su investigación se centre de ahora en adelante en Margaret Milton, estoy seguro de que dar con ella será más fácil. Tenía muchas amigas en Londres, iba de fiesta en fiesta, y fue… cortejada por varios caballeros. Su vida social era más activa que la de Brigitte. Una vez que demos con su paradero, le aseguro que también daremos con el de la señorita Brown —explicó todo muy claro, para que el hombre no perdiera tiempo y se pusiera a trabajar en ello.

—Eso implicaría trasladarme de nuevo a Inglaterra.

—Lo sé y le pagaré lo que sea necesario; el doble de sus honorarios si lo requiere, pero es imperativo que usted encuentre a la señorita Milton y me reporte su ubicación; de lo demás me encargaré yo —ordenó sin titubear, pues sabía que el dinero convencería al detective.

—Entonces cuente con ello, regresaré a Inglaterra la próxima semana.

—¿Una semana? —preguntó algo desconcertado, esperaba que saliera al día siguiente.

—Así es señor, estuve casi tres meses allá; apenas he pasado tiempo con mi familia —indicó, mientras se ponía de pie; al parecer, al chico se le olvidaba que él también tenía una vida y una familia con la cual compartir.

—Comprendo, solo manténgame informado por favor. —Timothy también se levantó para despedirse.

—Siempre lo hago señor Rumsfeld… Por cierto, lo olvidaba… —mencionó abriendo su portafolio—. Estas son unas fotografías que le tomé a los Brown, quédese con ellas y obsérvelas, tal vez reconoce a alguien en esas imágenes que puedan llevarlos a la señorita Brigitte. —Le extendió un sobre amarrillo con al menos tres docenas de fotografías.

—Muchas gracias —dijo Timothy al recibirlas.

—Es mi trabajo. Seguimos en contacto. —Se despidió el hombre, tocando con una mano su sombrero.

—Que tenga buen día detective.

Timothy vio salir al hombre y después de eso su mirada se posó en el sobre en sus manos, las cuales temblaron, revelando la ansiedad y los nervios que lo recorrían. Buscó la hora en su reloj y está marcaba las tres de la tarde, debía volver a su oficina en la universidad y dejar las fotos para después, cuando estuviese en su apartamento.

Capítulo 4

Brigitte se despedía de Margaret en la puerta de su edificio, no podía acompañarla hasta el aeropuerto porque debía entrar al Louvre en media hora. Pero la ayudó a cargar las tres maletas que llevaría, las mismas que seguía considerando una exageración por parte de su prima.

—¿Estás segura de que solo te quedarás una semana? —preguntó, no porque quisiera confirmar la información, sino para hacerle ver que llevar tanta ropa era una locura.

—Sí, no tienes por qué preocuparte, me tendrás aquí de regreso en ocho días. Solo iré por los bocetos que dejé en los talleres de Oxford y tu título de graduación. Tal vez salga a alguna fiesta con las chicas y nos pongamos al día… No es que aquí la pase mal, pero extraño los pubs de Londres; así que aprovecharé para visitarlos —contestó, acomodándose el bonito sombrero azul marino que llevaba.

—Recuerda que nadie debe saber nada de mi paradero, no puedes decírsele a nadie Maggie.

—Ya lo sé, puedes estar tranquila, que no diré nada; mis labios están sellados. —Hizo el gesto con sus dedos, como si acabara de cerrarlos con una cremallera.

—¡Gracias! —expresó Brigitte sonriéndole y se acercó para abrazarla—. En serio, voy a extrañarte mucho, estoy demasiado apegada a ti. Seguramente el apartamento me resultará enorme cuando regrese por las tardes y no te encuentre —agregó sin soltarse del abrazo.

—Tonterías, tendrás a Donatien contigo… Pueden salir a comer, a pasear… o hasta ir a bailar. Ahora que sabemos que es un excelente bailarín, debes aprovecharlo —dijo alejándose para mirarla a los ojos.

—No quisiera causarle distracciones, ya viste que nos dijo que va atrasado con su exposición… Y pedirle que salga conmigo sería

quitarle tiempo.

—Pues estoy segura de que estaría encantado de darte todo su tiempo; es más, si por él fuera, viviría bajo tu mismo techo, para disfrutar de tus encantos todos los días. —Su mirada desbordaba picardía, y su sonrisa también.

—¡Margaret! ¡Deja de decir esas cosas! —Se quejó esquivándole la mirada, al tiempo que sentía sus mejillas encenderse ante el sonrojo.

—¿Por qué? ¿Acaso me dirás que no has notado que Donatien Rimbaud está loco por ti? —cuestionó arqueando una de sus finas y perfectas cejas.

Brigitte abrió sus labios para darle una respuesta, pero por más que buscaba algo no sabía qué decir; y su voz también había desaparecido. Aunado a eso, la mirada escrutiñadora de Margaret la ponía mucho más nerviosa. Por suerte vio que el taxi que había pedido al fin llegaba y sintió cómo la colmaba el alivio.

—Llegaron por ti —dijo saliendo de prisa.

—Salvada por la campana primita, pero no siempre será así. Ya me encargaré de que admitas que eres consciente de lo que siente Donatien…; y sospecho que tú comienzas a sentir lo mismo —mencionó para ella misma, pues Brigitte ya se había alejado, llevando una maleta para entregársela al chofer.

Se despidieron con besos y abrazos, prometiendo que se cuidarían y estarían en contacto por teléfono. Brigitte vio el auto marcharse y emprendió su camino hasta el museo.

El viaje en avión desde París a Londres fue una experiencia maravillosa y la vez aterradora para Margaret, era la primera vez que cubría ese trayecto en una aeronave, y los fuertes vientos en la frontera entre Francia e Inglaterra, que por lo regular eran fuertes viajando en barco, se podían sentir mucho más haciéndolo por aire.

Aunque el trayecto desde el aeropuerto Heathrow hasta la mansión de los Brown en Knightsbridge era un poco más largo del que debía hacerse desde la Estación Victoria, viajar en avión fue maravilloso, no era ni siquiera mediodía y ya se encontraba en Inglaterra.

—Hemos llegado señorita. —Le anunció el chofer, deteniéndose frente a la hermosa fachada clásica.

—Muchas gracias Karl. Por favor, pide que suban mi equipaje a mi habitación… Iré a caminar un poco por el jardín, necesito estirar las piernas —dijo bajando del auto.

Cuando entró fue recibida por el ama de llaves, quien la puso al día con algunos asuntos de la casa; le entregó un par de cartas de sus tíos y las llaves de su antiguo apartamento, el que habían enviado a limpiar, pensando que ella quizás prefería quedaría allí y no en la mansión.

—Muchas gracias Harold —dijo recibiendo el manojo de llaves.

—¿Desea algo especial para cenar esta noche señorita o lo hará afuera? —inquirió con su formal tono de siempre.

Margaret se quedó pensando unos segundos, mientras veía las llaves en su mano; tal vez debería aprovechar para salir esa noche con sus amigas o quizás fuese mejor descansar y hacerlo al día siguiente; después de todo, tenía una semana para disfrutar de la vida nocturna de Londres.

—Me quedaré esta noche en casa Harold. Dile a Thea que prepare cordero al vino por favor, tengo meses sin probar uno como el de ella. Los franceses conocerán de sus comidas, pero no de los platillos ingleses —dijo sonriéndole al hombre y después subió a su habitación.

A la mañana siguiente, cuando despertó después de dormir más de diez horas, se sentía renovada y con unas ganas inmensas de vivir Londres. Se puso de pie y caminó hasta el ventanal, lo abrió y dejó que su habitación se llenase de luz; respiró profundo para llenarse los pulmones del aire fresco de la mañana y cerró los ojos.

Enseguida la imagen de un hombre se apoderó de sus pensamientos, tal y como había venido haciendo desde hacía meses; para ser más precisa, desde que lo vio por última vez salir furioso de su apartamento, cuando se negó a casarse con él.

Aunque odiaba admitirlo, el tiempo no le había ayudado a olvidarse de Paul, seguía recordándolo y extrañándolo; los eventuales amantes que había tenido en París no habían logrado conseguir que superara al inglés.

—¡Por Dios! Ya deja de pensar en él… Criticas a Brigitte porque sigue aferrada a la imagen de Timothy, pero tú no puedes olvidarte de ese imbécil.

Se sentía muy molesta con Paul, porque desde ese día no había vuelto a visitarla, ni siquiera la había llamado o había intentado ponerse en contacto a través de las amistades que compartían; sencillamente se olvidó de ella. Y eso era algo que su orgullo femenino no podía perdonarle, ni siquiera si llegaba a encontrárselo de nuevo en esa visita, lo ignoraría como él lo había hecho con ella.

—Debes recordar que tú eres la fuerte en tus relaciones Margaret, que son ellos quienes deben llorar y rogarte para que regreses, no al revés. ¿Está claro? —Se dijo en voz alta.

Lo hizo sobre todo para reforzar su postura, aunque a veces seguía extrañándolo en la intimidad de su habitación, no podía dar su brazo a torcer y ser ella quien lo buscase.

Si él se enteraba de que ella estaba en Londres de nuevo y se decidía a buscarla quizás podía ceder un poco y tener una cita con él, a lo mejor terminaban teniendo sexo, pero debía dejarle claro que no iba a imponerle nada, ni ahora ni nunca.

Llamó un par de amigas y acordó verlas esa tarde para tomar un té. Antes pasaría por la universidad, no podía regresar a París sin lo que vino a buscar, eran unos bocetos muy buenos; serían su carta de presentación para comenzar a buscar trabajo.

El auto se detuvo a las tres y media de la tarde en la calle *Strand*, frente al antiguo, famoso y elegante salón de té *Twinings*, donde había quedado con las chicas.

—¡Hola! Espero que me hayan extrañado —dijo con una efusiva sonrisa haciendo su entrada—. Yo moría por verlas.

De las tres presentes solo Raquel había cursado toda la universidad con Brigitte y ella, porque Diane y Esther se habían graduado dos años antes. Estaban en los últimos semestres cuando se conocieron, pero igual se hicieron amigas y mantuvieron la comunicación.

—¡Maggie! ¡Qué alegría tenerte en Londres! —expresó Raquel con sinceridad, mirando lo linda que se veía.

—¡Gracias! Te ves bellísima amiga. El matrimonio y el embarazo te han sentado de maravilla.

—Puede que el matrimonio, pero el embarazo no lo creo. Los primeros meses pensé que moriría, los ataques de náuseas eran horribles, los mareos y las jaquecas… Ay no, ya le dejé claro a Peter que nuestro bebé será hijo único. No pienso volver a embarazarme —sentenció.

—Te daré unos tres años para que te pida otro y tú no lo pienses dos veces para dárselo. Harías lo que fuera por ese hombre —mencionó Esther, madre de dos niñas, quien pensaba seguir en busca del varón que deseaba su marido.

—Yo también lo creo. Amas demasiado a Peter, harías lo que te pidiera —comentó Diane, mientras sonreía y miraba con picardía a su amiga.

—Bueno, bueno…, no sigamos hablando de mí; centrémonos en Maggie, es ella quien ha estado desaparecida por seis meses…, al igual que Brigitte.

Miró enseguida a la pelirroja, esperando una respuesta; la desaparición de sus amigas había sido todo un misterio además de inesperado.

—Hemos estado viajando mucho, necesitábamos unas vacaciones después de estar tres duros y largos años en Oxford, así que solo estamos disfrutando de todo un poco. —Margaret dio la explicación que había acordado con su prima, sabía que sus amigas tocarían ese tema.

—De todo un poco, como solteras… Para Brigitte debe ser como haberse divorciado. Terminar con Timothy Rumsfeld después de diez años de novios… Nadie imaginó que algo así podría suceder, jamás. —Diane ponía más énfasis a sus palabras abriendo mucho los ojos.

—Es cierto, cuando Peter me lo contó no le podía creer… Brit era del tipo de chicas que solo tienen un novio en la vida —mencionó Raquel, igual de sorprendida que las demás, quienes esperaban que Margaret les revelara todos los detalles de ese rompimiento.

—Solo puedo decirles que algunas personas pueden llegar a sorprendernos, y ese es el caso de Brit. Ella está muy bien y ha

conseguido llevar de maravilla la separación, casi no se sintió afectada.

Margaret mintió en favor de su prima, sabía que los maridos de todas ellas eran amigos de Timothy, así que cualquiera podía tocar el tema con uno de ellos; y estos, a su vez, podían llevarlo a oídos del exnovio de Brigitte.

—Es realmente increíble, pensé que iba a estar destrozada después de romper con Tim. Por lo menos a él se le vio bastante mal el día de mi matrimonio; apenas charlaba, estaba distraído, taciturno; lo único que hacía era tomar y tomar whisky —informó Raquel con algo de pesar al recordar la imagen que mostraba el padrino de su boda.

—Y ni siquiera se presentó en la graduación, le tocó a Charlie dar el discurso —mencionó Esther, con la misma actitud triste de Raquel.

—De eso sí me enteré… Me lo contó Charlie.

—Sí, claro, ustedes dos son muy buenos amigos —acotó Diane, notando que a la pelirroja no parecía importarle que Timothy hubiese estado acongojado por la ruptura.

—Y él nunca disimuló que le gustaba Brigitte. Imagino que la noticia de su rompimiento con Timothy lo pondría feliz —señaló Raquel, a quien nunca le había caído bien Charlie.

—No voy a negar que se puso muy contento, pero la felicidad le duró poco, pues le dije que por el momento mi prima no deseaba saber nada de hombres. Brit ahora se está dedicando por completo a ella, ha a comenzando a pintar… Hasta puede que dentro de algunos meses tenga algo para hacer una exposición.

—¿Sus padres se lo permitieron? —cuestionó Esther asombrada, pues ella también había estudiado Artes, pero jamás pensó en ejercerla; siempre estuvo clara de que se dedicaría a su marido y a sus hijos.

—La están apoyando en todo —respondió con orgullo ante las miradas cargadas de sorpresa de sus amigas.

Un pesado silencio se apoderó de la mesa en ese momento, mientras trataban de asimilar la noticia que Margaret acababa de darles. Era casi como si Brigitte hubiera cometido un sacrilegio, como

si dedicarse a una vida de artista fuese peor que haber dejado al flamante e increíblemente atractivo Timothy Rumsfeld.

Capítulo 5

Las chicas sabían que no podían hacer tan evidente su asombro por las decisiones que estaba tomando Brigitte, pues conocían el carácter de Margaret muy bien. Eran conscientes de que si llegaban a criticar a su prima en presencia de ella esa reunión acabaría en muy malos términos; y no era lo que deseaban, porque después de todo, eran amigas y se apreciaban mucho.

—¿Les parece si pedimos ya el té? El embarazo me da mucho apetito —mencionó Raquel para salvar la situación y cambiar de tema.

—Claro —dijo Diane, entendiendo lo que deseaba hacer Raquel para no entrar en una controversia.

—Me parece perfecto —acordó Margaret, quien vio desinflarse sus ilusiones de darles un discurso feminista.

Minutos después, el camarero regresaba con todo el elegante servicio sobre una reluciente bandeja planeada, que acercó con mucho cuidado a la mesa, luego se dispuso a serviles a cada una.

—¿Desea su té con una rodaja de limón o con leche señorita? —Le preguntó a Margaret, mientras vertía en la delicada taza de porcelana el té con aroma a bergamota.

—Limón por favor —contestó enseguida. Ella siempre cuidaba mucho de su figura, y sabía que la leche engordaba.

—Y usted señora, ¿desea limón o leche? —Se dirigió a Raquel, mientras sostenía la espléndida tetera de porcelana blanca con hermosos detalles floreados, que habían sido pintados a mano.

—Leche por favor, apenas puedo controlar mi antojo por los lácteos… —confesó con algo de pena, pues ella también se cuidaba mucho, era una costumbre de niña.

—Debes cuidarte o terminarás ganando mucho peso —acotó Esther, quien ya había pasado por ese proceso.

—Deja que coma lo que desee tranquila, seguramente Peter se encargará de hacer que pierda todos los kilos que gane; que no se preocupe por eso —comentó Margaret con picardía, provocando el sonrojo de Raquel y la risa nerviosa de Diane.

—¡Margaret! —esbozó Esther entre dientes, al tiempo que miraba con disimulo al camarero, para recordarle a su amiga que tenían compañía masculina.

—¿Qué? —respondió con una sonrisa ladina, mientras se llevaba la taza de té a los labios y le daba un pequeño sorbo. Le resultaba tan cómico que Esther se mostrase tan anticuada, cuando estaba segura de que en la intimidad hacía de todo con su marido.

—¿Cómo puedes decir algo así en presencia de un hombre? —cuestionó muy molesta.

—¿Y qué tiene de malo? ¿Acaso ellos no hacen lo mismo? —preguntó sin inmutarse por los reproches.

—Pero no es lo mismo.

—¿Por qué no? ¿Porque ellos son hombres y nosotras mujeres?... ¡Es absurdo! Deberíamos tener los mismos derechos, expresarnos con libertad, comportarnos como nos dé la gana sin temor a ser juzgadas... ¡Por Dios, hay una mujer en la corona! Eso debe valer de algo, ¿no? Debe brindarnos una oportunidad —expresó con toda la pasión que corría por sus venas de feminista.

—Creo que Su Majestad se desmayaría si te escuchara hablar de esa manera —continuó la joven, haciéndole ver que el hecho de haber vivido años en Inglaterra no la hacía inglesa, y no podía venir de América con esa mentalidad revolucionaria a romper sus cánones sociales—. Esto no es América Margaret, aquí todo es distinto.

—Lo es porque mujeres como tú se conforman con el papel que la sociedad les asigna y no aspiran a nada más, porque siguen aferradas a depender de sus maridos, y educan a sus hijos machistas —contraatacó Margaret.

—Chicas, por favor... No vamos a arruinar la tarde hablando de estos temas, ya todas conocemos las posturas de cada una, y también lo testarudas que son; así que por qué mejor no nos concentramos en hablar de temas más agradables —pidió Raquel, siendo consciente de que debía pararlas.

—Solo hice un comentario. —Se defendió Margaret.

—Y yo solo te hice una recomendación. Si quieres hablar de ese tipo de temas espera a que estemos solas.

—Bueno ya, ¿podemos terminar con esto por favor? —pidió Diane, quien era la más pacífica de todas.

—Está bien, prometo no hacer insinuaciones sexuales cuando estemos en presencia de desconocidos —concedió Margaret, sobre todo para complacer a Raquel y Diane.

—Muchas gracias —dijeron todas al mismo tiempo.

—Y como ahora no hay nadie escuchándonos… Raquel, devora esos panecillos y los emparedados, que después de la cuarentena Peter va a estar tan desesperado por tener sexo contigo que no te dejará dormir. —Soltó una carcajada al ver el asombro en la mirada de Esther, y les dio un guiño a las demás, quienes sonrieron con complicidad.

—Y el bebé también hará lo suyo. Cuando comiences a lactar vas a bajar unos cuantos kilos, así que hazle caso a Maggie. —La apoyó Diane para que su amiga no se privara de su antojo—. Ya luego vienen las dietas.

—Bueno, en ese caso…, pídanle al camarero la *clotted cream*, los *scones* ingleses no son nada sin esta.

Todas sonrieron ante las ocurrencias de su amiga e hicieron lo que pedía; debían consentirla, pues no siempre se disfrutaba de un primer embarazo.

—Por cierto Maggie, ¿te enteraste de quién está próximo a casarse? —preguntó Raquel, mirándola.

—He estado complemente desconectada de las notas sociales de Londres —respondió siendo sincera. Se había alejado de todo eso, sobre todo por Brigitte, para no traerle recuerdos tristes a su prima —. No tengo idea.

—¡Paul Johnson! —Le respondió abriendo mucho los ojos al revelar el nombre.

—Tu ex se casará dentro de dos días con Amanda Barren. Seguro la conoces, es aquella chica poco agraciada y tímida que solo invitaban a las fiestas por ser hija de Gregory Barren. Claro está, lo

hacían para congraciarse con uno de los hombres más ricos de Inglaterra, no porque ella fuese agradable.

Margaret se quedó sin habla después de escuchar esa información, al tiempo que sentía que algo dentro de su pecho era estrujado con fuerza, y la garganta se le cerraba. Sintió sus piernas temblar, como cuando se estaba a punto de desmayarse, pero por suerte eso no sucedió, así que respiró profundo para intentar calmarse.

—Yo… —Su voz salió ahogada, así que con disimulo se aclaró la garganta para continuar—, no estaba al tanto. La verdad me sorprende un poco, pero no puedo decir que me afecte en lo absoluto. Paul y yo terminamos hace siete meses. He seguido mi vida muy bien sin él, así que no encuentro extraño que él haga la suya.

—¿No te importa? —cuestionó Esther, mirándola con suspicacia, pues no creía en esa aparente indiferencia.

—No niego que me sorprende un poco, pero no tiene porqué importarme. Paul solo fue un novio más, no era el hombre de mi vida. Ustedes saben perfectamente que no soy de las mujeres que se aferran a un hombre, así que me da lo mismo si se casa o no, ese es su problema. —Defendió con todo lo que pudo su orgullo femenino; no permitiría que nadie la viera destrozada. Aunque por dentro las ganas de llorar la torturaran, no dejaría que la vencieran.

—Pensé que te impresionaría, fue el novio con el que más compartiste… Duraron casi un año —acotó Diane con algo de tristeza, le parecían una linda pareja.

—Ya ves que no. Cuando nos separamos, ambos tuvimos claro que cada uno debía rehacer su vida; y es precisamente lo que estamos haciendo —pronunció reforzando su postura de chica dura.

Las tres inglesas sonrieron y asintieron, fingiendo que no habían notado el resentimiento impregnado en su tono de voz. Además, podían ver que la noticia la había herido, aunque ella se empeñara en esconderlo.

Cuando la reunión terminó, se despidieron entre besos y abrazos, salvando las tensiones vividas momentos atrás, pues a pesar de tener ideales distintos, el cariño sobresalía por encima de todas esas diferencias.

Margaret le pidió al chofer que la dejara en su antiguo apartamento, donde pasaría la noche y podría desahogar todo lo que sentía dentro del pecho, aquello que la estaba asfixiando.

Una vez allí, no pudo evitar exteriorizar la impotencia y la furia que sentía

—¡Maldito seas Paul Johnson! —gritó al tiempo que cobraba su primera víctima: el jarrón sobre la cómoda isabelina que estaba junto a la puerta—. ¡Eres un maldito estúpido! ¿Ese era el amor que decías tenerme? ¡Ese que decidiste terminar por una simple discusión!

A esas alturas, las lágrimas bajaron por sus mejillas sin pedirle permiso, sin importarles que ella estuviera luchando por no derramar una sola; todo salió en un torrente, desbordándola.

Caminó hasta su habitación, dispuesta a seguir rompiendo cosas, pero esta vez tenía algo específico en mente. Abrió los cajones de su tocador y tomó un par de tijeras grandes.

—No quiero conservar nada de lo que me diste… ¡Nada!

Abrió su armario y comenzó a hacer trizas cada prenda, descargando en ellas la ira que sentía contra el hombre que creyó distinto a los demás.

Seda, encaje, satín, terciopelo; todo eso volaba por la habitación. Más de la mitad de las cosas que había dejado allí fueron regalos de Paul, porque debía reconocer que durante el año que estuvo con él, fue muy generoso con ella.

Siempre buscaba agradarla, tenía cierto fetiche de verla vestida con esas prendas, para después darse el gusto de desnudarla.

—Ojalá pudiera hacerte a ti todo esto…, ojalá pudiera hacerte pedazos en este preciso momento, por miserable, por mentiroso… Me propusiste matrimonio tres veces… ¡Tres malditas veces!… Y ahora vas y te casas con otra… ¡Eres un infeliz traidor! ¡Te odio, te odio, te odio! —gritaba, descargando toda su furia en los vestidos y la lencería.

De pronto, se dejó caer en el piso, en medio de todos esos retazos de telas; temblando a causa de los dolorosos sollozos que salían de sus labios, mientras las lágrimas seguían sin darle tregua.

Se llevó una mano al pecho al sentir que le estaba costando mucho respirar, era como si la presión estuviese intentando

ahogarla. Debía calmarse o terminaría con un maldito ataque de asma; y habían pasado muchos años desde que no tenía uno.

En ese instante se miró las manos y se percató de que se había hecho un par de cortes en la palma, así que dejó caer las tijeras.

—¿Solo te bastaron seis meses para olvidarme? ¿Solo eso? —preguntó negando con su cabeza, sintiendo que poco a poco la adrenalina iba liberando su cuerpo; dejándolo vacío, como un globo desinflado—. ¿Por qué no he conseguido lo mismo? ¿Por qué sigo pensando en ti, extrañándote…? ¿Por qué sigo deseándote? —cuestionó, y un sollozo rompió una vez más los diques que contenían su llanto y su sufrimiento.

Se dejó caer sobre el desastre que había hecho, y después de hacerse un ovillo comenzó a llorar, estremeciéndose ante la fuerza de los sollozos y del dolor que sentía.

Se estaba decepcionando a ella misma, estaba haciendo lo que juró nunca hacer en su vida: llorar por un hombre.

Capítulo 6

La habitación se encontraba en penumbras y Timothy estaba tendido en su cama, acostado en esa posición que no terminaba de definirse si era de medio lado o bocabajo; reposando su mejilla derecha en el antebrazo, con el cabello desordenado y los labios ligeramente separados, para permitir el paso de aire.

Mostraba un semblante tan hermosamente calmado, que cualquiera que lo viese en ese instante pensaría que era una especie de esfinge.

De pronto, se removió entre las sábanas y fue saliendo de ese estado de sopor, sintiendo de inmediato que alguien más se encontraba junto a él en la habitación y lo observaba. Elevó un poco el rostro y miró, tratando de ver mejor en medio de la oscuridad; cuando consiguió hacerlo, una silueta femenina se reveló ante él y comenzó a avanzar en dirección a la cama, impregnando de un dulce olor a gardenias todo el aire a su alrededor.

—Esto no es…, no es posible… ¿Brigitte?… ¿Eres tú? ¿Eres tú Brit? ¿Estás aquí? —preguntó al tiempo que se apoyaba en su codo y se incorporaba, parpadeando para aclarar su visión y comprobar por él mismo que era ella.

Ella salió de la oscuridad, entregándole una maravillosa sonrisa que llegaba hasta sus hermosos ojos grises, iluminándolos como si fuesen un par de luceros. Se acercó a él y se sentó al borde de la cama; luego comenzó a acariciarle el cabello con suavidad, bajando hasta su mejilla y haciéndolo temblar con su sutil tacto.

—Brigitte…, mi amor… Estás aquí… ¿Será posible?

—Sí, aquí estoy mi cielo… Ya no tienes que seguir buscándome, estoy aquí… contigo. Regresé por ti mi amor —susurró buscando sus labios para besarlo.

Timothy se dejó envolver por la quimera y respondió al beso con entusiasmo, la encerró entre sus brazos y la pegó a su cuerpo,

disfrutando de esa suavidad y de la calidez que recordaba como si la hubiera abrazado el día anterior, y no seis meses atrás.

Sus manos comenzaron a deslizarse por la silueta llena de curvas de Brigitte, no pudo contener sus deseos, así que acabó llevándola con él a la cama.

—Te he extrañado tanto mi amor…, me estaba muriendo sin ti… Me estaba volviendo loco princesa —susurró en medio de los besos que se daban; notó que ella llevaba el mismo vestido negro que le vio puesto por última vez, y el corazón se le encogió de dolor—. Necesito hacerte mía…, necesito comprobar que esto es real, que estás aquí conmigo —expresó con urgencia, mientras la miraba a los ojos, sin dejar de acariciarla y besarla.

—Estoy aquí…, he vuelto…

—Prométeme que no volverás a irte, júrame que no me dejarás otra vez Brit, por favor mi amor…, júramelo. —Su tono de voz y su mirada eran apremiantes, así como el toque de sus manos.

—No volveré a dejarte nunca…. Te lo prometo Tim… No me alejaré de ti jamás —dijo ella y lo besó con pasión, deslizando las manos por su espalda.

Timothy respondió al beso con verdadera entrega y devoción, sintiendo que su alma se colmaba de alegría.

Se movió para ponerla bajo su cuerpo, y ella mansamente se rindió ante sus caricias, dejándose besar. Comenzó a subirle lentamente el vestido, no quería que se sintiera usada o que él solo la buscaba como siempre, para tener relaciones sexuales. Pero no conseguía ponerle riendas a sus deseos ni detener sus manos, que iban poco a poco despojándola de su ropa interior; o a sus labios, que desesperados besaban lo que el escote del vestido le permitía, deseando llegar a los suaves pezones.

—¿Me deseas Timothy? —preguntó acariciándole el cabello, mientras le hacía más fácil la labor de desnudarla, elevando un poco su cuerpo.

—Sí mi amor, sabes que te deseo con toda mi alma, siempre te he deseado Brit…, siempre —respondió, dejando que sus dedos vagaran por la calidez y la humedad en medio de las piernas de su novia.

—¿Me amas? —inquirió de nuevo, esta vez tomándole el rostro entre las manos para mirarlo a los ojos.

—¡Oh, mi Brigitte! Te amo princesa, te amo tanto… Siempre lo hice, siempre, siempre… —pronunció con lágrimas brotando de sus ojos y el corazón latiéndole muy de prisa.

—Yo también… Te amo más que a nada mi cielo —expresó con la voz cargada de emoción.

Ella le entregó la más hermosa de todas sus sonrisas, lo abrazó con fuerza y besó con pasión, al tiempo que se movía debajo de él, pidiéndole con el sutil movimiento de sus caderas que la hiciera su mujer; gritándole que seguía siendo suya y que estaba allí, que había regresado para quedarse con él.

Timothy despertó liberando un gemido, había terminado bocabajo y su pelvis se movía a un ritmo constante, buscando hacer suyo el cuerpo imaginario de Brigitte, pero lo único que conseguía era que su erección chocara contra la superficie del colchón.

La frustración lo rompió en pedazos al ser consciente de que todo había sido un placentero sueño, el que al despertar, lo había sumido de nuevo en su dolorosa realidad.

—Dios santo Brigitte… Me voy a volver loco, te juro que me volveré loco si no te tengo a mi lado —murmuró con el rostro hundido en la almohada; después de eso, giró para quedar mirando al techo—. No puedo seguir así…, no puedo. Necesito encontrarte…, necesito hacerte mía y demostrarte cuánto te deseo y cuánto te amo.

Soltó un suspiro pesado al tiempo que cerraba los párpados, pero las imágenes de aquel sueño regresaban a él, torturando no solo su mente, sino también su cuerpo.

—Ni siquiera cuando era un estúpido adolescente me masturbaba tanto… —masculló con rabia, mientras llevaba la mano bajo el pantalón de su pijama, y gimió al rozar la sensible piel—. Pero no puedo hacer nada más. Hasta estar con otra se me ha hecho imposible desde que te fuiste; no hago más que verte a ti en cada una de las que he buscado para aliviar mi soledad; y cuando me tocan…, es como si me quemaran con ácido. No puedo dejar que lo

hagan, no puedo hacerlo… ¿Qué me hiciste esa noche Brigitte? ¿Qué me hiciste? —Se preguntaba, recordando justo aquella ocasión.

Y de esa manera una vez más liberaba sus fantasías, la traía a su memoria, luciendo exactamente igual a esa noche que la tuvo por última vez, tan hermosa y sensual, moviéndose encima y debajo de él como una diosa, como la única mujer capaz de hacerlo sentir.

—Cuando te tenga en mis brazos te voy a amar tanto… No nos alcanzarán los días y las noches para amarnos Brigitte… Voy a desbocar todas estas ansias en ti, te juro que lo haré.

Un nuevo gemido brotaba de sus labios, esta vez el sonido era ronco y profundo, rompiéndole el pecho y acompañando el ligero temblor que recorrió su cuerpo cuando su hombría se liberó con espesas y constantes descargas.

Horas después, estacionaba su Cadillac rojo frente al elegante edificio del hotel Ritz. Había ido a ver a sus padres, quienes se estaban hospedando en ese lugar.

Decidieron ir a visitarlo ese fin de semana, pero no quisieron quedarse con él en su apartamento, alegando que era muy pequeño; sobre todo, para un hombre de gustos como los de Theodore Rumsfeld.

La rubia tras el mostrador de la recepción le informó que sus padres lo esperaban en el restaurante del hotel.

—Hola madre —saludó acercándose a ella.

—¡Tim, querido! ¡Qué alegría verte! —respondió Violeta, dejando el menú para abrazarlo y darle un beso.

—También me hace feliz verla —expresó con sinceridad, besándola en la mejilla y sonriéndole.

—Cada día estás más guapo.

Le acarició el cabello, notando que se lo había cortado, y su traje de sastre lucía impecable; no era que lo hubiera dejado hecho un mendigo meses atrás, pero sí se mostraba bastante descuidado y sin deseos de atender su apariencia; era como si ya no le importase verse bien.

—Y usted cada día está más hermosa. —Le dio un suave apretón en la mano, mientras la miraba a los ojos—. ¿Dónde está papá? —

preguntó mirando a los lados.

—Se encontró con David Roosevelt en la entrada, el primo del expresidente; y ya sabes cómo es, no quiso perder la oportunidad de presentarle sus proyectos. Piensa que a lo mejor pueden interesarle —contestó, no era la primera vez que Theodore hacía algo como eso, ya estaba acostumbrada.

—Es increíble, se va a hacer negocios y la deja sentada aquí, sola. —No disimuló su molestia.

—Amor, no te pongas de esa manera… Él sabía que estabas a punto de llegar y me acompañarías.

—No lo justifique, siempre hace lo mismo.

—Por favor mi niño, tampoco es para tanto; ya regresará en unos minutos. —Violeta intentó calmarlo.

—Ni siquiera sé para qué me invita a almorzar si no va a estar aquí.

—Pero estoy yo… ¿O no te importa? —Se sintió algo dolida.

—Sabe que sí… —dijo tomándole la mano y dándole un beso en el dorso—. Lo siento mamá, es solo que… —No encontró las palabras para continuar.

—Sigues irritado por lo de Brigitte. —No fue una pregunta sino una afirmación, eso se notaba a leguas.

—No es eso… —Se defendió de inmediato.

—Sí, lo es. Y no intentes engañarme, te conozco muy bien; y puedo darme cuenta de que aún sigues sufriendo por ella.

—Tengo mucho trabajo en la universidad, es solo eso… El cargo es muy exigente y estoy tratando de dar lo mejor de mí.

—Como siempre. —Violeta le siguió la corriente mientras le sonreía, no quería incomodarlo y sabía que el tema de Brigitte lo afectaba.

—No…, no siempre. Hubo momentos en mi vida en los que no lo hice…, en los que ni siquiera di algo.

Esas palabras salieron del fondo de su corazón, ni siquiera las analizó antes de esbozarlas, solo las dejó brotar; y cuando vio la tristeza reflejada en la mirada de su madre, supo que era demasiado tarde para recogerlas.

—Hola hijo, qué bueno verte.

Theodore se acercó y le dio un abrazo fuerte, como ese que daban los hombres seguros y triunfadores, aquellos que han conseguido todo en la vida.

—Padre. —Timothy no dijo nada más.

—Cuéntame, ¿cómo va todo en Harvard? —preguntó tomando asiento, mostrando esa actitud confiada.

—Todo bien, le decía a mamá que tengo mucho trabajo.

—Eso es bueno, entre más tengas más conocimientos adquieres y mayor provecho le sacas. Pero háblame de las mujeres, ¿es cierto lo que dicen?, ¿que son las más hermosas de todo Los Estados Unidos? —Lo miró con suspicacia y una sonrisa torcida en los labios.

—Theodore, creo que estás olvidando que tu esposa se encuentra en esta mesa. Es una desconsideración de tu parte que hables de mujeres en mi presencia.

—Por favor mujer, no te pongas así…, que no lo preguntaba por mí, sino por nuestro hijo; a lo mejor conoció a alguna especial y desea hablarnos de ella —respondió, mostrando un aire de inocencia que no le quedaba.

—Lamento desilusionarlo padre, pero no he conocido a nadie. Estoy todo el tiempo en la universidad, y tengo prohibido relacionarme con las alumnas; son políticas de la institución —respondió en un tono serio. Odiaba esa ambición que mostraba su padre desde hacía unos meses para que conociera a una mujer—. Ya sabe que nunca falta quien desee hacer un escándalo de ello.

—¡Tonterías! Todas las que estudian allí son mujeres maduras, en edad perfecta para casarse; la verdad es que deberían estar buscando maridos en lugar de perder su tiempo en una universidad. Eso solo le llena la cabeza de ideas rebeldes y terminan perdiendo el norte. —Hizo alusión a la exnovia de su hijo, aunque evitó nombrarla.

—¿Les parece si ordenamos? Me muero de hambre —dijo Violeta al ver cómo su pobre Timothy se tensaba al escuchar las palabras de su padre; definitivamente, Theodore no tenía tacto para decir las cosas.

—Sí… sí, mejor pidamos. —Apoyó la idea de su mujer, al ver la manera en cómo ella lo miraba, haciéndole ver su error. Lo último

que quería era recordar aquel asunto.

Antes de que llegara el postre Violeta se puso de pie, excusándose para ir al tocador, y dejó solos a padre e hijo.

—Tim…, debes dejar de lado lo que estás haciendo… —Dio inicio a su sermón.

—¿A qué se refiere padre? —inquirió, aunque ya lo sospechaba.

—¡Por favor, no te hagas el tonto! Sabes perfectamente de qué hablo. Sigues con la estúpida idea de mantener la búsqueda de esa chica, hasta has contratado a un detective.

—Le recuerdo que esa chica tiene nombre, se llama Brigitte, la que hasta hace pocos meses era su adorada nuera… Y si mal no recuerdo, era usted quien siempre decía que le iba a dar hermosas nietas, ¿o lo ha olvidado? —cuestionó mirándolo a los ojos.

—Eso ya no tiene caso, debes buscar otra, que pueda ser una buena esposa. Alguien que sea…

—¿Sumisa, como mi madre? —inquirió con un tono cargado de resentimiento.

—Alguien respetuosa como tu madre, una mujer dedicada a su marido y a su hogar, que no ande exigiendo ni discutiendo por tonterías; sobre todo, que sepa cuál es su lugar —respondió con convicción, sin dejar de mirarlo.

—La mujer que yo quiero a mi lado ya existe, está en algún lugar del mundo; y voy a buscarla hasta encontrarla y hacerla mi esposa. Será ella, nadie más —pronunció con la misma seguridad que mostró su padre antes.

—¿Hasta dónde piensas llevar esta locura? —preguntó con el ceño fruncido y la mirada oscura.

—Hasta donde sea necesario.

La determinación en la voz y la mirada de Timothy silenciaron a Theodore, pero no lo dejaron satisfecho; por el contrario, sentía que estaba sufriendo el mismo calvario que vivió con Roger, ambos eran igual de obstinados. Sabía que tenían a quién salir, él también era así.

—¿Todo bien? —preguntó Violeta cuando regresó y vio las miradas desafiantes que se dedicaban.

—Sí, todo bien… Pero creo que ya no se me antoja el postre —pronunció Theodore sin disimular su rabia.

—Es una lástima, yo quería probar las peras al vino de aquí, dicen que son las mejores —mencionó con algo de pesar.

—Puede pedirlas madre, yo la acompañaré. —La miró entregándole una sonrisa y le extendió la mano por encima de la mesa, para darle una caricia.

—Pues tendrán que hacerlo ustedes solos, yo me retiro —pronunció el hombre, levantándose y dejado caer la servilleta sobre la mesa.

—Espero que descanse padre, mi madre y yo iremos a dar un paseo por la ciudad —anunció Timothy al ver que le daba la espalda para marcharse.

—Qué maravilla… Ve y descansa Theodore, regresaré para acompañarte en la cena. —Ella sonriendo con alegría.

Él no dijo nada ni se volvió a mirarlos, solo se alejó con pasos rígidos y fuertes, que resonaban en el piso de granito del lugar, revelándole a su esposa e hijo que se encontraba muy molesto.

Timothy y Violeta se miraron con complicidad y sonrieron, al ver esa actitud que resultaba muy infantil en un hombre de la edad de Theodore Rumsfeld. Parecía un niño malcriado que se molestaba por no recibir la atención que esperaba; pero se prometieron no dejar que les arruinara la ocasión y poder continuar con sus planes.

Capítulo 7

Brigitte caminaba distraía por la calle, llevando en sus manos un hermoso ramo de tulipanes amarillos, que había comprado para adornar ese rincón especial de su apartamento, donde tenía puesto su caballete.

Era un ritual que hacía dos veces a la semana, siempre compraba esas flores porque le gustaban mucho, aunque seguía rehuyéndole a los lirios y a las margaritas; tampoco se animaba a comprar rosas. Todas les traerían recuerdos de Timothy, y era lo que menos deseaba.

—¿A dónde va tan distraía señorita Brown?

Escuchó una voz tras ella que la hizo detenerse y volverse de inmediato, al tiempo que dejaba ver una gran sonrisa.

—¡Hola Donatien!, qué gusto verte.

—Hola Brigitte, me alivia escucharlo; creí que estabas ignorándome. Llevo varias calles siguiéndote y tratando de llamar tu atención —mencionó mirándola a los ojos.

—¡No, claro que no! Jamás haría algo como eso adrede, solo venía pensando en… tonterías. —Le esquivó la mirada al sentir que podría leer sus pensamientos.

—Tranquila, solo bromeaba —acotó sonriéndole para no hacerla sentir apenada—. Solo vine a preguntarte si te gustaría salir a pasear un rato conmigo, sé que debes sentirte sola por la ausencia de Margaret.

—La verdad es que sí la extraño mucho, estoy acostumbrada a encontrarla todas las tardes en el apartamento…, y ahora lo único que consigo es un gran vacío y tanto silencio que me resulta abrumador —confesó sin poder mantenerle la mirada.

Seguía apenada por tener que depender tanto de otras personas; suponía que estar en un nuevo país, con un trabajo que le encantaba y haciéndose cargo de sus propios gastos la haría sentir una mujer

madura e independiente, pero no terminaba de percibirlo así; era como si le siguiese faltando algo para sentirse completa y realizada.

—Me hubieses llamado, sabes que no tengo ningún problema en hacerte compañía —dijo, buscando la mirada gris de su musa.

—Muchas gracias, pero no quise molestarte…; además, siento que exagero. Tampoco es para tanto, solo han sido tres días; y debo aprender a estar sola —mencionó, obviando una vez más el anhelo que veía en la mirada de su amigo.

—No tienes por qué hacerlo, estar en soledad no es una condición que debas desear Brigitte; por el contrario, deberías salir y disfrutar de la vida, eres muy joven para estar encerrada. —La miró a los ojos para que viera que hablaba en serio, no quería verla triste y enclaustrada, cuando tenía una vida entera por delante; así que se le ocurrió algo—. ¿Qué harás este fin de semana?

—Trabajar —respondió sin saber a qué venía esa pregunta, pues él conocía su rutina.

—¿Hace cuánto que no te tomas un fin de semana libre? —Eso también lo sabía, pero quería escucharlo para ir formando su argumento.

—Desde… la última visita de mis padres… Hace dos meses.

—Bien, ¿crees que sea posible que te den este libre? —inquirió, sintiéndose cada vez más entusiasmado con lo que deseaba proponerle.

—Podría pedirlo, pero… ¿cuál sería el motivo?

—Para que viajemos a Toulouse —expresó con una sonrisa que llegaba hasta sus ojos, que en ese momento mostraban un azul intenso y brillante.

—¿A Toulouse? ¿Juntos? —indagó desconcertada, moviendo sus pupilas con rapidez, revelando que los nervios habían invadido su cuerpo ante su petición.

—Sí, te llevaría a conocer mi familia, también a visitar los mejores lugares de la ciudad. Estoy seguro de que te encantará —respondió sin dejar de sonreír, entusiasmado con la idea.

—Donatien…, yo… yo… No sé. —Intentó negarse, pero no conseguía las palabras para hacerlo, mucho menos al verlo tan feliz con esa idea; respiró profundo y buscó desesperadamente algo que

la ayudase a decirle que no, sin llegar a lastimarlo—. La verdad no sé si me darán el permiso, estamos a mitad de semana y debí avisarlo antes, para que la supervisora organizara los horarios —pensó que esa excusa era perfecta.

—Bueno, por eso no hay problema, puedo conseguirlo; recuerda que tengo un buen amigo allí.

—¡Oh por Dios, no! No hagas eso… Me avergonzaría.

Lo miró con asombro, no quería dar pie a habladurías; ya suficiente tenía con las insinuaciones de Margaret, para que también se sumaran las de sus compañeras de trabajo si se llegaban a enterar de que ella había conseguido el puesto gracias a las influencias de Donatien.

—Lo siento…, tienes razón. Me dejé llevar. —Se excusó y le esquivó la mirada, apenado.

Brigitte se sintió mal al ver la actitud de Donatien, no quiso truncar su alegría, mucho menos hacerlo sentir culpable o rechazado.

—Aunque…, no perdería nada con preguntar. Quizás alguna de las chicas pueda cubrirme si le pido el favor —respondió sin analizar sus palabras, tampoco a lo que estaba accediendo.

—No quiero que te sientas comprometida, solo fue una sugerencia, lo podemos dejar para después; claro, siempre que el problema sea el tiempo y no que no desees mi compañía —comentó mirándola a los ojos.

—¡Por supuesto que la deseo! —expresó con una sonrisa, pero por dentro su corazón latía asustado; sabía que hacerlo era darle alas a ese sentimiento romántico que sabía sentía por ella, y para el cual todavía no se sentía preparada—. Pero… ¿este viaje no interfiere con tu trabajo? No me gustaría que te retrasaras por mí; me sentiría horrible.

Brigitte pensó que esa sería su última oportunidad para hacerlo desistir, sin tener que llegar a sentirse culpable por ello; odiaba tener que inventar excusas para negarse, pero no sabía qué más hacer.

Siempre le había costado mucho decirle que no a quien le ofrecía algo; sobre todo si se portaban tan bien como lo había hecho Donatien con ella. No aceptarlo la hacía sentir mala persona.

—No va a interferir en nada, igual tenía planeado ir; solo he ido dos veces desde que regresé de Londres, y mi madre todo el tiempo me pide que vaya a verla. Si por ella fuera estaría en Toulouse y no en París.

—Bueno…, en ese caso…, creo que podría pedir libre el sábado y el domingo. ¿Te parece bien?

—Estupendo, si consigues el permiso saldríamos el viernes en la tarde. Yo me encargaría de organizarlo todo, tú solo tendrás que hacer tu maleta.

La sonrisa de Donatien casi le dividía el rostro en dos, se sentía muy feliz; tanto, que podía jurar que comenzaría a levitar en ese momento. Quiso abrazarla, pero pensó que tal vez era muy apresurado y podía perder ese pequeño triunfo que acababa de adquirir.

—Perfecto.

Se quedó allí parada sin saber qué más decirle, a veces esos silencios entre los dos le resultaban muy incómodos, porque la miraba con tanta intensidad, que la hacía sentir contra la espada y la pared; no sabía cómo actuar con él.

Terminó por esquivarle la mirada y vio en el ramo de tulipanes su salvación, eran la excusa perfecta para marcharse y refugiarse en su apartamento.

—Ya debo irme… o las flores terminarán marchitas antes de ponerlas en agua —comentó mostrándoselas.

—Hermosos, me gustan los tulipanes en ese color, y morados también… ¿Los pintarás? —preguntó, viendo que eran perfectos para ello.

—No, solo los llevo para adornar… Estoy pintando la vista desde la ventana que da a la calle; todavía no sé cómo está quedando… Me ha llevado mucho tiempo.

—Nunca debes apresurar tu trabajo artístico. Para que las cosas salgan bien, tienes que darle su tiempo. ¿Te gustaría que la viera? —Buscó la esquiva mirada de Brigitte, podía ver que se encontraba nerviosa.

—No lo sé…, creo que le falta mucho. Me daría algo de vergüenza —confesó, sintiendo sus mejillas sonrojarse.

—¿Y eso por qué? —cuestionó sorprendido.

—Porque no soy una gran artista, no tengo tu talento… Seguro terminarás pesando que es un desastre.

—Jamás pensaría eso, soy plenamente consciente del talento que tienes. Por favor, déjame verla y prometo ser completamente sincero con mi juicio.

—¿De verdad me lo prometes? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Sí, te lo juro —respondió con seguridad.

—Está bien, vamos a mi apartamento —dijo y le dedicó una radiante sonrisa, mientras aceptaba el brazo que le ofrecía.

En cuanto Brigitte cerró la puerta, la noción de estar los dos solos en ese lugar disparó los nervios en ella y el deseo en él. Era la primera vez que algo así sucedía.

—¿Dónde…? —La voz de Donatien se escuchó más ronca de lo normal, por lo que se aclaró la garganta con disimulo y la miró—. ¿Dónde tienes la pintura? —preguntó para enfocarse y alejar de su cabeza las imágenes de todas las cosas que deseaba hacerle en ese momento.

—En aquella esquina…, junto al ventanal. Puedes verla mientras yo pongo las flores en agua, así no te sientes presionado por tenerme cerca —respondió en un torrente de palabras que apenas le permitió respirar.

—Está bien.

Sonrió y una agradable sensación le llenó el pecho al descubrir que ella también estaba nerviosa; supuso que porque no le resultaba indiferente.

Caminó en dirección al caballete, intentando mostrarse casual; llegó hasta allí y se esforzó en posar su mirada en la pintura.

Sin embargo, Brigitte se robaba toda su atención; se había quitado la chaqueta de su uniforme, y la blusa blanca de seda que llevaba puesta se ajustaba muy bien a su cuerpo, dejando ver los pequeños pero hermosos senos que se moría por besar y acariciar como lo hacía en sus fantasías.

Ella se puso de espalda, y él lo aprovechó para dejar que su mirada se deslizara por la pronunciada curva de su *derrière*, lo que desató de inmediato una ola de calor en él.

—¿Deseas algo de tomar? No sé… ¿Agua o jugo?… No soy muy buena haciendo café, por eso no te ofrezco —pronunció ella terminando con las flores.

—Agua estará bien. —Le respondió, pensando que eso le ayudaría a aplacar el fuego dentro de él.

¿En qué estabas pensando Brigitte cuando le pediste que viniera? ¿Acaso no ha sido suficiente con aceptar el viaje a Toulouse?

Pensó, sirviendo el agua con manos temblorosas, así como sus piernas, y sentía que el agujero en su estómago crecía más a cada segundo. Intentó calmarse y caminó hacia él.

—Gracias —dijo, recibiendo el vaso.

—Y bien… ¿Qué te parece? —preguntó mirándolo.

—Es hermosa… —Vio la mueca en su cara y supo que no le creyó, así que estimó conveniente darle más detalles—. Me encanta la luz, cómo se refleja en los balcones y al final de la calle; también estas tonalidades oscuras de aquí… Creo que le falta algo de color en esta parte. Podrías… no sé…, imaginar alguna cortina de color intenso… Los paisajes parisinos son algo grises.

—¿Te parece gris? —cuestionó, algo desilusionada; y miró mejor la pintura, descubriendo que era verdad, transmitía mucha melancolía.

—Solo estás plasmando en un lienzo lo que ven tus ojos, y lo haces con exactitud. Creo realmente que es hermosa.

—Y gris —acotó ella con desgano.

—Mírame —pidió, y al ver que ella lo hacía le sujetó la barbilla con suavidad—. Tus ojos son grises y para mí este tono en particular es uno de los más hermosos que he visto en mi vida. Es misterioso, profundo, mágico… Podría pasarme horas viéndolo, tratando de descubrir todas esas pequeñas tonalidades que lo componen, que lo hacen único. —La voz de Donatien se iba tornando más grave a medida que hablaba y era atraído por la mirada de Brigitte.

Ella sintió que no podía escapar tampoco de la mirada azul de él, esa que le entregaba tanta intensidad y devoción. Sabía que debía alejarse, porque estaban muy cerca; tanto, que podía sentir su pesada y cálida respiración, y la distancia que los separaba cada vez se hacía más corta.

De pronto, el sonido del teléfono irrumpió en todo el lugar, explotando de manera abrupta la burbuja donde se encontraban.

Eso le dio a Brigitte la fortaleza para alejar el toque de Donatien y caminó de prisa hasta el aparato, mientras sentía que todo el cuerpo le temblaba.

Una vez más, él se quedaba con ese beso casi rozándole los labios. El destino se empeñaba en ser cruel con él. Sin embargo, nunca había estado tan cerca de suceder; y eso lo tenía casi pletórico, porque Brigitte no se había alejado como en ocasiones anteriores, esta vez se mantuvo, demostrándole que también deseaba que sucediera.

Se vio tentado de colgar la llamada antes de que ella la tomara, y terminar lo que empezó, pero cuando escuchó que se trataba de sus padres, sus planes se vinieron abajo.

Se despidió de Brigitte por medio de señas para no interrumpir la llamada, ella le agradeció el gesto con una sonrisa y lo vio salir por la puerta, llenándose enseguida de alivio, pues no tendrían que hablar sobre lo sucedido antes, al menos no en ese momento.

Capítulo 8

Paul se encontraba tirado en un sillón, como si no le importara la vida, vestido con un elegante frac. Le daba lo mismo si lo arrugaba, en ese instante nada de lo que pudiera pasar le interesaba; ya estaba resignado a su suerte.

En su mano tenía un vaso de whisky a medio llenar, era lo único que deseaba tener cerca de él ese día: Alcohol. Todo el que pudiera beber para reunir el valor de pararse en el altar y tomar por esposa a una mujer que no amaba, una que ni siquiera deseaba.

Le habían enseñado desde pequeño que los hombres no lloraban, solo por eso se esforzaba por contener las lágrimas que le hacían un nudo en la garganta, luchando contra estas para que no lo asfixiaran, mientras a su mente llegaban los recuerdos del día en que conoció a la única mujer que quiso tener por esposa.

Nunca pensó que la altiva y hermosa pelirroja se fuera a meter en su corazón y en su piel de esa manera, que le sería imposible olvidarla.

Londres, otoño de 1958.

Una molesta brisa helada, acompañada de una persistente llovizna se apoderaba de cada rincón de la capital inglesa, mientras las personas caminaban de prisa de un lugar a otro para resguardarse de la lluvia, al tiempo que intentaban no dejarse llevar por el viento que a cada minuto se hacía más fuerte.

Él iba en su auto, por lo que no le daba importancia al clima; sin embargo, lo lento que se ponía el tráfico en algunas zonas llegaba a exasperarlo realmente; aunque no tenía prisa, tampoco deseaba estar horas atorado en las calles frías y grises de Londres.

De pronto, en medio de ese paisaje tan melancólico, vio un destello de color que atrajo toda su atención; en la acera, una mujer

luchaba contra el paraguas que llevaba y que el viento casi había destrozado.

Su cabello era tan rojo y brillante que incluso la humedad de la lluvia no lograba oscurecerlo; pocas mujeres se animaban a llevar sus cabelleras sueltas, pero a ella parecía no importarle que la suya luciera en total libertad y tan sensual.

Sin tener verdadera consciencia de lo que hacía, fue orillando su auto hasta detenerlo junto a la acera donde ella caminaba; tomó su paraguas y bajó.

—¿Tiene problemas señorita? —preguntó ladeando la cabeza para verle el rostro, pues la cabellera desordenada la escondía.

—¿Le parece que tengo problemas? —cuestionó con los dientes apretados, por la rabia que le provocaba el paraguas que no podía enderezar—. ¡Estúpida cosa! —exclamó lanzándola contra el piso.

—Permítame ayudarla…, mi auto está aquí cerca, puedo llevarla a donde vaya —dijo sin dejar de lado su afán por ver su cara; tenía hermoso perfil, pero deseaba verla mejor.

—No acostumbro a subir a autos de desconocidos señor —respondió con un tono cortante, mirándolo por primera vez, y se sorprendió al ver lo guapo que era, pero se mantuvo en su postura.

—Discúlpeme…, tiene toda la razón, no quise ofenderla. Me llamo Paul Jonhson, encantado. —Le extendió la mano y se acercó para cubrirla con su sobrilla, aunque fue más porque se sintió hechizado por ese par de ojos de un azul intenso, que lo miraban fijamente.

—Un placer señor Jonhson, Margaret Milton —contestó recibiendo la suave mano, pero el apretón fue firme, y eso le gustó mucho.

—Bien…, y ahora que no somos tan desconocidos, ¿puede aceptar mi ayuda? —preguntó mirándola a los ojos, para que viera que sus intenciones no eran malas, que sinceramente deseaba ayudarla.

Mientras ella se decidía entre aceptar o rechazarlo, él pudo deleitarse mirándola. Sus ojos azules eran tan impactantes como su cabellera, parecían poseer una poderosa fuerza atrayente, algo que le impedía dejar de mirarlos.

Sin embargo, quiso ir más allá y su mirada se prendó de su boca sumamente provocativa; el frío había oscurecido un poco el tono,

pero estaba seguro de que sus labios debían ser de un rosa suave. De inmediato se sintió tentando a probar si eran tan suaves como parecían; aunque nunca le había robado un beso a una mujer, realmente estaba deseando que ella fuera la primera.

—¿En verdad desea ayudarme?

Su pregunta lo sustrajo de la fantasía donde se veía saboreando esos labios sensuales y provocativos. Tardó al menos quince segundos en procesar la pregunta que le hacía, y que ella lo mirara con desconfianza para que él pudiera reaccionar y darle una respuesta.

—¡Por supuesto! Es la única intención que tengo señorita Milton —aseguró sin dejar de mirarla.

—Perfecto, en ese caso… ¿Me da su paraguas?

—¿Qué? —preguntó, desconcertado.

—Si desea ayudarme deme su paraguas y yo continuaré con mi camino, no vivo lejos de aquí, así que no tendré problemas… Y usted no va a necesitarlo, porque anda en auto —explicó de la manera más natural mientras lo miraba a los ojos.

—Bien, si es lo que desea, es todo suyo —dijo asintiendo y haciéndole entrega del mismo.

—Muchas gracias señor Johnson, es usted muy amable.

Ella tenía una sonrisa en sus labios que bien podía interpretarse como un gesto de agradecimiento, pero la mirada en sus ojos mostraba otra cosa. Era arrogante, desafiante, e incluso, a Paul le pareció que había algo de burla en esta; pero era tan hermosa que a él nada de eso le importaba, solo se quedó mirándola, hipnotizado.

La joven se dio la vuelta, dándole la espalda; y se alejó de él con un andar sensual y elegante, a pesar de la fuerte brisa que corría por las calles.

Las gotas frías de lluvia que comenzaban a empaparlo lo sacaron de su embelesamiento, corrió hasta el auto y se subió, sacudiendo su abrigo. Encendió la calefacción para entrar en calor. Accionó el parabrisas, y una vez más, su mirada se enfocaba en la hermosa figura de Margaret Milton, así que sin analizarlo mucho encendió el auto y comenzó a seguirla.

Después de tres manzanas ella parecía haber llegado a su destino; él detuvo el auto en la acera para mirar bien el inmueble. Debía recordarlo si quería verla de nuevo, ya tenía su nombre y el lugar donde vivía.

De pronto, los nervios lo atraparon cuando vio que ella salía una vez más, se paraba bajo el toldo verde del edificio y lo miraba mostrando una encantadora sonrisa, para después hacerle una seña.

—¿Me habla a mí? —Se preguntó a sí mismo, al ver que ella le pedía con la mano que se acercara.

Por lo visto, pudo leerle los labios porque asintió, haciendo su sonrisa más efusiva, y movió de nuevo su mano.

Él no perdió tiempo, bajó con rapidez y se encaminó hacia ella. Esta vez intentó prepararse para no ser objeto de sus burlas, pues algo le decía al ver esa sonrisa maliciosa, que ella planeaba otra jugarreta en su contra.

—Es todo un caballero señor Johnson, no sabía que además de entregarme su paraguas también me escoltaría hasta mi casa —comentó mirándolo con coquetería.

—Solo quise asegurarme de que llegara bien.

—O que le devolviera el paraguas —acotó ella extendiéndoselo—. Ya no lo necesitaré.

—No se preocupe, puede quedárselo. Usted perdió el suyo.

Ella negó con la cabeza sin recibirlo.

—Tengo docenas.

—Entonces ahora sume el mío.

—Es usted muy insistente —comentó sin dejar de sonreír, y su mirada era más intensa.

—No se imagina cuánto. —Lanzó esas palabras como un reto para llamar su atención.

—Me gustaría agradecerle de alguna manera su gentileza… —Calló sus palabras, haciendo que la expectativa dentro de él aumentara; después dejó ver una vez más esa enigmática sonrisa—. ¿Le gustaría tomar una taza de té? Es que lo veo todo mojado y sé que es mi culpa. Me siento responsable… Quizás pueda ayudarlo a entrar en calor —pronunció con un tono de voz que desbordaba

inocencia, pero su mirada demostraba todo lo contrario; había mucho tras esa invitación.

—Acepto encantado. Estoy seguro de que me quitará el frío —respondió con un divertido gesto adornando sus labios e iluminando su mirada.

—Bien, acompáñeme por favor —pidió adelantándose y caminó dándole un verdadero espectáculo con el sensual balanceo de sus caderas.

Paul era un hombre muy seguro de sí mismo, le gustaban mucho las mujeres, y se podía decir que tenía bastante experiencia con ellas; aunque de momento no tenía una relación seria, pues prefería la libertad y no tener que dar explicaciones.

Sin embargo, por una mujer como Margaret Milton bien podía replantearse esa idea y hacer todo cuanto pudiese para conquistarla; incluso, comenzar un cortejo que lo llevase a tenerla entre sus brazos.

Entraron al pequeño pero elegante apartamento, y al parecer, solo se encontraban ellos, pues nadie más había salido a recibirla. De pronto, pensó que tal vez era una de esas chicas que ofrecían sus favores a cambio de dinero, y que todo lo que había hecho hasta el momento había sido con el plan de seducirlo.

—¿Vive sola? —preguntó observando el lugar.

Si sus sospechas eran ciertas, quería saberlo de inmediato para ir directo al grano; no sería la primera vez que le pagaba a una mujer por sexo, y ciertamente, nunca había tenido a una como ella. Así que gustoso le entregaría lo que pidiera, siempre que a cambio le dejase hacer todo lo que quisiera con ese maravilloso cuerpo.

—No, vivo con una prima. Ambas estudiamos en Oxford, ella Historia del Arte y yo Diseño de Modas.

—Oxford… ¡Vaya! Yo estudié en Cambridge. Me gradué hace tres años en Gerencia y Economía —acotó mientras estudiaba su actitud, para saber si le mentía o no.

—Muy interesante señor Johnson —dijo sirviéndole el té—. ¿Lo prefiere con leche o con limón?

—Limón, por favor —contestó mirando sus manos.

—Qué maravilla, a mí también me gusta así.

Le sonrió de manera coqueta, se sentó y se llevó la taza a los labios mientras lo miraba fijamente por encima del borde.

Ella parecía estar estudiándolo, y por asombroso que pudiera parecer, comenzaba a hacerlo sentir nervioso. Pensó en que tal vez debería decir algo, arriesgarse un poco más.

—Hacía mucho que no tenía un privilegio como este.

—¿Como cuál? —inquirió, mostrándose interesada en la respuesta.

—Tomar el té con una mujer tan hermosa —respondió de inmediato.

—Espero, por su bien, que nunca diga algo así delante de su madre. Le destrozaría el corazón…

—Mi madre murió hace diez años. —Él ni siquiera supo qué lo llevó a decirle eso tan íntimo, generalmente no hablaba de su vida con extraños.

—Lo siento mucho, yo también perdí la mía cuando tenía quince años. —Margaret se solidarizó con él.

De esa manera continuaron conversando, y sin darse cuenta, estuvieron más de una hora hablando de sus vidas; como si no se tratasen de dos extraños, sino de un par de amigos que tenían mucho tiempo sin verse.

Él no quería marcharse, pero cuando se quedaron sin más temas de conversación se resignó a lo inevitable.

—Muchas gracias por el té y la charla Margaret.

—Gracias a ti por escoltarme y prestarme tu paraguas Paul —mencionó sonriéndole. Para ese momento ya se tuteaban y la atracción entre ellos había aumentado.

Él se moría por besarla, se lo había imaginado varias veces mientras hablaban, pero intuía que era una mujer con la que le convenía ir despacio si quería conseguir algo. Sin embargo, le dejó claro al tomar su mano para besarla y despedirse que deseaba mucho más de su compañía, que ese beso solo era para calmar sus ansias.

No le pasó por la cabeza que ella sería quien daría el primer paso. Justo cuando el elevador abrió sus puertas y se dispuso a entrar, Margaret lo detuvo agarrándolo por el brazo, y con la otra mano lo

atrajo hacia ella, para después estamparle un beso en los labios y hacerle probar el dulce roce de su húmeda lengua.

Él quiso hacer el beso más profundo, quería devorarle por completo la boca, hasta quedar sin aire, hasta que terminase de rodillas ante esa diosa pelirroja, rogándole para que le diera mucho más.

No obstante, ella tenía otros planes; se liberó, alejándose de él y lo empujó al interior del ascensor, al tiempo que le entregaba la mejor de las sonrisas, una que llegaba hasta su mirada.

—Envíame un ramo de flores muy grande, una nota diciendo lo mucho que deseas volver a verme e invítame a bailar Paul Johnson…, y quizás después considere darte otro beso.

—Puedo hacer todo eso hoy mismo —aseguró sonriéndole con entusiasmo.

—No, que sea mañana… Pero si lo olvidas, me darás a entender que no estás interesado —dijo fingiendo pesar.

—Lo primero que verás al despertar será ese ramo, te lo prometo —mencionó viéndola alejarse por el pasillo.

Margaret solo elevó su mano para despedirse, pero no se volvió a mirarlo; solo le entregó ese andar que lo volvía loco, que le aceleraba los latidos y le aseguraba que esa mujer le haría perder la cabeza.

Capítulo 9

Un lujoso *Rolls–Royce Sedanca Coupé*, de un deslumbrante tono vino tinto se detuvo frente a la elegante Catedral de Southwark, captando la atención de muchas de las personas que esperaban afuera de la iglesia.

El chofer salió y caminó para abrirle la puerta a su ocupante, una elegante y hermosa mujer, vestida con un exquisito vestido negro que se ceñía a su esbelta figura.

Llevaba puesto un sombrero con detalles en tul y delicadas plumas, que apenas cubrían la exuberante cabellera rojiza, recogida en un peinado formal.

Margaret ignoró las miradas lascivas de algunos hombres, así como las de las mujeres que no podían disimular su desagrado ni su curiosidad. Solo siguió de largo y entró al reciento; aunque se había dicho mil veces que estaba preparada para ese momento, nada pudo evitar que su corazón se encogiera de dolor al ver la nave central de la iglesia decorada con flores y cintas.

Se llevó una mano a los labios para retener sus sollozos y cerró los ojos, intentando sacar de su mente esa imagen que le robó en un instante toda la convicción que la había llevado hasta ese lugar. Ni siquiera tuvo el valor para mirar hacia el altar y ver a Paul parado junto a este, a la espera de su futura esposa.

—Eres una idiota, no debiste haber venido, ¿qué demonios buscas aquí? Solo terminarás sintiéndote humillada…, solo eso. —Se dijo en un susurro y se dio la vuelta para marcharse.

Estaba a punto de salir, cuando vio el auto de la novia detenerse frente a la iglesia, y todas las personas que se encontraban apostadas afuera comenzaron a entrar, impidiendo que ella pudiera abandonar el lugar.

Maldijo su suerte cuando su mirada se encontró con la de la mujer que le había quitado a Paul, una estúpida insulsa, desgarbada y

mojigata que jamás llegaría a complacer a un hombre como él, porque era demasiado para ella.

Se irguió, mostrándose orgullosa, y sin dejarse intimidar por ella regresó sobre sus pasos y miró, buscando un lugar donde pudiera sentarse. Sin embargo, no lograba decidirse, porque una parte dentro de ella le gritaba que saliera de allí, que no tenía nada que hacer en la boda de Paul Johnson, solo el papel de la exnovia despechada.

Antes de que pudiera hacerle caso a su lado racional, la maldita marcha nupcial dio inicio y a ella no le quedó más que caminar de prisa a los confesionarios y esconderse allí.

Debía encontrar la manera de escapar, no podía quedarse para ser testigo de la ceremonia entera. Eso traspasaba los límites del masoquismo; porque aunque odiase admitirlo, ella amaba a ese hombre y no podía presenciar cómo se casaba con otra.

Minutos antes de que se escuchara la marcha nupcial, Paul apenas podía disimular su rabia y su frustración por tener que encontrarse en ese lugar. Llevaba casi media hora esperando, rodeado de personas que ni siquiera lo conocían bien, pero que fingían estar felices por él.

No podía entender cómo había llegado hasta ese momento, cómo dejó que su padre lo manipulara de esa manera. Debió negarse y que la maldita herencia y la empresa se fuesen al demonio, o quizás insistirle un poco más a la mujer que sí deseaba ver caminar por ese pasillo.

Fue un estúpido al rendirse tan fácil, no debió hacerlo nunca; justo en ese momento se daba cuenta de ello, pero ya era demasiado tarde, no podía hacer nada.

—¿Podrías tratar de disimular un poco? —inquirió Douglas en voz baja, para no suscitar comentarios entre los presentes, mientras miraba a su hijo con reproche—. Paul, por favor…, estoy hablando contigo, quita esa cara, pareces un condenado a la horca.

—¿Qué demonios quiere que haga? ¿Acaso ya no obtuvo suficiente? ¿No era esto lo que quería? —cuestionó mirándolo con verdadera molestia.

—Deja de comportarte de esta manera, sabes que todo lo que hago es por tu bien. —El hombre fue tajante en su respuesta, ya estaba cansado de los berrinches de su hijo.

—¿Por mi bien? ¡Vamos padre, no mienta! —esbozó, y al ver que algunas personas enfocaban la mirada en ellos; y que su padre se tensaba, bajó el tono de voz—. Sabe muy bien que esto lo hace por usted, por mantener el maldito poder… Se entregó en cuerpo y alma a su empresa, nos abandonó a mi madre y a mí para dedicarse por completo a los negocios, y no conforme con ello, espera seguir mandando después de muerto, y para eso no se le ocurrió una idea más brillante que usarme a mí. —Le reprochó mirándolo a los ojos sin ningún remordimiento.

—Eres un malagradecido Paul, todo el estilo de vida que llevas, los autos caros que presumes, las fiestas a las que asistes, la ropa, tus viajes, los lujos que disfrutas…, todo… Todo ha salido de mi esfuerzo, de esa dedicación de años que tanto criticas y que ahora pretendo heredarte sin que tuvieras que mover un maldito dedo.

—Le recuerdo que parte de esa empresa era de mi madre y la obtuve como herencia cuando ella murió.

—Y mi parte la obtendrás solo si cumples con mis condiciones… ¿Acaso no ves que solo te estoy allanando el camino? Tendrás socios despiadados con quienes luchar, todos desean el puesto de presidente, pero al tener la mayoría de acciones es tu derecho serlo… Ahora, si ellos no te creen capaz de representarlos, si no te ven como a un hombre centrado, de familia y con un alto sentido de responsabilidad te harán pedazos, y es precisamente eso lo que estoy tratando de evitar —sentenció mirándolo a los ojos. No quería ser brusco, pero ya estaba cansado de tener la misma discusión todo el tiempo.

—Yo no quería nada de esto —dijo sintiendo que el peso de todo eso lo aplastaba.

—Es tu deber como mi único y legítimo heredero.

—Algunas veces las herencias que recibimos resultan una maldición —expresó sin temor, mirando a su padre a los ojos de manera desafiante.

—Algún día te vas arrepentir de esas palabras Paul, y cuando esa mujer que hoy se entrega a ti para compartir una vida contigo te haga feliz y te dé una familia, entonces te recordarás de esto y vas a desear agradecerme, pero seguramente para cuando ese momento llegue ya estaré muerto —pronunció con los ojos ahogados en lágrimas y toda la intención de hacerlo sentir culpable.

Sus palabras y su actitud dieron el resultado que esperaba, lo pudo comprobarlo cuando vio a Paul quedarse callado y bajar la mirada, mostrándose avergonzado por llevarle la contraria.

Los reproches de Paul se ahogaron en su garganta, no solo por lo que había dicho su padre, sino porque en ese instante fue consciente del rumor que provenía de afuera, seguro porque la novia ya había llegado.

Dejó caer los párpados y suspiró, asumiendo su derrota, ya no podía hacer nada más que resignarse a su destino e intentar olvidar a Margaret, construir un hogar junto a Amanda; después de todo, su futura esposa era una chica agradable.

Las puertas se abrieron y él se armó de valor para levantar el rostro, debía mirar a los ojos a la mujer que a partir de ese día estaría junto a él por el resto de su vida. Incluso, hizo el esfuerzo de sonreír, aunque apenas consiguió que sus labios se curvaran.

Pudo ver, aun detrás del velo, que la mirada de ella se iluminaba, y eso lo hizo sentir menos miserable; e internamente, se prometió que intentaría hacerla feliz y también lucharía por serlo él.

—Te entrego mi tesoro Paul Johnson, cuida mucho de ella y hazla feliz —mencionó su suegro, mientras lo miraba a los ojos fijamente.

—Así lo haré —respondió con seguridad y recibió la mano que Gregory Barren le entregaba.

La tímida Amanda solo le dedicó una sonrisa que fue fugaz en sus labios, pero que se mantuvo en su mirada hasta que tuvo que posarla en el sacerdote, cuando el hombre dio inicio a la ceremonia, haciendo que su fuerte y nítida voz resonara en todo el recinto.

Margaret se encontraba sentaba en el interior del confesionario, sintiéndose atrapada, y cada vez se le hacía más difícil respirar; esa

sensación la llenaba de terror, pues lo último que deseaba en ese momento era ser víctima de un ataque de asma.

Intentaba calmarse frotándose las manos, respirando despacio y buscando la manera de dejar su mente en blanco, eso siempre le funcionaba.

Sin embargo, la poderosa voz del cura no la dejaba escapar, la tenía atada a ese lugar, torturándola sin piedad. No le extrañaría si de un momento a otro empezaba a gritar como una posesa.

—Por favor Maggie…, por favor, cálmate… Tú puedes hacerlo, puedes hacerlo… —Se animaba cerrando los ojos mientras inhalaba despacio y después soltaba el aire con la misma lentitud.

De pronto, uno de los momentos que más había temido había llegado, intentó cubrirse las orejas con las manos para evitar escuchar la voz del hombre que le estaba quebrando el alma con su respuesta. No quería estar allí, no soportaría escuchar su respuesta afirmativa, pero su cuerpo no le respondía.

—Paul Johnson, ¿aceptas a Amanda como tu legítima esposa? ¿Para amarla, honrarla y serle fiel hasta que la muerte los separe?

La voz logró colarse hasta los oídos de Margaret, y ella solo se hizo hacia adelante y apretó los párpados con fuerza, al tiempo que comenzaba a suplicar.

—Di que no… por favor, di que no… No la aceptes mi amor, no aceptes… Te juro que salgo de aquí y me caso contigo en este preciso instante si lo deseas…, pero por favor, solo di que no. No me destruyas de esta manera cariño.

Margaret rogaba con la voz estrangulada por el nudo de lágrimas que le cerraba la garganta; aferrándose a una última esperanza entrelazó sus dedos, como si se dispusiese a orar en ese momento, esperando que Dios le diese respuesta a ese milagro que pedía.

—Sí, acepto.

La voz de Paul fue una estocada directa a su corazón, se dobló hacia delante al sentir que se quebraba a la mitad, y dejó que el llanto que tenía haciéndole girones la garganta saliese con libertad.

Siempre criticó a su madre por darle tanta importancia al miserable de su padre, por dejar que su vida acabase el día que él salió de su casa para nunca más volver.

Pensó que solo era una cobarde, que su actuación era exagerada; no podía imaginar que la pérdida de un hombre provocase un dolor tan profundo y grande en una mujer, como para que ella desease morir.

Pero en ese instante lo vivía en carne propia, y por primera vez, ese sentimiento que experimentó su madre la tocaba a ella también, demostrándole que realmente era poderoso, y que si no tenía la voluntad suficiente para levantarse, acabaría igual que su mamá.

—Eres fuerte Margaret, puedes superar esto… Puedes hacerlo. Sal de aquí y olvídate de Paul Johnson para siempre. —Tras decir esas palabras se puso de pie.

Salió de allí con la firme convicción de no ver a ese hombre, no merecía que le dedicara una mirada más. Sin embargo, su corazón necesitaba verlo aunque fuese una última vez, y no pudo luchar contra ese deseo.

Lentamente volvió medio cuerpo, sintiendo que temblaba de pies a cabeza, llena de temor por aquello que sus ojos pudieran encontrarse y del dolor que le causaría.

Lo vio llevando del brazo a su esposa, y esa imagen la hizo sentir inmensamente miserable, porque sabía, que aunque culpase a Paul de su dolor, la única responsable de todo era ella.

Fue ella quien se negó a tener una vida junto a él, fue ella quien lo rechazó y lo lanzó a los brazos de otra mujer, otra que le dio el valor que él merecía y que ella siempre le negó.

—Fuiste tan estúpida Maggie… Te mereces esto, te lo mereces —susurró sintiendo que el llanto una vez más amenazaba con desbordarla.

Paul tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no salir corriendo de la iglesia cuando frente a sus ojos se cruzó la figura de aquella mujer vestida de negro, que vio mientras recibía las felicitaciones de los invitados.

Se le hizo tan parecida a Margaret que el corazón se le desbocó en latidos; por un instante pensó que podía tratarse de ella, que tal vez había ido hasta allí para impedir que se casara; pero al salir y no

verla por ninguna parte, supuso que solo había sido su imaginación haciéndole una cruel jugarreta.

Capítulo 10

Brigitte sentía que las piernas le temblaban mientras descendía por la escalera que bajaba desde el avión hasta la pista de aterrizaje. No era la primera vez que viajaba en una aeronave, así que sus nervios no se debían a eso, sino a que dentro de poco estaría frente a la familia de Donatien, y pasaría un fin de semana con ellos.

—Bienvenida a mi amada Toulouse querida Brigitte —expresó con una gran sonrisa, tomándole la mano para darle un beso en el dorso, mientras la miraba a los ojos, dejando que ellos hablaran por él.

—Muchas… muchas gracias Donatien —respondió con algo de nerviosismo, y liberó su mano al tiempo que le dedicaba una sonrisa, para no hacerlo sentir rechazado.

—Te prometo que vas a disfrutar mucho de tu estancia aquí, haré que sea maravillosa y que no la olvides nunca.

—Es una ciudad muy hermosa —expresó ella mirando por la ventanilla del taxi que habían tomado.

—Sí, lo es… Mis padres viven en una zona muy tranquila, en *Alto Ganora*. Estaremos allí en unos cuarenta minutos, así que puedes relajarte, dormir incluso, si lo deseas —dijo él siendo consciente de que ella se había despertado muy temprano, pues en su caso, él ni siquiera había dormido.

Donatien tenía todas sus esperanzas puestas en ese viaje, confiaba en poder hallar el momento perfecto para hablarle de sus sentimientos. Ya habían pasado seis meses desde que empezaron a convivir prácticamente a diario.

—Estoy bien, el viaje en el avión fue tranquilo… Y quiero ver todo cuanto pueda, cada rincón de este lugar.

—Yo te llevaré a conocerlos todos —pronunció con entusiasmo, conteniéndose para no abrazarla.

—Gracias. —Ella quiso mostrar el mismo entusiasmo, aunque seguía sintiéndose nerviosa por lo que le podía deparar ese viaje.

Minutos después dejaban atrás la ciudad y los caminos se volvían más rurales. El paisaje tenía completamente cautivada a Brigitte. Las llanuras de un intenso verde esmeralda contrastaban a la perfección con el azul claro del cielo, y al fondo se podía observar los picos coronados de nieve de los Alpes franceses.

—Es tan hermoso…, me encantaría pintarlo —susurró emocionada con la idea de hacerlo.

—Es algo que todo pintor que ha visitado esta zona desea hacer; si gustas puedo brindarte los materiales para que lo hagas. En casa de mis padres tengo todo lo necesario —comentó feliz con la idea.

—Sería maravilloso…, pero no soy tan rápida, y aunque me pasase dos días dedicada a ello, dudo mucho que pueda terminar un cuadro decente en tan poco tiempo.

—Bueno, podrías comenzar en esta visita y regresar cada vez que desees para continuarla. Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti a partir de hoy Brigitte.

—No me gustaría causarle molestias a tu familia; además, un viaje como este no es fácil de realizar con frecuencia. —Se excusó en algo que creyó válido.

—Tú nunca le causarías molestias a ningún Rimbaud, te aseguro que mi familia te adorará en cuanto te conozcan. Ya les he hablado a mi madre y a mi abuela de ti.

Esa declaración hizo que los nervios dentro de Brigitte se dispararan y su cuerpo comenzó a temblar; el corazón se le aceleró y quiso decirle al chofer que detuviera el auto, bajar de este y correr en dirección contraria.

—Bien, hemos llegado —anunció con una gran sonrisa, posando su mirada en la casa de sus padres.

Brigitte se sintió llena de curiosidad y también miró a través de la ventanilla; de inmediato se sintió cautivada por el aura que rodeaba a la casa y desbordaba calidez. Construida en su totalidad en ladrillos rojos, con amplios ventanales blancos y un hermoso jardín; daba la impresión de ser un lugar de remanso.

—Espero que te sientas como en casa —pronunció él, sintiendo que el corazón le latía emocionado.

—La verdad… es que me siento un poco nerviosa —confesó sin poder evitarlo.

—Brigitte, mírame por favor —pidió en un susurro y le puso un par de dedos en la barbilla, para hacer que lo viera a los ojos—. No tienes por qué sentirte así, mi familia es muy particular es cierto, algunos poseen algo de locura, pero son buenas personas. Estoy seguro de que te recibirán como si fueras parte de la familia.

—Pero ni siquiera me conocen —alegó mirándolo a los ojos, y sus pupilas se movían de un lado a otro.

—Bueno, precisamente estás aquí para conocerlos. Ellos saben que eres muy importante para mí…, saben que yo…

—¡Doni! ¡Hijo mío, qué alegría! —exclamó Sophie desde la puerta de la casa, con los brazos elevados al cielo.

—¡Artista! ¡Ya se nos estaba olvidando tu cara!

—¡Mi dulce Doni, bienvenido a casa! —La abuela también se hizo presente.

—Qué bueno tenerte aquí hijo. —Su padre caminó para abrazarlo y ayudarlo con las maletas.

Todos estaban ansiosos por conocer a la famosa Brigitte, de la que tanto les había hablado y que había llevado en esa visita para presentárselas. Sin embargo, cuando sus miradas se posaron en la dama se sintieron realmente sorprendidos, no se esperaban que fuese tan joven.

Donatien escuchó con horror que comenzaban a llamarlo por ese diminutivo que le resultaba tan vergonzoso, no sabía por qué a su abuela se le había ocurrido. La adoraba y era una mujer extraordinaria, pero cada vez que lo llamaba «Doni» era como si le halara las orejas y lo hiciera sentir de diez años nuevamente.

—Padre, madre… qué gusto verlos. Abuela, la extrañé mucho…, y a ti también Philippe —saludó a su familia, pero al ver que ellos tenían la mirada puesta en Brigitte, supo que todo su interés lo había captado ella y no en él—. Quiero presentarles a una gran amiga.

—Encantada, Brigitte Brown —dijo ella con una sonrisa, extendiéndole la mano primero a la madre de Donatien, quien se encontraba más cerca.

—Hola… —La madre señora fue la primera en saludar a Brigitte, mientras la miraba con detenimiento—. Es un placer señorita Brown, Sophie Rimbaud.

—Bienvenida a nuestra casa señorita Brown, soy Bernard Rimbaud, el padre de Donatien. —Le estrechó la mano a la hermosa amiga de su hijo. Al igual que su mujer, él también la miró detalladamente, pues no imaginaba que fuese así.

—Muchas gracias señor Rimbaud, y por favor, llámenme Brigitte —pidió sonriéndole.

—Mucho gusto Brigitte, yo soy el hermano menor del mejor pintor de todo París. —Se presentó Philippe, para quien Donatien era casi un héroe, pues siempre lo había ayudado.

—Es un placer. Tienes razón en cuanto a tu hermano, es un gran artista —contestó mirando a Donatien de soslayo, él parecía estar un poco avergonzado y eso le causó gracia.

—Encantada de conocerte pequeña, pero por favor entremos a la casa, que este sol va a terminar tostándonos —mencionó Bettina, sonriéndole a la amiga de su nieto.

—Sí, me parece lo mejor —acotó Donatien, quien necesitaba salir de esa situación tan embarazosa.

Su familia veía a Brigitte como si fuese una especie de atracción de circo; suponía que no haberles dicho antes que era varios años menor que él los había hecho actuar así, pero tampoco era para que no pudieran disimular su asombro.

Cuando entraron, Brigitte quedó fascinaba; a un lado de la puerta todas las paredes eran de cristal, incluso los techos estaban hechos de ese material; había tanta luz y calidez que ella tuvo la sensación de estar en un espacio abierto; sobre todo porque desde allí se podía apreciar todo el verdor del jardín.

—Su casa es bellísima señora Rimbaud —expresó con sinceridad, mientras seguía hechizada por el lugar.

—Muchas gracias, es un espacio creado por varios artistas —comentó con orgullo—. Y por favor, llámame Sophie. Los amigos de Doni… Donatien, son nuestros amigos también. —Sophie rectificó antes de llamar a su hijo por el diminutivo que usaba cariñosamente para él.

—Muchas gracias Sophie… ¿Usted también es artista? —inquirió con algo de curiosidad, sabía muy poco de ellos.

—De cierto modo sí —respondió con algo de timidez.

—El arte es algo que llevamos en las venas —mencionó Bettina, irguiéndose con orgullo ante los ojos de Brigitte.

—Mi padre es un extraordinario músico, toca el piano en la Orquesta Sinfónica de Toulouse, y también da clases a los chicos del instituto. Mi madre toca el violín y también es concertista. Los dos se conocieron mientras iban a la academia de música, cuando apenas eran unos adolescentes —explicó Donatien, observándolos con admiración y cariño.

—Siempre quise pintar, al igual que mi querido nieto. Tenía el talento para ello, pero lamentablemente mi familia no podía costearme una carrera; y las cosas para esa época no eran igual que ahora, así que no me quedó más remedio que desbordar todo mi talento en la repostería.

—La abuela hace los pasteles más deliciosos de toda Francia, las personas vienen a diario para hacerle encargos, a pesar de que ya se retiró —comentó Philippe con una gran sonrisa—. Y yo no pinto ni canto ni toco, pero me gusta construir. Estoy estudiando arquitectura… Tuve que pausar la carrera por un tiempo, pero este es mi último año.

—Estoy impresionada… Ahora sé de dónde viene el maravilloso talento que tiene Donatien —pronunció ella mirándolos con verdadera admiración.

—Pues no te dejes impresionar pequeña, que somos bastante sencillos; además, Donatien nos ha contado que tú también tienes mucho talento. Dice que eres una gran paisajista.

—Digamos que hago el intento —respondió sonrojándose levemente ante el cumplido por parte de la madre de su amigo.

—En realidad es muy talentosa, sus pinturas transmiten mucho sentimiento, y cuando por fin se anime a presentarlas, estoy seguro de que las personas quedarán maravilladas con ellas —dijo todo con tanta seguridad, mientras la miraba sin poder ocultar la devoción y el amor que por ella sentía.

Un pesado silencio les siguió a las palabras del pintor, mientras el resto de la familia intentaba asimilar el sentimiento impreso en esa declaración.

Brigitte, por su parte, sentía que los nervios la invadían con mayor fuerza, pues no sabía qué responderle; no quería generarle la impresión equivocada a su familia, mucho menos lastimarlo o ilusionarlo con algo que no podía brindarle.

—Todo lo que aprendí fue gracias a él… Donatien fue un maravilloso profesor para mí —pronunció y sus labios esbozaron la mejor de sus sonrisas.

Esa declaración también tomó por sorpresa a la familia Rimbaud.

—Por lo visto, también heredó el talento para enseñar de su padre —comentó Bettina, sonriéndole a la chica.

Donatien le agradeció con la mirada a su abuela por salvarlo una vez más, pero pudo ver en la mirada, a través de ese par de ojos azules que eran iguales a los suyos que tenían una charla pendiente, y no solo con ella, sino con el resto de la familia.

Capítulo 11

Timothy se encontraba rebuscando en su armario, en busca de su cámara fotográfica, pues quedó de prestársela a un compañero de trabajo. Cuando al fin la encontró, vio junto a esta una caja de madera, donde guardaba algunas películas fotográficas sin siquiera usar, así como varias imágenes reveladas. La gran mayoría era de Brigitte.

Ver lo hermosa que lucía en cada una hizo que todos sus sentimientos se removieran y que aquella herida que no terminaba de sanar se abriera nuevamente.

—¡Por Dios, cómo te extraño! —expresó deslizando su pulgar por la imagen de su novia.

Siguió pasándolas y encontró una donde él estaba detrás de ella, rodeándola con sus brazos, y Brigitte le besaba la mejilla. Ese gesto lo había emocionado, se podía ver en la expresión de su rostro. Él sonreía, mostrándose complacido; y sus brazos la rodeaban con tanta intensidad, como si no quisiera soltarla nunca.

—Sé que fallé muchas veces al no decirte que te amaba…, pero ¿no te lo demostré Brigitte? ¿Acaso nunca te hice sentir cuánto me importabas? —Se preguntó en voz alta, mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

Intentó darle la pelea a las lágrimas, pero cuando vio otra, donde ambos se besaban en los labios, sin miedo a ser juzgados por mostrarse así en público, un sollozo estalló en sus labios y el dolor se hizo más intenso; haciéndolo consciente de que había perdido por imbécil a una mujer extraordinaria.

—Te voy a encontrar, y cuando lo haga, nada me separará de ti; lucharé para reconquistarte, no descansaré hasta demostrarte que eres mía y yo tuyo, que los dos nacimos para estar juntos… Te prometo que lo haré, lo haré aun me deje la vida en ello Brit.

Y como si el destino estuviera jugando las cartas a su favor, justo en ese instante llamaron a su puerta.

—¿Será que no puedo tener un momento de paz ni siquiera un fin de semana? —inquirió caminando hacia la puerta, tiró del picaporte y abrió, encontrándose con la conserje del edificio.

—Señor, disculpe que lo moleste, pero un hombre ha dejado esto para usted y me ha dicho que es urgente…

La mujer, que tenía casi treinta años de casada y nunca en su vida había visto a otro hombre sin camisa se quedó alucinada al ver el pecho desnudo de Timothy Rumsfeld. Le resultaba un verdadero espectáculo.

Timothy, completamente ajeno a la inspección que le hacía la señora Armstrong, solo miró el sobre en su mano y no tardó cinco segundos en darse cuenta de que pertenecía a la *Western Union*, por lo que de inmediato supo que se trataba de un telegrama.

Sus latidos se aceleraron y la mano que lo recibió temblaba ligeramente, al tiempo que su mirada buscaba con rapidez al remitente, y la euforia se apoderó de él al saber que venía de parte del detective Dawson.

—Muchas gracias por traerlo señora Armstrong, que tenga feliz tarde —dijo con premura antes de cerrarle la puerta prácticamente en la cara.

—Por favor Señor, que sean buenas noticias —pidió antes de abrir los ojos y comenzar a leer.

Solo un nombre escrito en ese telegrama renovó todas las esperanzas de Timothy, aunque no era el de Brigitte, era lo más cercano que podía tener de ella, así que sin perder tiempo se dispuso a hacer lo que su investigador le pedía.

Minutos después se encontraba en una de las cabinas de la *American Telephone and Telegraph*, esperando la conexión con el detective Dawson.

—Buenas tardes, hotel *Huttons*, ¿cómo puedo servirle?

—Buenas tardes. Por favor, necesito comunicarme con el señor Dawson, está esperando mi llamada. Dígale que es de parte de Timothy Rumsfeld —mencionó al escuchar la voz del recepcionista.

—Por supuesto señor Rumsfeld, permítame un momento.

Timothy esperó por lo que le pareció una eternidad, mientras el tono le anunciaba que el teléfono en la habitación estaba repicando. Al fin escuchó que alguien lo tomaba y ni siquiera dio tiempo a que le contestaran, él habló primero.

—Detective Dawson, soy Timothy Rumsfeld, lo estoy llamando como me solicitó en su telegrama.

—Buenas tardes señor Rumsfeld, me encuentro bien. ¿Usted cómo se siente? —El hombre le recordó cómo debía iniciar una conversación, pues al parecer, el joven lo había olvidado.

—Disculpe Dawson…, es que estoy muy ansioso. ¿Cómo le ha ido en Londres? —Se esforzó por ser cortés.

—Bastante bien, el clima ha sido mucho mejor durante este viaje —comentó de manera casual.

¡Por un demonio! No estoy interesado en el clima, sino en la noticia que tenga para darme. ¿Por qué no habla de una bendita vez y termina con esta tortuosa agonía?

—El clima puede ser un desgraciado a veces, lo sé muy bien detective, recuerde que viví muchos años allí. Ahora dígame por favor, ¿ha visto a Margaret Milton sola todo el tiempo o vio que alguien la acompañaba en algún momento? —inquirió directamente. La comunicación no era muy buena y él no deseaba andar con rodeos.

—Bueno, mi contacto en el aeropuerto me avisó de la llegada de la señorita Milton a Londres, al parecer viajó sola, pues en ningún momento se le vio en compañía de nadie; sin embargo, no quise perderla de vista y comencé a seguirla.

—¿Y qué pasó? ¿Pudo descubrir algo? ¿Notó algo extraño…? —Timothy anhelaba saber algo, por eso no paraba de preguntar.

—La primera noche se quedó en casa de sus tíos, los señores Brown; por allí todo estuvo en calma, no entró ni salió nadie más después de ella. En ese lugar no hay rastros de su… amiga.

—¿Se cercioró de ello? —preguntó, pues le resultaba extraño que Brigitte no anduviese con Margaret, suponía que al dar con ella, también encontraría a su novia.

—Por supuesto, vigilé la casa por varias horas y no vi nada que me revelara la presencia allí de alguien más que no fueran los sirvientes

y la señorita Milton.

—Bien, ¿qué sucedió después?

—Al día siguiente ella se encontró con un grupo de amigas, la seguí y estuve presente durante toda la reunión; por desgracia, no pude escuchar mucho, pero estoy casi seguro de que ella conoce el paradero de su prima.

—¿Por qué lo piensa?

—Porque alcancé a oír que le hablaba de ella a sus amigas y…

—¿Dijo el nombre de algún lugar? —Timothy posó todas sus esperanzas en esa respuesta, prometiéndose que en cuanto supiera dónde estaba dejaría todo y correría a buscarla, pues era lo único que le importaba.

—No, no lo hizo, sus amigas se lo preguntaron en repetidas ocasiones, pero siempre se mostró a la defensiva…, y fue muy precavida en sus respuestas.

—¡Maldición! —exclamó impaciente y molesto—. Detective… ¿Puede decirme si alguna de las damas presentes era Raquel Luwdon?

—Sí señor, allí estaba —confirmó, pues reconoció a la nuera del barón al instante.

—Es la esposa de mi mejor amigo, por ese motivo Margaret no habló del lugar donde se encontraba Brigitte; seguro intuyó que si Peter llegaba a enterarse me lo diría… Ella sabe a lo que está jugando.

—Supongo…, pero aún tenemos un as bajo la manga. Si usted me autoriza, puedo seguirla a cualquier lugar que vaya. Tal vez pueda conseguir que mi contacto en el aeropuerto me informe en cuanto la señorita Milton compre el boleto, así tendríamos un lugar más específico donde buscar.

—¡Claro, es una grandiosa idea! Estoy seguro de que Margaret nos llevará a ella —pronunció muy entusiasmado—. Consiga esa información y tome el mismo vuelo, no la pierda de vista un solo minuto; y cualquier cosa, manténgame informado.

—Está bien, eso haré… Aunque debo decirle que incurriré en más gastos señor Rumsfeld.

—Usted no se preocupe por eso, le daré lo que sea necesario, solo encuéntrela y me informa de inmediato. —Sentía que por fin tenía un camino seguro delante de él.

Después de un par de palabras más, ambos hombres se despidieron, Timothy salió del lugar con el pecho hinchado de esperanza, sintiendo el corazón latir emocionado, porque algo le decía que esta vez sí sabría dónde se encontraba su hermosa Brigitte, e iría por ella.

Capítulo 12

Donatien observaba a través de la ventana del estudio de música de sus padres a Brigitte, quien se encontraba en el jardín junto a su madre y su abuela. Ellas habían secuestrado a su musa para compartir un rato, algo así como una tarde entre chicas, había mencionado su abuela.

En realidad, Donatien sabía que las mujeres estaban tratando de averiguar tanto como pudieran de la vida de Brigitte, y descubrir si era una buena joven.

—Son tres bellezas —comentó Bernard, parándose junto a su hijo y le extendía una copa de brandy.

—Sí, realmente lo son —respondió con una sonrisa. Había estado tan ensimismado en la imagen de Brigitte, que hasta había olvidado que su padre estaba allí.

—Entonces… ¿La conoces desde hace mucho? —dijo para iniciar la conversación.

—La conocí mi primer día en Oxford —decía y al ver un gesto en el rostro de su padre, que él conocía muy bien, quiso aclararle enseguida—. Brigitte solo fue mi estudiante, y ahora una gran amiga padre, pero ella… ella es... distinta, es especial.

—¿Especial? —cuestionó, fijando su mirada en Donatien.

—Sí, para mí es especial… No solo es hermosa y encantadora, también es muy inteligente, generosa y valiente; tiene un espíritu fuerte, apasionado… Es una mujer extraordinaria; además, posee la belleza y la candidez de un ángel… Es sencillamente perfecta.

—¡Vaya! Al parecer es mucho más serio de lo que creí —comentó dándole un sorbo a su copa.

—¿Qué quiere decir? —De pronto se sintió nervioso, como un chico de quince años, y no como el hombre de treinta y siete que era.

—¿Me pides que sea específico? —inquirió Bernard elevando una ceja, vio a su hijo asentir y sus pupilas bailaban con nerviosismo. Liberó un suspiro mientras buscaba las palabras en su cabeza—. Bueno…, es evidente que estás enamorado de ella Donatien. Ahora, la pregunta sería: ¿está ella enamorada de ti? Porque hasta donde he visto, parece que solo te ve como un amigo.

Donatien se quedó en silencio durante un minuto mientras analizaba la pregunta de su padre y también la actitud de Brigitte. En los últimos meses ellos se habían vuelto muy cercanos, salían a comer dos veces por semana, iban al teatro, a exposiciones, o simplemente, a caminar por las calles de París y sentarse a mirar el atardecer.

Era cierto que aún no habían traspasado el umbral de la amistad, pero suponía que solo era cuestión de días, quizás horas; ya que tenía planeado hablarle de sus sentimientos en ese viaje.

No creía que ella fuera a rechazarlo, porque de no estar interesa en él no hubiera aceptado nunca sus atenciones; y por el contrario, todo lo que hacía parecía hacerla feliz. Así que estaba seguro de que Brigitte solo estaba esperando que él diera el primer paso.

—Ella… Estoy seguro de que no le soy indiferente, por algo está aquí conmigo, ¿no lo cree padre? —cuestionó, esperando que el señor reforzara su confianza.

—Bueno, viéndolo así tienes razón. Ninguna mujer estaría dispuesta a viajar para conocer a la familia de un hombre si no le interesa como futuro pretendiente —contestó Bernard mirándolo.

—O esposo —acotó él, pues esas eran sus esperanzas, hacer a Brigitte su mujer con todas las de la ley.

—¿Esposa? —inquirió sorprendido.

—Sí, esposa… Mis intenciones son serias, no deseo quedarme en una simple relación como la que tuve con Clélia. Con mi musa lo quiero todo, quiero un matrimonio, un hogar…, una vida junto a ella —expresó con un tono que desbordaba esperanza.

Bernard se quedó en silencio, sopesando las palabras de su hijo, sintiendo cierta punzada de tristeza, puesto que sabía que a Donatien siempre le haría falta algo para completar esa vida perfecta

que soñaba. Sin embargo, no sería él quien le recordara eso e hiciera añicos sus ilusiones.

Dejaría que soñara con esa felicidad absoluta, esa que nadie más que él merecía; porque su hijo era un buen hombre.

—¿Crees que junto a ella conseguirás todo eso? —preguntó mirándolo a los ojos, para que le fuera sincero.

—Estoy seguro de que ella puede darme todo eso y más —mencionó con total convicción.

—Creo que te escuché decir algo parecido años atrás, cuando me hablaste de Clélia. Hijo…, no quisiera ser un ave de mal agüero, tampoco me gustaría derrumbar tus ilusiones, pero… —decía cuando Donatien lo interrumpió.

—Padre, sé que le preocupa que pueda salir lastimado como antes, pero le prometo que esta vez todo será diferente. Brigitte es distinta.

—Es tan joven Donatien… Sé que la diferencia de edad no es un tema muy relevante en algunas relaciones.

—Y no lo será en la nuestra. Brigitte es muy madura, y tampoco es que sea tan chica, tiene veintiséis… He visto matrimonios con más diferencia y son felices. —Defendió su postura. Con treinta y siete no se consideraba un viejo verde que se aprovechaba de la inocencia de una niña, ambos eran adultos.

—No estoy diciendo lo contrario, es solo que… No lo sé.

Bernard se llevó una mano a la cabeza para rascarla, ese gesto lo hacía siempre al hablar de algún tema que lo hiciera sentir incómodo o que no supiera cómo tratar.

—Sé qué es lo que tanto le preocupa, pero le aseguro que esta vez será diferente… Brigitte es una mujer extraordinaria, sensible y comprensiva; es todo lo opuesto a Clélia… Estoy seguro de que con ella no tendré que pasar por lo mismo; además, ya estoy preparado, he tenido muchos años para asimilarlo. Sabré cómo manejarlo cuando llegue el momento.

—Confío en Dios que así sea hijo, pues nada me dolería más que verte sufrir como ya lo hiciste una vez. —Le dijo mirándolo a los ojos y apoyando una mano en su hombro, para que supiera que estaba allí para él.

—No lo haré, no se preocupe por mí… Aprendí mi lección, se lo prometo.

Esa misma noche la familia Rimbaud hizo una cena especial para la invitada de Donatien y para la novia de Philippe, quien ya era como parte de la familia, pues tenía siete años de novia con el joven, y estaban prontos a casarse.

A la mañana siguiente ella salió muy temprano junto a su amigo. Su encantador anfitrión quería aprovechar todas las horas del día para pasear por la ciudad.

Recorrieron algunos de los principales atractivos turísticos; sobre todo, aquellos que tenían alguna relación con su profesión. Y así fue como Brigitte se vio en la hermosa *Plaza del Capitolio* de Toulouse.

Luego fueron hasta el *Convento de los Jacobinos*, un lugar de increíble belleza y serenidad, que sumieron a Brigitte en una especie de letargo.

—Vamos, tengo todavía mucho que mostrarle señorita Brown —dijo extendiéndole la mano, al tiempo que le sonreía.

Ella la recibió con un gesto parecido, aunque no tan efusivo, pero eso a Donatien no lo desanimaba; solo con el hecho de dejar que caminara junto a ella por las calles tomados de la mano era maravilloso. Lo hacía sentir feliz y seguro, alimentaba sus esperanzas y reforzaba su decisión de hablarle de sus sentimientos.

Lo haría esa tarde, y para ello había escogido un lugar muy especial, el que sería de los dos a partir de ese día.

—¿A dónde me llevarás ahora? —preguntó ella llena de curiosidad, mientras buscaba la mirada celeste y clara como el cielo que tenía Donatien.

—A un lugar que estoy seguro le fascinará a una paisajista como tú —respondió sonriéndole.

—Entonces no perdamos tiempo.

Cuando llegaron hasta la avenida, Donatien extendió su mano, detuvo un taxi y subieron a la parte de atrás.

—Está muy misterioso hoy señor Rimbaud —comentó mirándolo de perfil.

Había dejado de usar la palabra «profesor» para referirse a él, pues había notado que la misma le incomodaba; era como si no quisiera que la distancia que se suponía debía haber entre un profesor y su alumna existiera entre ellos dos.

—Es mi estrategia para sorprenderla, pero sobre todo, para hacerla feliz señorita Brown —dijo tomándole una mano y llevándose a los labios para darle un beso.

—Gracias por todo esto Donatien —expresó con sinceridad, mirándolo a los ojos.

Al principio se tensaba por esas muestras de cariño que él le ofrecía, pero con el tiempo se fue acostumbrando, pues no sentía malicia tras ellas, sino una muestra de inmenso cariño. Uno como el que cada día crecía dentro de ella.

No podía negar que su exprofesor le parecía un hombre atractivo, realmente lo era; pero no al punto de hacer que la imagen de Timothy fuese eclipsada.

Al fin llegaron a su destino, y la hermosa fachada de la Escuela de Bellas Artes deslumbró por completo a Brigitte. La había visto en algunas fotografías en libros, pero hacerlo en persona era algo totalmente diferente. La emoción estaba a punto de desbordarla, y su corazón latía muy de prisa.

—Es… impresionante, es muy hermosa —comentó sin dejar de mirar la estructura, deleitándose con las bellas esculturas femeninas que la adornaban—. Mira las estatuas, son tan perfectas…, son como diosas.

—Yo más bien diría que son musas… Cada una representa un arte en específico. Esta de aquí personifica la Pintura, la esculpió *Alexandre Laporte*, y estas otras simbolizan a la Escultura, el Grabado y la Arquitectura. Fueron realizadas por *Abel Fabre*.

—Todas son maravillosas… *Dominique Ingres* estudió aquí.

—Sí, así es. Tal vez por ello sus pinturas son una de mis principales fuentes de inspiración—. ¿Entramos? —preguntó mirándola a los ojos.

—¿Podemos hacerlo?

—Por supuesto, como exalumno tengo ese privilegio.

—Por favor, hagámoslo. Muero por conocer la escuela donde estudiaste, tanto que nos hablabas de ella en clases —pidió admirándola como si fuese una niña que deseaba ir de paseo al parque un domingo.

—Entonces vamos —dijo y una vez más la tomó de la mano para caminar con ella.

El tiempo dentro de la escuela se les pasó volando. Entre reencuentros con viejos profesores o compañeros de estudios, que ahora daban clases allí; con el personal que aún seguía laborando en la institución; así como su visita a los talleres no supo cuántas horas pasaron.

De allí salieron con destino al *Canal du midi*, los nervios dentro de él se intensificaron; charlaba con ella e intentaba mostrarse relajado, pero la verdad era que estaba temblando como si fuese un chiquillo.

—Bien, hemos llegado —anunció con una gran sonrisa.

El auto se detuvo junto a uno de los muelles, desde donde salían los barcos que recorrían el curso de agua. Su idea era pasear en uno de estos junto a ella, para admirar el atardecer; y cuando se encontrasen allí, le declararía su amor en el lugar más romántico de toda Toulouse.

Le ayudó a bajar, ya que ella estaba embelesada mirando el lugar. Supuso que la belleza del mismo le había provocado esa reacción. Pero Donatien no podía estar más equivocado en su apreciación.

No era la belleza del lugar lo que había dejado perpleja a Brigitte, sino la semejanza con otro paisaje que hizo que todos sus recuerdos se removiesen dentro de ella.

Su cuerpo comenzó a temblar y la garganta se le inundó en lágrimas, mientras avanzaba con pisadas trémulas por el camino de tierra que llevaba a los muelles.

—¿Qué haremos? —Le preguntó con algo de pánico, reaccionando al verse tan cerca de los barcos.

—Subiremos a uno y daremos un paseo por el canal —contestó sonriendo, pero el gesto se le congeló en los labios al ver que ella estaba temblando.

—No…, no puedo subir —dijo negando con la cabeza.

—Brigitte… —Intentó convencerla acariciándole la mano, y buscó los ojos grises que miraban aterrorizados las embarcaciones—. No debes temer, prometo que no te pasará nada —comentó pesando que el temor que veía en ella era basado en algún trauma—. Vamos, yo cuidaré de ti.

—¡No! ¡No quiero! —gritó soltándose del agarre, pero se sintió horrible cuando vio el gesto de dolor que cubrió el rostro de Donatien—. Lo siento…, lo siento mucho. —Se disculpó y caminó de prisa para alejarse.

—¡Brigitte, espera! —exclamó saliendo tras ella.

Los recuerdos comenzaron a llegar en oleadas, arrastrando el cuerpo trémulo y débil de Brigitte con una fuerza que le era imposible soportar.

Sin poder contenerse más apoyó sus manos en uno de los árboles que bordeaban el canal y se sujetó de este con fuerza, al tiempo que los sollozos estallaban en sus labios y las lágrimas la desbordaban.

—¡Dios, no puedo! ¡No puedo! —expresó en medio de ese llanto amargo, con la frente apoyada en la corteza áspera.

—Brigitte… ¿Te encuentras bien? —preguntó Donatien parado tras ella, sintiéndose impotente al verla sufrir así.

Ella solo negó con la cabeza, sin atreverse a mirarlo. Se sentía muy avergonzada, solo quería desaparecer de ese lugar, lanzarse de cabeza al canal y morir ahogada.

—Por favor…, no llores así *petite*, mírame. —El cuerpo de ella estaba rígido, pero él consiguió volverla—. Por favor, ya no sigas llorando. Ven, vamos a sentarnos y así te calmas.

—Donatien, yo…

—¿Lloras porque lo extrañas? —preguntó con la voz estrangulada por el miedo que le causaba que su respuesta confirmara sus sospechas.

—No… —dijo y negó con la cabeza, luego soltó un suspiro tembloroso—. Lloro porque duele mucho comprender que todo aquello que alguna vez fue hermoso y maravilloso… no fue más que una mentira… Que el que pensé que había sido uno de los días más felices de mi vida, que para mí lo fue todo, para él no significó nada; solo promesas hechas de los labios para afuera, sin alma ni corazón.

Brigitte dejó que el dolor y el resentimiento hablaran por ella, había demasiado de ambos sentimientos dentro de su ser. Todo había sido despertado de golpe solo con verse allí, con ver los botes y a las parejas que paseaban en ese espejo de agua tan tranquilo y hermoso, igual a ese al que Timothy la había llevado, justo un día antes de verlo con Emma.

—No es correcto hablar de alguien que no está para defenderse, pero… ese hombre no merece una sola de tus lágrimas.

—Lamento haberlo arruinado todo.

—No te preocupes, no has arruinado nada, solo era un tonto paseo en barco. Será mejor que regresemos a la casa.

Se puso de pie y caminó sin siquiera esperarla, se sentía tan dolido, tan defraudado; pero sobre todo, se sentía estúpido. No podía creer que hubiera sido tan ciego, que se hubiese hecho ilusiones de nuevo, como si no fuese un hombre que había vivido lo suficiente como para saber diferenciar entre el cariño y el amor que le profesaba una mujer.

Capítulo 13

Margaret había llegado al apartamento en París hacía un par de horas, y lo primero que hizo fue darse una ducha, ponerse uno de sus sensuales y cómodos camisones de satín, para después tenderse en el sillón junto a una botella de whisky, una cajetilla de cigarrillos y poner música a todo volumen.

Necesitaba sacar de su pecho todo lo que la torturaba, liberarse del condenado amor que sentía por Paul Johnson, y mientras no lo consiguiera, seguiría bebiendo y maldiciendo a su suerte.

—Debes reconocer, aunque sea para ti misma Margaret Milton, que eres la gran responsable de que te sientas tan miserable en este momento; eso es honestidad…, dura y cruel honestidad. Bueno…, supongo que esto te llevará a madurar y a tomar mejores decisiones en el futuro —dijo en voz alta, mientras se servía un trago de whisky.

No quería escuchar música de despecho; aunque eso le pidiese su corazón, ella luchaba por no ser una masoquista, así que buscó entre sus discos uno alegre; aun así, intentó alejarse de todos aquellos que le trajeren recuerdos de Paul. Algo realmente complicado, tomando en cuenta que los dos adoraban bailar y siempre salían de fiestas.

—Veamos… ¿Qué tenemos por aquí?

Escogió uno de *Ella Fitzgerald* y lo puso en el tocadiscos; segundos después, la poderosa voz de la cantante afroamericana llenó cada rincón del lugar, y Margaret comenzó a mover su cuerpo de manera sensual, al ritmo de *Love for sale*.

Una canción que sin proponérselo, le quedaba de maravilla en ese momento; era como un reflejo de ella, de su vida y sus experiencias en el amor.

Let the poets pipe of love
In their childish way
I know every type of love

Better far than they

De pronto fue sacada de ese estado de relajación total donde se había sumido al escuchar que abrían la puerta; supuso de inmediato que se trataba de Brigitte.

Caminó hasta el tocadiscos para bajarle el volumen, seguramente su prima se sorprendería al encontrarla allí. Era domingo y había quedado en que regresaría el miércoles.

—¡Margaret! ¡Pero ¿qué haces aquí?! —cuestionó en cuanto entró al lugar y la vio en medio del salón.

—Hola querida prima, yo también me alegro mucho de verte… —respondió con algo de sarcasmo porque ni siquiera la saludó o le preguntó cómo le había ido.

—Lo siento, es que… no te esperaba. —Dejó su maleta junto a la entrada y caminó hacia ella—. Me hace feliz tenerte en casa de nuevo, te extrañé muchísimo durante estos días —agregó dándole un abrazo.

—Yo también te extrañé Brit, no alcanzas a imaginar cuánto. —Recibió el abrazo y lo mantuvo por más tiempo del habitual, sintiendo que la cercanía de su prima removía todas sus emociones y despertaba sus ganas de llorar.

—¿Por qué regresaste antes? No te esperaba sino hasta la próxima semana. ¿Estás bien? —comentó sentándose en el sillón junto a ella, mientras la miraba detenidamente.

—Bueno…, hice todo en menos tiempo, así que decidí regresar antes. Después de haber vivido durante seis meses en París, el frío y gris Londres me parecía sumamente aburrido.

Intentó sonar relajada como siempre, no quería hablar del verdadero motivo que la hizo regresar.

—¿Segura? —cuestionó Brigitte escudriñándola con la mirada, pues la notada distinta; sabía que algo no andaba bien.

—¡Por supuesto! —respondió poniéndose de pie, para escapar de la mirada inquisidora de Brigitte—. A ver, dime, ¿qué otro motivo tendría para volver antes? —preguntó queriendo dejarla sin argumentos.

—Pues…, no lo sé, pero estás extraña, te noto… ¿Segura que no ha pasado nada?

—Por Dios Brit, qué cosas dices… Estoy perfectamente bien. —Sonrió para convencerla, y al ver la maleta junto a la puerta decidió cambiar el tema—. Mejor dime cómo te fue en el viaje. ¿Qué tal se portó el profesor? ¿Qué te pareció su familia?

Brigitte soltó un suspiro cargado de cansancio, el último día había sido horrible para los dos. Donatien la trató con una distante cortesía, se mostraba frío e indiferente.

Comprendía que tenía motivos para haberse molestado, pero tampoco tenía porqué ponerse así. Ellos no era más que amigos, y el hecho de que ella siguiese o no amando a Timothy no debía afectar para nada su amistad.

—Bien, creo que será mejor que te sirva un trago —acotó Margaret al ver la actitud de su prima.

—No, no hagas eso… El whisky y tú juntos son perjudiciales para mi salud. Aún recuerdo la última vez que te hice caso cuando me ofreciste un trago, casi muero al día siguiente —dijo negando además con la cabeza.

—¡Ay, por favor! No seas cobarde. Prometo que te daré algo para la reseca, pero acompáñame con un trago… Hoy en verdad lo necesito —pronunció sin darse cuenta de que hablaba de más y le confirmaba a Brigitte que algo pasaba.

—¿Por qué lo necesitas? —inquirió arqueando una ceja, mientras la miraba fijamente—. Maggie…, siempre nos hemos hablado con la verdad, te he contado todo de mí, de mis problemas, todas mis cosas. Aunque muy pocas veces lo hacemos de ti, de lo que sientes… Sé que te haces la fuerte casi todo el tiempo, pero también tienes derecho a mostrarte sensible. Sé que algo pasó en Londres, así que no le des más vuelta y dímelo.

Brigitte deseaba que se abriese con ella, que le contara eso que la aquejaba; no era justo que siempre fuese su paño de lágrimas. En algún momento las cosas debían cambiar, y ella deseaba darle el mismo apoyo que siempre había recibido de su parte.

Margaret sintió que el horrible peso de la pérdida se posaba sobre ella de nuevo, oprimiendo el aire en sus pulmones, haciendo

un nudo en su garganta y llenando de lágrimas sus ojos; las condenadas parecían no tener fin.

Ladeó el rostro para mirar por la ventana, le daba vergüenza que la vieran llorar; desde hacía mucho trataba de que nadie la viera hacerlo.

—Paul contrajo matrimonio… Se casó con Amanda Barren. —Decir esas palabras le seguía doliendo, y su tono de voz lo reflejó.

—¡¿Cómo dices?! —preguntó Brigitte en medio de un jadeo, sintiendo que el corazón se le desgarraba.

No entendía ni siquiera cómo Margaret podía mostrarse tan calmada; en su lugar, ella estaría tirada en una cama, llorando hasta que sus lágrimas se secaran; estaría muriendo de dolor y rabia. Porque aunque su prima nunca lo hubiese expresado, estaba segura de que lo amaba, que su separación la había afectado mucho más de lo que se atrevía a aceptar.

Si llegaba a enterarse en ese momento de que Timothy había hecho algo así, podía jurar que terminaría con el corazón destrozado para siempre, que nada ni nadie lograría repararlo.

—Por favor, no me hagas repetirlo —pidió limpiándose la lágrima que bajó por su mejilla y le dio un sorbo a su trago.

Brigitte comprendió todo en ese instante, allí estaba su prima, haciéndose la fuerte, pero solo bastó que le diera esa negativa para que dejara ver cuánto la afectaba lo que había hecho su ex.

Aún no podía creerlo, él se notaba tan feliz con ella, hasta podía decir que se veía como un hombre enamorado. Entonces, ¿qué pudo haber pasado para que decidiera casarse con otra tan pronto?

—Sírveme ese trago, ahora yo también lo necesito.

Margaret le sonrió al ver que deseaba apoyarla y le brindaba su compresión; tal vez le vendría bien desahogarse con ella, sacar de su corazón todo lo que sentía, y liberarse de la pena de esa manera.

—Eso fue lo que me hizo volver…, no podía quedarme. Estar en el apartamento era horrible, cada lugar estaba plagado de recuerdos y… No lo sé, simplemente no quería seguir allí. Tampoco deseaba ir a casa de los tíos, no quería ver ni hablar con nadie, solo deseaba estar sola, beber, fumar y llorar hasta que ya no tuviese lágrimas… Pero siempre había más y más. Las condenadas no se agotan.

—No, nunca lo hacen —confirmó Brigitte, pues ella no sabía cuántas había derramado por Timothy, y cuando menos lo esperaba, allí estaban de nuevo.

Margaret suspiró antes de comenzar a relatar todo lo acontecido durante su viaje.

El enlace parecía ser el más esperado por toda la alta sociedad londinense, el padre de Amanda no había escatimado en gastos para la boda de su única hija. Casi había creado un cuento de hadas para ella, solo que el príncipe debió ser otro y no Paul.

Brigitte se sentía muy mal a medida que escuchaba las palabras de su prima, no podía creer que hubiese tenido el valor de ir hasta la iglesia. Ella en su lugar jamás lo hubiese hecho, no tenía tal grado de valor, y se suponía que estaba luchando contra su lado masoquista.

Aunque no había estado en una situación así y no podía opinar, quizás terminaba haciendo lo mismo, solo con la vana esperanza de que Timothy al último momento se arrepintiera.

—Pero ya está bien —dijo Margaret de pronto.

Caminó para servirse otro trago, mientras cambiaba la música; necesitaba algo más alegre, necesitaba bailar y liberarse de esa tristeza que pretendía apoderarse de ella.

Después de dos horas y con varios tragos encima la pelirroja reía a costas de Paul y de su señora esposa. Le sacó todos los defectos a ella primero, para luego ir con los de él.

—Maggie, por favor, no seas tan dura con él.

—¡No lo soy! Simplemente digo lo que pasará, y seré muy feliz cuando lo vea de nuevo y esté todo arrugado. Porque si existe algo que envejece a los hombres es el matrimonio… Y de ella, pues… no vale ni la pena decir lo que eso le hará a su cuerpo; de por sí ya carece de gracia, le doy un par de años para que luzca horrible.

—¿Y tú crees que no vas a envejecer nunca? —preguntó Brigitte mirándola con diversión.

—Claro que sí, pero jamás como ellos dos, eso puedes tenerlo por seguro… Paul Johnson va a lamentar muchísimo haberme cambiado por esa bruja, y no te extrañe que dentro de un tiempo venga a mí, implorando para que le dé una oportunidad, pero ese día me daré el

gusto de mandarlo a la mierda… ¡Qué se joda, por imbécil! —exclamó con una mezcla de resentimiento y dolor.

—Brindo por ello —dijo Brigitte elevando su copa, los tragos también habían hecho efecto en ella.

—Y brindemos también por tu emancipación de Timothy. —Chocó su vaso con el de Brigitte y después le dio un gran sorbo—. Ahora vamos por el arrogante de tu ex. Veamos… ¿Qué defectos físicos tenía el abogado? Porque los otros ya los conocemos de sobra —inquirió golpeándose el labio con el índice, mientras pensaba.

—No tenía. Él es… era… perfecto —susurró Brigitte, apenada de tener que reconocerlo, pero era cierto.

—¡Por favor! Claro que sí, todos tienen uno que otro… ¡Ya sé! ¡Sus orejas! Tiene orejas grandes —acotó mirando a su prima a los ojos.

—¡No es cierto! Sus orejas son normales.

—¿Vas a defenderlo o a condenarlo? —cuestionó arqueando una ceja y mirándola fijamente.

—Es que…, no me parece que tuviera orejas grandes.

—Lo dices porque aún sigues enamorada.

—¡Claro que no! Es solo que… No sé.

—Bueno, entonces dime tú algún defecto que tuviese. Dicen que una vez que el amor pasa una comienza a ver los defectos del otro —comentó sentándose junto a ella.

—Está bien, coincidimos en lo de las orejas, pero… No era lo único que Timothy tenía grande.

—¡Brigitte Brown! ¡Pensé que nunca me dirías algo así! —exclamó riendo y mirándola con asombro—. No es que me interese mucho, pero ya que has hablado… ¿De cuántos centímetros más o menos estamos hablando? ¿Sobresalía mucho si lo tomabas con ambas manos? —inquirió con picardía.

—¡Margaret, no hablaba de eso! —gritó asombrada por la conclusión a la que había llegado su prima. Al principio no entendió, pero las últimas palabras y la mirada con la que las expresó le dejaron claro que hablaba de una parte en específico de la anatomía de Timothy.

—¿Ah no? ¿Y a qué te referías entonces?

—¡A su nariz! —respondió con énfasis.

—¡Ay, por Dios! —Se carcajeó recostándose en el espaldar del sillón—. Bueno, ahora que me la recuerdas, es verdad, era como ancha… Pero supongo que lo otro también era grande —pronunció y volvió a reír con fuerza.

—Eres imposible —susurró, sintiendo que un calor la recorría de pies a cabeza, solo con recordar todo el placer que le había dado durante los últimos años.

—No tengo complejos para hablar sobre el sexo, somos adultas, libres y vivimos nuestra sexualidad a plenitud. ¿Por qué deberíamos cohibirnos?

—Por pudor —contestó Brigitte mirándola.

—El pudor es una imposición más de esta sociedad hipócrita. Los hombres tienen derecho a ir a prostíbulos, a alardear de sus conquistas y de todas sus proezas sexuales, mientras que a nosotras se nos pide que seamos discretas, que pensemos en el sexo como una simple función para procrear, pero no para el disfrute… ¡Son todos unos falsos!

—No puedes cambiar la mentalidad del mundo.

—Pues tampoco dejaré que el mundo me imponga la suya. Puede que deban pasar algunos años para que las cosas cambien, pero te aseguro que lo harán Brigitte, entonces las mujeres podremos exigir a viva voz tener los mismos derechos que ellos. Nosotras no somos menos —expresó con absoluta convicción.

—Estoy empezando a creer que fue esa actitud lo que hizo que Paul saliera corriendo —dijo pero no con ánimos de ofenderla, sino como una broma.

—¡Tonta! —exclamó Margaret y le lanzó un cojín.

Brigitte contraatacó y de esa manera iniciaron una contienda por un buen rato. Las dos acabaron riendo de nuevo, recordando cuando eran niñas y hacían guerras de almohadas en sus dormitorios; el cansancio que dejó la batalla dio paso a un episodio de sosiego.

—Muchas veces lo extraño —susurró Brigitte, llevada por el alcohol y los recuerdos, sintiendo cómo la garganta se le inundaba de lágrimas y el corazón le dolía.

Margaret comprendió de inmediato a quién extrañaba, su actitud lo gritaba a los cuatro vientos, y no podía juzgarla como antes, ya no podía hacerlo; mucho menos decir que Brigitte era una tonta y una débil por extrañar a Timothy.

Se podía decir que ella estaba en los zapatos de su prima; sin embargo, no quiso verla triste y buscó hacerle una broma para animarla.

—¿Cómo no lo vas a extrañar? Seis meses sin sexo es un verdadero calvario… Yo en tu lugar ya me hubiera vuelto loca y le habría arrancado la ropa a Donatien.

—¡Maggie, por favor! —dijo con una mueca en el rostro, que era mitad sonrisa y mitad dolor—. No hablo de eso. Me refiero a que… lo extraño a él… Extraño sus sonrisas, sus miradas, escuchar su voz pronunciar mi nombre, esa sensación de plenitud que me daba su compañía; y sí…, también extraño sentirme mujer en sus brazos, despertar junto a él… Mi cama es tan insoportablemente fría cuando despierto en las mañanas.

—Conozco a un pintor que está loco por calentarla.

—Ya no sigas diciendo esas cosas, sabes que no puedo y no quiero usar a Donatien para sacar de mi cabeza y mi corazón a Timothy, eso sería muy injusto para él.

—No te has puesto a pensar que si no lo intentan al menos una vez no podrás saber si funciona o no. A lo mejor Donatien consigue que lo olvides. Es un hombre encantador, se desvive por ti… Y es todo lo opuesto al orejón. Creo que eso es lo que necesitas…, estar con alguien que no te lo recuerde en lo absoluto.

—No lo sé Maggie…, es complicado. Es atractivo y me gusta estar a su lado, pero… No sé cómo explicarlo. —Se quedó sin palabras, sintiéndose angustiada.

—Brit…, no tienes por qué hacer lo que yo te diga o lo que Donatien desee… Haz las cosas a tu modo, cuando te nazca hacerlas. Ahora tienes esa libertad, así que aprovéchala —dijo tomándole las manos y mirándola.

En cuestión de segundos una nueva canción daba inicio, y la primera estrofa hizo que Margaret se estremeciera de dolor.

Brigitte intentó ponerse de pie para quitarla, pero ella negó con la cabeza y le apoyó una mano en la rodilla para que se quedara sentada, mientras dejaba que las lágrimas bajaran por sus mejillas con absoluta libertad.

—Maggie… —Brigitte no podía ver cómo se torturaba con aquella canción, quería callar la voz de *Etta James*.

—Eso fue lo que hice… —esbozó en medio de un amargo sollozo —. Estaba perdiendo al hombre que amo… y todo lo que podía hacer era llorar —pronunció esa parte de la canción, pero sin cantarla, no hizo falta. Esa era la verdad, ella no hizo nada más que llorar mientras Paul se casaba con otra.

—Maggie… —Brigitte quiso consolarla, pero ella misma no podía detener sus lágrimas al verla así.

—Fui tan estúpida Brit…, él me lo pidió a mí antes. Me pidió tres veces que fuera su esposa y no hice más que negarme… Me burlaba en su cara de sus propuestas, le decía que era una pésima idea… ¡Yo lo rechacé! ¡Soy la única responsable de que ahora esté con ella! ¡Yo misma cavé mi tumba, y ahora me estoy muriendo! ¡Dios mío! ¡Ahora daría lo que fuera por poder regresar el tiempo y decirle que sí! —expresó en medio de un llanto doloroso—. Le diría que sí Brit…, le diría que sí.

—Ya no llores más, por favor…

La envolvió entre sus brazos con fuerza, sentía que se estaba derrumbando ante sus ojos, y no poder hacer nada para evitarlo le dolía mucho. Sintió cómo se aferraba a ella y se estremecía a causa de los sollozos, que cada vez cobraban mayor fuerza y parecían desgarrarle la garganta.

—¿Qué voy a hacer Brit? ¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó sintiéndose complemente perdida sin Paul, aterrada de correr la misma suerte que su madre.

—Vas a hacer las mismas cosas que tienes siete meses haciendo… Serás la misma Margaret. Eres fuerte y vas a poder con esto. Si he podido yo, siendo como soy; no me queda la menor duda de que tú también conseguirás superarlo ¡Lo harás!

La vio asentir con la cabeza y la atrajo de nuevo a su cuerpo para abrazarla, dejándola desahogarse, porque a veces llorar era

necesario para limpiar el alma y empezar desde cero al día siguiente.

Capítulo 14

Robert Dawson se encontraba sentado al borde de su cama, esperando la llamada de su cliente. Sabía que cuando le diera la noticia Timothy Rumsfeld enloquecería por completo.

El sonido del teléfono lo sobresaltó; respiró profundo, dejó de lado lo que ocupaba sus manos y se llenó de paciencia.

—Detective Dawson, ¿conoce ya la dirección?

—Buenas tardes señor Rumsfeld.

Lo saludó como era habitual, después de que el hombre fuera directo al grano, saltándose una vez más las normas de cortesía.

—Lo siento, siempre olvido saludarlo. Dígame… ¿Dónde se encuentra ahora? —Timothy deseaba ser cortés con el hombre, pero apenas podía controlar su ansiedad—. Espero que el clima lo esté tratando mejor que en Londres.

—No se preocupe, ya me he acostumbrado a que no se ande con rodeos, aunque yo insista en cambiarlo —comentó intentando estar relajado, y después continuó—. Aún sigo en Londres.

—¿Margaret Milton sigue allí? —inquirió con premura, no quería que Dawson diera más vueltas, quería que le dijese de una vez por todas si había dado con Brigitte.

—No, la señorita Milton abandonó Londres…

—¿Eso qué quiere decir detective? —cuestionó y comenzaba a temerse lo peor.

—La señorita viajó antes de lo esperado, no me dio tiempo a prepararme. Cuando volví a vigilarla un día después de hablar con usted ya se había marchado de su apartamento en Oxford. Fui hasta la casa de sus tíos y tampoco se encontraba allá… Intenté que mi contacto en el aeropuerto me diera algún dato, pero ella no salió por esa terminal, debió tomar un tren hasta donde quiera que fuera. —Robert explicó todo de una vez, odiaba que Rumsfeld lo interrumpiera en cada frase que decía.

—Pero ¿cómo demonio pudo pasar algo así? Se supone que usted la vigilaría en todo momento… —Timothy se exaltó, acababan de echar por tierra todas sus esperanzas.

—Lo siento mucho señor, pero no puedo estar las veinticuatro horas del día dedicado a esto; por si se le olvida, soy un hombre como cualquier otro y necesito descansar. Solo me marché a mi hotel para dormir, cuando ya casi era medianoche, por cierto; y la señorita Milton seguía en su apartamento.

—¿Y no vio nada extraño? ¿Algo que la hiciera cambiar de parecer y adelantar su viaje? A lo mejor ella lo descubrió siguiéndola y por eso se marchó —mencionó Timothy deseando encontrar a algún culpable, necesitaba descargar en alguien la frustración que sentía.

—Sé hacer muy bien mi trabajo, le aseguro que ella no notó que la seguía; no fue eso lo que la hizo marcharse… Aunque, antes de su partida la vi bastante acongojada, desde que el viernes pasado salió de la Catedral de Southwark.

—¿La Catedral de Southwark? ¿Y qué hacía Margaret allí? —cuestionó asombrado. Hasta donde conocía a la prima de Brigitte, solo asistía a la iglesia obligada.

—Por lo que pude averiguar, se estaba llevando a cabo el matrimonio de un señor llamado Paul Johnson, con la señorita Amanda Barren, esos eran los nombres de los contrayentes —respondió, quizás darle esa información lo ayudaría a distraerlo y no empeoraría su mal humor.

Timothy se quedó en silencio al otro lado de la línea, sintiéndose algo extrañado ante esa información. No sabía qué le sorprendía más, si el hecho de que Paul se hubiese casado con Amanda Barren o que Margaret hubiera sido invitada a la boda.

Al menos que no lo estuviera y solo fue a ver si podía arruinarle la felicidad a su exnovio. De una mujer como ella se podía esperar cualquier cosa.

—Bueno, los asuntos de Margaret no me conciernen. Solo necesito saber a dónde viajó, porque sé que donde quiera que ella se encuentre también está Brigitte —pronunció con seriedad, no se iba a desviar de su objetivo.

—En este momento me resulta complicado saberlo, pero intentaré hacer algunas averiguaciones. Igual no le voy a dar falsas esperanzas, es probable que me lleve un tiempo saberlo, si es que lo consigo.

A Robert le gustaba ser claro con sus clientes, en eso se basaba su buena reputación, porque nada hacía con alimentar la fe de estos y después defraudarlos.

—Comprendo —mencionó frotándose los párpados, se sentía agotado físicamente por el trabajo, y ahora lo hacía también emocionalmente, por perder una vez más sus esperanzas—. Tómese el tiempo que necesite, pero por favor, manténgame informado de cualquier avance, tal vez estemos cerca.

—Haré lo necesario para darle respuestas alentadoras la próxima vez señor Rumsfeld. —Se resignó a seguir adelante.

—Le estaría muy agradecido detective —mencionó con desgano —. Que descanse.

—Usted también —dijo para despedirse.

Donatien necesitaba salir de París, aunque hacía solo unos días que se había tomado el fin de semana libre no podía seguir allí, cerca de la responsable de su tormento.

Sentía que debía poner distancia entre ellos, pues tras lo sucedido, la tensión entre los dos había aumentado. Le estaba costando mucho no presentarse en su casa y gritarle que la amaba, a ver si de esa manera lograba darse cuenta de eso que para todos resultaba tan obvio, menos para ella.

—Haría que consiguiese liberarse del amargo recuerdo de Timothy Rumsfeld, pero a ella no parece importarle. A veces odio que sea tan ciega… ¡Por Dios, estoy enamorado de ella! ¿Cómo es que no puede verlo? —Se preguntó en voz alta, desconcertado.

Por suerte iba solo en el asiento del tren que lo llevaba hasta Ámsterdam, había optado por ese destino porque era una ciudad hermosa, tranquila y tenía buenos amigos allí. Aunque no pudo evitar recordar que también estaba Clélia, quien se había mudado allí junto al músico luego de abandonarlo.

Para ese entonces, él no había superado su separación, seguía enamorado de ella; pero su exmujer no tuvo problemas en iniciar

una nueva relación con alguien más.

Ojalá Brigitte tuviese su misma determinación para dejar atrás un viejo amor y entregarse a uno nuevo. Pero definitivamente, Clélia y su musa no se parecían en lo absoluto. Y era precisamente lo que le gustaba.

—Las comparaciones son odiosas, lo sabes bien Donatien, así que no las hagas; además, no es de caballeros.

Un par de horas después la potente voz del operador lo sacaba del liviano sueño donde se encontraba, para anunciarle que estaban por llegar a la Estación Central de Ámsterdam.

Al bajar del tren lo esperaban Mathias y Fabiola, ellos se habían conocido al mismo tiempo que Clélia y él; también en ese entonces comenzaron una relación, y la habían mantenido durante todos esos años.

Al igual que su ex, sus amigos se habían mudado a un país que les ofrecía mayores libertades y una fuente de inspiración inagotable, pues los dos eran paisajistas.

—¡Donatien, qué alegría verte hombre! —expresó Mathias acercándose para darle un abrazo.

—Digo lo mismo —mencionó con una sonrisa.

—¿Qué clase de embrujo te han lanzado? Los años no parecen pasar por ti, estás igual de apuesto que la última vez que te vimos hace cinco años —comentó Fabiola con una radiante sonrisa, que hacía que sus dientes perfectamente blancos resaltaran en su boca pintada de carmesí.

—Seguro que se debe a la soltería —acotó Mathias jugándole una broma a su mujer.

La bella española, de espesa y abundante cabellera negra le dio un codazo a su marido en el costado, aunque estaba consciente de que había sido una broma. Mathias sabía que ella no era de esas mujeres sumisas que aguantaban en silencio; por el contrario, era bastante vengativa cuando el caso lo ameritaba.

—Pues creo que el matrimonio solo te ha afectado a ti amigo, porque Fabiola luce espléndida.

La mujer le entregó un guiño de ojos en respuesta por el halago, y elevó la barbilla con arrogancia cuando su marido la miró. Para que

supiera que una gitana de belleza extraordinaria como ella, aunque tuviera ochenta años seguiría despertando la admiración de los hombres.

—Bien, bien… Será mejor que vayamos saliendo, antes de que el tráfico se ponga insoportable.

Salieron de la estación en un tranvía que los llevó hasta *Jordaan*, uno de los barrios más bohemios de toda la ciudad.

—Tienes una casa hermosa Fabiola —mencionó Donatien al entrar al apartamento, que tenía un diseño muy parecido al que habitase él cuando vivió en Londres.

—Muchas gracias, aunque no puedo decir que sea solo obra mía. Mathias también aportó mucho para que luciera de esta manera. —Ella le pidió su abrigo para ponerlo en el perchero.

—Al menos me da el crédito de eso —comentó el marido.

—¡Ah, por favor! Ya deja de quejarte… Donatien, en serio, a este hombre le están cayendo mal los años. Cada día está más cascarrabias… Espero que tu estadía aquí le ayude a relajarse y volver a ser el hombre divertido que fue; o terminará volviéndome loca. —Le reprochó.

—Ya… ya, tampoco es para tanto —mencionó el aludido.

La abrazó por detrás, rodeando la cintura de su esposa que ya no era tan delgada como en la juventud, pero que lo seguía enloqueciendo, y le dio un beso en el cuello.

—Ustedes dos no han cambiado nada, siguen siendo los mismos que comenzaba una discusión para terminarla en unos minutos entre arrumacos y miradas embelesadas —acotó Donatien riendo.

Esa imagen le hizo recordar su propia relación con Clélia, ellos eran muy distintos, pocas veces tenían discusiones; pero cuando sucedía, sus reconciliaciones nunca eran tiernas; por el contrario, terminaban haciendo el amor de manera violenta, con desespero y gran ansiedad. Se entregaban como si no hubiese un día después, dejando todo en cada beso y caricia.

No pudo evitar que el recuerdo lo llenase de nostalgia, ni siquiera sabía qué había pasado con ese Donatien de antes; ahora vivía de manera mesurada, tratando cada situación con guantes de seda.

Tal vez esa arrolladora pasión que desbordó antes con Clélia era lo que le estaba haciendo falta con Brigitte, a lo mejor debía dejar de lado el miedo a ser rechazado y decirle que la amaba; demostrárselo, más bien.

—Donan… Donatien… —Lo llamaba Fabiola, haciendo además movimientos con su mano derecha—. Creo que alguien sigue con la cabeza puesta en París.

—Lo siento…, solo estaba… —Intentó explicarse.

—Tranquilo hombre, ya nos contarás qué es eso que te tiene por las nubes. Tenemos mucho de qué hablar, hasta ponernos al día de todo lo que nos ha pasado en estos años —dijo Mathias palmeándole la espalda.

—Sí, pero ahora vamos a aprovechar que los chicos aún no llegan para que te instales; o de lo contrario, no te dejarán en paz. Están locos porque los llevemos a conocer París, de tanto que nos han escuchado hablar de la ciudad luz.

Donatien sonrió con calidez al sentir el gran cariño que sus amigos sentían por su ciudad; tanto, que habían llegado a transmitírselos a sus hijos, lo cual era maravilloso.

—Espero que te guste la vista, es hermosa —mencionó Fabiola abriendo la ventana de la habitación.

De inmediato los aromas de la ciudad llegaron inundándolo todo, traídos por la suave brisa que provenía del canal *Herengracht*; dándole la bienvenida al espíritu artístico de Donatien, quien de inmediato explayó una sonrisa en sus labios y se acercó a la ventana, para observar mejor el paisaje.

Capítulo 15

Caminaba despacio por las hermosas calles de Ámsterdam, admirando las embarcaciones en los canales; a las personas que caminaban con prisa entre los vendedores locales, quienes intentaban hacer que los turistas se llevaran algún recuerdo; a los músicos, pintores y actores que vendían su arte por unas cuantas monedas.

Todo eso creaba una distracción que le venía muy bien, pues la distancia no le había ayudado a aplacar la pesadez y la melancolía.

Sentía que ya no podía seguir en ese mismo punto, donde nada parecía avanzar, donde Brigitte no le permitía ningún progreso; pues, aunque se mostrase amable con él y hasta cariñosa, seguía manteniéndolo a distancia.

—Ese es el obstáculo que debes vencer Donatien, debes decirle lo que sientes y dejar de lado el miedo a ser rechazado o a arruinarlo todo. Si no das ese paso no saldrás nunca de este punto muerto. —Se dijo en voz alta.

Vio que había varias mesas vacías en su café favorito, y decidió ocupar una de estas.

—Buenas tardes caballero.

—Buenas señorita.

—¿Desea pedir ahora o espera compañía?

—Ahora está bien, tráigame una copa de merlot por favor —dijo sin fijarse en lo que ofrecía la carta.

—¿Prefiere acompañarlo con algo? Tal vez unas aceitunas o nuestro queso curado especial. —Le ofreció, mientras anotaba.

—No, gracias… El vino será suficiente.

—Perfecto, enseguida se lo traigo.

Volvió a posar su mirada en las pequeñas embarcaciones ancladas en el canal, las que en su mayoría eran los hogares de jóvenes

estudiantes, artistas; o incluso, fungían como hoteles flotantes para los turistas más aventureros.

—Aquí tiene señor, que lo disfrute —anunció la camarera, dejando la copa sobre la mesa—. Si desea algo más me avisa, con gusto se lo traeré.

—Por supuesto, muchas gracias —esbozó con cortesía.

Se llevó la copa a los labios y le dio un sorbo moderado, no quería emborracharse, solo deseaba que el licor le ayudara a relajarse. Sin embargo, todo su panorama cambió en segundos, cuando ante sus ojos se presentó la figura de Clélia. La reconoció de inmediato, aun cuando se encontraba de perfil.

—Demonios —murmuró frunciendo el ceño y bajando la mirada, esperaba que ella se alejara sin verlo.

—¿Don? ¡¿Donatien Rimbaud?! —preguntó ella y caminó hasta él mientras lo miraba perpleja.

Donatien elevó el rostro, fingiendo que le llevó un par de segundos reconocerla. Se puso de pie como su esencia de caballero le exigía, y solo en ese instante se dio cuenta de que no estaba sola, sino que iba acompañada de dos pequeños que tendrían poco más de nueve años.

—Hola Clélia. —La saludó, esforzándose para que su voz no reflejara la conmoción que le provocó ver al par de gemelos, los cuales tenían mucha semejanza con ella—. ¡Qué sorpresa encontrarte después de tanto tiempo!

—¿Qué dices? La sorpresa es toda mía. Por si no lo recuerdas, yo vivo aquí —pronunció, al tiempo que lo miraba con verdadera felicidad, y se permitió acercarse para abrazarlo—. Me alegra tanto verte, sigues igual de apuesto, parece que el tiempo no pasara para ti.

—Bueno, yo no diría lo mismo… Han pasado ocho años desde la última vez que nos vimos, y muchas cosas han cambiado —acotó posando su mirada en los niños.

—¡Sí, en eso tienes razón! —expresó con emoción mirando también a los pequeños—. Te presento a mis hijos, Christian y Joshua… Aunque ellos prefieren que los llamen Chris y Josh.

—Encantado señor —dijo uno extendiéndole la mano.

—Es un placer Chris —respondió Donatien recibiéndola y entregándole una sonrisa.

—Mucho gusto —mencionó el otro, presentándose.

—El gusto es mío Josh.

Donatien se sintió algo extraño al interactuar con ellos, fue como si una especie de nostalgia lo invadiera, estremeciéndolo por dentro.

Esa sensación hizo que quisiera escapar de ese lugar, pero sabía que no podía hacerlo, no sin que sus emociones quedaran expuestas.

—Algunas cosas parecen no cambiar —expresó Clélia mirando el lugar donde se encontraba, el mismo que ellos frecuentaban cuando estuvieron juntos y visitaban esa ciudad.

—Por favor, acompáñenme. —Los invitó a su mesa, más como un gesto de cortesía que por placer.

—No, no hace falta… No quiero importunarte, solo paseaba con los chicos, les gusta este tipo de espectáculos.

—No es ninguna molestia, solo estaba aquí pasando el rato, y… hace tanto que no nos vemos.

—Sí, bueno es que…

Ella dudó, no sabía si ese encuentro era conveniente. No había olvidado cómo terminó su relación, con mucho dolor y resentimiento por parte de ambos, pero pensó que tal vez Donatien ya había dejado eso en el pasado, igual que lo había hecho ella.

—Comprendería si no quisieras aceptar —dijo al ser consciente de que quizás ella no quisiera ahondar en su pasado, o tal vez su esposo se encontraba cerca y podría no gustarle verla junto a él—. No es mi intención causarte algún contratiempo.

—Tranquilo. Me encantará compartir un poco contigo —aceptó mostrando una hermosa sonrisa que iluminaba sus preciosos ojos marrones, los que lo miraban fijamente.

Él también le entregó una sonrisa sincera, al tiempo que movía una silla para que se sentara, y después ayudó a los niños a ocupar las otras. Le hizo una señal a la chica que lo había atendido para que regresara a tomar el pedido de sus invitados, mientras sentía que poco a poco la tensión que lo invadió minutos atrás se alejaba de él.

—Y bien, cuéntame de ti… ¿Qué te trajo a Ámsterdam? —preguntó ella para liberarlos del pesado silencio que se apoderó de ambos, después de que la mesera se marchase.

—Yo… Bueno…, nada en especial. Tenía unos días libres y quise visitar a Mathias y a Fabi; además de respirar un aire distinto —contestó, intentando no entrar en detalles que a ella no le interesarían.

—¿Te estás quedando con ellos?

—Sí, tenían tiempo invitándome, así que decidí tomarme estos días para venir a verlos —respondió, tratando de esconder el verdadero motivo de su viaje.

—¿Por cuántos días te quedarás? —Clélia lo estaba sometiendo a un interrogatorio, pero suponía que él no se molestaría. Ya la conocía y sabía cómo era.

—Me marcho el lunes por la noche.

—¿Tan pronto? —preguntó sin poder esconder la desilusión en su tono de voz y en su mirada.

—Tengo compromisos en París —contestó con parquedad, pues la actitud de ella verdaderamente lo desconcertó.

—Sí… sí, claro, lo imagino… Por cierto, ¿cómo te va como profesor? —inquirió mostrándose interesada.

—Dejé la universidad el otoño pasado. Después de cinco años por fin conseguí lo que deseaba y regresé a París para comenzar a trabajar en mi exposición.

Donatien intentaba no mirarla a los ojos, y hablaba con cautela, pensando cuidadosamente cada una de sus respuestas antes de esbozarlas. Lo hacía porque Clélia siempre pareció tener el don de descubrir cuándo le ocultaba algo, de poder ver dentro de su pecho y su mente.

Una algarabía que anunciaba el inicio de otra obra captó la atención de los niños, quienes miraron a su madre de manera suplicante; ella comprendió lo que deseaban y asintió mientras les sonreía.

—No vayan a alejarse mucho, quédense donde pueda verlos… Y agárrense de las manos —pronunció cuando ya los niños caminaban de prisa hacia el público que se congregaba en torno a los actores.

—Tranquila, estarán bien. —Donatien le agarró la mano para alejar de ella esa angustia que la invadió.

—Creo que cuando se es madre una siempre vive con cierto temor —confesó, y sin poder evitarlo le acarició los dedos con su pulgar, mientras lo miraba a los ojos.

Donatien se tensó ante ese gesto, debía reconocer que aún había emociones dentro de él que seguían latiendo por ella. Tal vez tenía que ver con la costumbre, fueron muchos años juntos, muchas cosas compartidas; y eso era algo que no se podía olvidar de la noche a la mañana, y al parecer, tampoco en diez años.

—Cuéntame de ti, ¿cómo te va? Veo que por fin conseguiste eso que tanto anhelabas… Imagino que ahora eres completamente feliz —mencionó él refiriéndose a sus dos hijos.

—Sí, lo soy… Mis hijos lo son todo para mí —contestó firmemente mientras lo miraba a los ojos, porque sintió algo de desdén en el tono de su voz.

—Me alegro mucho por ti Clélia.

—¿En verdad lo haces? —preguntó mirándolo fijamente, para que no le mintiera.

—Por supuesto que sí, me ofende que lo pongas en duda. Sabes perfectamente que yo…

—Sé que te quedaste muy resentido conmigo; sé que acabas de echarme en cara que ahora debo ser muy feliz, porque conseguí lo que tanto anhelaba; y lo has hecho de una manera que solo buscaba hacerme sentir culpable por ello. Eso es lo que sé y lo que me haces sentir. Pues estamos a mano, ¿no? Tú también conseguiste lo que tanto deseabas, o eso has dicho —indicó sin poder contener su molestia—. Ahora puedes enfocarte por completo en ser un gran artista. Déjame felicitarte, y lo digo en serio; yo sí me alegro por ti, por tus logros.

—¿Por qué me atacas? —cuestionó con el ceño fruncido, mientras la miraba con rabia.

—Porque es evidente que aún no me perdonas la decisión que tomé; porque estás allí, tratándome con tu fría cortesía, pero por dentro debes seguir odiándome —respondió al borde del llanto.

—No hago tal cosa…, no te odio Clélia. Han transcurrido diez años, creo que es tiempo suficiente para superar nuestra ruptura… Mírame —pidió al ver que ella bajaba la cabeza y se limpiaba una lágrima—. Por favor…, mírame.

—Siento tanto haberte arruinado la vida Donatien —confesó en medio de un sollozo que no pudo contener.

—¡Por Dios! No me has arruinado. —Donatien, al ver que ella seguía en esa actitud, torturándose por el pasado, decidió actuar. Se movió para sentarse en la silla junto a ella y llevó un par de dedos a su mentón; necesitaba hacer que lo mirara a los ojos y viera que le decía la verdad—. Clélia, no éramos unos chicos cuando decidimos separarnos. Éramos un hombre y una mujer de veintisiete y veinticinco años, con la madurez suficiente para afrontar y superar una separación. No puedo entender por qué sigues torturándote con eso —mencionó siguiendo las pupilas marrones que estaban ahogadas en llanto.

—Nunca quise hacerte daño Donatien… Romper tu corazón significó destrozar el mío, pero no sabía cómo actuar… Después de que recibimos aquella noticia quedé devastada. Sabes lo que significaba para mí, lo importante que era tener una familia, junto a ti… Y tú solo te cerraste a cualquier posibilidad, me dejaste sola con esa tristeza tan opresiva y horrible. Yo necesitaba escapar de todo eso…, por ello me marché. Pero nunca quise lastimarte, nunca quise que pensaras que había dejado de amarte por ello… No fue la falta de amor lo que me alejó de ti, fue el miedo de no hacer realidad aquello que tanto deseaba, que tanto había necesitado en mi vida —pronunció en medio del llanto que la desbordaba, y se abrazó a él.

Ella había guardado por muchos años esas palabras, dejando que día tras día se hicieran más pesadas en su alma. Había actuado sin medir las consecuencias de sus actos, solo pensando en sus propios deseos; fue egoísta.

Pero Donatien también había actuado así al negarle la posibilidad de tenerlo, aunque sabía que él no lo hizo de manera intencional, tampoco podía obligarla a renunciar a su sueño.

—Tranquila…, no pasa nada. Sé que no quisiste lastimarme —susurró acariciándole la espalda.

—Pero lo hice, sé que lo hice. Y no puedes imaginar cuánto me arrepiento —esbozó ahogando su aliento y sus sollozos en el cuello de él, sintiendo que el dolor poco a poco comenzaba a alejarse al sentir sus caricias.

—No debes hacerlo. —Se movió para tomar el rostro de ella entre sus manos y mirarla a los ojos—. No debes arrepentirte de nada. De no haberlo hecho, no tendrías a ese par de chiquillos que hoy lo son todo en tu vida.

—Hubiera preferido tenerlos contigo —expresó y lo miró con intensidad, y aquel deseo que sintió por él años atrás renacía dentro de ella con poderío.

Estaban muy cerca, así que ella aprovechó la intimidad del momento y acarició con sus dedos la mejilla de Donatien. Lo vio cerrar los ojos y temblar ante su tacto, por lo que se llenó de seguridad para acortar la distancia entre ambos y darle un beso.

Al principio fue solo un tierno roce de labios, un tímido contacto que poco a poco fue cobrando intensidad, hasta hacerse más profundo, encendiendo en ambos esa pasión que los desbordó en el pasado y que hizo de su relación algo extraordinario.

—Clélia… —Él tuvo la sensatez de terminarlo, se alejó de ella rompiendo también el abrazo—. Esto… no está bien, no es correcto —dijo apenas mirándola.

—Todo podría ser como antes si lo quisieras… Podría ser mejor —esbozó esperanzada.

—Sabes que no es posible, ahora tienes unos hijos, un esposo y un hogar. Ya nada puede ser como antes.

—Nos divorciamos hace tres años, ahora soy una mujer libre…, No sé nada de Jean Paul, desde que se fue dejándome sola con los niños. Y lo nuestro podría ser posible, si tú lo deseas, podemos tener un nuevo inicio.

Una vez más se arriesgó a tomarle la mano, quería que supiera que había una posibilidad para ellos, para tener una familia y ser felices.

Le sonrió esperando que él se sintiera emocionado con esa noticia, sabía que no la había olvidado del todo, pudo sentirlo en el beso.

Donatien sintió que un sabor parecido a la hiel se extendía por su boca, retiró su mano del agarre, intentando no hacerlo de manera brusca, controlando la rabia que bullía en su interior y amenazaba con estallar.

No podía creer que Clélia le estuviese pidiendo eso, después de todo lo que pasaron, y que las cosas no habían salido como esperaba, venía a pedir una oportunidad; pues había llegado muy tarde, ya él no tenía nada que darle.

—Lo siento mucho Clélia, pero una vez más no puedo darte lo que me pides… Estoy enamorado de otra, y lo único que deseo de ahora en adelante es estar a su lado y hacerla feliz. —La turbación en ella fue tan evidente que él supo que no era necesario entrar en detalles, así que sacó dinero de su bolsillo, lo puso sobre la mesa y se levantó—. Fue un placer verte, despídeme de los chicos.

Después de decir esas palabras le dio la espalda y se alejó. No la miró una última vez, porque a pesar de todo, le dolía lastimarla; y sabía que lo había hecho. Pero a veces, el destino nos obligaba a herir a esas personas que fueron o que son importantes en nuestras vidas.

Capítulo 16

Durante su viaje de regreso a París, Donatien no pudo sacar de su cabeza lo sucedido con Clélia; en realidad, no consiguió hacerlo desde esa misma noche, cuando pasó varias horas en vela, recordando todo lo vivido su lado; durante los siete años que estuvieron juntos y lo felices que fueron, hasta que aquella noticia lo arruinó todo.

Al día siguiente les anunció a sus amigos que se regresaba a Francia, y como era de esperarse, se sorprendieron mucho, así que no le quedó más remedio que hablarles del encuentro con su ex.

Sabía que prácticamente estaba dando la imagen de estar huyendo, pero eso poco le importaba, pues estaba consciente de que no era un cobarde. Solo quería cuidar su estabilidad emocional. Le había costado mucho superar esa separación, y no era justo que ella quisiera venir ahora a derrumbar la coraza que había construido con tanto esfuerzo.

Y ver el sueño de ellos dos materializado en esos pequeños le echaba en cara que había sido un egoísta; así que salir de esa ciudad fue lo mejor que pudo haber hecho.

—Sí, es la mejor decisión que pudiste tomar Donatien. Tu destino ahora está junto a Brigitte, y un simple beso no va a hacer que eso cambie. —Se aseguró en voz alta para reforzar su postura—. Ni siquiera sentí como antes, la magia se perdió contigo Clélia.

Obligó a su mente a enfocarse en sus recuerdos con Brigitte, para dejar de divagar con su pasado. Había salido de París con la intención de descubrir cuán poderoso era el sentimiento que le inspiraba su musa, y lo había conseguido.

Después de todo, ver a Clélia de nuevo había sido sano, porque le ayudó a cerrar ese capítulo en su vida de manera definitiva y así poder entregarse de lleno a un nuevo amor, sin viejos fantasmas de por medio.

—Tal vez eso sea lo que tú también necesitas para superar esa separación… A lo mejor verlo y descubrir que ya no lo amas sea lo que necesitas para darte una nueva oportunidad conmigo… —esbozó pensando en Brigitte, pero de pronto el miedo lo golpeó con fuerza y de inmediato negó con la cabeza—. No, no… Eso no puede pasar, todavía es muy pronto y tus heridas siguen abiertas, lo sé. Pero yo me encargaré de sanarlas todas, voy a cuidarte y amarte tanto Brigitte, que ni siquiera recordarás que alguna vez existió un hombre llamado Timothy Rumsfeld en tu vida, eso puedes jurarlo mi adorada musa.

Allan había llegado a París en un vuelo directo desde Liverpool, a donde había viajado para despistar al condenado detective que le andaba pisando los talones desde que puso un pie en Londres.

—Justo a tiempo —dijo mirando su reloj de pulsera que marcaba poco más de las tres de la tarde. Su hermana ya habría salido del museo—. Solo espero que vengas directo a casa Brit, estoy ansioso por darte un abrazo —esbozó mirando a través de la ventanilla.

Bajó frente a la modesta pero hermosa construcción parisina donde su hermana residía, y recibió su equipaje, al tiempo que le entregaba el pago al chofer. Desde ese momento una sonrisa se instaló en sus labios.

Una ráfaga de aire lo envolvió, desordenando un poco su prolijo peinado. El viento frío de principios de otoño comenzaba a sentirse, aunque todavía faltaban algunos días para la llegada de esa estación, en Europa siempre se hacía presente antes que en Norteamérica.

—Buenas tardes señorita, ¿me permite entrar? —Abordó a una joven rubia que estaba abriendo la reja de la entrada principal. Ella lo miró algo extrañada, y él comprendió de inmediato que debía darle algún motivo para que accediera—. Mi hermana y mi prima viven en el último piso, Brigitte Brown y Margaret Milton. He venido desde Norteamérica para darles una sorpresa.

—¡Por supuesto! Pase por favor —dijo dedicándole una encantadora sonrisa—. Usted debe ser el famoso Allan.

—¿Famoso? —inquirió algo desconcertado.

—Sí, Brigitte todo el tiempo habla de usted… «Mi hermano Allan es increíble… Allan es un hombre extraordinario… Allan es muy apuesto…». Cada vez que conversamos no para de alabar sus atributos señor Brown.

—Me doy cuenta que son amigas.

—Aparte de compartir edificio ambas trabajamos en el Louvre, yo estoy en el área de boletería.

—Creo que mi hermana exagera un poco —mencionó sintiéndose apenado de repente.

—Bueno, no puedo dar fe de todas sus cualidades señor, pero debo reconocer que no se equivocaba en lo de apuesto.

Allan se quedó sin saber qué decir ante ese cumplido, y ella se sintió feliz por haberlo sorprendido, ya que de inmediato soltó una carcajada.

El sonido llenó todo el vestíbulo de un eco ronco, vibrante y sensual, gracias a lo gutural que resultaba el idioma francés.

—Gracias, es usted muy amable señorita… —dijo mirando sus preciosos ojos grises.

—Huppert. Pauline Huppert, encantada. —Le extendió la mano, al tiempo que su sonrisa se hacía más efusiva.

—Es un placer señorita Huppert, soy Allan Brown. —Se presentó estrechando con suavidad y algo de firmeza la delgada mano femenina.

—Bueno Allan… No tienes problemas con que te tutee, ¿verdad? —inquirió con un tono relajado mientras lo miraba.

—En lo absoluto.

—Perfecto, tú también puedes hacerlo conmigo. Odio que me traten de usted…, a menos que sea necesario. ¿Puedes ayudarme con esta reja? —Señaló la estructura de hierro forjado del ascensor—. Le hemos pedido decenas de veces al conserje que llame a alguien para repararla, pero no toma en cuenta nuestras quejas; quizás para ser quien tenga que venir en nuestro auxilio cada vez que se atasca, lo que pasa con más frecuencia cada día.

El comentario despertó una alarma en Allan, no quería que Brigitte tuviera que tratar con hombres de ese tipo. De inmediato pensó en que hablaría con ella para buscar un lugar más seguro

donde vivir. Si ella y Margaret planeaban quedarse en París por más tiempo, tendría que ser en un sitio donde estuvieran a buen resguardo, tranquilas y alejadas de patanes.

—Por supuesto —respondió enfocándose de nuevo en la conversación con la chica y se dispuso a ayudarla con la reja.

—Muchas gracias Allan —dijo una vez dentro del elevador, respirando profundo para embriagarse del perfume masculino.

El espacio no era pequeño, pero ella quiso tener cierta cercanía con él, así que se aproximó de manera casual y le sonrió, para que no descubriera sus intenciones.

En verdad era muy atractivo, recordaba que lo había visto una vez en el museo y se había quedado hechizada por su porte tan galante. Era un hombre que desbordaba seguridad, sensualidad y un halo de misterio que la invitaba a arriesgarse con tal de conocer más de él.

—No tienes nada que agradecer, ¿a qué piso vas?

—Al cuarto, por favor —contestó dedicándole una sonrisa. Le gustaba el azul intenso de sus ojos, bien podría quedarse todo el tiempo mirándolos.

El trayecto tardó poco más de un minuto, y ella dejó escapar un suspiro cargado de frustración; no se le había ocurrido absolutamente nada que decirle, y él tampoco era muy comunicativo.

—Que disfrutes de tu estadía —mencionó cuando el aparato se detuvo en su piso.

—Muchas gracias… Espero coincidamos de nuevo, antes de que regrese a América… Quizás podamos tomar un café.

—Claro, me encantaría —respondió y la sonrisa en sus labios casi le dividía el rostro en dos.

—Bien…, fue un placer Pauline —pronunció al ser consciente de que no podía alargar más ese momento.

—El placer fue todo mío. —Elevó una mano para decirle adiós, cuando lo vio cerrar la reja.

Él se sintió un poco extraño después de que puso el aparato en marcha; y de pronto le resultó muy evidente que la amiga de su hermana había estado coqueteándole.

—Tú no te quedaste atrás, hasta la invitaste a tomar un café. —Se dijo mientras sonreía algo desconcertado.

Ciertamente, no se había vuelto célibe desde que asumiese y aprendiese a vivir con la muerte de su esposa. Había salido con algunas chicas; incluso, había tenido un par de relaciones que duraron varios meses.

Sin embargo, desde hacía mucho eso de coquetear con una desconocida no se le daba tan fácil; la verdad era que desde que conoció a su difunta esposa no le había resultado tan natural invitar a salir a otra chica. Siempre se tomaba su tiempo.

Brigitte se disponía a seguir con otra de sus pinturas, esta era ya la tercera; iba pintando el mismo paisaje que alcanzaba a ver desde su ventana, con la variante de la estación del año. Justo en ese momento estaba casi finalizando el cuadro que representaba el verano, y le encantaba haber capturado los brillantes tonos amarillos y dorados que definían esa temporada del año.

—No puedo creerlo Maggie, otra vez olvidaste las llaves —esbozó al escuchar los golpes en la puerta.

Caminó con algo de enfado por tener que acudir al llamado de su prima una vez más; siempre dejaba sus llaves, a pesar del inmenso llavero que le regaló por su cumpleaños; y que pensó al obsequiárselo que la ayudaría a recordarlas antes de salir de casa todos los días.

—Definitivamente, no sé lo que haré contigo Margaret Milton… —pronunciaba tirando del picaporte para abrir. Y sus ojos se abrieron con sorpresa al ver a su hermano—. ¡Allan! ¡Oh por Dios! ¡Qué alegría verte! —exclamó con efusividad mientras le lanzaba los brazos al cuello para rodearlo y le dejaba caer una lluvia de besos en las mejillas.

—¡Vaya! Creo que vendré más a menudo si seré recibido de esta manera —mencionó riendo.

—No seas tonto, siempre te recibo igual, es solo que hacía mucho que no venías. —Le hizo un puchero.

—Estuve algo ocupado, pero me moría por venir… ¡Espera un momento! ¿Qué te hiciste en el cabello? ¿Dónde está mi hermana de

linda cabellera larga? —cuestionó viendo mejor su cambio de estilo.

Ella sonrió y se pasó las manos por el cabello, aparte de Margaret, él era el primero en ver su nuevo corte; y por lo visto, no le había resultado malo.

—¿Te gusta? —Su voz salió con algo de timidez.

—Es… distinto —respondió llanamente, como todo hombre cuando le hablaban de peinados y vestidos.

—¿Distinto bueno o distinto malo? —inquirió esta vez con un dejo de angustia en su mirada.

—Distinto bueno. Te ves tan hermosa como siempre Brit, solo debo acostumbrarme… Hacía más de dos meses que no nos veíamos, pero al ver este cambio en ti, parece que fue hace años. La verdad es que te extrañé mucho hermana —La envolvió fuertemente entre sus brazos.

—Ven, pasa… Debes estar exhausto —mencionó cuando se separaron, y lo tomó de la mano para caminar hasta el sillón ubicado en medio del pequeño salón de visitas.

—Fue un viaje pesado, tuve que ir desde Londres a Liverpool, y después tomar un vuelo hasta aquí —comentó relajándose contra el espaldar.

—¿A Liverpool? ¿Y por qué no viniste directamente desde Londres? —preguntó extrañada.

—Porque… Bueno, es algo complicado de explicar. —Estuvo a punto de revelarle el motivo, pero después pensó que lo mejor era seguir ocultándole lo que hacía su exnovio.

—Y tú lo harás sencillo para mí… Allan, sabes que odio que me oculten cosas —dijo al ver que él se había tensado de pronto, y algo le decía que esa actitud tan reservada tenía que ver con ella—. Dime lo que está pasando por favor.

Le exigió mirándolo a los ojos, porque se había prometido que las mentiras no invadirían su vida de nuevo.

Capítulo 17

Allan suspiró con un gesto exagerado, como si estuviera a punto de liberarse de un gran peso; cerró los ojos un instante, buscando las palabras adecuadas; y después miró fijamente a Brigitte, necesitaba comprobar que no la afectaría.

—Se trata de Timothy —dijo y esperó por la reacción de su hermana, quien enseguida se tensó al escuchar el nombre, y vio cómo fruncía el ceño.

—Lo suponía —murmuró con molestia y estuvo a punto de decirle que no le contara nada, porque no le interesaba saber la mínima cosa del falso de su ex. Pero la curiosidad era demasiada como para negarla, así que soltando un suspiro solicitó la información—. ¿Qué está haciendo ahora? Y por favor, si se trata de que anda con alguien más ni te molestes en hablarme de eso, me da igual lo que haga con su vida. —Por más que se esforzó por sonar desinteresada, el dejo de rencor y despecho estaba presente en cada una de sus palabras.

—Pues esto se trata de ti…

—¿De mí?

—Sí, sigue empeñado en saber dónde estás; incluso, desde hace un tiempo tiene un detective contratado.

—¿Un detective? —preguntó asombrada, y una pequeña llama de esperanza destelló dentro de su pecho, pero su orgullo la apagó de inmediato, no se podía hacer ilusiones.

—Sí, y no solo eso, también tiene hombres rondando nuestras propiedades cada cierto tiempo, supongo que para mantenerlo informado por si te ven en alguna.

Esa información adicional le causó un pequeño escalofrío, nunca pensó que Timothy fuese a llegar a ese extremo. Vigilar a su familia, acosarla de esa manera; estaba actuando como un completo psicópata.

—¡Dios mío! ¿Acaso se ha vuelto loco? ¿Por qué lo hace? —De pronto el desconcierto fue opacado por la rabia que surgió en su interior.

—Ya te lo dije, está desesperado por conocer tu paradero. La verdad yo pensé que después de marcharse de Europa abandonaría su interés por encontrarte, pero ha sido todo lo contrario. El investigador está permanentemente en Londres, vigila cada paso que nuestros padres o yo damos, por eso nos ha tocado despistarlo viajando a otros lugares, por distintos medios o en diferentes ocasiones —explicaba mirando a su hermana e intentando esconder la molestia que el acoso de Timothy le provocaba.

—Definitivamente, ha perdido la cabeza. No puede ir por allí, contratando a personas para que nos vigilen. Eso es ilegal, y él como abogado debería saberlo mejor que nadie. Se puede meter en un gran problema si ustedes ponen la denuncia. —Un resquicio de temor embargó su pecho, pero la molestia que sentía con él era mucho mayor.

—Nuestros padres no desean que tomemos medidas legales; después de todo, los Rumsfeld han sido amigos de nuestra familia por años, y aunque lo que pasó con ustedes nos ha distanciado, sigue existiendo aprecio entre ambas familias —dijo en un tono resignado, buscando calmarla.

—Bueno…, tampoco hablaba de enviarlo a prisión. Pero él no puede perseguirlos de esta manera, alguien debe hacer algo para que se detenga —esbozó sintiendo que todo era su culpa—. Y seré yo quien lo haga.

—Brit, no. Justamente por esto no queríamos decirte nada.

—¿Y desde cuándo están en esta situación? —inquirió sintiéndose cada vez más asombrada.

—Desde que regresó a América, pero eso no tiene importancia, así que será mejor que olvidemos todo.

—¡Por supuesto que la tiene! Timothy se ha vuelto loco y los está acosando por mi culpa. No puedo permitir que esta locura continúe —dijo con seguridad.

—¿Y qué piensas hacer Brigitte? —cuestionó elevando una ceja, mientras la miraba fijamente—. ¿Acaso irás a Boston y te presentarás

ante él para que deje de buscarte?

—¡No, claro que no! —exclamó alarmada, y el miedo la invadió de inmediato, haciendo que sus latidos se desbocaran y su cuerpo temblara.

—Entonces, ¿qué harás?

Allan la estaba cuestionando, no precisamente para que le diera una solución, pues él mismo podía encargarse de ello; se sentía lo suficientemente capaz de confrontar a Timothy y exigirle que los dejara en paz, si no quería ir a parar a la cárcel. Sin embargo, lo que buscaba con ese interrogatorio era saber qué tanta determinación sentía Brigitte.

—No tengo por qué verlo, le escribiré una carta.

—Y supongo que le pedirás en esta que deseche la idea de seguir con su búsqueda —acotó con algo de incredulidad, pues sentía que eso, más que hacer que su excuñado desistiera, le daría esperanzas.

—No le pediré nada, voy a exigirle que nos deje en paz, que me olvide de una vez por todas. Está perdiendo su tiempo, no pienso volver con él —pronunció con determinación.

Esta vez la sorpresa embargó por completo a Allan, la fuerza y la seguridad que irradiaba Brigitte lo tenían perplejo. Nunca imaginó ver a su dulce hermana de esa manera, mucho menos tratándose de Timothy Rumsfeld. Ella siempre se mostró tan sumisa con él, que no pudo evitar que sus labios esbozaran una sonrisa rebosante de orgullo.

Se acercó a ella para abrazarla con fuerza, aun ante su desconcierto y la tensión que cubría su cuerpo.

—Debo decir que me haces sentir muy orgulloso —expresó mirándola a los ojos.

—¿Por qué? —Ella lo veía un tanto aturdida.

—Porque has crecido Brit, ya no eres la misma chica tímida que se esmeraba por complacer a todo el mundo aun a costa de sus propios deseos, ya no te quedas callada ante las cosas que te molestan, ahora tienes voz; y es maravilloso poder escucharla —pronunció con esa mezcla de ternura y orgullo que lo recorría.

—Me han pasado suficientes cosas Allan, cosas que me han hecho cambiar… No ha sido fácil para mí superar todo esto, quizás por eso

valoro tanto la estabilidad que tengo ahora —mencionó, bajando la mirada al sentirse apenada por la lágrima que rodó por su mejilla.

—Lo sé, por eso no había querido contarte nada. No quiero que ese hombre te afecte de nuevo. Nuestros padres, Margaret y yo deseamos que lo dejes en el pasado de una vez por todas, que vivas tu vida como desees. Siempre y cuando eso te haga feliz —dijo acariciándole la mejilla, mientras buscaba la mirada gris que estaba a punto de desbordarse en lágrimas, y no tardó mucho en hacerlo.

—Estoy bien…, tranquila, contenta. Ahora tengo nuevos propósitos en mi vida y quiero que todo continúe como está, ya no quiero vivir en medio de mentiras.

—Me parece perfecto. Escribe esa carta y yo mismo se la llevaré. Ya es hora de que lo mandes a la mierda, por imbécil.

—¡Allan! —expresó con asombro, sabía que muchos hombres usaban ese tipo de lenguaje, pero su hermano nunca lo había hecho delante de ella.

Él dejó libre una carcajada sonora, cargada de alegría, que se esparció por todo el lugar; le rodeó los hombros con uno de sus fuertes brazos y la pegó a su pecho, para arrullarla y darle un beso en la frente.

Un par de golpes en la puerta los sustrajo de ese estado de letargo donde se encontraban, él le sonrió y la ayudó a levantarse.

—Debe ser Maggie, siempre olvida sus llaves. —Se quejó Brigitte mientras caminaba hacia la puerta.

—Me di cuenta de ello cuando llegué, me confundiste con esa imprudente —respondió él sonriendo.

Ella le dedicó una sonrisa, después se volvió para girar el picaporte y abrir la puerta, y efectivamente, era su prima.

—¡Hola!… Lo siento, olvidé mis…—decía para disculparse, pero al ver a su primo sentado en el sofá dejó rápidamente lo que traía en sus manos y casi corrió hasta él—. ¡Allan, qué emoción! Nos tenías olvidadas, eres un ingrato —esbozó entregándose a ese abrazo que él le ofrecía.

—Lo siento mucho, me fue imposible venir antes, pero… Espera un momento —dijo mirándola mejor, y sus ojos no podían disimular

su sorpresa—. ¿Dónde está mi hermosa pelirroja? —cuestionó detallándola—. ¿Qué han hecho con mi hermana y con mi prima?

—Bueno, ahora es tu hermosa prima rubia… ¿Qué te parece? ¿Me queda bien? —inquirió moviendo su lisa y abundante melena para lucírsela.

—Te diré lo mismo que a Brit, te ves diferente, pero me gusta. —Le sonrió con sinceridad.

—¿Ves Brit? Quedamos fabulosas —mencionó mirando a su prima y después se dirigió a Allan—. Ella estaba un tanto dudosa, pero la convencí para cambiar de peinado, y también remodelamos todo el guardarropa.

—Me alegra mucho verlas tan animadas. En verdad lucen preciosas, aunque me costará un poco acostumbrarme a mi nueva prima rubia.

—¿Y qué tal el viaje? Debes estar agotado.

—La verdad sí. Será mejor que me vaya a un hotel y descanse un par de horas. Paso por ustedes más tarde, así las llevo a cenar.

—No es necesario, puedes quedarte aquí.

—Solo tienen dos habitaciones Brit. —Le recordó a su hermana, pues al parecer lo había olvidado.

—Puedo dormir con Maggie y tú te quedas en mi alcoba, es absurdo que te vayas a un hotel —argumentó ella mientras le quitaba el bolso de la mano—. Hace tres meses que no te vemos, así que me niego a dejarte ir, aunque sea por algunas horas —dijo con determinación, pero su mirada era una mezcla de ruego y ternura.

—Es imposible negarte algo si me miras de esa manera —dijo rindiéndose a la petición de su hermana.

Brigitte sonrió sintiéndose feliz por conseguir lo que se había propuesto, le dio un abrazo y un beso en la mejilla, agradeciéndole que aceptara.

—Igual no te salvarás de llevarnos a cenar esta noche.

—Lo haré encantado… —Sonrió mirando a su prima, quien aplaudió como una niña de diez años—. Y cuéntame de nuestro amigo Donatien… ¿Cómo van las cosas con él?

—¿A qué te refieres? —inquirió Brigitte con algo de nerviosismo, pues no esperaba esa pregunta tan directa.

—Ese hombre está loco por ella, pero tu hermana no se digna a darle una oportunidad —dijo Margaret.

—Te he dicho miles de veces que dejes de decir esas cosas Maggie, Donatien y yo solo tenemos una linda amistad.

—Y yo te he dicho en incontables ocasiones que es evidente lo que él desea, y es mucho más que eso. Si hasta te llevó a conocer a su familia —acotó mirándola fijamente.

—Pues lo siento mucho…, pero no puedo darle más de lo que le he ofrecido hasta el momento —expresó sintiéndose a cada segundo más acorralada.

—¿Y eso por qué Brit? ¿Acaso él no es un hombre soltero y tú una mujer sin compromisos? ¿Qué te impide darle una oportunidad? —cuestionó Allan, quien tenía la certeza sobre los sentimientos que el pintor le profesaba a su hermana, él mismo se los había confesado.

—Y no puedes decir que no te agrada, porque me consta que disfrutas de su compañía; además, es apuesto —argumentó Margaret, quien vio en Allan a su aliado, y pensó que quizás entre los dos podrían convencerla para que le diera una oportunidad al pintor.

—Creo que a ustedes dos se les olvida que Donatien Rimbaud fue mi profesor, ¿qué dirán las personas sobre eso si llegamos a entablar una relación de pareja? —inquirió, escandalizada por la sola idea de enfrentarse a una situación así.

—Lo acabas de decir, «fue» tu profesor, eso forma parte del pasado, y no deberías prestar mucha atención a lo que las demás personas digan; mucho menos si eso no aporta en nada a tu felicidad o tu bienestar —mencionó Allan. No quería presionarla, solo ayudarle a decidirse.

—Es lo que siempre le he dicho. Perdió diez años de su vida junto al idiota de Timothy por miedo al qué dirán, y ahora va a terminar perdiendo a un hombre encantador como Donatien Rimbaud por el mismo motivo. —Se quejó Margaret mirándola a los ojos.

—Yo…, ustedes no entienden… Esto no es tan sencillo, y tú mejor que nadie deberías saberlo Allan, sigues aferrado al recuerdo de Soraya; y eso, que ha pasado mucho desde su partida —dijo sobresaltada, con las lágrimas nadando en sus pupilas—. Y tú Margaret, puedes parecer muy fuerte, pero lo que sucedió con Paul

también te sigue afectando. Así que no me exijan a mí que supere el pasado cuando ninguno de los dos es capaz de olvidar el suyo.

No pudo contener sus lágrimas, y la vergüenza la llevó a salir huyendo; caminó de prisa y se metió en su habitación. No quería que siguieran hurgando en esa herida que seguía allí, latente, la misma que al parecer nunca sanaría.

—Creo que nos extralimitamos —murmuró él con molestia, sintiéndose además apenado.

—Sí. —Margaret se sentía igual de avergonzada que él, porque Brigitte la había expuesto.

—Será mejor que vaya a verla.

—Tal vez deberías dejarla sola un rato Allan.

—En algunos casos el apoyo es mejor que la soledad, y ella ha estado mucho tiempo sola… Diez preciosos años de su vida estuvo amando sola a un desgraciado. Es momento de que nosotros estemos junto a ella —sentenció mirando a su prima a los ojos, para que supiera que él también estaría para ella si lo necesitaba.

Margaret comprendió su mirada y solo asintió en silencio, esquivando su rostro, tratando de esconder su propio dolor, haciéndose la fuerte; como le había dicho Brigitte. Vio a Allan entrar en la habitación y rogó para que sus primos pudieran reconciliarse.

Capítulo 18

Por suerte, Brigitte no era una persona rencorosa, y comprendió que lo único que buscaban su hermano y Margaret era verla bien. Así que las asperezas se limaron y continuaron con sus planes de ir a cenar fuera.

Se encontraban esperando un taxi cuando vieron salir por la puerta del edificio a Pauline, y la primera mirada que se quedó prendada de ella fue la de Allan, quien no pudo disimular su interés y la recorrió de pies a cabeza.

—¡Hola chicas! —Las saludó con efusividad.

—¡Pauline, qué alegría verte! Ven, quiero presentarte por fin a mi hermano, de quien tanto te he hablado —dijo Brigitte tomándola por el codo para ponerla frente a él.

—Hola Allan —dijo Pauline, divertida ante la reacción de su amiga.

—Hola Pauline, un placer volver a verte. —Le correspondió el saludo tratando de disimular una sonrisa seductora.

—¿Cómo?... ¿Ya se conocen? —cuestionó Brigitte completamente desconcertada, mientras los miraba.

—Nos encontramos hoy en la puerta del edificio, ella fue quien me ayudó a entrar. Cuando le dije que era tu hermano me mencionó que trabajan juntas en el museo.

—Sí, aparte de decirle las incontables veces que me has hablado de todas sus cualidades —comentó mostrando una sonrisa amplia y sincera.

Lo miró y le encantó ver que una vez más él se mostraba algo tímido; incluso, podía jurar que se había sonrojado, y eso en un hombre como él era asombroso.

—Yo le dije que exagerabas, porque eras mi hermana —acotó él con un poco de incomodidad.

—No seas tan modesto primo —pronunció Margaret con la picardía bailando en su intensa mirada azul.

—En realidad eres un hombre extraordinario, y nunca he mentido ni exagerado sobre ello. —Brigitte le rodeó la cintura con su brazo y se abrazó a él con ternura.

Margaret notó cierta tensión pero también interés masculino en los ojos de su primo cada vez que su mirada se posaba en Pauline, así que se le ocurrió una brillante idea y no tardó un segundo en llevarla a cabo.

—¿Ibas a algún lugar en especial Pauline? —preguntó fijando su mirada en la rubia.

—Bueno…, la verdad tenía planeado salir con Marietta, pero su abuela enfermó esta tarde y ellas se quedarán a cuidarla. Me avisaron hace apenas unos minutos, cuando volvieron del hospital; pero ya estaba arreglada y como es viernes no quise quedarme sola en el apartamento.

—Es una pena lo de la señora Léger, espero que mejore pronto…, pero ¿por qué no te nos unes? Vamos al *Les Deux Magots*, cenaremos allí…, y si mi primo se muestra generoso, quizás también nos lleve a bailar. —La invitó con esa sonrisa gatuna que mostraba cada vez que estaba por conseguir lo que se proponía.

—¡Ay! No lo sé…, seguro que ustedes desean compartir en familia para ponerse al día. Allan vino desde muy lejos solo a verlas… Creo que la presencia de una extraña no será muy bienvenida.

—¡Por Dios! No te preocupes, mi primo se quedará por dos semanas, tiempo para hablar es lo que nos sobra; además, un caballero como él jamás permitiría que una dama saliese sola a estas horas, en una ciudad tan ajetreada como París, ¿no es verdad? —Le preguntó a él directamente.

—Yo…, bueno… —Vaciló al no saber cómo habían llegado a ese punto en cuestión de minutos.

Tardó al menos veinte segundos en reaccionar, podía ver hacia dónde iban las intenciones de Margaret, pero nunca pensó que todo se le fuese a dar de manera tan fácil. Su prima era realmente astuta.

—La idea de Maggie me parece genial. —La secundó Brigitte con una gran sonrisa.

—A mí también, es decir…, me sentiría halagado de tener la compañía de tres hermosas damas esta noche —respondió

retomando su compostura.

—Bueno, no se diga más… Vienes con nosotros Pau —anunció Margaret con un tono y una sonrisa triunfante, mientras su mirada brillaba.

Pauline se dejó llevar por el entusiasmo de sus amigas, y les dedicó una sonrisa de agradecimiento a los tres. Nunca imaginó que terminaría cenando junto al hombre más atractivo que había visto en su vida. Eso era para ella Allan Brown, no solo lo había idealizado por los comentarios de Brigitte, sino desde esa única vez que lo vio en el museo, y conocerlo por fin era un sueño hecho realidad.

Minutos después, y desde el momento en que el auto en que iban entró al Distrito VI de París, se vieron envueltos por la vibrante, poderosa y atractiva aura bohemia que reinaba en uno de los lugares más frecuentados por los artistas en la ciudad, el famoso *Saint Germain des Prés*.

—Hemos llegado —anunció el chofer.

Allan se encargó de pagar, y después bajó para ayudar a las chicas a hacerlo. Esta vez su mano entró en contacto con la de Pauline, y pudo sentir la calidez de su tacto, además del calor de su sonrisa.

Él respondió con un gesto parecido, aunque un poco más reservado, ya que no era un hombre que jugaba al casanova, mucho menos con las amigas de su hermana.

—Este lugar es extraordinario, les encantará —dijo Margaret al bajar del auto. Su mirada estaba fija en la hermosa fachada que destellaba como árbol de navidad—. Aquí se reúne lo más selecto de la sociedad parisina: artistas, diseñadores, músicos, escritores; e incluso, políticos visitan este lugar.

Lucía hermoso, acogedor y elegante con sus toldos verdes de letras y ribetes dorados. Afuera había un grupo de mesas y sillas ocupadas por quienes deseaban estar al aire libre, lejos tal vez del humo del tabaco que reinaba en el interior.

—Bueno querida prima, gracias por traernos a este lugar tan de moda. —Allan hubiera preferido algo más discreto, pero decirlo sería insultar su entusiasmo.

—Moría por venir, muchas gracias por invitarme Maggie —dijo Pauline con verdadera emoción.

—Yo también quería visitarlo, todo el mundo en el museo habla de que en el Café de Flore y aquí se reúnen los más grandes pintores del continente. Así que, si hoy consigo conocer a Dalí o a Picasso, te estaré eternamente agradecida Maggie. Harías realidad uno de mis sueños.

—Tal vez contemos con suerte y ya se encuentren aquí o vengan más tarde —respondió Margaret con una gran sonrisa.

—Todo eso me parece maravilloso, pero yo muero de hambre, así que… ¿qué prefieren? ¿Tomar una mesa aquí afuera o entramos? —preguntó Allan, quien no se sentía igual de atraído por los artistas o los escritores como lo estaban sus acompañantes.

—Entremos, es allí donde está el verdadero ambiente. Además, aquí empezará a helar dentro de poco y la comida se enfriará apenas la pongan en la mesa. —Margaret habló por experiencia, pues ya había estado allí en varias ocasiones.

Agarró el brazo de Brigitte para entrar junto a ella, dejando a su primo la tarea de ser quien guiara a Pauline. Lo miró por encima del hombro, indicándole que lo hiciera. Él dudó unos segundos, pero terminó ofreciéndole su brazo a la chica; lo que dibujó una gran sonrisa cargada de satisfacción en Margaret y también en Brigitte.

La velada estuvo maravillosa a pesar de que no vieron a ningún afamado artista. Sí había muchos emergentes charlando animadamente y compartiendo sus entretenidas experiencias con el público, que cautivado los escuchaba.

Brigitte en varias ocasiones deseó poder expresarse de esa manera, romper esa coraza que parecía contener todas sus emociones y transformarse en una mujer poderosa; una que pudiera cautivar con algo más que su belleza. Quería ser admirada por su inteligencia y su talento.

Allan, por su parte, también estaba disfrutando mucho de la velada y de la compañía de Pauline, de su chispeante alegría y las miradas que le dedicaba. Era una mujer hermosa, y él sería un tonto si se privase de mirarla.

Se sentía tan a gusto que hasta incluso complació a la extravagante de su prima, y después de la cena pidió una botella de

champaña. Lo único de lo que no pudieron convencerlo fue de llevarlas a bailar.

—Fue una noche espléndida, muchas gracias por invitarme —mencionó Pauline una vez que subieron al ascensor del edificio donde vivían.

—Allan nos dejó pendiente el baile, pero te aseguro que haré que salde su deuda, así que no hagas planes para el próximo viernes, porque saldremos a bailar, y tú vendrás con nosotros. —Le dijo Margaret dándole un abrazo.

—Claro, estaría encantada, que descansen chicas. Fue un placer compartir contigo Allan.

—El gusto fue todo mío Pauline, descansa —dijo él abriendo la reja para que pudiera salir.

La vio caminar en dirección a su apartamento antes de poner en marchar nuevamente el elevador, y mientras lo hacía, no pudo esconder la sonrisa que se dibujó en sus labios, pero al mirar a Brigitte y a Margaret intentó disimularla.

Ellas le hicieron ver que ya era muy tarde, que lo habían visto; y al parecer, eso las hacía muy felices. Debía prepararse, puesto que ellas no pararían de hacerse las cupido.

Días después, Allan se encontraba junto a Donatien en uno de los tantos cafés en París. En vista de que las chicas estaban en sus trabajos, y que él ya estaba aburrido de estar encerrado todo el día en el apartamento, aceptó la invitación del pintor.

La charla estaba resultado bastante casual, solo se limitaba a sus trabajos, sus familias; eso de lo que comúnmente hablaban las personas que apenas se conocían. Sin embargo, cada vez que la conversación se dirigía hacia Brigitte, el pobre pintor parecía comenzar a sufrir, por lo que Allan no quiso seguir perdiendo el tiempo en cosas banales y fue directo al grano.

—Donatien, ¿me dirás la verdadera razón de esta reunión o seguirás callándola y torturándote? —cuestionó mirándolo a los ojos, tenían casi la misma edad y algunos meses de amistad, así que sentía que podía hablarle sin tapujos—. ¡Vamos hombre! Habla de una vez.

—Es… es… Se trata de Brigitte —respondió y soltó un suspiro largo y pesado.

—Ya lo sé. Al parecer, solo mi hermana es capaz de ponerte en ese estado —mencionó sin querer burlarse de su desgracia, pero no pudo evitar sonreír.

—No está bien hacer leña del árbol caído. —Se quejó frunciendo el ceño, y miró a otro lado.

—¡Vamos! Tampoco tienes que ponerte así. A ver, cuéntame… ¿Qué sucede? —pidió mostrándose más serio y comprensible.

—¡Nada! Ese es el tema, que no está sucediendo absolutamente nada. Ya no sé cómo demostrarle que estoy enamorado de ella, que me muero por hacerla feliz… Todo el mundo parece estar al tanto de esto menos ella, y cada día que pasa me siento más estúpido y frustrado.

—Cálmate, no ganas nada con sentirte así.

—¿Y cómo esperas que me sienta? —preguntó volviéndose a mirarlo con asombro y molestia—. Siempre que intento acercármele me rechaza, no lo hace de forma directa, pero me deja claro que no quiere tener nada conmigo.

Se llevó las manos a la cabeza, acunándola para soportar el enorme peso que le provocaban sus pensamientos, sintiéndose impotente al no poder conseguir aquello que su corazón anhelaba.

No podía creer que una vez más estuviese en medio de una situación como esa, que estuviese rogando por el amor de una mujer; solo que en este caso era mucho peor, porque sentía que para Brigitte resultaba completamente indiferente.

—La miro como si fuese la única mujer sobre la tierra, le insinúo mis sentimientos en cada oportunidad que se me presenta, pienso en ella día y noche mientras busco la manera de conquistarla… Hasta la llevé a casa de mis padres y pasamos unos días extraordinarios… Todo iba de maravilla hasta que la llevé a un lugar especial, y ella solo terminó llorando por aquel infeliz.

Allan lo miraba en silencio, dejando que se desahogara, porque sabía que el hombre lo necesitaba; no era fácil verse en una situación así. Aunque él realmente nunca lo había estado, ya que tuvo la suerte de que Soraya compartiera sus sentimientos desde un

principio. Pero suponía que debía ser horrible amar a una mujer y no ser correspondido.

—Todo lo que hago parece ser inútil, me sigue tratando como si estuviésemos en Oxford y yo siguiera siendo su profesor.

—La verdad… no sé qué decirte. Lamento que estés en esta situación, pero el asunto no se trata de ti sino de ella… Es complicado. Pero es Brit la que no desea darle una oportunidad al amor. Su rechazo no es hacia ti en particular, sino que cualquiera que llegue a su vida en este momento se encontrará con una coraza imposible de romper —mencionó aquello que había deducido por las actitudes de su hermana.

—¿Qué se supone entonces que debo hacer? —preguntó sintiéndose desesperado.

—Ser paciente, darle tiempo…

—¿Tiempo? ¡Por Dios Allan! Llevo más de cuatro años enamorado de tu hermana. Mis sentimientos por ella no son de ahora, me enamoré desde el primer día que la vi —confesó dejándose llevar por sus emociones.

—Yo…, lo siento mucho en verdad, no sabía que las cosas eran así —dijo compartiendo la pena del pintor.

—Tranquilo, no tenías porqué saberlo, mucho menos tienes porqué disculparte… Es algo que he callado por mucho tiempo —pronunció sin atreverse a mirarlo.

—Supongo que lo que te impedía acercarte a ella era tu puesto como profesor, ¿no es así?

—En lo absoluto, me hubiera dado lo mismo renunciar a Oxford si notaba al menos un poco de interés de su parte. Lo que me mantuvo alejado fue saber que ella estaba comprometida con otro… —Calló sus palabras para suspirar—. Sentía que anhelaba un imposible, pues ella idolatraba a Timothy Rumsfeld como a una especie de Dios, y contra eso yo no podía hacer nada.

—Pero las cosas ahora son distintas.

—¿Lo son en verdad? —cuestionó con ironía.

—Bueno…, digamos que ahora tienes una oportunidad real. Brigitte está decidida a olvidarse de él, lo que abre una puerta para ti; solo debes tener paciencia y dejar que las cosas fluyan. Estoy

seguro de que si mi hermana decide darle una oportunidad a otro hombre ese puedes ser tú, solo no la presiones, porque lo único que lograrás será que se cierre aún más.

Donatien asintió en silencio, comprendiendo las palabras de Allan. Sabía que tenía razón y que era más lo que podía perder si la presionaba.

Había esperado demasiado tiempo, ¿qué le costaba hacerlo un poco más? Sabía que cualquier espera sería poco si al final conseguía que ella fuese suya.

Capítulo 19

Allan no tenía prisa por volver al apartamento, por lo que en lugar de subir a un taxi se dispuso a caminar por las calles parisinas. Hacía mucho que no se daba un momento para hacer ese tipo de cosas, para pensar en simples trivialidades.

Suspiró al reconocer que no se daba tiempo para otra cosa que no fuesen los negocios, por el simple hecho de que siempre caía en lo mismo: descubrir que no tenía nada más allá de eso.

Desde que perdió a Soraya su vida se volvió monótona, gris, y no parecía haber una emoción real más allá de la que representaba el amor de su familia. Sentía que le falta algo. La muerte de su mujer lo había dejado incompleto.

Y sabía que su carencia iba más allá de lo físico, porque eso lo llenaba con las aventuras casuales que tenía; sin embargo, ni siquiera con esas o con las dos relaciones duraderas que vinieron después consiguió que ese vacío se llenase.

Recordó en ese momento las palaras de su hermana, y supo que ella tenía razón, se había mostrado como un hipócrita, pues él no podía exigirle nada sin antes haberle dado un verdadero rumbo a su vida.

Una corriente de aire lo envolvió, desordenando su cabello y haciéndolo estremecer, se ajustó el abrigo que llevaba abierto y elevó el rostro para mirar al cielo y ver si había nubes de tormenta.

Al hacerlo, su mirada se encontró con la hermosa figura de Pauline, quien maniobraba para mantener en sus brazos dos bolsas del mercado, y trataba de evitar que la brisa le elevara el vestido.

Sus acciones fueron en vano, el viento consiguió levantar la ligera tela floreada hasta las redondas caderas de la joven. Brindándole a él la posibilidad de disfrutar de la visión de unos blancos, delgados y perfectos muslos. No alcanzó a ver más, porque el cárdigan que ella llevaba, para mala suerte suya impidió que la falda subiera de allí.

—¡Demonios! ¡Estúpida brisa!

Se quejó ella en medio del revuelo y del cabello que se pegó a su rostro, haciéndole más difícil caminar, pues no veía por dónde iba, y lo último que deseaba era caerse en medio de la calle.

—Hola Pauline, permíteme ayudarte.

Allan caminó de prisa hacia ella al salir del hechizo y caer en cuenta de que no solo él había disfrutado de la hermosa visión de sus piernas, sino también algunos hombres que caminaban por la calle.

La molestia embargó su pecho al ver las miradas lascivas de esos desgraciados, que en lugar de ayudarla, solo se aprovechaban de la situación para poder recrearse con ella.

—¡Allan!... Muchas gracias —respondió entregándole la bolsa más pesada.

—No tienes que agradecerme, y por favor, dame la otra bolsa. —Le pidió.

—Esta puedo llevarla yo, no está tan pesada. —Le sonrió.

—¿Estás segura? —inquirió con el ceño fruncido.

—Por supuesto, vamos… Entremos antes de que esta brisa nos tumbe, o más bien a mí, que parezco una espiga de trigo —comentó riendo de su delgadez.

—Claro, entremos —acordó Allan abriendo la puerta.

Él no estuvo de acuerdo con ese comentario, en nada se parecía a una espiga; por el contrario, era una mujer muy hermosa; y acababa de comprobar que además tenía un bello par de piernas.

—De nuevo está atorada esta bendita cosa —pronunció mientras intentaba abrir la reja, y su voz mostraba el esfuerzo que empleaba en ello.

—¿Algún problema señorita Huppert? —preguntó el casero, quien salía de su apartamento mostrando una sonrisa torcida mientras miraba a la chica.

—¡Por supuesto! Lo de siempre —contestó ella, dejándole ver que estaba bastante molesta.

—¿Es el casero? —preguntó Allan, clavando su mirada cargada de recelo en el hombre.

—Sí, es el señor Absil —masculló ella en respuesta.

—Permíteme un momento. —Le dijo y se alejó.

Allan caminó en dirección al hombre, y todo en su actitud gritaba que era una amenaza en ese momento, así que era mejor que Absil se anduviese con cuidado, porque podía terminar siendo víctima de sus puños.

—Me han dicho las chicas que la reja está dañada y que le han informado de ello en repetidas ocasiones. Por lo que puedo comprobar, usted no la ha enviado a reparar, ¿se puede saber la razón? —cuestionó mirándolo con seriedad.

—¿Y se puede saber quién es usted? —respondió con una postura altanera, irguiéndose para estar un poco más a la altura del extraño, que debía medir unos quince centímetros más que él.

—El hermano de Brigitte Brown, primo de Margaret Milton y amigo de la señorita Huppert —contestó sin dejarse intimidar por la bravuconería del casero—. Es un peligro para ellas y para las demás personas que entren al edificio que esa reja esté así. Le exijo que llame a alguien para que la repare cuanto antes.

—Usted no es quién para venir a exigirme nada. No tiene ningún derecho. Que yo sepa, no es uno de nuestros inquilinos —indicó sin dejarse intimidar por el porte y la actitud de ese entrometido—. Además, la administración no tiene dinero para hacer esa reparación, tenemos que atender otros asuntos más importantes. Debemos reparar los techos y algunas ventanas para el invierno.

—El derecho me lo da velar por la seguridad y la comodidad de las mujeres de mi familia. Si el problema es el dinero yo correré con los gastos —esbozó con seguridad.

—Lo siento mucho señor, pero las cosas aquí se hacen de otra manera; no necesitamos que venga a pagar nada, la administración se encargará de ello. Y ya les he dicho a las señoritas que si necesitan de mi ayuda para abrir la reja, con gusto se las puedo brindar. —Mantenía su postura. Ese extraño no llegaría allí a darle órdenes. ¿Quién se había creído el arrogante americano?

—Bien, me veré obligado a pedir la visita de un inspector, para que este determine si es más importante arreglar la reja del ascensor o los detalles para el invierno que aún no llega. —Lo amenazó y se dio la vuelta para marcharse.

—Espere un momento —mencionó impidiéndole que cumpliera con su amenaza—. Podemos arreglar esto de otra manera, puedo llamar a alguien pero deberá ser el próximo mes, ahora me resulta imposible pagar una reparación —explicó en un tono más sumiso.

—Usted solo busque al técnico, después de que la repare lleve la factura al apartamento de mi hermana, yo me encargaré de lo demás. Que tenga buenas tardes.

Se dio media vuelta y regresó al lado de Pauline, quien lo observaba sin poder disimular su asombro. La rubia le dedicó una sonrisa radiante y una mirada cargada de orgullo, que lo hizo sentir muy bien consigo mismo.

—Te invito a un café, te lo has ganado, y sé que a ustedes los americanos como a nosotros los franceses no nos va eso de los tés. Eso se lo dejamos a los británicos —dijo ella una vez dentro de su pequeño pero hermoso apartamento.

—Gracias…, pero debes estar cansada… No quiero causarte molestias.

Ella le resultaba atractiva, y después de la visión de hacía minutos la imagen se repetía una y otra vez en su cabeza, haciendo que le resultara muy difícil no desear ver esas bellas piernas otra vez.

—Al llegar a casa lo primero que hago es hacer café y sentarme un rato, así que no es ninguna molestia, mucho menos si lo comparto contigo —expresó sonriéndole.

Allan asintió en silencio, la vio alejarse hacia la cocina, y en cuanto su mirada se posó en el andar de las caderas de Pauline, supo que contener el deseo que ella le despertaba sería una tortura.

Brigitte había estado dándole largas a ese momento, pero el tiempo se le agotaba. En dos días su hermano debía regresar a Norteamérica, y ella tenía que entregarle la carta.

Dejó escapar un suspiro profundo y cerró los ojos, confiando en el recorrido que hacían sus pies, mientras escuchaba el sonido del crujir que hacía la alfombra de hojas secas que pisaba.

Una corriente de aire fresco bajó desde los altos árboles y le revolvió el cabello, envolviéndola también con el dulce aroma de los cedros azules que adornaban esa parte del parque. Abrió los ojos,

vio cerca una banca de madera y se sentó. Pasaron los minutos y ella seguía allí, sin poder escribir una palabra.

—Vamos Brigitte…, tú puedes hacerlo. ¡Por Dios! Si tuviste el valor de escribir aquella carta cuando lo dejaste, ¿por qué no puedes escribir esta ahora? —Se cuestionó sintiéndose furiosa con ella misma.

La rabia le dio agilidad a sus dedos, y de pronto se encontró escribiendo una extensa carta, que a diferencia de la que le dejó en Londres, iba plagada de reproches. Estaba sacando todo el resentimiento guardado en su pecho, el que había aumentado con el pasar de los meses.

Poco a poco iba drenando todo su dolor en cada palabra que plasmaba, y sin darse cuenta, comenzó a llorar. Intentaba respirar profundo para calmarse, pero las lágrimas salían en un torrente, acompañadas de dolorosos sollozos. Procuraba no mojar el papel, porque no quería que él tuviera al menos un rastro de su dolor.

Quería que supiese que lo odiaba y que no quería volver a verlo nunca más en su vida. Terminó de escribir y cerró los ojos. Un suspiro tembloroso salió de sus labios, al tiempo que se esforzaba por no seguir llorando.

—Fuiste una desgracia para mí y no pienso tenerte de nuevo en mi vida. Nunca más Timothy Rumsfeld, nunca más —sentenció con seguridad, limpiándose las lágrimas.

Cuando se sintió más calmada regresó hasta el edificio, deseaba inventar alguna excusa y encerrarse en su habitación; no quería que Allan ni Margaret se enterasen de que una vez más había estado llorando por su ex.

Sin embargo, la suerte no jugó a su favor, justo en la entrada del ascensor se topó con su prima, quien acababa de llegar de su trabajo, y una sola mirada bastó para que descubriera lo ocurrido.

—No tienes que decir nada, esta será la última vez que llore por él —murmuró con algo de vergüenza.

—Da lo mismo si no lo es Brit, lo importante es que te sientas bien, no que finjas estarlo. —Le dijo abrazándola y le dio un par de besos en las mejillas.

Desde que vivió lo de Paul, Margaret se había vuelto más comprensiva en cuanto a la situación de su prima, y aunque no se trataba del mismo escenario, el amor no tenía distinciones a la hora de provocar dolor. Era igual de implacable con una chica inexperta como Brigitte que con una experimentada como ella.

—Gracias —susurró consiguiendo sonreír.

—No tienes nada que agradecer, te lo he dicho en incontables veces, somos hermanas, y siempre estaremos la una para la otra.

La sorpresa las embargó cuando el aparato se detuvo en el cuarto piso y vieron a Allan a través de la rejilla. Él también se perturbó al verlas, aunque intentó disimularlo.

—Hola Brit, Maggie… —Las saludó mostrándose casual.

—Hola chico…, creo que te perdiste en el camino —dijo Margaret sonriendo con picardía.

—Deja de pensar lo que no es, iba llegando cuando vi a Pauline con varios paquetes del mercado, y me ofrecí a ayudarla… Solo eso.

—¿Solo eso? —cuestionó Margaret, mirándolo de manera inquisitiva.

—Sí…, bueno… Me invitó a un café para agradecerme el gesto, pero nada más —respondió mirándola a los ojos, porque no tenía nada que ocultar.

—La verdad no sé si creerte primo, a lo mejor estés usando ese entrenamiento militar que tienes para hacernos creer que no pasó nada.

—Maggie, por favor, déjalo… Si sucedió algo no nos incumbe. Allan no tiene que darnos explicaciones de lo que haga. —Brigitte salió al rescate de su hermano.

—Muchas gracias Brit, pero solo fue una taza de café.

—Y seguro te quedaste con ganas de que pasara algo más —pronunció con una sonrisa maliciosa.

—¡Maggie! —exclamó Brigitte asombrada.

—Margaret Milton, voy a tener que preguntar en el colegio qué fue lo que te enseñaron las monjas.

Ella soltó una carcajada y le dio un beso en la mejilla, para hacer que desapareciera ese ceño fruncido y esa mirada de reproche que le dedicaba.

Allan negó con la cabeza un par de veces, pero terminó sonriendo ante sus ocurrencias, porque tenía razón. Se quedó deseando algo más que el simple beso que le había dado en la mejilla para despedirlo.

Capítulo 20

Allan se encontraba en la habitación, revisando su equipaje, pues saldría en un par de horas y no quería dejar nada importante.

Había conseguido un pasaje de avión hasta Canadá, y desde allí seguiría en tren hasta su hogar. Era un viaje de varias horas, pero no podía compararse con los días que pasaría encerrado en un barco si lo comparaba con irse en un transatlántico.

De pronto escuchó un par de golpes en su puerta, y por la manera de tocar supo de inmediato que se trataba de Brigitte, pues Margaret era más enérgica en su modo de llamar.

Se acercó para abrirle, seguro que su hermana le venía a avisar que estaba lista. Había insistido en acompañarlo al aeropuerto, aun cuando le dijo varias veces que no era necesario.

—Estaba por salir, ya he terminado de empacar —dijo con una sonrisa que se desvaneció al ver la seriedad en su semblante—. ¿Qué sucede?

—Nada…, solo que… quería entregarte esto. —No pudo continuar, un nudo de nervios y dudas le cerró la garganta—. Es para…

—Timothy. Pensé que te habías arrepentido, como no volviste a mencionarla.

—Estuve muy ocupada y… Bueno, ayer pude escribirla —respondió queriendo mostrarse tranquila y segura.

—Bien… ¿Crees que sea lo mejor?

—Sí, lo será para todos —afirmó mirándolo directamente a los ojos esta vez—. Tiene que entender que lo nuestro se acabó.

—Comprendo, solo quiero que tengas claro que esto no se trata de todos, sino solo de ustedes dos Brigitte.

Aunque su hermana buscaba hacerle creer que estaba bien, él sabía que no. Era evidente que hacía un gran esfuerzo, y la verdad era que no quería exponerla ni verla sufrir. No debió decirle nada de

lo que estaba sucediendo, pero ya era muy tarde, solo esperaba que Timothy desistiera de una vez por todas.

—Te equivocas, él también los involucró a ustedes en su locura. No permitiré que los siga acosando, mucho menos que consiga dar con mi paradero y venga a atormentarme de nuevo. Si no le exijo que pare ahora, no lo hará hasta conseguirme; y eso solo lo arruinaría todo —explicó mirándolo, esperando que su hermano la entendiese.

—Está bien…, haré lo que me pides. Solo quiero lo mejor para ti —dijo acariciándole la mejilla.

—Gracias —susurró, agradecida.

Sintió que la barbilla le temblaba ante esa muestra de cariño por parte de su hermano. Sin embargo, no podía ponerse a llorar en ese momento, no quería parecer débil.

—No tienes nada que agradecer. Te adoro y sabes que pase lo que pase siempre voy a estar para ti.

—Eres el mejor, ¿lo sabías? —susurró con la voz ahogada por las lágrimas.

—Algo me habías dicho ya.

—Maggie también quiere ir a despedirte, me pidió que la esperáramos.

—No puedo creer que se haya levantado temprano por propia voluntad —indicó sorprendido.

—Para que veas cuánto te quiere. —Brigitte también acompañó la risa cómplice de Allan.

Él ya había descubierto que para Margaret era todo un suplicio levantarse temprano, aunque en su trabajo debía entrar a las diez de la mañana, eso para su prima era madrugar, pues siempre se dormía pasada la medianoche.

—Buenos días. —Los saludó, extendiéndoles un par de tazas del café que acababa de hacer.

—Buenos días, esto es casi como presenciar un milagro.

—Tampoco es para tanto, no exageres. —Se quejó, dándole un sorbo al líquido oscuro—. Hombre de poca fe.

El comentario hizo que Allan y Brigitte rieran con ganas. La verdad era asombroso verla despierta antes de las siete de la mañana.

Brigitte siempre se marchaba diez minutos antes de las ocho, y la dejaba revolcándose entre las sábanas, lamentando su suerte de empleada.

Salieron del edificio minutos después, ya Brigitte se había encargado de pedir un servicio de taxi. Coordinó en el trabajo ir ese día en la tarde, así podía tener la mañana libre.

Mientras esperaban la llegada del auto, vieron salir a Pauline, quien se disponía a marcharse al museo.

—Buenos días chicas. Allan —dijo con una sonrisa que intentaba ocultar su tristeza por el sentimiento de derrota que le generaba no haber conseguido despertar el interés en el hermano de su amiga—. Qué raro verte levantada tan temprano Maggie.

—Buenos días Pauline —respondió Allan sonriendo.

—Esto no es posible. ¡Brit, me has creado una fama de perezosa! —Le reprochó.

—¿Yo? No, tú solita te la has creado Margaret Milton.

—Bueno, cambiemos de tema, ¿ya te vas a trabajar? —preguntó esta, y su mirada se alternaba entre Allan y ella, notando cierta tensión entre los dos.

—Sí, hoy me toca irme sola. —Vio que llegaba un taxi, y supo que era para ellos, así que se apresuró a despedirse—. Será mejor que me dé prisa o quedaré atrapada en el tráfico.

—Si deseas podemos llevarte —mencionó Allan, quien de pronto sintió ganas de prolongar su compañía.

—No es necesario; además, el aeropuerto y el museo quedan en lados opuestos. No quiero causarte algún retraso y que pierdas el vuelo.

—Tienes razón… Bueno, supongo que ha llegado el momento de la despedida. Fue un placer compartir contigo Pauline —dijo extendiéndole la mano.

—El placer fue todo mío. Ya no estaré imaginando a un desconocido cuando escuche a Brit hablar de ti —pronunció queriendo sonar divertida, y recibió el firme apretón de mano.

—Espero que no te aturda. —También sonrió y la soltó al ver que estaba tardando más de lo normal.

—Bueno chicas, nos vemos después.

Se despidió de sus amigas con besos y abrazos, queriendo hacer lo mismo con Allan, pero el gesto de él de solo darle la mano había lanzado por el piso todas sus esperanzas; al parecer, no era el tipo de chica que a un hombre como él le atraían.

—Feliz viaje Allan. —Se esforzó por sonreír.

—Gracias, cuídate mucho.

El chofer ya había subido su maleta en el portaequipaje y las chicas habían entrado al asiento trasero del auto, solo faltaba él. Así que sin perder más tiempo subió y cerró la puerta. Pero a través del espejo retrovisor de la portezuela pudo ver cómo Pauline se alejaba, y algo en él se estremeció.

—Espere un momento por favor —pidió, y antes de poder analizar lo que hacía, se vio bajando del auto y dando largas zancadas para alcanzar a la rubia—. ¡Pauline, espera!

—¿Allan? —Ella se volvió a mirarlo, sorprendida pero también avergonzada, porque la descubriría llorando como una completa estúpida.

Cuando sus miradas se encontraron, ninguno de los dos supo qué decir. Él fue el primero en reaccionar, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo, para un segundo después apoderarse con un intenso beso de sus suaves y voluptuosos labios.

Solo fue cuestión de un instante para que ella reaccionara, porque con solo sentir la húmeda y pesada lengua de Allan rozarle los labios, pidiéndole permiso para hacer el beso más profundo se lo cedió por completo.

Las manos de él se aferraron más a su cintura, haciéndola gemir, temblar y desear mucho más; así que llevó las suyas hasta la nuca masculina y se colgó de allí, acariciando su pelo.

Allan sentía como si hubiera estado perdido en el desierto por mucho tiempo y de pronto hubiese encontrado en Pauline un oasis. El sabor y la suavidad de su boca eran exquisitos, hacía mucho que no disfrutaba tanto de un beso.

Llevaba varios días conteniendo sus deseos de hacerlo, porque no quería involucrarse. Ponía como excusas una y mil cosas, pero su voluntad no pudo seguir luchando contra el deseo; y allí estaba, extasiado y feliz de haberse dejado llevar por lo que sentía.

—Allan… —susurró cuando al fin liberó su boca, dedicándole una mirada brillante y feliz.

—Regresaré en un mes para verte… Me gustaría que me dieras ese tiempo y… No lo sé, hablar —expresó con algo de nerviosismo y la mirada fija en los ojos verdes.

—Sí… sí, está bien —respondió ella feliz, y lo volvió a besar, procurando no extender mucho el momento.

—Cuídate mucho Pauline, te escribiré —dijo antes de alejarse, no sin antes rozar sus labios.

—Tú también cuídate Allan Brown… ¡Esperaré! —Se despidió con un ademán de su mano, y después corrió para tomar el autobús que comenzaba a alejarse.

Él se giró para seguirla con la mirada, y se mantuvo allí hasta que sus ojos perdieron de vista el colectivo; suspiró como un adolescente enamorado, y una sonrisa se instaló en sus labios.

La magia se cortó cuando un minuto después se encaminó al auto que lo esperaba y su mirada se topó con las de Brigitte y Margaret, quienes lo veían a través de la ventanilla trasera del auto con unas sonrisas radiantes.

Caminó de prisa al recordar dónde se encontraba y hacia dónde se dirigía. Subió al auto, echándoles apenas un vistazo a sus acompañantes, mientras sentía que una vez más, y desde hacía mucho tiempo, sus mejillas se encendían a causa de un sonrojo que de inmediato buscó disimular.

—Muchas gracias señor, ya nos podemos marchar —ordenó con la vista fija en el exterior.

—¡Allan! —exclamó Margaret alucinada por lo que acababa de pasar.

—Ni una palabra. —Le advirtió.

—Maggie, por favor —susurró Brigitte, dándole un ligero codazo.

Se sentía feliz de ver a su hermano así. Nunca creyó que volvería a ver el momento en que él le entregase muestras de afecto a una mujer. Después de Soraya, él había tenido algunas relaciones casuales, pero parecía que toda su pasión, sus deseos de entregarse por completo y ser feliz se habían ido junto a su difunta esposa.

—Está bien…, no diré nada, solo… ¡Lo sabía! ¡Sabía que te gustaba! Te brotaba de los poros y se reflejaba en tu mirada cada vez que se encontraban —expresó con total seguridad, sintiéndose orgullosa de su acierto.

—Vamos con calma, ¿sí? —Atajó el entusiasmo de su prima, pues la conocía muy bien y sabía por dónde iba.

—Eso no me lo tienes que decir a mí…, sino a un íntimo amigo tuyo la próxima vez que se vean —mencionó, dejando claro el doble sentido de la frase.

—¡Oh por Dios Margaret!

Brigitte se llevó las manos al rostro para esconder la pena ajena que le causaba el comportamiento de su prima; definitivamente, no tenía límites. Y cada día era peor.

—Margaret. —Le advirtió Allan una vez más.

—Está bien…, está bien, me callo —dijo haciendo un gesto con sus dedos, como si se sellara la boca. Pero luego le fue imposible evitar una gran sonrisa.

El chofer se asombró ante la actitud de la chica, pero intentó no mostrar su desaprobación, pues ese no era su problema; sin embargo, no podía dejar de pensar que el mundo cada vez estaba peor y que esa famosa «revolución femenina» solo empeoraría todo.

El resto del viaje se hizo en silencio, pero dentro del auto vibraba una agradable emoción, que los envolvía a los tres por completo. El amor por fin le sonreía a uno de ellos, y eso los hacía felices a todos.

Capítulo 21

Timothy se encontraba sentado en el pequeño comedor que había ubicado junto al balcón de su apartamento. Las puertas de cristal y las cortinas estaban abiertas, para aprovechar el intenso sol de ese día, mientras desayunaba y leía El Globo de Boston.

Aunque eran más de las diez de la mañana, hacía poco que se había levantado, ya que el insomnio plagado de nostalgia y culpa una vez más se apoderó de él la noche anterior.

Escuchó el sonido del timbre y frunció el ceño, no acostumbraba a recibir visitas. Pensó que tal vez sería la señora Armstrong, trayéndole la correspondencia; aunque ya le había dicho varias veces que no se preocupara en hacerlo, que él mismo podía recogerla.

—Un momento —pidió a quien llamaba, pues ya lo había hecho dos veces—. Buenos días señora… —Las palabras se le atoraron en la garganta al ver que quien se encontraba al otro lado no era su casera, sino su excuñado—. Allan…

—Hola Timothy —pronunció escuetamente.

—Hola, pasa… No te quedes ahí —pidió haciéndose a un lado—. Toma asiento y dime cómo has estado —preguntó mientras intentaba salir de su asombro, jamás esperó verlo allí.

—No hace falta, gracias. Lo que me ha traído hasta aquí es algo rápido. Yo estoy bien, al igual que mi familia; pero seguro que tú ya estás al tanto de eso, ¿no es así? —inquirió volviéndose para mirarlo a los ojos. Quería que supiera que lo sabía todo.

—Yo… —Timothy se quedó sin palabras una vez más, al tiempo que los latidos en su corazón se desbocaban.

—Ni siquiera se te ocurra negarlo. Sé perfectamente lo que has estado haciendo desde que volviste; y ciertamente, no puedo creer que hayas llegado tan lejos.

—Puedo explicarlo… —Intentó justificarse.

—¡¿Qué demonios vas a explicar?! —preguntó Allan en un grito que hizo que Timothy se sobresaltara.

—¡Que estoy desesperado! ¡Que necesito ver a tu hermana! ¡Hablar con ella! —respondió en el mismo tono—. Tengo que verla al menos una vez más.

—Por un demonio Timothy…, han pasado ocho meses. Brigitte no quiere saber nada de ti, ¿cuándo lo vas a entender? —cuestionó mirándolo con rabia.

—Cuando sea ella misma quien me lo diga —respondió con firmeza, manteniéndole la mirada.

—Bien, entonces espero que después de esto por fin nos dejes en paz. —Sacó la carta de su bolsillo y se la extendió.

—¿Qué es eso? —Timothy fijó su mirada en el sobre.

—Es una carta de Brigitte, me pidió que te la entregara.

Timothy sintió que una ráfaga de emociones lo recorría de pies a cabeza, el estómago se le encogió, sus piernas comenzaron a temblar y sus manos a sudar. No podía ni siquiera mover un dedo, lo único dentro de su cuerpo que latía desesperado era su corazón. Respiró profundo para calmarse, antes de terminar sufriendo un colapso.

Había pasado tanto tiempo anhelando tener alguna noticia de Brigitte, que justo en ese momento no podía creer que su deseo se hiciese realidad. Sin embargo, más allá de la emoción que le producía recibir esa carta, estaba un poderoso miedo latente que le advertía que tal vez lo que estaba allí escrito no era lo que él deseaba, sino lo que más temía.

—Vamos, tómala.

—¿Está aquí en América? —preguntó viendo que la misiva no tenía sellos postales.

—No importa dónde está, solo toma la bendita carta.

—Necesito verla y hablar con ella Allan —esbozó una vez más, negándose a tomarla.

—No me importa lo que necesites. —Decidido entró al apartamento, puso la carta sobre la mesa y se dispuso a salir.

—Allan…, yo… —Intentó detenerlo tomándolo por el brazo, mientras lo miraba suplicante a los ojos.

—Será mejor que me sueltes, porque llevo ocho meses controlándome para no darte una paliza. —Le advirtió con los dientes apretados, logrando que Timothy lo liberara de inmediato—. Lee la carta y olvídate de ella, de todos nosotros… Ya déjanos en paz. Te lo advierto Timothy, llego a enterarme de que nos sigues vigilando, siguiendo cada paso que damos dentro y fuera del país, y te juro por Dios que me voy a olvidar del aprecio que les tengo a tus padres y me encargaré personalmente de refundirte en una cárcel, por acosador. —Lo amenazó sin ninguna sutileza, a ver si así entendía.

Timothy, al verse descubierto, no tuvo la entereza de seguir discutiendo, sabía que había actuado mal; es más, como abogado, era consciente de que había incurrido en varios delitos. Así que llevar ese asunto a los extremos solo terminaría perjudicándolo.

Se mantuvo en silencio mientras veía a Allan abrir la puerta de su apartamento y salir, estrellándola con fuerza.

—Mierda —espetó llevándose una mano a la frente. Miró con insistencia el sobre, pero no se atrevía a tomarlo; el temor lo mantenía allí, inmóvil. Al final, cerró los ojos y respiró profundo para llenarse de valor—. ¡Al carajo! Que sea lo que tenga que ser.

Al desgarrar el sobre notó que solo era una hoja, le dolió y también le resultó extraño. Posó su mirada en la primera línea, la carta iniciaba con su nombre, no había fecha ni lugar; eso lo llevó una vez más a inhalar profundo y exhalar despacio, reuniendo la valentía para leer las palabras de Brigitte.

Timothy.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, desde que yo decidí marcharme y emprender una vida nueva, lejos de ti. Quiero decirte que lo he conseguido.

En este tiempo he logrado cosas que antes ni siquiera hubiera imaginado, cosas que me hacen sentir orgullosa y satisfecha conmigo misma, pero que también me hacen lamentarme de todo el tiempo que perdí contigo.

Fueron diez años recibiendo las migajas de tu… No sé si llamarle «amor» sea lo correcto, ya que nunca lo sentí de esa manera.

Todos esos años me resigné a recibir solo lo que tú querías ofrecerme, acepté ser tu segunda opción, tu premio de consuelo… Y ahora comprendo que merecía mucho más, que merecía realmente que me amaras, así como yo te amaba a ti.

Luché durante diez largos años para que me vieras con amor, y lo único que conseguí fue que me usaras para aplacar el calor de tu cuerpo, para que saciaras en mí el deseo reprimido que sentías por Emma.

Fui una niña tonta e ilusa, que se inventó un montón de fantasías, que creyó que ser mujer era entregarse en cuerpo y alma al dueño de su amor, a la persona en quien cifró todas sus esperanzas de ser feliz.

Cuán equivocada estaba, cuánto fallé en escogerte a ti como ese hombre, porque después de este tiempo lejos, me he dado cuenta de que no me merecías.

Es por eso que te exijo que no sigas con tu desquiciada búsqueda, porque no quiero saber nada de ti, no quiero volver a verte en mi vida, ya no me interesas.

Te exijo que dejes en paz a mi familia, que no los sigas atormentando, porque si insistes, vas a conseguir que más que sentirme decepcionada de ti, termine odiándote.

Y si crees que exagero o que estoy siendo injusta y cruel, es porque no sabes en lo que puede convertirse una mujer después de que le han roto el corazón.

No quiero perder un día más de mi vida al lado del hombre que no pudo superar un amor imposible de la adolescencia, un cobarde que solo hizo sufrir a la mujer que más lo amó.

Olvídate de mí, estoy segura de que no te será tan difícil, porque a mí, olvidarte se me ha hecho muy fácil Timothy Rumsfeld.

Adiós.

Brigitte.

Timothy se dejó caer en el sillón, mientras sentía que el corazón se le rompía en dos dentro del pecho. El peso del dolor era tan grande,

que terminó hundiéndolo allí, oprimiéndolo, estrangulándolo. Dejó caer la carta, se acunó con las manos la cabeza y rompió a llorar.

Su cuerpo se estremecía a causa de esos dolorosos sollozos que estallaban en sus labios, intentando drenar el poderoso sufrimiento, el mismo que solo estaba dejando un inmenso vacío.

Esa sensación solo la provocaba la pérdida. En ese instante comprendía que había perdido definitivamente a la única mujer que podría amar, que nunca más regresaría con él. Era terrible comprender que la mujer que amaba y que por tanto tiempo lo amó, ahora lo despreciaba.

Se dedicó a recordar todo lo que había perdido mientras las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos; flagelándose con las palabras escritas en aquella carta que releyó un par de veces.

Todo con la intención de asegurarse de que sí había sido Brigitte quien la escribió, porque no había rastros en esta de la dulce chica que él conoció, de la cual se enamoró, aunque estaba escrita con su letra.

—No puede ser verdad, seguro que te obligaron a escribirla, seguro que fue la odiosa de Margaret o Allan, quien ahora me odia… A lo mejor fue tu madre, vengándose de mí por haberte hecho mi mujer antes de casarnos.

Intentaba convencerse, pero en el fondo sabía que él le había hecho el suficiente daño como para que terminara tan resentida. El único responsable de todo eso había sido él, no tenía ningún caso seguir buscando culpables en otro lado.

La certeza lo hizo ponerse de pie en un arranque de rabia, remordimiento y desesperación; caminó hasta su habitación para cambiarse de ropa. Necesitaba algo que le ayudara a lidiar con el dolor y el vacío que sentía, así que después de varios meses sobrio, una vez más recurriría a la bebida para acabar con su pena.

Capítulo 22

El lunes por la mañana los esposos Rumsfeld recibieron una llamada de parte de la señora Armstrong, la conserje del edificio donde vivía su hijo en Boston. La mujer se escuchaba alterada y pedía hablar con los padres del joven.

Cuando Violeta atendió el teléfono y escuchó a la señora entró en pánico, no podía creer que tuviera que revivir la pesadilla de perder a otro hijo, el único que les quedaba.

Sufrió un leve desmayo, y de inmediato fue atendida por dos empleadas, mientras que el ama de llaves se encargaba de avisarle al señor de la casa, para que regresara cuanto antes.

Por suerte, lograron tranquilizarla, y cuando llegó Theodore, pudo explicarle con claridad lo que le había sucedido a su hijo. De inmediato subieron a uno de los autos y le pidieron al chofer que los llevara a Boston.

Caminaban de prisa por uno de los largos pasillos del Hospital General de Massachusetts, mientras que sus piernas temblorosas apenas les permitían avanzar.

—Señora Armstrong —pronunció Violeta en medio de un jadeo al entrar a la habitación y ver a la mujer al lado de su hijo.

Su mirada voló de inmediato a Timothy, quien se hallaba inconsciente sobre esa fría cama de hospital, con una vía intravenosa en su brazo.

—Señores Rumsfeld —dijo poniéndose de pie.

—Muchas gracias por avisarnos —mencionó Violeta, y acto seguido se olvidó de todo lo demás—. Mi pequeño…, mi adorado Tim, mi vida… ¿Qué te pasó? ¿Por qué estás así? —cuestionó sin comprender qué lo había llevado a acabar en ese estado.

De sus ojos las lágrimas brotaban, como si se tratasen de una fuente, no podía contenerlas mientras le acariciaba el cabello con ternura y lo miraba con devoción.

Timothy se veía tan mal que le rompía el corazón, tenía la piel demacrada y muy pálida; los labios se mostraban resecos, su barba lucía descuidada, al igual que su cabello; y las sombras bajo sus ojos le decían que ni siquiera había estado durmiendo bien.

Theodore se sintió aliviado al ser consciente de que al parecer, Timothy se encontraba fuera de peligro.

Aprovechó que su mujer se avocaba por completo a su hijo para interrogar a la casera y descubrir lo que había sucedido.

—Señora Armstrong, dígame por favor lo que ha pasado —pidió Theodore, intentando mostrarse calmado; sobre todo, para no alarmar más a su esposa.

—No sabría decirle con certeza señor Rumsfeld. Yo me levanté hoy como todos los días… Me extrañó mucho ver que el señor Timothy no saliera temprano para ir a su trabajo, como es habitual. Sabía que él había estado tomando el fin de semana, porque lo vi llegar con varias botellas de alcohol el sábado por la noche, y ya se le notaba algo ebrio —explicaba, mirando al caballero a los ojos.

—Maldición —esbozó en voz baja, pero al ver que la mujer abría los ojos con sorpresa se excusó—. Disculpe usted señora Armstrong, no quise hablar de esa manera en su presencia… Por favor, continúe.

—Bien…, no me atreví a mencionarle nada; pues su hijo nunca causa problemas cuando bebe, que por cierto, no es la primera vez, así que lo dejé en paz. Sin embargo, me extrañó no verlo hoy, por lo que fui a su apartamento y comencé a llamar a la puerta. —Calló sus palabras, mientras a su mente regresaban los recuerdos.

—¿Qué sucedió después?

—No recibí respuesta después de tres llamados, y en el interior no se escuchaba ningún ruido. No sé cómo explicarle esto, pero tuve un mal presentimiento. Le avisé a mi marido, él en un principio no me hizo caso, pero después de una hora decidimos tomar las copias de las llaves que tenemos de cada apartamento y averiguar lo que sucedía.

—Nos hubiese llamado desde el mismo momento en que él no les abrió —mencionó Violeta mirándolos por encima del hombro, sorprendiéndolos, pues ninguno creyó que estuviera escuchando.

—No quería alarmarlos sin tener un motivo concreto señora Rumsfeld, pensaba que quizás el joven solo se había quedado dormido, y que tenía el sueño pesado. —Se excusó con la madre del chico.

—Tiene razón, usted necesitaba cerciorarse primero. Por favor, siga —pidió Theodore.

—Cuando entramos, lo encontramos tendido en la alfombra del salón, estaba temblando, como si se encontrase en medio de una tormenta de nieve; balbuceaba palabras incomprensibles. Me acerqué para tocarlo una vez que mi marido le dio la vuelta; apenas respiraba, y su piel tenía un tono azulado; estaba helado y a pesar de eso una capa de sudor lo cubría; tenía rastros de vómito en los labios, y había charcos por toda la alfombra; por suerte cayó bocabajo, de lo contrario, se habría ahogado con sus propios flujos.

—Por Dios… pequeño —susurró Violeta acercándose con cuidado para besarle la mejilla, dejando que su llanto la humedeciera.

Theodore sintió que un nudo le cerraba la garganta al imaginar por un instante que pudo perder a Timothy de esa manera. Hasta ese momento había fingido no saber hacia dónde lo estaban llevando su maldita obsesión por Brigitte Brown y su dependencia al alcohol. Creía que había mejorado, pero era evidente que estuvo equivocado.

—Ya mujer, cálmate… No le pasó nada. Está aquí con nosotros, a salvo —dijo acariciando la espalda de su esposa para consolarla, sabía que Timothy era su consentido.

—Tenemos que hacer algo Theodore, no podemos dejar que siga así… Puede terminar matándose —expresó el mayor de sus temores, mientras miraba a su esposo con ojos suplicantes y le apretaba la mano con fuerza.

—Lo sé, no te preocupes por ello, yo me encargaré de hacer que nuestro hijo vuelva a ser el mismo de antes. Así tenga que obligarlo, pero te prometo que Timothy dejará de lado toda esta locura —sentenció mirándola fijamente.

Una hora después Theodore entraba al modesto apartamento de Timothy, la conserje le había permitido la entrada en vista de la

situación. Había ido para recoger algunas prendas que su hijo necesitaría durante la semana que estaba supuesto a estar en el hospital, según órdenes del médico que lo atendía.

Él paseó la mirada por el lugar donde había sido encontrado Timothy, quedando horrorizado con la escena; pero lo más alarmante de todo fue ver las tres botellas de whisky vacías en el piso y la que estaba a mitad sobre la mesa de centro.

—¿Qué demonios te está pasando Timothy? ¿Por qué has dejado que esto te afecte tanto? ¿Qué fue lo que te hizo esa mujer para volverte una piltrafa humana? —cuestionó con rabia y dolor, pero sobre todo, con decepción.

Vio una hoja de papel encima de la mesa junto a la botella, lucía bastante maltratada; se dobló y al tomarla descubrió que se trataba de una carta.

—Señor Rumsfeld, si lo desea puedo buscar lo que su esposa le pidió y se lo pongo en una valija —sugirió Rosie, necesitaba que el hombre se marchase para comenzar a limpiar aquel desastre.

—Sí… sí, claro. Muchas gracias por su ayuda señora Armstrong.

Acto seguido caminó hacia el balcón, necesitaba respirar aire fresco, o el hedor iba a hacer que él también terminase vomitando.

Miró la hoja en sus manos, imaginando lo que su hijo sintió al leerla. Brigitte Brown había sido muy cruel con él, lo había humillado e insultado al abandonarlo sin importarle el compromiso que tenían; y como si aquello hubiera sido poco, ahora le enviaba esa carta llena de reproches, y verdades que él desconocía.

—Si querías destrozarlo lo has conseguido muchachita, pero te aseguro que esta humillación no acabará con mi hijo. Le ayudaré a recuperarse, Timothy va a superar todo esto; y cuando el tiempo pase, lo único que sentirá por ti será desprecio, eso puedes jurarlo —pronunció con convicción y dobló la hoja para guardarla en el bolsillo de su chaqueta.

Su primera intención fue romperla, pero lo pensó mejor y se quedó con ella. Le podía ser útil en caso de que Timothy insistiera en continuar con toda esa locura. Si no reaccionaba de una vez, lo amenazaría con mostrársela a todo el mundo, para que vieran la

clase de mujer que era Brigitte Brown y lo que le había hecho. Lo haría recapacitar por las buenas o por las malas.

Después de dos días en el hospital, por fin Timothy se encontraba en sus cinco sentidos, ya que las veces anteriores solo despertaba por lapsos cortos, y estaba tan aturdido, que volvía a dormirse a los pocos minutos.

Sus padres se turnaron para acompañarlo, pues a pesar de las muchas obligaciones que tenía Theodore en New Haven, no quiso dejar sola a Violeta y se mantuvo junto a ella todo el tiempo.

—Debes comértelo todo Tim —mencionó Violeta al ver que apenas probaba la sopa y la dejaba de lado.

—Eso sabe horrible madre —comentó secándose los labios con la servilleta.

—Pero lo necesitas, no has comido lo suficiente; y el doctor dijo que debías hacerlo. Has estado dos días a base de sueros. —Se acercó y tomó el tazón para entregárselo de nuevo, si él no quería comerlo, ella lo obligaría, pero no dejaría que recayera.

—Mejor come y no hagas enfadar a tu madre, que ya bastante angustias nos has provocado. —Le reprochó Theodore, frunciendo el ceño al ver la actitud de su hijo.

—Theodore…, por favor, no es el momento —acotó Violeta mirando a su marido.

—Ya le dije que lo siento. Cometí una estupidez, soy consciente de ello, pero le aseguro que no volverá a pasar… Tampoco estoy negándome a comer, es solo que esto está espantoso. Si no me creen prueben un poco.

—Hablaremos luego, pero te tomaré la palabra. Debes jurarnos que esto no volverá a suceder.

—Se lo acabo de decir, no lo volveré hacer… —dijo sin mirar a sus padres, sentía mucha vergüenza.

—Bueno, ya dejemos ese tema de lado.

Violeta buscó terminar con la conversación, si no lo hacía, Theodore no descansaría hasta desahogarse. No podía culparlo de querer reclamarle a Timothy, ella también quería hacerlo, pero no era el momento.

—Theodore, amor… ¿Por qué no vas y le preguntas al doctor si Tim puede comer otra cosa? Algo más sustancioso que esta sopa —sugirió mientras movía la cuchara en ese caldo insípido, que dudaba mucho nutriese a su hijo.

—No necesito la autorización de nadie, iré a comprarle algo, regreso en un momento.

Salió de allí encontrando en eso la excusa perfecta para alejarse, se conocía muy bien y sabía que no estaría tranquilo hasta que enfrentara a su hijo.

—Tienes que comprenderlo Tim…, él está…

—Lo sé madre, lo conozco bien —acotó Timothy dejando escapar un suspiro, y le tomó la mano para acariciarla—. Lo siento mucho mamá…, actué como un estúpido, no sé qué demonios me pasaba por la cabeza, solo quería beber y beber… Hasta no saber nada de mí…, ni de…

—¿Ella? —inquirió Violeta, aunque sabía cuál era la respuesta. Lo vio bajar el rostro y afirmar—. Tim, amor… Sé que antes te insistí para que la buscaras y lucharas por ella, pero a veces las cosas no salen como uno espera, y nos gastamos la vida detrás de causas perdidas. No quiero que eso te ocurra cariño.

Ella no buscaba lastimar a su hijo, Dios sabía que no, pero como madre era su deber abrirle los ojos y protegerlo, incluso de él mismo de ser necesario, porque en esta ocasión, era Timothy quien se estaba destruyendo.

—Me costó reconocerlo… Diría que en estos momentos me duele hacerlo, pero ya está hecho; no seguiré intentando recuperar a Brigitte, no voy a dedicar toda mi vida a tratar de tener a mi lado a una mujer que ya no siente nada por mí… Desde hoy renuncio a Brigitte Brown. —Su voz mostró el profundo dolor que sentía pero también la seguridad de su decisión. Su madre intentó decir algo, y él negó con la cabeza, pidiéndole silencio.

—Solo quería decirte que apoyaré cualquier decisión que tomes, siempre y cuando sea para tu bienestar.

—Muchas gracias madre —respondió y se acercó a ella para darle un beso en la frente.

Después de eso dejaron a Brigitte de lado y cambiaron de tema, enfocándose en su trabajo en Harvard. Ya se estaba rumorando que dejaría de ser asistente para dar algunas cátedras, aunque dar clases nunca estuvo entre sus aspiraciones, últimamente sentía que eso podía resultarle beneficioso, además de ser una distracción, lo que en el momento le vendría bien.

Theodore regresó, trayendo consigo una deliciosa *clam chowder*, que despertó el apetito de Timothy de inmediato. La crema de almejas era una de las especialidades en Boston, y estaba entre sus favoritas.

Violeta se había empeñado en la idea de ir a comprar unas flores para la habitación, así que salió, dejándolos solos, también lo hizo porque vio el deseo de ambos por hablar, pero el orgullo y su presencia no los dejaba.

—Siempre quise verte ejerciendo como abogado, pero supongo que dar clases no está mal, sobre todo en una universidad como Harvard.

—Aún no es nada concreto, son solo rumores… Y si se da o no, aún puedo ejercer el derecho más adelante.

—Bueno, solo espero que nada de esto salga a la luz, aunque hablé con tu supervisor y le inventé lo de tu intoxicación con unos mariscos uno nunca sabe, siempre existe algún envidioso por allí.

—No debió hacerlo, es mejor decir la verdad; además, la mitad de los empleados de Harvard son alcohólicos.

—¡Pues no mi hijo! —exclamó de manera categórica—. Un hijo mío no será un miserable adicto, ¡jamás!

La sola mención había tocado una fibra sensible en él, ya que su padre fue víctima de esa enfermedad, y eso hizo de la vida de su madre, sus hermanos y la suya propia un verdadero infierno. Así que por nada del mundo deseaba que Timothy recibiera esa maldición.

—Lo siento…, no intentaba justificarme —mencionó, apenado.

—En ninguno de los casos tienes justificación, pero quiero que te quede claro que no admitiré que algo como esto suceda de nuevo Timothy, ¿entendido? —inquirió con un tono autoritario—. Y en cuanto a lo otro, lo de Brigitte Brown, debes terminarlo también.

—No debe preocuparse por eso… En cuanto salga de aquí llamaré al investigador para que regrese. Finalmente lo he entendido padre —dijo mirando hacia la ventana, no quería que viera el dolor en sus ojos.

—Bien, me alegra escucharlo. Tienes una vida exitosa por delante, y no dejaré que la desperdicies por culpa de una mujer que no merece a un hombre como tú a su lado; ya llegará otra que sea mejor, que te dé una familia y te haga feliz. La olvidarás hijo, estoy seguro.

Timothy guardó silencio para no contradecirlo, pero sabía que lo que le decía no sucedería nunca. Ya le habían roto el corazón dos veces, y la pérdida de Brigitte casi lo mata, por lo que no volvería a correr ningún riesgo.

Capítulo 23

Un par de semanas después Timothy se encontraba completamente recuperado, había regresado a su trabajo; incluso, había pedido hacer horas extras los fines de semanas, para no verse en la tentación de refugiarse en la bebida de nuevo.

Ese sábado, mientras se duchaba, después de una extenuante jornada sopesaba sus opciones, y la que más lo tentaba era desahogarse respondiendo la carta. No obstante, la idea de hacerlo mediante otra no terminaba de satisfacerlo, era como si no pudiese plasmar en palabras escritas lo que sentía. Estaba seguro de que el papel no aguantaría la rabia, el dolor y la decepción que lo dominaban.

—Te estabas perdiendo a ti mismo en tu afán por buscarla. Tanta desesperación y deseo de recuperarla no te permitían ver que ibas dejando detrás tu propia vida Tim. —Se dijo en voz alta, mientras las lágrimas subían, inundándole la garganta. Se llevó una mano al rostro para contenerlas.

Cerró los ojos y no pudo evitar que su recuerdo lo invadiese, como otras tantas veces. Lo peor de todo era que no eran malos; sencillamente, Brigitte no había hecho nada que le ayudase a odiarla, no había sido egoísta ni malgeniada, tampoco arrogante o mentirosa; siempre fue para él la mejor versión de una mujer perfecta.

—Hiciste hasta lo imposible para enamorarme Brigitte, y cuando al fin lo conseguiste, simplemente te rendiste y me abandonaste. Desapareciste sin darme ninguna opción… Eso fue muy cruel de tu parte Brit. ¿Por qué diablos me diste esa noche si ibas a dejarme al día siguiente? —cuestionó sintiendo que la sangre en sus venas se calentaba una vez más.

Se metió bajo la lluvia de agua tibia que salía de la regadera, esforzándose por luchar contra el deseo que poco a poco iba

despertando su cuerpo, el mismo que de un momento a otro trajo hasta su cabeza la imagen de la primera vez que se bañó junto a ella.

La timidez que desbordaba por cada poro de esa hermosa y tersa piel, el temblor de sus labios cuando él rozó con sus pulgares los pezones sensibles y erguidos; el jadeo que le entregó, acompañado de esa mirada que le gritaba que la hiciera suya.

La nitidez del recuerdo hizo que el deseo estallara con fuerza en su interior, y una poderosa erección dominaba su cuerpo.

—¡No! ¡Ya basta! Me niego a seguir con esto —dijo categóricamente, mientras se llevaba las manos al rostro, y con rapidez lavó su cuerpo—. Si voy a desahogar mis ganas será en el cuerpo de una mujer, no con tu recuerdo. Hasta hoy llega mi fidelidad hacia ti.

La aventura de esa noche no fue para Timothy lo que esperaba. Aunque se esforzó por conseguir placer en los besos y las caricias de otra, únicamente pudo sentirlo cuando dejó que la imagen de Brigitte invadiera su mente.

Solo le bastó con cerrar los ojos e imaginar que la mujer debajo de su cuerpo era ella, para que todo el deseo acumulado dentro de él se desbocara con absoluta libertad.

Ocupó por varias horas a la hermosa dama de compañía, a quien le advirtió desde un principio que no estaba de ánimos para charla; lo único que necesitaba era desahogarse.

Cuando se sintió satisfecho físicamente dejó la cama y se metió al pequeño baño que usaban los clientes, para quitarse el sudor y el olor a mujer del cuerpo; pues en su mayoría, eran hombres casados los que acudían allí.

—¿Te gustó? —preguntó la pelirroja con tono mimoso, mientras le acariciaba el pecho y buscaba su mirada.

—Estuvo bien —respondió sin mayor emoción.

—Pues para mí estuvo genial, extraordinario —acotó con sinceridad, sin dejar de acariciarlo; lamentando tener que despedirlo.

—Has de decirle lo mismo a todos, pero tranquila, a mí no tienes que mentirme. Sé que esto es solo trabajo para ti —dijo él mientras se metía la camisa en el pantalón.

—Casi siempre debo fingir un placer que estoy lejos de sentir, esto es lo que es… Pero es la primera vez desde que estoy en este mundo que disfruto al estar con alguien. —Deslizó sus manos por el formado trasero de Timothy y lo acarició, al tiempo que lo miraba a los ojos y subía el rostro, pidiéndole un beso. Estaba deseosa de repetir.

Él se vio tentando de aceptar la invitación que le hacía; después de todo, no tenía a nadie que lo esperara en casa; tampoco trabajaría al día siguiente.

Sin embargo, ya su cuerpo estaba saciado; había dejado todas sus fuerzas en esa cama, y nada más lo animaba a quedarse, pues había un abismo entre lo que sintió la última vez con Brigitte a lo que acababa de pasar en ese cuarto.

—Quédate un rato más guapo, podemos seguir divirtiéndonos… Hay muchas cosas que sé hacer y que todavía no te he enseñado. —Hizo audible su invitación.

—Tal vez en otra oportunidad. Ahora tengo que irme… Fue un placer Kristen —respondió él y se alejó.

Timothy salió del local a enfrentarse al frío que empezaba a apoderarse de la ciudad, anunciando que el otoño se acercaba. Estaba agradecido de poder respirar un aire que no estuviera cargado del aroma a perfume de mujer y a tabaco que reinaba en el club *Together*. Además del olor a sexo, que por mucho que se buscase ocultar, siempre estaba presente, revelando la verdadera función de ese lugar.

Decidió caminar y fumarse un cigarrillo. Mientras lo hacía, intentaba comprender por qué se sentía de esa manera, tan vacío y perdido; suponía que la explicación era su sentimiento por Brigitte, pero eso no tenía mucho sentido, pues aun estando con ella acudió algunas veces a prostíbulos y estuvo con otras, así que no entendía por qué eso debía afectarlo ahora, cuando ya no eran nada.

Tal vez se debía a que en aquel entonces él no sabía que la amaba. Su obsesión por Emma le tenía puesta una venda en los ojos, una que mantuvo por más de diez años, y que cuando al fin cayó, fue demasiado tarde.

—¿Qué harás ahora Timothy? ¿Qué harás con todo este amor que se ha quedado dentro de ti? —Se preguntaba, antes de darle otra calada a su cigarrillo—. Seguir insistiendo solo te hará daño, eso ya te quedó claro con tu visita al hospital… —Suspiró lanzando la colilla al piso, luego la pisó con la punta del pie y continuó con su camino.

Sin darse cuenta sus pasos lo llevaron de regreso a su apartamento, esperaba tomar un taxi a mitad del recorrido, ya que era un trayecto de regreso bastante largo. Miró la edificación, sintiéndose tan extraño en ese lugar al que no podía llamar hogar, porque realmente no lo era.

—Haré lo mismo que hiciste Brit, terminaré contigo de la misma manera… Yo también tengo derecho a expresarme… Puede que en esta historia yo no sea la víctima, pero tampoco soy el miserable que afirmas que soy —expresó con determinación.

París se pintaba con los tonos del otoño. Los parques y aceras se cubrían de las hojas secas que se desprendían de los árboles e iban adornando con sus colores naranjas y marrones cada rincón de la ciudad; creando alfombras que amortiguaban los pasos de los transeúntes, o como en otros casos, servían para el disfrute de grandes y chicos.

Tal era el caso del hombre que jugaba a lanzarse montones de hojas con sus dos hijos. La escena tenía cautivada a Brigitte, quien los observaba desde la ventana del Café Flore, donde se encontraba junto a Margaret y Donatien.

—Es una pena Donatien —mencionó Margaret, pero al ver que una vez más estaba absorta en sus pensamientos, le preguntó directamente—. ¿No te parece Brit?

—Lo siento, me distraje… ¿Qué me decías? —inquirió sintiéndose apenada por no prestar atención.

—No es nada de importancia —dijo Donatien, quien apenas podía disimular su molestia al ser ignorado por Brigitte.

—¡Por supuesto que la tiene! Sería terrible que no pudieras terminar tu exposición por algo como eso —expuso, y al ver que Brigitte los miraba desconcertada, se compadeció de ella y le explicó

lo que sucedía—. A Donatien se le está dificultando terminar su obra principal, no cuenta con una modelo para hacerlo.

—¿No consigues una aquí en París? —preguntó Brigitte con algo de asombro.

Mujeres dispuestas a posar para pintores era lo que más abundaba en la ciudad; incluso, había muchas que lo hacían de gratis. Todo con la esperanza de que la pintura fuese un éxito y así convertirse en la musa del momento, la más admirada; y por ende, la más cotizada.

—No se trata de eso, he visto a varias modelos, pero ninguna encaja en el patrón que deseo. La mujer que requiero debe tener ciertas… cualidades y… Es algo complicado de explicar —mencionó Donatien, esquivando la mirada para no quedar expuesto.

Brigitte se sintió aludida ante sus palabras y la actitud que siguió a las mismas; los latidos de su corazón se aceleraron y también desvió su mirada. Sintiendo que apenas podía soportar la tensión que la embargó en ese instante, pues cada vez le resultaba más complicado fingir que no se daba cuenta de lo que él sentía por ella.

—Si estuviera en mis manos ayudarte lo haría Donatien —mencionó Margaret llenando el vacío que quedó luego de las declaraciones del pintor—, pero no tengo vocación de modelo, no podría quedarme quieta en la misma pose durante horas. —Sus palabras buscaban que fuese su prima quien se ofreciera.

—Gracias Margaret, pero no se trata solo de estar sin moverse durante horas —respondió Donatien con una sonrisa—. Un pintor debe tener cierta conexión con su musa, una relación donde reine la confianza, pues solo eso dará paso a una entrega por parte de ambos, la cual quedará plasmada en la obra para siempre —explicó mirando a la diseñadora, pero sus palabras estaban dirigidas a Brigitte.

—El famoso amorío entre la musa y el pintor —concluyó Margaret, mostrando una sonrisa ladina.

—No necesariamente —señaló él, algo tenso al pensar que había sido muy evidente.

—La conexión de la que habla no tiene porqué ser física Maggie. Se trata de algo más espiritual…, etéreo. Es lo que le da su belleza y grandeza al arte. El poder para expresar a través de este, aquellos sentimientos que las palabras no pueden por sí solas.

Brigitte elevó su voz para defender con pasión lo que amaba de su profesión, aquello que la mayoría no comprendía; y que incluso, habían banalizado. Como acababa de hacer su prima, resumiéndolo a un simple «amorío».

—Exactamente —esbozó Donatien con orgullo.

—Vaya, me han dejado sin palabras; supongo que debes sentirte muy satisfecho Donatien, has sido un maravilloso profesor. Ambos piensan y se apasionan igual por el arte. Y después de esto, sinceramente creo que tú podrías ser la modelo perfecta para nuestro talentoso pintor Brigitte —sugirió Margaret de manera directa. Si ellos no se decidían por sí solos, ella encantada les ayudaría a hacerlo.

Un pesado e incómodo silencio se apoderó del lugar, mientras los corazones de Brigitte y Donatien latían tan fuertes, que casi podían asegurar que las demás personas en el café podían escucharlos.

—Yo… no creo que… —Brigitte tartamudeaba a causa de los nervios, y apenas podía mirarlo a los ojos.

—Tranquila Brigitte, no te sientas comprometida conmigo. Posar para una pintura no es una tarea sencilla, o algo que puedas decidir hacer de la noche a la mañana. Se necesita estar completamente segura de ello, y lo más importante, desearlo —acotó Donatien para librarla del paso.

—Bueno, yo solo hice una sugerencia, pero era solo una broma… Igual sé que Brit jamás se atrevería. No me la imagino posando desnuda para alguien —dijo Margaret soltando una carcajada vibrante.

Brigitte se tensó y frunció el ceño ante la burla en sus palabras. Odiaba que la subestimaran, sobre todo después del esfuerzo que

había hecho durante ese tiempo para ser una mujer más fuerte y decidida.

La verdad no entendía por qué Margaret actuaba de esa manera, pero si creía que con eso iba a caer en su juego estaba muy equivocada. Ella no se dejaría presionar por nadie.

Capítulo 24

Después de una semana las palabras de Margaret seguían resonando en la cabeza de Brigitte, molestándola, haciéndola sentir insegura y tonta. Hacía mucho que esos sentimientos no la invadían, pues había luchado contra ellos para convertirse en una mujer distinta y no aquella que vivió durante años bajo la sombra de la imagen de Emma, a quien tantas veces envidió.

Se encontraba acostada en su cama y el sueño le rehuía una vez más, por lo que encendió la lámpara de la mesita de noche, y se quedó por un largo rato mirando las sombras que se reflejaban en el cielo raso de su habitación.

Exasperada, lanzó a un lado las cobijas que la cubrían y se puso de pie, luego caminó hasta el espejo de cuerpo entero que se encontraba en una esquina de la alcoba, y comenzó a observar su reflejo en este.

La delgada tela del camisón rosa palo que llevaba puesto le permitía apreciar a grandes rasgos las voluptuosas curvas que adornaban su cuerpo, que lo hacían lucir lindo y armonioso.

La imagen llegó acompañada de un recuerdo que la hizo estremecer, cuando en su cabeza resonaron las palabras cargadas de exigencia, deseo y hasta súplica de Timothy.

«Quiero verte desnuda»

La voz ronca y excitantemente varonil resonó tan nítida en su cabeza, que fue como si acabara de escucharlo susurrárselas al oído; quiso complacerlo, al igual que en aquel entonces, y comenzó a desposarse del camisón. Lo dejó que se deslizara hasta sus pies, luego hizo lo mismo con su ropa interior; y así terminó completamente desnuda.

Sin poder evitarlo, su cuerpo entero fue barrido por una ola de intenso calor, sus mejillas se tiñeron de carmín y sus pupilas

cubiertas por la sombra del deseo se pasearon por la imagen en el espejo.

Comenzó a apreciar cada detalle de su figura, quizás del mismo modo en el que lo hizo Timothy aquella vez en el lago, antes de hacerle el amor. Se fijó en la redondez de sus pechos, coronados por los pequeños pezones de un rosa más oscuro, que el recuerdo había excitado hasta ponerlos duros como una piedra; en su cintura estrecha, que él tantas veces rodeó con sus brazos.

La planicie de su abdomen, donde dibujó tantos caminos con sus labios, los que se deslizaban hasta llegar a su rincón más secreto, ese que el suave vello castaño resguardaba, donde estaba el verdadero centro de su placer.

También se fijó en lo ancho de sus caderas, las que muchas veces quedaban marcadas por la fuerza y el arrebato que se desbordaba de él durante el acto sexual; y por último, miró lo torneado de sus piernas, esas que se abrían para él como las alas de una mariposa, y luego lo envolvían para pegarlo a ella y sentirlo completamente suyo.

—¡Dios mío! —expresó al sentir cómo todo su cuerpo temblaba, lleno de deseo y expectativas.

Su respiración era superficial, su corazón latía muy de prisa y su intimidad parecía un volcán; estaba húmeda y caliente, necesitaba de algo que liberase la presión dentro de ella, que le diese alivio al dolor y ese vacío que sentía desde hacía meses; necesitaba de él para que le abriera una vez más las puertas del paraíso.

Sin pensarlo dos veces se tendió en su cama, así, desnuda como estaba; y comenzó a tocar su cuerpo, cerrando los ojos para imaginar que las caricias que se brindaba eran dadas por las manos fuertes de él, y no por las suyas.

Su respiración se tornó más pesada a medida que el placer iba despertando su cuerpo, acompañado por los recuerdos de algunos episodios vividos con el hombre que la hizo mujer, al que seguía deseando con todas sus fuerzas.

—Tim… —El nombre escapó de sus labios trémulos al sentir que esas emociones que precedían al orgasmo empezaban a envolverla —. Te necesito…, te necesito amor —susurraba haciendo el

movimiento de sus dedos más enérgico, y terminó tensándose hasta casi convertirse en una roca—. ¡Oh Dios mío! ¡Tim! —exclamó arqueándose en la cúspide del placer, y luego se dejó caer.

Su cuerpo se desmadejó sobre el colchón, mientras estremecimientos placenteros la recorrían de arriba abajo, acompañados por los jadeos que brotaban de su garganta, la que sentía que se había desgarrado cuando el placer del orgasmo la azotó con poderío.

Apretó con fuerza sus párpados para luchar contra las lágrimas que le inundaban la garganta, al ser consciente de la inmensa soledad que la rodeaba y el frío que de un momento a otro se apoderó de su cuerpo; con el que luchó, cubriéndose con las cobijas.

—Tengo que liberarme de este sentimiento, tengo que liberarme de ti… No puedo seguir así, no puedo soportarlo más, no puedo —pronunció en medio de sollozos.

Una vez más se daba la libertad para llorar por Timothy, aunque había dicho cuando escribió la carta que esa sería la última vez que lo hacía; allí estaba, una vez más, desgarrándose de dolor por él.

Terminó por quedarse dormida ya pasada la medianoche, cuando ya no tenía más lágrimas que derramar, y tampoco fuerzas para ponerse de pie y vestirse.

A la mañana siguiente despertó con una nueva convicción, se levantó y caminó hasta el espejo; durante un largo rato observó su figura desnuda, esta vez bajo los rayos del sol que apenas despuntaba.

Esa imagen reforzó la decisión que había tomado, posaría para Donatien, dejaría que él hiciera de su cuerpo una obra de arte, algo que no solo despertara deseo sino también admiración, que pudiera ser amado y valorado.

Una hora después salía de su habitación llevando un hermoso vestido blanco con estampado de grandes flores rojas, el cabello recogido en lo alto de su cabeza y unas zapatillas de tacón mediano. De su brazo colgaba su cartera, junto a un grueso y largo abrigo rojo que la cubriría del frío que hacía en las calles.

—Buenos días Brit, ¡qué bella estás! —comentó Margaret al verla. Se había levantado por un vaso de agua y volver a la cama, pues era

sábado—. ¿A dónde vas tan temprano?

—Gracias…, voy a… a comprar unos pinceles y pinturas que me hacen falta. Tal vez tarde, no me esperes para almorzar —mencionó poniéndose lo guantes para no verla a los ojos.

—Está bien, seguiré durmiendo… Por cierto, ¿dormiste bien? Es que anoche me pareció escucharte… O no sé si lo imaginé —dijo antes de que saliera.

Brigitte se sintió descubierta en ese instante y se sonrojó de inmediato; le dio la espalda, para que no viera la verdad en su rostro, y respondió con lo primero que se le vino a la cabeza.

—Solo tuve una pesadilla, lamento haberte despertado.

—Tranquila, seguía despierta. Me quedé leyendo hasta tarde —dijo y liberó un bostezo—. Nos vemos después.

Donatien se encontraba desayunando en el pequeño comedor de su apartamento, con la misma apatía que venía haciéndolo desde hacía semanas. Era como si hubiese perdido por completo su inspiración, no podía ni siquiera tomar un pincel y hacer un trazo.

Lo había intentado, y por insistir, aún consciente de su bloqueo, llevaba un par de buenos lienzos arruinados. Y no se podía dar el lujo de perder más material.

De pronto escuchó que llamaban a su puerta, lo que le resultó extraño, pues no esperaba a nadie, menos tan temprano. Miró el reloj colgado en la pared, apenas iban a dar las nueve de la mañana, y eso para sus amigos era plena madrugada.

—Un momento —pronunció al escuchar un segundo llamado. Se ajustó el cinturón de la bata, para cubrir su pecho desnudo, y después abrió.

—Donatien, buenos días… Perdona por no avisarte que venía, espero no interrumpirte. —Brigitte había ensayado esas palabras durante todo el camino desde su apartamento, así que las dijo todas de golpe.

—¡Brigitte! ¡Buenos días!… No te preocupes, no estaba haciendo nada especial… Pasa, por favor —pidió haciéndole un ademán para que entrara. Realmente estaba sorprendido de tenerla allí.

Ella dio varios pasos y sus piernas parecían de goma, sus manos estaban temblando y el corazón se le iba a salir por la boca; respiró profundo para intentar calmarse.

Las cosas en sus manos le recordaron que había planeado todo muy bien, que nada podía fallar; y mejor que no lo hicieran; de lo contrario, se sentiría horrible.

—¿Ya desayunaste? —preguntó siguiendo su plan e intentando mantener a raya a los nervios—. He traído unos *Croissants*. Como sé que te gustan tanto dulces como salados, compré de los dos. También traje zumo de naranja, leche… y estos tulipanes, que espero te gusten.

—Vaya…, yo no… —Se había quedado sin palabras.

—¿Pasa algo malo? —preguntó con nerviosismo al ver el inusual silencio en él.

—¡No, no!… Al contrario, está todo perfecto. Es solo que… me has sorprendido, pero debo confesar que me hace feliz que te tomaras estas molestias y vinieras a desayunar conmigo —respondió mostrando una sonrisa que iluminaba su mirada, al tiempo que tomaba las bolsas que llevaba—. Yo me encargaré de esto. Por favor, toma asiento.

—Deja que yo me ocupe de las flores mientras tú sirves los… —Ella se interrumpió al ver que había un plato con comida sobre la mesa—. Creo que he llegado tarde —esbozó sin poder evitar sentirse apenada.

—No, los huevos me quedaron tan salados que no pude comerlos, y el pan estaba duro, tenía casi una semana en la alacena. Así que estos croissants me han caído del cielo.

—¿Estás seguro? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Por supuesto, sabes que nunca te mentiría.

En ese momento lo estaba haciendo, pero era una mentira pequeña, algo que no tenía la más mínima importancia, mucho menos si por ella conseguía que se quedara junto a él.

Verla llegar con todas esas cosas lo hizo tan feliz, que apenas podía creer que fuera verdad, pues le parecía un sueño; era como si esa aura gris que lo cubría se hubiese esfumado por completo, como si ella fuese el mismo sol.

—Bien, entonces pásame un jarrón por favor.

Él lo hizo gustoso y le dio espacio para que ella lo llenara de agua, por suerte era un hombre ordenado y su cocina estaba presentable. Para cuando Brigitte terminó, ya tenía sobre la mesa todo listo. Recordó las palabras de su abuela, y sirvió los platos tratando de que se vieran bonitos.

Brigitte prácticamente se obligó a comer, puesto que los nervios le tenían el estómago hecho un nudo; mientras escuchaba a Donatien dudó muchas veces en llevar a cabo sus planes, pero después se reprochaba por ser una cobarde, como le decía Margaret.

Ya había llegado hasta allí, no podía arrepentirse, no era justo para Donatien que ella se negara a ayudarlo cuando estaba en sus manos hacerlo.

—¿Te importaría si hago uso de tu baño? —preguntó una vez que él se puso de pie, llevando los platos consigo.

—Claro que no, pasa… Es aquella puerta. —Señaló con su mano la del baño de visitas.

Brigitte nunca había estado allí, así que no sabía cómo manejarse, y los nervios cada vez eran peores. Respiró profundo, armándose de valor para ponerse de pie; agarró su bolso y sin mirarlo se encaminó.

Al entrar y cerrar la puerta, pudo ver que las manos le temblaban demasiado; buscó su mirada en el reflejo del espejo, y un cúmulo de lágrimas le inundó la garganta.

—Brigitte, ¿qué estás haciendo? Esto es una locura…, es una locura. —Se dijo negando con la cabeza.

Se llevó las manos a las mejillas para limpiarse las lágrimas, pensó en lo que deseaba para su vida, en su anhelo de sentirse segura, independiente y arriesgada; de ser admirada y valorada. Eso hizo que la convicción se apoderara de ella una vez más y alejara todas sus dudas.

Capítulo 25

Comenzó a despojarse de su ropa, sin detenerse a analizar lo que hacía, y en menos de un minuto ninguna prenda cubría su cuerpo.

No miró su reflejo en el espejo, pues sabía que de hacerlo, iba a terminar arrepintiéndose; así que sacó de su cartera el delicado kimono negro de seda china que había llevado, se cubrió con este y se recogió el cabello en un moño de bailarina.

—Bien…, aquí vamos.

Se irguió para mostrarse más segura, respiró profundamente al tiempo que se recordaba que nada de eso estaba mal.

Ella solo posaría para que Donatien terminara su pintura; ambos eran profesionales y su único propósito era ayudarlo con su exposición, nada más. Una vez que tuvo todo eso claro salió del baño.

Donatien escuchó la puerta abrirse, seguía en la cocina, aprovechando la ausencia de Brigitte para preparar café e invitarle; así alargaría su estadía.

No quería por nada del mundo que ella se fuera, y si estuviera en sus manos, se quedaría viviendo allí para siempre, junto a él, siendo felices.

—Preparé café… —decía volviéndose para hacerle entrega del mismo, pero cuando sus ojos se toparon con la hermosa figura de su musa, envuelta en un sensual kimono de seda con ribetes de encajes, que se amoldaba a la perfección a su excelso cuerpo, la taza cayó, estrellándose contra el parqué de la cocina—. ¡Brigitte!…

Ella se acercó a él de prisa, para recoger la taza de café y evitar que se hiciera daño; en ese momento pensó que no debió presentarse así, sin antes contarle sus planes.

—No…, no hagas eso, te puedes cortar —reaccionó al verla de cuclillas frente a él. La agarró de los brazos y la hizo levantarse para poder mirarla a los ojos.

—Lo siento, no quise asustarte… —Se disculpó, sonrojándose ante la intensidad de la mirada del pintor.

—No me asustaste…, solo que… ¿Qué haces vestida así? —preguntó con la voz trémula y ronca por el deseo.

—Yo… —La voz de Brigitte desapareció antes de poder dar una respuesta, el ardor en la mirada de Donatien la intimidaba, aumentaba sus nervios. Tragó para pasar el nudo en su garganta y poder hablar—. Estuve pensando...; es decir, desde que nos comentaste lo de tu bloqueo y… que necesitabas una modelo, pues… se me ocurrió que tal vez la idea de Maggie no era tan descabellada, que a lo mejor… yo podría… —Brigitte era incapaz de terminar de esbozar su propuesta.

—Ser mi musa. —Donatien terminó la idea.

—Sí —susurró mirándolo a los ojos. Suspiró para drenar la tensión que sentía y bajó la mirada llevando sus manos a la cinta del kimono —. Imagino que antes de darme una respuesta deberías verme, para comprobar si cumplo con tus expectativas —agregó mientras reunía cada partícula de valor dentro de su cuerpo para mostrarse desnuda frente a él, pues sabía que era necesario.

—No…, espera. —Donatien le sujetó las manos, evitando que lo abriese. Se moría por verla desnuda, lo había deseado con toda su alma desde hacía mucho, pero sabía que en el momento que eso sucediese no existiría fuerza alguna en el mundo, que le impidiera hacerla suya—. No es necesario que hagas esto Brigitte.

—Pero… yo quiero hacerlo…, quiero ayudarte; así como tú lo has hecho conmigo —expresó con la voz trémula a causa de todas las emociones que la recorrían.

—No te he ayudado esperando algo a cambio, lo hice porque me nació, solo eso. —Donatien sintió una punzada en el pecho, al imaginar que ella hacía eso solo porque se sentía en deuda con él y no porque realmente lo deseara.

—Y esto también nace de mí…, yo… quiero posar para ti, quiero que hagas de mi cuerpo una obra de arte, que inspire algo más que un deseo primitivo… Quiero sentir que hay verdadera belleza en mí…, que puedo despertar admiración en un hombre. Yo…

Brigitte no pudo continuar, su voz se quebró antes de que pudiera decirle que deseaba inspirar un amor pleno, no uno a medias, como ese que vivió con Timothy.

Las lágrimas se hicieron presentes, acompañadas de la vergüenza que se apoderó de ella al sentirse tan expuesta, totalmente vulnerable delante de él.

—Brigitte —murmuró Donatien acunándole el rostro con sus manos, pidiéndole con ese gesto que no se escondiera de él, que lo mirara a los ojos.

Le partía el alma verla de esa manera, tan frágil y llena de inseguridad, completamente ajena a lo maravillosa que era.

En ese instante su desprecio hacia Timothy Rumsfeld aumentó, porque no tenía que ser adivino para saber que fue él quien destruyó el amor que debía sentir Brigitte por ella misma, él la había llevado a sentirse insignificante.

—Lo siento —susurró al tiempo que luchaba por dejar de llorar, y sorbía sus lágrimas saladas.

—Ven conmigo, quiero mostrarte algo —mencionó dedicándole una sonrisa que esperaba la animara.

—¿Qué? —cuestionó, confundida.

—Ya lo verás. —Le dijo sonriente y la llevó de la mano hacia la escalera que llevaba al segundo piso.

Brigitte se vio en el espacio que él había acondicionado para su estudio; un lugar lleno de pinturas, lienzos de distintos tamaños, pinceles y varios caballetes. El olor a químicos en ese lugar era mucho más fuerte y la luz entraba a raudales por los grandes ventanales, casi cegándola ante lo brillante que era.

Donatien le soltó la mano y se encaminó hacia uno de los caballetes, donde reposaba un lienzo cubierto por una delgada tela blanca. La quitó, dejando que esta cayera pesadamente en el suelo, al tiempo que revelaba la pintura tras ella.

—Es… hermosa —pronunció Brigitte, sintiendo que la imagen la llamaba.

Se fue acercando lentamente, sin despegar su mirada del cuadro, y a cada paso que daba, algo en el mismo le resultaba muy familiar;

cuando al fin reconoció sus ojos plasmados allí, la sorpresa la invadió por completo, haciéndola estremecer de pies a cabeza.

—Esos… son… son… —No se atrevía a terminar su pregunta, estaba perpleja ante el descubrimiento.

—Espera…, hay más —dijo, caminando hasta otra de sus pinturas.

Esta vez Brigitte vio sus labios trazados con tanta belleza y maestría, que no pudo evitar que las lágrimas colmaran sus ojos y una tormenta de emociones la azotó por dentro.

La pintura era hermosa, sublime; sencillamente perfecta, y hasta cierto punto le resultaba inverosímil que fuera su boca la plasmada allí.

De esa manera Donatien fue revelando cada una de sus pinturas, mostrándole también sus delicadas manos, sus pequeños pies, lo delgado y largo de su cuello. Él la había dibujo a ella con mucho arte, el más hermoso, sensual y exquisito de todos los que hubiera visto.

—Tú eres mi musa Brigitte… Lo has sido desde que te conocí.

La confesión de Donatien hizo que tanto él como ella temblaran ante el sentimiento impreso en sus palabras, era tan contundente, como el que se podía sentir en cada una de las pinturas del francés.

Él la veía, temeroso de su reacción, de lo que pudiera estar pensando en ese momento, pues con su confesión prácticamente le declaró su amor y admiración. Y ella solo se había sumido en un pesado y tortuoso silencio.

—Por favor, di algo —rogó mirándola a los ojos, pero sin moverse un centímetro del lugar donde estaba.

—Yo… no sé qué decir… —respondió mirando a su alrededor, sin poder dejar de apreciar las pinturas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó para ayudarla a expresarse, necesitaba que ella lo hiciera.

—Abrumada…, maravillada…, sorprendida… —esbozó las primeras palabras que llegaron a su mente.

Él sonrió, sintiéndose aliviado. Acortó la distancia entre los dos, haciéndolo despacio, para no asustarla. Podía verla temblar y con lágrimas colmando sus ojos, pero la sonrisa en sus labios le gritaba que eran de felicidad.

—Eres una mujer extraordinaria Brigitte, tu belleza es tan sublime y perfecta... Pude apreciarla desde la primera vez que te vi, y durante todos estos años me he nutrido de ella para poder pintarla —pronunció mirándola a los ojos.

—¿Por qué… no me lo dijiste antes? —cuestionó sin poder salir de su asombro. Sospechaba de sus sentimientos, pero jamás que fuesen tan profundos.

—No lo sé, tal vez… no quería que malinterpretaras todo esto, que me creyeses una especie de psicópata o algo por el estilo. Además, un artista es muy celoso con su arte, por lo menos en un principio, lo sabes.

—Nunca hubiera pensado nada malo de ti…, mucho menos por esto. Donatien, tus pinturas son tan hermosas que… me hacen sentir… No me creo que sea yo la que está plasmada allí, me cuesta creer que yo pueda verme así.

—Pero lo eres. Eres tú Brigitte… Es así como yo te veo, y como estoy seguro te ven los demás —expresó con énfasis. La tomó por los hombros para ponerla frente a él y mirarla fijamente—. Eres la mujer más hermosa que mis ojos hayan visto. Y debo confesar que para mí sería un verdadero placer y un honor que me dejes pintarte… Es solo que… la obra que me falta se trata de un desnudo.

—Eso ya lo sé, lo mencionaste en el restaurante. Estoy dispuesta a hacerlo.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, por eso me cambié de ropa. —Respiró profundo antes de continuar—. Y si soy tu musa, debo ser yo la que pose para el cuadro principal.

—Pero ¿has posado antes? ¿Sabes lo que eso implica? —cuestionó, porque no quería que ella se sintiera presionada, pero también porque no sabía ni cómo él mismo soportaría el calvario de verla desnuda y no poder tocarla, besarla, hacerle el amor.

—Te prometo que sabré manejar la situación, ambos somos adultos, nos apasiona el arte; tanto, como para saber qué hacer… Y confío en ti.

—Brigitte… Brigitte. —Se alejó de ella antes de poner en palabras sus pensamientos y decirle que en esa situación ni él confiaba en sí

mismo. Restregó su frente con los dedos y después la miró—. Voy a tener que verte desnuda, estaremos solos durante horas; e incluso, tendré que tocarte… ¿Eres consciente de todo eso? —preguntó intentando ser directo.

—Sí —respondió con la voz ahogada, mientras sus pupilas se movían con nerviosismo—. Aun así quiero hacerlo, ahora mucho más que antes… Sé que vas a respetarme Donatien, me lo has demostrado. —Le agarró una mano para alejar el tormento que veía en él.

Lo que ella le estaba pidiendo era imposible, si apenas podía contenerse en ese momento teniéndola tan cerca y llevando solo ese kimono puesto, haciéndolo consciente de su voluptuosa figura, del aroma y la calidez de su piel, de su cabello, y de que prácticamente le estaba rogando para que le dejase mostrarle su cuerpo desnudo.

No quería ni imaginar lo que sería tener que hacerlo también cuando la viera así, y no se trataba de ser un maldito abusador; simplemente, era un hombre que la amaba y deseaba intensamente desde hacía mucho.

—Lo que me pides no es fácil. —La miró a los ojos para que viera la razón del porqué de ello. Pues al aparecer Brigitte no terminaba de comprender cuánto la amaba.

—Supongo que para mí tampoco lo será —confesó sonrojándose y le entregó una sonrisa nerviosa.

Brigitte sabía en el fondo de su corazón, que una vez más, estaba tomando una decisión que cambiaría su vida por completo. Por ello sentía toda esa marea de emociones que la recorrían de arriba abajo, pero más allá de eso, estaba su férrea idea de convertirse en una mujer fuerte, arriesgada y decidida, que provocara admiración y respeto.

Capítulo 26

La reacción de Brigitte alimentó la esperanza dentro de Donatien, porque le dio a entender que ella sabía de lo que hablaba y a pesar de ello deseaba arriesgarse. Eso lo hizo consciente de que si algo pasaba entre los dos sería consensuado, que ella no lo rechazaría llegado el momento, y casi se sintió pletórico al imaginar que era porque también lo deseaba.

—Bien…, estoy bastante atrasado, así que lo mejor será empezar hoy mismo; claro, si no tienes problema con ello —dijo adoptando una postura profesional.

—Vine dispuesta a dedicarte todo el día —confesó intentando esconder, detrás de una sonrisa, los nervios que se habían desatado en su interior.

—Perfecto…, primero quiero que veas un boceto que hice en carboncillo. —Caminó hasta uno de los estantes y tomó un cuaderno de dibujos, luego regresó hasta ella y se lo mostró—. Esta es la posición que deseo que adoptes. Como ves, no es complicada; por el contrario, es bastante cómoda y no tendrás que esforzarte mucho.

—¿No se verá mi rostro? —preguntó sintiéndose aliviada de que la mujer en el boceto estaba de espalda, mirando hacia la ventana.

—No… —Donatien no supo cómo explicar que lo había hecho de esa forma porque cuando imaginó esa exposición, un par de años atrás, jamás pensó que ella posaría para él—. Aunque si lo deseas, puedo cambiarla un poco para que se vea mejor tu perfil.

—No, tranquilo, no es necesario… Así me parece perfecto. —Se interrumpió mordiéndose el labio—. De hecho, quería pedirte algo antes de que comenzáramos.

—Claro, haré lo que necesites —esbozó de inmediato mirándola a los ojos.

—Quiero que esto sea un secreto entre nosotros… —Vio que fruncía él ceño y se apresuró a explicar su punto—. Mi familia es muy

conservadora Donatien; y aunque me han apoyado siempre en todo, no sé si les parezca correcto que pose desnuda para una pintura.

—Comprendo —respondió él asintiendo, soltando parte de la tensión que lo embargó instantes atrás.

—No hablo por Maggie, ella estaría encantada, fue la de la idea… Tampoco por Allan, ha demostrado que respeta mis decisiones… —explicaba porque sentía que necesitaba hacerlo, y porque los nervios no la dejaban en paz y la hacían hablar hasta por los codos.

—No le diremos una sola palabra a nadie, puedes estar tranquila… Cuando el momento de hacer la exposición llegue, será tu decisión revelar o no el nombre de la musa. —Le aseguró mirándola a los ojos.

—Muchas gracias. —Le entregó una sonrisa—. Bien... ¿Comenzamos ya? —preguntó, nerviosa.

—Antes debo ir a cambiarme, no trabajo en pijama —mencionó sonriendo—. Mientras, puedes irte preparando. Ese es el sillón que usaremos, y allí están todas las telas. Puedes llevar el boceto contigo para que veas bien la posición. Regreso en un momento —dijo y salió del lugar con la rapidez de un relámpago.

Brigitte se vio sola, y una vez más los nervios, la ansiedad y la tensión se apoderaron de su cuerpo.

Por un instante solo miró el boceto en sus manos, sin saber qué hacer, sintiendo cómo sus piernas parecían haberse vuelto de goma y su corazón latía muy rápido.

Respiró hondo y se obligó a calmarse, armándose de valor para afrontar lo que estaba a punto de vivir; y no pudo evitar pensar en su prima Margaret.

Seguro que a ella le habría resultado más fácil hacer eso, porque se había desnudado con más hombres y porque la palabra pudor no tenía mayor relevancia para ella; pero a en su caso, era todo lo contrario, solo Timothy la había visto de esa manera.

—Vamos Brit…, puedes hacerlo; aprovecha la libertad que te dio Donatien al dejarte sola. Quizás lo hizo pensando en eso, en hacer este momento menos incómodo para ti, así que deja de perder el tiempo. —Se dijo en voz alta y soltó con premura el lazo que mantenía cerrado el kimono.

Donatien entró a su habitación dejando caer el salto de cama de su pijama en el piso y pasó de largo hasta el baño, necesitaba mojar su cuerpo para bajar el calor que lo colmó de pies a cabeza.

En cuanto bajó las escaleras su mente fue asaltada por decenas de imágenes de todo lo que deseaba hacer con Brigitte en su estudio, y ninguna tenía nada que ver con pintura.

—Esto es una locura, una completa locura —esbozó para él mismo, y se estremeció cuando lo gélido del agua se estrelló contra su piel que parecía estar hirviendo.

Salió de allí, comprobando que la erección que comenzaba a vislumbrarse en su cuerpo casi había desaparecido; suspiró sintiéndose aliviado, pues lo último que deseaba era que Brigitte lo considerara un pervertido.

Buscó entre sus ropas de trabajar el pantalón más ancho y la camisa más larga, para que le ayudasen a disimular su excitación, pues sabía que sería inevitable mantenerse impasible ante la imagen del cuerpo de Brigitte desnudo.

—Vas a tener que obligarte a ser un profesional hoy más que nunca Donatien, no puedes perder esta oportunidad, mucho menos defraudar la confianza de tu musa.

No era ningún inexperto, ya antes había retratado a muchas mujeres llevando solo el traje de Eva; sobre todo en su juventud, y antes de conocer a Clélia cayó en el encanto de más de una.

Pintar a una mujer desnuda era una constante tentación, y no en vano se hablaba tanto de los amoríos que se daban entre los pintores y sus musas, pues ciertamente, estos sucedían con mucha frecuencia.

Y en ese caso particular lo peor de todo era que él deseaba con ardiente fervor que su relación con Brigitte traspasase el plano profesional cuanto antes.

Aunque se había prometido respetarla, no podía negar que la deseaba con locura y que había esperado muchos años por hacerle el amor, por amarla con dedicación, en una entrega absoluta, que no dejase un solo espacio en ella sin que sus labios lo recorriesen.

—Será mejor que alejes esos pensamientos o terminarás peor de lo que estabas hace unos minutos. Cálmate y recuerda que ante todo ella es una dama y tú un caballero; si las cosas van a pasar, que sea cuando Brigitte así lo desee —sentenció con seguridad.

Antes de salir se dio un último vistazo en el espejo y su instinto de hombre le hizo trampa cuando con un movimiento ágil de sus dedos deshojó los primeros botones de su camisa, dejando a la vista parte de su clavícula y el nacimiento de los vellos que cubrían su pecho.

—No está de más que incites un poco la situación; después de todo, ella lleva mucha más ventaja sobre ti… Es justo que también le enseñes un poco —expuso para sí mismo al tiempo que mostraba una gran sonrisa que revelaba sus pequeños y alineados dientes blancos e iluminaba también el azul de su mirada.

—Brigitte…, estoy de regreso —anunció casi en los últimos peldaños de la escalera, para hacerle consciente de su presencia allí —. ¿Ya estás lista? —preguntó y obtuvo la respuesta cuando sus ojos se posaron en ella.

Su bellísima musa se encontraba ya en el diván de terciopelo púrpura, recostada en la misma posición relajada del boceto, con la espalda desnuda hasta la cintura; donde las suaves telas blancas que la cubrían de la desnudez absoluta cortaban esa maravillosa visión.

Sin embargo, podía vislumbrar por la caída de las mismas, que lo que imaginó desde la primera vez que la vio era real y no producto de esos ajustados corsés que las mujeres usaban. Brigitte poseía una exquisita figura.

—Sí… yo… Bueno, creo que así luce la imagen del boceto —expresó sin moverse de donde estaba, porque temía que el más ligero movimiento la dejara completamente expuesta—. ¿Te parece que está bien?

—Estás perfecta —esbozó él y se acercó lentamente, como si estuviese en una especie de hechizo, cautivado por su impecable y extraordinaria belleza.

Brigitte escuchó los pasos resonar en el piso de madera y su corazón comenzó a latir tan rápido como el aleteo de un colibrí, haciendo más intenso el temblor que ya colmaba su cuerpo.

Sintió el calor de la mano de Donatien, incluso antes de que la tocara; y su cuerpo casi se convirtió en gratino, al tiempo que contenía la respiración.

Él no pudo privarse del deseo de tocarla, necesitaba sentir la sedosidad de su piel; y atraído por la blancura de la misma, llevó un par de dedos justo por debajo de la nuca, para dibujar una caricia a lo largo de la espalda de su hermosa musa.

—Tranquila… —susurró deteniéndose al sentir que ella se sobresaltaba, dejó escapar un suspiro y continuó.

Brigitte asintió con un movimiento rígido de su cabeza, mientras le ordenaba a su cuerpo relajarse y les permitió a sus pulmones llenarse de aire.

Cerró los ojos al sentir que los dedos de Donatien traspasaban la barrera de su cintura, intensificando el temblor que la recorría; y una vez más, sus latidos se desbocaron.

—En el boceto esto quedaba un poco más abajo —dijo deslizando la tela hasta el nacimiento de su *derrière*, deleitándose con esos dos hoyuelos que se hacían al final de su espalda.

—Bien —pronunció ella con la voz estrangulada.

—Tu piel es muy suave…, es como tocar el terciopelo.

—Gracias —respondió y respiró hondo para que su voz fuese más que un chillido—. La vista desde aquí es hermosa, se ve la torre Eiffel, el Campo de Marte y el río Sena —agregó en un tono casual, llevada por los nervios y su necesidad de llenar el silencio.

—Me alegra mucho que te guste, porque pasarás mucho tiempo admirándola a partir de hoy —bromeó, sintiéndose feliz de que lo que tantas veces soñó, ahora fuese una realidad—. Necesito que hagas algo más por mí Brigitte.

—Claro, ¿qué necesitas? —mencionó queriendo mostrarse dispuesta y profesional.

—Relájate. —Le susurró al oído.

Podía sentir tanta tensión en ella, que temía que si seguía tocándola pudiera quebrarse, aunque él tampoco estaba del todo relajado, una parte en específico de su cuerpo comenzaban a tensarse también.

Y es que era una tortura y un deleite tenerla de esa manera, completamente entregada a sus manos, dispuesta a seguir sus órdenes; tan complaciente pero al mismo tiempo tan distante.

—Lo siento…, es que yo… —Brigitte intentaba justificarse, pero su voz había sido secuestrada.

Sin previo aviso Donatien llevó las manos hasta su cabello y lo soltó, deslizando sus dedos entre las hebras, para después comenzar a masajearle el cuero cabelludo, muy despacio y tan suave que ella sintió que empezaba a derretirse, presa del movimiento de sus dedos.

Cerró los ojos y se estremeció con fuerza cuando sintió su aliento en la nuca, seguido de un suspiro que la erizó por completo; consiguiendo además que sus pezones se pusieran duros y su intimidad se contrajera.

—Tengo que tocarte para poder darle textura a la pintura… Si deseas que me detenga, solo tienes que pedirlo y lo haré —mencionó para hacerla consciente de que ella seguía teniendo la última palabra.

Su voz ya mostraba los estragos que iba provocando esa exploración en él, era ronca y profunda, impregnada del deseo que sentía.

—Está… está bien —aceptó, sorprendida de las reacciones que estaba teniendo su cuerpo, no quería que Donatien se detuviera—. Comprendo…, haz lo que tengas que hacer —dijo intentando mostrarse adulta y confiada.

Donatien dejó ver una sonrisa efusiva ante esa declaración y el pensamiento que se atravesó por su cabeza. Si hiciera lo que tenía que hacer, o mejor dicho, lo que deseaba hacer; y ella lo aceptara, no habría un hombre más feliz sobre la tierra que él.

—Este grado de intimidad es primordial entre un pintor y su musa, es necesario que yo conozca muy bien tu cuerpo… Para así poder plasmarlo a la perfección en el lienzo.

—Comprendo —repitió ella creyendo en la profesionalidad de Donatien; sin embargo, los nervios la llevaron a hacerle otra pregunta—. ¿Debes… conocer todo… todo mi cuerpo? —inquirió sonrojándose hasta el cabello.

—Solo lo que pintaré —respondió, aunque se vio tentando de decirle que necesitaba conocerlo entero.

Dejó de lado el cabello y llevó la caricia a los hombros, ejerciendo una suave presión para relajarla, aunque sentía que hacer todo eso no lo estaba relajando a él; por el contrario, la rigidez en su miembro cada vez era mayor. Debía terminar con todo eso antes de que el deseo fuera más intenso y lo llevase a cometer una locura.

No se refería a forzar a Brigitte, eso de ningún modo lo haría, pero podía dejarse llevar y comenzar a tocarla de una manera más íntima; aprovechando su disposición, usando como excusa su necesidad de explorarla para la pintura.

Un acto así sería desleal y abusivo, además de que le quitaría el maravilloso privilegio de acariciarla porque ella realmente lo deseara, y no por el simple hecho de sentirlo como un deber.

—Bien…, creo que será mejor comenzar —dijo obligándose a dejarla, pero antes le brindó una última caricia en la cadera, fingiendo que acomodaba la tela que la cubría—. Te ves perfecta Brigitte, ahora solo respira de manera normal, concéntrate en la vista e imagina que te encuentras sola aquí.

Después de eso caminó hacia el caballete donde tenía el lienzo más grande, el que sería la pieza principal de su colección, al que había titulado: «La musa», en honor a la mujer que lo había inspirado, la que justo se encontraba ante sus ojos, haciendo realidad su fantasía.

Capítulo 27

Allan acababa de llegar a su apartamento, agotado; lo único que deseaba era pedir comida a domicilio y tomar un baño de al menos una hora en la tina. No obstante, sus planes se vieron truncados por un llamado a la puerta, uno que atrajo su atención cuando apenas tomaba el auricular del teléfono para llamar a un restaurante.

—¿Quién será? —preguntó en voz alta, al tiempo que miraba el reloj colgado en la pared y confirmaba que eran casi las ocho de la noche.

Dejó libre un suspiro cargado de resignación, soltó el teléfono y caminó hacia la puerta; no acostumbraba a mirar por la mirilla, así que nada le anticipó lo que vería al otro lado, o más bien, a quién.

—Hola Allan. —Lo saludó por ser cortés, y porque a pesar de todo, seguía apreciándolo.

—Pensé que no volvería a verte, que por fin nos libraríamos de ti… —dijo una vez que salió de su asombro.

—Bueno, eso está a punto de cumplirse, solo vine a traerte esto. —Le extendió el sobre que llevaba en sus manos—. Entrégaselo a tu hermana por favor.

—No soy tu estúpido cartero —expresó Allan furioso, imaginando que Timothy buscaba una vez más convencer a Brigitte de volver con él a través de esa misiva, o quizás buscaba hacerle daño.

—Pues dame una maldita dirección y yo mismo se la enviaré. No tienes que preocuparte de que vaya a buscarla… Tranquilo, ya tu hermana me dejó claro que no significo nada para ella, que ya me olvidó; y yo no pretendo seguir rogándole —mencionó sin esconder su rabia.

—Entonces, ¿para qué deseas que reciba esa carta? —cuestionó mirándolo con el ceño fruncido.

—Porque yo también necesito terminar con ella, porque fui yo quien se quedó atascado en un noviazgo inconcluso, quien despertó

una mañana deseando encontrarla entre sus brazos, y solo halló una maldita carta de despedida… Necesito acabar con todo esto. Es tan sencillo como eso.

—Timothy… —pronunció apretando los dientes.

—Solo tómala y haz que la reciba, te prometo que no sabrás de mí después de esto, ninguno de ustedes lo hará —pronunció con seguridad, mirándolo a los ojos para que supiera que decía la verdad.

Algo en la expresión de Timothy hizo que Allan cediera. Pensó que en parte tenía razón, que su hermana lo había dejado de la noche a la mañana sin nada más que una carta; y era consciente de que eso, le gustara o no reconocerlo, había estado mal por parte de Brigitte.

—Solo te diré una cosa más Timothy, más te vale que esto no haga sufrir a mi hermana, porque nada evitará que te dé esa paliza que te tengo jurada. —Le advirtió con su mirada amenazante clavada en la marrón.

—Ella fue muy clara conmigo Allan. En la carta que me diste afirma que ya no me ama, que se le hizo bastante fácil olvidarme; así que supongo que nada de lo escrito allí va a afectarla. Pero yo necesitaba desahogarme… Haber estado durante diez años a su lado me da ese derecho —sentenció sin importarle lo que Allan pensara.

Quiso agregar algo más, pero pensó que eso solo acrecentaría el dolor y la rabia que sentía, así que se volvió para marcharse; sin embargo, antes de haber dado un par de pasos regresó. Debía sacar de su pecho eso que llevaba semanas torturándolo.

—Si por casualidad llega a preguntarte cómo me encuentro, dile que me viste bien, que he conseguido todo lo que deseaba, y que al igual que ella, yo también he continuado con mi vida… Dile que soy feliz —pronunció intentando que su voz no revelara la mentira tras aquellas palabras; suspiró y luego se despidió—. Adiós Allan.

Ni siquiera esperó una respuesta si es que iba a dársela, solo le dio la espalda y caminó por el pasillo con andar seguro, mostrándose erguido y hasta arrogante; porque ya nada lo separaba de volver a ser quien era antes, al fin había dado el primer paso para liberarse de Brigitte Brown.

Habían transcurrido dos semanas desde que tomara la decisión de posar para Donatien, y aún le seguía pareciendo mentira que todas las tardes se desnudara para su exprofesor, que pasara horas junto a él en una habitación, desnuda.

Los primeros días la hicieron vivir muchas emociones contradictorias; por un lado, ser consciente de la mirada de él la hacía sentir nerviosa, con miedos y dudas, pero por el otro, era como si el anhelo y la intensidad en la mirada de Donatien la fuesen llenando de seguridad, y comenzara a sentirse una mujer poderosa, bella, admirada; e incluso, amada.

Era consciente de que el sentimiento en él iba mucho más allá del cariño, que sentía algo muy profundo por ella; y eso en parte le agradaba, pero el hecho de imaginar lo que las personas dirían si se enteraban de lo que los dos hacían la llenaba de terror y la cohibía de alimentar esa quimera.

Además, seguía sintiendo cierto respeto al hecho de que él fue una figura de autoridad para ella durante varios años, y cambiar eso de la noche a la mañana no era fácil.

—Es muy atractivo… Y cada día vas conociendo más cosas fascinantes de él…, además de que te habla de esa manera que te hace sentir tan especial… Es como si viese mucho más en ti de lo que tú misma eres capaz de ver Brit.

Ella también intentaba ver eso que el pintor tanto resaltaba, observando detalladamente su figura; la misma que estaba aprendiendo a valorar y a considerar hermosa y perfecta, tal y como él le decía que era.

Sonrió al recordar alguna de sus palabras, al tiempo que pasaba las manos por sus caderas, intentando emular el mismo gesto de él cuando lo hacía.

—Si tan solo pudieras dejarte llevar y… mirarlo con otros ojos… —pronunció aquello que rondaba su cabeza, pero enseguida rechazó la idea—. ¡Por Dios Brigitte! ¡Qué estás diciendo! —Se reprochó cerrando los ojos.

El cuerpo entero le tembló al recordar la calidez y fuerza de las manos de Donatien cuando acariciaban su espalda y su cuello, cada vez que ella se mostraba tensa.

Él siempre recurría a los masajes para relajarla y también le hablaba al oído en susurros, con ese tono gutural que le encendía la piel y tensaba lugares que no debía.

El sonido de las llaves en la puerta principal la sacó de sus cavilaciones. Con rapidez cerró la bata de baño que llevaba y se obligó a respirar despacio, tratando de controlar sus desbocados latidos.

Intentó controlar los nervios que la invadieron al sentir la presencia de Margaret en el apartamento, se suponía que no llegaría tan temprano.

—Brit… ¿Estás en casa? —preguntó sin abrir la puerta de la habitación de su prima.

—Sí. —Le respondió sin atreverse a salir—. Llegaste temprano —agregó mientras se vestía rápidamente.

Margaret caminó hasta la puerta y la tocó un par de veces, pues Brigitte siempre respetaba su privacidad, y ella también debía hacerlo.

—Pasa, me estoy cambiando —contestó al llamado.

—Hola, ¿vas a salir? —preguntó entrando a la alcoba.

—Sí. ¿Sucedió algo que vienes tan temprano?

—No me sentía bien y hablé con la señora Marchant para que me dejara salir antes. Estamos a punto de lanzar la nueva colección, pero todos mis diseños están listos, así que no había necesidad de que me quedara —dijo notando que su prima se veía algo tensa.

—¿Qué tienes? —preguntó Brigitte acercándose a ella, guiada por ese instinto protector que siempre había tenido.

—No es nada, solo un poco de dolor de cabeza… Hay demasiada presión en el atelier, todo el mundo corre de un lado para otro, gritando como locos.

—En el botiquín de la cocina hay unas pastillas que seguro te aliviarán, ve a tu habitación y enseguida te las llevo —mencionó Brigitte dedicándole una sonrisa.

—Tranquila, no hace falta, yo iré. Mejor sigue arreglándote para que no se te haga tarde.

Brigitte se tensó al escuchar ese comentario, la paranoia se apoderó de ella y creyó que quizás su prima sabía algo, que había

descubierto a dónde iba todas las tardes desde hacía quince días.

Debía remediar eso de inmediato, así que dejó de lado el abrigo que pretendía usar y decidió no ir esa tarde al apartamento de Donatien, lo llamaría para avisarle.

—¿Sabes qué? Mejor me quedo aquí contigo. Lo que iba a hacer no era tan importante, puede esperar.

—Nada de eso Brit, ve a cumplir con tus compromisos, yo puedo cuidarme sola; y en cuanto esas pastillas me hagan efecto me acostaré a descansar, así que no hará gran diferencia si te quedas aquí.

—Pero si empeoras es mejor que yo esté para llevarte al médico —acotó decidida.

—Eso no pasará, voy a estar bien… Pero si no sigues con tus planes me voy a molestar mucho.

—Está bien, me iré, pero no sin que antes me prometas ir al doctor si no mejoras. No quiero que te hagas la valiente, y sé lo terca que eres.

—Te lo prometo… ¡Dios! Me cuidas más de lo que lo hacía mi madre cuando estaba viva —comentó blanqueando los ojos, en un gesto de aparente fastidio.

—¡Exagerada! —exclamó ante ese gesto tan infantil.

—Sabes que no lo hago, mi madre apenas sí me prestaba atención. Después de que mi padre nos abandonó ella solo se ahogó en su depresión y se olvidó del resto del mundo; incluso de mí. —Solo hablaba con la verdad.

—Bueno, ya no tiene sentido recordar nada de eso, porque después tuviste un par de padres sustitutos que te aceptaron y te aman inmensamente; y además, ganaste dos hermanos también —acotó Brigitte con una sonrisa.

—Tienes razón, he sido muy afortunada —dijo emulando el gesto de su prima y le dio un abrazo.

Caminaron hasta la cocina juntas, Brigitte verificó que Margaret se tomara las pastillas para el dolor de cabeza; luego de eso, se puso los guantes, agarró su abrigo y le dio un abrazo a su prima para despedirse.

—Saluda a Donatien de mi parte —mencionó Margaret cuando la vio abrir la puerta.

—¿Por… por qué crees que lo voy a ver a él? —cuestionó Brigitte con el rostro tan blanco como la nieve.

—Lo supuse, es con el único que sales… A menos que lo estés haciendo con alguien más y no me hayas contado nada —dijo mirándola de manera inquisitiva.

—Por supuesto que no…; es decir, no salgo con nadie más… Pero tampoco voy a verlo a él. —Le esquivó la mirada, para que no viera la mentira en sus ojos.

—Bueno, igual espero que te vaya bien.

—Gracias, descansa.

Casi salió corriendo del lugar y de la mirada escudriñadora de Margaret, que la llenaba de nervios. Respiró aliviada una vez que estuvo en el elevador.

Donatien caminaba de un lado a otro en el pequeño salón de su apartamento, y a cada segundo miraba el reloj colgado en la pared. La angustia se había apoderado de él al ver que Brigitte no llegaba; solo eran unos veinte minutos de retraso, pero siendo ella tan puntual, era algo que le resultaba sumamente extraño.

—¡Gracias a Dios! —dijo en cuanto escuchó un suave llamado a la puerta y supo de inmediato que era ella.

Caminó de prisa para hacerla pasar, pero antes de eso se miró en el espejo de la antigua consola junto a la puerta, y el reflejo le mostro la imagen de un hombre desquiciado; así que se pasó las manos por el cabello y respiró profundo para alejar la zozobra que se había apoderado de él.

—Hola Donatien, disculpa la demora…

—¿Estás bien? ¿Sucedió algo?… Me tenías preocupado —hablaba sin tomar pausa y sin dejar de mirarla, queriendo comprobar que se encontraba en perfecto estado.

—Sí, tranquilo. Maggie no se sentía bien y llegó a casa antes de lo esperado —respondió quitándose los guantes, luego él le ayudó a quitarse el abrigo—. Estuve a punto de llamarte para cancelar. Me quería quedar con ella, pero no me dejó.

—¿Estaba muy mal? Si lo deseas podemos ir de nuevo hasta tu casa y nos quedamos acompañándola —comentó preocupado.

—No es necesario, solo era un dolor de cabeza. Se tomó una pastilla y me prometió descansar.

—Bien, igual si deseas podemos suspender por hoy —dijo notando que ella no estaba del todo tranquila.

—No te preocupes, está bien. Me quedaré para que continuemos… Subiré y me iré acomodando.

—Claro, ve… Yo lo hago cuando estés lista.

Ellos seguían la misma rutina del inicio. Donatien le daba su espacio, para que pudiera cambiarse; y mientras ella lo hacía, él esperaba abajo.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó al verla con las manos en el cuello, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Sí…, es solo que el encuentro con Maggie me dejó un poco tensa. No me siento a gusto mintiéndole —respondió evidentemente apenada.

—Espera, déjame hacerlo a mí… —La detuvo y cubrió con sus fuertes manos el delgado cuello—. Sabes que no tienes por qué hacerlo, tu prima confía en ti, y tú deberías hacerlo con ella. Si el problema es que no sabes cómo contarle sobre esto, puedes dejar que sea yo quien lo haga.

Brigitte no supo qué responder, y se mordió el labio inferior para drenar los nervios que la invadieron de pronto. La sola idea de hacer algo como eso la hacía sentir agobiada; no porque pensase que Margaret la fuese a juzgar, sabía que en el fondo su prima se pondría feliz y empezaría a fantasear con que ella por fin olvidara a Timothy y se animara a tener una relación con Donatien.

El problema estaba en que contarle a su prima solo haría esa situación más complicada para ella, pues tendría que luchar contra el entusiasmo de Margaret por verla junto al pintor, y con los anhelos que eso también despertaría en él.

Mantenerlo de ese modo aún le ofrecía cierto control sobre la situación, pero sabía que si lo hacía público todo tomaría otro sentido.

—Esperemos un tiempo, aún me cuesta hacerme a la idea de todo esto… Sigo sintiendo como si fuese otra mujer la que posara en ese diván para ti, y no la Brigitte que todo el mundo conoce —expresó lo que sentía.

—Tranquila, todo se hará como tú desees —acordó, pero le dio la vuelta para mirarla a los ojos, intentando que los suyos no se posaran en los senos de su musa, que apenas estaban cubiertos por la delgada tela—. Y te recuerdo que la mujer que posa en ese diván y tú son la misma persona; no hay diferencias entre la una y la otra, ambas son hermosas, perfectas y sensuales… Capaces de volver loco a cualquier hombre…, capaces de…

—¿De qué? —inquirió nerviosa, temerosa de lo que pudiera decirle, y la reacción que esto provocaría en ella.

—De… enamorarlo —pronunció esas palabras sin apartar su mirada de sus ojos grises, y después la posó en sus labios.

Brigitte sintió que se mareaba ante la cercanía de Donatien, sus pechos casi se rozaban y el aliento cálido de él bañaba sus labios. De pronto, sintió cómo sus piernas comenzaban a temblar, y tuvo que aferrarse a los fuertes brazos del pintor para no caer, mientras su corazón latía desbocado.

—Donatien… —susurró, aunque no sabía si lo hacía para que se alejara o para que continuara, esa duda la llenó de miedo y expectativas.

—¿Sí? —preguntó consciente de que su autocontrol pendía de un hilo que se debilitaba cada vez más.

—Creo que… que deberíamos comenzar ya…

—¿Tienes prisa? —inquirió acariciando con sus pulgares las tersas mejillas de Brigitte, dispuesto a acortar la distancia entre los dos para besarla.

—Yo… yo… no quiero tardar mucho, me preocupa Maggie —respondió usando a su prima como excusa. Alejó su rostro justo antes de que Donatien alcanzase a rozar sus labios.

—Tienes razón, será mejor que comencemos.

Él le dedicó una sonrisa condescendiente y también tomó distancia, pero se sentía feliz de saber que ella ya no le rehuía, aunque le había dado una excusa para evitar que la besara, algo le

decía que el momento estaba cerca, que cuando menos lo esperase estaría deleitándose no solo con los labios de su musa.

Capítulo 28

París lo recibía una vez más, después de un mes que se le hizo eterno, en el cual no dejó de pensar una sola noche en la mujer que había dejado en esa ciudad, con la promesa de que volvería.

En ese momento por fin se encontraba allí para cumplirla, y lo haría de inmediato, pues a pesar de querer ver y abrazar a su hermana, su deseo por encontrarse con Pauline era mucho mayor.

Brigitte le había dado un juego de llaves el mes anterior, por lo que no tuvo que esperar a que alguien le abriera. Corrió la reja del elevador sin ningún esfuerzo, lo cual lo hizo sonreír, al recordar su episodio con el conserje.

Llamó a la puerta de la rubia con un par de golpes, y mientras esperaba, su cuerpo se llenó de nervios y la ansiedad aumentó en él. Era como si volviese en el tiempo, a esos años cuando todo su ser era dominado por la sola presencia de una mujer.

De pronto se sintió algo culpable, porque volver a sentirse de esa manera era como aceptar que comenzaba a olvidarse de Soraya, que ella podía ser reemplazada por otra mujer.

—¡Allan! —Escuchó ese grito desde el interior, y un segundo después la puerta se abría—. ¡Ay por Dios! ¡No puedo creerlo! ¿Por qué no me dijiste que venías? —cuestionó Pauline al tiempo que se lanzaba a abrazarlo.

—¡Hola!… Bueno, yo… quise darte una sorpresa —respondió intentando sonreír, pues aún se sentía perturbado.

—¡Vaya que me la has dado! —mencionó después de cerrar la puerta, sin saber qué más decir; solo se perdió en el hermoso azul de los ojos del hombre frente a ella.

Allan por fin reaccionó, al ser consciente de lo bella que lucía. Dejó caer su bolso de mano y la abrazó con fuerza; hundiendo su rostro en el cálido cuello de Pauline; sintiendo cómo su aroma

invadía su olfato y el calor de la unión de sus cuerpos comenzaba a envolverlo.

—Tal vez no me creas pero te extrañé mucho durante este mes —confesó, dándose la libertad de expresar aquello que sentía.

—Este abrazo me lo confirma —contestó sonriente, sintiéndose tan emocionada que no se cohibió en decirle la verdad—. Yo también te extrañé, más de lo que te puedas imaginar… Pensaba en ti cada noche, cada día… Todo el tiempo.

Él se sintió feliz al escuchar esas palabras, movió su rostro para mirarla a los ojos; quería tener de ella mucho más que ese brazo, deseaba probar una vez más sus labios, y así lo hizo.

Ni siquiera lo anticipó con un roce igual a la vez anterior, ahora solo se apoderó de la boca de Pauline con esa intensidad que ella le provocaba, esa que le exigía consumirla por completo, como si fuese el aire que necesitaba para mantenerse con vida.

Pauline se tensó en un principio ante el asalto, pero solo fue cuestión de segundos para que se entregara por completo, gimiendo cuando la húmeda y pesada lengua de él se deslizó dentro de su boca.

El latido desbocado de su corazón se esparció por todo su cuerpo, así como el placer que él le brindaba; y su deseo por complacerlo se hizo contundente dentro de ella.

—Lo siento…, no debí abordarte de esta manera. —Se disculpó, pues ante todo era un caballero.

—Este beso también me confirma tus palabras.

Él sonrió ante su comentario, y al ver en los ojos de Pauline su deseo de continuar, no se hizo de rogar; y una vez más se encontraba besándola.

Le ofreció delicadeza en cada roce de labios, pero cuando sus lenguas se encontraron la pasión se desató, haciendo que sus pretensiones de ser tierno y respetuoso se fueran por un barranco.

—Siento que no puedo contenerme —esbozó a modo de disculpa, en medio de besos húmedos y apremiantes que dejaba caer en su rostro.

—Entonces no lo hagas…, no te reprimas —expresó casi como una súplica. Pegó su cuerpo al fuerte de él y gimió al reconocer la prueba

de su ardor.

Allan era un hombre de pocas palabras, y supo que estas no eran necesarias en ese momento, solo le bastó ver en la mirada de Pauline que ella deseaba lo mismo que él.

La tomó en brazos, dejando ver una sonrisa ante el grito que liberó, y la besó; después caminó en dirección a la puerta que suponía era la de su habitación.

Pauline se sentía nerviosa, tensa y ansiosa; habían pasado muchos años desde la última vez que estuvo con un hombre. En aquel entonces tan solo era una chica de diecisiete años, pero tan profundamente enamorada, que no le importó desafiar a todos con tal de vivir su historia de amor, solo que esta acabó de una forma trágica.

Se obligó a dejar fuera de su mente el recuerdo de aquel episodio que marcó su vida, que la había torturado durante años; ya no le permitiría arruinar sus deseos de ser feliz.

Comenzó a desvestirlo, al tiempo que sentía que las manos de él también iban quitando prendas de su cuerpo, mientras se entregaban besos cargados de necesidad.

Él no le preguntó si estaba segura, pues su manera de abordarlo le decía que ella no era virgen, y la idea no le resultó agradable, pero tampoco lo haría desistir. Una mujer era para él más que un himen que romper.

Días atrás, uno de los visitantes del museo trató de ridiculizar a Brigitte, al decir que la información que ofrecía era errónea; cosa que no era cierta, pues ella había estudiado muy bien la historia de cada uno de los cuadros que presentaba en su recorrido, así como la vida y demás obras de sus autores.

La verdad no supo qué se apoderó de ella en ese momento, pero no se mostró sumisa como en ocasiones anteriores; por el contrario, refutó el argumento con una actitud segura y enérgica. Cayendo en un debate que la llevó a recibir una reprimenda de su supervisora.

Pero mantuvo su orgullo intacto, sabía que había actuado bien y que no permitiría que nadie se le impusiese, sobre todo si no tenía la razón.

Por lo que a partir de ese día había desempolvado sus viejos libros de historia del arte, además de comprarse un par de nuevas publicaciones; y cada día dedicaba un tiempo a la lectura.

Justo eso hacía cuando escuchó el sonido de unas llaves intentando abrir la puerta principal; apartó la mirada del libro y la posó en Margaret, quien intentaba hacer la cena.

Su prima la miró con el mismo desconcierto en su rostro.

—¿Y ahora? Qué extraño…

—Ah de ser algún vecino borracho, que se equivocó de puerta. Ahora mismo voy y me encargo de orientarlo… —comentó Margaret con actitud decidida.

—No, no Maggie, tranquila, ya me encargo yo. Te conozco y puedes llegar a ser un tanto grosera cuando deseas y te sale ese mal genio.

—Sobre todo cuando tengo hambre y un borracho apestoso me interrumpe el... —Brigitte no alcanzó a escuchar todo lo que dijo, pues se fue directo a la puerta y la abrió sin siquiera utilizar la mirilla.

La exclamación de felicidad, acompañada de la risa cantarina de Brigitte hizo que Margaret dejara lo que estaba haciendo y corriera a ver quién era, porque dudaba mucho que esa reacción fuera provocada por un vecino pasado de tragos.

Al descubrir que el hombre bajo el umbral de la puerta era su primo corrió hasta él para recibirlo con un gran abrazo y una lluvia de besos.

—¡Qué maravilla que hayas vuelto tan pronto primo! ¡Qué felicidad! Me has librado de hacer la cena… ¡Brit, comeremos fuera! —dijo con entusiasmo, mientras sonreía mirándolo a los ojos.

—¿Solo por eso te alegras de verme? —inquirió fingiéndose dolido, pero no podía dejar de sonreír.

—¡Por supuesto que no! Sabes que tu sola presencia ya me hace feliz… Bueno, nos hace.

Miró a Brigitte, quien una vez más se abrazaba a su hermano, buscando en él esa protección que siempre parecía necesitar; aunque últimamente se había mostrado más independiente y segura de sí misma.

Al parecer, parte de su influencia estaba surtiendo efecto; su prima comenzaba a ver que el mundo había evolucionado, que todas aquellas cadenas que ataban a las mujeres no eran invencibles, que podían romperse.

—Está bien, vayan a cambiarse. Justo venía a invitarlas a salir y a cambiarme de ropa —dijo Allan con una sonrisa.

Ese gesto apenas había abandonado sus labios desde que cayó rendido sobre el cuerpo desnudo de Pauline, después de tener el más placentero desahogo y saber que ella también había disfrutado de su encuentro.

—¿También invitarás a Pauline? —preguntó Margaret sonriendo con picardía.

—Ya lo he hecho —respondió sin querer entrar en detalles—. Así que dense prisa.

—Espera un momento Allan Brown, ¿fuiste a ver a Pauline antes que a nosotras? —inquirió Margaret, mirándolo de manera inquisidora.

—Bueno…, a la hora que llegué supuse que ustedes no estaban… Así que pasé a saludarla… —De pronto se sintió como un adolescente pescado en una travesura; incluso, sintió que sus mejillas se encendían.

—No tienes que decir nada, tu rostro acaba de hacerlo por ti… ¡Hombres! —Se quejó llevándose las manos a la cintura, al tiempo que lo miraba con reproche.

Brigitte no supo qué decir ante el semblante avergonzado de su hermano, solo dejó ver una sonrisa y se encogió de hombros, restándole importancia al asunto.

Ella no tenía nada que reprocharle; por el contrario, estaba feliz porque su hermano estuviera dispuesto a darle una oportunidad al amor. Ojalá ella también pudiera hacerlo.

—Será mejor darnos prisa Maggie. Y deja ya de molestarlo, mira que te ha salvado de cocinar y a mí de tener que probar tu comida —pronunció Brigitte jugándole una broma. Le dio un beso en la mejilla a su hermano, y después caminó, llevando casi a rastras a su prima, antes de que comenzara a protestar.

Después de una hora ellas estaban radiantes, y Allan se había dado una ducha y cambiado de ropa por algo más cómodo.

Él notó que su hermana cada vez se vestía de manera más osada, lo dejaba claro el diminuto vestido blanco que llevaba y que apenas alcanzaba a cubrirle los muslos; aunque por suerte, las botas le llegaban a las rodillas, cubriendo un poco sus piernas.

—Chicas, necesito que… que no vayan a hacer ningún comentario inapropiado delante de Pauline. Es una dama que merece respeto, y no quiero que se sienta avergonzada.

—Si lo dices por mí, no tienes nada de qué preocuparte primito. Aunque nosotras tenemos confianza, no puedo decir que sea la misma que tengo contigo; así que prometo controlarme y mantener mi boca cerrada. Lo que sea que ustedes dos hayan hecho esta tarde es asunto vuestro. Yo respetaré su vida privada, así como espero que tú respetes la mía. —Le advirtió, pues él no se había cohibido de expresar su desacuerdo en su estilo de vida.

—Eres adulta y has demostrado que sabes cuidarte sola. Pero eso no quita que me preocupe por ti.

—No tienes motivos, he sabido valerme por mí misma desde que tenía quince años, así que descuida. Y vayámonos, que vas hacer esperar a tu novia y le darás una pésima impresión.

Brigitte percibió la tensión en el ambiente y optó por mantenerse en silencio, ya que aún le avergonzaba tratar ese tipo de temas con Allan, a pesar de tenerle mucha confianza.

Además, ella también tenía sus secretos, y temía que si hablaba de más, la astucia de Margaret para indagar en la consciencia de los demás podía terminar dejándola en evidencia.

Capítulo 29

Allan bajó en el cuarto piso, mientras las chicas siguieron a la recepción. Cuando vio a la mujer que le había regalado una tarde maravillosa, quedó cautivado. Lucía espléndida en un vestido corto tono violeta, que le permitía disfrutar de las hermosas piernas que él se había deleitado acariciando.

—Estás bellísima. —Le hizo saber antes de darle un suave toque de labios. No se arriesgó a más, porque si la besaba como deseaba, nadie lo sacaría de allí.

—Gracias, tú también vas muy apuesto —dijo ella acariciándole el pecho.

Pauline sintió bajo la suave tela del suéter negro con cuello de tortuga la dureza del pecho que oprimió y rozó sus senos desnudos horas atrás, mientras hacían el amor y se miraban a los ojos.

Suspiró con ensoñación al recordar esa entrega absoluta y perfecta. Nunca se había sentido así, tan compenetrada con un hombre, ni siquiera con aquel que había amado intensamente.

Después de un par de besos más salieron del apartamento, él no quería demorar y darle pie a Margaret para que hiciera algún comentario mordaz; aunque le había prometido que no lo haría, de su prima se podía esperar cualquier cosa.

Al llegar a la recepción notaron que Donatien y otro hombre al que Allan no conocía se encontraba junto a las chicas.

—Primo, espero que no te moleste que tengamos compañía. Como la otra vez te quejaste de que eras el único que podía sacarnos a bailar… —anunció Margaret con una voz inocente que nadie le creía.

—No, en lo absoluto —respondió él detallando al desconocido, que parecía muy cercano a su prima.

—Te presento a un amigo, Lorian Dumont.

—Un placer conocerlo señor Brown —habló el aludido, extendiendo su mano derecha para estrechar la del americano.

—Encantado señor Dumont —dijo Allan, dándole un firme apretón al francés, que suponía sería una nueva conquista de su prima Margaret.

—Por favor, solo llámeme Lorian —dijo sonriendo.

—Bien Lorian —acordó y después miró al pintor—. Donatien, es un gusto verte amigo.

Allan notó cierta tensión en su hermana; obviamente, se debía a la presencia del pintor, porque miraba a todos excepto a él. En cambio Donatien, lucía bastante relajado y se podía decir que hasta feliz.

—Lo mismo digo Allan, que bueno tenerte aquí.

Después de las presentaciones, el actual compañero sentimental de Margaret los guió hasta un hermoso Alfa Romeo 6C, de un brillante tono rojo quemado, que parecía ser su orgullo por la manera en la que sonrió cuando vio las miradas de admiración que le dedicaron Allan y Donatien al coche.

El mismo se encontraba en muy buenas condiciones, a pesar de que le calculaban unos quince o quizás veinte años de antigüedad.

—No creo que quepamos todos.

Brigitte vio de inmediato que el espacio de atrás era pequeño para cuatro personas. Aunque había tenido cierta cercanía en los últimos días con Donatien, no quería exponerse delante de Allan y Margaret; ya no se confiaba de sus reacciones estando cerca del pintor.

—Sí, tienes razón, creo que tendremos que dividirnos —acotó Allan y miró hacia la calle para parar un taxi.

—Si nos acomodamos bien podemos entrar, las chicas pueden ir en sus piernas —sugirió Lorian, queriendo demostrar que el auto era perfecto.

Un incómodo silencio se apoderó de ellos tras las palabras del chico; Donatien pudo ver que Allan llevaba de la mano a Pauline, y que por ellos no habría problemas, tampoco por Margaret, pues ella iría adelante.

La única que se sentiría mal por aceptar lo que Lorian había sugerido era su musa. Le resultó un poco extraño que eso la

incomodara después de lo que habían vivido esas últimas semanas, pero enseguida comprendió que lo suyo seguía siendo un secreto, y él debía ayudarla a mantenerlo.

—Vayan ustedes en el auto, Brigitte y yo nos iremos en un taxi —dijo, y antes de que alguno pudiera protestar estaba deteniendo uno y le ofrecía su mano a Brigitte.

Ella aceptó dedicándole una sonrisa y sintiéndose muy agradecida, pues él, una vez más había comprendido la situación y le demostraba que no la forzaría a hacer algo que no deseara.

—Gracias —dijo dándole un apretón en la mano.

—No tienes nada que agradecer, te prometí guardar el secreto. —La miró a los ojos y se llevó la mano hasta sus labios para darle un beso.

—Y yo te prometo que buscaré la ocasión para hablar con ellos… Estuve pensándolo bien y sé que tienes razón, Allan y Margaret merecen saber la verdad, que le demuestre que confío en ellos —mencionó agradeciéndole el gesto con una sonrisa mientras lo miraba a los ojos.

También se aventuró a darle un beso en la mejilla, porque le parecía lo más acorde después de todas las muestras de cariño que él le ofrecía. Sin embargo, se alejó al ver el deseo apoderarse de la mirada de su amigo.

Una vez que llegaron al restaurante, el ambiente los envolvió por completo y se olvidaron de las tensiones, dedicándose solo a disfrutar de la cena.

Lorian resultó ser un hombre agradable y un gran conversador, trataba a Margaret como si fuese una valiosa joya, y ella se sentía complacida con sus gestos.

Así como lo hacía Pauline, cada vez que Allan se mostraba cariñoso con ella, entregándole besos furtivos en el hombro, cuando sentía que nadie los veía.

Brigitte, en cambio, solo le entregaba sonrisas amables a Donatien, sintiéndose intimidada en un par de ocasiones, cuando él se acercó un poco más o cuando puso el brazo por encima del espaldar de su silla.

—Ninguno de nosotros tiene compromisos mañana, así que salgamos a bailar… La noche todavía es joven —sugirió Margaret, una vez que terminaron la cena. Ese había sido su plan desde el principio.

—Estoy un poco cansada —dijo Brigitte, atajando el entusiasmo de su prima—, pero si lo desean pueden ir ustedes, yo regresaré al apartamento —agregó al ver la desilusión que su primer comentario provocó en todos.

—No, nada de eso… Por favor Brigitte, no seas aguafiestas. Si te vas, ¿con quién bailará Donatien? Porque por si no lo has notado, Pauline y yo tenemos pareja.

—Por favor Brit, ven con nosotros —pidió Allan mirándola a los ojos.

Sabía que su hermana debía distraerse e ir pensando en darle una oportunidad a Donatien, porque ya no existía posibilidad alguna de que regresase con Timothy, su excuñado lo había dejado muy claro. Casi había olvidado lo de la carta, pero en ese instante lo recordó; y supo que lo mejor que podía hacer por su hermana era asegurarse de que encontrase su felicidad al lado de un buen hombre.

Ella vio algo en la mirada de Allan que terminó por convencerla, miró a Donatien a los ojos y le dedicó una sonrisa, al tiempo que asentía. Le gustaba compartir con él, así que no había un motivo real para negarse, además, sería una mentirosa si decía que no la animaba la idea de distraerse y pasar un rato divertido.

Minutos después llegaban al exclusivo cabaré *Lido*, ubicado en una privilegiada zona de los *Campos Elíseos*, el mismo que era frecuentado por grandes artistas y personalidades importantes de toda Europa. Por lo que conseguir entrar a este no era nada fácil, pero Margaret tenía a su lado al sobrino de los propietarios, así que en cuanto los vieron llegar en compañía de Lorian, les dieron la bienvenida abriendo las puertas de par en par.

Ella sonreía sintiéndose como una reina ante las miradas cargadas de curiosidad por parte de las damas, y de admiración por los caballeros, mientras caminaba del brazo de Lorian.

Llegaron hasta un reservado con butacas de terciopelo negro y mesas de cedro rojo, que tenía su propia pista de baile.

—Trae la mejor champaña que tengas Louis —ordenó Lorian al encargado de atenderlos esa noche.

—Por supuesto señor Dumont, enseguida se la traigo.

A partir de ese momento el joven se aseguró de que el exquisito líquido dorado corriera como ríos por el reservado. Había esperado mucho para conseguir una oportunidad con la exuberante rubia, y sentía que esa noche por fin la tendría, lo que lo tenía muy feliz.

Después de una hora y varias copas de champaña Donatien se armó de valor y se acercó a Brigitte para invitarla a bailar; para su fortuna ella aceptó con una hermosa sonrisa.

Caminaron hasta la pista, seguidos por Allan y Pauline, quienes aprovechando la música suave que sonaba en ese momento, siguieron su ejemplo.

Comenzaron a mover sus cuerpos al compás de *Darling, Je Vous Aime Beaucoup* de *Nat King Cole*, y la suave melodía hizo que sus cuerpos se acercaran en un abrazo estrecho. Donatien se dio la libertad para acariciar la espalda de Brigitte, aunque sin disfrutar tanto como lo hacía cuando deslizaba sus manos por la piel desnuda de su musa.

Ella dejó libre un suspiro ante el sutil toque y apoyó su cabeza en el fuerte hombro de Donatien, entregándose al suave balanceo que él llevaba y que la hacía adormitarse, gracias también al efecto del alcohol en sus venas.

—Creo que la champaña tiene un mejor efecto en ti que los masajes —dijo él al sentirla tan relajada.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella parpadeando.

—Nunca te había sentido así de relajada —respondió dedicándole una sonrisa mientras la miraba a los ojos.

—Será porque voy vestida —acotó sonriéndole y sus mejillas se sonrojaron al ver cómo las pupilas consumían casi todo el iris celeste de Donatien. Tragó en seco para pasar el nudo en su garganta y buscó decir algo divertido, que los sacase de ese momento—. Aunque supongo que la champaña también ayuda.

—Te prefiero de la otra manera —dijo para no perder la oportunidad de expresarle sus deseos, pero como no quería intimidarla agregó algo más—. Y tendré presente lo de la champaña.

La próxima vez te esperaré con una copa en el estudio. —Sonrió al ver que ella también lo hacía.

Brigitte sintió todo su cuerpo temblar ante esa confesión, pero se esforzó por hacerle creer que lo había tomado como una broma, aunque en el fondo sabía que no lo había sido.

Él cada vez exponía más sus sentimientos, y a ella se le hacía más difícil ignorarlos. Lo peor era que no sabía a dónde la llevaría todo eso; optó por dejar de pensar en ello, y se dedicó a relajarse y disfrutar de la velada; ya después se preocuparía por lo demás.

Brigitte despertó al día siguiente sintiendo algo de pesadez y una molesta punzada de cabeza, la noche anterior había tomado más de lo acostumbrado, animada por Margaret, quien parecía ser la mejor amiga del vino; y por su hermano Allan, quien le prometió que cuidaría de ella si llegaba a excederse.

Siendo sincera, no podía quejarse, la velada estuvo maravillosa, hacía mucho tiempo que no se reía tanto; los chistes de Lorian le provocaron carcajadas que la llevaron hasta las lágrimas. Y la presencia de Donatien a su lado fue algo que disfrutó como no lo había hecho antes. Tal vez porque ahora los dos compartían un secreto, y esa complicad entre ambos hacía que todo fuese mejor.

—¡Cielo santo! —exclamó al moverse para levantarse, llevándose las manos a la cabeza para sostenerla, pues sentía que le pensaba una tonelada—. Recuerda no beber tanto la próxima vez Brigitte… No tienes la resistencia de Margaret —esbozó con los ojos cerrados.

Necesitaba con urgencia ir al baño, así que tanteando en medio de la penumbra que reinaba en la habitación se acercó a este. La luz que entraba por la pequeña ventanilla en la parte superior de la ducha la encandiló apenas entró e hizo que posara la mirada en su reflejo en el espejo.

—¡Por Dios! Mira tu cabello… y tu rostro, te ves horrible —dijo mirando el enredo en su cabeza y el maquillaje todo chorreado. Suspiró con frustración y abrió el grifo.

Minutos después salía del baño, envuelta en una bata gruesa de felpa verde agua. Caminó hacia el ventanal para correr las cortinas, dejando que la luz iluminara toda la habitación; luego se digirió

hacia el armario y comenzó a buscar su ropa interior; se vistió rápidamente con un sujetador y un panti que la hacían sentir cómoda.

Agarró un pantalón de drill celeste que le llegaba a las pantorrillas y un bello suéter de cachemira rojo, combinándolo con unas zapatillas del mismo color; y se encaminó hacia el espejo.

—Bien, estás perfecta —mencionó con una sonrisa, pero esta se borró de su cara en un segundo cuando vio un sobre encima del tocador.

Su mano trémula se acercó y lo tomó, tenía escrito su nombre con una letra que ella reconoció de inmediato. Apenas lo rozó con sus dedos y alejó la mano, sintiendo que el simple tacto la había quemado; jadeó ante esa sensación, y todo su cuerpo comenzó a temblar.

—Esto no… no puede… —balbuceaba sin poder quitar la mirada de la carta; una lágrima rodó por su mejilla mientras cerraba los ojos e intentaba tranquilizarse; respiró profundo antes de abrirlos de nuevo—. ¿Cómo demonio llegó esta carta aquí? ¿Quién la trajo?

La respuesta estalló en su cabeza con la fuerza de una bomba de guerra, dejándola igual de aturdida de lo que suponía la dejaría una detonación así. Jadeó una vez más y comenzó a mover su cabeza de un lado a otro, negándose a creer que su hermano fuese capaz de algo así, pero debía haber sido él, nadie más podía haberlo hecho.

No pudo evitar llenarse de resentimiento y salir en su busca. Le exigiría una explicación.

Capítulo 30

Allan y Margaret se encontraban sentados en el pequeño comedor de la cocina, habían llegado hacía unos minutos, pues la noche anterior cada cual se fue con sus respectivas parejas.

Él había prometido no reprocharle su comportamiento, y no lo hizo, aunque le alegró verla de regreso sana y salva.

—¡¿Qué es esto Allan?! —inquirió Brigitte casi en un grito cuando entró a la cocina y vio a su hermano desayunando junto a Margaret —. ¿Me puedes decir por qué trajiste esto? —La voz le vibraba por la rabia, el dolor y el miedo.

La miraron asombrados ante esa reacción, suponían que se molestaría cuando la encontrase, pero nunca que se alteraría de esa manera.

Brigitte estaba temblando de pies a cabeza, con la respiración agitada y los ojos colmados de lágrimas mientras les mostraba el sobre en su mano.

—Es una carta de Timothy, como respuesta a la que tú le enviaste; y la traje porque él me pidió que te la entregara —respondió calmadamente, intentando que Brigitte no hiciera una tormenta en un vaso de agua.

—Pero… ¿cómo pudiste hacerlo? —cuestionó furiosa por la actitud de su hermano y la suya propia, que no podía controlar. Estaba tan perturbada que se odiaba.

—Te dije que se pondría así, no fue buena idea dejarle la carta sobre el tocador —murmuró Margaret. Ella también estaba molesta por la acción de su primo.

—No fue buena idea ni siquiera aceptar traerla —espetó Brigitte, mirándolo de manera acusadora.

—Entonces, ¿qué proponías que hiciera? ¿Que le diera tu dirección para que la trajera él mismo? Porque, aunque me dijo que ya no te buscaría más, dudo mucho que pudiera controlarse y evitara

venir en tu busca cuando supiera dónde te encuentras. —Allan comenzaba a perder la paciencia.

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella mostrándose aterrorizada de que algo así sucediera.

—Esa precisamente era la reacción que me esperaba. Estás actuando como una cobarde, dices que no quieres saber nada de él, que lo desprecias, que ya no te importa… Pero solo basta una carta suya para ponerte así.

—Tú… tú no entiendes nada —contestó en medio de las lágrimas que luchaba por contener.

—Claro que lo entiendo Brit, lo entiendo todo… No has olvidado a Timothy como intentas hacernos creer, él sigue siendo importante para ti; y lo será hasta que no lo enfrentes, hasta que no lo mires a la cara y sientas que realmente ya nada te une a él —pronunció aquello que ella se negaba a decir.

—No tengo que verlo, tampoco tengo que leer su estúpida carta, así que llévasela de regreso —dijo caminando hasta la mesa, la puso encima de esta y después le dio la espalda para marcharse.

—Brigitte, mírame —pidió Margaret, quien sabía perfectamente cuánto había sufrido su prima y lo difícil que era para ella todo lo que estaba afrontando. Pero si una vez más debía abrirle los ojos, lo haría—. ¡Por un demonio! ¡Que me mires te digo!

—¡¿Qué?! —preguntó en un grito, volviéndose a verla, odiando que la obligara a mostrarse de esa manera ante ellos, como una tonta llorona.

—Agarra la maldita carta esa y léela, mata ese amor que aún sientes por él, termina de desilusionarte de Timothy Rumsfeld de una buena vez. No esperes a hacerlo cuando lo veas en un altar junto a otra… O ese día vas a desear morirte y no podrás, porque el destino es tan desgraciado, que te hará sentir más viva de lo que has estado nunca, solo para que conozcas lo que es el verdadero sufrimiento —mencionó Margaret llevada por la rabia y por su propio dolor.

Sintió como si su cuerpo fuese un volcán que había estado dormido por mucho tiempo y justo en ese momento acabara de hacer erupción, drenando toda la furia contenida dentro de ella.

Todo salió de su interior, dejándola vacía pero también expuesta ante las miradas confusas de sus primos; apretó los párpados con fuerza y se alejó. Tropezó con Brigitte, pero no se detuvo.

—Margaret…, yo… ¡Maggie! —Brigitte intentó detenerla, pero ya era tarde, se había encerrado en su habitación.

—Déjala, necesita estar a solas —intervino Allan, quien se sentía culpable de todo ese desastre—. Si no quieres leerla no tienes porqué, me la llevaré de regreso o la quemaré, y así no sabremos más de Timothy Rumsfeld —agregó tomando el sobre.

—No. Debo hacerlo, Margaret tiene razón… Y tú también. Me he portado como una cobarde, pero no lo seré más. Leeré lo que sea que tenga que decirme… y terminaré con todo esto. —Le extendió la mano para pedirle el sobre.

—¿Estás segura? —cuestionó mirándola a los ojos, no quería forzarla a hacer algo que no deseaba.

—Sí —respondió y también afirmó con su cabeza.

—Bien. —Allan se la extendió, rogando para que su hermana no fuese a terminar lastimada después de eso.

Brigitte se alejó, sintiendo que su corazón latía más rápido a cada segundo, que sus piernas temblaban y su respiración se hacía pesada. La sensación que la embargaba era del más puro terror, era algo atroz que le estaba destrozando los nervios.

Llegó hasta su habitación y se encerró, miró el sobre durante un par de minutos, hasta que al fin se llenó de valor y rasgó el papel.

Boston, 28 de octubre de 1960.

Brigitte

Me alivia saber que estás bien, porque mi mayor preocupación era que nuestra separación te hubiera causado un gran daño. Mi intención nunca fue lastimarte ni burlarme de ti o hacerte sentir usada; por el contrario, siempre intenté por todos los medios enamorarme de ti.

Luché por hacerlo durante diez años, y sin darme cuenta de cómo o en qué momento, lo conseguí. Pero es evidente que la certeza de este sentimiento llegó demasiado tarde para ti.

Sé que tengo mucho que ver con esta situación, que soy culpable y que tienes motivos suficientes para reprocharme; sin embargo, quiero hacerte una pregunta: ¿Acaso crees que eres la única que tiene cosas por recriminar?

Ella tembló al leer la pregunta, la misma la golpeó con tanta fuerza que fue como tener a Timothy parado frente a ella haciéndola; de pronto, el miedo la invadió y dejó de lado el papel, no quería saber nada más.

Irguió sus murallas, intentando protegerse de aquello que pudiera hacerle daño nuevamente. Se puso de pie y caminó hacia la ventana.

Su mirada se perdió en el paisaje frente a sus ojos, mientras sentía que esa presión en su pecho cada vez se hacía más dolorosa. Ahogándola, desgarrándola e impidiéndole ignorar la carta que estaba sobre su mesa de noche, esperando a que tuviera el valor de terminarla.

Dejó caer sus párpados y los apretó con fuerza, para ver si eso le ayudaba a escapar de esa sensación, pero todo fue mucho peor, porque su mente recreó la imagen de Timothy en el cristal de la ventana, esa que no veía pero que podía imaginar con absoluta claridad.

—¡Demonios! ¡Demonios! ¡Demonios! —exclamó sintiéndose impotente, furiosa y frustrada.

Se llevó las manos al rostro cuando percibió que estaba a punto del llanto y que el peso en su alma amenazaba con hacerla caer de rodillas.

Derrotada una vez más por ese sentimiento que se empeñaba en rechazar pero que seguía allí, latente dentro de ella; tomó la carta una vez más, obligándose a dejar de lado la cobardía que sentía.

Yo responderé por ti.

No, no eres la única que ha sufrido, yo también lo hice… Aún lo hago. Y no fue solo el sentimiento de culpa que dejaste en mí tras tu partida lo que me hizo sentir tan mal, no… Fue la forma en la que lo hiciste.

Dices que te sientes defraudada, pero… ¿qué hay de mí Brigitte? ¿Cómo crees que me sentí al despertar solo, encontrarme en una cama fría, y sin mayor explicación que una carta plagada de sin sentidos?

Me has dejado con cientos de preguntas, haciéndome sentir culpable y miserable; me has negado toda posibilidad de hablar contigo, y has lanzado al fango diez años de relación.

Me convertiste en la burla de todos nuestros conocidos; ante ellos solo soy el desdichado hombre que fue abandonado por su prometida… ¿Y sabes qué? Nada de eso me importó, ni las burlas ni las humillaciones o los reproches de mi padre. Los mandé al diablo y solo me dediqué a ignorarlos mientras movía cielo y tierra para encontrarte y demostrarte que te amo, que estoy dispuesto a darlo todo por hacerte feliz. Pero ¿qué he ganado con ello?

Que tú y tu familia me amenacen… Quizás me he excedido en mis acciones. Bien, lo acepto, pero estaba desesperado por verte y hablar contigo, solo necesitaba que lo hiciéramos una vez más… Jamás te iba a obligar a estar conmigo si no lo deseabas, solo quería estar seguro de que supieras lo que siento.

Sin embargo, tu carta me ha dejado claro que eso no será posible. Y yo no pienso forzarte a nada, porque nunca lo hice y jamás lo haré.

Ahora me pregunto: ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me diste esa última noche tan… perfecta, que se quedó grabada en mi memoria, en mi piel y mi corazón si me ibas a abandonar? Por más que intento hallar una respuesta no doy con ella, y me niego a imaginar que ese era tu plan, que el dolor que te causé te llevó a actuar de manera tan mezquina y cruel… Que me hicieras creer que todo estaba bien, y que no te conmoviera ni siquiera que por primera vez te dijera que te amaba, que ese «te amo» saliera de lo más profundo de mi corazón.

Parece que mi destino es jamás ser correspondido por las mujeres a las que he amado. Sabes de lo que hablo, porque sé que leíste mi diario y porque yo nunca te engañé con respeto a eso; además, ya no tiene caso seguir ignorándolo.

Después de este tiempo alejados y de leer miles de veces tu carta he comprendido que tienes razón: lo nuestro nunca podrá ser.

Lo intentamos durante diez años, lo forzamos porque se suponía que era lo mejor, porque así lo querían nuestras familias. Por eso,

antes de causarnos más dolor y de llenarnos de rencores decido parar esta agonía… Decido renunciar a ti, me rindo. Haré lo mismo que tú Brigitte, continuaré con mi vida.

Solo quiero que tengas algo muy claro: lo que sentí por Emma no se compara a lo que siento por ti. Pero ella forma parte de mi pasado, al igual que lo serás tú a partir de este momento.

Gracias por amarme como lo hiciste por tanto tiempo Brit, gracias por tu entrega, por tu compañía y tu apoyo; gracias por enseñarme lo que es el amor verdadero. Jamás tendré cómo pagarte todo eso. Espero que algún día puedas perdonarme, y que seas inmensamente feliz.

Timothy.

Brigitte sintió que el corazón le estallaba en miles de pedazos, que no quedaba una sola partícula de este que pudiera salvar del dolor que las palabras de Timothy le provocaban. Mientras en su cabeza la voz de su exnovio repetía una sola frase que bastaba para hacerla añicos.

«*Decido renunciar a ti*».

Capítulo 31

Brigitte se quedó encerrada en su habitación durante el resto del día, sentía que necesitaba vivir en soledad su duelo, poder llorar en libertad y torturarse releyendo la carta de Timothy, quien finalmente había matado su amor.

Ya no quedaba nada que salvar de esa relación que fue prácticamente lo que le dio significado a su mundo durante tantos años. Él lo acababa de terminar para siempre.

No sabía siquiera porqué la había afectado tanto, se suponía que eso era lo que deseaba, que había escapado de Londres, que se había ocultado de él y luego le había enviado aquella carta llena de reproches precisamente para hacer que él entendiera de una vez por todas que no regresaría con él.

Sin embargo, la estocada que la declaración de su ex le dio a su corazón le resultó tan dolorosa, que no tuvo fuerzas para salir ese día y darle la cara a su familia.

Para cuando el sol salió a la mañana siguiente, ella había derramado todas las lágrimas que le quedaban; el dolor fluyó de sus venas, dejándola vacía; pero también le dio la resolución para comenzar una nueva vida sin el fantasma de Timothy Rumsfeld. Y esta vez sería de manera definitiva.

Le había entregado mucho, la mitad de su vida dedicada a hacerlo feliz, mientras ella se perdía; así que había llegado el momento de recuperarse.

—A partir de hoy serás tú quien esté primero Brigitte Brown, y solo lucharás por aquello que te haga feliz, nada más —sentenció mirándose a los ojos en el reflejo que le entregaba el espejo, y salió para emprender un nuevo día, dispuesta a ser una mejor versión de sí misma.

La semana transcurrió de prisa, y Brigitte cada vez se mostraba más decidida y enérgica. Guardó todos esos cuadros melancólicos que había pintado y comenzó uno nuevo. Llamó a Donatien para disculparse por no ir, pero en ese momento no se sentía preparada para tener que lidiar con las insinuaciones amorosas del pintor.

Puso como excusa la presencia de Allan para faltar a sus citas de todas las tardes; y por suerte, Donatien la comprendió y le dijo que se tomara el tiempo necesario.

Sin embargo, se apareció a mitad de semana en su apartamento con la excusa de invitarla a una velada que tendría lugar la noche del sábado, era algo bastante formal, con personas influyentes y amantes del arte, que estaban deseosas por invertir en los nuevos talentos.

Así era como él se encontraba allí, justo frente a la puerta del apartamento de Brigitte, sintiendo cómo el corazón iba aumentando sus latidos, solo con imaginar que dentro de poco la vería y tendría toda una noche junto a ella.

—Donatien, pasa por favor… —dijo en cuanto le abrió—. Se me hizo tarde ayudando a Maggie.

Él apenas pudo ver el discreto diseño frontal del vestido de raso negro que Brigitte vestía, antes de que ella se diera la vuelta y le mostrara el escote en V que revelaba de manera sutil y sensual su hermosa espalda, llegando hasta la cintura, provocando que el deseo se desatara en su interior, y que su corazón se lanzara a cabalgar desbocado dentro de su cuerpo.

—No… —Su voz salió como un chillido, por lo que respiró profundo y tragó en seco para continuar—. No te preocupes… Este tipo de veladas siempre comienzan después de la hora pautada; además, los artistas no se caracterizan por su puntualidad —agregó con una sonrisa.

Quiso sonar relajado y se detuvo a cierta distancia, observando el ir y venir de su musa; pero el suave balanceo de sus caderas en esa falda ancha, sus bellas pantorrillas desnudas, su cuello largo y blanco, y ese escote en su espalda lo seguían perturbando.

Lo peor de toda esa situación era que no podía apartar su mirada de ella, Brigitte lo tenía totalmente atrapado, y a cada segundo que

pasaba el deseo crecía dentro de él. La había extrañado mucho durante esa semana, así que se moría por rozarla y comprobar si su piel seguía siendo tan suave como la recordaba.

—Donatien, ¿te encuentras bien? —preguntó Brigitte acercándose, al ver que se había quedado mirándola fijamente, como si estuviera hipnotizado.

—Sí…, por supuesto. Solo… me distraje un momento —respondió negando con la cabeza—. Hoy conoceremos a personas muy importantes, y quizás estoy un poco ansioso.

—Claro, es comprensible…, pero ya verás que todo saldrá de maravilla. Estoy segura de que encontrarás a muchos que se interesen en tu trabajo, es extraordinario —mencionó mientras le sonreía, y en un gesto espontáneo llevó una mano hasta su pecho, obsequiándole una tierna caricia.

Él se estremeció al sentir el suave toque y no pudo disimularlo; ella lo percibió, por lo que quiso retirar su mano, pero antes de hacerlo Donatien la atrapó con la suya, sosteniéndola sobre su corazón; y la miró a los ojos, deseando que ella viera lo que le hacía sentir, cómo su corazón latía al tenerla cerca, que supiera por fin que la amaba con toda la fuerza de su ser.

—Donatien… —murmuró, sintiendo que la intensidad de su mirada la hacía temblar.

Él negó con la cabeza en silencio, sin dejar que la mirada de Brigitte escapara de la suya, y a media que se acercaba, los latidos de su corazón aumentaban. Deslizó su mano libre por la tersa espalda, sintiendo que se estremecía bajo el contacto de sus dedos.

Eso lo hizo sonreír y a ella suspirar ante el reconocimiento de sus pieles; en ese instante supo que no necesitaba nada más para hacer lo que deseaba. Le entregaría ese beso que había guardado por mucho tiempo.

Brigitte se sentía atrapada, y no era el deseo lo que la mantenía allí, puesto que ese sentimiento parecía haberla abandonado luego de leer la carta de Timothy. Lo que la tenía cautiva era el miedo de lastimar a Donatien si lo rechazaba. No podía seguir negándole que sabía lo que sentía por ella, no después de todo lo vivido.

Pensó en lo que estaba a punto de hacer y se dijo que debía ser valiente, que se había prometido una nueva vida, lejos de aquel amor que le hizo tanto daño. Quizás había llegado el momento de cumplir esa promesa.

—¡Lista!… Lamento mucho la demo…

La voz de Margaret rompió la burbuja donde se encontraban, haciendo que sus cuerpos se sobresaltaran y después se tensaran; a tal grado, que casi se convirtieron en un par de esculturas.

Brigitte intentó alejarse al ser invadida por el miedo de verse descubierta en esa situación, pero Donatien se negó a dejarla ir tan rápido y la miró a los ojos, rogándole que no lo dejara así, que se olvidara de Margaret y del resto del mundo, que solo fuera consciente de él.

—Creo que olvidé algo en mi habitación —mencionó Margaret al comprender la situación—. Regreso en un momento…

—Donatien…, yo… —Brigitte intentó justificarse, aunque no sabía por qué o de qué, pues no había hecho nada malo, pero se sentía avergonzada.

—Tranquila…, no pasa nada —dijo sonriéndole al verla tan intimidada por su presencia, con las mejillas sonrojadas y los labios trémulos. Era como ver a una chica que fuera a ser besada por primera vez.

Intentó acercarse una vez más, necesitaba calmar esas ansias que clamaban por desbocarse en ella; pero la tensión que sintió en Brigitte lo desconcertó.

Suponía que después de lo sucedido un minuto atrás ya no tendría que enfrentarse al rechazo de su musa, ella había estado dispuesta a recibir ese beso que se quedó suspendido por la llegada de Margaret.

—Lo siento…, yo… —Brigitte bajó el rostro, huyendo de la mirada confundida de Donatien.

—Está bien. —Se alejó para esconder su dolor.

En ese momento escucharon que alguien estaba girando la llave en la cerradura, Brigitte comprendió de inmediato que debía ser su hermano, quien venía a ver porqué tardaban tanto. Así que caminó

hasta la mesa donde había dejado su bolso, lo tomó e intentó relajarse antes de que Allan entrase, o se daría cuenta de todo.

—¿Ya están listas chicas? Llegaremos tarde —decía entrando al salón, y se detuvo en seco al ver al pintor. Se le notaba algo tenso—. Donatien, por lo visto a ti también te están haciendo esperar.

—No tienes idea de cuánto —murmuró para que solo Allan lo escuchase, y le dedicó una mirada que sabía el americano comprendería, pero recapacitó al ver que podía incomodar a Brigitte con su actitud—. Pero no hay problema, a las damas siempre se les da su tiempo.

Minutos después llegaban a la grandiosa recepción, que se llevaba a cabo en el prestigioso salón parisino *Pavillon Royal*, el mismo que le daba la bienvenida a los asistentes y encantaba a todos con sus paredes hechas completamente de cristal, divididas con elegantes vigas de madera lacada, en un sobrio color negro; pisos que se asemejaban a un tablero de ajedrez, y el exuberante jardín, que se podía apreciar gracias a las farolas que lo bañaban con su tenue luz dorada.

Como Donatien era el único con conocidos en ese lugar, fue quien se encargó de hacer algunas presentaciones y procuró que el grupo se integrara a la fiesta.

Después de un rato, él y Brigitte se quedaron solos en la mesa que les fue asignada, ya que sus acompañantes de pronto sintieron un deseo urgente de bailar. Él sabía muy bien que todo no fue más que una estrategia para darles un poco de intimidad; sin embargo, allí estaban, en silencio y como si fuesen dos desconocidos.

—¡Donatien, amigo! ¡Qué gusto verte! Al fin alguien con algo de talento en este lugar. Ya comenzaba a aburrirme.

—Antoine, gracias por la invitación —respondió, saludando con una sonrisa al hijo del anfitrión—. Permíteme presentarte a la señorita Brigitte Brown.

—¡Vaya! No solo tienes buen gusto para el arte amigo. Es un placer señorita Brown, Antoine Duval. —Se presentó mostrando una sonrisa seductora, mientras la miraba fijamente a los ojos.

—Encantada señor Duval. —Brigitte se sintió un tanto nerviosa ante la intensidad de la mirada azul de ese hombre y su contacto cálido.

—Eres un hombre afortunado Donatien, tu novia es muy hermosa y su voz angelical. —Se digirió al pintor, pero no despegó sus ojos de Brigitte.

—No…, nosotros no… —Ella intentó aclarar que no era la pareja de Donatien, pero de pronto se detuvo, sintiendo que eso lo avergonzaría delante de su amigo.

—Brigitte no es mi novia, solo es una gran amiga y una colega —explicó él, al ver que se quedaba callada.

—¡Artista! Señorita Brown, me declaro un hombre perdidamente enamorado del arte, y desde este preciso momento de usted —pronunció con una mirada brillante y una gran sonrisa que mostraba su perfecta dentadura, sintiendo que la suerte era su cómplice esa noche.

—Por favor señor Duval…, me abruma con tal declaración, no soy merecedora de tanto… entusiasmo por su parte. La verdad es que solo estudié Arte, pero no me considero para nada una pintora talentosa —esbozó ella, al tiempo que intentaba ocultar los estragos que los nervios hacían en su interior. Nunca había conocido a un hombre tan libre de expresar su admiración a hacia una mujer.

—¡Oh, por favor! Me perdonará, pero no le creo. Si Donatien la considera su colega, es porque debe tener mucho potencial. Sé lo exigente que es, me dio clases cuando estudié la preparatoria en nuestro amado Toulouse —mencionó mirando al pintor a los ojos.

Donatien estaba tenso como el arco de una ballesta mientras observaba la escena que acontecía frente a sus ojos. Antoine tenía razón, él fue su alumno hacía muchos años, pero solo fue durante un corto período, cuando realizó algunas suplencias.

Aunque ese tiempo fue suficiente para saber que el chico sería un hombre de éxito, al igual que lo era su padre, quien no temía arriesgarse para obtener lo que quería. Siempre, de algún modo, ese chico lograba obtener éxito en todo lo que emprendía, y justo en ese momento su mirada reflejaba un gran deseo por Brigitte, lo que lo hizo llenarse de temor.

—¿Es eso cierto? —inquirió ella mirando a Donatien.

—Solo fueron algunas clases —respondió sin mucho énfasis, no quería alargar esa conversación y que Antoine tuviera una excusa para permanecer allí.

—Las suficientes para hacer que me enamorara del Arte.

—A mí me pasó lo mismo. Antes de entrar a la universidad, el Arte me parecía hermoso, pero no era algo que me apasionara; sin embargo, desde la primera vez que escuché a Donatien toda mi percepción sobre este cambió.

—¿También fue su alumna? —preguntó Antoine mostrándose sorprendido.

—Sí, en Oxford —contestó con una gran sonrisa.

—Así que el profesor Rimbaud ha reunido esta noche a dos de sus exalumnos —expresó con una sonrisa encantadora, que hacía brillar sus ojos azules—. No soy un hombre que crea en el destino, pienso que el futuro lo labra uno mismo; pero si esto es obra suya, debo dejar claro que le estaré eternamente agradecido por ponerla frente a mí señorita Brown —agregó ignorando al resto del mundo.

Ella se quedó muda ante dicha declaración, ningún hombre la había tratado de esa manera, menos en público; y tuvo que admitir, aunque fuese para ella misma, que Antoine Duval la había impresionado.

Le entregó una hermosa sonrisa en respuesta a su cumplido, y estaba por responder cuando sus demás acompañantes llegaron hasta la mesa, ocupando al francés en las respectivas presentaciones.

Capítulo 32

Para mala fortuna de Donatien, Antoine abandonó el lugar que ocupaba junto a su familia y se instaló en su mesa a pasar allí el resto de la velada. Aunque eso le molestó, su compañía no era del todo desagradable, ya que el joven podía pecar de engreído algunas veces, pero no al grado de resultar una persona odiosa, y sabía cómo ganarse la empatía de quienes lo rodeaban.

Lo que tenía sometido a una tortura absoluta a Donatien era ver que sus dos exalumnos se llevaban de maravilla. Antoine le podía sacar sonrisas a Brigitte con tanta facilidad que lo asombraba, y ella escuchaba atenta todas sus palabras, mientras lo miraba fijamente.

Era como si su musa hubiera sido hechizada por el encanto que desbordaba el joven, y eso clavaba un puñal en su corazón.

—Tienes que dejarme ver tus pinturas, y no aceptaré un no como respuesta —mencionó Antoine, quien desde hacía unos minutos tuteaba a la bella americana.

—No puedo complacerte en eso Antoine… Estás acostumbrado a ver arte de verdad, y lo que yo hago es solo… un burdo intento de crear algo.

—Lo dudo, pero te dejaré tranquila por hoy. Aunque debo advertirte que soy muy insistente, y siempre consigo lo que deseo —dijo mirándole los labios, que lucían tan voluptuosos gracias al intenso labial rojo.

Brigitte sintió que un temblor la recorría ante esas palabras y la mirada tan carnal que él le dedicaba; de pronto, fue como convertirse en la presa de un cazador.

Desvió la mirada y se llevó la copa de champaña a los labios, dándole un gran sorbo, para refrescar su garganta, que de un momento a otro se había secado.

—Y bien, ya que no deseas complacerme con eso… ¿Podrías hacerlo con algo más? —cuestionó en su susurro mientras se

acercaba a ella.

—¿Con qué? —La voz de Brigitte salió ahogada, mientras las notas del perfume amaderado y cítrico de él la embriagaban tanto como la champaña.

—Con un baile. —Le dijo al oído, como si su petición fuese mucho más que compartir una pieza en la pista, y le complació percibir que ella temblaba.

Una marejada de sensaciones se formó dentro de Brigitte ante la actitud tan seductora de Antoine, eso sin duda alguna elevó su ego y la hizo feliz, por lo que sin dudarlo asintió y aceptó la mano que le ofrecía.

—Damas, caballeros… ¿Nos disculpan? Regresamos enseguida —anunció el joven antes de dejar la mesa.

Les dio la espalda y se encaminó hacia la pista de baile, con su mano puesta en la cintura de Brigitte, como si ella le hubiera dando el permiso de tocarla de esa manera.

Y la estocada para Donatien fue ver que ella no se molestaba por las libertades que se estaba tomando; por el contrario, se le veía muy cómoda con sus atenciones, y no dejaba de sonreírle. Mientras que a él le llevó días lograr que se relajara cuando comenzó a posar para su pintura.

—Calma amigo…, es solo un baile —comentó Allan al ver que el pintor se tomaba su copa de un solo trago.

—¿Un baile? ¿Acaso no ves que está completamente deslumbrada por él? Ahora lo veo todo tan claro, no se trata de su doloroso pasado, soy yo el que nunca seré lo suficientemente bueno para ella. No tengo una posición social digna de una mujer como Brigitte Brown, tampoco tengo el encanto de la juventud… No le resulto atrayente ni interesante… Ella nunca dejará de verme como el humilde profesor Rimbaud —expresó con su voz cargada de resentimiento.

—No digas eso de mi hermana, Brigitte no es una mujer que se deje llevar por la clase social ni esas tonterías. —Le advirtió Allan, a quien no le había gustado el tono ni las palabras de Donatien. Podía aceptar que estuviese dolido, pero no que insultase a su hermana llamándola interesada.

—Todas las mujeres deben velar por su bienestar, no la estoy juzgando mal, es lógico que ella desee un futuro junto a un hombre que le brinde estabilidad y seguridad —mencionó aclarando su punto.

—Creo que no has terminado de conocerla en todo este tiempo, eso puedes decirlo de Margaret, quien solo busca tener relaciones con hombres adinerados y se deja deslumbrar por ese tipo de cosas, pero no mi hermana… —Se interrumpió, sin saber si debía decir lo que pensaba en ese momento o callarlo; al final, optó por hablar—. Brigitte ya tuvo en su vida a un hombre que le prometía estabilidad y seguridad, pero también la hizo muy infeliz. Créeme cuando te digo que lo único que desea en este momento es a alguien que la ame de verdad, que esté dispuesto a hacerla feliz todos los días de su vida; y ese puedes ser tú. Pero no debes dejarte derrotar por el primero que intenta conquistarla. Si no tienes la entereza para luchar por ella, entonces será mejor que te apartes de su camino; pero si en verdad quieres a mi hermana como dices, entonces házselo saber de una buena vez; deja la cobardía y arriésgate a que pase lo que tenga que pasar.

Donatien se sintió como un chiquillo regañado, comenzó a ver todo en retrospectiva y no podía creer que en verdad fuese tan pesimista, él debía luchar por su musa.

La resolución estaba instalada en él, y cuando la pareja regresó, lo primero que hizo fue tratar de atraer la atención de Brigitte. Fue quien propuso el tema de conversación y no permitió que Antoine lo hiciera a un lado.

Incluso, acercó su silla más a ella, para impedir que su exalumno pudiera ganar más espacio, y cuando le hablaba, lo hacía mirándola a los ojos, para que ella no pudiera distraer su mirada en alguien más que no fuese él.

—¿Quieres bailar conmigo? —Le preguntó en cuanto tuvo la oportunidad.

Las notas de la suave melodía de *True Love Ways*, que comenzó a interpretar la banda, guiaron los pasos de Donatien y Brigitte hasta la pista de baile, y empezaron a moverse al ritmo de la romántica canción.

—Creo que no te he dicho lo hermosa que luces esta noche —mencionó él para atraer su atención, pues se notaba que su mente estaba lejos de ese lugar.

—Gracias, tú también te ves muy apuesto —dijo entregándole una sonrisa, y esforzándose por alejar la tensión que podía sentir entre los dos.

—Gracias, aunque no me creo merecedor de ese cumplido, sé que soy un hombre bastante normal —acotó desviando su mirada.

—¿A qué te refieres con eso? —cuestionó ella, desconcertada ante su actitud.

—Por favor Brigitte, sé que no tengo el encanto que otros hombres desbordan, y que… —Donatien se detuvo al ver que estaba dejando aflorar su resentimiento.

—Tengo que diferir de eso, para mí eres encantador.

Ella vio que Donatien le regalaba una mueca parecida a una sonrisa, pero que no se asemejaba en nada a esos gestos tan maravillosos y llenos de calidez que solía entregarle.

Sabía que algo le sucedía, y pensó que tal vez seguía molesto por lo que pasó en el apartamento; suspiró, agotada de esa situación, de su imposibilidad para abrirle su corazón a otro hombre, de arriesgarse a amar de nuevo.

Ninguno de los dos consiguió superar el silencio que se apoderó de ellos después de eso, simplemente, se limitaron a seguir bailando, mientras sus deseos iban en direcciones distintas.

Donatien, por ejemplo, deseaba tener el valor para mirarla a los ojos, decirle que la amaba y darle ese beso que llevaba años esperando ser consumado.

Brigitte, en cambio, solo quería tener en sus manos la manera de no lastimarlo, de que en su pecho se despertara algo más poderoso que el cariño que sentía por él.

Ni siquiera comprendía por qué le resultaba tan difícil, si Donatien le parecía un hombre atractivo y gentil, si se sentía tan bien cuando estaba junto a él.

—¿Te gustaría salir al jardín? Creo que el ambiente aquí está muy cargado del humo de cigarrillo, y tal vez nos vendría bien respirar

aire fresco —sugirió tomándole la mano, para impedirle que se alejara de él.

—Me encantaría…, pero ausentarnos así tal vez sea una descortesía con los demás. —Puso eso como excusa. La verdad era que le aterraba estar a solas con él, porque no quería verse en una situación que no pudiese controlar.

—Podemos decirles que saldremos unos minutos, así no se preocupan si no nos ven en la pista —acotó mostrándose como un caballero, sabía que no podía forzarla a nada.

—Está bien —concedió asintiendo, y caminó junto a él de regreso a la mesa.

Antoine se puso de pie apenas los vio acercarse, le dedicó una sonrisa a Brigitte, quien se veía algo tensa. Abordó de inmediato al pintor, para robarle a la mujer que tenía a su lado, y que él esperaba terminara entregándole más que un baile al final de la noche.

—Donatien, te tengo excelentes noticias, mi padre le habló de ti a Sophie Marchant, la esposa del dueño de este lugar, y que además, es una acérrima amante del Arte. La dama está interesada en conocerte, ven conmigo y te la presentaré —dijo tomándolo del brazo para llevarlo.

—Espera Antoine… Brigitte y yo estábamos por…

—Tranquilo, ve a conocer a la señora, quizás termines consiguiendo la oportunidad de demostrarle lo talentoso que eres —mencionó Brigitte mirándolo a los ojos, mientras lo animaba con una sonrisa.

—¡Por supuesto hombre! ¿Imaginas que te permita presentar tu exposición aquí? Eso sería lo mejor que pudiera pasarte.

La sonrisa de Antoine era realmente efusiva, y logró convencerlo, aunque se seguía mostrando un poco reticente.

Sin embargo, se relajó al ser consciente de que mientras él estuviera alejado de Brigitte, también intentaría mantener a Antoine apartado de ella. No podía seguir dándole ventajas para que intentara conquistar a su musa.

Brigitte se quedó en su mesa, disfrutando de la agradable charla que mantenían, pero sin liberarse del todo de la tensión que sentía. Era como si estuviera a punto de tomar una decisión importante, una

de esas de las que siempre le causaban un enorme miedo, porque no solo la afectaba a ella, sino también a las personas que la rodeaban.

—He vuelto —anunció Antoine con una gran sonrisa—. Les dije que debía saludar a otros invitados y escapé.

De inmediato ocupó su silla junto a Brigitte, entregándole una sonrisa radiante, y posó su mano por encima del espaldar del asiento de ella, para así tener una mayor cercanía y comenzar a ganar terreno.

Y en cuestión de minutos volvía a ser el dueño de toda la atención, hablando de distintos temas, para no aburrir a sus acompañantes; consiguiendo de esa manera tener la admiración de las damas presentes.

Sin embargo, después de un rato, Margaret y su flamante novio se despidieron, mencionando que deseaban ir a un ambiente más animado a bailar, antes de que la noche se acabara.

Allan y Pauline también vieron su oportunidad de salir de allí, mencionando que ellos no estaban tan familiarizados con ese ambiente, y ya se comenzaban a sentir algo fuera de lugar; por supuesto, esperaban que Brigitte los acompañase, aunque después se despedirían, una vez que llegaran al edificio donde vivían.

—Yo quisiera quedarme un poco más, Donatien me invitó y me parece una descortesía marcharme antes que él, pero pueden irse tranquilos, le pediré que me lleve.

—¿Estás segura? —inquirió, mirando a su hermana y luego a Antoine con algo de desconfianza.

—Por supuesto, no me pasará nada —confirmó entregándole una sonrisa.

—Dejas a tu hermana en buenas manos Allan, Rimbaud es el hombre más honorable de todo París; y si él no puede acompañarla, te doy mi palabra de que llegará sana y salva a su apartamento, yo mismo me encargaré de que así sea —habló Antoine desbordando seguridad, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Bien —concedió Allan acercándose para abrazar a su hermana —. Confío en ti Brigitte. —Le susurró al oído.

—No te preocupes, sé cuidarme bien —respondió ella del mismo modo, y al separarse lo miró a los ojos.

—Estará bien, prometo cuidarla. —Antoine le extendió la mano para sellar esa promesa con un apretón.

Allan se quedó mirando la mano que el hombre le ofrecía, mientras pensaba que ya otro le había hecho esa misma promesa, y fue quien terminó destrozándole el corazón.

Respiró profundo para no dejarse llevar por la amargura de ese recuerdo, y condenar a otro por los pecados ajenos; luego le entregó un fuerte apretón.

—Eso espero. Fue un gusto conocerte —mencionó mostrándose protocolar, pero no lo convencía esa sonrisa que se le daba tan fácil al francés.

—Digo lo mismo, que disfrutes el resto de la noche —comentó con una sonrisa pícara adornando sus labios.

Allan apresuró su partida, para no quedar más expuesto. Sabía que su hermana era una mujer adulta y que comprendía su relación con Pauline. Sobre todo, después de haber tenido ella una bastante cercana con Timothy. Aun así, debía darle el ejemplo y velar por la reputación de la mujer a su lado.

—Las personas cada día ganan más ingenio para inventarse excusas, sin saber que al final de cuentas terminan exponiéndose.

—¿A qué te refieres? —inquirió ella, quien se había distraído mirando a su hermano y a su amiga tan compenetrados y felices.

—A que no se marchan porque deseen hacer lo que dijeron, sino porque necesitan un poco de intimidad —respondió con un gesto pícaro.

Vio que ella se sonrojaba, avergonzada y le esquivaba la mirada, lo que hizo que el deseo fuese como una ola que lo barrió de pies a cabeza y terminó mordiéndose el labio inferior.

La idea de tener a una virgen frente a sus ojos lo deleitó de inmediato, pues hacía mucho que no disfrutaba de ser el primero para una mujer.

—Hagamos un brindis —dijo y llamó a un mesonero.

—¿Brindis? ¿Y por qué brindaremos? —inquirió ella parpadeando con algo de nerviosismo, mientras recibía la copa de champaña que

él le ofrecía.

—Por esta grandiosa velada, por el placer de habernos conocido… Y porque espero que me concedas el privilegio de tener tu amistad —contestó con una de esas sonrisas encantadoras que usaba para conquistar.

Brigitte se sintió hechizada ante sus palabras y afirmó mientras sonreía, aceptando su petición de amistad sin dudarlo, porque presentía que él era un caballero en quien podía depositar su confianza.

Bebió de su copa bajo la poderosa mirada de Antoine, quien poseía un magnetismo del cual se sentía presa; haciéndole notar también cuán apuesto era y la atracción que empezaba a sentir por él.

Antoine no perdió tiempo y se la llevó de nuevo a la pista, haciendo que sus manos se aventuraran a recorrer algunos lugares de la perfecta silueta de Brigitte, llevado por el deseo y el alcohol que empezaba a pesar en su sangre.

Podía sentir que ella estaba algo mareada después de bailar unas cinco canciones, por lo que la sacó de ese lugar; y con la excusa de respirar aire fresco, la llevó al exquisito jardín que rodeaba al salón de fiesta.

Capítulo 33

El frío de principios de otoño se hizo sentir en cuanto salieron, por lo que Brigitte se vio temblando al ser envuelta por las primeras corrientes de aire. Se abrazó a sí misma, buscando darse un poco de calor; de pronto, el roce de la mano de Antoine en su espalda desnuda la hizo estremecer más que el gélido aire; y sorprendida, se volvió para mirarlo.

—Está bastante frío aquí afuera —susurró él, mirándola.

Se acercó despacio hacia ella, arrinconándola entre su cuerpo y una de las pocas paredes de madera que había en el lugar. La llevó justo hacia ese lado de la construcción, para tener mayor privacidad, ya que allí nadie podía verlos desde el salón.

—Sí…, creo que será mejor regresar —mencionó, logrando escapar de su cercanía.

—Espera…, no es necesario que entremos tan rápido, si tienes frío puedo darte calor —murmuró con la voz tan ronca como el rumor del mar.

La tomó del brazo y la llevó de nuevo a ese rincón oculto, procurando esta vez no dejarle un espacio para que pudiera escapar.

Sonrió al ver que ella cerraba los ojos en un gesto de rendición, y aprovechó eso para deslizar su mano con suavidad por el cuello blanco y delgado de la americana, al tiempo que se preparaba para besarla.

Brigitte fue presa de un dejavú, al escucharlo decir esas últimas palabras; no habían sido iguales a las que le dijera Timothy aquella vez en el río, pero consiguieron que ella se sumergiera en el recuerdo y se sintiera allí de nuevo.

De pronto se encontró deseando vivir lo mismo de aquel entonces, experimentar aquella arrolladora pasión que la volvía loca, que la elevaba hasta alcanzar el cielo. Quiso sentirse mujer una vez más entre los brazos de un hombre, en los del único que era capaz

de despertar cada fibra de su ser y lograr que se entregara por completo.

Antoine pudo identificar el deseo reflejado en el rostro de Brigitte, aunque ella no lo veía, podía sentir que estaba deseándolo, que quería que la besara, que la tocara; y podía jurar que con gusto la complacería.

Dejó para después la idea de besarle los labios y prefirió hundir el rostro en su terso cuello, al tiempo que sus manos ascendían en una caricia lenta por sus costados, en busca de los turgentes senos que se movían al ritmo acompasado de su respiración.

—¡Hueles delicioso! —expresó embriagado con el dulce aroma a flores que se desprendía de sus poros.

La voz de Antoine rompió el hechizo que envolvía a Brigitte, y se tensó de inmediato al ser consciente de su realidad. Ella no estaba en aquel río, y el hombre junto a ella no era Timothy Rumsfeld, sino un completo extraño, que no tenía ningún derecho a tocarla de esa manera. Estaba a punto de exigirle que se detuviera, cuando escuchó otra voz que la hizo sobresaltarse.

—¡Brigitte! —bramó Donatien sintiendo que la furia se apoderaba de él, al descubrir la escena frente a sus ojos.

Antoine vio la figura de Donatien acercarse de manera amenazadora hacia ellos, se alejó de la chica para que no malinterpretase la situación, aunque a decir verdad, eso no era algo que le incumbiese a él; después de todo, le había dicho que solo eran amigos.

—Todo está bien profesor. —Sonrió para aplacar las tensiones—. Solo salimos a tomar un poco de aire.

—Aléjate de ella. —Le advirtió mirándolo con furia, al tiempo que le ponía una mano en el pecho y lo empujaba.

—¡Donatien! —expresó Brigitte alarmada ante esa actitud tan agresiva, que desconocía por completo.

Donatien la haló por el brazo para sacarla de ese rincón oscuro, a donde el malnacido de Duval la había arrastrado, con la clara intención de aprovecharse de ella.

Estaba seguro de que Brigitte no había llegado hasta allí siendo consciente de lo que harían, al menos, eso deseaba creer; pues de lo

contrario, ella le rompería el corazón.

—Regresa por tu bolso, nos vamos —mencionó en un tono serio, que no admitía cuestionamientos.

—Pero… yo… —Brigitte intentó hacerlo entrar en razón, parecía que hubiese enloquecido.

—Haz lo que te digo, ahora —demandó mirándola con un profundo resentimiento.

—¡Donatien! ¿Qué demonios te pasa amigo? Solo salimos un rato nada más, tampoco es para que te pongas en este plan de padre protector. Brigitte es una mujer y sabe muy bien lo que hace. —Antoine también se puso en una postura defensiva, no permitiría que le arruinara los planes.

—Donatien, por favor… Esto es ridículo.

Brigitte se estaba muriendo de la vergüenza, no quería provocar un escándalo y que todo el mundo en la fiesta se enterase de esa situación tan bochornosa.

—Viniste a este lugar conmigo y te irás conmigo —dijo tomándola del brazo para llevársela de allí. Aunque fuese a rastras la alejaría de ese miserable.

—Si ella no quiere irse no puedes obligarla —señaló Antoine, caminando tras ellos.

Sujetó con fuerza el brazo de Donatien, para hacer que se detuviera e impedir que terminara avergonzando a Brigitte delante de todo el mundo. Definitivamente, había perdido la cabeza, creyéndose con el derecho de hacerle reproches, como si fuese su marido.

—Será mejor que no vuelvas a tocarme, si no quieres que te rompa la cara. —Lo amenazó, volviéndose a mirarlo, mientras soltaba a Brigitte y se erguía, dispuesto a darle la paliza de su vida a Antoine Duval.

A Brigitte le horrorizaba la idea de que terminaran yéndose a las manos. Ella siempre había cuidado su reputación y jamás se había visto involucrada en una situación así, y esa no sería la primera vez.

Decidió que no se prestaría a ese tipo de espectáculos, así que con rapidez abandonó la escena y regresó al salón para tomar su bolso, se iría de allí en ese preciso instante.

Donatien esquivó su mirada cargada de odio de Antoine y fue consciente de la ausencia de Brigitte, no podía permitir que se marchara sola. De inmediato cayó en la cuenta de que quizás se había extralimitado en su actitud y la había hecho sentir mal, así que sin importarle nada más, se dispuso a salir tras ella.

—¡Rimbaud! —gritó Antoine, quien no pensaba quedarse allí como un estúpido, mientras otro se llevaba a la mujer que pretendía que fuera suya.

Al ver que el profesor no se detenía, caminó de prisa y una vez más lo haló, esta vez por el hombro, para hacer que se volviera y lo mirara a la cara.

—¡Quítame la mano de encima! —respondió dándole un fuerte manotón, al tiempo que sus ojos relampagueaban por el odio que sentía hacia él en ese momento.

—¡Ahora lo comprendo!… —Antoine arrastró las palabras, mientras mostraba una sonrisa que desbordaba sarcasmo y lo miraba a los ojos—. Estás enamorado de ella en secreto, por eso tu incomodidad cada vez que me le acercaba y la halagaba —concluyó mirando con algo de asombro a su exprofesor, pues jamás imaginó que el correcto Donatien Rimbaud fuese a involucrarse sentimentalmente con una exalumna.

—No es tu problema —respondió entre dientes.

—Te equivocas, a partir de este momento sí lo es… Porque esa mujer realmente me gusta —confesó sin dejarse intimidar por la actitud amenazadora del otro.

—No se te ocurra… —decía, sintiendo el deseo de golpearlo hasta sacar toda la rabia que lleva dentro.

—Voy a jugar limpio contigo Donatien, por el aprecio que te tengo. Dentro de dos días salgo para Nueva York, estaré allá alrededor de dos meses. Si para mi regreso no has logrado conquistarla, quiero que seas consciente de que nada me detendrá, y que así tenga que perder tu amistad, esa mujer será mía —anunció, dejando claras sus intenciones, pues no era un hombre de rodeos.

—Yo quiero que a ti te quede claro que no dejaré que te le acerques de nuevo, ni ahora ni nunca. —Le advirtió y su voz vibraba por la rabia contenida dentro de él. Luego le dio la espalda, pero

antes de avanzar se volvió a mirarlo—. Y nuestra amistad dala por terminada desde este preciso momento.

Después de eso se marchó, dejando a Antoine realmente furioso, pues era evidente que había arruinado sus planes de aprovecharse de Brigitte; pero si de él dependía, no volvería a ponerle una mano encima a su musa nunca más.

Mientras caminaba de regreso al salón, la vio salir por la puerta principal, así que atravesó todo el lugar casi corriendo para alcanzarla, ni siquiera recogió su abrigo, lo único que le importaba era impedir que se marchara sola.

—¡Brigitte! —La llamó, pero ella lo ignoró y siguió caminando—. Por favor, espera. No puedes irte así.

—¡Déjame en paz Donatien! —expresó intentando esconder su llanto y lo avergonzada que se sentía—. ¿Acaso no querías que nos marcháramos? Pues eso es lo que estoy haciendo —dijo sin detenerse.

—Está bien…, entonces lo haremos juntos —acordó y caminó para indicarle a uno de los hombres de seguridad que le buscaran un taxi.

Ella aceptó para no suscitar una nueva discusión entre ambos, y porque le había prometido a su hermano que Donatien la llevaría a casa. Sin embargo, en ese momento lo único que deseaba era alejarse de él, porque se sentía demasiado furiosa, y no podía comprender su actitud ni las atribuciones que se estaba tomando. Ese no era el mismo Donatien que ella conocía y apreciaba.

Durante el trayecto se mantuvieron en silencio, y sus miradas no se cruzaron en ningún momento; había demasiada tensión entre los dos.

Al llegar al modesto edificio que ella había hecho su hogar, él le pagó al chofer y bajó del auto, para después extenderle la mano.

Brigitte no quería recibirla, pero tampoco le nacía ser maleducada; además, cuando apoyó un pie en los adoquines e intentó incorporarse se sintió un poco mareada. Había bebido de más.

—¿Estás bien? —preguntó Donatien, apoyándole una mano en la mejilla, al tiempo que sus ojos la miraban con preocupación. La molestia lo abandonó al verla tan pálida.

—Por supuesto —respondió, apartando su mejilla del toque—. Estoy perfectamente, puedes irte a tu casa tranquilo. Aprovecha el taxi, para que no tengas que caminar, porque la noche está muy fría.

Después se alejó, dejándolo a merced de ese andar tan elegante y maravilloso de sus caderas, que hacía danzar la falda ancha del hermoso vestido negro.

Donatien se sintió hechizado por la belleza y la sensualidad que irradiaba Brigitte, sintiendo crecer dentro de él ese deseo que estaba desesperado por desbocar en ella.

No se dejó desanimar por su actitud resentida, y supo que había llegado el momento de confesarse.

Despidió al chofer con un ademán de su mano, y luego entró al edificio.

—¿Por qué estás molesta? —inquirió, al ver cómo luchaba por abrir la reja del ascensor.

—No estoy molesta —respondió ella con los dientes apretados por el esfuerzo que hacía—. ¡Estúpida puerta! Se dañó de nuevo —expresó, golpeándola con las palmas de sus manos, queriendo darle también un puntapié.

—Déjala, yo me encargo —pidió él, alejándola.

—Gracias —masculló, y al ver lo fácil que la abría, se sintió mucho más frustrada.

—Listo, puedes subir.

—Buenas noches Donatien.

Ella pasó por su lado con rapidez y entró al aparato, dispuesta a ganarle a la puerta del elevador; llevó sus manos para cerrarla, pero una vez más Donatien la detenía; no para hacerlo él, sino para entrar, luego lo vio marcar su piso.

Había decidido que hablar con ella, pero no podía hacerlo allí, necesitaba que fuera en un lugar más privado. Tampoco la pondría sobre aviso, esperaría hasta que estuvieran en su apartamento.

Capítulo 34

Brigitte se tensó de inmediato al ver lo que hacía, no entendía por qué había subido con ella; en los meses que llevaba viviendo allí, nunca había pasado de la recepción cuando regresaban de cenar o de alguna exposición. Definitivamente, estaba actuando de manera muy extraña; y eso, lo quisiera o no, la perturbaba.

—Me gustaría acompañarte hasta la puerta de tu apartamento, y así asegurarme de que llegas bien —dijo él, interpretando su silencio y la rigidez de su cuerpo.

—No era necesario, no me pasará nada —contestó, mientras se cruzaba de brazos y se pegaba a la reja.

Algo en el comportamiento de Brigitte lo hizo sonreír, pero se mantuvo en silencio; disfrutando un poco de esa actitud altanera que nunca había visto en ella.

No era que le gustase eso en las mujeres, pero se sentía tan enamorado de su musa, que incluso esa actuación le resultaba adorable, porque estaba mostrando su carácter.

—Bien, llegamos. Muchas gracias por la velada Donatien, fue muy agradable; y gracias por acompañarme casi hasta la puerta de mi apartamento. Buenas noches, que descanses. —Brigitte dijo todo eso con rapidez y lo esquivó para salir del elevador, cuando él le abrió la puerta.

—Espera un segundo, creo que hace un rato no formulé bien la pregunta —mencionó, caminado tras ella.

—¿Qué pregunta? —cuestionó, mirándolo con impaciencia, ya estaba cansada de que la siguiera; y comenzaba a ponerse nerviosa.

—La que te hice hace unos minutos. Debí preguntarte por qué estás tan molesta conmigo. Porque es evidente que tu molestia es conmigo, ¿o me equivoco? —Donatien fue directo, aunque no quería arruinar las cosas con ella.

Brigitte se quedó callada y sus pupilas se movían con rapidez, revelando el nerviosismo que la invadió al ser confrontada de esa manera.

Pensó en negar lo que él afirmaba, pero de pronto recordó que los dos habían prometido ser sinceros; así que lo sería.

—Cuando me subí al tren en Londres, tú me dijiste algo que no he olvidado: «De hoy en adelante tu vida será verdaderamente tuya Brigitte, podrás hacer lo que desees…». —Lo citó.

—Lo recuerdo —confirmó, asintiendo con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no me dejaste hacerlo hoy? ¿Por qué te pusiste de esa manera y no me dejaste explicarte lo que pasó? Solo me avergonzaste… ¿Por qué teníamos que marcharnos así? —preguntó furiosa y dolida.

—Solo quería cuidarte.

—¡Pues no soy una niña para que lo hagas! —exclamó con voz trémula y con las lágrimas a un pestañeo de ser derramadas—. Se supone que soy una mujer adulta e independiente, que puedo ir a donde me plazca y tomar mis propias decisiones sin tener que rendirle cuentas a nadie.

—Una mujer adulta también es responsable, y esta noche no lo estabas siendo… Le entregaste tu confianza a alguien a quien apenas conocías, comenzaste a beber más de lo que acostumbras, y dejaste que te llevara a un lugar donde no estarías segura. Y si no llego a tiempo, seguramente habría conseguido lo que deseaba de ti.

—¿Y qué supones deseaba de mí? —inquirió, ofendida.

—Nada —espetó Donatien, a punto de salirse de sus cabales. Intentó quedarse callado, pero no pudo, porque la rabia dentro de él era muy fuerte—. Acabas de decirme que no eres una niña, así que debes saber perfectamente lo que ese hombre buscaba contigo… Lamento haber arruinado sus planes; y por lo visto, los tuyos —mencionó y después le dio la espalda para marcharse, sintiendo que el dolor le laceraba el alma.

Brigitte se quedó de piedra, jamás se imaginó que Donatien la tratase de esa manera tan fría y dura; que incluso, llegase a insinuar que ella deseaba tener relaciones sexuales con Antoine Duval esa

noche. Se sintió tan dolida, furiosa y ofendida que sin darse cuenta un par de lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Espera un momento! —gritó para detenerlo.

Corrió para alcanzar el elevador antes de que abandonara el piso. Lo consiguió, y cuando sus ojos se encontraron con los de él, se sintió intimidada por la furia que veía en los ojos celestes; los mismos que en ese instante no la miraban con la devoción de siempre.

—Intentar entablar una amistad con alguien no tiene nada de malo, y no vas a hacer que me sienta mal por ello. Tengo derecho a ser feliz… Solo estoy buscando la manera de rehacer mi vida. Quiero encontrar un hombre que me valore y me ame…, que me haga sentir especial —pronunció, dándole la libertad a las lágrimas que le inundaban la garganta para que desbordasen sus ojos.

—Has tenido a ese hombre frente a ti durante años, pero tu amor por el infeliz de Timothy Rumsfeld te tiene tan ciega que eres incapaz de verlo. Adiós Brigitte, que descanses —mencionó mirándola a los ojos, cerró la reja y puso en marcha el ascensor.

Ella se quedó mirando la estructura de hierro, sin poder siquiera moverse o esbozar una palabra, aunque fue consciente del sonido que hacían los engranajes de la máquina mientras bajaba. Después, el que produjo la reja al abrirse en la planta baja, y el de los pasos de Donatien, que resonaban en el piso de parqué, dejando en evidencia la rabia que sentía en cada uno, mientras se encaminaba hacia la salida; y finalmente, el fuerte estruendo que hizo la puerta que daba a la calle al cerrarse tras él.

Margaret llegó a su apartamento cerca de las diez de la mañana, y le resultó extraño no ver a Brigitte en cuanto entró; suponía que su prima ya se habría levantado, a menos que no hubiese dormido allí.

La idea la llenó de una marea de emociones; por un lado, la entusiasmaba pensar que tal vez Donatien había conseguido romper esa coraza tras la que ella se ocultaba; pero por otro, la invadió la preocupación de que hubiera sido Antoine Duval quien terminara atrapando entre sus redes a su querida prima; pues la noche anterior

llevaba una clara ventaja sobre el pintor, y era mucho más arriesgado que Donatien.

Rogaba para que no se hubiese dejado engatusar, porque eso no solo lastimaría profundamente al pintor, sino que ella misma acabaría muy mal, pues la fama de mujeriego de Duval era de conocimiento general en París.

Sin perder más tiempo se dirigió hasta la habitación de su prima, para cerciorarse de que no estuviera allí, y así poder angustiarse o alegrarse con motivos reales. No obstante, al abrir la puerta el sentimiento que la embargó fue de alivio.

Brigitte se encontraba profundamente dormida, pero la desconcertó ver que aún llevaba puesto el vestido de la noche anterior.

—Brigitte… —La llamó meciéndole suavemente el hombro para despertarla—. Brit, ya regresé.

—Maggie… —La voz le salió ronca por el sueño.

—¿Cómo acabó la fiesta?

—Un completo desastre —respondió sin poder abrir los ojos, pues sentía los párpados muy pesados y la cabeza estallar del dolor.

—¿Cómo? —cuestionó mirándola con desconcierto, mientras detallaba el borde de los ojos hinchados—. ¿Estuviste llorando? —preguntó lo que era evidente, y tomó asiento a su lado.

Brigitte solo asintió, porque el dolor una vez más le robaba la voz; bajó el rostro, avergonzada; y dejó escapar un suspiro pesado, que fue casi como un lamento, al tiempo que los recuerdos llegaban hasta ella, golpeándola con la misma fuerza de la noche anterior.

—Hagamos algo… Date una ducha y cámbiate de ropa; mientras, te hago mi jugo especial, para que te repongas y puedas contarme lo sucedido, ¿te parece? —sugirió mirándola con cariño. Se puso de pie para ofrecerle su mano y ayudarla a levantarse.

Brigitte le dedicó una mirada de gratitud, se levantó y abrazó a Margaret, compensándola con ese gesto porque siempre estuviera allí, dispuesta a escucharla y a ayudarla con sus problemas.

Después, entró al baño y sin perder tiempo se deshizo del vestido y se metió a la ducha, para dejar que el agua le ayudase a aclarar su mente.

Minutos después apareció en la cocina, y ya Margaret le tenía su famoso jugo de kiwi y fresa listo, que era el santo remedio para la reseca; aunque la suya no fuera precisamente por el alcohol, sino por la confusión que la mantuvo llorando casi hasta el amanecer.

—Creo que me quedaron un poco salados —mencionó, haciendo referencia a los huevos revueltos que le entregaba junto a un par de tostadas con mermelada de melocotón, y el jugo.

—Gracias —dijo recibiendo el plato sin mucho apetito, aunque se bebió la mitad del jugo.

—Y bien… ¿Qué pasó anoche? —preguntó algo impaciente, al ver que su prima se quedaba callada.

Brigitte dejó escapar un suspiro. Inició a partir del momento en que Allan y Pauline se marcharon de la recepción. Le habló con detalle de lo agradable que le resultó la compañía de Antoine, que le parecía un caballero y un hombre muy apuesto; pretendía con todo eso justificar la situación que se presentó después y que acabó en un caos.

—¡Por Dios Brigitte! Las intenciones de Antoine al sacarte de la fiesta y llevarte a ese lugar estaban muy claras; ese truco lo usan los hombres desde siglos inmemorables —reprochó Margaret sin poder creer que su prima fuese tan ingenua, que no sospechara nada.

—Sé que muchos hombres usan esos trucos Maggie, pero no pensé que fuera a propasarse; es decir, se mostró tan caballeroso durante la velada, que en verdad creí que solo iríamos por un poco de aire. Ambos estábamos sofocados después de bailar tanto. —Se justificó mirándola a los ojos, para que supiera que era sincera.

—Voy a tener que darte algunas clases, pero lo que todavía no entiendo es cómo fue que terminaron en… Bueno…, en esa situación que enfureció tanto a Donatien, si solo salieron a tomar aire.

—Yo… No sé qué demonios me pasó, él dijo algo que me recordó a… a… Tim, y… —Brigitte detuvo sus palabras y bajó la mirada, avergonzada.

—Y te dejaste llevar —concluyó Margaret, usando la voz de la experiencia, porque a ella también le había pasado.

—No…, ni siquiera hice nada…; simplemente, cerré los ojos y traje a mi mente aquel recuerdo. Confieso que sí me sentí deseosa de

experimentar de nuevo todas aquellas sensaciones, de sentirme mujer de esa manera una vez más…, pero no le insinué nada a Antoine.

—Los hombres no necesitan una insinuación de nuestra parte, menos lo del tipo de Antoine. Estos asumen que todas las mujeres caen rendidas a sus pies tan solo con tenerlos cerca. Quizás fue lo que él pensó, y por eso actuó como lo hizo. No importa si tú le diste pie o no —aclaró al ver que Brigitte se disponía a protestar—. Eres muy transparente Brit, solo bastó con que cerraras los ojos para que él sintiera que lo deseabas a él.

—Pero no lo deseaba… No a él —acotó levantándose, para escapar de esa sensación de estar siendo acorralada.

—Brit…, debes hacer algo. No puedes seguir de esta manera, aferrada y deseando a un hombre al que no tendrás nunca más.

Las palabras de Margaret fueron como un puñal que se le clavó en medio del corazón, casi la hicieron sollozar, y sus ojos se colmaron de lágrimas. Se esforzó por no mostrarse tan afectada delante de su prima, pero en ese instante las palabras que le dijera a Donatien la noche anterior hicieron eco en su cabeza.

«Tengo derecho a ser feliz…, y solo estoy buscando la manera de rehacer mi vida. Quiero encontrar a un hombre que me valore y que me ame…, que me haga sentir especial».

Comprendió entonces que todo ese desastre sucedió por su afán de querer llenar el vacío que había dejado su exnovio con alguien más, y por eso se mostró tan entusiasmada con Antoine.

—A menos que estés reconsiderando tu postura y desees darle una oportunidad a Timothy… Para ver si de verdad ha cambiado y te ama sinceramente, como te confesó esa última noche que estuvieron juntos —indicó Margaret, al notar el silencio lleno de dudas de ella.

—No…, ni pensarlo —dijo sintiéndose aterrada de volver a caer en ese círculo vicioso. Negó con la cabeza y reafirmó sus palabras—. Lo de Timothy no tiene vuelta atrás, después de lo que nos escribimos, ambos dimos nuestra relación por terminada.

—Bien, ¿y ahora qué harás? Porque según lo que me contaste tienes dos problemas, ambos con nombres de hombres —preguntó mirándola a los ojos.

Brigitte suspiró con desgano y cerró los ojos, sintiendo que su mundo una vez más era un caos; deseó tener en sus manos una solución mágica para que todo estuviera en orden de nuevo, pero sabía que no era así de fácil.

Había dejado de seguir los rumbos que le marcaba el corazón, porque ya la había llevado por caminos que solo le habían traído dolor y desolación; sin embargo, en ese momento dejó que fuese este quien le indicase por dónde debía comenzar a reparar lo sucedido la noche anterior.

Capítulo 35

Donatien se removió entre las pesadas frazadas de su cama, hundiendo el rostro en la almohada para intentar huir del insistente golpeteo que pretendía hacer que se pusiese de pie y abandonara la comodidad de ese lugar.

Sin embargo, quien llamaba no parecía tener intenciones de irse, así que se resignó a tener que levantarse. Con movimientos lentos se cubrió con la bata de su pijama, sin preocuparse por llevar nada más debajo de esta.

Caminó despacio hacia la puerta, mientras se restregaba el rostro con las manos, para espantar un poco la sensación de letargo que aún lo cubría.

—Un momento por favor —pidió a quien llamaba, para que ese sonido no siguiera martillándole la cabeza.

La sorpresa de ver quién era le robó la voz, sus ojos se abrieron con asombro, pues después de lo sucedido la noche anterior llegó a creer que no desearía verlo nunca más. Pero allí estaba, su musa había llegado a buscarlo; sin embargo, el recuerdo de lo indignado que se sentía por el comportamiento que ella había tenido con Antoine le amargó la emoción de verla allí.

—Hola Donatien, ¿puedo pasar? —murmuró con la cabeza gacha, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Claro…, adelante. —Le hizo un ademán con la mano, y cuando ella lo hizo cerró la puerta.

—Siento haberte despertado… —pronunció sintiéndose mucho más apenada al caer en cuenta de eso.

Ella no sabía cómo comenzar la conversación, lo sentía tan distante que era como si un abismo se hubiese abierto entre los dos. No podía hacer nada más que estrujar con fuerza la manilla de su cartera; pensó entonces que debía actuar de manera natural, no había necesidad de hablar en ese momento, podían hacerlo después.

—No te esperaba hoy, pero no te preocupes, igual debía hacerlo… Ya pasa de mediodía —dijo mirando el reloj en la pared y después se giró hacia ella.

—Bien…, subiré a cambiarme —anunció mostrándose casual, como si la noche anterior no hubiese ocurrido nada entre ellos.

—Brigitte, espera. —Donatien la agarró del codo para detenerla, y por primera vez se veían a los ojos—. Debemos hablar sobre lo que pasó.

—Lo haremos luego Donatien, lo sucedido no influirá en este proyecto; ambos somos profesionales y podemos manejarlo. Ahora será mejor que me dé prisa, tenemos mucho trabajo atrasado —comentó luchando por mostrarse segura, pero por dentro estaba temblando.

Le aterraba que le hablase una vez más de sus sentimientos como lo hizo la noche anterior, porque podía lidiar con sus insinuaciones, pero no con una confesión tan abierta, y menos en ese momento, cuando los dos estaban en sus cinco sentidos y nada la salvaba de tener que responder a una pregunta para la cual no se sentía preparada.

—¿Qué pasó con Allan? ¿Acaso no habías decidido dedicarle todo tu tiempo a tu hermano? —cuestionó cuando le dio la espalda y comenzó a subir las escaleras.

—Mi hermano y Pauline se fueron a *Montpellier*. Aprovecharán el fin de semana para visitar a la familia de Pau. Así que tenemos la tarde de hoy y todo el día de mañana para avanzar con la pintura.

Respondió sin detener sus pasos, debía poner distancia entre los dos para calmarse, pues sentía que el corazón le saltaría del pecho. Además, necesitaba que Donatien se centrara en la pintura y dejara para después la conversación que tenían pendiente.

—Ve a cambiarte, yo estaré lista cuando subas.

Donatien se había quedado abajo mientras recibía toda esa información, preso de una marea de sentimientos que lo hacían incapaz de moverse.

Le llevó casi un minuto salir del estado donde se encontraba, y dio un par de pasos para caminar a su habitación, dispuesto a hacer lo

que ella le pidió, pero de pronto reaccionó ante lo que era evidente, Brigitte una vez más lo estaba ignorando.

—No Brigitte…, esta vez no dejaré que lo hagas, no seguirás ignorándome —sentenció y con decisión caminó hacia las escaleras, subiendo de dos en dos los escalones.

Ella escuchó los pasos resonar en la madera y miró por encima de su hombro, llenándose de vergüenza cuando su mirada se encontró con la celeste de él.

—¡Oh por Dios Donatien! ¡Aún no estoy preparada! —Agarró de prisa la tela que estaba sobre el diván y se envolvió cubriendo con esta su desnudez, aunque sabía que era muy tarde, pues él ya la había visto.

Las palabras que tenía por decir se quedaron atascadas en la garganta de Donatien cuando llegó hasta el estudio y vio a Brigitte de espalda, completamente desnuda, tan sensual y hermosa que hizo que el deseo estallara dentro de él.

Por un momento todo raciocinio desapareció de su cabeza, se acercó a ella con la intención de tomarla allí mismo y hacerla suya, pero se detuvo antes de tocarla.

—Lo siento…, yo… —esbozó dejando la mano suspendida a medio camino.

—Debías esperar…, aún no… —Le reprochaba buscando el kimono que se encontraba colgado en un perchero junto al ventanal—. ¿Podrías darme un minuto por favor? —pidió sin atreverse a mirarlo.

—No —respondió y se acercó a ella para darle la vuelta. Cuando lo hizo su mirada se fundió en la sorprendida de Brigitte—. No pienso darte ni un segundo más… No seguiré como un cero a la izquierda, esperando a que te decidas a verme.

Tras decir esas palabras agarró entre sus manos el rostro de Brigitte y se adueñó de sus labios en un beso demandante, que intentaba recobrar el tiempo perdido. No lo hizo con sutiles roces como había imaginado que sería el primer beso entre los dos, tampoco había ternura en este, solo un ardiente deseo por beber todo de ella.

Brigitte casi entró en pánico al ser asaltada de esa manera, nunca nadie le había robado un beso; en realidad, ningún otro hombre

aparte de Timothy la había besado, hasta ese momento.

Intentó separarse, lo empujaba con ambas manos, pero la fuerza de Donatien era mucho mayor que la suya, así que el miedo comenzó a calar profundo dentro de ella y un sollozo escapó de sus labios.

Donatien reaccionó de inmediato al escuchar ese quejido que lo sustrajo de su fantasía, haciéndolo consciente de la tensión que envolvía el cuerpo de Brigitte.

Suavizó su agarre y poco a poco fue alejándose de ella, intentando calmarla con caricias tiernas. La miró a los ojos y le dolió ver el miedo reflejado en ellos.

—Perdóname… Por favor Brigitte, perdóname… —rogó con la voz estrangulada por el llanto que llegó inundando su garganta, al ver que la había asustado.

—Tengo que irme —susurró ella, esquivando la mirada atormentada del pintor y se alejó. No había caído en cuenta de que solo estaba vestida con una ligera manta de algodón.

—Estoy enamorado de ti… Te amé desde el primer día que te vi en clases. Lo que siento solo se ha hecho más fuerte con los años, con el tiempo que llevamos en París… No podía seguir callándolo, lo lamento.

Brigitte detuvo sus pasos a medio camino, sintiendo que las palabras de Donatien la sacudían con tanta fuerza que la hicieron sollozar. Por años había esperado escuchar que le dijeran algo así, que le confesaran amor de esa manera, en una entrega absoluta, donde no hubiera lugar para las dudas.

Lo había esperado de Timothy, pero él nunca llegó a mostrarle el sentimiento que en ese instante le entregaba Donatien, y la única vez que lo hizo fue en medio de la bruma que dejaba el placer. Probablemente llevado por el miedo de perderla, no porque realmente lo sintiera.

La prueba estaba en que después de todo lo vivido durante diez años de relación a él solo le bastó poco menos de un año para renunciar a ella. Mientras que el pintor la había amado en silencio durante cuatro, sin la menor esperanza de que ella le correspondiera, y no desistió en su empeño de conquistarla y hacerla feliz.

Ver que Brigitte no siguió avanzando le dio a Donatien la fortaleza y la confianza para continuar con su declaración, pero necesitaba decirle todo lo que sentía mirándola a los ojos. Así que caminó hasta donde estaba y delicadamente la tomó por los hombros para volverla.

—Y sintiendo todo esto no tienes idea de lo difícil que ha sido para mí tenerte en ese diván todas las tardes, desnuda, tan hermosa y sensual… Tener que luchar con mi instinto de hombre, que me exigía a cada momento que te sedujera y te demostrara cuánto te deseo… No tienes ni idea de cuántas noches me he desvelado pensándote, cuánto he deseado tenerte entre mis brazos y hacerte mía…

Cada palabra salía de lo más profundo de su corazón, impregnada del amor que sentía y que no quería seguir ocultando. Se acercó más a ella sin dejar de mirarla a los ojos y le acarició el cuello, igual como lo hacía siempre.

—Pero no quería forzar las cosas, porque sé que necesitabas tiempo. Y porque quería demostrarte que no solo te deseo, sino que también te admiro, adoro todo lo que eres y lo que haces Brigitte. Te amo…, te amo con locura. Y si en este momento me dices que no quieres volver a verme lo entenderé, pero quiero que tengas claro que eso no hará que deje de amarte.

Brigitte no necesitó más pruebas para saber que Donatien era el hombre que ella necesitaba para ser feliz, que él merecía que le diera esa oportunidad que le estaba pidiendo. Pero la marea de sentimientos dentro de ella era tan poderosa que le había robado la voz, así que sorprendiéndose a sí misma lo besó.

Donatien no se esperaba algo como eso, ni en sus más locas fantasías; sin embargo, eso no le impidió que reaccionara y la envolviera en un abrazo estrecho; arrancándole un gemido que se ahogó dentro de su boca.

Esta vez procuró ir más despacio, no quería asustarla ni hacerla sentir presionada, así que la sedujo con roces de labios, deleitándose en su sabor, su calidez y su humedad.

Brigitte sintió que las piernas le flaqueaban y llevó sus brazos al cuello de Donatien para sostenerse, dándole libertad para que

entrara en su boca; y cuando sus lenguas se rozaron comenzó a disfrutar verdaderamente de ese beso.

Le gustó la delicadeza con la cual la abordó esta vez, y las caricias que le daba en la espalda comenzaban a calentarle la piel, exigiéndole que ella también le brindara lo mismo, y así lo hizo.

—Me estaba volviendo loco por hacer esto —susurró él contra los labios temblorosos de ella, al tiempo que la miraba a los ojos—. La verdad es que me muero por hacer mucho más… No te imaginas todo lo que deseo hacer contigo… ¡Dios Brigitte! Déjame amarte —rogó pegándola a su cuerpo para que sintiera la intensidad de su deseo y supiera que estaba dispuesto a entregarle todo.

Ella jadeó al sentir la dureza que se hundió en su vientre, había pasado mucho tiempo desde que su cuerpo fuese consciente de la excitación de un hombre. Y si las palabras de Antoine la noche anterior la habían hecho desear sentirse mujer entre los brazos de un hombre una vez más, lo que acababa de hacer Donatien la llevaba por un camino sin retorno.

Dejó que su instinto de mujer guiase sus acciones, y una vez más buscó los labios de Donatien para fundirse en ellos. Por una extraña razón, no podía acceder a lo que le pedía con palabras, pero esperaba que sus acciones le indicasen que ella también deseaba que la amara.

—Mi musa, hermosa… No me tortures más, dime que sí por favor…, por favor. Prometo darte lo que me pidas, mi cuerpo entero será tuyo, mi vida, mi alma… Todo.

—Házmelo sentir…, demuéstrame el amor que sientes por mí… Ámame —pidió cerrando los ojos cuando él le respondió tomándola en brazos y regalándole un beso apasionado en su cuello.

Donatien sintió que el pecho le explotaba de emoción, mientras llevaba a Brigitte al diván donde se había imaginado hacerla suya de mil maneras. Despacio la recostó sobre este, pero ella se aferró a él con sus brazos, impidiéndole alejarse, por lo que la miró extrañado.

—No, aquí no… Llévame a tu habitación por favor —pidió temblando ante el recuerdo de todas las veces que Timothy y ella tuvieron relaciones en un sillón. No quería revivir nada de lo que tuvo con él.

—Claro…, lo siento, será donde desees —dijo resignándose a dejar de lado esa fantasía que rondó su cabeza durante las últimas semanas.

La tomó en sus brazos una vez más, dedicándole una sonrisa para hacerla sentir confiada, y la besó en los labios mientras bajaba las escaleras.

Brigitte sentía que todo iba demasiado rápido, el aire se atascaba en sus pulmones, tenía un cumulo de lágrimas en la garganta y el corazón cerrado en un puño.

Al llegar a la habitación de Donatien todo empeoró, el pánico se apoderó de ella y no podía hacer más que estar allí como una estatua, mientras el pintor se desvivía por besarla y acariciarla, diciéndole palabras que ella apenas entendía.

—Voy a venerar todo su cuerpo mi musa…, te demostraré lo hermosa y perfecta que eres Brigitte —susurraba acariciándole las caderas por encima de la delgada tela que la cubría; deseando tenerla desnuda para él, pero obligándose a ir despacio.

Sentía que Brigitte estaba muy tensa y nerviosa, apenas le mantenía la mirada y tenía el rostro sonrojado; eso alimentó la maravillosa ilusión de que su hermosa musa era virgen.

Fue consciente de que había tenido una relación de años con otro hombre, pero también que era una chica comedida y con valores muy arraigados, así que no sería extraño que ella hubiese conservado su virtud intacta, esperando llegar al matrimonio.

—Amor, mírame. —Le pidió sujetándole el rostro con suavidad—. Quiero que confíes en mí, juro que te voy a cuidar. Haré que este momento sea especial para ti…, te voy a entregar todo este amor que lleva años guardado dentro de mi ser, y es solo tuyo. —Su mirada mostraba el mismo sentimiento que expresaba su voz.

Ella asintió en silencio y una lágrima rodó por su mejilla, sintiendo que lentamente el miedo la abandonaba y volvía a respirar.

Él le entregó una radiante sonrisa que la llenó de confianza y después le dio un beso sutil pero al mismo tiempo profundo, con el que buscaba llegar a su alma. Por lo que ella se obligó a dejar de lado sus dudas y se resignó a entregarse a él, y que pasara lo que debía pasar.

Capítulo 36

La manta que cubría el cuerpo de Brigitte al fin cayó, dejando ante los maravillados ojos de Donatien la excelsa figura de su musa como Dios la trajo al mundo. Él la había imaginado así tantas veces, en esas noches donde le dio rienda suelta a sus fantasías, para auto complacerse.

Pero nunca llegó a recrear tanta perfección, ni con todo el talento que poseía, porque ella rebasaba por completo sus expectativas y lo dejó sin palabras.

—Eres… eres tan hermosa —susurró aventurándose a llevar una de sus manos al seno de ella y con delicadeza lo abarcó por completo, rozando con su pulgar el rosado pezón que se estremeció ante su toque—. Tu cuerpo es tan perfecto, tan armonioso… Como si hubieses sido tallada por las mismas manos de Antonio Canova… Tienes la sensualidad y la belleza de sus venus.

Brigitte había cerrado los ojos en cuanto vio que la mano de Donatien se acercaba para tocarla, y se estremeció sin poder evitarlo al ser invadida una vez más por el miedo; no era la primera vez que la tocaban de esa manera, pero era la primera que lo hacía un extraño. Sin embargo, una agradable emoción se apoderó de su cuerpo ante las palabras de Donatien, nunca imaginó que llegarían a decirle cosas así, que la considerarían una obra de arte viviente, eso indudablemente elevó su ego por el cielo.

—¡Dios!… Eres tan suave…, siento como si mis manos te tocaran por primera vez —expresó acariciando ambos senos, mientras su mirada se deleitaba con los mismos.

Ella solo arqueó su espalda, dándole la libertad para que pudiera acariciarlos a su antojo, pues le estaba gustando mucho la manera en la que lo hacía, con exquisita suavidad, pero al mismo tiempo con la firmeza que poseía al ser un hombre.

Se aventuró a tocarlo también, llevando sus manos hasta el cálido cuello que tembló ante el roce de sus dedos, eso la hizo sentir poderosa, haciéndola sonreír.

—Me gusta mucho cómo me acaricias —pronunció al sentir cómo las manos de él ahora viajaban a su cintura y la moldeaban como si fuese un alfarero, creando su mejor y más apreciada pieza.

En respuesta a sus palabras, él comenzó a besarle el cuello, deseaba que ella también disfrutara de sus besos, no solo de sus caricias.

Sentía que cada vez le era más difícil contener sus deseos, se moría por tenerla en su cama, bajo su cuerpo y hundirse en ella profundamente, para llenarla de placer al tiempo que él mismo saciaba las enloquecidas ganas que sentía.

—Mi amor…, mi musa… Déjame hacer de tu cuerpo el mío, dame el placer de hacerte mi mujer —rogó llevando sus manos más allá de la cintura de Brigitte, tocando con posesión el hermoso y redondo *derrière* que lo enloquecía.

Brigitte no pudo conseguir que sus labios esbozaran una respuesta, solo asintió en silencio, sin atreverse a abrir los ojos.

Su mente tomó las riendas de ese encuentro; y sin siquiera notarlo, comenzó a imaginarse a Timothy; fue ante él que cedió, era a él a quien quería haciéndola suya.

Se dejó llevar y su cuerpo se relajó cuando fue tumbada sobre la cama, se estremeció al sentir las manos masculinas deslizarse por sus piernas con suavidad pero ejerciendo la presión justa para separarlas. Eso la hizo desear con locura al hombre que se apostaba en medio de ellas.

—Hazme sentir que esto es real…, hazme volar —suplicó elevando sus caderas, ofreciéndose a él.

La razón se esfumó de la mente de Donatien ante esa petición, lo único que tuvo sentido para él en ese momento fue la emoción que estalló dentro de su pecho, provocada por la maravillosa entrega de Brigitte.

No quiso seguir esperando, y dejándose llevar por el deseo, hundió sus labios en medio de las trémulas piernas de su musa,

dejándose embriagar por el aroma que brotaba de ella, del cual podía jurar que terminaría siendo adicto.

Brigitte sintió el aliento cálido y pesado que cubrió su intimidad haciéndola estremecer con fuerza; el aire justo allí se volvió más denso y comenzó a quemarla. En cuestión de segundos se llenó de expectativas, las mismas que aceleraron el latir de su corazón e hicieron que su respiración se volviera irregular.

Cuando sintió el primer toque húmedo de su lengua, todo su mundo se puso de cabeza y apretó con fuerza la frazada bajo su cuerpo, al tiempo que la imagen de Timothy se hacía más nítida en su mente. Llevó sus manos por encima de su vientre tembloroso y las hundió en el cabello del hombre que le estaba dando un extraordinario placer; aun así, sentía que distaba mucho de aquel que la seducía en su imaginación. Eso la hizo tensarse e intentó cerrar las piernas para escapar del intruso.

Donatien pensó que esa reacción estuvo guiada por el pudor, pues siempre les sucedía a las mujeres cuando recibían sexo oral por primera vez. Pero él estaba dispuesto a demostrarle que no tenía nada de qué avergonzarse, que todo en ella era tan perfecto y exquisito que resultaba un verdadero privilegio para él poder disfrutarlo.

Y así lo hizo cuando sus labios y su lengua intensificaron sus caricias, dándole rienda suelta a toda la experiencia ganada con los años. Sujetó las caderas de Brigitte para impedir que se alejara, pero sin dejar de ser sutil.

Brigitte se dejó envolver una vez más por la quimera que vivía y que ganó intensidad cuando sintió las exquisitas succiones que buscaban beber todo de ella. Las que incluso, la hicieron liberar un ronco jadeo y despertaron en ella la necesidad de sentir mucho más; por lo que dejándose llevar por su instinto, comenzó a oscilar sus caderas.

Donatien le dio la bienvenida a esa nueva actitud de su musa con una gran sonrisa, y se permitió ser más invasivo en el toque de su lengua. También le dio la libertad a sus dedos para que la acompañaran, intentando ser lo más cuidadoso que podía; deslizó

uno en su interior, recibiendo con satisfacción el temblor que la recorrió y la ola de humedad que se desbordó de ella.

—¡Oh Dios mío… Dios! —exclamó Brigitte, sintiendo el preludio del orgasmo envolverla. Apretó con fuerza sus párpados y arqueó su cuerpo hasta casi levitar sobre la cama—. Sigue… sigue… un poco más…, un poco más. —Le pedía a la fantasía que colmaba su cabeza y al verdadero hombre que le estaba dando ese placer tan contundente.

Donatien no dudó un segundo en entregarle lo que le pedía, con firmeza sostuvo entre sus labios ese pequeño brote que se estremecía contra su lengua, mientras el dedo continuó masajeando su interior.

Intentaba no ser brusco, pues apenas podía moverse en medio de las contracciones que ella le regalaba, lo que lo llevó a imaginar lo que sentiría su hombría cuando disfrutara de eso, y estuvo a punto de desahogarse en ese instante.

El cuerpo de Brigitte convulsionó en medio de descargas de placer que recorrieron primero toda su columna y después viajaron a cada rincón de su cuerpo, sin dejar un solo espacio que no experimentara ese extraordinario goce. Había pasado casi un año desde la última vez que vivió la plenitud de un orgasmo; y una vez más, se sentía en medio de nubes, delirando y extasiada de felicidad.

Él no quería perderse la imagen del hermoso cuerpo de su musa siendo recorrido por el éxtasis, por lo que con rapidez se posó sobre ella. Disfrutó del temblor que todavía la estremecía, del sudor que la bañaba, del aroma que brotaba de cada poro de su cuerpo y de ese sonrojo que la pintaba de un hermoso y suave carmín.

—Brigitte… mi amor…, mírame —suplicó al ser consciente de que no podía seguir esperando, necesitaba ahogarse en ella en ese momento.

La vio parpadear lentamente, como si estuviese saliendo de un profundo y placentero sueño, con una sonrisa dibujada en sus labios que le hizo estallar el pecho de orgullo, y no necesitó de más palabras, solo actuó según su naturaleza de hombre.

Le separó con sus caderas las piernas, para tener la libertad de moverse como deseaba, y llevó sus manos por debajo de ella, para

envolverla en un abrazo estrecho.

—Abrázame —pidió al ver que ella una vez más se tensaba. Tal vez al ser consciente de lo transcendental que era ese momento para los dos—. Te voy a amar como nadie más lo ha hecho —aseguró mirándola a los ojos y acto seguido la besó con ímpetu.

La fantasía que había envuelto a Brigitte estalló como una burbuja, dejándola completamente desamparada y aterrada, en medio de la realidad que vivía. Sus pensamientos se movían como un torbellino, mezclando imágenes de Donatien y de Timothy dándole placer a su cuerpo, queriendo apoderarse de su alma.

Donatien comenzó a mover sus caderas, rozándose contra ella para hacerla consciente de su erección; quería excitarla hasta el punto de que ella le rogara para que fuera parte de su cuerpo; sin embargo, eso no llegó, y él no podía seguir esperando.

Separó sus labios de los de ella y ancló su mirada en el iris gris de sus ojos, deleitándose con la sombra oscura que los cubría, como prueba fehaciente de su deseo.

Sin anticiparle nada con palabras, dejó que fuese su mirada la que le anunciara lo que haría, y un segundo después empezó a invadir su cuerpo. Lo hizo lentamente, notando cómo los labios de ella se separaban, dejando escapar un jadeo, al igual que se abrían para él sus entrañas y lo recibían en medio de ligeros temblores.

—Soñé tantas veces con tenerte así…, con amarte así —susurró él contra sus labios hinchados y enrojecidos.

—Donatien… —respondió Brigitte, sintiendo que un torrente de lágrimas subía por su garganta.

El amor que él le profesaba era tan hermoso que se sentía horrible por no poder entregarle lo mismo, porque por más que luchara contra el sentimiento que todavía la unía a Timothy, no podía alejarse de este; y lo que era peor, sentía que en ese momento lo estaba traicionando al entregarse a Donatien.

Escuchar su nombre de labios de Brigitte lo emocionó hasta las lágrimas, era la primera vez que lo hacía desde que entraron a esa habitación. Dándole así la certeza de que ella era consciente de todo, alejando su miedo de estar forzándola a algo que no deseaba.

Eso también lo animó a tomarla definitivamente, y terminó de salvar lo poco que no había conquistado de ella. Pero la emoción dentro de su pecho se congeló en cuestión de segundos, al sentir que no había una barrera que él pudiera romper, pues ya otro lo había hecho.

La tensión los embargó casi convirtiendo a sus cuerpos en dos bloques de granito, pues en sus mentes estalló el mismo pensamiento. Ella le rehuyó la mirada, sintiéndose avergonzada, mientras que él cerraba los ojos, soportando el dolor que sintió en el pecho; obligándose a tragar el nudo de lágrimas que le cerró la garganta.

No era tan ingenuo para creer que Timothy Rumsfeld no iba a aprovechar la oportunidad de hacer a Brigitte su mujer; puede que el hombre fuera un imbécil, pero no era estúpido. Sin embargo, él mantenía la esperanza de que ella no hubiese caído en los juegos de seducción de ese malnacido; que evidentemente, solo la había usado.

No lo dejaría ganar, a partir de ese momento Brigitte sería únicamente suya, y él haría todo para conseguir que su musa lo amase como no amó a aquel otro.

Con esa resolución dejó de lado tanta ternura y le dio riendas sueltas a su pasión, porque si deseaba hacer que ella se olvidara de su exnovio, entonces tendría que ser mejor en todos los aspectos, y el sexual no podía escapar de ello.

Se desbocó en el interior de su musa, mirándola a los ojos para que ella solo fuese consciente de él e impedirle así la entrada a Rumsfeld en ese momento que era únicamente de los dos.

Brigitte se dejó llevar por la vorágine que desató Donatien en torno a ella, sin atreverse a hablar por miedo a que sus labios esbozasen el nombre de Timothy. Aunque la fantasía de minutos atrás la había abandonado, no se confiaba del todo, pues su mente podía traerlo una vez más para crear una cruel jugarreta.

—Dime lo que sientes…, háblame mi amor… —Le pidió con la voz ronca y agitada, moviéndose con urgencia—. Dime si disfrutas, dímelo por favor.

—Me gusta… sí…, sí. —Precisó darle esa respuesta.

La verdad era que no estaba disfrutando mucho de ese movimiento apresurado, pues sentía que la quemaba y le dolía cuando llegaba tan profundo. Además, le recordaba todas aquellas veces que Timothy tomó su cuerpo para su propio disfrute, sin pensar mucho en lo que pudiera sentir, solo buscando desahogarse en ella, pero con el recuerdo de Emma en la cabeza.

Cerró los ojos al recordar que precisamente ella acababa de hacer lo mismo. Había traído a su mente la imagen de su exnovio para poder tener un orgasmo, y eso la hacía tan miserable como lo había sido él. Se negaba a cometer los mismos errores, no lastimaría a Donatien como Timothy la lastimó a ella. Así que si deseaba tener una vida libre de engaños, debía empezar justo en ese momento.

—Donatien… —susurró acunándole el rostro con las manos para mirarlo a los ojos. Su mirada celeste se fundió y comenzó a rozar sus labios con suavidad, al tiempo que sus dedos se deslizaban por la fuerte y cálida espalda masculina. Intentando recuperar la ternura que minutos atrás había perdido cuando él supo que ya su cuerpo había sido de otro—, dijiste que ibas a amarme como no lo había hecho nadie más… —pronunció viéndolo a los ojos y moviéndose debajo de él, haciendo que sus caderas se encontraran y que su unión íntima fuese más estrecha—. Hazlo por favor…, ámame como no lo ha hecho ningún otro, ámame Donatien… —rogó con todas sus esperanzas puestas en ese acto que esperaba la liberase.

Él comprendió lo que le pedía y no le respondió con palabras sino con actos, haciendo a un lado su amargura por no haber sido quien la hiciera mujer. Se esmeró por entregarle amor y ternura, como ella merecía.

Un verdadero placer comenzó a hacer nido en los dos cuando sus labios se unieron en un beso profundo, y sus cuerpos cedieron ante lo que sus instintos les marcaban; que no era otra cosa que rendirse en una entrega absoluta. Lo emocional y lo físico estaban en armonía una vez más, haciéndolos vivir una experiencia maravillosa.

Inclusive para Brigitte, quien a pesar de obligarse en un principio a ser parte de esa entrega, ahora lo estaba disfrutando, porque más allá de sus miedos estaba su esencia de mujer y la necesidad de sentirse así en los brazos de un hombre. Y cada vez que la imagen de

Timothy intentaba apoderarse de su cabeza, ella la rechazaba abriendo sus ojos para mirar a Donatien y ser consciente de que era a él a quien se entregaba.

Minutos después escalaba hacia la cima del placer, en medio de jadeos, gemidos y temblores, aferrada con brazos y piernas a Donatien, quien no dejaba de moverse en su interior, pero siendo amoroso e intenso a la vez.

Una convulsión en su centro le anunció a Brigitte que el orgasmo llegaba, y ella lo recibió con un grito agónico.

El de Donatien también estalló dentro de ella, colmando su intimidad de su tibia savia, que se mezcló con la humedad que brotaba de su interior. Al tiempo que temblaba íntegro, abrazado a ella con fuerza y gimiendo en su cuello, sin poder creer que lo que vivía en ese instante.

Un minuto después él la liberaba del peso de su cuerpo, pero no se separó de ella del todo; se acostó de lado y la envolvió con sus brazos, pegándola a su cuerpo para disfrutar de la calidez de su piel y los estremecimientos que aún la recorrían cuando la acariciaba.

—Tengo que ir al baño.

—Por supuesto mi amor —dijo mirándola alejarse.

Brigitte entró de prisa al baño, necesitaba un minuto a solas para poder liberar el sentimiento que le oprimía el pecho, casi hasta hacer que le doliese respirar.

Su mirada se topó con su reflejo en el espejo y eso hizo que un sollozo le rompiera la garganta, arrasando también con la barrera que contenía sus lágrimas. Corrió hasta la ducha y abrió el grifo, necesitaba que el sonido del agua acallara el de su llanto; de lo contrario, Donatien podía darse cuenta de lo que le sucedía.

En ese instante se percató de algo que la hizo entrar en pánico: ninguno de los dos se había cuidado. Ella llevaba meses sin hacerlo, y él no había usado un preservativo.

Se metió a la ducha y comenzó a lavarse con la esperanza de que no se hubiera quedado embarazada, porque algo así en ese momento sería demasiado complicado para ella. Cerró los ojos para contener sus lágrimas, y sin poder evitarlo la imagen de Timothy se

apoderó de su cabeza, recordándole cuánto había deseado tener un hijo suyo.

—¡Oh Dios mío! ¿Qué hice? —Se preguntó en medio de sollozos, que intentó acallar con su mano.

De pronto sintió que la puerta tras ella se abría y de inmediato los brazos de Donatien envolviéndola, se tensó pensando que a lo mejor él la había escuchado. Con rapidez se pasó las manos por el rostro para secar sus lágrimas, aunque el agua de la regadera ya se las había llevado. Y cuando él la giró para verla, no pudo mantenerle la mirada.

—Brigitte, ¿estás bien cariño? —preguntó con el ceño fruncido, al ver que ella había estado llorando.

—¿Me abrazas?… Por favor —pidió sollozando y se aferró a él, porque sentía que si no lo hacía terminaría hecha un ovillo en el piso y temblando como una hoja.

Donatien hizo lo que le pedía, aunque en ese momento sentía una marea de sentimientos contradictorios colmándolo; los hizo a un lado y se convirtió en el apoyo que Brigitte estaba necesitando en ese momento, porque la manera en la que se abrazaba a él lo conmovía; y más allá de generarse resentimiento, provocaba en él un inmenso deseo de consolarla.

Capítulo 37

Margaret caminaba de un lugar a otro en el pequeño salón de su apartamento, mientras que la preocupación la tenía a punto de empezar esa espantosa costumbre que tenían algunas personas de comerse las uñas. Cada dos minutos se asomaba por la ventana que daba a la calle, para ver si Brigitte aparecía por algún lado.

La noche estaba por caer y su prima no se dignaba a regresar, habían pasado unas seis horas desde que se marchó. Eso no le preocupaba, estando con Donatien no le pasaría nada malo, al menos nada que lamentar acotó en sus pensamientos, dejando ver una sonrisa.

Sin embargo, le preocupaba que hubieran discutido o que Donatien le hubiese confesado su amor; y ella, en lugar de aceptarlo haya terminado rechazándolo, y que en esos momentos estuviera en una de esas depresiones a donde la llevaba el recuerdo del estúpido de Timothy Rumsfeld.

—Por un demonio Brigitte Brown, ¿dónde estás metida? —Se preguntó en voz alta, llevándose un dedo a la boca y casi muerde una de sus perfectas uñas pintadas de rojo rubí—. ¡Oh no! ¡Eso no! ¡Ni loca Margaret Milton!

Por enésima vez sacó su cabeza por la ventana y miró a la calle, una corriente de aire frío revolvió su espesa caballera rubia, por lo que tuvo que regresar y cerrar la hoja de cristal.

Suspiró sintiéndose derrotada por la angustia, y caminó hasta la mesa donde estaba el teléfono. Sentía mucho si ese par si andaba de tórtolos, pero ella no podía con la zozobra que le generaba no saber nada de Brigitte.

Donatien estaba acostado con una Brigitte profundamente dormida sobre su pecho. Se veía tan hermosa que parecía un ángel, aunque era demasiado tentadora para que fuera un ser celestial.

Él no dormía porque no había logrado sacar de su cabeza el episodio en el baño, después de eso ella se mostró muy apenada e intentó justificarse; aunque él sentía que las palabras sobraban, que ella estaba así por su exnovio.

La explicación que le dio Brigitte cuando al fin dejó de llorar logró darle sentido a su actitud; incluso, él mismo terminó disculpándose con ella por no haber sido más precavido.

Para aliviar la preocupación de su hermosa musa le tocó mentir, aunque no le gustó, puesto que estaba rompiendo su promesa. Pero comprendió que había sido lo mejor cuando Brigitte quedó más tranquila.

Tal vez se estaba engañando al creerle y pensar que sus lágrimas solo se debían a ese miedo lógico en toda mujer de haber quedado embarazada, tal como le confesó.

La duda seguía allí, latente dentro de él, pero al ver en la dirección que iban sus pensamientos se recordó que ella ahora estaba a su lado y no dejaría que el fantasma de su exnovio viniera a perturbarlos.

De pronto el sonido del teléfono lo sobresaltó, vio que Brigitte se removía, y con rapidez salió de la cama para atender antes de que ella despertara; no quería que lo hiciera y abandonara el apartamento. Cerró la puerta de la habitación y agarró el aparato.

—¿Diga? —mencionó a quien llamaba.

—¡Donatien! ¡Hola! Disculpa que te moleste, pero…

—¿Margaret? —inquirió con algo de sorpresa, pero al ver por su ventanal que el sol casi se escondía, comprendió que ella lo estuviese llamando.

—¡Sí!… Te llamo porque estoy preocupada por Brigitte. ¿Sabes algo de ella? Salió de aquí al mediodía y aún no regresa. Lo que me tiene con el alma en vilo, pues nunca lo había hecho Donatien… Estoy muy angustiada… —dijo todo en un torrente de palabras que reflejaban cuán mortificada estaba.

—Tranquila Margaret, tu prima está conmigo y se encuentra bien —contestó con tono calmado—. Disculpa que no te haya llamado para avisarte, pero…

—¡Oh no! ¡Por favor! No hay problema… Es solo que Brit no suele desaparecer de esta manera; es decir, hacía mucho que no… —Se interrumpió al notar que estaba hablando de más, luego respiró hondo y continuó—. No tienes que disculparte, comprendo y me alegra saber que está bien junto a ti… En verdad me hace muy feliz Donatien —agregó con sinceridad.

—Muchas gracias Margaret, me ha hecho el hombre más feliz del mundo. Te prometo cuidar siempre de ella y hacerla tan dichosa como me sea posible —dijo sintiéndose emocionado de contar con la aprobación de la familia de su musa.

—Estoy segura de eso; y créeme, brindo por ustedes dos. Brigitte se merece a un hombre como tú a su lado, que la ame como lo haces. Así que enhorabuena… Y no te preocupes por regresarla hoy, que Allan se quedará en Montpellier hasta mañana en la noche, así que aprovechen —expresó liberando una de sus enérgicas y pícaras carcajadas, imaginando la cara de su prima si la escuchara.

—Gracias, que tengas buenas noches y descanses —mencionó sin poder contener la risa que vibró en su voz.

—Ustedes también pasen buena noche…, pero no descansen mucho —dijo sonriendo—. Dale un beso de mi parte a Brit… y mis felicitaciones. —Luego de decir esto colgó.

Se sentía tan emocionada por Brigitte que comenzó a brincar como si fuese una quinceañera, al fin su prima había abierto los ojos. Estaba segura de que ahora sí sería feliz.

Cuando Donatien regresó a la habitación encontró a Brigitte sentada al borde de la cama, estaba con la mirada perdida, como si analizara lo que había sucedido o lo que debía hacer a partir de ese momento.

Se acercó a ella despacio, temiendo que fuese a decirle que todo había sido un error, que debía marcharse; dejándolo con el corazón destrozado.

—¿En qué piensas? —Se aventuró a preguntarle, al tiempo que ladeaba la cabeza para mirarla a los ojos.

—¡Donatien!… —exclamó sorprendida al verlo junto a ella. Había estado pensando en qué decirle, pero de pronto su mente se quedó

en blanco. Después de casi un minuto en silencio, dijo lo primero que se le ocurrió—. ¿Dónde estabas?

—Recibiendo una llamada… Era tu prima.

—¡Santo cielo! Debe estar muy preocupada… ¿Qué hora es? Tengo que irme. —Se puso de pie rápidamente, sintiendo cómo sus latidos se aceleraban.

—Tranquila Brigitte, no pasa nada —dijo tomándola por los hombros y mirándola a los ojos—. No te preocupes por ella, le expliqué la situación y comprendió. Incluso, me dijo que no hay problema en que te quedes esta noche conmigo… —explicó y las últimas palabras le hicieron sonreír, no podía evitar que lo emocionara la idea.

—¿Le contaste lo que pasó entre nosotros? —preguntó con la voz ahogada y los ojos muy abiertos.

—No, por supuesto que no… Aunque estoy seguro de que lo imagina —respondió para tranquilizarla.

—Claro… —susurró Brigitte imaginando lo que estaría pensando su prima.

Se mordió el labio al sentir sus mejillas sonrojarse ante los recuerdos de lo sucedido, y el cuerpo le tembló al ser consciente de que solo una sábana cubría su desnudez.

—¿Quieres quedarte esta noche conmigo amor? —Donatien deseaba con todo el corazón que dijera que sí.

Ella respiró profundo para armarse de valor, elevó el rostro y lo miró a los ojos; iba a negarse, pues le parecía muy apresurado pasar esa primera noche juntos, ni siquiera con Timothy accedió a hacerlo.

Sin embargo, ver el anhelo y la ternura que se desbordaba de la mirada de Donatien, hizo que las palabras se ahogaran en su garganta, y que en lugar de negarse, terminara asintiendo con la cabeza.

Donatien se dejó llevar por la emoción y la envolvió entre sus brazos, pegándola a su cuerpo con suavidad mientras la miraba a los ojos. Luego la besó con dulzura; sabía que debía darle tiempo para que se acostumbrara a su cercanía, a esos gestos de amor que le brindaba.

No podía decir que su relación hubiese empezado de manera habitual. Ella no le había dicho que lo quería, hasta el momento ni siquiera que le gustaba. Aunque después de lo vivido esa tarde y de que ella aceptara pasar la noche junto a él, quedaba claro que había disfrutado de su encuentro, y que seguro podían repetir durante la noche. Muchas veces los hechos eran mejores que las palabras.

—Te voy a preparar una deliciosa cena —anunció sonriéndole—. No soy muy diestro para la cocina, pero algunas cosas me salen muy bien, así que te haré la especialidad de los Rimbaud —agregó besándole la nariz.

—¿Qué es? —preguntó intrigada.

—Ya lo verás, ven conmigo —contestó llevándola de la mano hacia la cocina.

—Donatien…, creo que primero deberíamos vestirnos —acotó viendo que él seguía en un salto de cama y ella apenas llevaba una sábana encima.

—Me fascina verte desnuda… Daría lo que fuera por tenerte así todo el tiempo —expresó mirándola con intensidad. Pero al ver que se tensaba, se recordó que debía ir despacio—. Sin embargo, tienes razón. Iré por tu ropa —dijo dándole un beso.

Brigitte sonrió ante su gesto, le gustaba verlo tan contento, porque eso de cierta manera también la llenada de esperanzas. Le ayudaba a creer que existía una posibilidad de ser verdaderamente feliz junto a un hombre maravilloso, que la amaba profundamente.

Un par de horas después estaban de regreso en la habitación sin nada más que hacer. Luego de haber disfrutado de una exquisita cena típica de Toulouse, que Brigitte había alabado, haciendo sentir muy orgulloso a Donatien; y después de una amena charla junto al fuego de la chimenea.

Él podía notar los nervios en ella, por lo que se esmeró en relajarla mediante suaves caricias y besos. Puede que su hermosa musa no estuviese viviendo esa experiencia por primera vez, pero le hacía sentir como si así lo fuera.

Y eso conseguía emocionarlo al imaginarse que era muy poco lo que había compartido con Timothy Rumsfeld; lo que le daba la

posibilidad de ser quien le enseñara desde ese momento, de ser su maestro en las artes del placer y del amor.

—Ven…, vamos a la cama —pronunció acariciándole la cintura y dándole un par de besos en el hombro.

Brigitte se estremeció cuando su cuerpo reposó por completo en el mullido colchón. Solo llevaba puesto el hermoso kimono que usaba para cubrirse en los recesos que tomaban durante las sesiones de la pintura. Y él por su parte, solo vestía un ligero pantalón de seda.

—Bien…, bueno… Supongo que esperas que nosotros… —Brigitte no sabía cómo poner en palabras lo que pensaba. Soltó un suspiro y se animó a continuar—, que volvamos a… —Sintió que el rostro se le encendía por el sonrojo.

—A hacer el amor de nuevo, sí. Pero solo si tú lo deseas Brigitte —dijo mirándola a los ojos.

Ella no pudo evitar sonreír cuando él usó ese término. Ya sabía que era un hombre romántico, pero nunca imaginó que fuese tan apasionado. Y debía reconocer que lo era, y muy bueno además; pues a pesar de todas sus dudas, consiguió hacer que disfrutara de su encuentro horas atrás.

Pensó que entre más frecuentes fuesen sus encuentros, más rápido se acostumbraría a compartir la intimidad con él; y más pronto se olvidaría a Timothy. Así que si eso era lo que deseaba, la mejor decisión que podía tomar en ese momento era entregarse por completo a Donatien.

—¿Qué me dices Brigitte? ¿Deseas que hagamos el amor nuevamente? —preguntó mirándola a los ojos, al tiempo que metía la mano debajo del kimono y le rozaba la pierna.

En respuesta, ella se estremeció por la caricia que ascendía lentamente hacia su centro, provocando intensas palpitaciones justo allí; y cuando rozó con sus dedos un lugar en especial, no pudo evitar jadear y cerrar los ojos.

Se mordió el labio para contener sus reacciones, aunque ya era muy tarde, una ola de calor barría su cuerpo por entero; y sin notarlo siquiera, se encontró asintiendo.

—Lo siento Brigitte Brown, pero necesito una respuesta más explícita —acotó él de forma juguetona, sin dejar de tocarla en ese rincón húmedo y suave.

—Sí…, sí Donatien, lo deseo —respondió jadeando al sentir cómo el placer comenzaba en pequeñas ondas que se esparcían por todo su cuerpo—. Hazme el amor.

—Deseo concedido —pronunció con una sonrisa de triunfo dibujada en sus labios.

No perdió tiempo en despojarla del sensual kimono que tantas veces había soñado quitarle, se apoderó de sus pezones sin desatender lo que sus dedos hacían en el interior de su musa; y que esperaba le dieran un extraordinario orgasmo, como esa tarde.

Capítulo 38

Timothy había decidido retomar el rumbo correcto, y no conocía una mejor manera que enfocarse en dar lo mejor de sí en cada aspecto de su vida. Sus prioridades en ese momento eran su trabajo, sus amistades y su familia.

Se propuso dejar en un plano aparte todo lo que tuviera que ver con lo sentimental, por el momento no estaba interesado en volver a experimentar lo que tanto daño le había causado durante toda su vida; y que incluso, estuvo a punto de llevarlo a la tumba.

Satisfacía sus necesidades en los cuerpos de amantes anónimas, mujeres de una sola noche, a las que podía abandonar sin sentir remordimiento ni llegar a involucrarse más allá de lo sexual. O con profesionales, como era el caso de Kristen, quien sabía que no podía esperar nada más de él que no fuese sexo y dinero.

—Doctor Rumsfeld, ¡hasta que se digna a dejarse ver fuera de ese despacho! —Lo saludó Arthur, uno de sus compañeros en la Escuela de Derecho.

—No te emociones mucho, vine bajo amenazada. Nos dijeron que quienes no viniéramos tendríamos un memorándum el lunes en nuestro escritorio —comentó, paseando su mirada por el gran salón del Fairmont Copley Plaza.

—Bueno, ¿qué esperabas hombre? Es la cena para conmemorar un año más de nuestra ilustre casa de estudios, es lógico que todos los que formamos parte de ella estemos aquí esta noche —acotó con orgullo.

—Lo sé…, solo que no soy muy dado a este tipo de fiestas —mencionó y se llevó la copa de champaña a los labios, para darle solo un pequeño sorbo.

—Será ahora, porque si mal no recuerdo, en Londres las disfrutabas bastante —habló Peter y le palmeó la espalda a su amigo, entregándole una gran sonrisa.

Timothy reconoció esa voz de inmediato y se volvió para encontrarse con su mejor amigo, quien lo sorprendió no solo con su presencia allí, sino también con un gran abrazo; al que él respondió pasada la conmoción, pues no tenía conocimiento de que Peter viajaría desde Londres para estar en esa celebración.

—¡Qué bueno verte hermano! ¿Cuándo llegaste? —preguntó sonriendo con verdadera emoción.

—Esta mañana… El viaje fue algo perturbador. Es la primera vez que atravieso el atlántico volando de noche; y a diferencia de lo que muchos puedan decir, para mí no es nada relajante; por el contrario, venía con los nervios de punta y rogando que los pilotos no fuesen a quedarse dormidos —comentó y detuvo a un mesonero para quitarle una copa de champaña. Necesitaba brindar por ese reencuentro después de casi un año.

—Siempre fuiste un miedoso, pero para tu tranquilidad, los pilotos de *Pan Am* son profesionales, así que estabas en buenas manos. —Sonrió ante la cara de desconfianza de su amigo, y cambió de tema—. Y déjame felicitarte, me enteré de que ya eres papá. ¿Cómo está Raquel y el bebé? ¿Viajaron contigo?

—Gracias hermano, estoy muy feliz. Lamentablemente no pudieron viajar conmigo, el bebé aún está muy pequeño y Raquel no quiso dejarlo con la niñera. No lo deja un segundo, día y noche está junto a él. Pero te envió muchos saludos.

—Gracias, igual de mi parte. ¿Y qué tal la vida de casado?

—Debo decir que ha sido mejor de lo que suponía.

—Es una gran mujer —acotó Timothy sonriendo.

—Sí, lo es, tuve suerte de que me escogiera a mí y no a alguno de sus otros pretendientes —mencionó con una sonrisa, pero al ver una veta de tristeza atravesar la mirada de su amigo prefirió cambiar de tema—. Y las cosas en Oxford van de maravilla, fui el escogido para venir a la celebración junto al profesor Kennedy en representación de la escuela de leyes.

—Me complace mucho que te esté yendo tan bien, te lo mereces —dijo poniéndole una mano en el hombro.

—Y tú… ¿Qué me cuentas? ¿Disfrutas de tu puesto de auxiliar? —inquirió animándolo.

—Sí, por supuesto. Las cosas marchan muy bien para mí, hasta se corre el rumor de que me ofrecerán una cátedra para el próximo año.

—¿En serio? Tim, eso es genial amigo —expresó Peter con verdadera emoción y le dio un par de palmadas para felicitarlo—. Tenemos que brindar por ello.

—Aún no es nada seguro, pero conoces el dicho: «cuando un rumor se extiende, es porque detrás hay una verdad».

—Ya lo creo que sí, el mundo se mueve por los rumores; así que casi podemos darlo por hecho. Estarás dando clases el próximo semestre —vaticinó con una sonrisa y le extendió su copa para brindar.

—Gracias amigo —expresó chocando el cristal y después bebió un poco más.

De pronto el inglés recordó algo que quizás sería de interés para su amigo, aunque dudó un poco de decírselo. No sabía qué tanto seguía afectando ese tema a Timothy, y si sería prudente hablar de ello; después de todo, no quería ser quien removiera una vieja herida.

—Por cierto… —Peter se animó a hablar, porque supo que sería una traición esconderlo—. ¿Sabes quién apareció por Londres después de meses desaparecida? —inquirió tanteando el terreno.

—¿Quién? —Aunque se había prometido no pensar más en Brigitte, no pudo evitar que los latidos de su corazón se acelerasen al formular esa pregunta.

—Margaret Milton, se reunió con las chicas en Twinings.

—Sí, ya estaba al tanto de eso —respondió Timothy, sintiendo cómo el pecho se le desinflaba como globo ante la desilusión de no escuchar el nombre de quien deseaba.

—¿Sí? ¿Acaso has logrado comunicarte con Brigitte? —preguntó mostrándose sorprendido.

—No sé si llamarlo de esa manera —contestó dándole un trago a su copa, pero la alejó al recordar que se había prometido no beber más por ella. Suspiró y continuó al ver que Peter esperaba que lo hiciera—. Me envió una carta y yo le contesté con otra.

—¿Y ya?… ¿Eso fue todo? —cuestionó mucho más intrigado por la actitud impasible de Timothy.

—Sí, creo que era lo que necesitábamos para terminar de manera definitiva; nos dijimos las cosas que quedaron pendientes entre los dos, y nada más —respondió, notando en Peter cierto escepticismo, por lo que agregó algo más para convencerlo de que todo estaba bien—. Tal vez separarnos era lo mejor, ella me dijo que está rehaciendo su vida; así que yo también puedo continuar con la mía y enfocarme por completo en mi carrera.

—Ya veo —señaló, frunciendo el ceño.

—¿Qué ves? —inquirió Timothy esforzándose por mostrarse relajado, pero la actitud de su amigo activó sus alarmas, por eso hizo la pregunta.

—Tienes que aprender a leer a las mujeres amigo. Mira, no deseo lastimarte, pero si estás decidido a olvidarla definitivamente, entonces es mejor que lo diga —anunció mirándolo a los ojos; y al saber que tenía toda su atención, prosiguió—: cuando tu ex dice «*Estoy rehaciendo mi vida*», lo que verdaderamente quiere decir es que ya alguien más está a su lado, alguien que le brinda eso que según ella tú no le diste…, que posee todo de lo que tú carecías… — Se interrumpió al ver que el semblante de su amigo se endurecía.

—¿Crees que eso sea así? ¿Que ella ya esté con otro? —No pudo evitar preguntarlo, necesitaba escuchar una respuesta.

—Bueno…, existe la posibilidad, pero eso no debe agobiarte; por el contrario, te da la libertad para que tú también busques a una mujer y pienses en formar un hogar. Creo que ya va siendo hora. — La última frase la dijo en un tono relajado, mientras le golpeaba el hombro.

—Claro, tienes razón —reconoció Timothy y terminó la champaña que le quedaba en la copa.

La sola idea de que Brigitte estuviese con alguien más le laceraba el corazón, pero no se podía permitir que su amigo lo viese derrotado. En realidad, no podía dejar que algo como eso lo afectara, ellos habían terminado; y se recordó que cada uno podía hacer lo que mejor le pareciera.

Sin embargo, su mano voló a la bandeja con copas de champaña que llevaba un mesonero que justo en ese momento pasaba frente a él. Ignoró la mirada suspicaz de Peter, cuando lo vio beberla de un trago, y luego echó un vistazo por el salón, en busca de algo que le ayudase a distraerse y a alejar a Brigitte de su mente.

Un grupo de colegas se les unió y empezaron a conversar sobre política, pues era uno de los temas favoritos de los abogados. Los puntos principales fueron las recientes independencias de algunas colonias británicas y francesas, que indudablemente afectaría la economía de Europa.

—Esto es algo de lo que se puede hablar con libertad aquí en América, pero en Inglaterra aún es un tema difícil de abordar, por lo escabroso que resulta para la corona —comentó Peter, quien recibía información de su padre.

—Es comprensible, con esas colonias pierden mucho poder, y eso los muestra débiles ante el mundo. Y lo que es peor, las independencias seguirán —agregó Arthur, quien era un experto en Ciencias Políticas y había seguido de cerca el tema.

—Europa no es la única que tiene problemas, de este lado del mundo siguen los conflictos con Cuba, eso no pinta nada bien señores… En definitiva, el mundo se ha vuelto loco. Hace menos de dos décadas que vivimos una devastadora guerra, y parece que el mundo lo ha olvidado, porque ya busca iniciar otra —acotó Timothy sintiéndose como pez en el agua, ya que su especialización había sido en Derecho Internacional Público.

—Y este es el motivo por el cual hombres y mujeres nunca están juntos en las fiestas querida sobrina, a no ser que compartan la pista de baile, claro está —comentó Clark Montgomery uniéndose al grupo.

Como era de esperarse, cada uno de los presentes le entregó saludos y muestras de admiración al catedrático, pero el verdadero interés lo despertó la elegante y bella mujer que lo acompañaba.

—Señores, les presento a mi hermosa sobrina —anunció con una sonrisa cariñosa para ella.

—Encantada, Julia Montgomery. —Se presentó extendiéndole la mano a cada uno, ensanchando su sonrisa a aquellos que le

parecieron más guapos.

—Julia acaba de llegar de Edimburgo, donde estudió música; y por supuesto, se graduó con honores, como corresponde a una mujer con su carisma, talento y disciplina —expresó Clark mirándola con orgullo.

—Tío por favor, me hace sentir abrumada ante tantos halagos…, y los caballeros creerán que exagera —mencionó con melodiosa voz.

—El doctor siempre ha sido muy acertado en cuanto a sus apreciaciones, así que si lo dice es porque debe ser verdad señorita —acotó Arthur, entusiasmado con la presencia de la mujer.

—Estoy de acuerdo con mi colega —añadió Timothy, para ser amable con la chica, pues hasta el momento era el único que no le había hecho algún cumplido.

—Muchas gracias caballeros, me hacen sentir muy halagada —comentó posando su mirada en el atractivo y varonil rostro del último hombre que habló, y que había despertado su interés mucho antes de esa noche.

Clark Montgomery decidió que se quedaría a compartir la mesa con sus discípulos por el resto de la velada; sobre todo al notar el interés de su sobrina en Timothy Rumsfeld.

El hombre podía ser un buen partido para una chica como Julia. Era responsable, educado y provenía de una buena familia; justo lo que él buscaba para emparentar a la suya.

Después de un rato Peter casi obligó a Timothy a que sacara a bailar a la joven, pues también había visto el interés en ella. Por lo que pensó que era la oportunidad perfecta para hacer que se fijara en una hermosa mujer y se olvidara de Brigitte Brown.

Sin embargo, los planes de Peter Luwdon no salieron tal y como él esperaba, porque una hora después, Timothy anunciaba que se retiraba, excusándose en un fuerte dolor de cabeza que no podía soportar.

La desilusión fue palpable en Julia Montgomery, quien iba sintiéndose más fascinada con él a medida que lo conocía, pero se obligó a no mostrar mucho su interés, porque una señorita de su estatus nunca haría algo como eso. No obstante, se prometió que

volvería a ver a ese hombre y que haría que él terminase invitándola a salir.

—¿Nos veremos mañana para almorzar? —preguntó Peter cuando lo despedía.

—Por supuesto, cuenta con ello —respondió dándole un abrazo fraterno—. Que disfrutes de la fiesta —dijo y se alejó para subir a su auto, que el chico del valet ya había estacionado frente a ellos.

—Eso haré, tú tómate algo para ese malestar y descansa.

Asintió, y desde el auto se despidió con un ademán de mano; para un segundo después ponerse en marcha. Sin embargo, en lugar de dirigirse a su apartamento, como le había dicho a Peter, tomó otro rumbo; uno que lo llevaría al Club Together.

Necesitaba hacer algo que sacara definitivamente de su cabeza las palabras que le había dicho Peter; incluso, podía admitir que hasta deseaba vengarse de Brigitte, en caso de que su amigo tuviera razón y ella ya lo hubiese olvidado en brazos de otro. Entonces él lo haría en los de otra mujer.

—Buenas noches, bienvenido señor Rumsfeld. —Lo saludó la *madame* del local, una mujer que a pesar de los años seguía siendo muy atractiva.

—Buenas noches señora Amelie, deseo un reservado por favor, y que me atienda Kristen —pidió sacando la billetera del bolsillo de su elegante gabardina.

—Me temo que Kristen no podrá, otro cliente la ha solicitado esta noche y no tarda en llegar —mencionó apenada, pues odiaba no poder complacer a sus clientes.

—Le pagaré el triple, pero la quiero a ella toda la noche.

—¿Toda la noche? —cuestionó con algo de asombro.

—Sí, como escuchó. Y estoy seguro de que usted podrá ofrecerle una chica que deje satisfecho al otro señor —dijo poniendo sobre la mesa una buena suma de dinero.

—Por supuesto, todas mis chicas son especiales. —Sonrió y agarró los billetes—. Venga conmigo, lo llevaré a una de las suites; tendrá lo que desea en un momento.

Timothy entró a la lujosa habitación, decorada con un estilo muy parisino, como aquellos burdeles del siglo XVIII. Se quitó el abrigo y

lo puso en el perchero.

Después de algunos minutos sintió la puerta abrirse; se giró, encontrándose con la figura de la hermosa y sensual pelirroja, quien llevaba un elegante vestido negro de seda con transparencias, que dejaba a la vista los lugares indicados para hacer que un hombre perdiera la cabeza.

—Buenas noches doctor Rumsfeld, me dijeron que estaba muy urgido por verme. —Caminó hacia él, acentuando el andar de sus caderas de manera sugerente.

Timothy ni siquiera se molestó en responderle, simplemente se abalanzó sobre ella, acunándole el rostro con las manos y dándole un beso profundo e invasivo, que no dejó sin explorar un solo rincón de esa provocativa boca.

Sintió cómo Kristen se le colgaba del cuello y se ponía de puntillas para disfrutar mejor del beso, pegándolo a su curvilínea figura, mostrándose ansiosa por sentirlo.

—Esta noche necesito que te apoderes de mi mente, que no me dejes pensar en nada —pidió mirándola a los ojos.

—Has venido al lugar indicado guapo, te prometo que solo pensarás en lo grandioso que es el sexo que te ofrezco —respondió con una gran sonrisa y la mirada brillante, al tiempo que sus manos abrían la cremallera del pantalón de él y la bajaba lentamente, sin dejar de mirarlo—. Y mi boca se encargará de empezar en este preciso momento.

Su mano hurgó entre la ropa interior y expuso ante sus ojos el apetecible miembro del abogado, que mostraba una erección a medio camino, pero que ella no tardaría en convertir en una firme columna, capaz de hacerla gritar de placer.

Separó los labios y lo miró a los ojos, sonriendo, anticipándole lo que estaba a punto de hacer.

Timothy echó la cabeza hacia atrás con los párpados apretados, disfrutando de lo que la experta boca de la mujer le hacía entretanto luchaba con la imagen de Brigitte, que buscaba apoderarse de su mente, como siempre le sucedía.

Solo que esta vez no la dejaría, porque había ido hasta allí precisamente para olvidarla, y lo conseguiría.

Kristen lo dejó cuando sintió que estaba al borde del orgasmo, sabía que después de que eso pasaba muchos caballeros perdían el interés.

Aunque no era el caso de Timothy, pues él siempre había sido generoso al hacerla disfrutar también de sus encuentros; igual deseaba que estuviera activo durante toda la noche.

El derroche fue tal, que terminó siendo ella quien necesitó de un descanso después de una hora, ya que él la había poseído como si fuese una bestia.

Se pasearon por todos los muebles del lugar, haciendo posiciones que ella conocía bien, pero que nunca en sus años como dama de compañía había hecho con otros hombres.

Timothy también se permitió descansar un rato, porque había terminado exhausto; además, no quería regresar a su apartamento y encontrarse solo en este.

Aunque no pudo dormir, solo se quedó mirando el cielo estrellado a través del techo de cristal que tenía esa suite; suspiró y el movimiento de su pecho lo hizo ser consciente del peso de Kristen, quien se había recostado sobre él y se había quedado dormida.

El deseo de que fuera Brigitte y no esa mujer se apoderó de su ser, pero vino acompañado del dolor de imaginar que quizás en ese momento ella pudiera estar durmiendo en los brazos de otro.

—¿Dónde estás Brit? ¿Dónde y con quién? —Se preguntó con la rabia y el dolor corriendo por sus venas, llevándolo a derramar su llanto en silencio.

Odiándose por ser tan débil, y odiando más a Brigitte, por enamorarlo y luego abandonarlo a su suerte.

Capítulo 39

Brigitte despertó a media madrugada, sobresaltándose al verse acostada en una cama que no era la suya, junto a un extraño; pero de inmediato recordó que se hallaba en la casa de Donatien y que era él quien dormía a su lado.

Miró el reloj sobre la mesa de noche, y ajustando su vista a la poca luz que reinaba en la habitación descubrió que eran casi las cinco de la mañana.

Despacio se puso de pie, intentando no despertarlo al salir; agarró el kimono del piso, se cubrió con este y caminó hacia el baño.

Al entrar evitó por todos los medios mirarse en el espejo, no quería verse a los ojos y descubrir en ellos lo que verdaderamente sentía, pues hasta ese momento solo se había dejado llevar por su instinto de mujer, rehuyéndole a su consciencia.

Sin embargo, esta no necesitaba de un espejo para hacerla percibir el peso de la culpa, el sentimiento de traición que se había apoderado de su ser.

Intentaba convencerse alegando que era absurdo, que no había hecho nada malo ni había traicionado a Timothy, porque hacía casi un año que estaban separados.

Pero su corazón seguía perteneciéndole, y era a ese sentimiento al que ella sentía que había defraudado.

—¿Y no has pensado que quizás él también ha estado con otras mujeres desde que se separaron? Sabes que es lo más probable. Timothy es un hombre tan… tan... sexual —dialogaba en susurros con su consciencia.

Una oleada de lágrimas subió hasta su garganta al imaginar que no estaba equivocada, que él ya se había acostado con alguien más.

Eso alivió en parte el remordimiento que sentía, pero abrió en su pecho una herida que resultó ser mucho peor, pues ya no tenía la moral ni el derecho para reclamarle nada.

—Tú también fallaste… —esbozó y no pudo retener el sollozo que escapó de sus labios.

Con rapidez se llevó una mano a la boca, para ahogar aquellos que subían por su garganta. Supo entonces que nada podía contener la avalancha que se avecinaba.

Por lo que caminó de prisa para salir del baño, necesitaba alejarse de allí y esconder su dolor de Donatien, o terminaría lastimándolo a él también.

Subió hasta el estudio y se tendió en el diván, agarró en un montón las telas que estaban esparcidas sobre este y se cubrió el rostro con las mismas, para aminorar de esa manera el sonido de sus sollozos, mientras dejaba su llanto en libertad.

Sus lágrimas se extinguieron casi a la par de las estrellas en el firmamento, que lentamente iba dejando atrás la oscuridad, para pintarse primero de un frío malva, seguido de un amarillo más cálido; y por último, ese bello azul brillante que le anunciaba a París un nuevo día.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? —preguntó Donatien llegando hasta ella para envolverla con sus brazos.

Brigitte cerró sus párpados cansados y se dejó caer en su pecho, dejándose arrullar por él, al tiempo que luchaba contra esa marea de sentimientos contradictorios que la embargaban.

En respuesta a sus acciones, Donatien le dio un par de besos en el cuello, aspirando también su aroma, abrazándola como si hubiese estado a punto de perderla.

—Me has dado un buen susto, pensé que te habías ido —confesó apretándola con fuerza.

—¿A dónde iría en medio de la madrugada? —inquirió y al hacerlo el recuerdo del día en que abandonó a Timothy llegó hasta ella, hurgando una vez más en esa herida que al parecer jamás sanaría.

—A ninguna parte supongo —contestó sonriendo ante lo irracional de su miedo—. Pero ¿qué haces despierta tan temprano? —Se movió para verla a los ojos.

—Quería ver el amanecer desde aquí. —Mintió y se asombró ante lo fácil que le resultó hacerlo.

—Bueno, de ahora en adelante podrás disfrutar de este todas las veces que desees —pronunció, dejando en claro su invitación para que ella pasara más noches a su lado.

—Gracias. —Le acarició los brazos.

—¿Quieres que volvamos a la cama y descansar otro rato, o prefieres que empecemos a trabajar en el cuadro? —Le planteó esas dos opciones, porque no quería que ella mencionara la idea de macharse. Sentía que no estaba listo para dejarla ir.

Ella evaluó sus propuestas, sabiendo que de volver a la cama él desearía tener sexo de nuevo; y ella no se sentía de ánimos para eso.

Regresar al apartamento y enfrentarse al interrogatorio que seguro le tenía preparado Margaret tampoco le apetecía. Así que optó por trabajar en el cuadro; y mientras él pintaba, ella podría pensar en cómo poner orden a su mundo de nuevo, y quizás para el final del día lo hubiera conseguido.

Horas más tarde Brigitte se despedía de Donatien frente a la puerta del edificio donde vivía el pintor. Aunque él había insistido en acompañarla, ella se negó y le pidió que le diera un espacio para poder hablar con Margaret y explicarle también lo de su decisión de posar para él, antes de que lo viera, pues sabía muy bien lo indiscreta que podía llegar a ser su prima.

—¿Vendrás mañana? —Le preguntó mientras la miraba a los ojos y le rodeaba la cintura con los brazos, tratando de alargar esa despedida tanto como pudiera.

—Sí, después del trabajo, como siempre.

—Te estaré esperando. —Sus labios casi rozaban los de ella—. Y mientras llegas pensaré en ti y en todas las cosas maravillosas que hemos compartido —agregó antes de besarla.

Brigitte se tensó un poco, pues estaban en plena vía pública, y todavía no se sentía en libertad de expresarse de esa manera; sobre todo, porque aún no tenía claro cuáles eran sus sentimientos.

Llevó una mano al pecho de Donatien, para a través de una caricia alejarlo, tampoco quería hacerlo sentir rechazado, pero no se sentía cómoda besándose con él en ese lugar, a la vista de todos.

—Ya debo irme. —Le hizo saber mirándolo a los ojos.

—Está bien —aceptó, obligándose a dejarla ir; aunque iba a extrañarla mucho esa noche, debía ser paciente y no agobiarla—. Pediré un taxi para ti, no quiero que andes sola por la calle a esta hora.

Ella iba a protestar diciéndole que solo eran un par de calles y que lo hacía todas las tardes, después de que acababan las sesiones, por lo que no había motivo para preocuparse.

Sin embargo, prefirió no hacerlo, solo le daría más motivos a Donatien para retenerla; y no es que ahora le molestase su compañía, sino que necesitaba tener algo de tiempo con ella misma.

—Voy a extrañarte mucho —pronunció Donatien sin poder evitarlo, esperando con eso no presionarla; sino todo lo contrario, que se sintiera valorada.

—Nos veremos mañana —mencionó; y al ver que sus palabras no expresaban la misma emoción de las de él, le sonrió y lo besó en los labios—. Que descanses Donatien.

—Igual tú…, mi hermosa musa. —La ayudó a subir al taxi y se quedó en la acera, viendo el auto alejarse.

Margaret estaba sentada en el sofá, dibujando un boceto; debía aprovechar los momentos de soledad y cuando la inspiración llegaba a ella.

De pronto sintió que giraban la llave en la cerradura, por lo que con rapidez se puso de pie, dejando de lado su bloc de dibujo; rogando para que fuese Brigitte y no Allan quien estuviese al otro lado.

—¡Gracias al cielo que eres tú! —exclamó con una gran sonrisa cuando la vio.

—¿Qué sucede? —inquirió ella preocupándose.

—Nada, pero si era tu hermano no hubiese sabido qué explicación darle —respondió acercándose hasta ella para abrazarla, quería felicitarla por su emancipación.

—¿No ha llegado aún? —preguntó, no había pensado mucho en él, pero saber que no tendría que verlo a la cara en ese momento la llenaba de alivio.

—No, tal vez decidan quedarse hasta mañana; y si te soy sincera, eso de conocer a la familia de Pauline me suena a excusa, para mí esos dos se fueron a alguna cabaña en las montañas, a pasar todo el fin de semana acurrucaditos.

—Tú siempre pensando de esa manera. —Le recriminó.

—Ya lo dice el refrán, piensa mal y acertarás… Pero dejemos de hablar de ellos y mejor cuéntame cómo te fue con Donatien. Estoy ansiosa por saber.

—Maggie…

—Te conozco Brit, sé que eres muy reservada y todo eso, por ello no te pediré detalles, pero cuéntame qué tal. —Le pidió tomándola de las manos para llevarla al sillón.

Brigitte se sentó sintiendo que una vez más la culpa la aplastaba, las lágrimas llegaron inundándole la garganta de golpe y no tardaron en cristalizar su mirada; suspiró, buscando liberar la presión en su pecho y alejar esa sensación, pero en lugar de eso, terminó soltando un sollozo.

—Brit… ¿Qué pasó? —Margaret la miró alarmada.

—Yo… me siento tan mal… —expresó, dejando correr sus lágrimas y llevándose las manos a la cara, creyéndose estúpida—. Siento como si hubiese traicionado a Timothy.

—¡Ay por Dios! ¡No! ¡Vamos! No te pongas así Brit, mírame. —Agarró entre sus manos el rostro de su prima y la miró a los ojos—. Sé que puede ser complicado y es lógico que te sientas extraña, pues nunca habías estado con otro hombre, solo con él… Pero debes asimilar que ya no le perteneces a Timothy Rumsfeld, ahora eres una mujer libre y puedes decidir entregarte a alguien más, sin sentir remordimiento por eso —explicó intentando consolarla, no quería verla así, ella debería estar feliz.

—Eso lo dice mi lado racional…; sin embargo, el corazón me grita lo contrario. Maggie, te juro que he puesto todo de mi parte para olvidarlo, para arrancarlo de mi alma…, pero no lo he conseguido; no he podido... Y esto que pasó con Donatien fue tan… de repente, que yo… En verdad no estaba preparada para ello. —Negaba con la cabeza sin saber cómo había dejado que todo eso pasara. Ella debió contenerlo y no llegar tan lejos.

—Bueno…, si te soy sincera, me sorprendió que hayas aceptado tener relaciones con él en este momento; es decir, pensé que empezarían por entablar una relación formal... y que con el tiempo llegarían a esto.

—Todo fue mi culpa —esbozó en medio de un sollozo.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó Margaret intrigada.

—Porque yo… —Brigitte se detuvo al ser consciente de que había llegado el momento de contarle todo. Vio la mirada expectante de su prima y respiró profundo para armarse de valor—. Yo seguí tu idea de… posar para él. Desde hace algunas semanas me ha estado viendo casi… casi desnuda… He estado bastante tiempo con él a solas…, y supongo que eso motivó a que nuestra relación se hiciera más cercana —respondió con el rostro inclinado.

Margaret se quedó muda al escuchar las palabras de Brigitte, nunca hubiese imaginado que su prima se arriesgaría a hacer algo como eso; ella siempre había sido tan recatada, y que de la noche a la mañana decidiera posar prácticamente desnuda para una pintura era algo que la asombraba.

—Bueno, yo… no sé qué decir Brit —dijo confundida.

—Fue un error…, nunca debí hacerlo —mencionó sollozando, al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡No! No digas eso… Creo que es genial cariño. Donatien te convertirá en una hermosa obra de arte, de eso estoy segura; y… ¿sabes por qué? —preguntó buscando la mirada gris. Cuando lo consiguió, le dio la respuesta—. Porque él te ama Brit, ese hombre te idolatra.

—Lo sé…, me lo dijo. Me confesó que ha estado enamorado de mí desde la primera vez que me vio.

—¡Ves! Entonces deberías estar feliz, por fin tendrás lo que tanto anhelaste; además, lo que pasó entre ustedes no pudo estar tan mal; de lo contrario, no te hubieses quedado a dormir con él anoche —acotó mirándola a los ojos.

—No digo que lo estuviera. Fue muy gentil…, y hubo momentos en los que me sentí muy bien. Es solo que… no fue lo mismo. —Se puso de pie, huyendo de la mirada desconcertada de su prima. Se paró frente al ventanal mientras le daba la espalda—. No fue lo

mismo Maggie, a momentos sentía que era otra persona la que se entregaba a él y no yo; incluso, llegué a imaginar que era… que era Timothy el que me hacía su mujer —confesó con algo de vergüenza, pero con la necesidad de hacerlo.

—Brigitte…, no tienes que sentirte mal por eso, a muchas mujeres nos pasa —dijo levantándose y le apoyó las manos en los hombros —. No es fácil entregarse a un nuevo hombre, menos cuando aún tienes sentimientos por el anterior. Te lo digo por experiencia… Me pasó con Lorian.

Confesó, no sin sentirse un poco apenada, porque odiaba mostrar debilidad, aunque era la primera vez que le pasaba; y todo por culpa de Paul Johnson.

—Es tan complicado, es como si tu mente y tu cuerpo fueran en direcciones distintas; pero en un momento todo se equilibra y terminas sintiendo que nada es igual. Timothy era tan apasionado, tan intenso… La manera en la que me tocaba, cómo me besaba… Como si no hubiese un mañana. —Brigitte dejó que su mente se llenara de recuerdos—. Él me exigía entregarme por completo Maggie, y yo… yo me sentía tan plena haciéndolo. Podía morir de placer aferrada a su cuerpo, sintiéndome tan pequeña entre sus fuertes brazos, y al mismo tiempo, tan poderosa cuando lo sentía temblar dentro de mí.

Y una vez más, Margaret se sorprendía ante las confesiones de su prima; pero se lo haría saber, porque no quería que se guardara sus sentimientos; por el contrario, esperaba que se siguiera abriendo con ella, que confiara de verdad.

—Y supongo que con Donatien… no te sentiste de esa manera —mencionó animándola a continuar.

—No. Con él… todo fue tan... calmado. No hubo mayor emoción, solo mucha ternura. —Negó con la cabeza, reprochándose por menospreciar el desempeño del pintor, eso no era justo para él—. Tal vez sea yo la que esté mal, quizás me acostumbré a solo ser usada.

—¡No repitas eso nunca más Brigitte Brown! —Le advirtió y la volvió para mirarla a los ojos—. Nada está mal contigo, es solo que te sientes extraña por ser la primera vez. Verás que las cosas mejorarán con el tiempo. A lo mejor él pensó que ser tierno era lo

correcto, pero estoy segura de que ese hombre guarda mucha pasión dentro, y te la entregará toda cuando le demuestres que estás lista para recibirla. Solo debes poner de tu parte y dejar atrás al fantasma innombrable —expresó con convicción.

—No sé si vaya a funcionar Maggie…, y no quiero lastimarlo. Donatien ha sido tan bueno conmigo... —Dejó ver su mayor temor.

—Funcionará. Solo debes darle la oportunidad y dejar de verlo como el «profesor». Míralo como es, un hombre muy guapo… y encima está loco por ti.

Brigitte asintió en silencio, dejando rodar un par de lágrimas por sus mejillas; se abrazó a Margaret agradeciéndole una vez más por el apoyo que le brindaba.

No sabía qué sería de ella si algún día le faltara y no la tuviera para contarle lo perdida que se sentía, algo que le pasaba tan seguido.

—Bueno, ya no sigas llorando… Debes estar feliz, has dado un paso muy importante en tu vida, y estoy segura de que será para mejor —agregó mirándola con verdadera emoción, y después le dio un beso en cada mejilla.

—Te prometo intentar poner todo de mi parte para hacer que funcione. Voy a tratar de ser feliz junto a Donatien —pronunció mirándola a los ojos y recordándose que se había prometido ser valiente.

Su prima asintió dedicándole una gran sonrisa; se abrazaron de nuevo y después de eso se sentaron para seguir hablando.

Brigitte le contó el incidente que había tenido al no cuidarse, y Margaret se alarmó tanto como ella. Sin embargo, no tardó en tranquilizarla, explicándole lo que Donatien le había dicho; algo que a ella también le pareció raro, pero confiaba en él.

Margaret se sorprendió, era la primera vez que escuchaba que un hombre se cuidaba; por lo general ese era un asunto de mujeres; ellos cuando mucho usaban preservativos, pero nunca un remedio.

Dejaron el tema de lado, para enfocarse en cómo harían para contarle a Allan de la nueva relación entre Brigitte y Donatien, por lo que acordaron que no entrarían en detalles, solo le dirían lo

necesario; algo que lo dejara tranquilo y evitara que le hiciera muchas preguntas.

Capítulo 40

Dos semanas después, Donatien admiraba su más hermosa y preciada obra ya terminada, mientras sentía que el pecho le iba a reventar de la emoción. Se estaba conteniendo para no gritar y saltar de júbilo en ese momento; sobre todo, porque deseaba poder admirarla un poco más, justo como estaba en ese momento.

Dejó los pinceles de lado y despacio se acercó hasta ella, quien estaba tan sumida en sus pensamientos que se sobresaltó, al sentir la caricia que le dio en el cuello, pero enseguida se relajó, dejándose consentir.

Él se puso de rodillas tras ella y comenzó a besarle la nuca, mientras su mano se deslizaba por el hombro, en busca del suave seno que no tardó en abarcar por completo.

—De seguir así, nunca terminaremos esa pintura —acotó ella para recordarle que debían seguir trabajando.

—No está mal que tomemos un descanso —susurró besándole el cuello, y su mano abandonaba el seno, para sumergirse entre las telas que la cubrían.

—Donatien… —Suspiró cuando sintió el roce de los delgados dedos de él sobre su pubis.

—¿Sí? —preguntó, aventurándose a ir más allá, al sentir el temblor que la recorría y cómo su piel empezaba a arder—. Eres tan cálida y suave…, eres perfecta.

—Donatien…, creo que deberíamos... —Ella intentaba persuadirlo de parar, pero su cuerpo le estaba rogando para que continuara tocándola.

—Hacer el amor y olvidarnos de la pintura.

Sonrió al recibir un gemido en respuesta, acompañado del oscilante movimiento de las caderas que lo invitaban a sumergirse un poco más, y así lo hizo.

Sin embargo, cuando sintió que ella estaba cerca de irse detuvo sus caricias, para acto seguido despojarse de su ropa, mientras se deleitaba con la imagen de su musa.

El sonrojo que cubría su rostro, la respiración acelerada que movía sus senos de manera hipnótica, sus labios entreabiertos que lo invitaban a beber de ellos; todo en ella era tan hermoso, que aún no se podía creer que fuese suya.

Por eso no perdía la ocasión de hacerle el amor, cada vez que podía la seducía hasta hacer que se rindiera, justo como estaba haciendo en ese instante.

Brigitte una vez más se dejaba arrastrar por su instinto, dándole la libertad a sus sentidos para que fuesen quienes la guiaran y le hicieran disfrutar de las caricias y los besos de Donatien.

Había seguido los consejos de Margaret para poder vivir el placer sin remordimientos, acallando a su conciencia cuando buscaba hacerla sentir culpable por entregar su cuerpo al pintor.

—Sé que no te haré desistir de hacer lo que tienes en mente en este momento… —esbozó ella sonriendo al sentir suaves besos sobre su vientre.

—No, no lo harás… Quiero hacerte el amor, y lo haré porque sé… que tú también lo deseas —respondió mirándola a los ojos sin dejar de besarla—. Tu cuerpo me lo está pidiendo…, me está rogando por ello.

Le dedicó una última mirada, antes de cerrar los ojos y sumergirse en ese mar salado y tibio que ella tenía en medio de sus piernas, sintiéndola temblar; y temblando él al mismo tiempo.

Estaba cumpliendo una de sus más recurrentes fantasías. Se había imaginado durante semanas hacerle el amor en el diván.

—Vamos a tu habitación —suplicó ella jadeando.

—No…, déjame tenerte aquí… Lo he soñado tantas veces mi musa —rogó negándose a complacerla, aunque solo fuese por esta vez.

—Donatien…, estaremos más cómodos allá —indicó ella tensándose e intentando detenerlo, pero su cuerpo temblaba cada vez más y comenzaba a perderse.

Sin embargo, no podía alejar de su cabeza lo vivido con Timothy en un sillón parecido; todas esas veces en las cuales él la hizo suya

de la misma manera en la cual Donatien pretendía hacerlo. Una vez más en su cabeza se mezclaban las imágenes del pasado y del presente.

—Brigitte…, solo relájate mi amor… y deja que te ame.

La petición de Donatien aceleró todo en su interior, llevándola a un torbellino de emociones; cerró los párpados con fuerza, y aunque intentó enfocarse en él y en lo que vivía en ese momento, el recuerdo en su corazón fue más fuerte y terminó ganando; arrebatándole una vez más al pintor ser el dueño de sus sentimientos.

Cruzó sus piernas sobre la espalda de él, instándolo con esto a que fuese más profundo en su interior, a que le diese más de ese exquisito placer. El preludio del orgasmo se apoderó de ella y se mordió con fuerza el labio, para encerrar el nombre que revoloteaba en su cabeza.

Donatien estaba perdido en su propio placer, y en ese que sabía le estaba provocando a Brigitte, a quien sintió liberarse en medio de estremecimientos y jadeos. Quería disfrutar de sus contracciones, por lo que rápidamente entró en ella, para vivir los últimos segundos del vuelo al paraíso que le había entregado a su musa.

Ella fue sustraída de la fantasía en su cabeza al sentirse colmada por el miembro viril que llegó a su interior y comenzó a moverse sin tregua.

—Tú cuerpo es mi paraíso..., tú eres mi paraíso Brigitte… Y quiero vivir así siempre, amándote —susurró contra los labios entreabiertos de ella, bebiéndose su aliento al tiempo que les daba riendas sueltas a sus caderas.

Brigitte tenía un nudo cerrándole la garganta, por lo que no pudo responderle con palabras, pero intentó hacerlo con sus gestos; así que lo abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello; recibiendo las embestidas en su interior, que si bien no eran violentas, tampoco llegaban a ser lo que ella necesitaba, ni provocaban el placer que se suponía debían brindarle.

Pensó en que tenía que hacer algo para cambiar esa situación o su relación con Donatien estaría destinada al fracaso. Recordando las palabras de su prima cuando le dijo que él solo haría lo que ella

quisiera, y que si deseaba pasión, entonces debía comenzar por darla ella.

—Donatien… —Lo llamó acunándole el rostro con las manos.

Él la miró embelesado, como siempre, por lo que ella suspiró y se armó de valor, pues ya no quería más esas miradas; quería una ardiente y hambrienta de pasión, que se apoderara de su alma por completo.

Lo besó con ansias, como si llevase días perdida en el desierto y él fuese un oasis; también arqueó su cuerpo, para rozar con los senos su pecho; deseaba sentir la firmeza de sus pectorales y el vello que los cubría, aunque no fuese mucho.

La sensación la hizo jadear, pues eso era lo que deseaba, que su cuerpo fuese consciente del poder masculino que habitaba en Donatien; porque si quería verlo como a un hombre, tenía que empezar por sentirlo como tal.

Y al parecer, él lo comprendió, porque con agilidad se movió en el poco espacio que había e invirtió sus posiciones; agarró a Brigitte con fuerza por las caderas y le indicó cómo deseaba que se moviera, al tiempo que él mismo se desbocaba en su interior.

—¡Oh Dios! —exclamó ella al sentir ese cambio que de inmediato revolucionó todas sus sensaciones.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, deteniendo sus embistes; pensando que tal vez había sido muy impulsivo.

—Sí, estoy perfectamente —dijo afirmando además con su cabeza y le entregó una sonrisa—. Sigue Donatien, no te detengas… no te detengas por favor.

Él recibió eso como un aliciente para seguir adelante, la besó con la misma intensidad que lo hiciera ella minutos atrás, y luego dejó que sus manos viajaran por todo su cuerpo.

Se deleitó tocando su perfecto *derrière*, sosteniéndolo un momento para ser él quien se moviera desde abajo; pero no tardó en sentir cómo su miembro palpitaba, a punto de derramarse.

—Brigitte, vuela conmigo amor…, vente conmigo —suplicó mirándola a los ojos, y un ronco gemido le rompió el pecho cuando estalló dentro de la mujer que amaba.

—Sí… ¡sí!… —exclamó al sentir que la esencia cálida de Donatien se alojaba en su interior y la hacía sentir una mujer plena nuevamente.

Después de los temblores provocados por el orgasmo compartido, solo quedó un remanso de paz, donde lo único que se escuchaba eran sus respiraciones agitadas.

Ella se recostó sobre su pecho, sin una pizca de fuerza en su cuerpo; y debía reconocer que era la primera vez que le sucedía con él, que quedaba completamente satisfecha y feliz. Se movió para mirarlo a los ojos y le dio un dulce beso en los labios.

—Me encantó —confesó sonrojándose.

Donatien sintió como si se hubiese ganado un premio al escucharla, pues lo había dicho de manera espontánea, no como en ocasiones anteriores cuando era él que le preguntaba, y ella solo le daba respuestas vagas, haciéndole sentir que lo hacía por compromiso.

—Pongámonos de pie, quiero mostrarte algo —mencionó él con la felicidad vibrando en su voz.

La ayudó a pararse al ver que las piernas le temblaban ligeramente, lo que lo hizo sentir aún más satisfecho con su desempeño, porque ese era un signo de que ella en verdad le había entregado toda su vitalidad. Él también se sentía algo débil, como era normal; sin embargo, el entusiasmo que sentía lo hizo levantarse con agilidad.

—No, espera… No te cubras. Debes ver algo —dijo y le quitó la prenda.

—¿Desnuda? —cuestionó mirándolo con asombro.

—Sí, bellamente desnuda, como luces ahora —respondió dándole solo un toque de labios; y después, con una gran sonrisa la llevó de la mano hasta el caballete.

Brigitte se quedó alucinada ante la imagen pintada en el cuadro, la mujer que veía allí era sumamente hermosa y sensual; su postura relajada poseía cierto toque sublime que elevaba el desnudo, haciéndolo lucir como una verdadera obra de arte, casi como algo irreal.

No había una pizca de vulgaridad en este, todo era armonioso y bello, equilibrado de una manera que lo único que podía despertar esa mujer era la admiración de los hombres; y luego, tal vez el deseo de poseerla, porque lucía inalcanzable, como una estrella, casi etérea.

Se llevó una mano a la boca, para silenciar el jadeo que brotó de sus labios, pero no pudo hacer nada con las lágrimas que descendieron por sus mejillas.

—¿Te gusta? —preguntó Donatien con el corazón latiéndole tan fuerte como una locomotora.

—Yo… estoy maravillada Donatien. Es… es hermoso… Es perfecto —expresó con verdadera emoción, y se volvió para mirarlo—. ¿En serio soy yo la mujer plasmada ahí? ¿Así me ves tú? —inquirió moviendo sus pupilas de un lado a otro, expectante y llena de miedo.

—Esa eres tú Brigitte, así eres no solo para mí sino para todo el mundo. Eres una mujer digna de admiración, capaz de despertar pasiones —pronunció mirándola a los ojos.

—Es que no puedo creerlo. —Sabía que tenía cierto atractivo, pero la mujer en la pintura era bellísima.

—Déjame demostrártelo —pidió acercándose con ella a la pintura; con cuidado, apoyó sus dedos en el lienzo, y lentamente comenzó a deslizar su otra mano por su cuello, bajando al mismo tiempo por ambos—. Es esta curva la que está dibujada allí… Esta es la planicie de tu espalda, tan perfecta como ves en el cuadro… Pero incluso, la belleza que ves en este no se compara a la real que estoy sintiendo en este momento, con la calidez de tu piel… Tu cintura es así de estrecha; tus caderas son igual de sensuales.

—Donatien… —Y su cuerpo volvía a despertar.

—Brigitte, los hombres que vean esta pintura van a desearte con locura, pero ninguno de ellos tendrá el privilegio del que soy dueño… Ellos no podrán sentirte temblar como lo hago yo, ni podrán ver más allá de las telas que te cubren. —Le susurraba en el oído, sintiendo que su cuerpo también se llenaba de deseo una vez más—. Ellos no podrán disfrutar de tu sabor ni te escucharán gemir, no podrán mirarte a los ojos mientras cabalgan en tu cuerpo. Eso es solo mío… Y le doy gracias al cielo por eso. Pero falta algo para que

entiendan ese mensaje, para que la pintura sea perfecta —mencionó pegándola a su cuerpo, haciéndola consciente de su desnudez y su excitación.

—¿Qué? —inquirió ella, quien se sentía en una nube por sus palabras y sus caricias.

Él sonrió contra su cuello y caminó sin separar sus cuerpos. Agarró una pequeña caja que estaba en el extremo del cuadro, misma que Brigitte no había visto hasta el momento; la acercó y la abrió para exponer ante ella un hermoso anillo de brillantes.

Capítulo 41

Todo el aire desapareció del pecho de Brigitte, su cuerpo entero tembló; e incluso, sintió que estaba a punto de desmayarse cuando sus ojos se posaron en la joya. Apenas fue consciente de la fuerza con la que le rodeó la cintura con un brazo o del beso que le dio en el cuello. Lo único que quería era salir corriendo de allí.

—Quiero pintarte llevando este anillo —dijo intentando que su voz no revelase los nervios que lo embargaban. Era la primera vez que pedía matrimonio, y quizás por eso no le hizo la pregunta de costumbre.

—Llevarlo para posar en esta pintura… ¿Piensas agregarlo ahora que ya está terminada?... —esbozó con nerviosismo, deseando que él le dijera que estaba en lo correcto.

—Así es, pero también quiero que lo lleves puesto todo el tiempo —respondió y la volvió. Debía pedírselo mirándola a los ojos—. Quiero que te cases conmigo Brigitte, que seas mi esposa, que te quedes a mi lado para siempre. —Esa petición salió desde su alma.

—Donatien, yo… No —Brigitte irguió sus murallas una vez más, y se alejó de él para buscar el kimono y vestirse.

—Brigitte, solo quiero que vivas conmigo, hacerte feliz. Y sé que puedo hacerlo —mencionó caminando tras ella y la tomó por los hombros—. Mírame por favor. Te amo y también te valoro, por eso no quiero seguir en una relación clandestina, no te mereces esto.

—Es muy pronto Donatien, solo llevamos un par de semanas en esta relación y… —decía cuando él la interrumpió.

—Te amo desde hace cuatro años.

—Sí, pero yo… hasta hace poco estaba comprometida con otro. —Intentó justificarse.

—Eso fue hace un año, y creo que ya es hora de que rehagas tu vida, que lo hagamos juntos —pidió mirándola a los ojos.

—Donatien, por favor… No me presiones. —Se alejó de él sin mirarlo a los ojos, no quería lastimarlo pero tampoco podía quedarse callada y aceptar, eso sería peor; lo había aprendido junto a Timothy. Suspiró al tiempo que buscaba las palabras correctas en su mente—. Disfruto mucho tu compañía, me haces sentir bien; y no quiero perder lo que tenemos, pero no estoy lista para un compromiso mayor. No puedo darte lo que me pides.

—¿Que no estás lista? Espera un momento porque no comprendo. ¿Me das tu cuerpo, pero no puedes darme tu corazón? —cuestionó sintiéndose dolido y perplejo.

—Será mejor que me marche. No comprendes nada. —Se sintió ofendida por sus palabras.

—¿Qué es lo que no comprendo? ¿Que aún sigues enamorada de ese imbécil? —No quiso ni mencionar su nombre, porque no hacía falta, ella se lo estaba dejando claro.

La rabia y el dolor invadieron a Brigitte, haciéndola sentir frustrada por encima de todo, pues allí estaba Timothy una vez más, arruinándole la vida. Y Donatien no era menos culpable, él también la hacía sentir mal al intentar imponérsele. Lo que le demostraba que él no era distinto a los demás, que todos eran iguales.

Donatien supo que se había extralimitado cuando vio el dolor reflejarse en el bello semblante de su musa; y el terror lo invadió cuando vio que bajaba las escaleras, dispuesta a marcharse quizás para nunca regresar.

Caminó de prisa tras ella, no podía permitir que se fuera; de lo contrario, la perdería para siempre, y eso acabaría con él.

—Brigitte…, lo siento mi amor; por favor, espera —dijo al tiempo que la sujetaba por la cintura y la pegaba a su cuerpo—. Soy un idiota, discúlpame. Tienes razón, no debí presionarte de esta manera —decía aferrado a ella.

—Donatien, por favor; déjame ir —pidió Brigitte con las lágrimas haciéndole girones la garganta; e intentó liberarse.

—No, no puedo hacerlo… Si te vas, sé que voy a perderte. —Él reforzó más el abrazo—. Por favor, mírame.

La volvió para poder mirarla a los ojos y la llevó hasta la pared, encerrándola entre esta y su cuerpo; necesitaba tener la certeza de

que no se escaparía. Cuando vio el sufrimiento de la mirada de su musa se sintió muy mal, había actuado como un idiota, y ahora debía reparar el daño; por lo que primero intentó tranquilizarse, apoyando su frente en la de ella, mostrándose arrepentido.

—En verdad lo siento mi amor, yo… solo quería que supieras que esto es algo más que físico para mí, que cuando te digo que te amo lo digo en serio, y que nada me haría más feliz que hacerte mi esposa. Pero si no estás lista lo respeto, será cuando tenga que ser, sin presiones —mencionó con total convicción mientras la miraba a los ojos.

—Donatien, yo… yo también lo siento; no debí ponerme de esa manera, tan a la defensiva; por el contrario, debí estar agradecida contigo por este gesto. En verdad me haces sentir halagada…, es solo que… necesito sentir que estoy tomando las decisiones por mí misma. No se trata de… de él, sino de mí. Viví tantos años para complacerlo en todo, que ahora quiero dedicar tiempo para complacerme a mí, para conocerme mejor y saber qué es lo que realmente quiero. —Trató de explicarle lo que sentía.

—Haremos lo que quieras —dijo enseguida.

—Pero también deseo que tú seas feliz, que te sientas bien con esta relación; no es justo que yo te exija hacer sacrificios solo para mi bienestar.

—No habrá ningún sacrificio si estoy a tu lado Brigitte. Eso es lo único que necesito para ser feliz, que me dejes estar junto a ti y ayudarte en todo lo que necesites, mostrarte lo grandiosa que eres —pronunció con sinceridad mientras la miraba a los ojos, y se lo hacía sentir también en el toque de sus manos.

Brigitte de pronto sintió como si estuviese viendo a su yo antigua reflejada en Donatien, a esa que estaba dispuesta a lo que fuese con tal de mantener a su lado a la persona que amaba. Y eso no era justo, ella no quería que él se perdiese en su afán por conservarla. Tal vez lo mejor para los dos era terminar con todo eso.

—Donatien…, yo… no lo sé… Tal vez tú desees casarte y tener una familia, y yo solo te estoy negando esa posibilidad. No es justo. —Lo miraba a los ojos, sintiendo que los de ella estaban a punto de ser desbordados por las lágrimas.

—No me estás limitando de nada Brigitte. Es cierto que deseo hacerte mi esposa, que el amor que te tengo y mi deseo de compartir una vida contigo fue lo que me llevó a proponerte matrimonio; pero también estaba el hecho de que tus padres vendrán para Navidad y deseo pedirles tu mano cuando estén aquí; quiero que vean que mis intenciones contigo son las mejores —explicó para tranquilizarla, pues seguía mostrándose dudosa.

—¿Pedir mi mano? —inquirió entrando en pánico de nuevo, pues no sabía cómo tomarían sus padres algo así.

—Sí, creo que es lo correcto —respondió con su mirada anclada en la de ella—. Brigitte, yo te hubiese pedido que fueras mi esposa desde incluso antes de hacerte mi mujer, porque eres tan valiosa para mí… Significas tanto.

—Donatien… —susurró dejando correr su llanto y se abrazó a él con fuerza.

—Mi musa hermosa… Te esperé por cuatro años; créeme, puedo esperarte toda la vida si es necesario.

—Prometo que intentaré hacerte muy feliz Donatien —pronunció ella ahogada en la mirada transparente y celeste. Él le sonrió, llenándola de confianza.

—Ya lo haces Brigitte…, ya lo haces sin importar las condiciones de esta relación, solo que tú seas mía y que yo sea tuyo. —Le aseguró mirándola a los ojos y después le dio un beso profundo, cargado de amor.

Ella se quedó esa noche con él, quiso demostrarle que no necesitaba hacerla su esposa para tenerla a su lado; después de estar durante años esperando por un matrimonio, ya no sentía que eso fuera una prioridad. Prefería primero estar segura del sentimiento que le profesaba, saber que el hombre que tenía a su lado la amaba verdaderamente; y solo entonces aceptaría ir al altar junto a él, jurarle amor para siempre y tener una familia.

Timothy se encontraba revisando y organizando los formularios que debía entregar a los profesores de cada cátedra, para que estos asentaran las notas de fin de semestre, ya que la próxima semana habría consejo de escuela cuando escuchó que llamaban a la puerta

de su oficina, lo que le resultó un tanto extraño, pues se suponía que todos se habían marchado para almorzar.

—Adelante —ordenó sin siquiera abandonar su silla.

—Buenas tardes, disculpe que lo moleste doctor Rumsfeld, pero vine a ver a mi tío y al parecer no se encuentra, tampoco está su secretaria —mencionó Julia, asomando apenas medio cuerpo.

—Señorita Montgomery, pase por favor. —Se puso de pie enseguida y caminó hacia ella—. Su presencia no me molesta en lo absoluto. Es agradable tenerla aquí, aunque lamento confirmarle que su tío no se encuentra, salió hace un rato a almorzar.

—¡Caramba! —expresó mostrándose irritada—. Es mi culpa, quedamos en vernos para comer, pero se me hizo tarde; él debió pensar que lo olvidé.

—Es una pena —comentó Timothy, detallando mejor a la chica, comprobando que lo que le había dicho su amigo Peter era cierto. La joven lucía una figura muy hermosa y sensual.

—Sí, en fin… Tendré que almorzar sola, porque ciertamente, muero de hambre. ¿Sabe de algún lugar por aquí donde pueda hacerlo doctor Rumsfeld? —preguntó esperando que él no le mencionara alguno, sino que se ofreciera a acompañarla.

—Conozco algunos, aunque la mayoría son cafés para estudiantes. —Se puso a buscar en qué anotar las direcciones.

—Está bien, no hay problema; frecuentaba ese tipo de establecimientos en Edimburgo —indicó, y al ver que él no haría lo que ella deseaba, se arriesgó a ser más directa—. ¿Usted ya almorzó o no piensa hacerlo?

Timothy Rumsfeld era el hombre más apuesto que había visto en su vida, con rasgos fuertes, muy masculinos pero elegantes; con esa estatura que resultaba imponente para una mujer de metro sesenta y cinco como ella.

Le encantaba cómo le quedaba la camisa blanca con pequeños cuadros negros, ajustándose a la perfección; revelando que había mucho músculo debajo de esa fina tela. Se imaginó deshojando uno a uno cada botón, hasta revelar su poderoso pecho.

—No, no lo he hecho… Decidí quedarme porque tengo trabajo pendiente, pero pensaba pedir algo más tarde.

—Claro, comprendo. —Escondiendo tras una sonrisa su desilusión, y recibió la nota—. Muchas gracias doctor Rumsfeld, tenga una tarde muy productiva.

Le estrechó la mano para despedirse y después giró sobre sus talones, siendo consciente de que no tenía caso seguir en ese lugar; solo había ido a perder su tiempo, el plan le había fallado.

Tal vez debía seguir el consejo de sus amigas y olvidarse de ese hombre. No parecían haberse equivocado cuando le advirtieron que era muy complicado, y que seguía enamorado de su ex, una tal Brigitte Brown.

—Señorita Montgomery, espere por favor.

Timothy la detuvo antes de que abandonara su oficina, de pronto las palabras de Peter resonaron en su cabeza; debía darle la oportunidad a otra mujer para que entrase en su vida y le ayudase a olvidar a Brigitte.

Pensó que no le costaría mucho intentarlo con Julia Montgomery ya que se le presentaba la oportunidad. Por qué no aceptar su invitación y almorzar junto a ella; después de todo, parecía ser una joven agradable, y ciertamente, era muy hermosa.

—¿Olvidó anotar algo? —Se volvió a mirarlo, sintiéndose esperanzada.

Tuvo que esforzarse para ocultar su júbilo cuando lo vio caminar hasta el perchero, agarrar la chaqueta azul marino de su traje y su abrigo; sin embargo, se mostró sorprendida, pues necesitaba que él le confirmara con palabras lo que ya sospechaba.

—No, solo cambié de parecer; dejaré esto para después e iré a almorzar con usted. Claro está, si desea mi compañía.

—No le hubiese preguntado si ya almorzó si no la quisiera —respondió con una sonrisa.

—De acuerdo —comentó sintiéndose tonto de repente.

Le sonrió abriendo la puerta para invitarla a ir primero, luego apagó la luz, cerró la oficina y caminó junto a ella.

Apenas llevaban unos diez pasos cuando fue consciente de lo extraño que se sentía caminar de esa manera junto a una mujer que no fuese Brigitte. Le resultaba increíble que hubiese pasado un año desde que lo hizo por última vez junto a su exnovia.

Se reprochó por la dirección que estaban tomando sus pensamientos, negó y miró a la mujer a su lado; debía enfocarse en el presente para poder construir un futuro; de lo contrario, estaría completamente perdido.

—¿Extraña Edimburgo? —preguntó para iniciar una conversación y acabar con el pesado silencio.

—La verdad es que no mucho, es un lugar muy frío y gris la mayoría del tiempo. El único atractivo que tiene es su festival durante el verano —contestó mientras se ponía sus guantes, antes de que las manos se le helaran—. Y usted, ¿extraña Londres? —inquirió para seguir con el tema.

—Algunas veces. Viví durante muchos años en esa ciudad, prácticamente desde que era un chico —respondió y una vez más la imagen de la Brigitte adolescente llegaba hasta su cabeza, haciendo que se llenase de nostalgia.

—¿Se siente más inglés que americano? —cuestionó al ver la melancolía en su actitud.

—No, por supuesto que no; amo mucho a mi país, pero…

—Dejó cosas allá que extraña… o tal vez… personas muy queridas —dijo ella, pues según le habían contado, su exnovia se había quedado en Europa.

Él frunció el ceño ante la afirmación que hacía Julia, ¿acaso era tan evidente? Se preguntó en pensamientos.

—Aquí es, es uno de los mejores de Boston —esbozó señalado la entrada del café Pamplona.

Ella sonrió para hacerle creer que no se había dado cuenta de lo que había hecho, aunque fue muy obvio cómo cambió de tema sin responder a su comentario, y eso solo le confirmaba una cosa: Timothy Rumsfeld seguía enamorado de Brigitte Brown.

Él la llevó a una de las mesas que siempre ocupaba en el fondo, con vista a la intersección de Bow y Arrow Streets; rodó la silla para que ella se sentara y después lo hizo él, quedando uno frente al otro.

De inmediato la dueña del local se acercó para tomar sus pedidos, mientras observaba a la bella chica que acompañaba al abogado. Creía que el hombre no gustaba de las mujeres, pues nunca lo había visto en compañía de una, pero al parecer y por suerte, no era así.

—Con relación a la pregunta que me hizo antes de entrar al café… —Timothy habló para aclarar ese asunto, sabía que corrían muchos rumores con relación a su separación de Brigitte—. Con el tiempo uno se acostumbra a ciertas personas o rutinas, así que no es extraño que de vez en cuando se sienta añoranza, pero poco a poco empiezas a olvidarlas y aprendes a vivir sin ellas… Vas conociendo nuevas personas, que dejan en el pasado a las otras —mencionó sintiendo que le hacía bien decir todo eso en voz alta, hacía que fuese más creíble la idea de olvidar a su ex.

—Esperemos entonces que esas costumbres no sean tan difíciles de olvidar, y que esas nuevas personas que llegan hagan que sea posible un futuro con nuevos y bonitos recuerdos —respondió mostrando una gran sonrisa, sintiendo que él le estaba abriendo una puerta. Agarró la taza que acababa de poner frente a ella la mesonera y la elevó hacia Timothy—. Brindemos por eso, aunque sea con un café —agregó logrando que él le regalara una sonrisa que puso a latir más rápido su corazón.

—Sí, brindemos por eso.

Chocó con cuidado la taza de Julia Montgomery y le dio un sorbo al oscuro líquido, mientras la miraba fijamente, disfrutando del suave sonrojo que cubrió sus mejillas y la hizo ver mucho más hermosa.

Agradeció el servicio de Josefina, y le deseó buen provecho a su acompañante antes de comenzar a comer; recordando que no podía extender mucho ese encuentro.

—Su tío no debe tardar, si desea puede volver conmigo a la escuela y esperarlo en mi oficina —sugirió para ser cortés y porque la chica le agradaba.

—¡Oh no! Ya le he quitado mucho tiempo y no quiero atrasarlo más en su trabajo. Puedo verlo en otro momento.

La verdad es que se había inventado lo del almuerzo. El motivo real era tener la posibilidad de salir con Timothy, tal como había conseguido.

—Bien, en ese caso tendremos que despedirnos, pero quiero que sepa que disfruté mucho de su compañía señorita Montgomery —dijo mirándola a los ojos, al tiempo que le sonreía y le extendía la mano.

—Yo también de la suya. —Rechazó la mano y se acercó para darle un beso en la mejilla. No se iría de allí sin al menos eso—. Aunque espero que la próxima vez que nos veamos y me invites a un café me llames Julia.

—Por supuesto, ¿qué te parece entonces si salimos el sábado para almorzar de nuevo Julia? Prometo llevarte a uno de los mejores restaurantes de la ciudad —dijo sintiéndose animado por la actitud de ella.

—Me parece estupendo Timothy. —Se aventuró a tutearlo, aunque él no le había dicho que lo hiciera; pero al verlo sonreír, supo que no le desagradaba. Sacó una libreta de su bolso y una pluma, y le escribió su número telefónico—. Me puedes llamar el viernes en la noche para confirmar.

—Perfecto Julia, nos vemos el sábado.

—Hasta entonces cuídate mucho.

La despidió con un beso en la mejilla, que prolongó más de lo normal y la hizo temblar.

Ella sentía que flotaba en una nube y apenas fue consciente de cuándo él le detuvo un taxi. Subió y se despidió con un ademán de mano, manteniendo su mirada embelesada en él, hasta que el auto dobló en la esquina y lo perdió de vista.

Capítulo 42

Donatien hubiese deseado estar presente en la llegada de sus suegros, pero un compromiso justo a la misma hora con Sophie Marchant, quien llevaba la administración del Pavillon Royal lo retuvo.

Ella le había ofrecido el lugar para hacer su exposición, pero primero deseaba ver sus pinturas, por lo que debió llevarle algunas hasta la mansión, que estaba ubicada en *Palais-Bourbon*, el distrito más caro de todo París.

Aunque no le presentó la obra principal la mujer quedó satisfecha con lo que vio y muerta de curiosidad por conocer a «La musa», como había titulado la obra principal.

Obtuvo lo que deseaba y eso lo tenía muy emocionado, ahora solo restaba que los padres de la mujer que amaba le dieran el visto bueno a su relación y brindaran por su felicidad.

—Todo saldrá bien, solo recuerda que lo más importante es que ellos puedan ver el inmenso amor que sientes por su hija. —Se dijo para infundirse seguridad.

Se encontraba nervioso, pues era la primera vez que pediría la mano de una mujer; se miró al espejo y aprobó el reflejo que le devolvía. Se había vestido con un elegante traje gris, una camisa blanca y una corbata azul marino con detalles en rojo; y por último, una bufanda gris de cachemira.

Deseaba darles la mejor impresión. No importaba que ya se hubiesen visto antes, porque a partir de ese día las cosas serían distintas.

—Bien, aquí vamos.

Los esposos Brown se encontraban en *Le Procope*, uno de los restaurantes más emblemáticos de la bella ciudad luz, a la espera de Allan, Brigitte y Margaret, quienes suponían vendrían acompañados, ya que su hijo había reservado una mesa para ocho personas.

—¿Quiénes crees que vendrán con ellos Ben? —inquirió Karla con curiosidad, mientras miraba hacia la entrada.

—No lo sé mujer, pero creo que Donatien, ya sabes que no se aparta de nuestra pequeña nunca; también esa chica que tiene tan ilusionado a Allan; y seguro que Maggie no viene sola —respondió el hombre sin mucho esfuerzo. Estaba seguro de que así sería.

—Tal vez tengas razón, aunque espero que Brigitte nos presente a alguien más esta noche, un joven apuesto y de buena familia, de preferencia que sea americano; así la convence de regresar a casa y olvidarse de la loca idea de quedarse a vivir aquí —dijo esperanzada.

Sin embargo, la desilusión se apoderó de ella en cuanto vio a su hija entrar del brazo del pintor; y casi entró en pánico cuando el hombre le dio un beso en la mejilla, al que su hija respondió con una sonrisa radiante.

—¡Ay por Dios Benedic! —expresó y bebió de su copa de agua.

—¿Qué sucede mujer? —inquirió ante la reacción de su esposa y llevó la mirada hacia la entrada.

—Ya te enterarás —murmuró, pues no le daba tiempo de explicarle lo que sospechaba.

Los saludos formales se dieron primero entre los esposos y Donatien, luego vinieron las presentaciones de los demás; los mismos que había vaticinado Benedic.

Brigitte estaba muy nerviosa debido a la mirada escudriñadora de su madre, era como si pudiera leer sus pensamientos y supiera todo lo que había sucedido entre Donatien y ella.

—*Mon Coeur*, Allan ya presentó a Pauline, creo que es momento de que hablemos de lo nuestro —susurró cerca de ella, intentando disimular para no parecer maleducado.

—Donatien, por favor… Esperemos un poco más. Creo que es mejor que yo hable con ellos antes —pidió mirándolo a los ojos.

—No, no voy a acceder a eso, lo sabes. Acordamos hablar los dos con tu familia esta noche y eso haremos —mencionó en tono serio, con su mirada fija en la asustada de su novia, y le apretó la mano con suavidad—. Todo estará bien *Chérie*, ellos se pondrán felices, te lo aseguro —agregó con una sonrisa para darle confianza.

—Deja que el pobre hombre hable de una vez o tía sufrirá de una espantosa migraña, de tanto intentar leer sus labios —comentó Margaret, quien se encontraba sentada junto a su prima, y había notado el interés de la señora.

—Está bien…, está bien; pero trata de ser mesurado con tus palabras. Nada de matrimonio por ahora, ¿de acuerdo? —Le aclaró Brigitte, sintiendo su cuerpo temblar

—Te lo prometo —pronunció sin poder evitar llevarse la mano que le sujetaba a los labios y darle un beso.

Eso hizo que ella se tensara, pues sabía que los ojos de sus padres estaban encima de los dos; su prima en cambio, se mostró muy divertida con la situación. Lo que le hizo ganar un pellizco por parte de Brigitte y una mirada reprobatoria.

A ver si con eso aprendía a ser un poco más discreta y a no burlarse de los demás.

—Deja de hacer eso Maggie, por favor —murmuró sin mirarla.

—Cobarde —espetó esta con media sonrisa.

Los nervios que invadían a Donatien le impidieron ser consciente del intercambio entre las primas; dudó entre ponerse de pie para hacer el anuncio o quedarse sentado.

Un vistazo a Brigitte lo hizo escoger permanecer como estaba, eso atraería menos la atención hacia ellos; respiró profundo, armándose de valor; y comenzó.

—Señor y señora Brown… —Hizo una pausa para aclararse la garganta—, también quisiera aprovechar la ocasión… Bueno, Brigitte y yo deseamos hacer un anuncio.

—Bien Donatien, somos todo oídos.

Benedic le dedicó una sonrisa para animarlo, aunque ya sabía lo que el hombre le diría, no era ningún tonto; y había estado observando a la pareja durante la velada; además, conocía muy bien a su hija y sabía que algo la tenía nerviosa.

Sin embargo, pudo sentir cómo su esposa se tensaba, casi podía jurar que comenzaría a abanicarse de un momento a otro.

—Mi relación con su hija ha pasado de ser una amistad a un noviazgo, y deseamos hacerlo de su conocimiento. Mis intenciones

son serias; y ambos queremos contar con su aprobación —pronunció intentando hacer pausas, para no evidenciar sus nervios.

—¡Es una gran noticia! —expresó Benedic con una sonrisa que iluminaba su mirada. Se volvió para ver a su mujer, quien parecía haberse convertido en una estatua. Le agarró la mano para hacerla reaccionar—. ¿No te parece que es grandioso Karla? —Le preguntó para sacarle una respuesta.

—Sí, claro… Yo… estoy muy contenta por ustedes.

La mujer apenas alcanzó a pronunciar esas palabras. Su peor temor se estaba haciendo realidad, y ella no podía hacer nada para evitarlo, al menos no de momento, pero más adelante tendría una conversación con su hija.

—Muchas gracias papá…, madre —mencionó Brigitte, sonriéndoles con timidez.

—Me alegra mucho contar con su aprobación. Adoro a Brigitte y les garantizo que daré lo mejor de mí para hacerla feliz. Sé que aún es pronto para hablar de esto, pero me gustaría que sepan que mis intenciones con ella son las mejores… Por lo que me harían un gran honor al considerarme un hombre digno para su hija y me entregaran su mano.

Él le había prometido a Brigitte que no hablaría de matrimonio delante de sus padres, para no hacerla sentir presionada; sin embargo, no pudo contenerse al ver que ellos recibían la noticia de su noviazgo de buen agrado; así que debía aprovechar la oportunidad.

—¿Hablas de entregarte su mano en matrimonio? —inquirió Karla con el aire atascado en su garganta.

—No…, no por ahora —contestó Brigitte de inmediato.

—Para más adelante señora Brown, no se alarme. Sé que Brigitte y yo debemos conocernos mejor como pareja.

Lo hizo por la tensión en su novia y también al ver cómo su suegra palidecía; tal vez pensando que esa propuesta de matrimonio tan de repente se debía a algún motivo en particular, como por ejemplo: un embarazo no planificado.

—Claro, en un futuro —confirmó Benedic para evitarle un desmayo a su mujer.

El padre de Brigitte le sonrió al pintor porque cada vez más se ganaba su confianza, le agradaban las personas que no perdían el tiempo e iban detrás de lo que querían.

Ese era el tipo de hombre que él deseaba para su hija, y no uno que dudase durante diez años para llevarla a un altar, como fue el caso de Timothy Rumsfeld, quien en ese aspecto, había heredado muy poco de su padre Theodore.

La velada continuó celebrando la felicidad de las tres parejas, porque incluso Margaret se animó a dejar que Lorian hablase de su relación de manera formal, sumándole alegría a los esposos Brown, quienes pensaban que eso no pasaría nunca.

Karla apenas pudo conciliar el sueño la noche anterior, la preocupación por las decisiones que podía tomar su hija la mantuvieron despierta; sobre todo, al ser consciente de que no contaba con el apoyo de su marido. Benedic no comprendía que esa relación entre Brigitte y Donatien Rimbaud era una locura que debía acabarse.

Al final se decidió por ir a verla a su trabajo, no seguiría perdiendo el tiempo y atormentándose con todo ese asunto. Si su esposo no hacía nada, entonces debería ella tomar las riendas.

Entró al vestíbulo del museo y vio que su hija llegaba acompañada por un grupo de turistas, esperó a que los despidiera, y después se acercó a ella.

—Hola Brit. —La saludó intentando sonreír.

—¡Madre, qué sorpresa verla! —expresó acercándose para abrazarla—. No esperaba que viniera… ¿Y mi padre? ¿Acaso vino con usted? —preguntó paseando su mirada por el lugar.

—No, salió temprano con Allan a mirar unos almacenes, ya sabes que tu hermano sigue con la loca idea de abrir una sucursal de la fábrica aquí —contestó dejando en evidencia cuánto le molestaba todo eso.

—Creo que es algo maravilloso, así tendrán otro motivo más para viajar con más frecuencia, y yo podré verlos —mencionó con entusiasmo, pero al ver la seriedad de su madre, supo que algo

importante ocurría y ese era el porqué de su visita—. ¿Qué la ha traído hasta aquí madre?

—Brigitte, tenemos que hablar. No puedes casarte con Donatien Rimbaud —expresó casi como un lamento, mientras la miraba a los ojos y le sujetaba las manos.

—¡Madre, por Dios! Nadie ha hablado de matrimonio, no se ponga de esa manera —pronunció para tranquilizarla, viendo que la actitud de su progenitora comenzaba a atraer la atención de los visitantes y el personal—. Será mejor que hablemos de ese tema en otro lugar, vamos a un café aquí cerca —dijo viendo que su supervisora estaba cerca y que podía pedirle un receso.

—Está bien…, está bien.

Salieron del museo y caminaron hasta uno de los tantos cafés que rodeaban el lugar.

—Cariño, lamento haberme puesto de esa manera hace un momento, pero en verdad estoy tan angustiada.

—No se preocupe madre, todo está bien. Ahora dígame porqué está así —preguntó mirándola.

—Hija, estoy tan angustiada, apenas pude dormir, pensando en ti y en las decisiones que estás tomando.

—Madre, no la comprendo.

—Pequeña, debes parar esta locura, ya tienes un año en Francia, lejos de tu familia; y no has ganado nada, solo estar atascada en ese trabajo. Sé que prometimos apoyarte, pero no puedo hacerlo cuando veo que te estás perdiendo.

—¿Cómo que perdiendo? Por favor mamá, ¿de qué habla?

—De tu relación con Donatien Rimbaud, ese hombre no te conviene, no cumple los requisitos para ser un buen marido. —Vio que su hija iba a protestar y levantó la mano para pedirle que la dejara continuar—. Ya sé que es atractivo, inteligente, encantador y todo un caballero, pero ni siquiera tiene una profesión… Solo es un… «artista». —Trató de que sus palabras no fueran peyorativas.

—Por si no lo recuerda, yo también soy una «artista». Estudié para eso —mencionó Brigitte, quien apenas podía disimular la molestia que le provocaban las palabras de su madre.

—No, tú solo fuiste a la universidad para tener la formación intelectual adecuada a una chica de tu clase, nada más. Eso quedó claro desde el principio.

—Pues se equivoca madre, tengo talento y puedo desarrollarlo si quiero. Y sé que Donatien puede ayudarme con eso —argumentó mirándola a los ojos.

—Te ha engatusado con esa idea. —Karla abrió los ojos, horrorizada al escucharla.

—No me ha engatusado con nada.

—Hija, mira... Sé que tal vez no quieras que te hable de esto, pero escúchame. —Al ver que estaba enceguecida por las ideas del pintor, la sujetó de las manos y la miró—. Timothy aún sigue soltero, me lo confirmó la misma Violeta. Estoy segura de que eso se debe a que todavía guarda la esperanza de que ustedes se reconcilien. Creo que si deseabas darle una lección lo has conseguido, él en verdad está arrepentido… Él incluso…—hablaba con la esperanzada de que eso la hiciera reaccionar.

—No siga madre, por favor… No puedo creer que de verdad esté diciéndome todo esto. —Se soltó del agarre verdaderamente ofendida.

—Brigitte, por favor, no seas insensata —dijo viendo cuán obstinada se había vuelto en ese año.

—No voy a regresar con él mamá. Terminamos y eso me quedó muy claro en su última carta.

—¿Se escribieron? —inquirió con la alegría brillando en sus ojos y colmando su voz.

—Solo fue una carta. —No quiso entrar en detalles.

—¿Y qué se dijeron? —preguntó de nuevo, sintiendo que la ansiedad estaba a punto de matarla.

—Nada que no supiéramos ya. Entre nosotros no queda nada por salvar. —Se volvió para mirar hacia la calle, no quería que viera cuánto le afectaba aún recordar las palabras de su exnovio—. Y será mejor que se vaya haciendo a la idea de que Donatien y yo estamos juntos, porque no pienso terminar mi relación con él.

—No puedo creerlo, te escucho y es como si no fueses mi hija. ¡Por el amor de Dios Brigitte! Vas a arruinar tu vida. Ese hombre no

tiene ni dónde caerse muerto. ¿Qué puede ofrecerte? —cuestionó, saliéndose de sus cabales.

—No diga esas cosas —pronunció muy molesta por el desprecio que mostraba su madre. No tenía porqué hablar así de él—. Donatien me ofrece apoyo, compañía, comprensión, amor… Eso es mucho más de lo que me ofreció Timothy Rumsfeld en diez años.

—¡Por Dios bendito hija! Para casarse con un hombre se necesitan cosas mucho más importantes que todo eso; necesitas estabilidad, dime… ¿De dónde sacará el dinero para comprarte una casa decente? ¿Para formar una familia? ¿Cómo enviarán a los hijos que tengan a un buen colegio? ¿Vendiendo sus pinturas? —Se mofó, ya estaba cansada de intentar ser sutil con ella, debía abrirle los ojos.

—Donatien es muy talentoso y se los voy a demostrar —dijo poniéndose de pie; y sin siquiera despedirse, salió de ese lugar luchando contra sus lágrimas.

No podía creer que su madre le estuviese sugiriendo que volviese con Timothy solo por estabilidad, como si sus sentimientos no importasen para nada, como si el daño que le causó se borrarse solo porque junto a él nunca le faltaría nada.

Prefería mil veces tener una vida con carencias pero junto a un hombre que la amaba, que se daba por completo y moría por hacerla verdaderamente feliz.

Capítulo 43

Brigitte regresó al museo y casi corrió hasta los baños, necesitaba poder dejar correr las lágrimas en libertad, pues sentía que estaban a punto de ahogarla.

Después de quince minutos consiguió calmarse, pero cuando se miró en el espejo los estragos del llanto eran demasiado visibles; así que no tuvo otra opción que lavarse la cara.

Para cuando su turno acabó, tenía en su mente muy claro lo que haría, necesitaba convencer a su familia, y tal vez también a ella misma de que Donatien era el hombre correcto para casarse y formar una familia.

Fue directo hasta el apartamento de su novio, necesitaba hablar con él para contarle su idea, y saber si la apoyaba; después de todo, era Donatien quien debía tener la última palabra sobre eso. Se armó de valor y golpeó con sus nudillos la puerta, no tardó mucho en escuchar los pasos que se acercaban al otro lado.

—¡*Mon coeur*, qué bueno verte! —dijo y con una sonrisa se acercó para besarla y abrazarla—. Pensé que estarías con tu familia. —Le resultó un poco extraño que Brigitte prolongara tanto ese abrazo.

—Quería verte —susurró contra su cuello y no pudo evitar sollozar ni aferrarse más a él.

—Brit…, mi amor… ¿qué tienes? ¿Por qué estás así?

—Yo… necesito pedirte un favor, pero antes tengo que contarte algo —respondió mirándolo a los ojos.

—Claro pero ven, pasa… Te prepararé un té. —La tomó por los hombros y la encaminó hasta un sillón.

Ella asintió porque necesitaba de algo que la tranquilizara, todas sus emociones estaban en conflicto; estaba atemorizada y llena de dudas, mismas que intentaban alejar de ella la valentía que necesitaba en ese momento.

Se sentó y su mirada se perdió en el papel tapiz que cubría una de las paredes; no supo por cuánto tiempo estuvo así, pero cuando fue consciente de su realidad, Donatien le estaba ofreciendo una taza humeante.

—Bien, estoy aquí para escucharte, ¿qué es lo que quieres contarme? —Le acarició el hombro para relajarla.

Brigitte le dio un pequeño sorbo a la bebida, mientras dejaba que la tibieza de la porcelana le calentara las manos; cerró los ojos un instante, y cuando los abrió, en ellos había una poderosa resolución.

Comenzó a contarle lo sucedido con su madre, no omitió ningún detalle; incluso, le habló de la insinuación que le hiciera para que regresara con Timothy.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió con un agudo dolor en el pecho, sospechando que ella había llegado hasta allí para terminar su relación—. ¿Volverás con él? —preguntó en un gesto realmente masoquista.

—¡No! Por supuesto que no. —Negó de manera categórica, agarró la mano de Donatien y la apretó con suavidad—. Quiero que mi madre vea que se equivoca contigo, que sepa que eres un hombre maravilloso… Que no hay nadie mejor para mí que tú —dijo con la esperanza de que su corazón también se convenciera de eso.

Donatien no respondió con palabras, la emoción le había robado la voz, por lo que actuó y la besó; lo hizo apasionadamente, envolviéndola entre sus brazos.

Brigitte le respondió intentando mostrar la misma emoción, separó sus labios y dejó que se apoderara de su boca; gimiendo al sentir la invasión de su lengua. A penas fue consciente del momento en que la agarró por la cintura y la montó sobre sus piernas, haciendo que la tela de su falda se subiera hasta dejar al descubierto el ligero y el encaje de sus medias pantis.

—*Mon amour*… —susurró quitándole la chaqueta del uniforme y la dejó caer en el suelo; luego comenzó a desabrochar su blusa de seda blanca—, te haré la mujer más feliz del mundo. Nunca te arrepentirás de esta decisión mi hermosa musa —dijo besando con ardor la piel de sus senos, que lucían más voluptuosos gracias al corpiño de encajes que llevaba.

—Donatien…, espera por favor —pidió acunándole el rostro con las manos para detenerlo y que la mirara a los ojos—. Aún no te he dicho qué es lo que necesito de ti.

—Pídeme lo que sea y lo haré —sentenció con sus labios casi rozando los de ella.

—Quiero que mis padres vean tus pinturas, quiero que vengan y descubran en ellas todo el amor y la admiración que sientes por mí; pero más allá de eso, deseo que sepan cuán talentoso eres y que tu éxito está asegurado —mencionó mirándolo a los ojos.

Donatien se sintió un poco intimidado ante esa petición; pues, aunque su intención era exponer sus cuadros, revelarlos a la familia de Brigitte en ese momento era exponerse él mismo más que a sus obras; serían su corazón y su alma las que estarían abiertas para ellos.

—Lo que me pides es algo… No sé cómo explicarme… Pero si es lo que deseas lo haré. Llámalos y pídeles que vengan. Les mostraremos quién es mi musa —pronunció con el corazón latiéndole desbocado, y sonrió cuando ella le dio un emocionado beso de agradecimiento.

Brigitte se alejó de él y caminó hasta el teléfono que colgaba en la pared de la cocina, marcó el número del hotel donde se estaban quedando sus padres y les dejó el mensaje.

Hora y media después, su familia llamaba a la puerta de Donatien. Ya Margaret había llegado, pues Brigitte sentía que su prima también merecía ver la colección de su novio; al fin y al cabo, ella era quien más había apoyado su relación con él.

—Papá, mamá… Allan. Gracias por venir —dijo en cuanto entraron al salón.

—Brigitte… ¿Qué sucede hija? Tu mensaje nos preocupó —mencionó Benedic caminando hacia ella.

—No tienen por qué padre —respondió sonriendo.

—¿A qué se debe esta reunión? —inquirió Karla, sin poder disimular su tensión ni su desagrado.

—Quiero… —Miró a Donatien y caminó hasta él para tomarle la mano—. Queremos… mostrarles algo.

—No perdamos tiempo entonces, me muero de curiosidad —comentó Margaret, quien estaba muy entusiasmada, pues ella casi había sido parte de todo ese proceso y estaba feliz de verlo hecho una realidad.

—Por favor, vengan conmigo —pidió Donatien, caminando hacia la escalera. Se paró a los pies de esta y miró a sus suegros—. Benedic, señora Brown… suban ustedes primero. Allan y Margaret, ustedes también.

Hicieron lo que el pintor les pedía, mientras los nervios, la curiosidad, la expectativa y la ansiedad hacían nido en cada uno de los presentes, solo que con distinta intensidad. Por último, subieron Donatien y Brigitte, quienes seguían tomados de la mano, brindándose apoyo; pues sabían que iban a necesitarlo.

—¡Vaya! Qué buena vista tienes desde este lugar Donatien —mencionó Benedic para romper con el pesado silencio que reinaba en ese lugar.

—Gracias señor, aunque debo decir que para mí, lo mejor está bajo esas telas —dijo señalando los lienzos.

—¿Tendremos el privilegio de conocer tu obra antes de la exposición Donatien? —preguntó Allan elevando una ceja. La verdad era que estaba bastante intrigado por la actitud del pintor y de su hermana.

—Sí, por eso los invitamos hoy —respondió, captando la atención de todos.

—Muero por verla, así que muéstranos el primer cuadro —expresó Margaret con entusiasmo.

Donatien le dio un último vistazo a Brigitte, antes de soltarla y caminar hasta una de las pinturas; tal y como hiciera con ella, dejó caer la tela que la cubría para exponerla ante su familia. Así fue descubriendo una a una las pinturas, dándoles tiempo para que pudieran apreciarlas; reservando para el final la obra principal.

—Debo felicitarte cuñado, tienes mucho talento. —Lo congratuló Allan, quien de inmediato había notado el parecido del cuadro que reflejaba una mirada con los ojos de Brigitte.

—Todas son tan hermosas y sublimes, me encantan… Mira estas líneas y los detalles tan reales de las manos. Eres un gran artista

Donatien —expresó Margaret, siendo totalmente sincera. Podía apreciar la belleza y dedicación en cada pintura; y sobre todo, el amor.

—Sí, soy muy buenas hombre —mencionó Benedic, quien no era muy experto en arte, pero le gustaba lo clásico, y podía percibir el trabajo de Donatien.

Karla observaba en silencio cada una de las pinturas, su corazón latía fuerte por dos razones: la primera porque se sentía horrible de haber juzgado al hombre sin conocer su trabajo; y la segunda, porque estaba claro que era talentoso. Pero eso no cambiaba que siguiera siendo un pobretón y que no le convenía a Brigitte, aunque la amase como se podía ver que lo hacía; ya que era indudable que la mujer en las pinturas era su hija.

—Y falta la principal… Mi musa —dijo revelando el cuadro para el que Brigitte había posado.

Todos se acercaron a mirarla, a excepción de Brigitte y él. Dejarían que hicieran el descubrimiento por ellos mismos; lo que no tardó mucho en suceder. Lo supieron en cuanto Allan y Benedic se volvieron a mirar al pintor; cabe decir que con una mezcla de sorpresa y molestia reflejadas en el rostro.

—¿Posaste para esta pintura Brit? —preguntó una alarmada Karla, al tiempo que veía a su hija a los ojos.

—Sí —respondió intentando que su tono de voz fuera firme, pero apenas consiguió emitirlo como un susurro.

—¡Ay Dios mío! —exclamó la mujer, llevándose una mano al pecho, pues sentía que iba a desmayarse.

—Cálmate mujer. —Benedic la sostuvo en sus brazos para evitar que se cayera.

—Tenemos que hablar. —Le advirtió Allan, señalándolo con el dedo y mirándolo con rabia.

—Será mejor que vaya por un vaso con agua. —Margaret intentó escapar de la situación, pues sabía que sus tíos la crucificarían junto a Brigitte y Donatien.

—Bajemos al salón —pidió el francés, indicándoles con la mano la escalera. Estaba dispuesto a asumir cualquier consecuencia, menos a que lo separaran de Brigitte.

Esperaron unos minutos a que Karla se recompusiera, pues en verdad había perdido el color. Margaret quiso decirle que no fuera tan dramática, pero sabía que no era el momento.

Allan miraban a través de la ventana para intentar contenerse, pues sus deseos eran darle un buen par de golpes a Donatien. Había confiado en él, se suponía que respetaría a su hermana; pero no, se aprovechó, al igual que el infeliz de Timothy Rumsfeld.

Benedic también se sentía molesto y defraudado, no podía creer que su hija hubiese actuado de esa manera una vez más. La primera vez pudo perdonarla, por su inocencia, pero ahora nada la justificaba, lo hizo porque quiso.

—¿Cómo pudiste hacernos esto? —Le reprochó Karla, cuando se sintió con fuerzas para hacerlo.

—No he hecho nada malo madre. —Se defendió.

—¿Te parece poco posar desnuda? —cuestionó enardecida por el descaro de su hija.

—No tiene nada de malo, es arte. Pero sus prejuicios no le dejan apreciarlo de esa manera. Donatien es un profesional y se portó como tal, siempre me respetó. —Le dolía ver que su familia, a excepción de Margaret, se enfocaran en la connotación sexual de la pintura.

—No quieras vernos la cara de idiotas Brigitte. —Le advirtió Allan, volviéndose para mirarlo a los dos de manera acusadora—. Si él en verdad te hubiese respetado no se habría aprovechado de ti, no te habría convencido para que posaras desnuda.

—Él no me convenció de nada, yo llegué hasta aquí y me ofrecí —contrarrestó las palabras de su hermano.

—¡Ay santo cielo! ¡Ella se… ella se ofreció! —pronunció Karla y una vez más palidecía.

—A mí no me importa escuchar quién hizo qué o los motivos que tuvieron, lo único que te exijo en este preciso momento Rimbaud es que te cases con mi hija. Si no quieres que te pegue un tiro —dijo Benedic levantándose para imponer su palabra y hacer que el pintor le respondiera a su pequeña.

—Por favor, vamos a calmarnos… —pidió Margaret, al ver que entre su tío y su primo podían dejar a Brigitte viuda antes de casarse.

—Será mejor que tú no hables Margaret. —La amenazó Allan mientras la miraba con reproche—. Ya tendrás tiempo de hacerlo, porque estoy seguro de que estabas al tanto de todo esto y lo alcahueteaste.

—¡Ya basta! —gritó Brigitte al ver que las cosas se le salían de las manos—. Aquí nadie le va a disparar a Donatien, tampoco lo golpearán. Él no hizo nada malo.

—Brigitte, por favor —intervino este, pues no quería que ella se expusiera por defenderlo.

—Por favor Donatien, déjame arreglar esto. Fui yo quien lo causó. —Le pidió mirándolo a los ojos. Cuando lo vio asentir continuó—. Él no se aprovechó de mí ni me engatusó, yo vine aquí por voluntad propia y le pedí que me dejara ser su musa. Lo hice porque necesitaba que alguien me hiciera sentir hermosa, porque quería ser admirada como… como no me había sentido nunca antes. Porque el hombre que se suponía debió hacerlo siempre estuvo enamorado de otra y a mí solamente me vio como un premio de consolación. Yo solo fui su desahogo, la tonta chica que servía para lucir como a un trofeo; pero a la que al llegar a casa ponía en una vitrina y se olvidaba de ella.

Brigitte no pudo evitar que las lágrimas la desbordasen al recordar todo eso. Sintió que Donatien se tensaba a su lado, pero al mismo tiempo le acariciaba la espalda para reconfortarla. Respiró profundo, necesitaba continuar y desahogarse, recordarle a su madre el tipo de hombre que era Timothy Rumsfeld, con quien ella pretendía que regresase y formase una familia.

—Ustedes ya vieron las pinturas, ni siquiera es necesario que él les diga que está enamorado de mí; cada una de ellas lo grita. Y me lo ha demostrado siempre, desde el mismo momento en que subí junto a él a un tren y escapé de mi caótica vida. Ha cuidado de mí, ha sido mi apoyo incondicional; y sí, me ha pedido matrimonio, pero he sido yo la que le ha pedido tiempo —confesó mirándolos a todos.

La familia escuchaba en silencio cada una de sus palabras, intentando asimilarla, aunque estaban al tanto de lo sucedido con Timothy, oírlo de nuevo removía muchas emociones y ponía todo en una balanza, que obviamente, favorecía a Donatien.

—Está bien…, hemos escuchado todo, y digamos que de cierta manera los comprendemos —mencionó Benedic, después de varios minutos de silencio, en los que aprovecharon para calmarse—. Igual deben casarse, y no aceptaré lo contrario Brigitte Brown. Tú tomaste tu decisión, y créeme, entiendo tus razones; pero ahora es momento de que asumas las consecuencias y hagas lo correcto —sentenció mirando a su hija.

—No tengo ningún problema con ello, si quieren podemos hacerlo antes de fin de año, así ustedes estarán presentes —dijo Donatien, emocionado.

—Esto es una locura —murmuró Karla, quien parecía ser la única que veía que el pintor no le brindaría a Brigitte una vida como ella merecía.

Descartaría a Timothy Rumsfeld si no supiera que en el fondo su hija lo seguía amando, pero existían otros buenos partidos, de excelentes familias americanas, profesionales; mucho más jóvenes y apuestos que el pintor.

El problema estaba en que Brigitte ya no era señorita, había tenido dos hombres en su vida sin casarse, lo que lo complicaba todo y podría impedir que alguien de su clase la tomara en serio; y si a eso le sumaban el hecho de que había posado desnuda, todo empeoraba.

—Solo falta una semana para Año Nuevo, es muy poco tiempo para organizar una boda —alegó Margaret, quien veía que su prima solo miraba a un lado y a otro, mientras sus padres y Donatien la acorralaban.

—Puede ser por lo civil —sugirió Allan. Él solo quería ver casada a su hermana.

—¡Esperen un momento! Dije que necesitaba tiempo, se lo dije a Donatien y se los repito a ustedes, no voy a casarme en Año Nuevo, no voy a casarme por ahora. —Se puso a la defensiva.

—¿Por qué no? —cuestionó su hermano mirándola a los ojos.

—Porque…, porque Donatien y yo debemos conocernos mejor y porque no quiero apresurar las cosas. En este momento tenemos planes, prioridades que requerirán de toda nuestra atención. —Se excusó en razones que no eran del todo válidas.

—Brigitte me pidió tiempo y debo dárselo.

—Pues yo también lo necesito —mencionó Karla, atrayendo la atención de todos, quienes se volvieron a mirarla—. Durante muchos años soñé con tu boda, con organizar cada detalle para que saliera perfecta, y me niego a no llevarlo a cabo. Si vas a casarte será como mi única hija merece. Nada de firmas en una jefatura con un par de testigos, ni sueñen con una ceremonia sencilla —explicó ante las miradas atónitas de los presentes, seguramente por el cambio que había dado.

En realidad, aprovecharía que su hija estaba pidiéndole un tiempo al pintor para ver si en ese plazo podía encontrarle un mejor partido; mientras le hacía creer a todos que organizaba la boda. Y si de ese momento a la fecha no daba con nada, no tendría más remedio que aceptar a Donatien Rimbaud; pero antes haría su mejor esfuerzo para que Brigitte se casara bien.

—De acuerdo, tendrán un año. Ni un día más ni un día menos —sentenció Benedic, sintiéndose satisfecho.

Todos se miraron y sonrieron, de acuerdo con la fecha, aunque las emociones en algunos no eran las mismas que en los otros.

Donatien sacó del bolsillo de su pantalón el anillo que ya le había comprado a Brigitte y se lo puso, mientras se sentía el hombre más feliz sobre la tierra. Ella le sonrió y selló ese compromiso con un ligero toque en los labios, para no avivar la molestia de su familia. Miró la joya en su dedo y sintió que un peso se alojaba en su estómago; dentro de un año se casaría con Donatien, ya no había vuelta atrás.

Capítulo 44

Timothy se encontraba en uno de los jardines de Harvard mientras fumaba un cigarrillo, esperando que este le ayudara a asimilar la noticia que acababa de recibir de parte de su jefe. Aunque ya se había rumorado bastante y se podía decir que eso no sería una sorpresa para él, igual no dejaba de afectarlo el hecho de que a partir del próximo año sería catedrático de la más prestigiosa casa de estudios de América.

De pronto unas delicadas manos femeninas cubrieron con cuidado sus ojos, él apenas alcanzó a verlas, pero se encontraba tan inmerso en su nostalgia, que terminó deseando que la persona detrás fuese Brigitte. Sabía que alimentar esa quimera era muy masoquista de su parte, pero no podía luchar contra sus sentimientos; por más que lo intentase, estos siempre lo vencían.

—¿Cómo se siente hoy colega? —Le susurró al oído, mientras disfrutaba de la deliciosa fragancia con notas cítricas y amaderadas que él usaba.

—Hola Julia, ¿cómo estás? —saludó dejando ver una sonrisa, con la que buscaba esconder su desilusión; parpadeó cuando ella retiró sus manos.

—¡De maravilla! Me siento de maravilla —expresó moviéndose para quedar frente a él—. Y supongo que tú estás igual, ¿o no colega? —Lo volvió a llamar así para ver si descubría el motivo de su euforia.

—¿Colega? ¿Vas a estudiar Leyes? —preguntó con el ceño fruncido, sabía que ella le estaba enviando un mensaje, pero no alcanzaba a descifrarlo.

—¡No! Mi madre se muere si le hago algo como eso —dijo riendo y luego caminó junto a él hasta unas bancas de madera para tomar asiento—. Mi tío hizo posible que me dieran una de las cátedras…

—¿También darás clases aquí? —cuestionó sintiéndose mucho más confundido, pues era sabido en todo el mundo que las vacantes de Harvard solo se las daban a profesionales muy capacitados, que contaban con un alto índice; y hasta donde sabía, Julia apenas tenía un título universitario.

—Sí… Bueno, es más como unas prácticas, una actividad extracurricular, pero eso no importa. Lo verdaderamente grandioso es que estaré aquí, enseñándole a un grupo de alumnos todo lo aprendido en Edimburgo, y podremos vernos más seguido —comentó con emoción.

—Genial, reciba mis más sinceras felicitaciones señorita Montgomery —dijo abrazándola.

—Muchas gracias Timothy, en verdad me siento tan feliz. Sé que surgirán muchos comentarios, quien diga que obtuve esto gracias a las influencias de mi tío; y puede que en parte sea así, pero te aseguro que pondré todo de mi parte para demostrar que merezco este puesto, que merezco estar aquí —mencionó al ver que él se mostraba muy sorprendido por la noticia.

Ella no era tonta y sabía que Timothy quizás estaba pensando lo mismo que la mayoría de los profesores y trabajadores de ese lugar, que ella era solo una cabeza hueca a la que su tío le había cumplido un capricho.

Sin embargo, trabajaría muy duro para demostrarles a todos su valor, en especial a él, a quien quería mostrarle que en ella tendría a la chica ideal para casarse y formar una familia.

—Eres muy inteligente y perseverante, estoy seguro de que tendrás un maravilloso desempeño —expresó sonriéndole, y en un gesto espontáneo le acarició la mejilla.

—Gracias —susurró perdiéndose en el par de ojos marrones que le sonreían.

Tembló ante el toque cálido de su mano; y como ya le había pasado antes, su mirada se posó en esos labios tan provocativos, enmarcados por la oscura barba que los hacía lucir mucho más rojos.

Sus rostros estaban muy cerca, como nunca antes; entonces, supo que esa era su oportunidad, que si no la aprovechaba en ese momento, tal vez tardaría mucho en tener otra.

Llevó sus manos al cuello de Timothy y acercó sus labios, primero le dio un roce suave y tembloroso; para un segundo después dejar que fuese su lengua la que probara el sabor de sus labios.

Lo sentía un poco sorprendido por su atrevimiento y aún no reaccionaba, así que gimió para animarlo a participar; cerró los ojos al tiempo que rogaba para que no la rechazara.

Timothy ciertamente se encontró extraviado al principio. Era la primera vez que una mujer lo abordaba de esa manera; sin embargo, su instinto lo hizo responder; y hacerlo además con verdadero entusiasmo.

También la tomó por el cuello, acercó su cuerpo al de ella, presionado con su pecho los suaves senos de la chica. Disfrutó de esa sensación al tiempo que su lengua entraba de lleno para explorar cada rincón de la boca femenina, sin cohibiciones.

Julia se sintió en la gloria cuando Timothy por fin le respondió; separó sus labios para darle la bienvenida a esa pesada y ágil lengua, que iba excitando con cada roce hasta el último rincón de su cuerpo. Dejó que sus manos bajaran por la fuerte espalda, deleitándose con la firmeza de cada músculo, con la calidez que traspasaba la delgada tela de su camisa, mientras toda ella temblaba y ansiaba más a cada momento.

—Tim… ¡Oh Tim! —susurró entre besos, sintiendo que la besaba como no lo había hecho ningún otro.

Timothy no quería escuchar su voz, porque lo regresaría a la realidad, así que hizo lo mismo que hacía con Kristen, la calló tomando su boca por completo.

Comenzaba a olvidar que estaban en un espacio público, que cualquiera podría pasar y verlos; incluso, desconocía que no era a ella a quien deseaba en ese momento.

—Te deseo…, te deseo ahora —murmuró las mismas palabras que siempre llegaban a su mente cuando pensaba en Brigitte, pues solo ella despertaba esa necesidad en él.

—¿Qué dices?... ¡No! No podemos… —respondió alarmada por su propuesta—. Timothy, mírame… ¿Acaso te has vuelto loco? —preguntó alejándose del abrazo y mirándolo desconcertada.

—Julia…, yo… lo siento, discúlpame. No sé qué me pasó. Yo… lo siento —dijo mostrándose muy apenado.

—Tranquilo…, yo también… Bueno, supongo que es mi culpa. No debí besarte de esa manera. —Se estaba disculpando pero no podía dejar de sonreír—. Aunque debo decir que me encantó hacerlo, y creo que no es un secreto para ti que me gustas mucho —agregó acariciándole con su pulgar el pómulo fuerte, deseando que la mirara a la cara.

Timothy liberó un suspiro que sonó más a lamento que a uno que expresara la misma emoción que embargaba a la joven. Lamentaba haberse dejado envolver una vez más por la fantasía de Brigitte.

Era consciente de que con Kristen podía darle alas a esa quimera, porque la mujer nunca protestaría o lo rechazaría si se enteraba; sin embargo, hacerlo con Julia no era lo mismo, lo sabía muy bien.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada ante su silencio, era como si hubiesen hecho algo malo, pero ella no lo sentía así; por el contrario, fue maravilloso.

—Es algo complicado… Lo que me pasa no es sencillo de explicar, y no quiero arruinar nuestra amistad —respondió porque no podía dejarla con la duda.

—¿Arruinar nuestra amistad? Eso es absurdo Timothy —dijo y una risa nerviosa escapó de su garganta; le agarró el rostro para hacer que la mirara—. Me acabas de dejar claro con ese beso que yo también te gusto; incluso, me lo dijiste. Así que no entiendo por qué avanzar en nuestra relación arruinaría algo; si te soy sincera, creo que sería maravilloso, somos amigos, colegas… Seríamos unos novios con muchas cosas en común.

Se mordió el labio pensando que había enloquecido, ella nunca se le declaró a un hombre de esa manera, pero sentía que con Timothy valía la pena arriesgarse; él le gustaba mucho más que sus anteriores parejas.

—No puedo darte lo que deseas, no en este momento de mi vida… Lo siento mucho Julia.

—Pero ¿qué estás diciendo? —inquirió perpleja.

—Lo que has escuchado, no me siento capaz de tener una relación estable, no puedo prometer lo que tú y la mayoría de

mujeres esperan. No estaremos en algunos meses cansándonos y formando una familia, así que prefiero serte sincero y no arruinar nuestra amistad —confesó mirándola a los ojos, para que pudiera comprender.

Ella se sintió tan molesta por ese cambio que él había dado, que quiso pegarle, para que pudiera sentir el dolor que le estaba provocando. No era justo que en un momento la besase con tanta pasión, que le dijese que la deseaba, y que al siguiente la rechazase de esa manera.

La indignación se apoderó de ella, haciendo que reuniese los pocos pedazos que quedaban de su orgullo y lo miró una última vez.

Estaba dispuesta a marchase de allí sin decirle una sola palabra, pero estas la torturaban; y sabía que no la dejarían en paz si no las liberaba en ese momento.

—Entonces espero no volver a verte Timothy, porque si crees que no soy lo suficientemente buena para llevarme a un altar y formar una familia conmigo… entonces hazte a un lado y deja que venga otro que sí me valore y me quiera —pronunció con la rabia haciendo estragos en su interior, y después le dio la espalda para marcharse.

—Julia, espera… No se trata de eso, no tiene nada que ver contigo. —La agarró por el brazo para detenerla; dio un par de pasos y se puso frente a ella—. Eres una mujer grandiosa, cualquier hombre sería feliz teniéndote como su novia —dijo esperando que viera su sinceridad.

—Cualquiera menos tú —acotó con amargura, luego se soltó del agarre—. ¿Sabes algo? Es mejor que dejemos las cosas como están, que cada uno siga sus caminos. —Se disponía a marcharse, pero una vez más él la detenía.

—Estoy enamorado de otra, ¿me comprendes? Pero fui un idiota con ella y me abandonó, le hice mucho daño… Me gané a pulso estar como estoy; y lo último que quiero es que tú pases por algo similar. No deseo cometer los mismos errores, no quiero intentar olvidar el recuerdo de una mujer usando el cariño y el amor que me puede brindar otra; no me parece justo y no lo haré. Pero si eso nos llevaba a terminar esta amistad, entonces que así sea, sabré aceptarlo. Solo quiero que sepas que esto lo hago más por ti que por mí —

mencionó sintiendo que esa confesión, aunque dura era necesaria, porque no quería lastimarla.

—¿Qué pretendes que seamos entonces? —inquirió con la voz vibrándole a causa de la rabia y el dolor que sentía.

—Amigos… Deseo tu amistad, al menos por el momento. Ya el tiempo dirá si podemos ser algo más —respondió deseando tocarla, pero no lo hizo para no confundirla.

—Yo… yo… necesito pensarlo —respondió y se alejó sin volverse a mirarlo, porque si lo hacia él vería que estaba llorando como una estúpida.

Timothy se quedó parado mientras la veía alejarse, sintiéndose frustrado e inútil, pues era consciente de su deseo de ir tras ella y confirmar que estaba bien. Pero al mismo tiempo, sabía que si seguía presionándola podía perderla; y en esos meses Julia había sido lo más cercano a una amiga que había tenido, y no quería perderla.

Uno de los días más importantes de su vida por fin había llegado, su primera exposición estaba a un par de horas de abrirse al público y convertirse en una realidad; y lo mejor de todo era que disfrutaría su éxito junto a la mujer que amaba, la que en gran parte era responsable de que todo eso fuese posible.

Tocó el timbre y esperó mientras sentía que los latidos cada vez iban más rápido, las manos le sudaban y las piernas le temblaban. Aunque intentó relajarse tomando un baño de una hora en la tina las emociones que sentía eran difíciles de controlar, la felicidad era tan fuerte dentro de él como lo eran los nervios y la ansiedad.

—Donatien, te estábamos esperando. —Lo saludó Margaret al abrir la puerta, mostrando esa sonrisa de gata traviesa que la caracterizaba.

—Lo lamento, espero que no mucho. Tuve que pasar primero por el hotel donde está mi familia porque debía… —Le explicaba, pero sus palabras se silenciaron cuando vio a Brigitte aparecer en el salón.

—Hola… ¿Te gusta? —preguntó mostrando una sonrisa mezcla de timidez, miedo y sensualidad al ver que se quedaba callado y no hacía más que mirarla.

—¡Santo cielo! —exclamó realmente impresionado y con el corazón latiéndole tan rápido que no le extrañaría si terminaba estallando de la emoción dentro de su pecho.

Su mirada recorrió la extraordinaria figura de su novia, envuelta en ese vestido dorado que la hacía lucir como a una diosa; la caída de la tela resaltaba sus sensuales caderas; y lo profundo del escote mostraba sus senos de manera muy provocativa, haciendo que más de una escena erótica se apoderara de su imaginación.

—Algo me dice que sí le gustó Brit —respondió Margaret por él, sonriendo satisfecha y emocionada.

Ese vestido había sido obra suya, aunque inspirado en uno de la grandísima Marilyn Monroe, al igual que el que ella llevaba puesto, pero que era más discreto; pues no quería opacar a su prima, esa era su noche.

Al contrario, quería que luciera como una diosa, y lo había conseguido; para muestra estaba la reacción de Donatien, quien la miraba verdaderamente embelesado.

—Te ves tan hermosa… No, hermosa es poco. Estás bellísima, como una diosa bajada del mismo Olimpo. —Se acercó a ella para tomarle las manos, deseaba tocarla y comprobar que era real.

—Gracias —pronunció Brigitte, sonriendo emocionada, al tiempo que le entregaba sus manos.

Margaret no quería romper esa burbuja donde se encontraban, pero se moría de curiosidad por saber lo que diría el novio de su prima cuando viera el escote de su espalda, ya que lo había hecho especialmente con la intención de que su prima la luciera y todos supieran quién era «la musa» del artista.

—Cuñado, aún no has visto todo. Brit, date la vuelta por favor —pidió mirando a Brigitte con picardía.

—Claro —contestó soltando la mano de su novio, y giró medio cuerpo, para que él pudiera apreciar el escote.

Cuando la mirada de Donatien se posó en la espalda desnuda de Brigitte y bajó hasta ese perfecto *derrière* que ella poseía, sintió deseos de mandar todo al cuerno y quedarse allí toda la noche, para que solo sus ojos tuvieran el placer de admirarla; y después de eso,

hacerle el amor sin descanso, hasta que no hubiese una pizca de fuerza en su cuerpo.

—Soy dichoso de que seas mía; de lo contrario, hubiese muerto del deseo de tocarte y no poder hacerlo —susurró para que solo ella lo escuchase, mientras la miraba con toda la intensidad de la pasión que le provocaba.

Brigitte tembló al ver el brillo en su mirada y cómo el celeste se volvía oscuro bajo la sombra del deseo, entregándole un intenso y hermoso color plomo, que casi la hizo jadear.

Su cuerpo entero se llenó de expectativa y los latidos de su corazón se desbocaron cuando él deslizó una mano por su espalda, tal y como hizo la primera vez que la tocó en su estudio; con esa caricia que era sutil y posesiva al mismo tiempo.

—Creo… que iré a mi habitación por mis pendientes —anunció Margaret, sintiéndose una intrusa en medio de esa escena; pero antes de entrar a su recámara, les hizo una advertencia—. Donatien Rimbaud, recuerda, eres el anfitrión de esta noche; así que lo que sea que estés pensando en este momento, será mejor que lo dejes para después.

—¡Margaret, largo! —pronunció Brigitte, intentando lidiar con la indiscreción de su prima.

—Está bien…, está bien —respondió y se metió a su habitación, cerrando la puerta tras ella, para darle algo de intimidad a la pareja.

Él solo sonrió, pues parecía que su cuñada podía leerle los pensamientos, aunque no era demasiado difícil de adivinar, menos cuando cada parte de él gritaba el deseo que sentía por Brigitte. Sin embargo, la joven tenía razón, primero debía atender su compromiso profesional, ya después podría desbocar toda su pasión.

—Te deseo tanto —pronunció mirando los labios carmesís de su musa—. Dime que dormirás conmigo.

Brigitte se mordió el labio y asintió, mientras lo miraba a los ojos, sintiendo cómo el calor del sonrojo teñía sus mejillas. Él apoyó una mano en la parte baja de su espalda y otra en su nuca, para luego pegarla a su cuerpo en un abrazo estrecho y excitante, que fue el

preludio de un beso intensamente ardiente y profundo que la puso a temblar.

—Creo que lo último que haré contigo esta noche será dormir —pronunció con la voz enronquecida, una vez que el beso terminó, dejándola extasiada.

—Opino que estás en lo cierto —acotó después de liberar una carcajada que le llenó de emoción el pecho.

Se sentía tan dichoso junto a su musa, como siempre soñó pero nunca llegó a imaginar que sería posible; esos meses juntos habían sido maravillosos, y cada vez se sentía más compenetrado con ella.

La estrechó entre sus brazos, sonriéndole y agradeciendo con gestos más que con palabras el darle la oportunidad de amarla, de hacerla feliz; y el que dentro de algunos meses también la haría su esposa.

Capítulo 45

El Pavillon Royal resplandecía en medio de las luces doradas que reflejaban las lámparas de Baccarat que colgaban del techo del salón principal, mientras que un hilo de música clásica servía de fondo para las charlas de los asistentes que se reunían frente a las pinturas.

Donatien llevaba a Brigitte de su brazo con mucho orgullo, mientras caminaba entre las personas y les sonreían, atendiendo a aquellos que le pedían hablar sobre el proceso de creación de un cuadro en específico.

En total, estaba presentando quince obras, ya que su musa lo inspiró muchísimo en el último mes, y después de terminar el cuadro principal pintó otros, para los que ella también posó.

Pero ninguno tenía la magia, la sensualidad y la perfección que mostraba «La musa»; y eso se podía ver por la cantidad de personas reunidas frente a esta.

—*Mon coeur,* ven conmigo. —Le pidió Donatien, encaminándose hacia «La musa». Se paró detrás de las personas que la admiraban.

Con una señal le pidió que hiciera silencio, pues solo deseaba que ella escuchara los comentarios. Brigitte asintió en silencio, dispuesta a escuchar las opiniones.

—La modelo debe ser una mujer muy hermosa, tiene una silueta extraordinaria… Miren las curvas de sus caderas, es sensual y sutil al mismo tiempo —dijo otro pintor amigo de Donatien.

—Una mezcla de salvación y pecado —comentó otro de los presentes, mostrando una sonrisa ladina.

—Esta pintura trasmite más que sensualidad, es una alegoría al amor… Hay amor en cada trazo —comentó una mujer para restar el carácter sexual que los hombres buscaban darle a la pintura.

—La exposición se llama «Las estaciones del amor», está claro que Donatien Rimbaud adoraba a la mujer de las pinturas, esto es un

homenaje a ella —agregó una segunda dama, resaltando el aspecto romántico del mismo.

Brigitte se sentía entre nubes al escuchar tantos halagos, nunca en su vida se había sentido tan admirada ni tan deseada; incluso, podía decir que también era envidiada por las dos damas que interactuaban en esa reunión.

—En realidad, mi estimada Aimée, yo adoro a la mujer de las pinturas —intervino Donatien, sintiendo que era el momento apropiado para hacerlo.

—No me digas que es esta encantadora joven a tu lado —comentó uno de los caballeros presentes.

—¿Es ella la musa que tan celosamente me escondías? —inquirió su amigo, admirando a la chica.

—Sí, permítanme presentarles a mi prometida, la señorita Brigitte Brown —anunció con el pecho hinchado.

—Creo que acabas de romper el corazón de más de una dama en este lugar Donatien, y que me disculpe tu prometida —mencionó el hombre sonriendo y mirando a sus acompañantes femeninas.

Las que por supuesto, sonrieron para disimular su consternación al enterarse de la noticia; ciertamente, las dos no solo eran admiradoras del increíble arte del pintor, sino también de él mismo, ya que la belleza y elegancia le sobraban.

—Mi querido Arthur, no hables solo por nosotras, ¿o debo recordarte cómo estaban ustedes de embelesados y deseosos de conocer a la modelo de la exposición? Creo que el corazón de más de un caballero aquí presente también se ha roto con esta noticia —comentó Lorna con una sonrisa que intentaba esconder su amargura.

—Doy fe de eso —pronunció Antoine, sin ninguna vergüenza al hacerse presente en la reunión; su mirada se posó de inmediato en la hermosa americana—. Es un placer verte de nuevo Brigitte, también a ti Donatien.

Ella fue consciente de la tensión que embargó a Donatien ante la presencia del joven, también se sintió incómoda al recordar el episodio ocurrido entre los tres; sin embargo, Donatien no tenía

nada de qué preocuparse, por lo que le acarició la espalda para que se relajara.

—Antoine, qué sorpresa verte. Pensé que seguías en Norteamérica —comentó Donatien por educación, pero envolvió la cintura de Brigitte con su brazo y la pegó a su cuerpo, para advertirle que se mantuviera lejos de ella—. Fue lo que me dijo tu padre cuando me lo encontré el otro día en Le Procope.

—Llegué hace un par de días, y al enterarme de tu exposición quise venir a verla. Sabes que soy un gran admirador de tu trabajo —contestó, pero en lugar de mirar la pintura, solo veía a Brigitte.

—¿Y qué te parece? —cuestionó Donatien señalando el cuadro con su mano, para que se concentrara en la pintura y dejara de mirar a su mujer.

—Extraordinaria —esbozó sin apartar la mirada de Brigitte, y sonrió al ver que ella recibía con agrado su comentario, pero después le rehuía la mirada—. Creo que voy a llevarme alguno a casa.

—Lo siento, pero aún no están a la venta —dijo Donatien en tono cortante, comenzaba a cansarle su actitud.

—¿Y cuándo lo harán? —preguntó su amigo Arthur para cortar el duelo que estaban llevando a cabo los dos hombres—. Sabes que admiro tus obras y me haría feliz tener uno de estos cuadros en mi casa.

—Tengo pensando hacer una gira por algunas ciudades de Europa, aquí mismo en Francia iré a Toulouse y a Lyon; además, Mathias Klooster me ha ofrecido un salón en Ámsterdam. También tengo varios contactos en Londres, Roma, Edimburgo y Lisboa; por lo que debo mantener completa la exposición por algunos meses más. Ya después las pondré a la venta. —Le respondió a su amigo, ignorando por completo a Antoine, pues sabía que él solo buscaba molestarlo y arruinarle su gran noche.

—Me parece una decisión acertada. Su talento es digno de ser conocido en cada rincón de este continente, y me atrevería a decir que del mundo entero. Solo no se olvide de contactarme cuando ponga estas extraordinarias pinturas al alcance de nuestras manos —

comentó Aimée, sin disimular su desmedida admiración por Donatien.

Brigitte sonrió ante la actitud algo avergonzada de él; al parecer, al pintor le costaba mucho lidiar con la devoción tan apasionada de sus admiradoras. Para la suerte de su prometido, Sophie Marchant llegó a su rescate, solicitándolo para llevarlo con unos amigos, quienes estaban muy interesados en conocerlo y a la modelo.

Durante el resto de la velada intentaron mantenerse alejados de Antoine, pues ya les había quedado claro que el hombre solo buscaba incomodarlos; además, no dejaba de mirarlos ni de tomar sin control.

—La noche se me hace eterna —susurró para ella.

—¿Lo dices por algún motivo especial? —preguntó Brigitte con una sonrisa provocativa, para hacerle olvidar la presencia de Antoine.

Aunque debía decir que le gustaba ese sentido de posesión que le entregaba su novio; después de todo, era la primera vez que alguien la celaba de esa manera, haciéndola sentir verdaderamente importante.

—Lo digo por muchos motivos, pero sí, existe uno en especial que me tiene loco de ganas de salir de aquí —respondió mirándole los labios, y el anhelo en la mirada de Brigitte hizo que la besara en ese momento, sin importarle las personas a su alrededor.

—Controlen esas ansias tortolitos o las personas dejarán de apreciar tus cuadros para ver lo que estás haciendo con la modelo —comentó Margaret—. Hemos venido a despedirnos —agregó cuando se separaron.

—Donatien amigo, la exposición es exquisita. Estoy dispuesto a pagarte una fortuna para que me hagas un cuadro de esta belleza de mujer —dijo Lorian refiriéndose a Margaret, y le extendió la mano.

—Con gusto —respondió recibiendo el apretón.

—Brigitte, te ves tan hermosa en las pinturas como en persona —mencionó abrazando a su cuñada.

—Muchas gracias Lorian y gracias por haber venido.

—Donatien, sabía que sería un éxito, mis felicitaciones una vez más; y ciertamente, estoy tentada a dejarme pintar por ti, solo que sin desnudos, para que Brit no vaya a morir de celos —pronunció

Margaret abrazándolo y sonriendo al igual que el pintor; después se volvió hacia Brigitte—. Felicitaciones también para ti cariño; y ya sé, no vendrás a dormir a casa, pero tranquila, yo tampoco lo haré. Nos vemos mañana. —Le susurró al oído y le dio un beso en la mejilla.

La velada terminó una hora después. Donatien se retiró junto a su familia, quienes se marcharon al hotel en un taxi, mientras que él y Brigitte tomaron otro.

Al llegar al apartamento, se quedó en la puerta y se tomó su tiempo para poner cada cerrojo, permitiéndole a Brigitte poner distancia entre los dos. Después se apoyó en la hoja de madera y se cruzó de brazos, observando el delicioso andar de su musa, la candencia y sensualidad que le regalaban sus caderas y desataban el deseo en él.

Brigitte se sentía un poco desconcertada por la actitud de Donatien, imaginaba que estaría loco por llegar para hacerle el amor, pero él solo la miraba. Ella sí lo deseaba, por eso pensó en darle algo que lo invitara a acercarse y a tomarla en ese momento.

Se puso de espaldas y llevó las manos hasta el broche que sostenía el vestido en su cuello; lo abrió, dejando caer la tela pesadamente a sus pies; luego le dedicó una brillante mirada por encima de su hombro, cargada de deseo.

Donatien inspiró con fuerza al verla completamente desnuda; toda la noche había estado así junto a él, y en ese instante lamentó no haber sido más arriesgado; de haberlo sabido, la hubiese llevado a algún espacio donde nadie pudiera verlos, y le habría hecho el amor con lujuria, con intensidad.

—Si supieras todo lo que provocas en mí con solo mirarte —dijo caminando hacia ella y le envolvió la cintura con los brazos, pegándola a su cuerpo y embriagándose con el olor que se desprendía de su cuello y su cabello—. Me vuelves loco *mon amour*… No sé lo que me has hecho, pero siento que ya no puedo vivir sin ti.

—Donatien —murmuró reposando su cuerpo contra el fuerte de él, suspiró y cerró los ojos.

Gimió al sentir cómo sus manos ascendían hasta abarcar sus senos por completo, brindándole caricias que la hacían estremecer, y

sin siquiera notarlo, se encontró moviendo sus caderas contra las de él.

Buscaba despertar su excitación, pero eso ni siquiera fue necesario, pues el primer roce la hizo consciente de la poderosa erección que se hallaba debajo del pantalón.

Él sabía que si ella seguía moviendo sus caderas de esa manera no tardaría en hacer que sus planes de amarla lentamente se fuesen por un barranco, así que se alejó y se volvió para mirarla de frente. Le acunó el rostro con las manos y la miró a los ojos antes de darle un beso intenso y profundo, para luego bajar y ponerse de rodillas.

—Eres mi diosa Brigitte, y yo seré tu fiel devoto… Te voy a adorar toda mi vida…, toda —pronunció mirándola a los ojos, justo antes de darle la libertad a su boca para besar sus labios íntimos y beber todo de ella.

Las palabras de Donatien hicieron que el mundo de Brigitte se estremeciera con fuerza, llenando su pecho de cientos de emociones, mientras que sus gestos colmaban de sensaciones su cuerpo; sensaciones que le exigían darle riendas sueltas a su instinto de mujer.

Timothy miraba el cielo ausente de luna a través del abovedado techo de cristal de la habitación, mientras pensaba en lo perfecta que era su vida profesional. Solo llevaba dos meses ejerciendo su puesto como profesor de Teoría e Historia del Derecho Internacional, y su desempeño era excelente. Sin embargo, ser tan exitoso en ese aspecto de su vida le recordaba que en lo personal era un desastre; estaba acabado sencillamente, porque por más que se esforzaba no podía olvidar a Brigitte.

Había pasado más de un año y ella seguía latiendo dentro de él, impregnada en su piel, en su alma. No pasaba un solo día en el que no la recordase y se preguntase por ella, imaginando dónde se encontraría, si estaría junto a otro hombre, si en verdad había conseguido olvidarlo.

Todas esas inquietudes lo torturaban a diario, y cada noche se iba a la cama con la esperanza de despertar al día siguiente y no sentirla

en su corazón; pero al abrirlos, la primera imagen que llegaba hasta él era la de ella.

Ni siquiera estar con otras mujeres conseguía llenar el vacío que ella había dejado, pues podía disfrutar del momentáneo placer que le brindaban; pero cuando este se acababa, solo quedaba una gran desolación en su interior.

Miró a Kristen, quien dormía a su lado. Una vez más había desbocado toda su pasión y la había dejado exhausta; suspiró cerrando los ojos, negándose a seguir pensando en Brigitte; luego se puso de pie para ir al baño.

Ella sintió cuando él abandonó la cama, dejando un gran vacío en esta, aunque no más grande que ese que comenzaba a sentir ella, cuando veía que Timothy se sumergía en sus pensamientos y la ignoraba por completo. Por eso cerraba sus ojos y se fingía dormida, solo para no tener que verlo sufrir por otra mientras ella sufría por él, por saberlo tan lejano e imposible.

Suspiró con resignación al escuchar que la regadera se abría, eso le anunciaba que se preparaba para irse; siempre era igual, llegaba hasta allí y la hacía suya con la furia de un torbellino, dándole placer a manos llenas. Después se convertía en un témpano, apenas la miraba o le dedicaba algunas palabras antes de despedirse, dejando sobre la mesa un pago extra por su compañía, como si ella fuese una estúpida mesera que necesitara de una propina.

—Lo siento, te desperté —dijo él cuando salió del baño y la encontró mirando a través del techo la noche oscura.

—No hay problema, igual debía hacerlo; tengo que seguir trabajando. La noche aún es joven y seguro habrá quien desee mi compañía.

Se estiró como una gata entre las sábanas, intentando mostrarse relajada, pero el rencor y el dolor estuvieron presentes en sus palabras. Lo vio endurecer el semblante y pensó que tal vez su comentario lo había molestado; internamente esperó que así fuera, que lo afectara el hecho de saber que ella se acostaba con otros hombres.

Sin embargo, se quedó con las ganas de que dijera algo; como siempre, él se mantuvo en silencio; así que ella decidió ignorarlo,

pero su resolución duró poco. Solo bastó que dejara caer la toalla y se mostrara desnudo para que su mirada se posara en el provocativo trasero masculino y el deseo resurgiera en ella.

Sonrió recordando lo maravilloso que se sentía cuando lo apretaba entre sus manos, en esos momentos de locura y pasión en el que se hundía en ella. Se lamentó cuando el pantaloncillo lo cubrió, cortando así su visión, pero aún le quedaba el largo y musculoso torso desnudo para poder deleitarse.

Él era tan perfecto; tanto, que dolía a la vista, y sobre todo al corazón, porque cada vez le quedaba más claro que Timothy Rumsfeld jamás pensaría en tener una relación con alguien como ella. Seguramente la mujer que amaba debía ser un dechado de virtudes: hermosa, inteligente, de buena familia y elegante; tan perfecta como lo era él, y aunque fuera masoquista de su parte, le gustaría conocerla, saber cómo era su rival.

—¿Cómo se llama? —preguntó sin siquiera analizarlo.

—¿Quién? —Él estaba concentrado en ponerse los zapatos, por lo que su pregunta lo desconcertó.

—¿Cómo se llama la mujer que te rompió el corazón Timothy? —inquirió esta vez de manera directa, mientras lo miraba desde la cama.

Timothy sintió como si Kristen le hubiese abierto el pecho, dejándolo expuesto; se reclinó en la silla sin saber cómo responder. Sabía que negarlo no serviría de nada, podía ver en su mirada que había descubierto su secreto; sin embargo, quiso salvar su orgullo.

—No sé de lo que hablas —dijo poniéndose de pie.

—Está bien, si no quieres decírmelo lo comprendo; solo te preguntaba por curiosidad… y porque a veces hablar de ello ayuda —comentó encogiéndose ligeramente de hombros.

—Si quisiera hablar de algo iría con un terapeuta, no vendría a este lugar —respondió a la defensiva.

—Tienes razón, nosotras solo servimos para dejar que nos toquen a su antojo y para abrirnos de piernas —espetó con rabia. Se puso de pie, tomó su salto de cama y se cubrió; quería encerrarse en el baño a llorar.

—Kristen, espera… —La sujetó por el abrazo y movió su rostro, buscando la mirada de la chica—. Lamento haberte ofendido —dijo mostrándose realmente arrepentido.

—Solo dijiste la verdad —murmuró rehuyéndole la mirada, no quería que viera que la había herido.

—Fue la forma en la que lo dije… No quise lastimarte. —Le acarició la mejilla con ternura; después de todo, le tenía cierto aprecio—. Solo que ese es un tema del que no me gusta hablar… Del que estoy tratando de olvidarme.

—Siento haberme inmiscuido —pronunció sintiendo que sus palabras le dolían mucho más, pues le revelaban que esa mujer seguía siendo importante.

—Está bien…, solo necesito que me ayudes a olvidarla.

—Quédate entonces, quédate y hazme tuya toda la noche sin pensar en nada más —rogó mirándolo a los ojos. Dejó caer la bata que la cubría y se colgó de su cuello, rozándole los labios.

Timothy cedió ante su tentadora petición; le rodeó la cintura con los brazos, levantándola en vilo, y se la llevó a la cama, dispuesto a olvidarse del mundo una vez más, aunque fuese por un breve momento.

Capítulo 46

El corazón de Paul Johnson latía tan deprisa que sentía que en cualquier momento le saltaría del pecho, nunca en su vida había tenido tanto miedo y tanta emoción al mismo tiempo.

Su padre le había pedido que se mantuviera sentado y que estuviera tranquilo, pero a él le resultaba imposible, pues los gritos de Amanda al otro lado de la puerta le tenían los nervios de punta, y lo único que conseguía calmarlo un poco era rezar por ella y por la vida del bebé que estaba naciendo en ese momento.

No podía creer lo rápido que pasaba el tiempo, aún no se cumplía un año desde que se casó con Amanda Barren, prácticamente obligado por su padre, y en ese momento ella estaba luchando por traer al mundo al hijo de los dos.

Recordaba que apenas habían regresado de su luna de miel en Italia cuando ella comenzó a sentirse indispuesta; y una tarde, después de que se desmayara, un doctor les confirmó que esperaban su primer hijo.

La noticia lo tomó por sorpresa, era muy pronto para que estuviera embarazada; hasta hubiese dudado de que el bebé fuera suyo si no hubiese sido él su primer hombre.

Pero todo tenía su explicación. Amanda era huérfana desde muy niña, fue criada por una nana solterona y muy conservadora, que nunca le explicó nada relacionado a la sexualidad y los cuidados que debía tomar. La chica comenzó una vida marital sin tomar precauciones.

—Bebe un poco, esto te ayudará a calmarte —mencionó su padre ofreciéndole un vaso con whisky.

—Gracias —dijo dándole un gran sorbo al líquido.

—Cuando naciste me bebí casi una botella. Tu madre sufrió de dolores por dos días, y yo no soportaba tanta angustia, así que para cuando me llamaron a la habitación estaba tan ebrio que apenas

podía mantenerme en pie, pero reconocí el espíritu de los Johnson en ti, y enseguida se me pasó la borrachera —pronunció riendo.

Douglas se sentía muy emocionado porque su apellido tendría continuidad y él estaba vivo para verlo; en algún momento pensó que la vida alocada que llevaba Paul y el tipo de mujeres con las que se relacionaba le impedirían cumplir ese sueño.

Pero por suerte, él supo actuar a tiempo y lo puso en el camino correcto, casándolo con una buena mujer, la que estaba a punto de darle su primer nieto.

—Quiero estar sobrio cuando vea a mi hijo; además, Amanda me necesita en mis cinco sentidos, debo darle apoyo —mencionó rechazando beber más.

—Tranquilo, no le pasará nada. Las mujeres están acostumbradas a esto, para eso vinieron al mundo, para darle hijos a sus esposos —indicó dándole un sorbo al licor, y vio que su consuegro llegaba todo apresurado.

—¿Cómo está mi niña? ¿Ya nació mi nieto? —Le preguntó a los hombres sentados en el pasillo, con ojos alarmados.

Antes de que Douglas o Paul pudieran responderle se escuchó el llanto de un bebé proveniente de la habitación contigua, el que hizo que los corazones de los tres se sobresaltaran. Inmediatamente padre e hijo se pusieron de pie, y junto a Gregory Barren se acercaron a la puerta, pero ninguno se animó a abrirla, porque sabían que podían ganarse una buena reprimenda de parte de la partera.

Amanda había decidido tener a su hijo en la casa, como se había acostumbrado en su familia durante siglos, a pesar de la recomendación de muchas personas de hacerlo en un hospital ella era una mujer chapada a la antigua y se mantuvo en su postura.

—¿Por qué no sale nadie? —cuestionó Paul con angustia al percibir el silencio al otro lado de la puerta.

—Calma hijo, ya lo harán… Deben estar haciendo su trabajo, limpiando al bebé y atendiendo a tu esposa.

—Sí, sí… Esas cosas llevan tiempo —mencionó Gregory, quien todavía no podía creer que su pequeña Amanda fuese madre. Eso lo tenía flotando en una nube de felicidad.

Después de unos minutos, que se hicieron interminables para los hombres, una de las empleadas de servicio salió para decirles que podían pasar, pero no le dio más detalles; aunque por la sonrisa en su rostro supieron que todo había salido bien.

Paul entró con pasos dudosos a la habitación que habían acondicionado para el parto, ya que la matrimonial no era adecuada para el mismo; y porque la recién madre debía dormir sola por un par de noches, para recuperarse.

Su mirada se ancló en el pequeño bulto envuelto en suaves telas blancas, de encajes, que se hallaba en los brazos de Amanda, mientras sentía que el corazón le latía como nunca antes lo había hecho.

—Ven cariño…, quiero que conozcas a nuestra hija. Es tan hermosa —mencionó su esposa extendiéndole la mano, mientras lo miraba con lágrimas en los ojos.

Paul se sorprendió al escucharla decir «hija», pues como todo hombre, esperaba que su primer hijo fuera un varón; pero si el cielo le había enviado una niña, podía jurar que la amaría igual, tal vez mucho más.

Sus ojos se maravillaron con ese angelical rostro sonrosado, que era lo único que podía apreciar en medio de tantas mantas. Tenía los ojos cerrados y sus pestañas apenas sí se apreciaban, de lo doradas que eran; así como las suyas; tenía los labios muy rojos y apretados, en un gesto que le causó gracia.

—Es tan pequeña. —Fue lo primero que consiguió decir.

—Y agradezco por ello —comentó Amanda sonriendo.

Había sido un parto muy difícil, así como lo fueron los primeros meses, en los que pasó mucho tiempo en cama, pues estuvo a punto de perder la criatura. Pero se aferró con todas sus fuerzas a ese pedacito de vida que crecía en su interior y no lo dejó abandonarla.

Ahora que la tenía sentía que había valido la pena todo su esfuerzo, porque podía disfrutar de su niña y con ella hacer feliz al hombre que amaba.

—¿Quieres cargarla? —preguntó mirando que él miraba a la bebé como si no fuese real.

—No…, me da miedo… Puedo dejarla caer… o lastimarla con mis ásperas manos —expresó con nerviosismo y se irguió para alejarse, temiendo que su sola cercanía pudiera causarle algún daño.

—Tranquilo Paul, podrás hacerlo… ¡Vamos, tómala! —Lo instó su padre, sintiéndose orgulloso y contento de la nieta, aunque hubiera preferido un varón.

—Solo debes mantener tus manos firmes —Le indicó Gregory, quien estaba a punto de tomarla él si Paul Johnson no se atrevía a hacerlo.

—Está bien… ¿Puedes ayudarme? —pidió mirando a Amanda a los ojos, mientras extendía sus manos.

—Por supuesto, debes tomar primero su cabecita… —señaló y se la puso con mucho cuidado—. Sí, así… Ahora el cuerpo… ¿Ves? No era tan difícil —dijo emocionada cuando vio a su hija en brazos de su esposo.

—Sí…, aunque estoy temblando —confesó con una risa nerviosa, provocando la de los presentes en la habitación, y la miró de nuevo —. Es muy pequeñita.

—Dentro de un mes te asombrará lo rápido que crece; y cuando menos lo pienses, te estará haciendo abuelo —comentó Gregory con la mirada cristalizada por la emoción.

Paul comprendió lo que su suegro quería decir, y una mezcla de emociones lo embargó; no quería que el tiempo pasara, pues apenas acababa de recibir el regalo más grande que jamás soñó.

Pensó en ese momento, que después de todo, el destino no había sido tan malo con él.

Lo había alejado de la mujer que amaba, pero a cambio le entregaba a la preciosa niña en sus brazos; a la que tal vez no hubiese tenido si se quedaba con Margaret. Pues si ella no quería casarse, mucho menos hubiese deseado ser madre.

Así que no podía quejarse, su padre tuvo razón cuando le dijo en la iglesia que algún día le agradecería lo que hacía por él; en ese instante lo comprendía. Ya no tenía caso seguir lamentándose por lo que pudo ser y no fue; debía dejar de lado el resentimiento que sentía por estar en un matrimonio obligado y convertirse en el

espeso que Amanda merecía, y en el mejor padre que esa pequeñita pudiera tener.

Brigitte admiraba los suaves cabeceos de los sauces llorones que bañaban algunas de sus ramas en el canal *Singelgracht*. Estaba maravillada ante el paisaje, pues veía toda esa belleza con ojos de artista.

Era uno de los pocos en Ámsterdam que no permitía anclar en sus aguas casas botes; precisamente por ese motivo se había convertido en una de las zonas más exclusivas de la ciudad.

Había viajado junto a Donatien hasta Holanda para estar presente en su muestra. Estaba recompensándolo por haberse negado a ir con él a Londres cuando la expuso allí; alegando que no podía ausentarse de su trabajo en el museo.

La realidad era que sabía que muchos profesores o algunos conocidos de Oxford podían estar allí, y si los veían juntos no tardarían en sacar sus propias conjeturas; además, existía la posibilidad de que el rumor llegara a los oídos de Timothy.

Se decía que poco le importaba que él se enterase de que ella ya salía con alguien más; después de todo, ellos habían terminado hacía mucho, que su verdadero temor era que fuera a buscarla e intentara arruinar su felicidad.

—Ahora sí, estoy libre para llevarte a comer los *Stroopwafels* que te prometí —anunció Donatien llegando hasta ella, abrazándola por la espalda mientras le daba un beso en el cuello.

—¡Maravilloso! Me muero por probarlos. Tengo años que no como uno —dijo ella sonriendo, mientras le acariciaba los brazos; después giró el rostro para mirarlo a los ojos—. ¿Cómo quedó todo? ¿Lo organizaron como querías? —preguntó, pues no quería que él descuidara ningún detalle por su culpa.

—Sí, los cuadros quedaron ubicados donde pedí y todo el espacio es perfecto. Podemos ir a pasear un rato, después regresaremos al hotel a descansar un par de horas y llegar a tiempo para la apertura —contestó feliz de tenerla allí. Era la primera vez que viajaban solos siendo ya una pareja.

—Bien, en ese caso no perdamos tiempo. —Sonrió y lo agarró de la mano para comenzar su paseo por la ciudad.

Visitaron varios puntos de gran interés para dos artistas como ellos, almorzaron en uno de los restaurantes más famosos del centro de Ámsterdam; y luego, como habían acordado, regresaron al hotel.

Brigitte le había pedido que no se quedaran en casa de sus amigos, pues la cohibía un poco compartir la misma habitación con él, teniendo a otras personas bajo el mismo techo; ya que todavía no eran marido y mujer.

Donatien respetó su postura, aunque le dejó claro que no tenía motivos para avergonzarse, ya que Mathias y Fabiola nunca los juzgarían. No eran de ese tipo de personas; por el contrario, eran muy liberales.

Igual agradecía la intimidad que estar solos le brindaba, pues podía hacerle el amor en el momento que lo deseara, como sucedió cuando juntos tomaron un baño en la tina.

Esa noche Brigitte usó un hermoso vestido blanco, que dejaba al descubierto sus hombros, con mangas hasta los codos y con pliegues en la parte superior, que lo hacían ceñirse a su figura. Se recogió el cabello, dejando al descubierto su espalda y cuello, para que los asistentes a la exposición no tardasen en adivinar que era ella la modelo que sirvió de inspiración para las pinturas.

—Luces hermosísima —mencionó Donatien, y cuando estuvo lista la ayudó a ponerse un abrigo rojo que combinaba con sus zapatos.

—Muchas gracias, tú también luces muy apuesto —dijo ella sonriéndole y le dio un toque en los labios; no quería mancharlo del labial rojo intenso que llevaba.

—Me he puesto así para ti —comentó acariciándole las caderas de manera sugestiva.

Esa era una de las partes de Brigitte que más le fascinaba; adoraba que fuese así, que tuviera una figura tan curvilínea y tentadora. Vio que ella sonreía, advirtiéndole que dejara de tocarla de esa manera; y supo que no lo hacía por rechazarlo, sino todo lo contrario; intentaba mantener la condura, pues si se dejaban llevar sabía que no saldrían de esa habitación; y debían cumplir con su compromiso.

—¿Estás seguro de eso? ¿No te habrás arreglado para tus fervientes admiradoras? —cuestionó fingiéndose celosa, pero la risa bailaba en su mirada.

—Disfrutas mucho de eso, ¿no es verdad?

—Disfruto de ser la envidia de muchas mujeres por tener a un novio tan guapo y encantador —respondió sonriendo, le gustaba de vez en cuando halagarlo también.

—Te faltó: «y profundamente enamorado».

En ese momento llamaron de recepción, para anunciarles que el auto que los trasladaría ya esperaba por ellos.

Los invitados comenzaron a llenar el salón, paseándose por cada una de las obras, dejándoles saber sus impresiones, mientras que los periodistas que cubrían el evento no solo hablaron con el pintor, sino que también intentaron obtener algunas palabras de Brigitte, pero ella cortésmente se negó.

Desde que su familia se enteró de que había posado para Donatien y que tuvieron claro que solo se trataba de arte, ella aceptó revelar la identidad de «La musa», prometiéndole estar presente cada exposición.

Sin embargo, no quería que se hiciera mucho revuelo en torno a eso, pues ya otros pintores le habían pedido que posara para ellos, creyendo que se dedicaba a eso; pero ella los rechazó, ya que era algo que no estaba dispuesta a repetir con nadie, puesto que podría arruinar su reputación.

—Creo que tendré que ponerte una argolla de matrimonio mucho antes de lo planeado o mis colegas no te dejarán en paz —dijo al ver que a ella le molestaba la insistencia de otros pintores al enterarse de que era la modelo.

—No te preocupes, estoy aprendiendo a lidiar con ello —aseguró sonriéndole, para ocultar la tensión que la embargaba cada vez que él mencionaba la palabra «matrimonio». Sentía que aún no estaba lista.

Sin embargo, su tensión no estuvo siquiera cerca de la que se adueñó de Donatien de un momento a otro; parecía como si se hubiese convertido en un bloque de granito.

Ella se percató de su cambio, lo miró y descubrió que además había palidecido, lo que le resultó mucho más extraño. Antes de hablar siguió su mirada, notando que estaba puesta en una mujer que se acercaba hasta ellos con pasos decididos.

Capítulo 47

Clélia había llegado a la recepción hacía poco, aprovechó que la misma tenía entrada libre para poder asistir, pues sabía de antemano que Donatien no la invitaría jamás. Él seguía resentido con ella, o al menos eso pensaba. Hasta que llegó y descubrió que el verdadero motivo era la mujer que lo acompañaba esa noche, la modelo que había posado para sus pinturas.

Los había estado observando desde un rincón del salón, mientras interactuaban con los otros invitados, tan felices y radiantes; como si él abarcara con su pecho el futuro junto a esa mujer, sin sospechar siquiera cuán cerca se encontraba ella; quien obviamente, ya formaba parte de su pasado.

Decidió que no tenía caso seguir allí, se iría a su hogar para refugiarse en sus hijos y lamerse las heridas, pero antes de que pudiera hacerlo Fabiola y Mathias notaron su presencia.

La mirada de lástima que le dedicaron sus amigos la hirió tan profundamente que provocó que su orgullo se revelara. No se iría de ese lugar como una perdedora, fue alguien importante en la vida de Donatien y lo haría valer; que esa chiquilla se enterara de que Clélia Albrecht fue primero la dueña de ese hombre junto al que se pavoneaba.

—Hola Donatien, qué gusto verte de nuevo. —Lo saludó haciendo que su voz fuese un seductor ronroneo.

—Clélia, ¿cómo has estado? —preguntó por cortesía, y una vez que la sorpresa de verla allí lo abandonó, giró el rostro para ver a su musa—. Te presento a Brigitte Brown, mi prometida.

—Es un placer —dijo Brigitte extendiéndole la mano.

La actitud tan tensa de Donatien y la reacción desconcertada de la mujer cuando él mencionó que era su prometida despertó su intuición; al parecer, ellos habían tenido un vínculo en el pasado.

—¿Tu prometida? —preguntó mirando al pintor sin siquiera recibir la mano de Brigitte.

—Sí, así es —respondió cortante al ver que dejaba la mano de su novia extendida.

—¡Ay, lo siento! —exclamó recibiendo el saludo, mientras escondía detrás de una sonrisa su dolor—. Es que esto me ha tomado por sorpresa. Donatien no es un hombre de compromisos, y puedo decirlo con propiedad, ya que fui su mujer durante muchos años, aunque nuestra relación fue sin ataduras —comentó destilando todo su veneno, y no le importaba si se escuchaba como una despechada.

—Clélia…, por favor. —Donatien le pidió mesura mientras la miraba con reproche.

—Tranquilo amor, no pasa nada —comentó Brigitte con una sonrisa para aligerar la tensión.

—¿Acaso dije algo malo? —inquirió fingiendo inocencia, mientras se llevaba la mano al pecho—. Si es así les pido disculpa, no pensé que fuese a incomodar a tu novia —agregó mirando a Brigitte.

—No lo hace de ningún modo señora… —Le hizo ver que ni siquiera había tenido la cortesía de presentarse.

—Clélia Albrecht —dijo no para informar a la novia de su ex, si por ella fuera la ignoraba. Lo que realmente deseaba era que Donatien supiera que estaba usando su apellido de soltera de nuevo, y obtuvo el resultado que deseaba, pues él la miró con sorpresa, pero disimuló rápidamente.

Eso la hizo sonreír satisfecha y tomó una de las copas de champaña que un mesero le ofrecía; le dio un sorbo, sin despegar su mirada del pintor.

—Disculpen hermosas damas. Donatien, ¿puede venir un momento conmigo? Los de *De Telegraaf* han enviado un reportero, que desea hacerte una entrevista —mencionó con una sonrisa y para captar la atención del artista, que parecía un poco preocupado, agregó algo más—. Me dijo que tendrás una nota exclusiva en la edición del sábado.

—*Chérie*, ven conmigo. —Esperaba que ella lo acompañara, pues no quería dejarla sola con su exmujer.

—Mejor te espero aquí, sabes que no me gusta estar cerca de la presa. Ve y aprovecha esta gran oportunidad —dijo sonriéndole y le dio un suave beso en los labios.

Clélia vio ese gesto y tuvo deseos de lanzarles la champaña que le quedaba en su copa, pero sabía que no podía hacer algo como eso. Así que no le quedó más remedio que beberla y pasar el trago amargo de ver cómo otra mujer besaba a Donatien.

—Regreso enseguida —mencionó con tono preocupado, mientras miraba a su musa a los ojos. Después hizo lo mismo con Clélia, pero a ella le exigía que no cometiera ninguna estupidez—. Espérame aquí por favor —dijo mirando de nuevo a su prometida y le dio otro beso.

—Ve tranquilo.

Brigitte no era una niña y sabía bien cómo manejar una situación como esa, o al menos eso creía, pues siempre mantuvo la compostura cada vez que se encontraba en presencia de Emma. Tomó la copa de champaña que un mesero le ofrecía y caminó hacia una de las pinturas, siendo consciente de que la ex de Donatien la seguía muy de cerca.

—¿Sabes?, yo también soy artista… Escultora —comentó de manera casual, mientras miraba con resentimiento el cuadro. No podía negar que era una belleza—. Donatien me sirvió de modelo algunas veces, aunque la mayoría del tiempo terminábamos llenos de arcilla y haciendo el amor.

—Creo que esa información está de más, y la verdad no me interesa conocer su intimidad señora Albrecht. —Brigitte sabía que la mujer buscaba provocarla, pero no le daría el gusto, solo se dedicó a ignorarla.

—No, supongo que no —dijo Clélia riendo solo para molestarla; continuó, pues no pensaba dejarla escapar—. ¿Y dónde se conocieron? —inquirió, pero al ver que esa tonta niña solo la ignoraba volvió a hablar—. Brigitte… ¿Es tu nombre, cierto? Bueno, solo intento entablar una conversación amable contigo. El hecho de que sea la exmujer de tu prometido no me convierte en tu enemiga.

—En Oxford… Él fue mi profesor —respondió, siendo consciente de que la mujer tenía razón; y si no lo hacía, quedaría como una

inmadura.

—¡Vaya! No lo hubiese pensado nunca de Donatien, él era un hombre tan correcto —expresó mostrando la sorpresa también en su rostro. Ahora sabía la clase de arpía que era esa chica, solo una arribista.

—Él sigue siendo un hombre correcto, y nuestra relación comenzó un año después de haberme graduado; antes de eso no tuvimos más que una relación de alumna-profesor —mencionó Brigitte, sintiéndose realmente ofendida.

—Sí, se nota —esbozó con sorna mirando la pintura. Vio que comenzaba a obtener su objetivo y siguió—. Te diré algo, y puedes tomarlo como un consejo: no eres la primera mujer que posa para Donatien y que él se lleva a la cama; antes de mí hubo muchas, y todas se creyeron tan importantes y únicas como tú, pero la verdad es que no eran para nada especiales, solo una más del montón —dijo con toda la intención de herirla; quería que sintiera al menos un poco lo que ella padecía en ese momento al sentirse desplazada por una mujer más joven.

—Tal vez tengas razón, pero existe una gran diferencia entre esas mujeres, tú y yo… Esto. —Brigitte le mostró el anillo de compromiso que él le había dado.

Clélia sintió como si esa estúpida la hubiese golpeado en la cara, no había sido una simple bofetada, sino uno de esos golpes que lanzan a la lona al contrincante. Sintió tanta rabia que una vez más quiso tirarle el contenido de su copa encima, pero para su mala suerte, la había bebido toda. Vio a un mesero y le quitó una copa de la bandeja, dispuesta a quitarle esa actitud arrogante, pero Donatien llegó en ese momento, salvándola.

—¿Cómo va todo? —preguntó con preocupación, notando las miradas de odio que se daban las dos mujeres.

—De maravilla, ¿cómo te fue? —inquirió Brigitte sonriéndole, mientras le acariciaba la mejilla con ternura; un gesto que hizo adrede.

—Sí, de maravilla —murmuró Clélia con amargura.

Volvió el rostro para esconder sus lágrimas y no tener que presenciar eso; se bebió la copa de un solo sorbo, sin importarle qué

imagen le daba a la feliz pareja. Miró una vez más la pintura y supo que seguir allí era masoquismo en su estado más puro; si quería salvar un poco de su orgullo, lo mejor que podía hacer era irse.

Una tercera copa llegaba a su mano en menos de una hora, aunque ya comenzaban a sentirse mareada; no la dejó de lado, necesitaba algo que la entumeciera. Vio la sonrisa cómplice que se entregaba la pareja y sintió que el mundo se le derrumbaba; la cruel verdad le estalló en la cara: había perdido a Donatien para siempre.

—Bueno, será mejor que me vaya… Tengo un par de chicos esperándome en casa —mencionó captando la atención de sus acompañantes—. Deseo que sigas teniendo éxito con la exposición Donatien… Y Brigitte, que sigas siendo tan admirada como envidiada. Aprovéchalo mientras dura, porque ningún amor es eterno —comentó y casi dejó caer la copa vacía cuando intentó dársela a un mesonero.

Les dio la espalda y salió de allí casi corriendo, antes de pasar por la humillación de que la vieran llorar. Había sido un error ir hasta ese lugar, y peor al decidir quedarse. Ni siquiera se despidió de Fabiola y Mathias, quienes intentaron detenerla cuando pasó junto a ellos, solo los ignoró y apenas se detuvo para retirar su abrigo antes de salir.

—Brigitte…, tengo que… —Donatien se sentía muy mal de ver a Clélia tan perturbada; a pesar de todo, él seguía teniéndole aprecio —. Solo quiero cerciorarme de que suba a un taxi y llegue segura a su casa. Regresaré enseguida —explicó esperando que su novia fuese comprensiva.

—Sí, claro… Ve —contestó mostrándose de acuerdo.

Aunque en el fondo no le gustó para nada que él hiciera eso, que la dejara allí sola, mientras se iba detrás de su exmujer. Ni siquiera Timothy, quien se suponía que no la amaba hizo alguna vez algo así. Nunca la hizo a un lado para darle prioridad a Emma, al menos no en su presencia.

Donatien salió del salón sintiendo que el aire frío de la noche le golpeaba el rostro; miró, buscándola, y la vio caminando hacia una parada de taxis. Pensó que sería mejor dejarla marchar, pero al ver que se estremecía y que le costaba caminar corrió para alcanzarla.

—Clélia, espera. —La llamó llegando hasta ella y la sujetó por la cintura para darle estabilidad.

—¡Déjame en paz Donatien! —gritó arrancando las manos de él de su cuerpo, y no se volvió a mirarlo.

—Por favor, no seas terca, permíteme acompañarte; has bebido mucho. —Intentó sujetarla de nuevo.

—¡No! Regresa con tu hermosa y joven prometida, ve con ella que yo no te necesito… Ya no te necesito en mi vida —dijo con la voz enronquecida por las lágrimas.

—¡Por Dios! Tampoco es para que te pongas así.

—¿No? —preguntó volviéndose a mirarlo con rabia, y lo empujó para alejarlo—. ¿Cómo esperas que me ponga? ¿Qué pretendes? ¿Que esté feliz por ti y por ella? ¿Que los felicite por su compromiso? Pues lo siento, pero nunca fui una hipócrita.

—¿Qué demonios te pasa Clélia? ¿Tú sí pudiste hacer tu vida apenas nos separamos? Pero en cuanto te enteras de que yo también estoy rehaciendo la mía vienes y me reclamas, como si tuvieras algún derecho —espetó dejando ver todo el resentimiento que aún guardaba.

—Yo tuve mis razones y lo sabes —intentó defenderse.

—¡Me importan un carajo tus razones! —gritó sin poder contenerse más, odiando que fuese tan egoísta.

Clélia se sobresaltó al escuchar la furia en su voz, luego se quedó estática; solo una lágrima rodó por su mejilla. Vio que él intentaba acercarse, tal vez percibiendo que se había sobrepasado, pero ella negó con la cabeza, pidiéndole que no lo hiciera.

Si algo quedaba entre los dos, en ese momento comprendió que se había roto. Donatien tenía razón, ella no tenía ningún derecho sobre él, los había perdido todos.

—Lamento haber venido, no debí hacerlo… Solo quería felicitarte, porque en verdad me hace feliz que estés cumpliendo tus sueños. Cuando me enteré me puse tan contenta; y hoy, a pesar de todo, me voy de aquí sintiéndome orgullosa de tu talento. Eres un artista maravilloso, sigue así… —mencionó para despedirse, sintiendo que de pronto la lucidez regresaba a ella y la obligaba a conservar un poco de dignidad.

—Nunca quise que las cosas terminaran de esta manera Clélia —pronunció cuando la vio darle la espalda.

—Entonces debiste hacer algo para que ocurriera lo contrario… Pero hoy he comprendido que a mí nunca me amaste como la amas a ella… Nunca me diste un anillo ni me propusiste matrimonio, nunca me… —calló, sintiendo que el dolor resurgía en ella.

—Tú no querías eso… —decía sin entender su reclamo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso alguna vez me lo preguntaste? —inquirió mirándolo a los ojos.

—No hizo falta, siempre decías que vivir un amor en libertad era lo mejor que podían hacer las parejas, que no necesitabas de alianzas ni documentos que certificaran nuestra unión. —Le recordó, pues ella parecía haberlo olvidado.

—Sí…, lo decía; pero era solo el maldito argumento que usaba para demostrar que era una mujer moderna, independiente y libre. En el fondo lo que realmente deseaba era que el hombre al que le entregaba toda mi vida me amase lo suficiente para pedirme que fuese su esposa y me jurase amor eterno —expresó dejando que el dolor en su pecho se desbordase, al igual que sus lágrimas.

—No imaginé… —Dio un par de pasos hacia ella.

—¡No!... No te acerques y no sientas lástima por mí. Solo olvida todo esto y haz tu vida; estás en todo su derecho. Adiós Donatien. —Le dio la espalda y caminó para subir a uno de los taxis estacionados cerca.

—Clélia. —La detuvo antes y la abrazó con fuerza—. Yo sí deseo que seas feliz, lo deseo sinceramente —agregó mirándola a los ojos y le sonrió.

Ella solo asintió en silencio, esquivándole la mirada; ya no quería seguir sufriendo ante la contemplación impasible de Donatien, él ya no era el hombre que ella amaba. Se liberó del abrazo y ocupó el asiento trasero del vehículo, miró hacia el frente, indicándole al chofer a dónde iba. Lo último que escuchó fue a Donatien cerrando la puerta, dejando que se marchara, una vez más.

Capítulo 48

Brigitte vio regresar a Donatien y pensó que esa mujer vivía muy cerca de allí o él no la había llevado hasta su casa, pero igual había estado fuera por varios minutos, los mismos que le parecieron interminables y la torturaron.

Estaba muy molesta, pero no era correcto reclamarle en ese momento; ante todo era una dama y debía comportarse a la altura. Pero en cuanto llegasen al hotel le exigiría una explicación.

Donatien se sentía como en medio de una densa bruma tras el episodio vivido con Clélia, y toda esa avalancha de verdades que él realmente ignoraba. Nunca pensó que ella en verdad hubiera deseado casarse con él; sin embargo, cuando algunos recuerdos invadieron su mente pudo comprender que tal vez sí era cierto, pero hasta ese momento nunca lo había comprendido.

Pensó que quizás por eso ella se había casado tan rápido con el padre de sus hijos, no solo por los bebés, sino porque deseaba que un hombre la hiciera su esposa.

Durante el tiempo que transcurrió hasta que terminó la velada se mostró muy poco comunicativo, solo entregaba respuestas si le preguntaban algo directamente. Sus pensamientos estaban destinados a descubrir todas esas señales que no vio en los seis años que vivió junto a Clélia; ni siquiera era consciente de la molestia de Brigitte o que tampoco interactuaba mucho.

—Me alegra que todo haya acabado, estoy realmente exhausto —dijo al subir al auto que los llevaría al hotel.

—Sí, supongo que sí —esbozó ella con tono adusto.

Durante el trayecto él continuó ensimismado en sus pensamientos, mientras ella solo miraba por la ventanilla, luchando contra viejos fantasmas que venían a torturarla.

Le aterraba tener que vivir la misma experiencia que pasó junto a Timothy ahora con Donatien, sería realmente horrible y la haría

renunciar al amor para siempre.

Al llegar dejó su pequeño bolso sobre el tocador y caminó directamente al baño; sin decirle una palabra cerró la puerta tras ella y comenzó a desvestirse. Salió, llevando encima un sencillo y bonito camisón en color melocotón con encajes blancos en los senos, que le llegaba a las pantorrillas. No quería mostrarse provocativa, no estaba de ánimos para tener sexo con él.

—Te cambiaste muy rápido. Te ves hermosa, como siempre —mencionó recorriendo con la mirada su cuerpo. Se puso de pie y le dio un beso en el hombro—. También iré a cambiarme, ahora mismo todo lo que deseo es dormir abrazado a ti.

—Claro, ve. —Mientras, ella buscó en su cartera su ejemplar de ***Desayuno en Tiffany's***—. Aunque tendrás que irte a la cama solo, no tengo sueño. Me quedaré a leer un rato —dijo mostrándole el libro; y al ver su cara de desconcierto, agregó algo más—. Tranquilo, no te molestaré; me iré a la terraza, allí la luz de la calle me servirá.

—¿Te sucede algo? —inquirió él, notando que su tono de voz era cortés pero igualmente glacial.

Brigitte pensó darle una negativa, hacer de cuenta que nada había pasado y no mostrarse como una novia celosa y posesiva; sin embargo, reconoció que esa era la misma actitud que usaba con Timothy cuando este hacía algo que a ella no le gustaba; simplemente, callaba y escondía sus sentimientos, lo cual había sido un error. Y como no quería que su relación con Donatien fuese igual, debía evitar repetir su comportamiento.

—Me sorprende que lo preguntes, tu exmujer se presenta en la exposición, prácticamente me ignora cuando estás presente; pero luego, cuando te vas, me maltrata e intenta hablarme de su vida amorosa y de la intimidad que tuvo contigo…, buscando hacerme sentir como una malvada intrusa. Y cuando tú regresas se muestra como una pobre víctima, para que acudas en su auxilio; y lo peor de todo es que lo consiguió… Te fuiste tras ella sin importarte mis sentimientos… Y todavía me preguntas si me pasa algo —dijo en un torrente de palabras que apenas le permitió respirar.

—*Mon amour*, en verdad lamento mucho que tuvieras que pasar por todo eso. Te pido perdón, no fue mi intención… Pensé que

comprendías el motivo por el cual me fui. Por favor, entiende que estos tipos de situaciones siempre son difíciles, pero no podemos dejar que nos afecten. Clélia forma parte de mi pasado, tú también tienes uno… Todos lo tenemos y eso no debe impedirnos avanzar —expresó intentando ser racional.

—Sí, pues hay un pequeño detalle, tu pasado vino a atormentarnos esta noche y consiguió hacerme sentir una tonta, mientras que tú hiciste que me sintiera humillada. ¿O cómo crees que me sentí cuando te fuiste tras ella? Sin importarte que me quedara imaginando todo lo que estuvo pasando entre ustedes allí afuera —afirmó con tesón, pues no dejaría que él se desviara del tema.

—Lo siento *Chérie*, prometo que no volverá a pasar jamás, te lo juro… Y allí afuera no pasó nada, por favor Brigitte, tienes que creerme, sabes que yo solo te amo a ti. Lo único que siento por Clélia es respeto y cierto aprecio, no soy hombre de guardar rencores… ¿Me crees *mon coeur*? — preguntó abrazándola por la espalda.

Esa manera que tenía Donatien de abrazarla y decirle cosas tiernas debilitaba todas sus defensas, su cuerpo se volvía de goma cuando le daba esos besos tan suaves; sin embargo, no podía permitirse flaquear, si lo hacía terminaría lamentándolo. Aunque tampoco podía actuar como una novia opresiva, ¡Dios! Todo resultaba tan complicado. Respiró profundo y pensó en darle ese voto de confianza que le pedía, pero antes debía conocer algunas cosas.

—Está bien, te creo. —Se volvió a mirarlo, necesitaba verlo de frente—. Solo necesito que conteste algunas preguntas, y debes ser completamente sincero.

—Claro amor, pregunta lo que quieras. —Donatien se mostró dispuesto, no tenía nada que ocultarle.

—Sé que ya habías pintado desnudos… —Inició y una vez más tomaba aire para armarse de valor—. ¿Te involucraste sentimentalmente con alguna de tus modelos?

—Brigitte…, por favor. —No quería seguir discutiendo con ella.

—Es solo una pregunta Donatien y puedes responderla de manera sencilla. ¿Te acostaste con alguna de tus modelos, sí o no? —

cuestionó mirándolo a los ojos.

—¿Qué quieres que te responda? Soy hombre y trabajé con mujeres muy atractivas, admiraba su belleza y…

—Perfecto, ya no quiero seguir escuchándote. —Elevó una mano para pedirle que se callara y se alejó de él.

—Brigitte, era un hombre joven y soltero, con mucha curiosidad y deseos de vivir ese espíritu libre que todos llevamos dentro; y sí, también disfrutaba de acostarme con mujeres hermosas, me gusta el sexo… Creo que eso lo sabes muy bien. Me gusta complacer en la cama y sentirme satisfecho; no soy un santo, nunca me he mostrado como tal —respondió siendo sincero, ella lo pidió y allí estaba.

—Y seguramente hacías sentir a todas tan únicas y especiales, como lo haces conmigo —pronunció con la voz ronca por las lágrimas, y caminó de prisa para entrar al baño.

—No Brigitte… ¡*Merde*! —exclamó cuando le cerró la puerta casi en la nariz—. *Chérie*, por favor…, no hagas esto, vamos a hablar como personas adultas.

—Solo déjame en paz… No quiero hablar ni escucharte esta noche —respondió llorando, pues se sentía engañada una vez más.

Él le había hecho creer que era especial, pero solo era una más del montón, como le dijo su exmujer.

—¿Y acaso piensas dormir allí? —preguntó acudiendo a la lógica, esperando que ella reaccionara y saliera.

—Sí, dormiré en la bañera —contestó con rabia.

—Brigitte, por favor… Este comportamiento es muy inmaduro, sal de allí y hablemos —pidió nuevamente.

—¡Lo siento mucho! Pero es tu culpa Donatien Rimbaud, no debiste meterte con una jovencita tonta e insegura —expresó abriendo la puerta del baño y mirándolo con rabia.

A él más que molestia le provocó algo de ternura verla de esa manera, además de una gran emoción, puesto que era evidente que estaba celosa; y solo se cela aquello que se quiere.

Sus labios intentaron curvase en una sonrisa, pero al ver la furia destellar en sus hermosos ojos grises prefirió permanecer serio.

—Acepto mi culpa entonces, porque debo confesar que estoy perdidamente enamorado de esa jovencita, aunque yo la veo como

una mujer extraordinariamente hermosa y muy segura de sí misma. —Dio un paso hacia ella, y al ver que no retrocedía la agarró por los hombros para atraerla hacia él, le acunó el rostro con las manos—. *Mon amour*, eres la única mujer que amo, eres mi presente; y sabes que deseo con toda mi alma que seas mi futuro —dijo mirándola a los ojos, pidiéndole que le creyese.

—Donatien…, nuestra relación es tan perfecta... que no quiero que nadie la arruine; no quiero tener que luchar contra el fantasma de otra mujer o de otras —acotó, y en pensamientos recordó que en el caso de Timothy solo había tenido que luchar contra Emma, pues él no tuvo otras novias.

—Eso no pasará, te lo prometo —aseguró y comenzó a besarla al tiempo que acariciaba su cuerpo.

—¿No que estabas muy cansado? —cuestionó al ver hacia dónde los llevaban sus caricias y sus besos, los que ahora caían en su cuello.

—No lo suficiente para impedirme que te haga mía —respondió despojándola del camisón.

Se la llevó a la cama en medio de besos y caricias, con los que buscaba demostrarle a ella y a sí mismo cuánto la amaba, y hacerle olvidar el momento amargo de la velada.

El cansancio abandonó su cuerpo por completo al ver el anhelo en la mirada de Brigitte cuando se mostró desnudo ante ella; y segundos después, sus cuerpos se unían, convirtiéndose en uno solo.

Quince días después de su regreso a París recibieron la visita de los padres de Brigitte, quienes venían por petición de Allan; y como pronto sería su cumpleaños, pensaron que su hijo deseaba que estuvieran presentes ese día.

Él se había mudado desde hacía un par de meses a la capital francesa, con la excusa de encargarse de los preparativos de la nueva sede; aunque sus padres le dejaron claro que solo podría hacerlo por poco tiempo, pues tenía que regresar a América y ser quien dirigiera la principal.

Todos se reunieron a cenar en *Lapérouse*, otro de los restaurantes preferidos por los esposos Brown. El ambiente era festivo, como siempre que la familia se reunía.

Karla pensó que era propicio mencionar cómo iban los avances con la organización de la boda de su hija, ya que estaban a mitad de año y le faltaban demasiadas cosas por concretar. Esa sería su excusa para llevársela de regreso a América y buscarle otro marido.

—Hija, se me hace muy complicado estar viajando tan seguido a París, sé que Donatien y tú decidieron que la boda fuese aquí, pero yo no puedo hacerlo todo sola, no soy la novia… Y son muchas las cosas que necesitamos ultimar —comentó con aire casual, bebiendo de su copa de vino.

—Claro mamá, dime en qué puedo ayudarte y lo haré con gusto —respondió mirándola con una sonrisa.

—Necesito que vengas conmigo a Nueva York, aunque sean quince días —pidió con un tono inocente.

El gesto en los labios de Brigitte se congeló y su cuerpo se tensó por completo; no podía regresar a América, su madre sabía eso.

Buscó rápidamente una respuesta que darle, aunque la dejara delante de los demás como una mentirosa o como una cobarde, lo que era peor.

Donatien, quien se encontraba junto a ella pudo sentir la tensión que la embargó, por lo que se interesó mucho en lo que le respondería.

Por supuesto, esperaba que fuese una negativa, ya que no deseaba separarse de Brigitte, mucho menos para que regresase al país donde se encontraba Timothy Rumsfeld.

—Hace poco tomé mis vacaciones en el museo mamá. No puedo pedir permiso de nuevo, y menos para ausentarme por tantos días —contestó con algo cierto, lo que la hizo sonar bastante convincente.

—Pero ¿cómo haremos entonces para preparar tu ajuar? —mencionó alarmada.

—¡Por Dios tía Karla! Eso ya no se usa, es anticuado —intervino Margaret, viéndola con asombro—. Lo más importante es el traje de novia, y ese ya va bastante avanzado. En un par de meses me llegará la tela para el velo.

—Pues esa es una tradición familiar y me niego a romperla. Toda la ropa que llevará Brigitte el día del enlace y durante su viaje de

bodas deberá ser seleccionada cuidadosamente. Es algo imprescindible, por un motivo que no discutiré cuando hay caballeros presentes.

Las tres chicas y los caballeros, a excepción de Benedic, miraron a la mujer como si fuese la madre de algún personaje sacado de una novela del siglo XVIII. Su discurso era absurdo y muy retrógrado.

Brigitte y Pauline prefirieron guardar silencio, pero el espíritu aguerrido de Margaret no podía dejar pasar algo así.

—Si el motivo es asegurarse de que Brigitte le dé nietos pronto no tiene que preocuparse por ello, le aseguro que los tendrá —comentó disfrutando de escandalizarla.

—¡Margaret! —exclamó la señora horrorizada, llevándose una mano al pecho y recibiendo con la otra una copa con agua que le ofreció su marido.

—Hablando de eso… —Allan habló para atraer la atención de su familia. Margaret le había hecho un favor—. Tengo algo que anunciarles, la razón por la cual les pedí que viajaran —dijo tomando la mano de Pauline.

—Sí, por favor hijo, cuéntanos eso tan importante que quieres decirnos —pidió Benedic para cambiar de tema, no quería que Margaret le provocara un infarto a su mujer.

—Bueno…, creí que esto sería más sencillo —susurró y sintió cómo Pauline le apretaba suavemente la mano, la miró y su sonrisa lo llenó de valor—. Pau y yo vamos a darles un nieto. En unos ocho meses si todo marcha bien estaremos haciéndolos abuelos —anunció y una sonrisa se explayó en sus labios, iluminando hasta sus ojos.

—¿Lo dices en serio? —inquirió Benedic mirándolo perplejo, no podía dejar de espabilar y la quijada le iba a llegar a la mesa si no cerraba la boca.

—¡Ay por Dios! —expresó Karla abanicándose.

—¡Qué alguien pida agua con azúcar para tía Karla! —exclamó Margaret sonriendo y se mordió el labio emocionada.

—Creo que debiste decirlo con más tacto hermanito —mencionó Brigitte poniéndose de pie para atender a su madre, que comenzaba a poner los ojos en blanco.

—Lo siento padre, madre… Brit tiene razón. Debí prepararlos antes de hacer un anuncio así, pero me ganó la emoción; y como vi que estaban tan ansiosos por ser abuelos, bueno, pensé que esto les alegraría. —Allan se mostró un poco apenado, a pesar de ser un hombre de treinta y tres años ya.

—¡Por supuesto que nos alegra hijo! Esto hay que celebrarlo, pidamos champaña —pronunció un emocionado Benedic, quien se puso de pie para abrazar a su hijo.

—¿Champaña? —Karla salió de su estado—. ¿Acaso no te das cuenta de que no están casados? —inquirió mirando a su marido con reproche.

—Bueno mujer, ya habrá tiempo para eso ¡Ahora celebremos! —respondió sin coartar su emoción.

—Todo el mundo ha perdido el sentido de moralidad y respeto en esta familia, no sienten temor de Dios, no siguen sus leyes, ¿A dónde vamos a parar? —cuestionó viendo que a nadie le importaba hacer lo correcto.

—Por favor madre, no se ponga así… Sé que tal vez no es lo que esperaba, pero estoy seguro de que ese niño o niña que está en camino la hará tan feliz como me hace a mí desde que me enteré de su existencia —mencionó mirándola a los ojos y tomándole las manos.

—Es que… no es que me moleste la noticia del bebé mi vida; por el contrario, estoy feliz; sabes que tenemos años deseando un nieto. Es por el modo en el que están haciendo las cosas, yo me esforcé tanto criándolos para que hicieran las cosas bien y ahora… ¡Todo es un desastre! —Rompió a llorar.

Brigitte la abrazó por los hombros y comenzó a besarle el cabello, conteniendo sus propias lágrimas. Mientras Allan se ponía de rodillas y le besaba las manos, intentando consolarla, al tiempo que le pedía perdón por no seguir las cosas que desde niño ella le enseñó.

Margaret veía la escena, y aunque en principio pensó que su tía exageraba, después comprendió que no era su culpa; ella había sido criada para eso, para ser la esposa y la madre perfecta. Así que, si algo fallaba, era como si su mundo se acabara; lo sabía porque eso

fue lo que vivió su madre al fracasar como esposa. Su vida ya no tuvo sentido.

—Usted es la mejor madre del mundo tía, no lloré.

También se puso de pie y la abrazó, queriendo consolarla y que no sintiente que había fallado, porque en ese aspecto de su vida era donde más éxito había tenido, criando a dos hijos y a una sobrina. Le limpió las lágrimas y le dio un beso en la frente, para después regalarle una hermosa sonrisa.

Luego de un momento, todos estaban contentos nuevamente, algo conmocionados aún pero dichosos por ese nuevo miembro de la familia Brown. Aunque para hacer que Karla fuese realmente feliz, Allan y Pauline le prometieron que se casarían antes de que el embarazo comenzara a notarse, y así evitar que la pobre mujer sufriera con las habladurías.

Por lo que acordaron darle prioridad a ese matrimonio, y alargar la fecha del enlace de Brigitte con Donatien; después de todo, era lo que en el fondo deseaban tanto la novia como Karla, aunque ninguna de las dos lo admitiese. No así el pintor, quien se sintió molesto al ser dejado en segundo plano, pero no le quedó más remedio que comprender y aceptar; después de todo, no podía hacer lo mismo que su cuñado y rivalizar con él en ese aspecto, por lo que no le quedaba más que callar y esperar.

Capítulo 49

Julia se detuvo detrás de la puerta del salón donde Timothy impartía sus clases. Estaba a punto de abrirla cuando escuchó risas femeninas que provenían del interior.

Lo que la hizo tensarse y detener su mano a medio camino; lo último que deseaba era abrirla y toparse con una imagen desagradable, o lo que era peor, terminar con sus ilusiones rotas.

Estaba a punto de dar media vuelta y marcharse cuando la puerta se abrió y su mirada se topó con las de tres chicas, quienes la vieron con sorpresa, para luego reír con esa arrogancia y seguridad que se sentía al tener veinte años.

Ella las miró con desdén, pues siete años de diferencia no la hacían una anciana, sino una mujer experimentada; así que podían guardarse sus burlas para alguien más.

—Hola Julia, ¿cómo estás? —Timothy la saludó con una sonrisa, pero al ver la seriedad en ella pensó que algo malo había pasado—. ¿Sucede algo? —inquirió acercándose.

—Hola, no… No es nada —respondió saludándolo con un beso en la mejilla y un abrazo. Creyó que no era adecuado comentar nada acerca de las chicas, pero no pudo contenerse—. ¿Estabas agendando dar clases particulares? —preguntó intentando parecer casual, mientras leía el título de uno de los libros sobre el escritorio.

—Están interesadas en la conferencia que dará *Merze Tate* la próxima semana. Les recomendé que asistieran, ya que alguno de los temas que tocará saldrán en las pruebas de final de curso —dijo borrando el pizarrón.

—¿Realmente crees que ellas se quedaron después de clases solo para preguntar por la conferencia? —cuestionó arqueando una ceja, y al ver que Timothy la miraba sin comprender, fue directo al grano —. No nos engañemos profesor Rumsfeld, ellas solo se quedaron para coquetear contigo; iban riendo cuando salieron de aquí…

—¿Es mi idea Julia o percibo algo de celos en tu voz? —preguntó mostrando una sonrisa arrogante.

—¿Celos? ¡Por el amor de Dios, claro que no! —Se defendió de inmediato, alejándose de él para que no viera el sonrojo que cubrió sus mejillas al verse descubierta.

Desde que aceptó ser su amiga hacía ya varios meses evitaba tocar temas románticos con él, pues no quería mostrarse como una mujer desesperada por recibir un poco de su atención.

Incluso, salió con otro chico, esperando que este le ayudara a olvidar lo que sentía por Timothy, pero más allá de la emoción pasajera de algunas noches de pasión, no consiguió hacerlo; y al ver que eso no la llevaba a ningún lugar, terminó la relación.

—Igual sería absurdo sentirlos, sabes que no debemos relacionarnos de esa manera con los alumnos —mencionó para aligerar la vergüenza en su amiga, sabía que seguía teniendo sentimientos por él.

—Que no debamos no significa que no podamos, y en mi caso, no procede… La mayoría de mis alumnos son homosexuales —confesó mostrándose afligida.

—Tienes suerte, no tendrás que verte tentada —comentó riendo —. Y la verdad es que no me atraen las chicas tan jóvenes, son algo volubles; prefiero a una mujer centrada y con más experiencia —dijo mirándola fijamente y caminó hacia ella, tentado por el temblor de sus labios.

—¿Tienes a alguien en mente? —preguntó con el corazón latiéndole muy rápido por su cercanía.

—Es posible —respondió con una sonrisa ladeada.

—¿La conozco? —inquirió con sus pupilas siguiendo las de él, mientras se ponía de puntillas; ansiosa por besarlo.

—Es posible —contestó con la resolución de adueñarse de su boca sin arrepentimientos.

—¿Quieres dejar de decir «es posible» y…? —decía perdiendo la paciencia, cuando la mano de Timothy sujetó su nuca de manera posesiva, acallando sus palabras.

Luego la atrajo hacia él, dándole un beso que no tuvo preámbulos tiernos, que llegó apoderándose de todo; y ella gustosa lo entregó.

Gimió al sentir la pesada lengua masculina moverse con destreza por cada rincón de su boca, haciéndola estremecer y aferrarse a él, como lo haría al último objeto flotante en un naufragio.

El deseo se adueñó de cada espacio de su cuerpo y comenzó a responderle con entusiasmo; llevó sus manos al cabello de él y pegó su cuerpo al suyo; quería sentirlo, poseerlo.

Ni siquiera supo en qué momento la subió al escritorio y se metió entre sus piernas; por fortuna, llevaba una falda amplia, lo que le permitió moverse con libertad.

Timothy comenzaba a perder el control de la situación, su instinto lo estaba dominando, y la sangre comenzaba a correr a su entrepierna, tensándola.

Había algo muy excitante en ese beso, tal vez porque llevaba meses negándose el placer de tenerla entre sus brazos. No quería dejarse llevar y lastimarla, porque en verdad la apreciaba; pero ya no podía más.

—Tim… Timothy… Cierra la puerta —pidió al ver la dirección que llevaban, cuando sintió cómo las manos de él subían su falda.

—Claro… —Su petición lo sustrajo de la excitación, haciendo que la consciencia regresase a él.

Dudó un momento entre ir y hacer lo que pedía, o aprovechar el momento para detener esa locura.

—¿Qué ocurre? —inquirió apoyándole una mano en la mejilla para hacer que la mirara.

—Esto no es correcto Julia —respondió sin atreverse a mirarla, sabía que la lastimaría.

—Tienes razón, es una locura… Alguien podría vernos y terminarían echándonos de aquí. Mejor toma tus cosas y vámonos a tu apartamento —dijo bajando del escritorio.

Se acomodó la ropa y el cabello, después se dobló para agarrar su bolso, y desde esa posición lo miró por encima del hombro, haciéndole una invitación, que ningún hombre en su sano juicio rechazaría.

Le sonrió cuando lo vio tragar en seco al mirar su trasero, y luego se irguió lentamente; caminó de regreso a él y le rozó los labios con la lengua, un gesto sutil y sensual.

—Quiero probar todo de ti —susurró mirándolo con verdadera lujuria, y recibió a cambio otro apasionado beso, que le confirmaba que esa tarde haría lo que deseaba.

Cuando se separaron él la agarró de la mano y caminó con ella hacia la puerta; por suerte, los pasillos estaban vacíos.

Abandonaron el campus en el auto de Timothy, y cuando llegaron a su apartamento, las dudas, los nervios y la excitación lo asaltaron de nuevo.

—Julia…, quisiera decirte algo antes de seguir —mencionó con su mirada anclada en la de ella.

—Claro…, dime. —Lo instó, aunque presentía lo peor.

—Me siento muy halagado de que desees estar conmigo, en verdad —expresó con sinceridad—. Eres una mujer tan hermosa, inteligente y sensual…

—¿Pero...? Vamos Timothy, ve directo al grano.

—No quiero lastimarte…, odiaría alimentar tu ilusión y terminar fallándote. Eres mi mejor amiga.

—¡Por un demonio, deja el miedo! —exclamó furiosa.

—No se trata de eso… —Intentó hablar, hacerle entender que no era un cobarde.

—Claro que sí, y el miedo no es a herirme a mí, sino a que seas tú quien salga lastimado. Pues bien, déjame decirte algo, así es el amor, un día te hace sentir el ser más feliz sobre la tierra y al siguiente el más miserable, pero con todo y eso vale la pena vivirlo; y yo quiero hacerlo. —Su mirada mostraba la misma convicción de sus palabras.

—Solo quiero cuidar tu corazón —esbozó mirándola, pues su mayor temor era que ella terminarse odiándolo, como sucedió con Brigitte.

—No te preocupes por mi corazón, solo encárgate de mi cuerpo; de lo demás yo seré la responsable —dijo dando un paso hacia él y apoyó sus manos sobre el pecho masculino, sintiendo el latido acelerado de su corazón; lo que le demostró que no le era indiferente, que él sentía algo más—. Hazme el amor Tim —susurró antes de ofrecerle sus labios cerrando los ojos.

Él se dejó arrastrar por la pasión y la besó con la misma intensidad de antes, envolviéndola en sus brazos y pegándola a él, disfrutando

de sus gemidos y sus caricias.

La llevó a su habitación y mientras la desnudaba mantuvo su mirada fija en los ojos grises, deseando con todas sus fuerzas que Julia fuese esa mujer, capaz de hacer que olvidara a Brigitte de una vez por todas.

Margaret escuchaba en silencio y sonreía mientras veía el entusiasmo de Lorian al hablar con sus socios de su próxima participación en el campeonato de *Fórmula 1*, que tendría lugar en un par de meses.

Su novio había invertido una buena parte de su herencia, más el dinero de algunos amigos que lo patrocinaban para diseñar y crear junto a *Lotus* el auto que usaría en la competición, algo que según él, revolucionaría el mercado automotriz.

Ella lo estaba apoyando porque sabía que ese era su gran sueño; fue algo que le quedó claro desde la primera vez que durmieron juntos, cuando se despertó a mitad de la madrugada y lo vio diseñando una carrocería; alegando que sus curvas lo habían inspirado.

El recuerdo de aquel episodio la hizo sonreír, y aunque todavía no había visto el auto en un plano real, en los diseños lucía hermoso; eso la llenaba de orgullo y emoción.

Sin embargo, no solo lo estaba apoyando por eso, sino también porque él lo había hecho para que tuviese su primer atelier. Después de estar por más de un año como empleada de *Elsa Schiaparelli*, consideraba que había ganado la experiencia suficiente para lazarse al mundo de la moda por su propia cuenta; así que en cuanto le contó de su idea a Lorian, el soñador de su novio no lo pensó dos veces para mover sus influencias y ayudarla.

—Lamento que la reunión se extendiera más allá del almuerzo mi amor, seguro te aburriste mucho escuchándonos hablar de piezas, chasis, palancas y todo ese tipo de cosa —mencionó mostrando una sonrisa a modo de disculpa, cuando ya iban de camino al apartamento de ella.

—En lo absoluto, sabes que me gusta acompañarte y estar al tanto de cómo va todo, estoy realmente ansiosa por ver el auto —

contestó recibiendo de buen agrado el beso que le dio en la mano, él era un hombre muy atento.

—Será hermoso, no estaba muy convencido del color verde, pero bueno, no es solo mi proyecto; y fue el tono escogido por la mayoría. Para cuando regreses de Londres estará casi terminado, y serás de las primeras personas en verlo, te lo prometo —esbozó con el entusiasmo de un niño, pero de pronto se puso serio—. En verdad lamento no poder acompañarte, me hubiese encantado, sé lo importante que esto es para ti.

—Ya hablamos de esto Lorian, lo de Londres es importante pero no tan significativo, en tanto que lo que tú preparas sí es realmente apoteósico; ahora, si deseas compensarme… debes estar junto a mí cuando tenga mi primer desfile aquí en París —mencionó observando su masculino perfil, pues él miraba al frente mientras conducía—. No te necesito para pasar toda una semana probando y haciendo arreglos de un montón de vestidos para el matrimonio de la nieta del Primer Ministro *Harold Macmillan*, eso sí te haría aburrirte horriblemente.

—Está bien…, pero prométeme que me llamarás cada vez que puedas y que no trabajarás hasta quedar exhausta; te conozco y sé que te exiges demasiado, eres una perfeccionista irremediable —dijo con media sonrisa.

—La perfección debe ser la meta de todo ser humano, y en eso tú y yo nos parecemos mucho querido, ¿o acaso olvidas que llevas un año en el diseño del auto? Siempre que encuentras un detalle que no te convence lo haces de nuevo una y todas las veces que sean necesarias hasta quedar satisfecho —pronunció dándole una estocada.

—¡*Touché*! —dijo en un perfecto francés, su lengua materna.

Detuvo el auto frente al edificio y se volvió para mirarla, llevó una mano hasta su delgado cuello y la atrajo hacia él para besarla, primero roces de labios que pasó rápidamente a un beso profundo y apasionado.

Margaret provocaba en él un hambriento deseo, algo que lo enloquecía con solo tocarla, y hubiese terminado haciéndole el amor si no estuvieran en plena vía pública.

—Prométeme que te quedarás conmigo la noche antes de tu viaje —susurró contra los labios inflamados de ella.

—Solo si tú prometes que no me harás perder el vuelo.

—Creo que mejor te haces a la idea de dormir durante el trayecto, porque dudo que conmigo lo hagas.

Él dejó ver una sonrisa lobuna, de esas que podían aflojar la ropa interior de cualquier mujer, y cuando vio que Margaret le respondía de igual manera, invitándolo a tener una noche realmente intensa, se acercó y le devoró la boca con un beso, que fue acompañado por un par de caricias bajo el hermoso vestido que ella lucía.

—Tal vez podamos tener un adelanto ahora —sugirió ella con voz seductora, mientras le acariciaba el pecho.

—No perdamos tiempo entonces —respondió y giró la llave, haciendo que el motor cobrara vida.

—¿Qué tal si subimos al apartamento? —inquirió con un brillo de malicia iluminando su mirada.

—¿Y tu prima? ¿No se molestará? —Sabía que Brigitte era un tanto conservadora.

—No te preocupes por ella, seguro no vendrá; últimamente se la pasa más donde Donatien que aquí, y yo tengo que lidiar con mucha soledad, así que tu compañía me vendrá de maravilla —respondió y recibió con una sonrisa el beso que Lorian le dio.

Fue solo un toque de labios cómplice, no tenía caso tener un beso más prolongado en ese lugar, cuando podían subir y estar a solas en el apartamento, donde desbocarían su pasión.

Llegaron agarrados de la mano, y cuando la puerta se cerró tras ellos, lo primero que se escuchó fue la risa de ambos, luego algunos gritos entusiasmados de ella, y pasos apresurados, que obviamente, indicaban que un juego de seducción estaba en proceso y que duraría toda la noche.

Capítulo 50

Timothy llegó al club Together con la plena convicción de que esa sería su última visita, aunque no estaba en la obligación de despedirse de Kristen, pensó que era lo correcto.

Ella se merecía que tuviese ese gesto, después de haberlo complacido durante casi dos años.

Había tomado esa decisión no solo porque su relación con Julia había pasado a un plano más íntimo, sino porque deseaba tener una vida normal.

Estaba a punto de cumplir treinta y dos años, debía pensar seriamente en formar una familia y esforzarse en aceptar que ya no sería con Brigitte.

Así que seguir alimentando su fantasía en el cuerpo de Kristen no le ayudaría a conseguirlo; en cambio con Julia las cosas podían ser distintas, aunque de momento siguiesen siendo solo dos buenos amigos que intimaban de vez en cuando, pero podían llegar a ser algo más, y sabía que ella solo esperaba por él.

—Tenías casi un mes sin venir, eso sí es un verdadero récord para un hombre como tú. —Fue su manera de saludarlo en cuanto lo vio entrar a la habitación que ocupaban siempre. Intentó sonar divertida, pero el reproche estaba impreso en su voz—. ¿Acaso me estás siendo infiel? —inquirió mirándolo a los ojos, notando que estaba más serio que de costumbre, como si eso fuese posible.

—He venido a despedirme —soltó sin rodeos.

—¿Te vas de viaje? —preguntó, negándose a creer que esa despedida fuese definitiva.

—No, no viajaré a ningún lado, solo que no vendré a verte más Kristen —respondió sin titubear.

—¿Por qué? —inquirió con voz trémula y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Sabes bien porqué —contestó en un tono calmado, con la mirada fija en la de ella.

La reacción de la chica solo le confirmaba lo que ya sabía, pero que durante todo ese tiempo se había empeñado en negar, haciéndose creer que todas las atenciones de Kristen eran solo parte de su trabajo.

Los hombres que asistían a esos lugares se olvidaban de que ellas eran iguales a otras mujeres, que tenían sentimientos y que también podían llegar a ilusionarse con ellos; pues dudaba mucho que le hubiese dado motivos verdaderos para que se enamora de él, ya que siempre la había hecho suya pensando en Brigitte.

El silencio que se apoderó de la habitación tras esas palabras fue tan pesado como una tonelada de plomo, las máscaras se habían caído y ya no quedaba nada más que ocultar.

Lo único que Timothy esperaba era que no fuese a salir tan lastimada, porque después de todo ese tiempo, se podía decir que sentía un genuino aprecio por la chica. Había sido quien lo ayudó en sus peores momentos.

—Sí, lo sé —dijo poniéndose una máscara de frialdad, caminó y se sentó en el diván de terciopelo púrpura, donde tantas veces él la tomó a su antojo—. ¿Sabes algo? No vivo en una cueva Timothy, la verdad es que salgo con frecuencia, voy de compras con las chicas, a comer fuera o a la peluquería; y no te imaginas de cuánto se puede enterar una en esos lugares. Creo que se hacen más confesiones allí que en las mismas iglesias.

—No sé a qué viene todo esto Kristen —cuestionó con el ceño fruncido, al tiempo que intentaba refrenar su deseo, pues no era sencillo verla vestida así y no querer acostarse con ella, aunque fuese una última vez.

—¡Ah! ¿No lo sabes? —cuestionó con algo de sorna, pero la rabia también vibraba en su voz—. ¿Qué tal si te nombro a Julia Montgomery? ¿Será que eso te ilumina?

—¿Qué sabes de ella? —inquirió con algo de asombro, pues hasta donde sabía, nadie estaba al tanto de la relación que habían acordado. Ante todo el mundo, solo eran dos colegas de Harvard y buenos amigos.

—Sé que es el motivo por el cual me estás dejando, ¡lo sé! ¿Acaso crees que ella podrá darte todo lo que te doy yo? —inquirió saliendo de sus cabales con el ego herido.

—No se trata de eso... Es mejor que me vaya, solo vine a despedirme. No tenía la obligación de hacerlo, pero pensé que te merecías al menos eso, por todo lo que hemos compartido —mencionó para terminar con el tema e imaginando que todo podía empeorar si se quedaba.

—¡Muchas gracias por tu consideración Timothy Rumsfeld!… Como ahora tienes a alguien más a quien cogerte vienes y me botas a mí, como si fuese una miserable basura. —Le reprochó poniéndose de pie, caminó hasta él y lo golpeó en el pecho y los hombros con ambas manos—. Eres un desgraciado, ojalá nunca hubiera aceptado acostarme contigo; hubiese preferido hacerlo con diez hombres en una noche a entregarte una completa a ti —dijo sin cesar en su ataque, y las lágrimas estaban a punto de desbordarla.

—Ya basta Kristen, por favor… para… ¡Ya detente! —gritó sujetándole las muñecas y la zarandeó para hacerla entrar en razón, parecía haber enloquecido.

—Soy tan estúpida…, yo misma me doy pena —esbozó derrumbándose sobre el pecho de él, llorando.

—Ya… no llores, por favor —pronunció él acariciándole el cabello, mientras se lamentaba por haberla herido; pero era mejor dejarla en ese momento que continuar alimentando la ilusión que ella se había creado—. No quería lastimarte Kristen y esto no es por Julia ni por ninguna otra mujer; es por nosotros, no podemos continuar así… Necesito encontrar mi camino, y tú debes encontrar el tuyo… Ya sea continuar aquí o salir y empezar una nueva vida —agregó mirándola a los ojos, acunándole el rostro con las manos y secando las lágrimas que corrían por sus mejillas con sus pulgares.

—Lo haré…, te lo juro... Si quieres yo… yo me salgo de esto, me olvido de todo —dijo envolviéndole la cintura con los brazos, y subió el rostro, ofreciéndole los labios.

—Kristen…, no me comprendes, no se trata de ti o de lo que haces aquí, es por mí… —Soltó un suspiro y cerró los ojos, buscando en su cabeza la mejor manera de abordar el tema—. ¿Recuerdas cuando

me preguntaste por la mujer que me había roto el corazón? —inquirió mirándola a los ojos y se alejó un poco.

—Sí… ¿Es por ella? ¿Regresó? —cuestionó al saber de quién se trataba, ya sabía bastante acerca de su ex.

—No, y no creo que lo haga —respondió desviando la mirada, para que no viera que eso aún lo lastimaba; suspiró y continuó—. En todo este tiempo he intentado olvidarla, pero cada vez que vengo aquí… yo…

Kristen no necesitó que le dijera nada más, su actitud y su mirada atormentada lo decían todo por él; solo la había usado para desahogar en su cuerpo el deseo que aún sentía por Brigitte Brown.

Tal vez eso no le hubiese dolido tanto, si no supiese que a pesar de que la chica lo había abandonado él la seguía amando, ¿qué clase de hombre podía hacerlo después de ser humillado de esa manera?

Suponía que solo uno que estuviera realmente enamorado, como lo estaba él de esa mujer.

En ese momento se sintió completamente derrotada, pues podía rivalizar con Julia Montgomery si todo se resumía al plano sexual, pero no tenía armas para hacerlo con el fantasma de Brigitte Brown, pues esta era la dueña de su corazón.

Se dejó caer sentada al borde de la cama, negando con la cabeza mientras dejaba que las lágrimas bajaran pesadamente por sus mejillas, sintiendo que el pecho se le encogía de dolor; reunió lo poco de orgullo que le quedaba y decidió que debía hablar de nuevo, pero sin mirarlo.

—Vete Timothy…, vete y no regreses; y si lo haces, quiero que tengas claro que ya no estaré disponible para ti —mencionó con voz calmada, a pesar de sentirse destrozada por dentro.

—Lamento mucho todo esto Kristen… Nunca quise que las cosas acabaran así —dijo y estuvo a punto de ponerse de cuclillas para mirarla a la cara antes de irse, pero luego pensó que a lo mejor eso empeoraría todo.

—No, la que lo lamenta soy yo… Dejé que todo se saliera de mis manos... Esto nunca debió pasar —suspiró liberando la presión en su pecho, y se armó de valor para ponerse de pie y caminar hacia la puerta—. Espero que haya disfrutado del encuentro y de mi

compañía señor Rumsfeld. Adiós. —Se despidió mirándolo por última vez, vistiendo su rostro de una fría indiferencia.

Él supo que decir algo más salía sobrando, prefirió guardar silencio y abandonar el lugar sin más. La miró, reprochándose el haber fallado en su intento de no lastimarla. Al parecer, su destino era terminar hiriendo a todas las mujeres que se enamoraban de él.

Se alejó con pasos cansados, y tal vez algo en su rostro revelaba lo que allí había pasado, pues las chicas no se les ofrecieron; en lugar de eso, se alejaron.

Kristen no atendió a nadie más esa noche, solo se dedicó a llorar en la cama que fue testigo de todas esas veces en las que se entregó al único que la había tratado distinto; y quizás por eso también había conseguido enamorarla.

La *madame* del club la dejó desahogar su dolor tranquila; después de todo, no era la primera y tampoco sería la última que se enamoraba de un cliente, a todas les había pasado en algún momento de sus vidas, incluso a ella misma, pero como las guerreras que eran sabían sobreponerse y salir adelante, con la lección aprendida y siendo más fuertes.

Días después Timothy recibió una invitación que no se esperaba, el profesor lo llamó a su oficina y le hizo saber que deseaba que fuese parte del grupo que viajaría a Oxford para el simposio anual que ofrecía la escuela de leyes de esa alma máter.

Se sintió halagado, pues no se imaginó que a solo tres años de haber salido de esa casa de estudios estaría de regreso como conferencista.

Su ego indiscutiblemente se creció, cuando pensó en lo que sentiría su antiguo rival Charles Smith al enterarse de eso. Sin embargo, otra duda lo asaltó al recordar que no había regresado a Inglaterra desde que sucedió lo de Brigitte; sabía que si aceptaba se exponía a que muchos recuerdos llegaran hasta él para torturarlo.

—No tienes que responder en este momento Timothy, puedo darte un par de días, pero no más de eso. Deseo comenzar lo antes posible a asignar los temas, para que les dé tiempo a preparar todo a la perfección.

—No hace falta profesor, acepto. Es un honor que haya pensado en mí, se lo agradezco —dijo poniéndose de pie y le extendió la mano.

—Bien, nos reuniremos el viernes para entregarles la información. Estaremos viajando a Londres la última semana de septiembre, justo a inicios de otoño. Esperemos que el clima sea generoso con nosotros.

—Ojalá, porque después de casi tres años sin ir, ya me había olvidado de los días grises y el viento helado que recorre las calles londinenses —comentó mostrando una sonrisa que era mezcla de emoción y ansiedad.

—Te vas a acostumbrar rápido, será como estar en casa; después de todo, pasaste muchos años de tu vida allá. Casi se podría decir que eres inglés —bromeó sonriéndole—. Bien, ya no te quito más tiempo, ve a dar tu clase, que un buen profesor no puede llegar tarde nunca.

—No se preocupe, todavía estoy bien de tiempo, y esa es una lección que aprendí de usted. —Agarró su maletín de cuero y le dio la mano una vez más al hombre, para despedirse—. Que tenga buena tarde profesor.

—Igual tú —respondió, y antes de que saliera lo detuvo—. ¡Ah! Y si ves a mi bella sobrina, dile que venga a saludarme de vez en cuando o terminaré arrepintiéndome de haberla ayudado a quedarse aquí —comentó sonriente.

—Por supuesto —contestó con el mismo gesto.

Sabía que ese tipo de comentarios eran una indirecta. La familia de Julia comenzaba a presionar para que formalizaran su relación. La chica estaba cerca de cumplir los veintiocho, y si seguía por ese camino, terminaría cayendo en la categoría de «solterona», que tanto aterrorizaba a las mujeres.

Capítulo 51

Clélia se había sumido en una profunda depresión luego de aquel encuentro con Donatien, había dejado de lado sus esculturas y lo único que la animaba era ver las sonrisas de sus dos pequeños, ellos hacían que su mundo no fuese tan oscuro.

Estuvo cerca de un mes de esa manera, hasta que recibió la visita de su amiga Fabiola, quien notó su estado e intentó animarla, pero lo único que consiguió fue que se sintiera tonta y desgraciada, por seguir aferrada a un amor que ya no le pertenecía.

Sin embargo, algunos de sus comentarios hicieron que una luz de esperanza brillara dentro de su pecho. Miró en retrospectiva todo lo sucedido esa noche y descubrió cosas que en su momento no vio. Como el hecho de que Donatien fue tras ella no para reclamarle por incomodar a su novia, sino porque deseaba acompañarla y asegurarse de que estaría bien.

Hasta se lo dijo, pero el dolor la tenía tan cegada que fue incapaz de comprenderlo, solo lo llenó de reproches. Ahora que tenía la certeza de ello se sentía avergonzada y estúpida; había perdido la oportunidad de hablar con él y decirle que aún seguía amándolo.

Después de pasar varias semanas atormentándose con esa idea, y dejando que las dudas hicieran nido en su pecho llegó hasta ella una oferta de trabajo, que fue como una luz al final del túnel, y la hizo tomar una de las decisiones más radicales de toda su vida: buscaría la manera de volver a tener esa oportunidad.

Con esa convicción se trasladó a París junto a sus dos hijos. Regresaría a su ciudad natal, y si la vida era generosa con ella, tal vez también lo haría al lado del hombre que amaba.

—Buenos días señora Albrecht. Llega temprano hoy.

La saludó la mujer que hacía la limpieza en la galería que la había contactado para mostrar sus obras, la misma que también acogía un par de cuadros de Donatien, y de otros artistas emergentes.

El dueño del lugar le había prestado un taller en la parte posterior para hacer sus esculturas, ya que su apartamento era muy pequeño para trabajar las piezas, que en su mayoría eran de cuerpos humanos en tamaño real.

—Hola Molly. Sí, es mejor madrugar; y ya estoy acostumbrada a hacerlo, por los niños —respondió acercándose a ella—. Si no es mucho pedir, ¿me regalarías un delicioso café de ese que haces? —pidió poniéndole una mano en el hombro y sonriéndole.

—Por supuesto, en un rato se lo llevo.

—Muchas gracias —mencionó y después siguió su camino.

Su intención era terminar esa exposición e invitar a Donatien a la misma. Quería sorprenderlo, y por eso había tenido que luchar contra sus deseos de buscarlo y hablar con él; sobre todo, que al tener su dirección, aumentaba la tentación.

La verdad era que también se estaba cuidando, no quería llegar a su apartamento y tener que vivir la penosa situación de ser recibida por esa chiquilla. Eso sin dudas le terminaría por romper el corazón.

Donatien llegó a media mañana hasta la galería de su amigo Adrien Vaudet, ubicada en el bohemio barrio *Le Marais*. Lo había citado para hablar con él sobre una exposición que estaba preparando con diversos artistas locales; quería darle una oportunidad al talento que se perdía en las calles, solo entreteniendo a turistas para conseguir unas cuantas monedas.

—Hola Donatien, me alegra que hayas venido. —Adrien le extendió la mano.

—Te prometí que lo haría —mencionó sonriéndole.

—Bien, vamos a mi estudio.

—Pensé que como hombre de negocios ahora tendrías una oficina —dijo queriendo jugarle una broma.

—Un artista jamás pierde su esencia —contestó y le abrió la puerta a una habitación con grandes ventanales, que inundaba de luz el taller de orfebrería—. ¿Quieres algo de tomar? —Le ofreció guiándolo hasta su mesa de trabajo y lo invitó con un ademán de su mano a sentarse.

—No, tranquilo, así estoy bien —respondió sentándose.

—Bien, no voy a quitarte mucho tiempo, vayamos al grano. La idea es reunir en la galería a pintores, escultores, arquitectos, artesanos, cineastas, escritores; e incluso, a varios músicos… A algunas bailarinas y actores. Deseo conjugar en un solo lugar todo el talento francés.

—Artistas desconocidos, según me contaste por teléfono —acotó, pues había pensado en que tal vez allí habría una oportunidad para Brigitte. Sabía que no era francesa, pero dentro de poco sería su esposa.

—Sí, aunque también tendremos a otros más reconocidos, como es tu caso; claro, si decides aceptar. Así como otros que ya se han sumado a la actividad.

—Comprendo, y… ¿cómo piensas organizar esto? ¿Tendrás algún tipo de requisito para los artistas? —inquirió, pues comenzaba a interesarle la idea.

—La verdad es que deseo que sea algo relajado y espontáneo; aunque por cuestiones de espacio estoy haciendo una selección de artistas, ya que no puedo albergarlos a todos en el salón frente al Place Des Vosges que me ayudó a conseguir la familia Marchant —respondió mirándolo a los ojos.

Adrien necesitaba convencerlo, pues sabía que él haría que mayor cantidad de personas se congregase en el evento. Había ganado mucho reconocimiento con sus dos exposiciones anteriores; y eso era lo que necesitaba, aunque le costase reconocerlo, pues con algunos nombres grandes en la lista atraería mayor público.

—El programa se llevará a cabo durante una semana, para que cada uno tenga su espacio y se dé a conocer. Pero no te he dicho lo mejor, parte del dinero que obtengamos por las ventas de las obras será destinado a crear Escuelas de Artes en los barrios pobres, de donde provienen muchos de los participantes —comentó con la emoción que le causaba esa idea, en verdad deseaba hacer alguna diferencia.

—Sinceramente creo que es genial lo que deseas hacer. Yo, como tantos otros, sé cuán difícil es hacerse un nombre en este mundo. Tuve que trabajar años y años en mis proyectos, luego como

profesor, durante otros más, mientras preparaba mi primera exposición; así que estoy dentro, puedes contar conmigo.

Le contaría a Brigitte sobre el evento e intentaría convencerla de que presentara alguna de las hermosas pinturas que tenía solo decorando su casa, pero que en verdad merecían ser expuestas.

Sabía que no se consideraba una artista talentosa; sin embargo, una vez que las personas vieran su trabajo seguro cambiaría de idea al ver sus reacciones, porque en verdad era muy bueno.

—Muchas gracias Donatien, será un placer tenerte con nosotros, y por supuesto, a tus adoradas musas también —dijo riendo con verdadera felicidad.

Donatien asintió sonriendo mientras le extendía la mano para sellar el trato, no le mencionó nada de Brigitte en el momento; primero debía consultarlo con ella.

Se había prometido nunca tomar decisiones en nombre de su novia, ese no era su derecho; además, tenía claro que no sería su dueño, sino su marido.

—Antes de que te vayas me gustaría que conocieses a alguien, es una maravillosa escultora que también estará presente en la exposición —mencionó Adrien cuando estaban en el vestíbulo—. Me pidió prestado el taller para trabajar en sus piezas, se acaba de mudar y su apartamento es pequeño; igual se lo hubiese ofrecido, con tal de tenerla aquí… Es una mujer realmente hermosa —agregó con su sonrisa de conquistador.

—La conoceré solo por su trabajo, ya mi tiempo de ir por allí coqueteando con otras colegas es pasado.

—Cierto, olvidaba que dentro de poco serás un hombre felizmente casado; que por cierto, con la mujer que tienes en casa no necesitas mirar a nadie en la calle. Con todo respeto, Brigitte Brown es otra belleza —expresó mirando al hombre a los ojos, esperaba que su comentario no lo molestase, pues no lo hacía con mala intención.

—Soy muy afortunado, lo sé —pronunció con una gran sonrisa, y siguió los pasos de su amigo.

—Señor Vaudet, disculpe que lo moleste, pero tiene una llamada de la señora Marchant —anunció Molly.

—Amigo, ¿me disculpas un momento? Tengo que atender.

—Claro, ve… Puedo presentarme con la escultora.

—Perfecto, así se van conociendo. Estoy seguro de que se llevarán bien. Es encantadora, y su trabajo… Bueno, mejor velo tú mismo —dijo antes de irse.

Donatien sonrió al verlo tan entusiasmado con la mujer, esperaba que esta sí consiguiera llevarlo ante un juez, y no pasara a ser una más en su interminable lista de conquistas. Abrió la puerta sin llamar y dio un par de pasos.

No estaba preparado para el cúmulo de emociones que lo embargó al entrar y ver las dos piezas ubicadas cerca de la entrada. Reconoció de inmediato el estilo y también a su creadora. Lo que no se explicaba era cómo es que ella estaba allí en París, y según lo que le comentó Adrien, se había mudado a la ciudad recientemente.

Caminó como llevado por un lazo invisible, que fue guiando sus pasos hacia el lugar de donde provenían unos golpes, sonrió al recordar el característico sonido de la arcilla siendo trabajada arduamente.

Un segundo después aparecía ante sus ojos, estaba encima de una escalera mientras modelaba los hombros de la figura en esa obra, ya la mujer estaba casi lista y se veía hermosa.

—Hola Clélia —pronunció desviando su mirada del *derrière* de su exmujer, que lucía muy atractivo enfundado en ese pantalón de dril en color caqui.

—¡Donatien! —exclamó sorprendida, y estuvo a punto de caer de la escalera cuando se volvió para mirarlo.

—¡Cuidado! —Acudió en su ayuda, logrando atajarla antes de que se cayera al piso y se hiciera daño—. Lo siento, no quise asustarte —dijo mirándola a los ojos.

—Igual me has salvado —esbozó sonriendo, sintiendo su corazón latir muy fuerte al estar en sus brazos.

El silencio los envolvió mientras sus miradas se fundían la una en la otra, envueltos en los recuerdos que les traían el olor de la arcilla y la calidez de esa cercanía.

El ambiente se volvió denso, como si hubiesen sido transportados a un sueño, y el deseo comenzó a hacer vibrar sus cuerpos; sus pieles

se reconocían, gracias a todo lo vivido y a lo que guardaban en sus corazones.

Ella sabía que era una locura, pero debía arriesgarse, aunque él terminase rechazándola, solo esperaba que no fuese así.

Podía jurar que si conseguía ese beso nada la detendría en su afán por reconquistarlo, lucharía con todas sus armas para hacer que Donatien fuese suyo una vez más. Se acercaba lentamente; y a medida que lo hacía, su corazón parecía un tambor, retumbando dentro de su pecho, animándola a seguir hasta conseguir lo que ambos deseaban, pues podía notar en su mirada que él también lo quería.

De pronto escucharon el sonido de la puerta al abrirse, lo que alertó a Donatien y lo hizo reaccionar rápidamente. Puso a Clélia de pie en el piso y se alejó, intentando mostrarse casual, pero ya era muy tarde, la mirada que le dedicó Adrien le gritaba que los había visto.

—Creo que no llegué en un buen momento —mencionó ante el silencio de los dos artistas, quienes lucían incómodos por la interrupción.

—No…, claro que no. —Donatien caminó hacia él y le apoyó la mano en el hombro para acercarlo—. Solo que me has dado una gran sorpresa. Nunca imaginé que la talentosa y hermosa escultora fuese Clélia Albrecht —dijo luchando por controlar sus nervios, estaba temblando.

—¿Se conocen? —cuestionó Adrien sorprendido, mientras su mirada iba de uno al otro.

—Sí, Donatien y yo mantuvimos una relación hace algunos años —respondió ella, queriendo parecer casual, pero era evidente que hablar de lo que tuvieron en el pasado le dolía.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —expresó con una sonrisa, aunque no era efusiva sino tensa.

—Sí, ¡Qué casualidad! No sabía que habías regresado a París. —Donatien la miró, casi exigiéndole una respuesta.

—Adrien me habló de su proyecto y quise ser parte del mismo. Es grandioso lo que desea hacer… Y las cosas en Ámsterdam no

avanzaban muy bien, así que quise regresar para probar suerte, tal vez ahora me vaya mejor.

—Estoy seguro de eso, eres muy talentosa —dijo Adrien.

—Muchas gracias, tengo esta nueva oportunidad por ti.

—Yo también creí en el trabajo de Clélia siempre. Tiene un talento especial para expresar sentimientos con sus manos —mencionó para hacerse notar, pues ellos se quedaron mirando, como si él no estuviera presente.

—Por supuesto, si hacías lo contrario te quedabas sin novia —dijo Adrien sonriendo, para aligerar cierta tensión que notó en el pintor, aunque no entendía el porqué.

—No, eso no influía en lo absoluto. Soy muy crítico, y cuando algo de lo que creaba no despertaba emociones en mí, se lo hacía saber enseguida; pienso que es mejor ser sincero, así podía ayudarla a encontrar ese punto de perfección que todos los artistas deseamos alcanzar —pronunció con seriedad, pues no le gustó que su amigo pusiera en duda su juicio para apreciar el arte de los demás.

—Eso es verdad, a veces me hacía unas críticas tan duras, que terminaba lanzándole unas cuantas bolas de arcilla. —Clélia sonrió al recordar alguno de esos episodios, y su mirada se iluminó cuando lo vio sonreír también.

—Pero después admitías que yo tenía razón y… —Se detuvo para no caer en detalles íntimos, que no eran necesarios mencionar en ese momento—. En fin, me alegra mucho que seas parte de este proyecto Clélia. Estoy seguro de que tus piezas serán todo un éxito.

—Gracias, deseo lo mismo para ti.

—Bien, ahora debo irme, tengo algunos asuntos que atender. Fue un placer verte. —Le extendió la mano para despedirse, seguía perturbado por lo de hacía un rato.

—Digo lo mismo, que te vaya bien. —Recibió la mano con algo de desilusión, pero mantuvo su sonrisa.

Después de eso Donatien salió en compañía de Adrien, y ella se quedó allí sola, con una marea de emociones que apenas lograba soportar. La vista se le nubló mientras veía la arcilla sobre la mesa y un sollozo escapó de sus labios.

Se llevó una mano a las mejillas para limpiar sus lágrimas, no haría el ridículo llorando allí por él, o por ese momento que había perdido y que tanto le dolía, porque fue realmente hermoso.

Como si el tiempo hubiese retrocedido y hubiesen vuelto a ser aquellos jóvenes que se amaban y lo hacían con locura, sin importarles tumbar todo lo que estaba sobre el mesón; terminaban haciendo el amor de manera desenfrenada en ese lugar, viviendo el mayor de los placeres.

Una vez más subió a la escalera y retomó la parte que había abandonado, drenando todo su deseo, su ansiedad y su frustración en la escultura; moldeando apasionadamente cada una, al tiempo que se obligaba a no derramar una lágrima más por él.

Ya que al parecer su idea de ir a recuperarlo era una locura, al menos le quedaría su trabajo, así que debía enfocarse en este.

Capítulo 52

Esa última semana había sido una completa locura para Margaret, quien junto a dos de sus empleadas trabajó horarios extenuantes para que todo saliese perfecto. Y al fin lo había conseguido, la novia lucía espectacular, las damas de honor también; hasta la madre y la abuela de la novia se veían hermosas gracias a sus diseños, los que creó basados en la personalidad de cada una.

También había sido invitada a la boda, y a pesar de estar exhausta se tomó dos buenas tazas de café, buscó entre sus vestidos uno hermoso pero que no fuese a opacar a la novia, y se maquilló para esconder las ojeras.

Sabía que era una oportunidad muy importante, que no podía desaprovecharla, porque podía conocer a futuras clientas.

Se miró en el espejo, observando la suave caída del vestido de chiffon de seda en tono lavanda, que se ajustaba a su figura en la parte superior, gracias al drapeado y a la pedrería que afinaba su cintura.

El escote era provocativo, pero sin caer en lo vulgar, y la abertura en su pierna solo se notaría si ella lo deseaba, pues la falda era ancha y con varias capas de tela que podían ocultarlo.

Margaret llegó cuarenta minutos después al Palacio Hampton Court, el lugar escogido por la familia *Macmillan* para llevar a cabo la celebración de la boda. Ya antes había estado en fiestas ostentosas mientras vivió en Inglaterra, pero nunca llegó a pisar la que fuese la residencia del famoso rey Enrique VIII y sus seis esposas.

Ella se anunció para que le avisaran a la novia que estaba allí, por si deseaba hacerle alguna consulta de última hora. La chica no tardó en enviarla a llamar.

Alice, hecha un nudo de nervios, aunque el vestido lucía perfecto y ella se veía espléndida no podía dejar de temblar, caminar por la

habitación y mirarse cada cinco segundos en todos los espejos que veía.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —Le preguntó acomodándole el velo. Estaban las dos solas y faltaban unos minutos para que su padre viniese por ella.

—No lo sé, tal vez porque estoy a punto de presentarme frente a trecientas cincuenta personas y jurarle amor eterno a William —respondió mirándola a los ojos.

—Bueno, lo de las trecientas cincuenta personas es algo intimidante —bromeó Margaret sonriéndole.

—Son amigos o conocidos de la familia, ellos no me preocupan —dijo negando con la cabeza.

—¿Y entonces? —cuestionó con extrañeza.

—No sé si seré una buena esposa… Mi madre dice que soy demasiado joven, que me falta tanto por aprender… ¡Dios, no quiero arruinarlo!

—Alice, ¿te puedo preguntar algo? —La vio asentir y prosiguió—. ¿William y tú han tenido intimidad? —La miró a los ojos para saber si le mentía o le decía la verdad.

—Él… yo… es decir… nosotros. —Alice balbuceaba con el rostro rojo como una cereza madura—. Queríamos esperar…, pero fue difícil contenernos.

—¿Y cómo lo llevan? ¿Disfrutan de sus encuentros?

—Sí… Bueno, eso creo —respondió mordiéndose el labio.

—¿Eso crees? —Margaret quería que fuera más precisa.

—Siempre que tenemos oportunidad lo hacemos… Él estaba muy ansioso por la boda, en realidad por la luna de miel. Además, me dice que… que lo vuelvo loco —confesó con voz trémula, no le había contado eso a nadie, ni siquiera a su hermana mayor, porque era muy conservadora.

—¿Y él a ti?

—Sí… —reveló con el rostro mucho más rojo de lo que ya lo tenía.

—Bien, entonces no tienes nada de qué preocuparte. Ese es el aspecto más importante para hacer feliz a un hombre, es allí donde debes enfocarte. Por lo demás vas a tener a un ejército de personas que atiendan tu casa, solo tendrás que dar órdenes, y tienes

diecinueve años, no eres una niña, ya eres una mujer —afirmó sonriendo al ver que Alice se llenaba de seguridad.

—Sí…, me siento una mujer… ¡Soy una mujer! —expresó con emoción y le agarró las manos a Margaret.

Estaba a punto de agradecerle cuando escuchó que la puerta se abría; se volvió, y allí estaba su padre, mirándola con tanta admiración que la hizo sentir abrumada; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí, toda una mujer, y muy hermosa además; aunque siempre serás mi niña —pronunció con júbilo.

—¡Padre! —Caminó de prisa hacia él y lo abrazó.

—Te ves bellísima, pareces un ángel —dijo Harold acariciándole las mejillas—. William se va a desmayar.

—¡No! mejor que no lo haga —expresó alarmada.

Lo que provocó las risas de Margaret y del hombre, también de las dos damas que habían llegado para ayudar a Alice con la cola del vestido que medía casi cinco metros.

Salieron de la habitación camino a la capilla, donde se respiraba la alegría y la expectativa de cada uno de los asistentes, la cual se desbordó cuando escucharon la marcha nupcial y las puertas se abrieron.

Paul se volvió para mirar con una sonrisa a la futura esposa de su nuevo socio y amigo William Thompson, pero el gesto se le congeló en los labios al ver a la mujer que iba detrás de la novia y el cortejo.

La reconocería entre miles, aunque llevase el cabello de otro color. Su mirada se quedó prendada de esa perfecta figura, que tantas veces recorrieron sus manos y sus labios, y que el solo recuerdo hizo que se desbocaran sus latidos.

Margaret también alcanzó a ver entre los invitados el rostro de Paul, que la conmocionó hasta el punto de casi hacerla perder el equilibro y caer de bruces en medio del pasillo. Por suerte, se pudo mantener de pie y con rapidez desvió su mirada, posándola de nuevo en la cola del vestido de Alice; intentando que mirar el hermoso bordado que había diseñado le ayudase a calmar el

torbellino de emociones y sensaciones que se había despertado dentro de ella al verlo.

Durante la ceremonia ninguno de los dos consiguió aplacar esa tempestad que se había desatado en ellos, los recuerdos les llegaban en fuertes marejadas, que los movían como barcos de papel, de un lugar a otro.

En más de una ocasión estuvieron a punto de ponerse de pie y escapar de ese lugar, pero algo más poderoso que el compromiso los mantuvo allí; era el deseo de verse de nuevo, aunque ninguno se atreviese nunca a admitirlo en voz alta.

La ceremonia terminó y los novios se ausentaron para presentarse después en la recepción, como dictaba el protocolo. Y en cuanto eso pasó, Margaret también salió de la capilla y caminó de prisa hacia los baños; necesitaba calmarse y preparar su corazón para ver a Paul junto a la flamante señora Johnson.

—Debes calmarte…, no puedes permitir que su presencia te arruine la noche. Recuerda todo lo que puedes conseguir si te quedas; las personas ya comenzaron a hablar del vestido de la novia y del cortejo, dentro de poco tu nombre estará en boca de toda la alta sociedad londinense, aclamada como la diseñadora del momento, así que no puedes perder eso por nada del mundo.

Se recordó en voz alta mientras se miraba al espejo; aprovechando que estaba sola se retocó el maquillaje y se irguió cuan alta era, elevando la barbilla, y se acomodó el escote del vestido.

—Te ves hermosa esta noche, así que no tienes que sentirse intimidada por nadie, mucho menos por una mujer como Amanda Barren… Johnson. Amanda Johnson.

Se recordó, sintiendo una punzada de dolor en el pecho; negó con la cabeza para impedir que ese viejo sentimiento regresase a ella. Tomó su bolso y salió.

La mirada azul de Paul buscaba con insistencia a Margaret entre los invitados, en tan solo minutos pudo averiguar que era la responsable del diseño de los vestidos de la novia, las damas de honor y otros miembros de la familia Macmillan.

Las mujeres no dejaban de alabar su talento, lo que hacía que él se sintiese orgulloso y feliz, al saber que poco a poco iba cumpliendo su sueño de ser una gran y reconocida diseñadora.

—¿Dónde estarás? —Se preguntó en un susurro, mientras le daba un trago a su vaso de whisky y seguía mirando—. Dudo mucho que te hayas marchado solo por saber que estaba aquí, nunca fuiste una cobarde, y se supone que yo no deba afectarte; aunque tú a mí sí me hayas vuelto loco con solo verte.

De pronto la vio acercarse a la mesa de los novios para felicitarlos. Sin perder tiempo encaminó sus pasos hacia ese lugar, aunque no tenía ningún motivo para acercarse, ya había felicitado a los novios minutos antes. Pero eso no le importaba, necesitaba mirarla más de cerca, compartir al menos un saludo con ella, y de ser posible, tocarla; se moría por tocarla una vez más.

—Qué grata sorpresa encontrarte aquí. —Le susurró al oído parado tras ella.

Margaret sintió cómo toda la piel se le erizó ante el sonido de su voz tan ronca y sensual, con ese acento británico que volvía loca a las mujeres, al que ella no era inmune.

Se volvió lentamente para mirarlo, mientras por dentro se repetía que debía mostrarse casual, como si su presencia no le afectase en nada, pero solo le bastó ver el intenso azul de sus ojos para que las piernas le temblaran.

—Hola Paul… —Su voz salió más aguda de lo normal, lo que hizo que se reprochara mentalmente, y quiso reparar esa primera impresión agregando algo más—. ¿Cómo has estado? Hacía mucho que no nos veíamos.

—Sí, tres años para ser exactos —respondió él.

—¡Vaya! Qué rápido pasa el tiempo —acotó fingiéndose sorprendida, aunque tenía la fecha muy presente.

—A pesar de ello algunas cosas se mantienen intactas —dijo sonriendo, pero al ver que ella se tensaba optó por no ser tan directo —. Aunque no tu color de cabello.

—No todo es perdurable, ya lo ves. Ahora soy rubia. —Ella intentó restarle importancia a su comentario.

—Sigues igual de hermosa, incluso más —confesó mirándola a los ojos, luchando contra ese deseo que le gritaba que la tomara entre sus brazos, la pegara a su cuerpo y la besara.

—Gracias…, tú también te conservas muy bien —contestó siendo sincera, pero al ver su sonrisa arrogante, supo que no debió decirlo —. Bueno, fue grato verte, ahora si me disculpas… tengo que saludar a otras personas.

—Margaret. —La sujetó por el brazo, impidiéndole que se fuera; se acercó aún más y le habló al oído—. ¿Bailarás conmigo esta noche? —Sus palabras no sonaron como una pregunta, sino como una afirmación.

—Quizás… —respondió antes de soltarse y marcharse, dejándolo a merced del sensual balanceo de sus caderas, las que movió con toda la intención.

Pensó que era un descarado al pedirle un baile, no podía creer que se atreviese a pensar en humillar a su esposa de esa manera; y ella no se prestaría para algo como eso, ni por mucho que detestase a Amanda.

Paseó su mirada por el salón sin siquiera ser consciente de que era a la esposa de Paul a quien buscaba, pero no consiguió verla, tal vez no había asistido; después de todo, su fama de ermitaña era bien conocida en Londres.

Casi a medianoche decidió salir a tomar un poco de aire, apenas soportaba la tensión de sentir la mirada de Paul sobre ella, de estar rehuyéndole a ese baile que le propuso, además de responder a las preguntas de decenas de mujeres y el cansancio acumulado; todo comenzaba a pasarle cuenta.

Sus pasos la llevaron cerca del famoso *The Maze*, el lugar que seguramente fue testigo de más de un encuentro fortuito entre nobles y cortesanos; se apoyó en una gruesa columna mientras sonreía, imaginándolo.

—¿Por qué me huyes? —preguntó Paul, quien la había seguido.

—¡Por Dios! No te estoy huyendo, no digas tonterías —respondió volviéndose a mirarlo, poniéndose enseguida su máscara de indiferencia.

—¡Ah! ¿Son tonterías? —inquirió elevando una ceja.

—Por supuesto, no tengo porqué huir de ti; es solo que he estado muy ocupada.

—Sí, eso veo —dijo con una sonrisa, sin dejar de mirarla.

—Pues sí —reafirmó ella con una postura altiva.

Esa actitud desató el deseo que ya venía acumulándose en Paul, eso era lo que hacía que esa mujer lo enloqueciera, su altanería, su belleza, su sensualidad.

Se dejó de rodeos y llevó las manos a su suave nuca, para atraerla hacia él; y en menos de un segundo estaba devorando la boca de Margaret Milton una vez más.

Ella sintió cómo ese beso también hacía explotar su propio deseo, con tanta intensidad que todo su cuerpo se estremeció, y hambrienta de eso que él le ofrecía, salió a su encuentro. Se ahogó en la boca de Paul, disfrutando del roce de sus labios y de su lengua, gimiendo al sentir sus caricias, que viajaban de forma posesiva por su cuerpo, apoderándose de esos lugares que tan bien lo recordaban.

—Margaret, ¿qué poder tienes para dominarme de esta manera? Para hacer que te desee con locura —susurró estremeciéndose al sentir cómo ella cedía ante su mano que buscaba colarse bajo la tela del vestido.

Margaret no pudo responderle con su voz, solo dejó que fuese su cuerpo el que lo hiciese cuando se arqueó al sentir la invasión de sus dedos. Se aferró a la poderosa espalda masculina, al tiempo que ahogaba los gemidos en cada beso que él le daba, sintiéndose flotar con cada succión de sus labios y con las caricias en su interior.

—Mírame —rogó apoyando su frente en la de ella, haciendo que los azules ojos se fundieran—. Sí, siempre me fascinó ver cómo cambiaba el color de tus ojos cuando te daba placer —esbozó apurando el movimiento de su mano.

Ella se mordió el labio para soportar los embates del poderoso orgasmo que ya se acercaba, y acallar el grito que seguramente saltaría de sus labios cuando llegase.

—Bésame…, me beberé tu exclamación de placer —dijo recordando las tantas veces que la vio hacerlo.

Margaret solo asintió moviendo su cabeza, y dejándose llevar por el deseo, le entregó su boca por completo.

La lucidez regresó a ella cuando escuchó risas y unas pisadas acercándose; entró en pánico y alejó a Paul, quien seguía masajeando en su interior suavemente. Se acomodó el vestido esquivándole la mirada y se dio la vuelta para marcharse, sin decirle una sola palabra.

—Juro que moriré en este momento si no te tengo, apiádate de mí diosa mía y ven conmigo —suplicó, rodeándole la estrecha cintura con sus brazos.

—¿A dónde? —preguntó dejando que hablase su cuerpo ansioso de mucho más.

Él sonrió con efusividad, y agarrándola de la mano la llevó hasta el laberinto, procurando no ir muy lejos para evitar perderse; aunque lo conocía bien, nunca había estado de noche en ese lugar.

Estando allí no le dio tiempo de pensar, y una vez más, sus manos estaban debajo del vestido, que para su suerte, le daba total libertad; al tiempo que su lengua y labios la devoraban, bebiéndose todos esos gemidos y jadeos que tanto lo excitaban.

Margaret quería vivir eso aunque fuese una locura, y suponía que la ausencia de los dos no se notaría entre trecientos cincuenta invitados. Se colgó de los hombros de Paul cuando él la apoyó en los arbustos para poder libertar su erección, la que alcanzó a ver; y lucía poderosa, como siempre. Sintió deseos de tenerla en su boca, pero no tenían mucho tiempo para eso.

—¡Dios, sí! —exclamó al sentirlo dentro de ella, en medio de toda esa humedad y calidez. Era volver al paraíso.

Él comenzó a empujar con fuerza en su interior, deslizándose tan profundo que se alojaba por completo, y no podía medirse, porque fue mucho tiempo el que pasó deseándola.

Además, sabía que a Margaret le gustaba así; no era una mujer que se excitase con caricias tiernas o besos mesurados, ella era poderosa y ardiente, como el fuego que lo consumía todo.

Margaret sentía que todo era más intenso que las otras veces en las que había estado con él, tal vez era porque tenía la certeza de estar enamorada o por haberlo creído perdido durante tanto tiempo.

No sabía explicarlo con claridad y su mente tampoco estaba del todo clara para hacerlo, la neblina espesa del deseo la cubría, y lo único que podía hacer en ese momento era vivir las sensaciones que la atravesaban y les pedían a gritos liberarse.

Se aferró con su mano a una gruesa rama de los arbustos tras ella, mientras sentía cómo Paul atravesaba sus entrañas, dándole tanto placer que la hacía sollozar. Lo besó con ardor al sentir que una vez más estaba a las puertas del cielo, y esta vez él la acompañó en su viaje, liberándose en su interior y ahogando en su boca esos gemidos roncos que le rompían el pecho.

Sintieron que levitaban durante varios minutos, unidos íntimamente todavía, y en un abrazo que casi rogaba para que ese momento fuese eterno. Sin embargo, la realidad no es algo de lo que se pueda escapar con facilidad; y ese laberinto no los alejaría del mundo para siempre.

—Creo que ahora sé lo que sentía Enrique cuando venía aquí con sus mujeres. —Paul quiso bromear, porque recordó que a ella le gustaba que lo hiciera.

Pero sus palabras tuvieron el efecto contrario, para ella fueron una bofetada, pues el famoso rey siempre llevaba allí a sus amantes; que algunas después pasaron a ser sus esposas no tenía relevancia, pues ella jamás sería la amante de nadie.

Lo empujó para alejarlo, furiosa. Comenzó a acomodar su vestido mientras luchaba para no derramar sus lágrimas.

—Pues olvida tu fantasía, yo no te pediré que te divorcies de tu esposa y rompas con la iglesia por mí. Esto nunca debió pasar, fue un maldito error, así que no me busques más Paul Johnson y regresa con Amanda.

Él se sintió desconcertado ante su actitud tan violenta, pero lo que en verdad lo dejó perplejo fue ese comentario, y que además, nombrase a Amanda.

Cuando quiso reaccionar, ya Margaret se había marchado, sin darle la oportunidad de decirle que no tenía siquiera que divorciase, pues desde hacía dos años había enviudado.

Capítulo 53

Timothy bajó del taxi frente al edificio donde quedaba su apartamento en Oxford, le pagó al chofer y recibió su equipaje; luego avanzó con pasos cansados hacia la entrada, sacó su juego de llaves; y por suerte, dio con la de esa puerta rápidamente, pues se estaba congelando allí afuera; entró y rápidamente subió al ascensor.

Había llegado a Londres casi a medianoche, debido al mal tiempo en Boston, que había retrasado todos los vuelos; aun así, tuvo la suerte de embarcar en uno al final del día.

Sus padres estaban pasando una temporada en Inglaterra, y lo invitaron a quedarse con ellos, pero él prefirió la privacidad que le brindaba su propio espacio; después de todo, ya estaba acostumbrado a vivir solo.

Mientras caminaba por el pasillo, sumido en sus pensamientos, escuchó algo que atrajo su atención; caminó más despacio, intentando agudizar su oído. De repente, el sonido se tornó más claro y el lugar de donde provenía le hizo acelerar los latidos; se detuvo frente a la puerta del apartamento de Brigitte y pegó el oído a la misma.

Su respiración se volvió pesada cuando escuchó a una mujer sollozando al otro lado; todo el cuerpo se le llenó de expectativas, y la única imagen que llegó hasta él fue la de su novia. Sin analizar lo que hacía golpeó un par de veces la hoja de madera, mientras rogaba recibir una respuesta y que la voz fuese la de Brigitte; pero lo único que obtuvo fue un profundo y doloroso silencio.

—Esto es estúpido Tim —susurró frunciendo el ceño.

Se marchó pensando que eso era lo último que le faltaba, estar imaginándose cosas; como si no hubiera sido suficiente con haber estado tanto tiempo aferrado al recuerdo de un fantasma desaparecido.

Al otro lado de la muerta Margaret se tapó la boca con ambas manos para silenciar sus sollozos, mientras apretaba los ojos con fuerza y rogaba para que se fuera.

No tenía que escuchar su voz para saber que era Paul quien llamaba, quien seguro había salido detrás suyo para intentar darle alguna estúpida explicación, pero ella no quería saber nada, no quería escucharlo.

Había huido de la recepción de los Macmillan, no tuvo el valor para quedarse hasta el final como había planeado, no mientras Paul estuviese bajo el mismo techo. Se sentía tan estúpida, humillada; y sobre todo, decepcionada de sí misma. No entendía cómo pudo llegar a eso, cómo se dejó dominar por el deseo y acabó teniendo sexo con un hombre casado.

Tanto que había odiado a la amante de su padre, por haber destruido su hogar y llevar a su madre a la muerte; y ahora ella actuaba de la misma forma que esa mujer. Se daba asco, porque a pesar de todo, no podía sacar los recuerdos de su cabeza; y cada vez que estos volvían, también lo hacían las sensaciones, provocando que su deseo se despertase de nuevo.

—Ya vete por favor…, vete —esbozó con apenas un hilo de voz, y hundió el rostro entre sus piernas, pues estaba sentada en el piso, con la espalda pegada a la puerta.

Y lo peor era que él estaba allí, al otro lado de la puerta, torturándola con su presencia y tentándola a ponerse de pie y abrirle. Dejarlo pasar no solo a ese lugar sino a su corazón y a su cuerpo también; insistiéndole para que terminase volviéndola una estúpida ramera.

Timothy abrió la puerta de su apartamento y el olor a caoba pulida le inundó el olfato. La señora que le gestionó la conserje para que limpiara había hecho muy bien su trabajo. Dejó caer el bolso, y su mirada se topó con su reflejo en el espejo de la cómoda junto al perchero donde estaba colgado la bufanda y su chaqueta.

Las horas de espera en el aeropuerto de Boston se podían apreciar en lo desencajado que lucía su rostro, tenía pronunciadas sombras bajo los ojos, y las líneas de expresión en su frente más marcadas.

—Tal vez no fue tan buena idea venir. No ha empezado tu labor en la universidad y ya estás agotado, además de estar escuchando murmullos en donde no los hay… ¡Carajo Timothy! Este lugar está plagado de recuerdos, y tú eres un estúpido masoquista.

Se recriminó, dejando caer los párpados pesadamente, luego se los masajeó con los dedos; suspiró, negándose a dejar que los viejos recuerdos lo abrumaran.

Caminó hasta el pequeño bar ubicado en una esquina, sacó un vaso y una botella de whisky, se sirvió un trago y luego se decidió por darse una ducha de agua caliente; eso le ayudaría a relajarse y a olvidarse de tanta tontería.

Su situación no mejoró la semana siguiente, pues al llegar a la universidad, caminar por sus pasillos y ver a chicas de cabellos castaños por todos lados solo hizo que dos años de esfuerzo por olvidar a Brigitte se fuesen a la mierda.

En cada una de ellas buscaba a su ex, deseaba ver sus hermosos ojos grises, las sonrisas tiernas, las miradas enamoradas o alguno de sus gestos.

—Entonces, ¿irás con nosotros hoy al club? —preguntó Peter a su lado, mientras lo miraba con entusiasmo.

—Pensé que habías dejado de ir a ese lugar después de casarte —comentó Timothy mirándolo de reojo.

—Solo voy a jugar a las cartas y beber whisky. Cuando veo que las cosas empiezan a ponerse calientes me despido de los chicos y me voy a casa a hacerle el amor a mi mujer —respondió con sinceridad, pues era lo que hacía, y sus amigos lo sabían; él adoraba a Raquel.

—Tal vez los acompañe, no lo sé… Aún no me repongo del viaje —contestó indeciso, mientras subía al auto de su amigo.

—Bueno, vete al apartamento y duerme toda la tarde. Te llamo a las ocho, y si estás listo paso por ti —mencionó dándole esa opción, pues quería animarlo.

Timothy asintió en silencio para hacerle creer que lo pensaría, y a lo mejor terminaba aceptando, aunque ya había tenido suficientes problemas con mujeres en los últimos días.

Julia también se había molestado con él por ese viaje, de cierta forma le reprochó que lo hubiese aceptado; era como si temiese de

lo que pasaría si él volvía a Londres.

Algo que le resultó absurdo, pues no había nada en esa ciudad que fuese a afectar la relación de ambos; se lo dijo, y por ello terminaron discutiendo.

Así que buscar a otra que le diese consuelo no era algo que lo tentara mucho, al menos no por el momento; lo único que deseaba era tranquilidad y soledad.

Cuando dieron las ocho sonó el teléfono, y ya se encontraba preparado; el sueño que había tenido con Brigitte lo hizo terminar aceptando.

Era mejor acompañar a sus amigos que pasar toda la noche soñando y añorando lo imposible; y sabía que si se quedaba era exactamente lo que sucedería.

—¡Qué bueno que te animaste Tim! Vamos a disfrutar de esta noche como en los viejos tiempos —anunció Peter sonriendo cuando lo vio subir al auto.

—Sí, vamos a pasarlo en grande —expresó queriendo emular el entusiasmo de su amigo, aunque no lo consiguió.

—Las chicas van a enloquecer cuando te vean.

—Lo dices como si yo hubiera sido su mejor cliente —comentó elevando una ceja, pues Peter estaba mintiendo.

—Puede que no, pero todas se volvían loca por el «joven americano» —dijo mofándose de las damas de compañía.

Esta vez Timothy se carcajeó de buena gana, le causaba mucha gracia los celos de su amigo; le palmeó el hombro para agradecerle por sacarlo de su encierro e intentar animarlo. Durante el trayecto hablaron de la vida de sus viejos amigos; todos se habían casado, algunos hasta tenían hijos. El único que seguía soltero era él.

Llegaron y los demás ya los esperaban, a excepción de Charles, quien se había alejado del grupo desde que supo del regreso de Timothy.

—Bien Tim…, quiero preguntarte algo, y está bien si no deseas responder. Es solo curiosidad —mencionó Peter una vez que la linda chica que los atendía se marchó.

—¡Vamos, lánzala! —Lo animó luego de beber de su vaso de whisky.

—¿Te estás acostando con Julia Montgomery? —inquirió con la picardía brillando en sus ojos.

—¡Por el amor de Dios Peter Luwdon! ¡Te has convertido en una vieja chismosa! —Le reprochó riendo.

—¡Nada de eso! —Se defendió de inmediato—. Es solo que las personas hablan… Se dice que ustedes dos son… muy cercanos… Y conociéndote, sé que no puedes ser solo amigo de una mujer; además, llevas tanto tiempo solo… —dijo, y al segundo se arrepintió, al ver que se tensaba.

—No es de caballeros hablar de una dama.

—Ya deja de jodernos Tim, ¿te la estás cogiendo o no? —preguntó Patrick.

—¡Oye! Cuida tu vocabulario, esa palabra no se usa con las damas. —Le recriminó su hermano.

—Pues hoy en día muchas damas las usan con los caballeros; sobre todo con eso de la revolución femenina —acotó Patrick, encogiéndose de hombros para restarle importancia al asunto—. Pero esa no es la cuestión aquí.

—Somos muy buenos amigos. Julia es una mujer muy hermosa, además de inteligente y amable…

—Sí hombre, eso ya lo sabemos; la chica es un dechado de virtudes, pero no es eso lo que nos importa —indicó Arthur interrumpiéndolo.

—No les diré nada más, así que no insistan —sentenció Timothy mirándolos con severidad.

—Me parece muy bien, esa es la actitud de un caballero. Y a ustedes debería darles vergüenza no portarse como tal. Si fuese de mi hija que estuvieran hablando les partiría la cara —dijo Thomas, el mayor del grupo y padre de una hermosa niña de cinco años.

—Tu hija es una chiquilla colega, tampoco hay que hacer tanto alboroto. —Patrick sentía que exageraban.

—Bueno, mejor cambiemos de tema… —sugirió Peter.

—Está bien, pero tengo otra pregunta…

—¿Y van a seguir? —cuestionó Thomas asombrado.

—Bueno, ¿y de quién más podemos hablar? Estuvo tres años lejos, seguro tiene mucho que contarnos.

—De acuerdo, pregunten que no tengo problemas… Ya venía preparado —dijo riendo, aunque todo eso lo ponía un poco tenso.

Su comentario les dio luz verde, se relajaron en sus asientos, bebiendo de sus vasos de whisky mientras lo miraban, dispuestos a someterlo a un interrogatorio profundo e implacable.

—¿Qué sucedió con Brigitte Brown? ¿Has sabido algo de ella? —preguntó Arthur con verdadero interés.

Un pesado silencio se apoderó de la mesa, y todas las miradas se posaron en Timothy. Podían casi percibir cómo una sombra oscura se posaba sobre él. Sin embargo, ninguno se atrevía a hablar antes de tener una respuesta; pensaban que de hacerlo, tal vez terminarían empeorando la situación, que ya bastante tensa se encontraba.

—No supe nada de ella después de que nos separamos —contestó esforzándose por mostrarse lo más casual posible, después bebió de su trago.

—¡Vaya, qué extraño! Es como si se la hubiese trago la tierra —comentó Thomas desconcertado, pues la chica siempre le pareció tan centrada.

—Aquí no ha regresado. Las chicas solo han vuelto a ver a Margaret —acotó Patrick mirándolo a los ojos.

—Bueno, creo que es mejor… —decía Peter para detener la charla, al ver que Timothy bebía una vez más de su vaso y se le notaba más incómodo a cada segundo.

—¿No has pensando en que tal vez se casó y se mudó a otro país? —inquirió Arthur queriendo indagar más.

—¡Por el amor de Cristo! —exclamó Peter, viendo que iban a terminar espantando a Timothy, como sucedió la última vez que se reunieron allí.

—¿Qué? —preguntaron Arthur, Patrick y Thomas al unísono, con gestos desconcertados.

—¡Nada! —Se quejó Peter, haciéndoles una seña con la mirada hacia el vaso vacío de Timothy—. Creo que es mejor que empecemos a jugar y dejemos las charlas para después.

—Claro —acotó Thomas entendiendo la indirecta.

—Sí, por supuesto —apoyó Patrick.

—Bien, ¿quién dará la primera mano? —Arthur también se solidarizó con Timothy y dejó de lado el tema.

—No tienen que tomar esa actitud ni cohibirse chicos, estoy al tanto de que lo que sucedió entre Brigitte y yo es de conocimiento público; al parecer, todo el mundo se enteró, así que no tiene caso fingir ahora.

Comentó Timothy con voz calmada, al tiempo que tomaba unos cacahuates del platillo de la mesa, mostrándose completamente relajado, y se los llevó a la boca.

Los miró fijamente, pues no tenía de qué avergonzarse; ya había superado su pasado y debía dejarlo claro, puesto que no dejaría que ninguno de ellos se marchase de allí sintiendo lastima por él.

—No, no… En realidad no es que nos interese —dijo Patrick sin atreverse a mirarlo, sintiéndose un mal amigo.

—En lo absoluto, en cosas de parejas los terceros siempre salen sobrando —indicó Thomas, sirviéndose más whisky, actuando como si nada de eso importara.

—Bien, entonces, para cerrar el tema les diré que me encuentro bien, el pasado es pasado; ahora disfruto de mis éxitos, y no me he vuelto un monje; por el contrario, gozo la soltería a plenitud. Y la verdad no me importa nada lo que haya pasado con Brigitte. Donde esté o con quién es asunto suyo —dijo con firmeza y bebió otro trago de whisky—. Ahora señores repartan esas cartas, que me siento con suerte; he venido a ganarles a todos —agregó sonriendo.

—Eso lo veremos —expresó Peter con arrogancia.

Repartió antes de que a alguno se le ocurriera formular otra incómoda pregunta o hiciera un estúpido comentario más sobre Brigitte Brown, y terminara arruinando la reunión.

Capítulo 54

Donatien logró convencer a Brigitte para que presentara sus obras en la exposición de su amigo; aún a sabiendas de que Clélia estaría presente en la misma se arriesgó a hablar del proyecto a su prometida.

Él ya se había comprometido a estar presente, por lo que pensó que si no le contaba nada a Brigitte de la presencia de su exmujer en París podía dar pie a malos entendidos, y era lo último que deseaba, faltando tan poco para su boda.

Brigitte agradeció su sinceridad de su novio y aceptó; después de todo, eso le demostraría a Clélia Albrecht que sin importar lo que hiciese, no podría afectar su relación.

Los años la habían hecho otra mujer, ya no se quedaría relegada, viendo cómo otra intentaba robarle el amor y la admiración del hombre a su lado; por el contrario, ahora se haría notar.

Sin embargo, haber aceptado había tenido un precio bastante alto, la presión que sentía por entregar las pinturas a tiempo era demasiada, y ya la tenía a punto de volverse loca. Sobre todo, por el hecho de que también debía organizar los últimos detalles de su boda y atender a sus padres, quienes se encontraban en París para el enlace.

—Por Dios, estoy tan cansada que me pasaré todo el viaje de bodas durmiendo —dijo mientras se ponía el vestido de novia para la última prueba.

—Creo que Donatien no estará muy feliz con eso —comentó Margaret, mientras abrochaba el último botón.

—Pues fue su idea que yo estuviera en esa exposición, así que tendrá que soportarlo en silencio. En serio Maggie, nunca imaginé que preparar una boda resultase tan agotador; ni siquiera sé cómo haremos para llevar las cinco maletas que mi madre me ha preparado para la luna de miel; su idea del ajuar me sigue

pareciendo exagerada —agregó mientras le ofrecía sus pies a una de las empleadas de su prima, para que le ayudara a ponerse los zapatos, pues ella no podía doblarse—. Muchas gracias Claire —dijo sonriendo.

—No hay de qué señorita, en verdad luce muy hermosa —mencionó emocionada, mientras la admiraba.

—No es porque sea mío, pero el vestido se te ve espectacular. No tendrás nada que envidiarle a Grace Kelly —dijo Margaret entusiasmada.

Se había inspirado en el vestido de la estrella de Hollywood, pero basándose también en la personalidad y la figura curvilínea de Brigitte. En lugar de hacer un cuello cerrado lo mantuvo alto, y dejó abierto el escote. Brigitte no tenía los senos grandes, así que no se vería vulgar.

Mantuvo el encaje de Bruselas en la parte superior y las mangas largas; no usó el fajín en la cintura, porque su prima la tenía bastante estrecha, y tampoco quería que fuese una copia; sin embargo, la falda sí la dejó ancha, usando sola la seda, pues el tafetán le daba una sensación de rigidez que ella no deseaba que tuviera.

El velo de tul con bordados era parecido, pero cambió el tocado por uno más sencillo, que solo se sujetase del peinado que Brigitte llevaría; en resumen, su prima parecería una princesa el día de su boda.

—Bueno, será mejor que salgamos, para que se lo muestres a tía o terminará desmayada en el salón si tardamos más —indicó Margaret ayudando a Brigitte a bajarse de la plataforma, donde había estado parada mientras comprobaban que todo estuviera bien.

—Sí, yo también me muero por ver cómo me queda —anunció la novia con entusiasmo, pues no se había visto en un espejo hasta el momento.

Caminaron hasta el pequeño salón donde los familiares esperaban, y tanto ellos como las novias veían por primera vez el vestido. Margaret estaba tan ansiosa como todos los demás, aunque era el quinto vestido de novia que diseñaba, ese era el más importante, porque sabía que tenía un significado especial para Brigitte; había esperado mucho tiempo para lucirlo.

—¡Oh por Dios! ¡Mi pequeña! —Karla se puso de pie al verla entrar al salón, caminó hasta ella; y estaba a punto de abrazarla cuando recordó que debía esperar, pues podría estropear el vestido —. Te ves tan hermosa, no te imaginas cuánto tiempo soñé con verte así —expresó con las lágrimas a punto de desbordarse.

—Mamá… —susurró emocionándose solo con el sentimiento que ella le transmitía.

—Tía, ¿le gusta? —inquirió Margaret nerviosa, Karla era para ella uno de los primeros íconos de elegancia que vio en su vida, así que necesitaba su aprobación.

—Por supuesto que me gusta, es precioso, sofisticado… El trabajo del bordado y las perlas en toda la parte superior es exquisito —mencionó acariciando con delicadeza la tela—. Margaret, eres una diseñadora maravillosa; tienes mucho talento mi niña —expresó con orgullo mirando a su sobrina.

—Bueno, ese trabajo no es completamente mío, también es de Beatriz; las manos de esta mujer pueden hacer magia solo con hilos y agujas —confesó mirando a su empleada con cariño, pues de verdad era maravillosa.

—El diseño fue suyo señorita Margaret, yo solo lo seguí —dijo la mujer con modestia, aunque le gustaba que la chica reconociera su trabajo, otras diseñadoras no siempre lo hacían y se llevaban todos los aplausos.

—Es un excelente trabajo el que hicieron las dos… Y la falda, por el amor de Dios, mira la caída de la tela… Pareces una princesa pequeña, vas a ser la novia más bella de toda Europa, y tu padre se sentirá tan orgulloso. —Karla no podía dejar de mirarla, estaba muy emocionada.

A esas alturas, ya había aceptado que su hija se casase con Donatien Rimbaud; aunque no terminaba de ser el hombre que ella hubiese preferido, debía reconocer que amaba muchísimo a Brigitte.

Además, había amasado una pequeña fortuna con sus pinturas, y su nombre empezaba a cotizarse entre los artistas del momento, por lo que ya gozaba de cierto prestigio; así que no tendría la vergüenza de decir que Brigitte se casó con un don nadie.

—Pero no retrasemos más este momento, dejemos que Brigitte vea el vestido terminado —dijo Margaret, llevando a su prima hasta el rincón donde tres espejos de cuerpo entero esperaban por ella.

Brigitte se detuvo admirando la imagen que le devolvía su reflejo, y todo el cuerpo le tembló de emoción; se veía tan hermosa a pesar de las sombras bajo sus ojos y de su cabello desarreglado. Las lágrimas le subieron de golpe a la garganta, mientras sentía una presión en el pecho que apenas la dejaba respirar; sus piernas temblaban, y temió caerse.

—¿Qué te parece? —inquirió Margaret a su lado.

Brigitte seguía sin poder hablar, las emociones le habían secuestrado la voz, y mientras miraba su imagen reflejada allí, muchos recuerdos llegaron hasta ella; esos que quizás no eran los más apropiados para la ocasión.

Recordó cuando Timothy le entregó su anillo de compromiso, el mismo que seguía guardando, escondido en un rincón pero que no había olvidado. También la primera noche que estuvieron juntos, la que él le dijo que era como su noche de bodas, porque se esforzó en hacerla especial.

Se imaginó tantas veces caminando vestida así hacia el altar, para unir su vida a la del hombre que había amado desde que era una niña, que ser consciente de que eso ya no sería posible, que era a otro hombre al que se entregaría para siempre le provocó un agudo dolor en el pecho y terminó sollozando, al tiempo que las lágrimas bajaban pesadamente por sus mejillas, y no podía controlar el temblor de su cuerpo.

—Brit, ¿qué pasa? —preguntó Margaret mirándola desconcertada por su reacción—. ¿Algo no te ha gustado?

—Hija, ¿qué sucede? ¿Por qué te pones así? —Karla también se asombró ante la actitud de su hija.

—Yo… —Brigitte negó con la cabeza para alejar los recuerdos y controlar sus emociones—. Solo me abrumó verme así… Es demasiado hermoso Maggie, muchísimas gracias.

—¡Casi me matas del susto tonta! —Le reprochó Margaret abrazándola—. Pensé que no te había gustado.

—No, claro que no, ¿cómo no va a gustarme si es perfecto? Es mucho más hermoso de lo que hubiese imaginado, de verdad, muchas gracias. Eres la mejor diseñadora del mundo —dijo reforzando el abrazo.

Necesitaba sentir a alguien como Margaret que le diera seguridad, pues los recuerdos de Timothy la habían azotado con la fuerza de una tempestad. Pensaba que después de tres años habría conseguido superarlo, pero él siempre encontraba la manera de escabullirse en sus pensamientos para atormentarla, para hacerla dudar; solo que esta vez no dejaría que eso sucediera.

—Que susto nos has dado Brigitte, pensé que te habías arrepentido —comentó su madre en voz baja.

—¡Mamá! —exclamó asombrada, aunque no era ignorante de la reticencia de su madre con relación a ese matrimonio.

—Es que tu reacción fue tan emotiva cariño… Pero ya, no me hagas caso; mejor ve a cambiarte, que tenemos mucho por hacer —anunció consultando su agenda.

Todas las presentes rieron ante las actitudes de madre e hija, y de inmediato se pusieron manos a la obra; también debían hacer las pruebas del vestido de Margaret y de Karla para que todo quedara perfecto. Además del vestido de Pauline, al que debieron hacerles algunos ajustes, ya que por el embarazo su cuerpo seguía en constante cambio, cada vez estaba más flaca; darle pecho a su hijo iba a terminar por desaparecerla.

La abuela y la madre de Donatien también llegarían la próxima semana para su última prueba, y con eso Margaret terminaba su trabajo para la boda de su prima, que esperaba fuera un éxito.

Gracias a Dios había tenido mucho trabajo con cada diseño, y eso la ayudaba a no pensar en lo sucedido en Londres; ni siquiera le había contado a Brigitte, porque le daba mucha vergüenza haber caído tan bajo; acostarse con un hombre casado era algo tan reprochable, incluso para una mujer tan liberal como ella.

Timothy llegó ese domingo a la casa de sus padres, ubicada en el exclusivo barrio londinense de *Hampstead*; fue recibido por el mayordomo, quien enseguida lo hizo pasar hasta la pequeña terraza

en el jardín con vista a un lago, donde ellos se encontraban desayunando.

Él llevaba puesto unos lentes de sol, para que ellos no vieran los estragos de su salida la noche anterior; había llegado casi a las tres de la mañana, por lo que estuvo a punto de faltar a esa reunión.

—Buenos días cariño, qué alegría verte —mencionó Violeta en cuanto lo vio acercarse.

—Buenos días madre —dijo abrazándola y dándole un beso en la mejilla—. Buenos días padre, ¿cómo se encuentra? —preguntó extendiéndole la mano.

—Buenos días hijo, todo bien… Y a ti, ¿cómo te va en las conferencias? La prensa reseñó parte de las mismas en un artículo, y fuiste mencionado —acotó de manera casual.

Desde hacía un par de años la relación entre padre e hijo se había distanciado un poco, quizás porque Timothy no lo dejaba imponerle su voluntad, y porque Theodore era un hombre acostumbrado a que todo el mundo cumpliera sus dictámenes.

—Todo bien, gracias por preguntar; terminaron el sábado. Pensaba regresar a Boston enseguida, pero me quedan un par de semanas libres, así que se me antojó quedarme un poco más. Ha sido grato reencontrarme con mis amigos —respondió al tiempo que se servía un vaso con zumo de naranja, para luego beberlo casi por completo.

—¿Ya desayunaste? —inquirió Violeta al ver cómo se tomaba todo el juego—. Nosotros ya terminamos, pero podemos pedir un plato para ti y que te hagan lo que gustes.

—No tengo mucha hambre, gracias madre. Con el jugo estará bien —acotó sonriéndole y acariciándole la mano.

—¿Y qué piensas quedarte haciendo en Londres? ¿Solo invertirás tu tiempo en irte de fiestas con tus amigos todas las noches? —cuestionó Theodore al ver que su hijo solo tomó jugo, y notó que se había situado a contra luz. Era evidente que estaba trasnochado y tenía resaca.

—Tal vez, ¿acaso no es para eso que son las vacaciones? —preguntó Timothy con actitud retadora.

—Por favor, no vayan a empezar; en serio, no puedo creer que entre ustedes no puedan existir una conversación normal, sin que terminen discutiendo. No sé qué ha pasado, pero es hora de que paren ya con esto. —Les advirtió Violeta, quien ya estaba cansada de sus berrinches.

—Lo siento madre, no quise incomodar a nadie.

—Yo solo digo lo que veo, ¿o dirás que no era lo que estabas haciendo anoche? —atacó de nuevo el padre.

—Theodore, por el amor de Dios, ya déjalo tranquilo; si quiere salir a divertirse está bien, Timothy es joven.

—Yo a su edad ya estaba casado y tenía dos hijos. Es hora de que él también vaya sentado cabeza o terminará viejo, arrugado y sin una persona a su lado que le dé estabilidad y compañía.

—Los tiempos cambian, las personas ahora no se casan tan jóvenes —mencionó Violeta, poniéndose de parte de su hijo; no entendía el afán de su esposo por criticarlo todo el tiempo, más cuando Timothy daba lo mejor de sí—. Mejor olvidémonos de eso y disfrutemos estas vacaciones juntos. Cariño, ¿qué te parece si nos acompañas a París?

—¿A París madre?

—Sí, hace mucho que no voy, y una amiga nos ha invitado a un evento que tendrá lugar la próxima semana. Será algo relacionado con una exposición, una fusión de nuevos talentos; y según me contó, un acontecimiento nunca antes visto, será maravilloso. —Le explicó con entusiasmo mientras lo miraba a los ojos.

—No lo sé mamá…, yo… —Timothy le había huido durante dos años a todo lo que tuviera que ver con el arte.

—Por favor Tim, solo será una semana y la pasearemos juntos, porque ya sabes cómo es tu padre, no le gusta caminar; y París es una ciudad para vivirla de esa manera.

—No hablen de mí como si no estuviera presente —reprochó Theodore—. Y acepté ir contigo, ¿no? Incluso a la famosa velada esa; pero no me pidas que vaya caminando por allí, como si fuese un turista más. Eso es una pérdida de tiempo, más en un lugar que ya has visitado tantas veces.

—Los acompañaré —anunció y le agarró la mano a Violeta—. Y no se preocupe, a mí me sobra mucho tiempo, que caminado junto a usted jamás será perdido —respondió Timothy al ver una vez más cómo su padre menospreciaba el entusiasmo de su madre.

Violeta lo abrazó con emoción, para agradecerle que los acompañara; solo esperaba que ese par no se fuese a dedicar a retarse todo lo que durase el viaje o su plan de acercarlos más acabaría en un desastre.

Capítulo 55

El hermoso cielo de París empezaba a colmarse de espesas nubes grises, que anunciaban que una tormenta se acercaba, aunque era probable que no se desplomara sobre sus habitantes en ese momento, sino en horas de la noche.

Pues con el otoño ya instalado en la llamada ciudad del amor, las horas de luz eran más cortas; sin embargo, eso no le importaba a Timothy, quien caminaba a paso lento y en soledad por esas calles donde concurrían propios y foráneos, las que desde hacía mucho no transitaba.

Su madre se había reunido con la amiga que la invitó a la gala de los artistas, y en vista de que ni su padre ni él deseaban ser parte de la reunión, optaron por tomar cada uno su rumbo.

Mientras caminaba dejando a su espalda la emblemática torre Eiffel, su mirada se topó con una joyería, a través de la vidriera se podían apreciar varios diseños de anillos de compromiso.

Ni siquiera supo qué fue lo que guió sus pasos al interior, pero cuando quiso reaccionar, estaba siendo atendido por una chica que le mostraba varios modelos. Entonces, a su mente llegó el motivo que lo había llevado hasta allí; llevaba días pensando en formalizar su relación con Julia, sabía que ella estaría encantada con la idea, pues solo esperaba que él diera el primer paso.

—¿Conoce la medida de su novia? —preguntó la vendedora al ver que ya había escogido uno de los modelos.

—Yo… No, no lo sé. Creo que mejor vengo en otro momento.

—Claro señor, abrimos todos los días.

—Muchas gracias —mencionó Timothy entregándole el anillo y salió del lugar despavorido, incluso su cuerpo temblaba, como si hubiese visto un fantasma.

Aunque no fue precisamente eso lo que ocurrió, sino que fue asaltado por el recuerdo de Brigitte, el que llegó a su mente justo

cuando escuchó la palabra «novia», pues hasta el momento, ella había sido la única mujer a la que había llamado así.

Sintiéndose aturdido emprendió su camino, necesitaba alejarse de ese lugar, pero la lluvia comenzó a caer en pesadas gotas que se estrellaban en su rostro, pues venían acompañadas de una leve brisa; bajó la cara, intentando esquivarlas, y al hacerlo, no pudo evitar a la mujer que venía caminando por la misma acera y se estrelló contra él.

Cuando alzó la mirada para disculparse, sí creyó que estaba frente a un fantasma, y no uno cualquiera, sino el de su exnovia.

Ella lucía nerviosa y lo miraba tal vez con el mismo asombro que él sentía; y al igual que él, tampoco era capaz de moverse, solo sus pupilas lo hacían de un lado a otro; pero de algo estaba seguro Timothy, y era que esta vez no imaginaba nada; frente a sus ojos estaba Brigitte Brown.

Ella sentía que sus piernas apenas podían mantenerla en pie, todo el cuerpo le temblaba, y el corazón le latía tan rápido, que pensó que se le saldría del pecho; no tenía la menor duda de que el hombre frente a ella era Timothy Rumsfeld.

El sonido del claxon de un auto la sacó de ese estado de conmoción, y rápidamente se alejó de él, buscando escapar; pero al hacerlo, no vio que giraba hacia la calle y su pie se dobló, provocando que perdiera el equilibro y que estuviera a punto de ser atropellada por un auto.

—¡Brigitte! —gritó Timothy reaccionando ante la imagen; corrió y la sostuvo con fuerza, amarrándola entre sus brazos al tiempo que la pegaba a su cuerpo; la volvió para mirarla a la cara—. ¿Estás bien? —preguntó acariciándole la mejilla que estaba pálida y helada.

—Sí… sí, yo… estoy bien —respondió sin salir de su turbación, sintiéndose aprisionada por los fuertes brazos de Timothy—. Suéltame, me encuentro bien… y tengo… tengo que irme.

—Espera Brigitte… ¿Acaso te causé tanto daño que prefieres lanzarte frente a un auto que verme de nuevo? ¿Tanto me odias? —cuestionó con el dolor impregnado en su voz y su rostro.

—No iba a lanzarme al auto, solo fue un accidente; me tropecé —refutó sus palabras, pues no quería que él creyese que todavía la

afectaba; aunque estuviese temblando de pies a cabeza, no podía demostrárselo—. Ahora, haz el favor de soltarme.

—Está bien —dijo obligándose a liberarla, pero no la dejaría marchar—. Brigitte, yo…

—Adiós Timothy. —Ella lo interrumpió antes de que dijera algo más, no quería escuchar su voz, tampoco mirarlo.

—Espera, necesito hablar contigo —pidió tomándola del codo para evitar que se marchara.

—Todo lo que teníamos que hablar ya lo dijimos.

Brigitte seguía sin mirarlo, se soltó del agarre y dio un par de pasos para alejarse, pero una intensa pulsada de dolor en el tobillo le impidió caminar tan rápido como quería. No le quedó más remedio que tragarse el dolor, tanto el físico como el emocional, y fingir que estaba bien; dio un par de pasos más, mirando hacia la calle para detener un taxi, aunque estaba cerca de su casa era mejor irse en auto.

—Te lastimaste, déjame ayudarte —dijo él al ver que cojeaba, y se acercó para agarrarla por la cintura.

—No hace falta, estoy bien… Solo necesito parar un taxi para llegar a casa.

—¿Y qué harás cuando llegues? ¿Entrarás gateando? —Empezaba a molestarse por ser tan terca y por tratarlo con tanto desprecio.

—Ese no es tu problema, ya déjame en paz Timothy —dijo queriendo sonar firme, pero su voz temblaba.

—Pues no lo haré, y vamos a hablar lo quieras o no —sentenció con firmeza mientras reforzaba su agarre, luego extendió su mano y detuvo un auto.

—No me puedes obligar a escucharte, haz de cuenta que no me has visto y sigue con tu vida. —Aprovechando que él le abría la puerta pensó en entrar y dejarlo afuera, pero Timothy fue más rápido y subió junto a ella en la parte de atrás—. Te dije que no quiero…

—Ya te escuché y no me importa, esto no se trata solo de lo que tú quieras, sino de los dos y de las cosas que quedaron pendientes entre nosotros.

—Entre nosotros no quedó nada —aseveró ella, y cada vez se sentía más nerviosa por su cercanía.

—Disculpen que interrumpa su apasionada discusión, pero necesito una dirección para llevarlos —mencionó el taxista mirándolos por el espejo retrovisor.

—Da la dirección de tu casa —ordenó Timothy.

—No lo haré. —Brigitte se cruzó de brazos, no iría a ningún lado con él—. Solo baja del auto Timothy.

—Es mejor que le des la dirección al señor, está esperando. —Al ver que ella se quedaba en silencio la presionó—. Bien, nos iremos a mi hotel…

—Llévenos al dos de la calle Jules Lefebvre por favor —mencionó Brigitte, pues prefería estar en su terreno que irse con él a un lugar tan íntimo.

—Como diga señorita —dijo el hombre escondiendo su sonrisa.

Brigitte se volvió hacia la ventanilla, no quería ser consciente de la presencia de Timothy a su lado; en realidad, no podía creer que eso estuviera pasando.

Después de tres años, encontrárselo de frente en una calle de París, donde pensaba que estaba a salvo, era el final. Evidentemente se había equivocado o el destino deseaba hacerle una jugarreta muy macabra.

Timothy no podía dejar de mirarla, casi no podía creer que estuviera allí, al alcance de su mano si deseaba tocarla; lo había deseado por tanto tiempo, que le parecía estar en medio de un sueño, y tenía un miedo enorme de que lo fuera, que al despertar ella no estuviera.

No podía creer que el destino la hubiese puesto de nuevo en su camino, y justo en ese momento, cuando se planteaba la idea de unir su vida a otra. Él no creía en señales, pero sin dudas esa era una, e iba a aprovecharla.

En realidad no se estaba quedando en un hotel, como le hizo creer, solo fue su método de persuasión, y lo había logrado.

—Hemos llegado —anunció el chofer sacándolos de sus pensamientos, mientras se volvía a mirarlos.

Brigitte se apresuró a sacar un billete para cancelar el servicio, pero Timothy una vez más le ganaba la partida, siendo él quien lo hiciera. Bajó del auto y le extendió la mano para ayudarla; ella quiso

rechazarla, pero al sentir que la molestia en su tobillo le hacía difícil bajar, terminó por aceptarla; la soltó con rapidez una vez que estuvo de pie frente a la puerta de su edificio.

—¿Aquí vives? —preguntó al ver que no era un hotel, sino un edificio de apartamentos.

—No es algo que te incumba. Y ahora, puedes irte; estaré bien… Lo he estado durante tres años lejos de ti —dijo con toda la intención de molestarlo y que se fuera.

—¿Podrías dejar de ser tan hiriente? —cuestionó frunciendo el ceño mientras posaba su mirada en ella; se acercó y la vio retroceder —. Yo… no busco hacerte daño, solo necesito que hablemos, por favor —pidió mirándola a los ojos, para que pudiera ver que era sincero.

—Dudo que puedas hacerme más daño del que ya me provocaste Timothy Rumsfeld.

—Brigitte…, solo dame una oportunidad.

—Ya te di muchas… Ahora quiero que te vayas. —Se mantuvo en su postura y avanzó para entrar al edificio; caminó de prisa, sin importarle que el dolor fuese peor a cada segundo.

Timothy fue tras ella, no dejaría que lo abandonara como hizo tres años antes; esta vez las cosas serían distintas. Para bien o para mal, él ahora estaba despierto y en sus cinco sentidos, así que ella tendría que enfrentarlo.

Entró al vestíbulo sin importarle sus protestas, y la auxilió una vez más, cuando la vio falsear el pie; iba a terminar lesionándose más si no tenía cuidado.

—¡Te dije que me dejaras en paz! —exclamó con la voz quebrada por las lágrimas, forcejeando para que la soltara.

—Puedes lastimarte más el tobillo.

—¿Y eso qué te importa? ¡Dime, ¿qué importa?! Lo único que quiero es que te vayas. —Ya no pudo contener sus lágrimas, y bajó el rostro, sintiéndose avergonzada.

—Brit… —susurró y le acunó las mejillas con delicadeza, para mirarla a los ojos—. Déjame ayudarte, te llevaré a tu apartamento, me aseguraré de que estás bien y luego me iré; me marcharé y no

tendrás que verme nunca más sino quieres, te lo prometo. —Limpió con sus pulgares las gruesas lágrimas que le corrían.

Brigitte se quedó en silencio, solo observándolo, perdiéndose como años atrás en ese tono marrón que para ella siempre fue tan hermoso y cálido, sintiendo cómo el corazón se le desbocaba; como hacía mucho tiempo no le sucedía, entonces supo que estaba al borde de un precipicio.

—¿Está todo bien señorita Brown? —preguntó el conserje que había salido al escuchar los gritos.

Ella miró al hombre, como si le costase mucho reconocerlo, pues la sensación de las manos de Timothy en su rostro, su mirada y su voz la habían hecho viajar en el tiempo, a una época en la que nada de lo sucedido esos tres años había pasado.

Soltó un suspiro tembloroso y asintió, solo por darle una respuesta; después sintió el brazo de Timothy rodearle la cintura y guiarla al elevador.

—Apóyate en mí y pisa con el otro pie.

Brigitte sacó las llaves de su bolso y abrió la puerta, mientras sentía que seguía sumergida en un sueño; se sobresaltó cuando sintió que Timothy la tomaba en brazos y caminaba para entrar al apartamento.

No podía creer que su cuerpo se sintiese tan atraído por él, era como si el tiempo no hubiese pasado; las sensaciones eran iguales a la última vez que estuvo en sus brazos, y eso era una completa locura, una que debía parar en ese preciso momento.

—Se parece mucho al que tenías en Londres —comentó paseando su mirada por el lugar.

Era pequeño, pero se veía acogedor y muy bonito, alcanzó a ver un par de pinturas envueltas en papel marrón, y otra puesta en un caballete. Sonrió al pensar que ella había estado pitando; la verdad era que había sido feliz desde el momento en que el conserje la llamó «señorita Brown». Ella seguía soltera, y era maravilloso.

—Aquí estaré bien, gracias —dijo moviéndose para que la bajara, sin siquiera mirarlo a los ojos.

—Tal vez debería llevarte a tu habitación, para que te recuestes —sugirió sin segundas intenciones, solo quería que estuviese bien.

—No hace falta —respondió sentándose en el sillón.

—Espera aquí, haré algo —mencionó caminando hacia la cocina, donde empezó a buscar una olla para hervir agua.

—Timothy, ¿qué haces? —cuestionó impacientándose por su presencia en el lugar, quería que se fuera.

—Solo dame un momento, esto te ayudará con la inflamación y el dolor —contestó sin dejar de lado su labor.

—No tienes que hacer nada de eso, puedo tomar un analgésico. Por favor, solo necesito que…

—Ya sé que deseas que me vaya, pero no lo haré hasta saber que estás bien —dijo determinante—. Necesito una bañera pequeña, eso que usan ustedes para remojarse los pies —pidió mirándola a los ojos.

—En el baño de mi habitación hay una. —Suspiró sintiéndose frustrada, no podía luchar contra él.

—Bien, regreso enseguida —dijo encaminándose.

—Esa es la de Maggie… La mía es la otra —indicó al ver que iba hacia la de su prima.

—¿Aún vives con ella? Parece que algunas cosas nunca cambian —acotó sonriente, pues sus esperanzas de recuperarla crecían más y más.

Brigitte notó cuán entusiasmado y feliz estaba, haciéndose ilusiones con un futuro que no tendrían; debía decírselo, hablarle de Donatien y de que ahora era una mujer comprometida; que en realidad, estaba a punto de casarse.

Lo vio regresar y pasar de largo hacia la cocina, después buscar entre las gavetas de la alacena; y cuando tuvo todo listo, se acercó hasta ella.

—¿Qué es eso? —inquirió con desconfianza, mirando el recipiente lleno de agua tibia.

—Un remedio que uso cuando sufro alguna torcedura en el *squash*. Tranquila, no te dolerá, es solo agua, sal y vinagre; dame tu pie —pidió al ver la reticencia en ella. Brigitte se lo cedió, él le quitó el zapato y lo sumergió en la mezcla—. No se ve tan inflamado ni rojo, seguro es algo leve.

—Ya te lo había dicho —mencionó con molestia, pero no puedo evitar quejarse cuando él presionó su tobillo.

—Lo siento, solo quería asegurarme de que no tuvieras una fractura —dijo disculpándose, y su mirada inevitablemente subió por la pantorrilla de Brigitte, llegando hasta donde la tela del vestido le cortaba la visión; pero solo bastó eso para que su sangre se calentara —. París… ¿Cómo no se me ocurrió antes? Tú te graduaste de Historia del Arte, y Margaret es diseñadora… ¿A qué otro lugar podrían haberse ido sino a este? —esbozó más para sí mismo, pues no podía salir de su asombro. Ella estuvo todo ese tiempo allí.

—Milán, Florencia, Nueva York… —comentó ella.

—Sí, pero yo me empeñé en buscarte solo en Inglaterra, fui un estúpido —contestó riéndose de él mismo.

—¿O creías que yo era demasiado cobarde como para irme a otro país? —Su voz estaba cargada de resentimiento.

—¡No! Nunca pensaría eso de ti —expresó con certeza mientras la miraba a los ojos.

—Por favor Timothy…, siempre me viste de esa manera; la pobre chica ingenua, indefensa… Esa que solo dependía de ti, que vivía para complacerte en todo… Esa que nunca en su vida se atrevería a nada tan arriesgado como tomar un tren y mudarse a París, para empezar una nueva vida lejos de ti —pronunció dejando salir todo ese rencor que llevaba años acumulándose dentro de ella.

—¿Qué te pasó Brigitte? —cuestionó mirándola con un profundo dolor, no podía creer cuánta amargura había en su corazón, cuánto odio hacia él.

—¡Tú! ¡Me pasaste tú! Todos tus engaños, tu indiferencia, que me ignoraras durante años, que solo me usaras y que nunca me valoraras por quien soy; porque solo me viste como la mujer con la que debías conformarte por perder a Emma. —Se desahogó sin titubear, mirándolo.

—Nunca te vi de esa manera ni me conformé contigo Brigitte. Yo te elegí —objetó cada una de sus palabras.

—¡Santo cielo Timothy! Ya no sigas, no es necesario… Leí tu diario, leí cada cosa que escribiste allí.

—Lo sé y… aunque no tenías derecho a hacerlo, eso ya no importa, es parte del pasado…

—Igual que lo es lo que tuvimos, ya no queda nada; así que haz el favor de irte y no volver nunca más —pidió levantándose, dispuesta a echarlo a empujones de ese lugar si era necesario.

—Solo me iré de aquí cuando me demuestres que lo que dices es también lo que sientes, cuando pueda entender que lo nuestro es parte del pasado —pronunció determinando y se acercó a ella.

—No tengo porqué demostrarte nada.

—Pues no me iré de aquí hasta que no lo hagas —dijo mirándola fijamente a los ojos con intensidad.

—¡Bien! Dime qué es lo que tengo que hacer para que te largues de una vez —demandó ya sulfurada.

—Bésame —ordenó mirándole primero los labios y después ancló su mirada a la de gris de ella.

—¡No haré eso! —chilló ofendida.

—Entonces sí que eres la cobarde que dices. —La retó, esperando con eso provocarla lo suficiente para conseguir lo que quería.

Su comentario resultó mucho más ofensivo que el anterior, la rebeldía que había ganado Brigitte en esos últimos años afloró en ella, y lo miró, mostrándose altiva.

Le demostraría a Timothy Rumsfeld que no era la misma Brigitte de antes; y aún más, le enseñaría que se había convertido en una mujer de verdad, una capaz de volver loco a cualquier hombre.

Lo haló por la corbata, atrayéndolo a ella; y con determinación se apoderó de su boca, en un beso que no tuvo mesura ni preámbulos; separó sus labios rozando los de él con su lengua, probando su sabor, mismo que la hizo gemir.

Supo que había sido un error garrafal cuando Timothy también se dio el gusto de probar su boca, llenándola con su lengua, enviando descargas de placer a todo su cuerpo, que se estremeció como azotado por una poderosa ola.

—Timothy, ¿qué haces? —preguntó sorprendida cuando la cargó en brazos y comenzó a caminar.

—Voy a demostrarte que aún queda mucho de nosotros.

Ese beso había reforzado sus esperanzas, ella seguía amándolo, y si de algo podía estar seguro a partir de ese momento era que Brigitte Brown volvería a ser suya, sería su esposa y la madre de sus hijos.

Capítulo 56

Timothy había leído a Brigitte en ese beso, sabía que lo seguía amando; y nada lo haría desistir de recuperarla, ni siquiera todos los reproches que pudiera ella decirle. No eran más que excusas, pretextos para no admitir que se moría por estar en sus brazos de nuevo.

Entró a su habitación y la puso de pie para comenzar a quitarle el vestido, ese que lo había excitado en cuanto la detalló mejor, pues se amoldaba a las perfectas curvas de su mujer como si fuera una segunda piel.

No quería darle tiempo a pensar y que el orgullo terminara robándoles ese momento, por lo que no cesaba en su afán de besarla; sus labios se movían por su boca, sus mejillas, su cuello; suspiraba en su oído y la sentía temblar cada vez que lo hacía.

Algunas cosas nunca cambiaban, y sabía exactamente cómo excitarla; tal vez no estaba siendo justo con ella, pero en ese momento lo único que le importaba era demostrarle que seguían siendo el uno para el otro.

—No… Timothy, espera… Para por favor —pronunció intentando que su conciencia se hiciera presente; ella no debía hacer eso, no era correcto.

—¿Estás segura de que quieres que lo haga? —inquirió acariciando con la punta de sus dedos la piel erizada de sus hermosos senos blancos—. ¿O deseas que siga y que te haga sentir mujer? ¿Recuerdas cómo te estremecías en mis brazos? ¿Cómo suplicabas por más, cuando estaba dentro de ti? Podemos revivir todo eso Brit, podemos hacerlo.

Su voz y su mirada eran una invitación, una que esperaba ella no rechazara; la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo en un movimiento suave pero firme al mismo tiempo. La notaba aturdida, como si no supiera qué hacer, o tal vez se debatía entre continuar o

echarlo definitivamente de su vida; pero antes de que eso pasara, él debía jugarse hasta la última carta.

Terminó de quitarle el vestido, y este cayó a sus pies, revelando un sensual conjunto de lencería negro, en telas suaves y encajes; pensó que había sido una verdadera lástima que no usase algo así cuando estuvo con él, porque le quedaba perfecto.

Al ver que seguía sin reaccionar comenzó a desvestirse, se quitó la chaqueta, dejándola caer al piso de la habitación, luego fue deshojando uno a uno los botones de su camisa, revelando su pecho; y cuando la vio inspirar, sonrió.

Brigitte sintió que el orgullo destellaba dentro de ella cuando vio la mirada que le dedicó Timothy, no era solo deseo, como en ocasiones anteriores cuando estuvo así frente a él; también percibió admiración, y eso la hizo sentir satisfecha consigo misma.

Sin embargo, la suya también se vio tentada cuando él se fue quitando la ropa; sus hombros, su pecho y su abdomen eran iguales a como los recordaba; tal vez un poco más marcados, debido a que estaba más delgado.

—Timothy…, por favor —pidió sujetándole la mano cuando vio que él iba a desabrochar su pantalón. Debía detener esa locura—. Tengo que decirte algo. —Lo miró a los ojos, para que viera que hablaba en serio.

—Yo también, tengo miles de cosas que decirte, pero eso será después, en este momento lo único que deseo es sentirte…, amarte —susurró mientras le quitaba el corpiño y expuso para su mirada ese bello par de senos.

Se apoderó de ellos con besos ardorosos y hambrientos, con caricias posesivas, abarcándolos por completo.

—¡Oh Dios! —expresó ella cerrando los ojos y elevando el rostro, arqueándose para darle mayor libertad.

Desde ese instante supo que había perdido la batalla contra sus emociones, nada de lo que hiciera lograría evitar que se entregara a Timothy.

Era como si el mundo hubiese quedado fuera de esa habitación en cuanto él cerró la puerta, y ni siquiera su conciencia podía hacerse presente para rescatarla.

—Acaríciame Brigitte, quiero sentir tus manos rozando mi piel como antes mi amor… Tócame. —Le pidió sin dejar de acariciar con sus labios los tersos y rosados pezones, que ya se habían despertado para él.

Brigitte dejó que el deseo la guiara y sus manos se deslizaron por la espalda de Timothy, para estas parecía que el tiempo no había pasado, pues de inmediato reconocieron cada músculo que la adornaba, sintiendo su dureza bajo la tibia piel de él.

Y en el momento que sintió que Timothy la agarraba por las caderas y la levantaba, no solo sus manos se aferraron a él, sino también sus piernas; las que se envolvieron en las caderas masculinas cuando él caminó para llevarla a la cama.

Eran tantas las ansias acumuladas que él ni sabía siquiera por dónde empezar, pero de algo estaba seguro, y era de que necesitaría más que una hora o dos, más que toda una noche; quería toda una vida con ella.

La veía allí, tendida, tan hermosa y sensual, llevando esas medias negras y ese ligero que le aceleraban los latidos, mientras sus senos se movían al compás de su respiración.

Se decidió por acercarla a él y hundir sus dedos en la suave y cremosa piel de sus caderas, dejando algunas marcas que quiso aliviar con su lengua; quería morderla y besarla también. Comenzó a besarle el vientre, sintiendo cómo temblaba y se erizaba ante el contacto con sus labios; era tan suave y tibio, que quiso quedarse allí para siempre, pero la visión de la prenda íntima que comenzaba a humedecerse lo invitó a ir más allá.

—No puedo creer que estés aquí Brit…, que pueda tocarte de nuevo —dijo acariciándole las piernas.

—Timothy…, por favor… mírame —pidió en un último intento de detenerlo, pero la mirada que él le entregó fue tan ardiente que la silenció por completo.

Subió a la cama como un felino asechando a su presa, y la vio morderse el labio; tal vez para que dejara de temblar o por la expectativa de lo que le haría; cualquiera que haya sido la razón lo hizo feliz.

Bajó el rostro, dándole libertad a sus labios para que vagaran por el voluptuoso pubis; se dejó llevar por la tentación y terminó enterrando su nariz justo allí, para embriagarse del aroma de Brigitte, el que seguía siendo exactamente igual: intenso y dulce a la vez, como el del picante.

—¡Oh Dios Timothy!… —expresó en medio de un jadeo que le rompió la garganta, y cerró los ojos. Él siempre había sabido qué camino escoger para llevarla a la locura.

Sus caderas salieron a su encuentro cuando sintió la presión que su nariz ejercía sobre ese brote donde las sensaciones se hacían más intensas; quería más, por lo que comenzó a moverse, invitándolo.

Ni siquiera fue consciente del momento en el que él comenzó a quitarle la ropa interior, solo supo que esta había abandonado su cuerpo cuando una leve punzada de dolor le atravesó el tobillo; pero el malestar pasó rápidamente ante el influjo que ejercían las caricias de Timothy sobre sus piernas.

—Tengo grabado en la memoria cada espacio de tu cuerpo Brit, en todos mis sentidos…Y los voy a recorrer todos —pronunció deslizando sus labios por la suave piel del interior de sus muslos.

—Por favor… mírame —suplicó ella sujetándole el rostro para que terminara con esa tortura, aunque no sabía si quería que acabara alejándose o dándole el alivio por el que todo su cuerpo clamaba—. Yo… Timothy, yo…

Él se tendió sobre su estómago, dejando casi medio cuerpo fuera de la cama, y agarró las piernas de ella con cuidado para llevarlas por encima de sus hombros. Vio que una vez más se mostraba nerviosa, con gestos de querer escapar de allí, pero no la dejaría ni en ese momento ni nunca. Así que la sujetó por las caderas, haciendo que rodara en el colchón, hasta que su boca quedó justo frente a ese lugar que ansiaba disfrutar.

—No tienes que decir nada…, voy a darte lo que deseas Brigitte —respondió él mirándola a los ojos, dejando que su aliento caliente se estrellara contra el rocío que bañaba los labios íntimos.

Brigitte se estremeció entera cuando él dejó caer los primeros besos en su intimidad, haciendo que la sangre en sus venas se

volviese espesa y caliente como la lava, provocando que una ola de humedad brotara de su interior.

Sintió cómo la pesada lengua masculina se deslizaba, robando su esencia, hurgando en su interior en busca de más, mientras las poderosas manos se aferraban a sus caderas, que parecían tener vida propia y buscaban su propio camino a la liberación.

Brigitte liberó una secuencia de gemidos y jadeos que acompañaban cada estremecimiento de su cuerpo, y dejó de luchar; se rindió a su destino y se puso en las manos de Timothy.

Sabía que iba a arder en el infierno por lo que estaba haciendo, pero haría como decía Margaret, si sería condenada por pecar, entonces disfrutaría al máximo del pecado.

Timothy se esmeró en cada beso y caricia al sentir que ella por fin se entregaba por completo, deseaba darle placer a manos llenas, experimentando al mismo tiempo uno único y sublime, que hacía palidecer cualquier otro que hubiese tenido durante ese tiempo lejos de ella.

Nada de lo vivido con Kristen o con Julia se comparaba a lo que sentía en ese instante con Brigitte, mientras bebía todo cuanto podía de ella y la sentía temblar bajo el roce de su boca.

La sintió convulsionar llevándole las manos a la cabeza, para mantenerlo hundido entre sus piernas, jadeando como si estuviera agonizando, y luego tensarse hasta casi creer que se rompería en pedazos.

Sonrió, sintiendo que el pecho le iba a estallar de tanta felicidad y orgullo, pues eso solo era una muestra del intenso orgasmo que le había hecho vivir, y recibió su recompensa bebiendo el néctar que brotaba de cada contracción que le entregaba su flor.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! —murmuró ella perdida en el extraordinario goce que la recorría y aún la hacía vibrar.

—Está bien que le clames y le pidas fuerzas, porque esto apenas comienza Brigitte Brown —anunció poniéndose de pie para terminar de desnudarse.

Ella lo observaba con mirada hambrienta y ardiente, recorriendo cada pedazo de piel bronceada con capas de vellos oscuros, que

exudaban masculinidad a lo largo de su espectacular anatomía, tan fuerte y perfecta que se imaginó devorándola por completo.

Su mirada destelló de deseo cuando lo vio subir a la cama de nuevo, y el grueso miembro viril se le mostró en todo su esplendor: altivo, poderoso; y hasta cierto punto, intimidante.

Brigitte lo recibió con una sonrisa de satisfacción, era el resultado del maravilloso orgasmo que le había entregado; movió sus piernas para hacerle espacio, cuidando de no lastimarse el tobillo. Le acarició la espalda, viajando más allá de su cintura, para sentir sus fuertes glúteos.

—Hazme tuya Timothy…, quiero que tu cuerpo y el mío se unan como antes, que nos fundamos en un solo ser —pronunció mirándolo a los ojos y le acarició con la lengua los labios entreabiertos que le regalaron un gemido.

Quería demostrarle que ya no era la chica tímida de antes, lo haría sentir que el peor error que pudo cometer fue no valorarla cuando la tuvo. Y no se trataba de una venganza, pues ella también planeaba disfrutar de él, como no lo hizo antes por pudor.

En ese instante no se cohibiría de nada, le entregaría todo y le exigiría cuanto deseara. Estaba decidida a cerrar ese capítulo en su vida teniendo una despedida inolvidable.

Timothy casi saltó de júbilo ante sus palabras, ya no necesitaba nada más para saber que la había recuperarlo; sin embargo, se esforzaría por darle lo mejor de sí y rescatar todo el tiempo perdido. Le acarició los costados, sonriendo y disfrutando de la sensación de su piel, y del roce de sus piernas que se abrían para él, dándole la libertad para disfrutar de la gloria en medio de estas.

—Soñé tantas veces con este momento… No puedes hacerte una idea Brigitte. Despertaba a medianoche deseándote con locura, necesitándote como si fueras el aire que me llenaba el pecho… Sin ti… sin ti me he sentido tan vacío —susurró mirándola a los ojos, mientras se hundía en ella lentamente.

Ella se arqueó, recibiendo la poderosa invasión que abrió sus entrañas y sintió hundirse hasta el fondo, gracias a lo húmeda que aún se encontraba. Él tenía la magia para ponerla así, para que todo se conjugara en una entrega perfecta.

Siempre creyó que tenía un mapa de su cuerpo, porque sabía exactamente dónde estaba cada uno de los cofres que guardaban los tesoros de su placer.

—No digas nada, no tenemos que hablar ahora. Solo… —Quería que se callara y dejara de alimentar viejas ilusiones. Entre ellos no quedaría nada después de esa tarde—… solo arranca de mí estas ganas.

Él asintió con la cabeza, sabía que en esos momentos las palabras sobraban; sin embargo, necesitaba expresarle lo que sentía, pero dejó que fuese su cuerpo y sus gestos los que lo hicieran.

Se sentía en el paraíso al deslizarse dentro de ella, disfrutando del roce de piel contra piel, sin barreras de por medio que disminuyeran la sensibilidad del encuentro íntimo y que terminaran negándole el placer de vivir ese momento a plenitud.

No había estado con otra mujer de esa manera. Con Kristen era una obligación cuidarse, por su profesión, y con Julia se decía que no era justo dejarle toda la responsabilidad a ella.

Tal vez en el fondo lo que deseaba era conservarse para Brigitte, que ella fuera la única mujer a la que sintiera por completo, en la que podía derramarse sin remordimientos, porque nunca tuvo temor de dejarla embarazada; por el contrario, una parte de él siempre lo deseó, aunque nunca se lo hubiese confesado.

Y comenzó a rogar para que eso sucediese justo en ese momento; sería un evento extraordinario que Dios bendijera su reencuentro dándoles un hijo; eso sería recuperar parte del tiempo perdido, pues de haber seguido juntos, a esas alturas seguro que ya tendrían un hijo.

La idea lo animó a darle mucho más a esa mujer que lo volvía loco, que con cada gemido y temblor aceleraba su corazón, que con cada roce de sus manos le quemaba la piel y lo hacía delirar, que lo enamoraba cada vez más mientras la miraba, sin poder concebir aún el milagro de haberla encontrado después de creerla perdida.

—Gracias por no olvidarme Brigitte…, gracias por haberme guardado en tu corazón como lo he hecho yo —confesó acariciándole las mejillas con los pulgares. Bajó el ritmo de sus embistes, porque quería hacerle el amor, no solo dejarse llevar por el

frenesí propio de la pasión; quería amarla y que ella lo sintiera, que jamás volviera a dudar de sus sentimientos.

Brigitte sintió que el pecho se le oprimía al escuchar esas palabras, que lograron colarse a sus oídos aún en medio de la bruma del placer que la envolvía; y lo que más le dolía era que Timothy tenía razón, ella no había conseguido olvidarlo; y dudaba que algún día lo hiciera.

La mayor prueba de ello era estar así, entregada por completo a todas esas sensaciones tan poderosas. Él se había quedado tatuado en su piel, pero no podía permitirle que siguiera mandando en su corazón.

Antes de que las lágrimas se hicieran presentes reforzó su decisión de darle a ese encuentro solo un sentido físico, y le esquivó la mirada, apoyando sus labios en el fuerte hombro salpicado de pequeñas pecas.

—No, no… No dejes de mirarme… por favor, no lo hagas —rogó besándole la mejilla y los labios, acariciándole los senos; necesitaba tocarla, pues temía que ella fuese a desaparecer y él se descubriese poseyendo a otra.

Se movió en la cama quedando de espalda y llevándola consigo, para que ella estuviera arriba, de esa manera no la perdería de vista un solo instante.

Ella se alejó, quedando sentada sobre su cuerpo, se quitó el ligero y lo lanzó al piso, pero mantuvo las medias; y él lo agradeció con una sonrisa, después le entregó sus manos, para que le sirvieran de apoyó, antes de que comenzara a cabalgarlo.

—Es tu turno princesa, hazme subir al cielo —pronunció moviéndose suavemente debajo de ella.

Brigitte sintió que un cúmulo de emociones se apoderaba de su cuerpo, haciéndola temblar y llenándola de valentía para hacer lo que él le pedía; se acomodó, procurando que su tobillo no sufriera por la posición, entonces les dio riendas sueltas a sus caderas.

Solo fue cuestión de un instante para que la pasión dentro de sus cuerpos se desbocara como un caballo indomable, arrollando todo pensamiento racional, dejando solo sensaciones que enviaban descargas de placer a cada rincón.

Los jadeos y los gemidos roncos pasaron a ser gritos de placer, que estallaban dentro de la habitación y se confundían con el sonido de sus pieles al chocar; mientras que el sudor bañaba sus cuerpos y un tono carmesí teñía sus pieles, que ardían como brasas en medio de esa hoguera que la pasión había creado.

Brigitte no pudo luchar contra la poderosa fuerza que hizo explosión en su vientre y bañó de humedad el falo de Timothy, que seguía empujando dentro de ella sin darle tregua.

Se dejó caer desmadejada sobre su pecho, y apenas fue consciente del momento en que la puso bajo su cuerpo, moviéndola como si fuese tan liviana como una pluma, y es que así se sentía en ese instante.

Timothy ya no podía seguir aguantando las ansias locas que le exigían desbocarse como tantas veces había soñado; había intentado ser mesurado y tierno, para que ella no creyese que solo buscaba tener sexo; quería que sintiera que le estaba haciendo el amor.

Sin embargo, cuando la vio sobre él, tan desesperada por sentirlo, moviéndose con tanta fuerza y gritando de goce, supo que no tenía por qué cohibirse, que solo debía dejarse llevar.

Y así lo hizo cuando se puso de rodillas sobre la cama y la haló por las caderas con fuerza, pegándola a su cuerpo sin darle espacio para nada más que no fuera jadear, antes de entrar en ella de un solo empuje, certero y profundo.

Brigitte sollozó, pero no fue dolor lo que se reflejó en su rostro sino el más puro placer, y eso lo invitó a moverse con poderío, sintiendo que el alma se le iba cada vez que se hundía profundamente y ella se tensaba en torno a él, apretándolo, deseando retenerlo en su interior y extraer toda su esencia.

Timothy casi hizo combustión cuando vio que ella deslizaba una mano por su vientre, hasta alcanzar el tenso nudo de nervios que sobresalía de ese rincón que él llenaba y comenzó a frotarlo con fuerza, con los ojos cerrados y los senos moviéndose al compás de su agitada respiración.

Eso le demostraba que ya antes se había tocado así, seguramente imaginando que él la tomaba justo como hacía en ese momento. No pudo quedarse pasivo ante esa imagen, y mientras mantenía ese

ritmo constante y profundo, fueron sus dedos los que empezaron a acariciar esos húmedos labios que lucían inflamados y enrojecidos.

—¡Dios Timothy!… ¡No puedo más…! ¡No puedo más! —esbozó sintiendo esa corriente de energía recorrer sus venas, precediendo al orgasmo y anunciándole que sería uno muy poderoso.

—¡Me voy a ir contigo amor…! —exclamó él en medio de gemidos guturales que le rompían el pecho.

Sintió cómo un primer estallido comenzó a vaciarlo, justo cuando ella se arqueó, dando la visión de alguien que estaba a punto de morir, con los labios separados y los ojos cerrados; tirando con fuerza de las sábanas bajo su cuerpo, que estaban empapadas de sudor.

Para él también fue placentero vivir esa «pequeña muerte», que lo cegó y lo hizo sentir como si todas sus fuerzas lo abandonaran; apenas pudo mantenerse erguido unos segundos, antes de caer pesadamente sobre el cuerpo saciado de Brigitte.

Capítulo 57

Lentamente la espesa neblina que se apoderó de sus mentes, después de vivir una experiencia tan poderosa como esa los fue liberando y el ritmo enloquecido de sus corazones comenzó a normalizarse; sus respiraciones seguían siendo afanosas, pero ya alcanzaban a hacerlo sin sentir que cada inspiración les provocaba un agudo dolor en el pecho.

Tal vez si algún doctor los examinaba en se momento diría que estuvieron muy cerca de un infarto, pero por contradictorio que pudiera parecer, no había otro momento en el cual se hubiesen sentido más vivos, que en ese que acababan de experimentar.

Brigitte era la más afectada, porque fue quien expuso su cuerpo a la descomunal hazaña de alcanzar tres orgasmos en tan poco tiempo, y aunque ya le había sucedido antes estando con Timothy, tenía mucho tiempo sin experimentarlo, mucho menos con esa intensidad que él le entregó.

Justo esa diferencia fue lo que le trajo la imagen de Donatien y de sus encuentros a la mente, y lo que había hecho con Timothy la golpeó con la fuerza de una ola gigante.

—Abrázame Brigitte…, quiero seguir sintiendo tu piel, llenarme de tu calor, de tu aroma —susurró Timothy envolviéndola entre sus brazos, amoldando su cuerpo al de ella, mientras cerraba los ojos y suspiraba.

—Suéltame —dijo ella alejándose de él, como si le hubiese lanzado ácido en la piel.

—¿Qué sucede? —inquirió desconcertado.

—Ya obtuviste lo que querías, ahora vete.

Ella se levantó y con rapidez buscó en su armario un salto de cama para cubrirse, no podía permitir que él la siguiese viendo desnuda, todo eso había sido un error, el peor error de su vida.

Los recuerdos de Donatien la estaban torturando, y las lágrimas cargadas de vergüenza que subían inundando su garganta seguro la desbordarían de un momento a otro; y no quería que Timothy estuviera allí cuando sucediera, no quería que la viera llorar.

—Brit…, espera mi amor… Yo no…

Él también se puso de pie intentando acercársele, pero ella le rehuía. No entendía qué había pasado, por qué ese cambio tan drástico. ¿En qué había fallado para que se pusiera así? Dio un par de pasos y extendió sus manos para tocarla, pero ella le dio la espalda, alejándose de él, castigándolo con su silencio.

—Vístete y vete Timothy, no tienes nada que hacer aquí. Ya todo terminó —sentenció sin mirarlo, mientras el corazón se le estaba desgarrando una vez más.

—¡No! No lo acepto, las cosas no son así Brigitte… ¿Dime qué pasó? —preguntó mientras se envolvía con una sábana y después la agarró por los brazos.

—¡Te dije que nada! ¡Y suéltame! Vete de aquí, olvídate de mí, no quiero volver a verte Timothy Rumsfeld.

Después de decir esas palabras caminó de prisa y se encerró en el baño, dejándolo completamente desconcertado y sin poder entender lo que había sucedido; las preguntas sin respuestas una vez más lo torturaban y esta vez todo era peor.

Llamó a la puerta un par de veces, pero no recibió respuesta. Comenzaba a desesperarse, quería sacarla de allí y obligarla a que le diera una respuesta; merecía al menos eso.

—Brigitte, por favor… Necesitamos hablar.

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos. Por favor, vete —pidió luchando para que no descubriera que lloraba.

—No voy a dejar que hagas esto de nuevo, me acabas de demostrar que me sigues amando… Yo también lo hago Brit, te amo. Y así tenga que decírtelo mil veces lo haré, lo haré tanto como sea necesario hasta que me creas —sentenció decidido a cumplir su palabra, y le dio un tirón a la manilla para intentar abrir la puerta.

—¡Lárgate Timothy! Por el amor de Dios, déjame en paz —suplicó con la voz rasgada por el llanto.

El dolor atravesó el pecho de Timothy al escucharla, lo último que quería era causarle daño; no la había buscado durante tanto tiempo para eso, y tampoco deseaba que el maravilloso momento que acababan de vivir se viese empañado por el dolor y el resentimiento.

Agarró su ropa y comenzó a vestirse, guardando la esperanza de que ella saliese y le diese una oportunidad más, solo una para curar todas las heridas que él le había causado en el pasado.

Sin embargo, lo que esperaba no sucedió, Brigitte continuó encerrada y a momentos se escuchaba algún sollozo, que lo hería profundamente; decidió marcharse y darle tiempo para que asimilara todo.

Él mismo sabía que su reencuentro había sido inesperado que era posible que estuviese confundida; además, era consciente de que no lo iba a perdonar tan fácil; él debía esforzarse más.

—No te olvidé Brigitte, y sé que tú tampoco me has olvidado, lo nuestro no se ha acabado; y así me lleve media vida convencerte de regresar conmigo lo haré, eso puedes tenerlo por seguro. —Le habló a través de la puerta; esperó casi un minuto, pero al no obtener respuesta soltó un suspiro pesado y se marchó.

Brigitte estaba sentada en el piso con la espalda apoyada en la puerta, pudo oír perfectamente sus palabras; y tuvo que cubrirse la boca para esconder su llanto, pero en cuanto escuchó la puerta cerrarse, dejó que todos los sollozos salieran en un torrente.

Margaret llegó cuando ya caía la noche, había salido exhausta del atelier, pues las últimas semanas casi no paraba en todo el día; aunque eso era bueno, porque todo su empeño comenzaba a dar frutos.

Siguió hasta su habitación y estaba por desvestirse cuando escuchó algo parecido a un sollozo, el sonido se repitió esta vez con más claridad, y ella supo de inmediato que provenía de la habitación de su prima; con rapidez se encaminó hacia allá con el corazón agitado por la preocupación.

—¿Brit? —La llamó entrando a la habitación sumida en penumbras.

Su prima se encontraba sentada en el diván isabelino de terciopelo escarlata con tapizado capitoné, que estaba junto a ventana; tenía la mirada perdida en la calle. Se acercó despacio, sintiéndose mucho más desconcertada; le tocó el hombro para atraer su atención, pues parecía estar en otro mundo, ni siquiera la escuchó llamarla.

—Brit, ¿estás bien? —inquirió, y antes de sentarse junto a ella encendió la luz para verla mejor. Su prima tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar—. ¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado? —preguntó abrazándola.

Ella solo se echó a llorar desconsoladamente mientras se aferraba a Margaret y los sollozos hacían que su cuerpo convulsionase; su reacción obviamente alarmó mucho más a su prima, por lo que la agarró por los hombros y la alejó un poco para mirarla a la cara.

—¿Qué sucede cariño? Me estás asustando. —Le hizo saber a punto de ponerse a llorar ella también al verla tan mal—. Háblame por favor…, dime algo.

—Timothy… —consiguió esbozar antes de que un sollozo se volviera a atravesar en su garganta.

—¿Qué le pasó? —La interrogó mirándola a los ojos, temiendo que algo grave le hubiese ocurrido a su excuñado. Nunca le cayó bien, pero tampoco le deseaba mal.

—Yo… iba por la calle y comenzó a caer una llovizna… Caminaba de prisa y me tropecé con alguien, cuando levanté la cabeza para pedirle disculpas era él Maggie…

—¿Timothy? —preguntó con los ojos muy abiertos. Vio que Brigitte asentía, a punto de ponerse a llorar de nuevo, y antes de que lo hiciera habló—. ¿Y qué pasó? ¿Qué te dijo?

—Me reconoció —respondió soltando un suspiro.

—Claro que lo iba a hacer Brigitte, tampoco ha pasado mucho tiempo; en tres años no has cambiado tanto como para que el hombre con el que compartiste diez años no vaya a reconocerte —señaló lo que era evidente.

—Lo sé, pero después de eso todo fue un desastre. —Se llevó las manos al rostro, ocultando su vergüenza; no sabía si tendría el valor para contarle lo que pasó.

—Bueno, empieza desde el principio… No me iré de aquí hasta que me digas qué hizo ese infeliz para ponerte de esta manera. Por Dios, hacía tanto que no te veía llorar así; definitivamente, Timothy Rumsfeld es una desgracia para ti. —Margaret lo sentenció culpable sin siquiera escucharla.

Brigitte respiró profundo, armándose de valor, y comenzó a contarle todo con detalles y cómo fue él a parar hasta el apartamento; pero al llegar al momento en el que aceptó su reto de besarlo, la vergüenza no la dejó continuar y solo se echó a llorar de nuevo.

—Demonios —susurró Margaret al ver el sonrojo de su prima y el desorden en la cama; por lo visto, esos dos habían tenido una batalla campal.

—Fui tan estúpida…, no comprendo Maggie, no sé qué poder tiene él sobre mí… ¿Cómo puede dominarme de esta manera? —cuestionó sintiéndose furiosa con ella misma.

—No sé qué decirte… —murmuró en respuesta, aunque sí sabía qué responder, pues a ella le había sucedido exactamente lo mismo con Paul en aquella fiesta.

—Lo que siento es horrible, no sé cómo voy hacer para mirar a Donatien a la cara… —expresó uno de sus mayores miedos, porque el otro era que Timothy siguiera insistiendo en querer verla y hablar con ella.

—Bueno, por ahora no te preocupes por eso.

—¿Cómo puedes decir algo así Margaret? Él será mi esposo dentro de poco, y yo… yo… —No se atrevía a poner en palabras lo que había hecho esa tarde.

—Brigitte, cálmate… No eres la primera ni serás la última mujer que pasa por algo así —dijo para ayudarla a no entrar en pánico, pues veía que iba rumbo a eso—. Debes controlarte y no dejar que lo sucedido afecte tu relación con Donatien, no le des a Timothy el poder de arruinarte la vida. —La sujetó de los hombros y la miró a los ojos para que se calmara o terminaría delatándose.

—No sé cómo hacerlo Maggie, siento que en cuanto vea a Donatien me pondré a llorar, y él descubrirá todo.

—Eso no pasará, mírame… Si no quieres lastimarlo tendrás que ocultarle todo esto. Las mujeres somos capaces de guardar muy bien un secreto… Yo…

Ella dudó en decirle lo que pasó en Londres, pero ver la desesperación en su prima la hizo compadecerse y decidió contarle todo; tal vez de ese modo comprendería que sí se podía esconder una verdad cuando esta lastimaría a terceros.

—Tengo algo que contarte… Y si no lo dije antes es porque al igual que tú, me moría de vergüenza.

—No entiendo —mencionó Brigitte ante el cambio de tema y de actitud de Margaret.

—Cuando viajé a Londres para la boda de la hija de Macmillan vi a Paul… Él estaba entre los invitados ese día.

—No me habías dicho nada —dijo con extrañeza.

—Porque no era algo de lo que me sintiera orgullosa; por el contrario, me sentía avergonzada de lo que ocurrió. Brigitte, yo también me dejé llevar, así como hiciste tú con Timothy; y tampoco me explico qué fue eso que se apoderó de mí y me robó toda la voluntad, pero terminé escapándome al jardín durante la fiesta para tener sexo con él —dijo bajando el rostro, mientras luchaba por no llorar.

—Maggie…, yo… no sé qué decir. —La sorpresa la dejó sin palabras.

—No hace falta que digas nada, fue un error y quedará en el pasado. Eso mismo es lo que tú debes hacer con lo que ocurrió aquí esta tarde; no puedes permitirle a Timothy que venga de nuevo a arruinar tu vida, no en este momento, cuando tienes a tu lado a un hombre maravilloso.

—Tienes razón, no voy a dejar que destruya mi felicidad —pronunció con firmeza y se limpió las lágrimas.

Caminó hacia la cama y quitó todas las sábanas con fuerza innecesaria, las tiró en el piso y luego se fue hacia la cocina; regresó trayendo una bolsa de basura y las metió.

Margaret solo la observaba sintiéndose orgullosa, pues Brigitte ya no era la misma chica miedosa de antes, ahora sabía cómo enfrentar

y superar situaciones difíciles, y lo que estaba haciendo era una muestra de ello.

Timothy estuvo durante largo rato parado al otro lado de la calle, mirando el edificio donde vivía Brigitte; incluso, seguía allí cuando la noche comenzó a caer y vio llegar a Margaret.

Pudo reconocerla, aunque ahora llevaba el cabello de otro color, ese andar altanero y seguro era inconfundible; decidió que lo mejor era marcharse y regresar al día siguiente, cuando las cosas estuvieran más calmadas.

Tomó un taxi y pidió que lo llevara hasta la residencia de la amiga de su madre, ubicada en Palais-Bourbon. Cuando llegó los encontró reunidos en el salón, charlando animadamente, pero en cuanto lo vieron su madre se puso de pie.

—¿Dónde has estado Timothy? —preguntó con evidente preocupación mientras lo abrazaba.

—Lo siento madre, tuve que atender un asunto —contestó sin querer entrar en detalles, al menos no en ese momento.

—Tal vez estaba haciendo turismo en el *Moulin Rogue* —mencionó Pierre con tono divertido.

—Querido, te recuerdo que estamos presentes —dijo Sophie tocándole el brazo a su marido, para que fuera más medido en sus comentarios.

—Lo siento mis estimadas damas. —Se disculpó y se acercó a su huésped con un vaso de whisky—. Beba algo Timothy, así entra en calor —agregó sonriéndole.

—Muchas gracias señor Marchant —dijo recibiéndolo y dándole un largo trago; no lo necesitaba para calentar, pero sí para aplacar la marea de emociones dentro de él.

—Pierre, llámame Pierre… —dijo poniéndole una mano en el hombro, al parecer, el joven había quedado hechizado por una hermosa francesa.

—Está bien Pierre, muchas gracias por el trago. Ahora, si me disculpan, quisiera subir a darme un baño y cambiarme, bajo para la cena —comentó, luego terminó la bebida y dejó el vaso sobre la mesa—. Nos vemos en un rato, con su permiso.

—Claro, siéntete en tu casa Timothy —esbozó Sophie viéndolo alejarse, conteniendo el suspiro que revoloteaba dentro de su pecho cada vez que lo veía.

Timothy Rumsfeld podía ser su hijo, pero ella siempre había tenido predilección por los hombres jóvenes; tal vez era una de las pocas cosas que tenía en común con su marido, pues él también se moría por las jovencitas.

Horas más tarde, cuando todos se disponían a dormir, Timothy escuchó que llamaban a su puerta, lo que le resultó extraño, pues se había despedido hacía ya varios minutos; no tenía cabeza para nada más que no fuesen los recuerdos de esa tarde junto a Brigitte.

—Madre, ¿sucede algo? —preguntó sintiéndose desconcertado al verla.

—Eso me gustaría saber, te perdiste toda la tarde y parece que sigues donde sea que hayas estado, ¿qué pasó hijo? —inquirió mirándolo a los ojos con angustia.

—Pase por favor —pidió invitándola a seguir.

Cerró la puerta y le indicó con ademán que tomara asiento en el sillón frente a la chimenea, y él ocupó el otro mientras buscaba en su cabeza las palabras para explicar lo sucedido.

Sentía que necesitaba desahogarse, y quién mejor que su madre para escucharlo; pensó que lo mejor era decirle todo de una vez, sin rodeos.

—Me encontré con Brigitte está tarde.

—¡¿Qué dices?! —cuestionó asombrada, parpadeando.

—Ella vive aquí en París, lo estuvo todo este tiempo… Y yo fui un grandísimo idiota por no sospecharlo; pensé que los viajes de los Brown a este país eran solo para despistar al detective, pero en realidad eran para verla a ella y a Margaret; las dos están viviendo en un apartamento en Montmartre —explicó mientras miraba las llamas y los leños consumirse en la chimenea.

—¡Dios!… ¿Cómo es posible? ¿Y qué te dijo? ¿Pudieron hablar? —Lo interrogó acercándose a él.

—Al parecer este fue el destino que escogió después de huir de Londres, supongo que sugerido por su prima, quien es diseñadora; y supongo que para ella, vivir en París es ideal, aunque para Brigitte

también, ya que por lo que vi, está pintando —respondió a la primera pregunta de su madre, pero no sabía cómo responder a la segunda; suspiró pesadamente—. Y sí, hablamos; ella estaba muy resentida al principio y discutimos, pero después todo cambió; e incluso, llegué a pensar que las cosas entre los días volverían a ser como antes, pero de un momento a otro… me echó de su casa y de su vida, no quiere volver a verme.

—Tim… —Violeta le agarró la mano, dándole un suave apretón para reconfortarlo mientras lo miraba.

—No me voy a dar por vencido madre; no esta vez. Mañana iré y la obligaré a escucharme, lo haré todos los días si es necesario; y no me iré de aquí hasta llevármela conmigo. Porque aún me ama, estoy seguro de eso… Pude sentirlo en su entrega —dijo sin poder evitar dar más información de la que era aceptable para una madre.

—Sabes que voy a apoyarte en lo que sea que decidas hijo, pero te pido que tengas precaución esta vez; no dejes que su rechazo te afecte como ya sucedió antes. —Le advirtió mirándolo a los ojos.

—Eso no sucederá madre, no se preocupe. Ahora más que nunca debo estar centrado para recuperarla; le juro que conseguiré que regrese conmigo —mencionó con tono esperanzado, lo vivido esa tarde lo alentaba.

—Bien, por el momento, creo que será conveniente no decirle nada de esto a tu padre; ya sabes cómo se pone con este tema. Pero puedes contar conmigo, si necesitas hablar o de algún consejo solo tienes que pedirlo.

—Muchas gracias madre —expresó y se acercó para abrazarla con fuerza.

Después de eso se despidieron, ella debía regresar a la habitación antes de que su marido comenzara a sospechar; aunque seguro no tardaría en hacerlo, pues si existía algo en lo que Theodore Rumsfeld era bueno, era en descubrir cuando le ocultaban algo.

Capítulo 58

Cuando Brigitte despertó a la mañana siguiente, tenía el cuerpo caliente, húmedo y urgido de todo lo vivido la tarde anterior, pero se negó rotundamente a dejar que Timothy la dominase de nuevo, no calmaría su instinto recurriendo a una fantasía con él nunca más.

Se levantó con cuidado, porque aún el tobillo le dolía; amaneció hinchado y con un pequeño moretón.

Pensó que eso era lo único que le faltaba justo el día que tenía que ver lo de las flores para la iglesia. Después de varios minutos salió de su habitación, lista para atender los pendientes; pero antes de abrir la puerta, el temor de encontrarse de nuevo con Timothy la paralizó.

—No seas cobarde Brigitte, te escondiste durante muchos años, ahora debes enfrentarlo y exigirle que se aleje de ti… Claro, en caso de que venga a verte, pues si hasta ahora, tal vez no lo haga. —Se dijo para llenarse de confianza, aunque con algo de desilusión.

Negó con la cabeza, furiosa con ella misma por albergar ese sentimiento; debería sentirse feliz de que él no lo hubiera hecho, pero no era así; respiró hondo, armándose de valor, y giró la perilla.

El alivio la colmó en cuanto salió al pasillo y no se lo encontró por ninguna parte, saludó con una sonrisa a una vecina que también entraba al ascensor; y mientras bajaba, se decía que no tenía nada que temer; sin embargo, el miedo no se alejaba por completo.

Su presentimiento no estaba del todo mal, pues cuando salió a la calle y dio un par de pasos para tomar un taxi fue abordada por él.

Timothy se había bajado de un auto que estaba estacionado frente a su edificio, sin darle tiempo siquiera a que pudiera alejarse, mucho menos con la molestia que sentía en el tobillo; no obstante, intentó hacerlo e ignorarlo mientras este le hablaba.

—Brigitte, por favor… tenemos que hablar, solo será un momento —pedía caminando tras ella.

—Déjame en paz, ya te dije que no tenemos nada de qué hablar. Además, debo tomar un taxi, tengo un compromiso importante y ya voy tarde —dijo y siguió caminando para escapar.

—No tienes por qué hacerlo, tengo auto y puedo llevarte; mientras, iremos hablando de nosotros —sugirió esperando a que aceptara.

—Timothy, hace tres años que el «nosotros» no existe; por favor, entiéndelo de una vez. Es mejor que te vayas y no regreses. —Le dijo sin volverse a mirarlo.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que pasó ayer? —cuestionó asombrado por su frialdad.

—Ayer no pasó nada —contestó con tono indiferente, pero por dentro rogaba para que pasara un taxi pronto.

Él no pudo contenerse más, la agarró por el brazo y con un movimiento brusco la hizo volverse, para que lo mirara a los ojos. Había intentado ser paciente, darle tiempo para que asimilara lo sucedido, porque sabía que había sido mucho; pero de allí a que viniera a restarle importancia a su reencuentro ya era demasiado, eso no iba a permitirlo.

—Dímelo de nuevo, pero hazlo mirándome a los ojos —demandó acercando su rostro al de ella.

—No tienes ningún derecho a exigirme nada, no eres mi dueño, así que suéltame ahora mismo —dijo intentando liberarse del agarre, al tiempo que alejaba su rostro.

—Eres una mentirosa Brigitte, sabes muy bien que sigues enamorada de mí… ¿Por qué no dejas el estúpido orgullo de lado y aceptas que te mueres por estar en mis brazos de nuevo? —inquirió pegándola a su cuerpo.

—Eres tan arrogante… —Quiso decirle en ese momento que él no era el único hombre sobre la tierra capaz de darle placer, pero no supo qué la cohibió de hacerlo—. Es la última vez que te lo advierto Timothy, déjame en paz.

—¿Y si no lo hago qué? ¿Me vas a enviar a la cárcel, como me advertiste en tu última carta? —cuestionó mirándola con gesto desafiante, y reforzó aún más la unión.

Brigitte estaba por responderle que sí, que lo enviaría a donde sea con tal de liberarse de él, porque ya no soportaba su presencia, ni que se apareciera en su vida justo en el momento en que su mundo era perfecto, solo para intentar arruinarlo todo.

—¿Está todo bien señorita? —Intervino un oficial de policía cuando vio la pelea.

—No se preocupe oficial, mi novia y yo solo tenemos un pequeño desacuerdo —respondió Timothy antes de que ella lo hiciera.

—¿Está segura señorita? —Ignoró las palabras del hombre y se fijó solo en la chica, pues era a quien debía proteger, como dictaba su deber.

—Todo está bien señor, muchas gracias por su preocupación, pero esta es una discusión que se acaba aquí. ¿No es así Timothy? —inquirió, exigiéndole con la mirada que la soltara; y él no tuvo más remedio que obedecerla.

—Les recomiendo que la próxima vez traten este tipo de asuntos en privado, no en plena vía pública. Que tengan buen día —ordenó imponiendo su autoridad, y se alejó.

Se mantuvieron en silencio, ella sentía que se moría de la vergüenza, mientras que él solo pensaba en que el policía era un entrometido.

—¿Ves lo que provocas? —Le reprochó Brigitte mirándolo furiosa.

—No era para tanto, seguramente está recién graduado y está loco por demostrar su autoridad.

—Me da igual lo que sea, ya déjame en paz… Y no vuelvas a decir que soy tu novia nunca más, porque tú y yo ya no somos nada, ¿te queda claro? —pronunció con rabia y paró el taxi que iba pasando.

—Brigitte…, por favor… —dijo sosteniendo la puerta del auto antes de que ella la cerrara.

—¡Por el amor de Dios Timothy! ¡Ya basta! No hagas que me arrepienta de haberle dicho al oficial que no pasaba nada. —Le advirtió mirándolo con seriedad. Vio que su rostro se contraía de dolor, como si lo hubiera abofeteado; pero no le dio remordimiento, ya estaba cansada—. No regreses más a este lugar, no me busques ni me esperes; y si me sigues molestando iré a la policía y pediré una orden de alejamiento.

Aprovechó que Timothy se quedaba estupefacto por sus palabras para cerrar la puerta y darle la orden al chofer de que arrancase; pudo verlo a través del espejo retrovisor, parado en la acera, mirando el auto con el rostro desencajado por la tristeza.

Esa imagen hizo que sintiera una punzada de dolor atravesándole el pecho y que su mirada se cristalizara, pero se negó a derramar una solo lágrima más por él, se obligó a ver hacia delante; nunca más lo haría hacia atrás.

Timothy sintió su rechazo como si una bola de demolición lo golpeara justo en medio del pecho; jamás pensó que ella lo trataría de esa manera tan cruel y fría, mucho menos después de algo como lo vivido la tarde anterior. Era como si hubiese cambiado por completo de un día para otro; pues incluso el día antes, aun estando molesta, no fue tan dura con él.

Subió al auto que había alquilado, y durante un momento no supo qué hacer; tenía una batalla interna entre su corazón y su orgullo. El primero le rogaba que tuviera paciencia, que no podía esperar que lo recibiese feliz y con los brazos abiertos después de tres años, que no se rindiera tan fácil; en cambio, su orgullo, le exigía que se valorara, que ya había rogado mucho por su perdón, y que no merecía ser tratado así, con tanto odio y desprecio; como si él alguna vez le hubiese gritado y humillado, dejándola en mitad de la calle sin escucharla o darle alguna explicación, así como acababa de hacer ella.

Se derrumbó sobre el volante, sintiendo que su cabeza no podía con el peso de sus pensamientos. Era un hombre que siempre había sido determinante, que no se rendía ante las adversidades; pero con Brigitte se sentía atado de manos, y eso lo frustraba.

—No puedes darte por vencido ahora Timothy. Pasaste un año entero buscándola y tres esperándola; ahora que por fin la consigues no puedes rendirte… Debes ser paciente y tratar de reconquistarla. Ella te ama y volverá contigo, solo es cuestión de tiempo. —Se dijo en voz alta para darse aliento—. Debes hacerlo bien, sin presionarla.

Suspiró con cansancio y encendió el motor, lo mejor era alejarse por ese día, pues de quedarse allí se vería en la tentación de abordarla en cuanto regresase.

Volvería a casa de los Marchant y pasaría tiempo con su madre. Esperaba que al menos eso le ayudase a distraerse, aunque conociéndose lo dudaba; si no había logrado sacarla de su cabeza teniéndola lejos, ahora que sabía dónde estaba mucho menos.

En los días siguientes se dedicó a repetir la misma rutina, salía muy temprano y se estacionaba frente al edificio de Brigitte, esperando para verla salir e intentar hablar con ella; pero las horas pasaban y ella no aparecía.

En más de una ocasión se vio tentando a llamarla por el «fonoporta», ya que recordaba muy bien el número de su apartamento; pero terminaba desistiendo, sabía que no tendría el mismo efecto hablarle a través de un auricular que hacerlo cara a cara.

En su estado de máxima desesperación hasta estuvo a punto de bajar del auto e interceptar a Margaret cuando la venía llegar por las tardes, pero su orgullo lo mantenía amarrado con cadenas al asiento del auto.

Sabía que nunca le había agradado, así que intentar hablar con ella solo lo haría víctima de sus burlas y su desprecio; por lo que prefería seguir esperando. Algún día Brigitte tendría que salir, lo complicado era que a él se le acababa el tiempo.

En un par de semanas tenía que regresar a Boston, debía preparar su programa del próximo semestre y entregárselo al profesor Montgomery para que lo revisase.

Se trataba solo de una formalidad, pero si no lo hacía quedaría como un irresponsable, y podía poner en riesgo su trabajo; lo que sería un desastre, pues era lo único que hasta el momento había hecho con éxito.

Mientras esperaba, vio llegar al edificio a alguien que le resultó familiar, era un hombre blanco, de cabello rubio oscuro; tendría unos treinta y tantos, quizás un poco más.

Juraba que lo conocía de alguna parte, pero no sabía decir con certeza de dónde. Sabía que no era de ese lugar, se lo quedó

mirando mientras entraba, para ver si se acordaba, pero no lo consiguió.

Una vez más la noche caía cuando llegó a la casa de los Marchant. De nuevo un día perdido dentro de ese maldito auto, a la espera de que Brigitte apareciese.

Ya comenzaba a desesperarse, y su malhumor era reflejo de ello, apenas podía compartir con sus anfitriones y mostrarse amable; siempre estaba distraído, pensando en ella, y lo peor era que su padre comenzaba a cuestionar sus salidas.

—Tim… ¿Cómo estás cariño? —Violeta lo abordó después de la cena, preocupada, porque cada día lo veía más amargado y sin esperanzas.

—Estoy bien mamá —respondió para tranquilizarla.

—No lo estás mi cielo. No creas que no me doy cuenta, te vas todos los días casi antes de que el sol salga, y cuando regresas, traes esta cara de derrotado que me parte el alma. No quiero verte así —pronunció con tristeza.

—Ya no sé qué hacer madre, cada día siento que me hundo en un pozo de desesperación, mientras que lo único que puedo hacer para mantenerme a flote es quedarme dentro del auto frente a su edificio, con la esperanza de verla. Si pudiera hacerlo una vez más madre… y hablar con ella.

—¿Y por qué no la buscas? Ve directamente y llama a su puerta, haz que te vea, oblígala a escucharte.

—¿Y si eso empeora las cosas? —cuestionó, pues sentía que con Brigitte estaba en la cuerda floja.

—Eso no lo sabrás si no lo haces. Inténtalo corazón, y deja de sufrir a causa de la incertidumbre —dijo acariciándole la mejilla para reconfortarlo.

—Gracia por sus consejos. —Le agarró la mano y le dio un beso en el dorso.

—No tienes nada que agradecer, eres mi hijo; y lo único que deseo en la vida es que seas feliz. Ahora ve a descansar, que te ves exhausto. —Lo despidió con un abrazo muy fuerte y un beso en la mejilla.

Timothy se quedó dormido con la férrea decisión de seguir el consejo de su madre y con la imagen de Brigitte mientras la hacía suya días atrás. Esa visión tan perfecta de la mujer que amaba lo hizo llenarse de valor.

Quería volver a disfrutar de la entrega de sus cuerpos y del amor que se sentía al hacerlo; y deseaba mucho más, pues a partir de ese momento, solo quería dormirse junto a ella, despertar en las mañanas abrazado a su hermoso cuerpo y decirle que la amaba; lo haría todos los días por el resto de sus vidas si ella lo dejaba.

La mañana siguiente un llamado a su puerta lo sorprendió mientras terminaba de vestirse; al abrir la puerta, se encontró con la imagen de su madre, quien tenía una sonrisa efusiva en sus labios y la mirada brillante; ni siquiera se había cambiado de ropa, seguía con la de dormir; y no lo saludó, solo entró como una tromba a la habitación.

—¿A dónde vas? —inquirió mirándolo con interés.

—A buscar a Brigitte, como me aconsejó —respondió sin comprender la actitud de su madre.

—No, no lo harás —dijo negando con la cabeza.

—Pero madre…, usted me dijo que debía…

—Sé lo que te dije, pero no será necesario. No vas a perder tu tiempo metido en ese auto, esperando a que ella se digne a aparecer. En lugar de eso vendrás con nosotros al evento de esta noche —anunció haciendo su sonrisa más radiante mientras lo miraba.

—Madre, no la comprendo, me estoy quedando sin tiempo, y se supone que hoy debía hablar con ella.

—Y lo harás… Mira —dijo extendiéndole el programa de la exposición de esa noche.

Timothy agarró el folleto en azul cobalto con letras planteadas, no estaba interesado en ir a ningún evento ni socializar con nadie, lo único que quería era ver a Brigitte.

Miro el interior del mismo con el ceño fruncido, sin comprender lo que su madre quería mostrarle; se concentró en leer, y cuando llegó a la parte de los participantes, sus latidos se desbocaron.

—Ella estará allí esta noche, expondrá sus pinturas —dijo con emoción, como si se hubiese ganado un premio.

—Sí, cuando lo leí casi grité de la emoción; por suerte me contuve, o tu padre se hubiese enterado de todo.

—Ahora entiendo… Ese día, en su apartamento, había unos cuadros que estaban envueltos, y uno en el caballete… Supe que estaba pintando de nuevo, pero nunca imaginé que era para hacer una exposición —mencionó sorprendido.

El pecho le iba a estallar de orgullo, se moría por ver sus pinturas y escuchar lo que diría el público, aunque sabía que solo serían cosas buenas, porque Brigitte siempre había sido muy talentosa.

—Bueno, su nombre aquí lo confirma —expresó Violeta con alegría, mientras le agarraba la mano.

—No puedo creerlo mamá, vine a París solo por acompañarla a este evento, sin saber que ella estaría; es decir, que si no nos hubiésemos encontrado en esa calle, igual nos hubiésemos visto —pronunció asombrado de la casualidad.

—Es el destino mi amor, es el destino que desea que ustedes estén juntos, y los ha reunido en el momento preciso —acotó acariciándole la mejilla.

La felicidad no dejó que Timothy le respondiera, solo se abrazó con fuerza a su madre, agradeciéndole que le diera esa alegría tan grande.

Ahora solo ansiaba que las horas volaran, que llegara el momento de volver a verla y convencerla de regresar con él.

Capítulo 59

Brigitte había superado su primer encuentro con Donatien, tuvo que mentirle cuando le preguntó por la venda en su tobillo; le dijo que había sido bajando unas escaleras que estaban mojadas por la lluvia.

El instante crítico llegó cuando le pidió que se fuera con él a su apartamento, ella logró zafarse gracias a un compromiso con su madre; le había prometido a Karla que se reunirían esa noche para ver el ajuar que había traído desde Nueva York.

Donatien se mostró comprensivo, como siempre, pero le hizo prometer que se quedaría con él después de salir de la exposición.

Y así era como se encontraba allí, mirándose al espejo, sin saber cómo enfrentaría esa noche; lucía hermosa con ese vestido rojo que le diseñó Margaret, y por fuera daba la impresión de ser una mujer segura, aunque por dentro estaba temblando de miedo.

—Luces espectacular prima, bellísima. Hoy serás la sensación del evento, todo el mundo tendrá que ver contigo —dijo Margaret parándose junto a ella.

—Me gustaría más que la sensación fueran mis pinturas, aunque sé que no pasará; no soy tan buena, y al estar en el mismo salón junto a otros grandes artistas, casi presiento que mis obras pasarán inadvertidas.

—¡No digas eso! Por favor Brigitte, deja de ser pesimista, tus pinturas son hermosas, ya verás que recibes buenos comentarios esta noche.

—No lo sé, me siento muy nerviosa…, y no es solo por eso —dijo bajando el rostro, sintiéndose avergonzada.

—¿Qué otra cosa te preocupa Brit? —preguntó con pena por verla tan desencajada. Había estado así desde que el infeliz de Timothy apareció de nuevo.

—Es Donatien… —Suspiró y continuó—, espera que me quede con él esta noche.

—¿Y? ¿Qué hay de malo con eso? ¿Acaso no lo has hecho antes? —cuestionó sin comprender.

—Sí, claro, pero fue antes de que viera a Timothy y tuviera un desastroso desliz con él. Ahora no sé lo que pasará… No sé si podré entregarme a Donatien.

—Por favor Brigitte, debes aprender a diferenciar las cosas; a veces un encuentro se resume a solo sexo, y creo que fue lo que tuvieron Timothy y tú. Donatien es tu prometido, con él las cosas deben ser distintas, él te ama.

—Timothy también me dijo que me amaba —acotó.

—¿Y le creíste? —inquirió asombrada.

—No, por supuesto que no —declaró con ahínco, pero la punzada en su pecho decía que mentía—. Es solo que… para mí nunca será solo sexo con él; aunque suene como tonta siempre termino mezclando mis sentimientos, y a ti no te puedo engañar; lo que pasó me afectó.

—Bien, es lógico lo sé; también me pasó, pero no debes dejar que te arruine las cosas. Dentro de poco serás la esposa de Donatien, y después de eso, Timothy Rumsfeld no será nadie en tu vida —sentenció, mirándola.

Brigitte suspiró asintiendo con la cabeza, intentando que las palabras de Margaret se quedaran grabadas en su cabeza; necesitaba bloquear todos los recuerdos de Timothy y entregarse a su prometido por completo.

Volvió a suspirar, y se miró en el espejo; en verdad se veía despampánate esa noche, así que debía dejar de lado las inseguridades, y volver a ser la mujer fuerte y decidida que se había convertido.

Timothy siempre llevaba en su equipaje un elegante tuxedo, por si se presentaba alguna ocasión que ameritase usarlo, así que no tuvo problemas al vestirse para el evento de esa noche. Llegó envuelto en un aura de seducción y derrochando elegancia al salón en *Place Des Vosges*, donde tendría lugar la exposición y su encuentro con Brigitte.

Llevaba a su madre del brazo, pues su padre, al ver que ese no era del tipo de eventos donde pudiera cazar algún inversionista prefirió

quedarse en casa. Su mirada buscaba a Brigitte, suponía que ya estaría allí; sin embargo, no alcanzó a verla, tampoco a Margaret o algún otro miembro de la familia Brown, que presumía irían a apoyarla.

La alegría que sentía se hizo aún mayor cuando llegó hasta las pinturas de Brigitte, eran hermosos paisajes de Francia, algunos se mostraban melancólicos; supuso que fueron de la época reciente a su separación.

—Son preciosas —expresó su madre mirándolas.

—Sí, ella tiene mucho talento… Preguntaré si ya se encuentran a la venta, tal vez pueda comprar una para nuestra casa y darle la sorpresa —pronunció con emoción.

—Hijo…, creo que deberías esperar. Sé que fui quien te animó para que vinieras, y casi te aseguré que podrías recuperarla esta noche, pero quizás sería prudente no adelantarse a los hechos. —Le aconsejó porque no quería verlo lastimado.

—No se preocupe madre, pase lo que pase esta noche, quiero tener una de esas pinturas conmigo.

Para su suerte, la mayoría de las obras de la exposición estaban a la venta, solo unas pocas permanecerían en manos de sus creadores, porque eran emblemáticas de cada uno, y cada día ganaban más valor.

Pensó que no estaría muy lejos el día en que Brigitte también tuviera el mismo prestigio y se diera el lujo de conservar la pieza que quisiera; por lo pronto, él ya había asegurado una.

—Muchas gracias por su compra señor Rumsfeld, la pintura le será enviada a la dirección que nos dejó en un par de días. —Le informó la mujer mostrando una radiante sonrisa, no solo por la venta sino por lo apuesto que era.

—Gracias a usted —respondió sonriéndole, se sentía feliz con su compra; solo esperaba ver la reacción que tendría Brigitte cuando se enterase.

—Sophie nos recomendó ver las pinturas de Donatien Rimbaud, dice que son maravillosas —mencionó Violeta.

—¿El profesor? —inquirió Timothy sorprendido.

—Sí, creo que es él. Sophie me contó que dio clases en la Escuela de Arte de Toulouse, su ciudad natal, y también en Oxford. —Le informó mientras caminaban al lugar.

—Sí, fue profesor de Brigitte, y hasta donde sé, era muy bueno… Si mal no recuerdo, ella fue su auxiliar un par de semestres. No sabía que se había dedicado a la pintura, pensé que seguía en Oxford —comentó, y no supo explicar por qué de un momento a otro sintió que el pecho se le oprimía, haciendo los latidos de su corazón más lentos.

La respuesta la obtuvo justo al levantar la mirada y ver frente a él la pintura que cubría un gran espacio en la pared; lo primero que sintió fue como si una bomba hubiese estallado justo en su cara, reventándole el pecho.

Se llevó las manos a la cabeza, pasando de la impresión a la negación; lo hizo incluso moviendo su cabeza de un lado a otro, mientras sus ojos miraban con sorpresa a la mujer retratada allí.

—No puedes ser tú…, no puedes —susurró con la voz enronquecida por las lágrimas, que en solo segundos le inundaron la garganta.

—¿Sucede algo hijo? —preguntó Violeta al ver que su rostro se había desencajado y hasta estaba pálido.

—¿Usted… no reconoce a la chica de la pintura?

—No lo sé, déjame ver mejor… —Buscó en su cartera los anteojos que tanto odiaba pero que debía usar en momentos así—. No me parece conocida, aunque es muy hermosa, tiene una figura envidiable —respondió admirándola mejor, en verdad era una gran obra de arte.

Él intentó que las palabras de su madre alejaran el fantasma de los celos que quizás lo estaba haciendo ver las cosas como no eran. Sin embargo, ciertos detalles en la pintura le dejaban claro que la modelo no era otra que Brigitte, aunque no le veía el rostro, tendría que estar ciego o nunca haberla visto desnuda para no reconocerla.

—Vas a tener que darme muchas respuestas Brigitte, y será hoy mismo —sentenció con rabia.

—¿Estás bien Tim? —cuestionó una vez más Violeta al verlo tan extraño, había cambiado de un momento a otro.

—Perfectamente madre, no se preocupe —respondió intentando que su rabia no la afectara. Ella no tenía nada que ver con lo que estaba sintiendo en ese instante.

Escuchó que un rumor de voces se corría por el salón, y las miradas de muchos asistentes se dirigían hacia la entrada; sintió como si una poderosa fuerza lo guiara, haciendo que se volviera.

En cuanto lo hizo, sus ojos captaron a la mujer que había estado deseando ver, pero iba del brazo de aquel hombre que había visto llegar a su edificio y no reconoció; a diferencia de ahora, que sí sabía quién era.

Un infierno de celos se desató dentro de su pecho, quiso ir hasta allá y arrebatársela porque ella era suya, no le importaba el tiempo que habían estado separados ni que ella ahora se negase a verlo, seguía siendo suya y eso le quedó claro cuando se entregó a él la misma tarde en la que se reencontraron.

Miró una vez más el cuadro, y tuvo el impulso de destrozarlo con sus manos, le importaba un carajo si valía una fortuna o si era el más representativo del imbécil de Donatien Rimbaud; lo haría mierda, así como deseaba hacerlo a él también.

La ira estaba a punto de hacerlo estallar, recibió el vaso de whisky que un mesonero le ofreció y lo bebió de un trago, luego dio un par de pasos para acercarse al flamante pintor y dejarle claro que la mujer junto a él no le pertenecía.

—Tim, espera… No creo que sea el momento adecuado —mencionó Violeta sujetándolo por el brazo.

—Necesito hacerle saber que estoy aquí y que lo sé todo.

—No, no sabes absolutamente nada; y no lo harás hasta que ella te dé una explicación. Debes controlarte o terminarás haciendo un espectáculo.

—Me importa un… —Se detuvo antes de ser grosero.

—Timothy, por favor —pidió acariciándole el brazo, no quería verlo así, no quería que sufriera—. Nunca debí pedirte que me acompañaras a este evento.

—Usted no tiene culpa de nada madre, no podría imaginar que al venir aquí me enteraría de esta manera de que mi prometida se

había fugado a París con su profesor, después de abandonarme —expresó con tanto resentimiento y dolor que se podía palpar.

—Aún no sabes lo que sucedió, no te adelantes sacando conjeturas antes de tiempo. Tal vez será mejor que nos vayamos y la busques después para hablar con ella.

—No, no me moveré de este lugar antes de tener las respuestas que necesito —dijo determinante.

Violeta no quiso contradecirlo, pues sabía que en ese momento la rabia no lo dejaría entrar en razón, lo único que ella podía hacer era estar a su lado, consolarlo y evitar que cometiera alguna locura.

Timothy, por su parte, decidió esperar; no se expondría a una nueva humillación, mucho menos delante de todas esas personas, que parecían adorar al idiota del profesor venido a más como pintor.

Durante una hora no apartó su mirada de Brigitte, la veía sonreír y lucirse junto a ese hombre, había tan poco de la chica que él conocía en ella, que le parecía otra mujer; y eso le dolía, porque a lo mejor seguía enamorado de un espejismo, de alguien que ya no existía.

El momento exacto para abordarla llegó cuando la vio alejarse del grupo con el que compartían y caminar junto a Margaret en dirección al tocador; sin pensarlo dos veces le dedicó una mirada a su madre y fue tras ella.

—Necesito hablar contigo, ahora —exigió agarrándola por el brazo para llevarla con él.

—¡Timothy! —expresó sobresaltándose ante la acción y la sorpresa de verlo allí.

—¡Hey, espera! ¿A dónde la llevas? —inquirió Margaret caminando tras ellos.

—Ese no es tu problema Margaret —espetó él dándole una respuesta y siguió caminando, necesitaba llevarla a un lugar donde pudieran hablar sin interrupciones.

—¡Suéltame! No tienes ningún derecho a tratarme de esta manera —mencionó Brigitte intentando zafarse.

—¿Y tú sí tenías el derecho de engarme durante tantos años? Dime desde cuándo andas con él ¿Desde Oxford? —cuestionó sintiendo que la rabia, los celos y el dolor lo destrozaban por dentro.

—Iré a buscar a Donatien —comentó Margaret al ver que ese idiota cada vez estaba más violento.

—¡Maggie, no por favor! —pidió Brigitte asustada.

—¿No? Déjala…, deja que vaya por él. Así me dará el gusto de partirle la cara a ese malnacido.

A Timothy ya no le importaba nada, le daba lo mismo si se formaba un escándalo, pues lo único que deseaba en ese momento era sacar toda la ira que corría por sus venas.

—No lo conoces y no sabes nada, así que te prohíbo que te expreses así de él —dijo Brigitte saliendo en defensa de su prometido, y forcejeó nuevamente.

—Es un maldito, y tú… tú eres… —Aunque deseaba insultarla las palabras no salían de sus labios, pues el amor que sentía por ella no dejaba que lo hiciera—. Ven conmigo.

—No iré a ningún lado, y será mejor que me sueltes, antes de que comience a gritar. —Lo amenazó mirándolo a los ojos de manera retadora.

—Y yo gustosa la acompañaré, así que tendrás a dos mujeres histéricas —acotó Margaret para intimidarlo.

—Me importa un carajo. Puedes empezar ahora mismo si te da la gana, así me darás la excusa perfecta para que el viejo verde con quien andas se entere de todo lo que pasó entre nosotros hace unos días —contraatacó mirándola sin dejarse intimidar por las amenazas de las dos.

—Eres un miserable —susurró con la voz ronca por las lágrimas y la rabia, pues sabía que no tenía escapatoria; suspiró, para no ponerse a llorar—. Hablaremos una última vez, después quiero que te largues de mi vida para siempre —dijo accediendo a hacer lo que le pedía.

—Brigitte…, no te dejes manipular por este infeliz. —Le reprochó Margaret mirándola a los ojos.

—Todo estará bien Maggie, pero quédate cerca, por si…

—Lo haré, no te preocupes. —Margaret entendió que deseaba que vigilara a Donatien, para evitar que se enterase de esa locura.

—Vamos —ordenó Timothy, halándola por el brazo para caminar con ella. Vio el tocador de damas y el de caballeros, pero sabía que

no podía llevarla a ninguno de los dos. Pensó en sacarla de ese lugar, pero no veía ninguna puerta trasera; y si volvían al salón, ella seguramente correría a refugiarse en su amante.

Miró otra puerta a su izquierda y llevó su mano a la perilla; la movió, descubriendo que estaba abierta; se asomó, notando a través de la oscuridad que también era un baño, pero parecía uno privado, tal vez para el personal o los dueños del salón.

—No voy a entrar ahí, podemos hablar aquí.

—¿Vas a explicarme cómo fue que acabaste siendo la amante de tu profesor en medio del pasillo? —cuestionó con un dejo de burla y resentimiento.

—No tengo porqué explicarte nada de eso —objetó elevando la barbilla, sin acobardarse.

—¿Ah no? Bien, me tocará exigírselas a él. Aunque te advierto, no seré muy civilizado.

Brigitte tuvo que tragarse sus palabras, porque no quería que nada de eso afectara a Donatien; sobre todo porque sabía que Timothy, en venganza, podía contarle lo sucedido días atrás; y si él se enteraba, terminaría decepcionándose de ella para siempre.

—Hagamos esto rápido, te quiero fuera de mi vida cuanto antes —mencionó con toda la intención de herirlo.

Timothy endureció el semblante, pero no le dijo nada, solo la miró con rabia mientras abría la puerta para ella.

Entró y buscó en la pared el interruptor, una luz blanca inundó el espacio, y él cerró la puerta; dejando al resto del mundo fuera de ese lugar.

Capítulo 60

Los nervios se desataron en el interior de Brigitte en cuanto escuchó el sonido del pestillo asegurar la puerta, eso no era una buena señal y ella lo sabía. Buscó alejarse lo más que pudo de Timothy y cruzó los brazos a la altura de su pecho, como una barrera que la protegiera de él.

Timothy se quedó en silencio, solo mirándola; la rabia lo había cegado a tal punto, que no se había percatado de lo hermosa que lucía esa noche, con ese vestido escarlata que resaltaba sus prominentes curvas. La abertura que mostraba su torneada pierna de una manera pecaminosa, y el escote corazón, que hacía que aumentara el tamaño de sus senos, haciéndolos ver mucho más voluptuosos.

Esa mirada altanera que le dedicaba, su actitud retadora y ese par de labios rojos lo estaban enloqueciendo; quería devorarlos hasta sentir que eran solamente suyos, hasta escuchar de ellos su nombre en ese jadeo agónico que ella emitía cada vez que lo tenía en su interior y le suplicaba por más placer, entregándose por completo.

La rabia dentro de él luchaba contra el deseo que esa imagen le despertó, sentía que sus ganas de tomarla en ese momento y hacerla suya eran tan poderosas como su deseo de odiarla por haberlo engañado. Dio un par de pasos para aproximarse a ella, y la vio retroceder hasta pegar la espalda a la pared, mostrándose temerosa.

—No te acerques más —dijo, pero su voz sonó muy débil para ser una advertencia, y eso la molestó.

—¿Por qué no? ¿Acaso me tienes miedo? —cuestionó mirándola con seriedad y deseo al mismo tiempo.

—No seas ridículo, me pediste que habláramos y aquí estamos; que sea rápido, no pienso quedarme aquí toda la noche. —Esta vez

su tono se mostró más firme y eso la llenó de confianza, pero no bajó la guardia.

—¿Desde cuándo andas con Donatien Rimbaud?

—Ese no es tu problema —contestó porque no le daría información de su vida, ya nada que tuviera que ver con ella le concernía y debía dejarlo claro.

—¿Eres su amante desde que te dio clases en Oxford? —inquirió en un acto muy masoquista, pero debía saber la verdad para poder sacarla de su corazón.

—¿Cómo te atreves a pensar eso? ¡Jamás te engañé con nadie y lo sabes! —Le gritó herida y furiosa por su insinuación, no podía creer que pensara así de ella.

—Y entonces, ¿cómo fue que terminaste con él en París?

—Por casualidad —respondió con un hilo de voz.

—¿Casualidad? ¡No me creas idiota Brigitte! ¡Dime la verdad! —exclamó furioso y caminó hasta ella, para enfrentarla mirándola a los ojos.

—¡Es la verdad! No planeé nada de esto. —Se defendió mirándolo con resentimiento a los ojos.

—Fuiste su auxiliar durante dos años, ya te gustaba desde ese momento, ¿verdad? ¿Por eso lo ayudabas? ¿Para estar cerca de él y quedarte hasta después de clases? —Le lanzó todas esas preguntas en una avalancha.

—Me estás insultando Timothy y no te lo voy a permitir.

—Solo dime la verdad. ¿Él te gustaba? —cuestionó acercándose casi hasta aprisionarla entre su cuerpo y la pared, para que no tuviera escapatoria.

—Déjame en paz —mencionó e intentó alejarse, no tenía nada que ocultar, pero igual estaba nerviosa.

—¡No! Eres mía y voy a demostrártelo.

Timothy la envolvió entre sus brazos sin darle tiempo siquiera a protestar y se adueñó de sus labios con un beso demandante, ardiente y profundo; ni siquiera tuvo que forzarlo, porque Brigitte gimió al instante, dándole paso a su lengua para que hiciera fiesta dentro de su boca.

Y él no perdió el tiempo en suaves roces, no quería y tampoco podía ser tierno en ese momento, pues lo único que deseaba era marcarla para siempre como suya.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —Le exigió forcejando con él, pero apenas podía luchar contra su fuerza; apartó la cara para evitar que la siguiera besando.

—Lo mismo me dijiste la última vez… y terminaste rogándome que te hiciera mía —dijo con arrogancia y al sentir que ella luchaba de nuevo, hundió su rostro en la suave piel de su cuello, mientras sus manos le sujetaban las caderas y la pegaba a su cuerpo, para rozarse contra ella despacio—. Siénteme…, siente cómo despiertas mi cuerpo; nunca he deseado a otra mujer como te deseo a ti Brigitte —susurraba, succionando la delicada piel de su garganta; le mordió la barbilla y luego le pasó la lengua por la marca que dejaron sus dientes.

Gimió de dolor y placer, sintiendo cómo su cuerpo vibraba, cargándose de expectativa y energía, percibió una de las manos de él meterse por la abertura del vestido y la otra masajearle el *derrière*. Tembló ante roce de sus largos dedos sobre el pubis, una humedad se deslizó dentro de ella y sus músculos se contrajeron, a la espera de más.

—No…, no puedo hacer esto —mencionó luchando por recuperar la cordura y apretó sus piernas.

—Lo deseas, sabes que lo deseas…, que lo deseamos con desesperación; porque por más que quiero odiarte en este momento no puedo… Me nublas el pensamiento, me vuelves loco… ¿Qué me hiciste Brigitte Brown? —preguntó mirándola a los ojos, hechizado por esas joyas grises.

Ella no pudo responder porque tampoco sabía lo que él le había hecho, era como una adicción; y cada vez que lo tocaba, solo quería más de sus besos y sus caricias.

Sus pupilas bailaron con nerviosismo mientras sentía que el corazón le saldría por la boca, debía salir de ese lugar antes de que la pasión la arrastrase de nuevo hacia Timothy, como ya pasó antes.

—Déjame ir —suplicó perdida en el fuego de su mirada.

—Jamás —respondió antes de besarla con renovado deseo; ella gimió y él recibió eso como un «sí».

La agarró por la cintura, y como si no pesara nada, la subió sobre la pieza de granito donde estaban los lavamanos; ella jadeó separando sus labios de los de él, mirándolo sorprendida y temerosa.

Timothy ignoró la reacción de Brigitte y se abrió espacio en medio de las hermosas piernas femeninas, mientras su lengua le saqueaba la boca y sus dedos se movían con destreza dentro de ella, hurgando en ese rincón que a cada momento se ponía más húmedo y caliente.

La ropa interior le impedía hacerle todo lo que deseaba, así que con varios tirones la despojó de la misma, lanzándola lejos de ellos. Ella intentó protestar, pero él la calló con un beso, sujetándole con una mano la nuca para que no se alejara mientras le mordía suavemente los labios y después los succionaba para darle alivio.

—Timothy…, por favor. —Su voz era temblorosa, así como el resto de su cuerpo; no podía abrir los ojos y enfrentarlo, ya no había voluntad en ella.

—Me encanta cuando me suplicas de esta manera —susurró dejando que su aliento le quemara la piel del interior de los muslos, pues había bajado hasta quedar de rodillas; le brindó un par de besos y la sintió contraerse.

—Ya detente —ordenó intentando cerrar las piernas.

—No quieres que lo haga, tu cuerpo me lo grita.

—Esto es una locura… —esbozó cerrando los ojos, se sentía perdida, y odiaba estar así, sin el valor para frenarlo.

Él se levantó con la férrea decisión de hacerla entregarse por completo, no la quería a medias ni pensando en otro, Brigitte era suya, siempre lo había sido y siempre lo sería.

La agarró por las caderas, haciéndola rodar sobre la pizarra de granito, y con agilidad, subió la tela del vestido; eso la dejó expuesta para él, haciendo que su erección triplicara su tamaño y su dureza en un segundo.

—Eres tan hermosa —murmuró rozándola con sus dedos, y con su otra mano liberó su hombría; la llevó justo hasta sus labios brillantes de humedad y se quedó allí, sintiendo que lo atraía como si fuese un imán—. Pídemelo.

—No…, no podemos —declaró con la voz ronca por las lágrimas, mezcla de miedo, deseo y culpa, ya habían llegado muy lejos con todo eso, debían parar.

—Pídeme que te haga mía Brigitte…, sabes que lo deseas, que te mueres por sentirme —requirió completamente seguro, y le pasó la lengua por los labios, seduciéndola como no había hecho antes.

—¡No! —exclamó con determinación.

Acudió al último resquicio de voluntad que le quedaba, lo empujó alejándolo de su cuerpo y bajó acomodándose el vestido con rapidez; debía salir de allí antes de que fuera tarde. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la puerta él la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo, dio la vuelta con ella y la puso de cara al espejo, mientras él quedaba detrás y sus brazos la envolvían, cerrándose como las celdas de una prisión.

—¡Suéltame! —Se removió, furiosa.

—No lo haré hasta que te quede claro a quién le perteneces. —Volvió a subirle el vestido y la pegó a él, rozando con su dura erección el turgente *derrière*.

—Estás loco. —Quería golpearlo y también tenerlo en su interior, pues no podía negar que anhelaba sentirlo.

—¡Sí! Estoy loco, tú me vuelves loco; me heriste, me abandonaste, me engañaste y te niegas a aceptar que aún me amas; pero yo sé que lo haces, sé que me amas Brigitte.

Ella quiso gritarle que no lo hacía, que desde hacía mucho lo había olvidado, pero su voz se negó a pronunciar esas palabras, y su cuerpo solo deseaba entregarse a él.

Odiaba que tuviera razón y que siguiera teniendo ese poder sobre ella; casi estuvo a punto de llorar, porque no era justo que todo su esfuerzo por liberarse hubiera sido en vano; buscó su mirada a través del espejo.

—Pero también te odio —pronunció con rabia; y al ver cómo el dolor por sus palabras le trasfiguraba el rostro se sintió terrible, tal vez no había necesidad de ser tan dura.

—Entonces terminemos con esto de una vez.

Su voz sonó como un relámpago que la azotó con fuerza, y la determinación en su mirada la puso a temblar; apenas pudo jadear

cuando sintió cómo él entraba en ella con un asalto tan contundente que la hizo sollozar.

Se aferró con ambas manos al borde del lavamanos, mientras sentía cómo él empujaba con fuerza en su interior y ahogaba los gemidos en su cuello; su aliento era caliente y áspero, como el de un animal embravecido.

Él pensó que esa era la única manera de drenar el dolor que ella acababa de causarle, quería que lo odiase con fundamentos, que no quisiera verlo nunca más en su vida. Porque después de esa noche, él tampoco quería verla; esa sería su despedida, y después de eso, nada quedaría del maldito amor que lo había atormentado por tanto tiempo.

Todo eso se lo decía su orgullo herido, pero su corazón solo quería aferrarse a ella y pedirle de rodillas que lo perdonara, que le diera una segunda oportunidad para hacerla feliz. Las lágrimas le estaban haciendo girones la garganta, pero se negaba a derramarlas, ya no lloraría más por Brigitte, ni por ninguna otra mujer.

—Míranos Brigitte…, quiero que esta imagen se quede grabada en tu memoria; así, cada vez que te veas en un espejo recordarás este momento y sabrás que eres mía, sin importar que duermas con otro, tú nunca dejarás de ser mi mujer, mi novia Brigitte… Mía —sentenció mirándola a través del espejo sin dejar de moverse dentro de ella y acariciarle los senos de manera posesiva, casi brusca.

Ella no dijo nada, pero no pudo evitar que su mirada se quedara prendada de la imagen, y un dolor agudo se adueñó de su pecho, haciéndola sollozar.

En su interior, emociones contradictorias giraban sin parar; le dolían sus palabras y su frialdad, pero al mismo tiempo, sentía que si él se alejaba le dolería mucho más, y nuevamente su mundo era un completo caos.

Sintió cómo el ritmo se volvía más despiadado y profundo, arrancándole jadeos y sollozos, provocando que se golpease contra la pizarra de granito; empezó a quejarse y se puso rígida, él estaba siendo demasiado brusco.

—Me estás lastimando —susurró y su mirada le suplicó que fuera más despacio; nunca la había tratado así.

—Así no dejarás que él te toque —contestó con rabia, pero al ver el dolor reflejado en su rostro, el corazón se le quebró a la mitad y también sollozó, aferrando a ella.

—Timothy —esbozó dejando correr un par de lágrimas al verlo sufrir de esa manera.

—Más me dolerá a mí tener que resignarme a vivir sin ti Brigitte —dijo escondiendo su rostro tras la nuca de ella.

—Sigue entonces, descarga todo lo que sientes… y después déjame ir —mencionó con la voz estrangulada.

Cerró los ojos y se entregó a él una vez más, jadeando, gimiendo y hasta intentando ahogar los gritos que subían por su garganta y estallaban con cada poderosa estocada que él le daba.

Sin poder creerlo, se encontraba a las puertas de un orgasmo, uno que la arrasaría como una avalancha.

Timothy también se liberó dentro de ella, mordiéndole suavemente la nuca, mientras que los temblores que viajaban por todo su cuerpo estaban a punto de dejarlo caer; tenía los ojos cerrados, aun así se sentía mareado y agotado; había dejado todas sus fuerzas en ese acto.

Se quedó inmóvil, intentando recuperarse y negándose abrir los ojos, porque sabía que una vez que lo hiciese, todo habría acabado para ellos.

Escuchó un sollozo de Brigitte y la apretó con más fuerza para reconfortarla, se había portado como un miserable con ella, nunca había tratado a una mujer de esa manera; y vino hacerlo precisamente con la que amaba.

Quiso pedirle perdón de rodillas y dejar correr todo el llanto que lo estaba ahogando, decirle que la amaba tanto que le dolía, pedirle que no lo dejara, porque sin ella su vida no tendría sentido, pero su maldito orgullo no lo dejó.

—Tengo que regresar —mencionó ella, rasgando el velo que los cubría—. Margaret debe estar preocupada.

—Sí, y seguramente él también debe estar preguntándose dónde está su novia —expresó con rabia al tiempo que la soltaba, como si lo hubiera quemado—. Quizás ni se lo imagine, pobre imbécil.

Brigitte solo lo miró con resentimiento sin caer en sus provocaciones, si eso era lo que quería no le daría el gusto, ya no tenía sentido discutir con él. Se acomodó el vestido lo mejor que pudo y recogió su ropa interior que estaba tirada en el piso; pensó ponérsela, pero primero debía asesarse, y no lo haría enfrente de Timothy.

—¿Sabes algo? —indagó cuando la vio quitar el pestillo para marcharse—. Fui promovido en Harvard, ahora soy profesor; tal vez eso te excite más cuando te toques, recordando este momento o lo que vivimos la otra tarde. —Le dijo con un tono que aparentaba indiferencia.

Brigitte sintió que acababa de agarrar su corazón y lo estrellaba contra el piso. Él la hizo sufrir mucho en el pasado, pero nunca llegó a ser tan cruel ni a insultarla de esa manera.

La rabia se apoderó de ella, y como poseída por una fuerza mayor, se acercó a él y le dio una bofetada con tanta fuerza que le volteó la cara, y a ella le quedó la palma de la mano ardiendo y la muñeca adolorida.

—¡Jamás en tu vida vuelvas a hablarme de esa manera! —Lo amenazó mirándolo con verdadera rabia—. No te permitiré un solo insulto más Timothy Rumsfeld, ya no soy la misma chica estúpida que se ponía a llorar por cualquier cosa, ahora soy una mujer capaz de defenderse muy bien, que te quede claro —pronunció con determinación mientras lo miraba a los ojos con dolor y desprecio.

Después dio media vuelta, llegó hasta la puerta y salió estrellándola con toda la rabia que la dominaba, sin importarle si alguien la escuchaba; en ese momento estaba demasiado furiosa, dolida y ofendida como para que le importaran las opiniones de los demás.

Timothy, por su parte, se quedó congelado en el mismo lugar, no podía creer que Brigitte, su Brigitte hubiese llegado al extremo de darle una bofetada como esa, y lo que era peor, mirarlo con tanto odio.

Eso fue lo que lo lastimó y terminó derribándolo. La rabia que lo embargó lo hizo estrellar el florero que tenía cerca, y cuando se miró

en el espejo, la vergüenza lo aplastó. Su resentimiento lo había hecho perder cualquier posibilidad con la mujer que amaba.

Capítulo 61

Brigitte salió del baño temblando de rabia y dolor, además de los estragos del orgasmo vivido, que aún la recorrían y le hacían sentir como si su cuerpo se hubiese vuelto de goma. No le extrañaría para nada si terminaba cayéndose antes de avanzar un par de pasos más.

Vio a Margaret de espalda, esperando por ella; sollozó, sintiendo el bajón de adrenalina, que también liberó todas sus lágrimas en un torrente.

—¡Brit!… ¡¿Qué te hizo ese infeliz?! ¡Voy a matarlo! —dijo temiéndose lo peor, por cómo se veía su prima.

—Déjalo…, no tiene caso —pidió agarrándola del brazo para detenerla—. Mejor acompáñame al baño por favor.

—Pero Brigitte…, esto no puede quedar así.

—Por favor Maggie —suplicó y su voz se quebró, así como estaba a punto de hacerlo ella.

—Bien, vamos, déjame ayudarte —accedió, brindándole su mano para que pudiera apoyarse.

Entraron al baño, y para su fortuna estaba solo. Brigitte tomó varias servilletas del dispensador y las humedeció en el lavamanos, después entró a uno de los cubículos.

La vergüenza, el sufrimiento y la impotencia hacían estragos en ella, no podía dejar de llorar; y lo que era peor, no podía dejar de pensar en Timothy y en todo el daño que los dos se habían causado con ese encuentro.

—Vamos a ver a un doctor y después a la policía, ese miserable tiene que pagar por esto —amenazó Margaret.

—No haré nada de eso Maggie.

—¡Por el amor de Dios Brigitte! —esbozó sorprendida cuando la vio salir—. Timothy Rumsfeld abusó de ti, tienes que denunciarlo, y que se joda en una cárcel.

—No me obligó a nada —respondió y bajó la mirada, sintiéndose apenada.

—Escuché que discutían…, y alcancé a oír que le pedías que se detuviera. Estuve a punto de llamar a la puerta y acudir en tu ayuda, pero pensé que tal vez… ¡Por un demonio, debí hacerlo! —Se reprochó, viendo el estado de su prima; pudo haberla salvado.

—No te tortures Maggie… Hablo en serio, no me hizo nada a lo que yo no accediera —confesó con vergüenza.

—Pero te coaccionó, y no me digas que no, porque sé el tipo de hombre que es Timothy Rumsfeld.

—Me sedujo, es verdad, pero yo también quise que esto pasara; me dejé envolver como una tonta, y aquí están las consecuencias —mencionó furiosa con ella misma.

—Brigitte —susurró sintiendo pena por ella—. Tienes que alejarte definitivamente de ese hombre, solo sabe hacerte daño cada vez que lo ves.

—Creo que esta vez yo también lo lastimé…, pero quizás fue lo mejor, esto tenía que acabar así, matando cualquier ilusión que pudiéramos haber conservado. —Sollozó, sintiendo un profundo dolor al ser consciente de que ya no quedaba nada entre ellos; se habían destrozado.

—Ven aquí cariño… —dijo Margaret y la abrazó con fuerza mientras le acariciaba la espalda—. No sigas llorando, no tiene sentido ponerte así por alguien que pertenece a tu pasado. Respira, cálmate y regresa al salón junto a Donatien; él es tu presente y tu futuro.

Brigitte asintió sorbiendo sus lágrimas, terminó de arreglarse, y una vez que se calmó, salió rumbo al salón.

Donatien comenzaba a extrañarse ante la ausencia de Brigitte, ya habían pasado varios minutos y ni su prometida ni Margaret regresaban; suponía que tal vez alguien de prensa las había interceptado o algún invitado interesado en sus pinturas.

Ella le pidió que si llegaba a pasar, la dejara manejarlo por su cuenta; y él le prometió que lo haría, pues quería verla desenvolverse por sí sola en ese mundo, que muchas veces resultaba tan complejo.

Su mirada se paseó por el lugar, en busca de las dos mujeres, pero una vez más se quedaba detenida en el rincón donde estaban las esculturas de Clélia. Ella estaba allí, acompañada por varios caballeros, con los que se mostraba muy sonriente.

Eso no debería importarle, pero cuando vio que Adrien deslizaba una mano por su espalda y la apoyaba casi al final de la misma, una ráfaga de calor le inundó el pecho y le hizo tensar la mandíbula; sin saber explicar qué lo motivó, caminó en su dirección y clavó su mirada en ella.

—Hola Clélia. —La saludo, pero su tono no era cordial, sino serio, así como su actitud.

—Hola Donatien, no creí que te diera el tiempo para pasar a ver mis esculturas; al parecer, eres la estrella de esta noche —dijo siendo sardónica.

Ella se había propuesto ignorarlo desde que lo vio llegar del brazo de su estúpida noviecita, no se rebajaría a quedar como la ex despechada. Contrario a ello, se dedicó a pasarla bien junto a su nuevo amigo.

Donatien miró a los hombres que la rodeaban con algo de desdén, imponiendo su presencia para que se alejaran, pues parecían una bandada de buitres. Caminó hacia la escultura de la pareja besándose y fingió que se concentraba en la obra, pero apenas podía contener la rabia que le provocaba ver, que sin importarle que él estuviera allí, ella seguía coqueteando con Adrien.

—Tu muestra es muy buena, y no creo que nadie sea la estrella aquí, todos los artistas presentes tienen mucho talento —acotó molesto por su comentario.

—¡Por supuesto! Imagino que lo dices especialmente por las pinturas de tu novia. Debo reconocer que son muy buenas, aunque teniéndote a ti como maestro, era lo mínimo que se podía esperar.

—Por cierto, ¿dónde está? Pensé que estaría toda la noche pegaba a ti —mencionó sin poder medir el resentimiento en sus palabras.

Él se volvió para mirarla con rabia, y un pesado silencio se apoderó del lugar. Los caballeros presentes comprendieron que ese

era un asunto de dos, y que ellos salían sobrando, así que con disimulo comenzaron a alejarse, para dejarlos solos.

Clélia también lo miraba de manera retadora, sin dejarse amilanar por su actitud, ella no tenía por qué fingir que su prometida le caía bien y que les deseaba lo mejor. Eso de quedar como amigos después de haber sido amantes por tanto tiempo no era algo que consideraba posible.

—Clélia, iré a… saludar a otros invitados. Nos vemos después. —Adrien, le dio un beso en la mejilla y se alejó.

—Parece que ustedes dos se llevan muy bien —expresó Donatien, sin querer sonar muy interesado o molesto.

—Es un hombre muy agradable y apuesto, ha sido un apoyo incondicional desde que regresé a París —comentó con todo el deseo de ponerlo celoso.

—Los hombres solo son incondicionales con una mujer cuando quieren algo. —Le recordó, pues para ser alguien con experiencia y un matrimonio a cuesta, ya debería saber que Adrien no le daría nada sin esperar algo a cambio.

—Bueno, ambos somos adultos; además, no tenemos ningún compromiso con terceros. ¿Qué tendría de malo si decidimos pasarla bien un rato? —Era evidente que a Donatien le molestaba su amistad con Adrien, y aunque no lo quisiera, eso alimentaba sus esperanzas de que aún la siguiera amando.

—Bien, les deseo que sean muy felices entonces. Adiós Clélia —dijo con rabia y le dio la espalda, alejándose mientras sentía un amargo sabor inundar su boca.

Ella se quedó mirándolo sin saber qué hacer, por un lado quería ir tras él y decirle que no había motivos para que estuviera celoso, pues ella solo lo quería a él. Pero por el otro, sabía que si hacía algo como eso podía terminar siendo rechazada una vez más; y no lo soportaría, así que se quedó allí, mientras se terminaba la copa de champaña.

Brigitte vio a Donatien caminando en medio del salón, como si estuviese buscándola; eso la hizo sentir tan culpable que se acercó

de prisa hasta él y lo envolvió en un abrazo muy estrecho, deseaba que la pusiese a salvo de todas esas emociones que la torturaban.

Él era su puerto seguro, el único que había estado siempre para ella, en sus mejores y peores momentos; así que era quien merecía ser dueño de su futuro, nadie más.

—¿Y esto? ¿Qué pasó? ¿Dónde estabas? —preguntó un poco desconcertado por la actitud de su novia.

—Yo… —Brigitte no pudo continuar, su voz se quebró y solo pudo esconder su rostro en el cuello de Donatien.

—¿Estás bien? —inquirió, apoyándole una mano en la mejilla para verla a los ojos.

—Sí…, sí —susurró y lo volvió a abrazar antes de separarse; suspiró y se dijo en pensamientos que debía controlarse o él terminaría por descubrir todo.

—¿Por qué tardaron tanto? —cuestionó frunciendo el ceño, pues su actitud era muy extraña.

—Fue mi culpa. —Margaret acudió al rescate de su prima o terminaría delatándose—. Hoy no comí bien y las dos copas de champaña se me subieron a la cabeza. Creo que la tensión de estos días me ha afectado.

—No debes descuidarte, puedes enfermar.

—De acuerdo, gracias Donatien.

—Por cierto, me pareció ver a Lorian por allí. Supongo que te estaba buscando —comentó mirándola con recelo, sentía que las dos le estaban ocultando algo.

—Oh, gracias. Pensé que el compromiso que tenía no lo dejaría llegar. Bueno, los dejó. —Le dedicó una mirada a Brigitte, con la que le ordenaba controlarse.

Donatien la vio alejarse y después se enfocó en Brigitte, se acercó a ella rozándole los labios, mientras sentía que un peso se instalaba en su estómago; era la sensación desagradable de un mal presentimiento.

—¿Es muy temprano para irnos? —preguntó ella, quería salir de allí antes de que Donatien se fuese a enterar de la presencia de Timothy en ese lugar.

—¿Deseas marcharte ya? —inquirió desconcertado.

—Es solo que estoy algo cansada —contestó sin poder mantenerle la mirada.

—Bien, si es lo que deseas vamos a buscar a Margaret y a Lorian para despedirnos de ellos.

Brigitte asintió con la cabeza, segura de que su prima también abandonaría el lugar en cuanto ellos se marchasen, pues solo había ido para apoyarla, en vista de que ni sus padres ni su hermano y su cuñada pudieron llegar a tiempo. Pero le habían prometido hacerlo después, ya que la exposición se extendería durante un mes.

—Profesor Rimbaud.

La voz que se escuchó a sus espaldas hizo que Brigitte se tensara casi hasta volverse una escultura más de las que allí se exhibían; su respiración se cortó y hasta la visión se le nubló. Se aferró al brazo de Donatien mientras le rogaba con la mirada que no se volviese, que siguiera caminando y se olvidara de quien lo llamaba.

—¿Sí? —preguntó Donatien volviéndose, aunque no le pasó desapercibida la reacción de su prometida.

Donatien también se tensó en cuanto lo reconoció, el pecho se le apretó y sus latidos se volvieron pesados al encontrar la razón por la que Brigitte estaba tan perturbada y había tardado tanto.

—Le compro su «musa» —mencionó Timothy mirando a Brigitte con verdadero deseo.

Él pensó en marcharse en cuanto salió del tocador, se sentía derrotado y ya no tenía caso que siguiera allí. Sin embargo, ver cómo ella se abrazaba a él después de haber sido suya en aquel baño hizo que la rabia y su orgullo herido actuaran por él.

—¿Cómo se atreve? —inquirió casi abalanzándosele encima, pero Brigitte reaccionó a tiempo, deteniéndolo.

—¿Acaso no la está exhibiendo? —cuestionó con sarcasmo, manteniendo su mirada en ella, quien lucía tensa y atormentada.

—La pintura no está en venta —espetó con rabia y le rodeó la cintura a su mujer con un brazo, porque sabía que ese imbécil no hablaba de su cuadro.

Brigitte no podía creer que Timothy fuese tan despiadado y grosero, en verdad quería arruinarle la vida; era un ser egoísta, y ella

fue una tonta ciega que nunca vio la verdadera esencia del hombre al que le entregó tantos años de su vida.

Esa revelación le hizo dejar de lado su actitud pasiva, y la llenó de valor para enfrentarlo. No dejaría que la siguiera humillando.

—Amor…, si el señor está tan interesado en la pintura, puedes vendérsela —comentó mirando a Timothy con desdén, luego se volvió hacia Donatien—. Sabes que no tengo problemas en posar para ti todas las veces que quieras; por el contrario, sería un gran placer. —Le dio una estocada a su ex y apoyó a su prometido.

Timothy sintió como si Brigitte le hubiese clavado un herrete a fuego vivo en la piel, la ira se apoderó de él y el carmín que se adueñó de su rostro fue muestra de ello. Estuvo a punto de levantar su puño para romperle la cara a ese malnacido que se la había arrebatado, pero sintió la mano de su madre sujetarlo con fuerza y su cálida voz pidiéndole que no lo hiciera, que no se humillara más.

Donatien se sintió satisfecho por la actitud de su novia, había sido más de lo que esperaba que sucediera cuando imaginó ese encuentro entre los tres. Brigitte le estaba dejando claro a ese miserable que lo prefería a él. Con una sonrisa triunfadora la acercó mucho más a su cuerpo y se preparó para darle una respuesta a Rumsfeld, pero primero la miró a ella con intensidad.

—Lo sé *mon coeur*; sin embargo, esa pintura es invaluable, significa mucho para nosotros. No se la vendería ni a usted ni a nadie señor Rumsfeld. «La musa» no está a la venta, que tenga buenas noches —declaró y le dio la espalda.

Salieron del salón de prisa, sin volverse ni un instante; y Timothy quedó parado en medio de los invitados, ardiendo de rabia contra ellos.

Su madre intentó aliviar el dolor que sabía estaba sintiendo y le besó la mejilla varias veces para consolarlo; ella sufría viéndolo así, soportando el rechazo y desprecio público de la mujer que amaba, y en ese instante odió a Brigitte Brown.

Capítulo 62

Brigitte caminó de prisa hasta el auto de Donatien, ni siquiera esperó a que le abriera la puerta para subir, todo lo que necesitaba era escapar de ese lugar. Sin embargo, el recuerdo de las miradas cargadas de dolor y odio de Timothy y su exsuegra Violeta seguían atormentándola y haciéndola sentir culpable, cuando en realidad solo era una víctima.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Donatien con algo de miedo por lo que ella pudiera estar sintiendo tras ese reencuentro con Timothy Rumsfeld. Sobre todo, al verla tan tensa y perturbada—. Amor…, Brigitte, mírame.

—Disculpa, ¿qué me decías? —Parpadeó de manera nerviosa, obligándose a centrarse en ese momento.

—Te preguntaba si estás bien —repitió mirándola a los ojos, mientras le acariciaba una mejilla.

—Sí…, sí, claro Donatien. No tienes nada de qué preocuparte. —Mintió de manera descarada mientras lo miraba a los ojos, y eso la hizo sentir miserable.

Él asintió, aunque no estaba muy convencido de su respuesta, porque su actitud contradecía a sus palabras; no obstante, no quiso ahondar más en el tema, porque sentía que si lo hacía iba a terminar lamentándolo.

Giró la llave en el contacto y el motor cobró vida, llenando el silencio; enfocó su mirada en el camino, mientras que su mente trataba de asimilar lo que acababa de ocurrir.

—Esta noche me gustaría quedarme en mi apartamento, si no te importa —dijo cuando entraron al Distrito VXIII.

—Claro, como gustes —masculló él, girando hacia la calle donde ella vivía.

Durante el trayecto le fue fácil dilucidar que ya Brigitte estaba al tanto de la presencia de Timothy Rumsfeld en el salón; de lo

contrario se hubiese sorprendido de verlo, y en ningún momento lo hizo.

También estaba su actitud cuando regresó del tocador junto a Margaret, después de haber tardado más de media hora; y por último, ese mutismo que la había embargado al salir de la exposición.

Detuvo el auto frente al edificio, respiró profundo y se armó de valor para confrontarla, necesitaba que le diera respuestas; porque si seguía suponiendo cosas, iba a terminar loco.

Se volvió a verla, encontrándose con que ese par de ojos grises que tanto adoraba lucían desconcertados y temerosos, eso casi lo hizo desistir; sin embargo, ellos se habían prometido ser siempre sinceros, y debían cumplirlo sin importar lo que pasara.

—Ya sabías que él estaba allí, ¿no es así? —cuestionó yendo directo al grano.

Brigitte se sintió acorralada ante la pregunta, comenzó a temblar y su voz se esfumó durante unos segundos, en donde lo único que podía hacer era mirarlo a los ojos.

—Sí…, lo vi y quise evitar que tú también lo hicieras; quería ahorrarte un momento desagradable, pero actué demasiado tarde. —Se lamentó, esquivando de cierta manera la pregunta.

—¿Cómo llegó él allí? ¿Cómo dio contigo? —inquirió.

—Yo… no tengo idea de cómo. Supongo que vio mi nombre en algún cartel que anunciaba el evento…, no lo sé —respondió nerviosa.

—Lo de Margaret fue mentira, su tardanza fue porque estuviste hablando con él, ¿no? —La acusó al ver que apenas podía mantenerle la mirada.

—Donatien…, no quise… —Estaba a punto de llorar.

—¿Que no quiste qué Brigitte? ¡Mentirme! —expresó dejando ver su molestia.

—No te mentí. —Se defendió, aunque sabía que no tenía derecho, pues sí lo había hecho.

—¡Oh, por favor! ¿Y cómo le llamas al hecho de saber que tu ex estaba allí y no decirme nada? ¿Qué pasó entre ustedes? ¿Qué pasó

Brigitte? Respóndeme, y esta vez quiero la verdad —exigió, sintiendo que los celos lo incendiaban por dentro.

—Donatien por favor, esta discusión no tiene sentido. Timothy es parte de mi pasado, ¿por qué atormentarnos ahora? ¿Acaso no vamos a casarnos dentro de poco? —señaló queriendo acabar con esa conversación de una vez, antes de que se les fuera a salir de las manos.

—Dime lo que pasó entre ustedes, ¿hablaron? ¿Te pidió que volvieras con él? —Quería que dejara de evadirlo, porque eso lo hacía sentir peor.

—Sí, hablamos… Y sí, me pidió que volviéramos, pero me negué, porque entre nosotros ya no existe nada, solo un doloroso pasado que deseo olvidar. Eso fue todo, así que dejemos de lado el tema, estoy cansada. —Se giró para abrir la puerta y bajar del auto, pero él la detuvo.

—Brigitte, quédate conmigo esta noche. —Le pidió apoyándole una mano en la nuca para atraerla y besarla con urgencia y pasión.

Brigitte se sintió golpeada por la fuerza del beso que la tomó por sorpresa; al principio se tensó, pero después intentó relajarse para que no se sintiera rechazado; sin embargo, cuando sintió que intentaba meter una mano por la abertura de su vestido se alejó, sintiendo como si fuese un completo extraño y no el hombre con el que había compartido tantas veces.

—Donatien…, yo… —Intentó hablar, pero no la dejó, le agarró el rostro con ambas manos y la miró a los ojos.

—Brigitte, ven conmigo por favor, deseo sentir que realmente eres mía —suplicó rozando sus labios con los de ella.

Al ver que dudaba llevó sus labios hasta su cuello, para intentar seducirla con besos y caricias; necesitaba que le dijera con gestos y con palabras que era su mujer y que Timothy Rumsfeld ya no significaba nada para ella. Sus besos se detuvieron cuando quiso aspirar el aroma de su musa y halló también en su piel un perfume que no reconocía, un olor masculino que no era el suyo.

Se separó de ella y la miró como si acabara de clavarle un puñal en el corazón, mientras su mente se negaba a reconocer la revelación que acababa de estallarle en la cara.

Sintió que el pecho se le comprimía de dolor, y un nudo de emociones le cerró la garganta; las lágrimas inundaron de inmediato sus ojos, pero aun con todos esos sentimientos haciéndolo trizas por dentro se rehusó a aceptar que hubiese estado con aquel miserable.

—Donatien…, lo siento mucho, no puedo… Lo siento —dijo y aprovechó que él no le insistió para escapar.

Bajó del auto con rapidez y entró al edificio sintiéndose a salvo solo cuando subió al elevador, aun así, sentía que estaba a punto de volverse loca y que era perseguida por sus errores.

Llegó hasta su apartamento, y tras cerrar la puerta se dejó caer sobre la alfombra, liberando el llanto con el que llevaba un buen rato luchando, pero con el que no podía más; se daba por vencida.

Donatien se quedó estupefacto ante la reacción que tuvo Brigitte, pues solo le confirmaba sus peores temores, que ella había tenido más que una conversación con su ex.

Comenzó a golpear el volante con fuerza para descargar en este la rabia que sentía, aunque en realidad deseaba pegarle al maldito que quería robarle su mujer.

Encendió el motor y puso el auto en marcha con un rechinamiento de neumáticos, regresaría al salón y buscaría a Timothy Rumsfeld para ajustar cuentas; le cobraría muy caro que hubiese tocado a su prometida.

No tardó quince minutos en llegar al lugar, salió del auto lanzando la puerta y se dirigió al lugar con pasos seguros, mientras la ira crecía dentro de él con una fuerza arrolladora.

Al entrar todo lucía tal y como lo dejó, los invitados disfrutaban de la exposición, mientras charlaban, reían y bebían champaña con los artistas. Paseó su mirada, en busca de su objetivo; no pretendía hacer un escándalo atacándolo delante de todo el mundo, solo le pediría hablar en otro lugar, y si este era lo suficientemente hombre, suponía que no tendría problema en darle la cara.

—Creí que ya te habías marchado —dijo Clélia llegando por detrás de él, notando su tensión al instante.

—Solo fui a dejar a Brigitte en su apartamento, no se sentía bien —mintió sin mirarla, pues seguía buscando al miserable americano

para partirle la cara.

—¡Vaya! ¿Que no te quedaste a cuidarla? —cuestionó sorprendida —. Hasta donde recuerdo, eras más considerado conmigo cuando enfermaba.

—Ella no tiene nada grave y yo no soy un maldito doctor — espetó saliéndose de sus cabales.

—Veo que no estás de humor, así que será mejor que me vaya; no dejaré que arruines mi noche —dijo sintiéndose furiosa por esa actitud tan grosera de él.

—Clélia… —La sujetó por el brazo para detenerla, luego la miró a los ojos y continuó—, lo siento, es solo que no…

—Tranquilo, no tienes por qué darme explicaciones, no somos nada, ¿no? —Le dolía decirlo pero era la verdad, ellos no eran ni siquiera amigos.

—Las cosas tampoco son así —acotó rápidamente.

—¡Ah no!... Entonces, ¿cómo son Donatien? ¿Acaso no estás comprometido con una chiquilla? ¿No le haces saber a todo el mundo que yo solo soy parte de tu pasado? —inquirió con resentimiento, porque se había enterado por Adrien, que esas fueron sus palabras cuando le habló de su relación por el episodio del otro día.

—Clélia…, yo solo… —Intentaba disculparse, sabía de lo que hablaba y también que fue un idiota por decir eso.

—¿Sabes qué Don? Dejemos las cosas así… Y ahógate en tu amargura solo —dijo y le dio la espalda para marcharse.

Él se quedó con la palabra en la boca, lo que lo llenó de frustración y aumento su rabia; definitivamente, esa no era su noche. Vio pasar a un mesonero y tomó una copa de champaña de la bandeja repleta; como siempre, la señora Marchant tiraba la casa por la ventana cuando organizaba una velada.

Después de varios minutos seguía a la caza del malnacido de Timothy Rumsfeld, pero este parecía haber desaparecido de la reunión. Cambió la champaña por el whisky, y ya empezaba a sentirse desorientado; apenas le prestaba atención a la charla que algunos invitados deseaban entablar con él; así que decidió que era momento de marcharse, antes de terminar haciendo un espectáculo.

—Me gustaría quedarme hasta más tarde Adrien, pero la niñera me dijo que debía irse antes de la medianoche.

Donatien le escuchó decir a Clélia cuando se acercaba a la puerta; el anfitrión, quien estaba muy cerca de ella, le tenía las manos puestas en la cintura, lo que provocó en él una desagradable sensación; no le gustaba esa cercanía entre ambos.

—Si me das cinco minutos le pido a mi asistente que se quede a cargo de todo y te llevo a tu casa. —Adrien no quería perder la oportunidad de estar con ella esa noche, llevaba semanas deseándolo.

—No es necesario, esta es tu noche y debes disfrutarla. Puedo tomar un taxi, no te preocupes, estaré bien —dijo apoyándole una mano en el pecho mientras le sonreía.

—Creo que por hoy he tenido suficiente, en serio Clélia, me gustaría acompañarte —insistió mirándola a los ojos.

Donatien pensó que era momento de intervenir, podía leer el lenguaje corporal de Adrien y sabía cuáles eran sus intenciones.

Conocía la fama de mujeriego de su amigo, y no quería que se aprovechara de Clélia, pensando que por ser madre soltera era una mujer con la que podía calmar su calentura de una noche y luego abandonarla.

—No tendrás que hacer algo así, puedo llevarte —anunció tomándolos por sorpresa.

—Donatien —esbozó ella, alejándose enseguida de Adrien.

—Amigo, no hace falta, yo la llevaré.

—Un buen anfitrión se queda hasta el final. —Le recordó y después agarró a su exmujer por el brazo—. Vamos Clélia, o tendrás a una niñera furiosa esperándote en casa.

—Pero… yo… —Ella intentó negarse.

Él hizo caso omiso a las protestas de Clélia y a la mirada de odio que le dedicó Adrien; la verdad era que esa noche le importaba un carajo todo. Pero por lo menos haría su buena acción del día al salvarla de caer en las garras de un sinvergüenza; cosa que no pudo hacer con Brigitte, quien se dejó engatusar por su ex.

—Donatien, en serio, no tienes que hacer esto —dijo al ver que le abría la puerta del auto.

—No me harás cambiar de opinión, solo sube por favor Clélia —pidió mirándola a los ojos.

Ella se dio por vencida e hizo lo que le pedía. Podía notar que estaba bastante bebido, no ganaría nada discutiendo. Le dio la dirección de su casa, y durante el trayecto, que no era muy largo, se mantuvieron en silencio; uno que se volvió más pesado cuando estacionó frente al lugar.

—Muchas gracias, que descanses Donatien. —Se acercó para despedirse con un beso en la mejilla, pero la falta de coordinación de él hizo que sus labios se rozaran.

El toque fue como un coche eléctrico que envió poderosas descargas a sus cuerpos, haciendo que se estremecieran y se miraran con sorpresa.

Clélia fue la primera en alejarse, pues no quería caer en esa quimera de nuevo. Sin embargo, Donatien, más necesitado de contacto físico, la agarró por el cuello y la atrajo hacia él para devorarle la boca en un beso hambriento y profundo.

En el instante en que sus lenguas se rozaron ambos dejaron de pensar y solo se entregaron a sus sensaciones; sus manos se movieron con destreza por esos rincones de sus cuerpos que ya conocían de memoria y que sabían podía desatar la pasión dormida.

Maniobraron en el poco espacio que tenía el Corvette, pero una vieja costumbre nunca se olvidaba del todo, y no era la primera vez que ellos compartían de esa manera dentro de un auto.

—Donatien… para, esto es una locura —esbozó ella, aunque no podía dejar de besarlo ni de acariciarlo.

—¿Y eso qué importa? —cuestionó metiendo sus manos por dejaba del vestido, para quitarle la ropa interior—. Tú lo deseas y yo también… Te necesito Clélia —dijo mientras se movía debajo de ella, desesperado por sentirse en su interior y revivir todo lo que alguna vez tuvieron.

Esa última frase hizo que Clélia callara a su orgullo, que le gritaba que él solo buscaba un desahogo en ella, pero que nunca volvería a verla como la mujer de su vida, como lo hizo tiempo atrás.

Su deseo de estar una vez más entre los brazos de Donatien y sentirse su mujer la guiaron de allí en adelante, para hacer lo que su

corazón le pedía y dejar a un lado a su consciencia.

—Solo te pediré una cosa Donatien —pronunció mirándolo.

—Lo que sea —contestó él, urgido por tenerla.

—No vayas a dejar de mirarme un solo momento, quiero que tengas presente que es a mí y solo a mí a quien haces tuya… Promételo —pidió dispuesta a robárselo por esa noche a la tonta de Brigitte Brown.

—Te lo prometo —sentenció y selló ese pacto con un beso voraz que fue el preludio para una intensa entrega.

Se hundió en el centro blando y húmedo de Clélia con una poderosa estocada que lo llevó muy profundo, y después siguió moviéndose a un ritmo frenético, aferrado en un abrazo a ella.

Disfrutaba de los gemidos y los jadeos que le entregaba mientras se movía a contragolpe, provocando que el choque de sus pieles sirviera de fondo a los demás sonidos dentro del auto.

El encuentro era como los vividos en el pasado: rápido, desesperado, ardiente y hasta cierto punto violento. Ella le halaba el cabello cuando sentía que sus labios le apretaban con fuerza los pezones, casi hasta resultarle doloroso, aunque debía aceptar que era algo que le encantaba.

Él, por su parte, no solo torturaba sus senos, sino que también le clavaba los dedos en las caderas y se movía con tanto poderío en su interior que no tardó mucho en liberarse junto a ella.

Se quedaron en silencio durante varios minutos, solo brindándose lentas caricias y rozando sus labios con besos que eran el remanso de la pasión.

Decían que donde hubo fuego cenizas quedaban, y tal vez alguna que otra brasa podía volver a encenderse, como justo les acababa de pasar; y hacía falta mucho más que un encuentro para apagarla, por lo que abandonaron el auto y subieron al apartamento, dispuestos a quemarse una y otra vez.

Capítulo 63

Timothy había logrado burlar el cuidado de su madre y salió de la lujosa mansión parisina, se fue a un club para desahogarse en libertad, sin causarles vergüenza a sus padres.

Eran poco más de las dos de la mañana cuando después de muchos tragos de whisky comprendió que estar allí no le ayudaría, que lo único que podía alejar esa pena de él era Brigitte; tenía que verla y decirle todo lo que llevaba por dentro, rogarle que no lo alejara de su vida.

Se estacionó frente al edificio mientras analizaba cómo entrar; por suerte, vio a una pareja que se acercaba a la puerta; bajó del auto con algo de dificultad y se acercó hasta ellos. Logró convencerlos, dándole datos exactos de Brigitte; les dijo que era su primo, que estaba en una fiesta donde bebió de más y para colmo se había dejado las llaves.

Un par de minutos después estaba frente a la puerta, se irguió tanto como la borrachera lo dejaba; respiró profundo, armándose de valor, y tocó un par de veces.

—¿Timothy? —preguntó ella con asombro.

—Hola Brit —respondió intentando sonreír.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco?

—Sí, es probable… Necesitaba verte y hablar contigo —contestó intentando avanzar.

—No, ya te he dicho muchas veces que no tenemos nada de qué hablar; ahora por favor vete y déjame en paz. Deja ya de intentar arruinarme la vida. —Le exigió luchando por cerrar la puerta.

—Pues tú arruinaste la mía el día que me abandonaste Brigitte —reprochó apoyando su mano en la puerta y la abrió por completo de un empujón.

—¡Santo cielo! —exclamó al verse vencida, y dio un paso atrás para alejarse de él.

—Santo cielo —murmuró mirándola con intensidad.

Timothy ancló su vista en la figura de Brigitte, que estaba envuelta solo por un delicado camisón de seda celeste con algunas transparencias en encajes; tal vez verlo en otras mujeres era algo común. Sin embargo, verlo en ella era como si echasen combustible a la hoguera de deseo que ardía en su interior; dio un par de pasos para acercarse, quería tocarla, sentir su suave piel una vez más.

—No te acerques. —Le advirtió poniendo una mano como escudo, y tembló al ver que no le hacía caso.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo de lo que puedas sentir si lo hago? —preguntó siendo consciente del deseo en ella; su mirada nerviosa, el temblor de sus labios y sus pezones erguidos lo invitaban a tomarla.

—No seas ridículo. —Intentó mostrarse segura, pero su corazón latía desesperado y su cuerpo estaba ansioso.

—No lo soy —dijo y antes de que pudiera protestar de nuevo la besó con intensidad, invadiendo el interior de su boca con la lengua.

Se tensó al ser abordada de esa manera, intentó alejarse pero él llevó una mano hasta su nuca y otra a su espalda para pegarla a su cuerpo, lo que la hizo estremecer.

Timothy se deleitó bebiendo de su boca tanto como podía, disfrutando de sus gemidos, de ese temblor que los recorría a ambos y del calor que a cada minuto se hacía más intenso.

Ella podía intentar hacerle creer que ahora era de otro, que ya no lo amaba, pero su cuerpo le decía lo contrario, su cuerpo le rogaba que la hiciera su mujer, y ese era el temor de tenerlo cerca; porque en el fondo, Brigitte sabía que no había otro hombre en la tierra al que deseara tanto como a él, la certeza lo animó a ir por más.

Deslizó la mano que tenía apoyada en su nuca por el suave y delgado cuello, en una caricia que iba ganando intensidad a medida que se acercaba al pequeño y hermoso seno. Se apoderó de este, abarcándolo por completo, masajeándolo con determinación, pero sin llegar a ser brusco; y le mordió los labios cuando ella gimió aprobando lo que le hacía.

—Sigues siendo mía… —aseguró totalmente convencido de sus palabras, y ver que ella no lo negaba renovó esperanzas y lo llenó de

felicidad.

Con mayor determinación dejó que la mano en la espalda bajara hasta la curva del *derrière*, pero no se quedó solo allí, hundió los dedos con fuerza en la turgente nalga y sonrió con malicia cuando ella liberó un grito.

—¡Suéltame! Estás borracho. —Se removió entre los fuertes brazos de él, intentando escapar.

—Sí, estoy borracho, loco, desesperado… Y todo es por tu culpa. Me pusiste el mundo de cabezas, destruiste mis ilusiones al robarte el futuro que ya tenía planeado… —La miró a los ojos, apretándola a su cuerpo para que no escapara, no quería que estuviera lejos de nuevo.

—Yo no te robé nada, tú no querías un futuro conmigo —Lo empujó con todas sus fuerzas; consiguió escapar, aprovechando que él apenas podía mantenerse en pie.

—¿Cómo puedes saberlo? Mejor dicho, ¿cómo puedes asegurar algo así? Nosotros íbamos a casarnos, y formaríamos un hogar, tendríamos hijos… Pero de la noche a la mañana cambiaste de opinión, hiciste tus maletas y te escapaste a París con tu profesor… ¡Me destrozaste la vida Brigitte! —gritó sin poder contener más su dolor.

—¡Tú también destrozaste la mía! —exclamó con todo el resentimiento que aún guardaba dentro de ella.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos mientras sentían cómo el odio vibraba dentro y fuera de ellos, haciéndolos consciente de todo el daño que se habían causado.

Por un instante la derrota los cubrió, el momento de la despedida definitiva había llegado. Ella pensó que debía ser quien dijera la última palabra, pero antes de que pudiera pronunciar algo Timothy la abrazó.

—Déjame repararlo, dame una oportunidad mi cielo, solo una más por favor, te lo suplico; y te juro que voy a sanar todas las heridas que te causé, voy a vivir para ti, para hacerte feliz… Escúchame por favor Brit… Solo escúchame —dijo al ver que ella negaba con la cabeza mientras lloraba y se alejaba.

—No puedo hacer lo que me pides.

—Brit…, amor mío sé que te fallé muchas veces, que fui un egoísta y te lastimé, pero te juro que las cosas serán distintas esta vez; por favor, créeme —suplicó y se puso de rodillas frente a ella. Si quería que le pidiera perdón de esa manera lo haría, estaba dispuesto a todo con tal de recuperarla—. Mírame a los ojos Brit, mírame y verás que no te miento, que muero de amor por ti. —Le sujetó las manos y comenzó a besarla

—Por favor Timothy, ponte de pie…, no hagas esto —dijo con la voz estrangulada por las emociones y las lágrimas que eran más a cada segundo.

—No, no lo haré hasta que me perdones —respondió abrazándose a ella, rodeándola con sus brazos y pegando la mejilla a su vientre, a ese que deseaba albergara a todos sus hijos.

—Te perdono Timothy…, lo hago si es lo que quieres, pero no puedo volver contigo —expresó con pesar.

—¡No! No Brit, te necesito a ti… Por favor princesa, vuelve conmigo y te daré mi vida —pronunció aferrándose a ella, besándole el vientre.

—Timothy, por favor, por favor…, no sigas llorando así… Levántate.

—Me quedaré así hasta que aceptes que me amas y que vas a darme otra oportunidad. Brit, no quiero vivir sin ti… no puedo —mencionó negando con la cabeza.

—Estoy con Donatien ahora, tienes que comprenderlo y dejar de forzar las cosas; no puedo dejarlo. —Intentaba que él entrara en razón y dejara de torturarla.

—Pero no es a él a quien amas sino a mí… Me lo hiciste sentir cuando estuviste conmigo. Deja tú de forzar las cosas y de querer resignarte a solo tener una vida cómoda con él. Juro que te haré verdaderamente feliz.

—No sabes nada Timothy, la felicidad no se trata solo de sexo, tú me complaces; y sí, disfruto estar contigo, pero eso fue todo lo que me ofreciste durante diez años; fuera de una cama no me dabas nada más, mientras que Donatien me brinda un amor equilibrado, pleno y sin mentiras —habló con la verdad, aunque le dolía verlo así, ella no podía arriesgarse a sufrir de nuevo, no lo haría.

—Brigitte…, estoy dispuesto a ser lo que tú quieras que sea, te daré lo que me pidas, lo que necesites… Por favor, te lo estoy implorando de rodillas. No me importa que me hayas abandonado, ni haber sido la burla de todos; ni siquiera que te entregaras a otro hombre. Olvidaré todo, te lo juro; lo único que deseo es estar a tu lado… Por favor mi amor, te lo estoy rogando… Brigitte había perdido la esperanza de encontrarte, pero el destino te puso frente a mí una vez más, dándome la oportunidad de recuperarte, déjame hacerlo mi amor —esbozó y las lágrimas apenas lo dejaban hablar.

—El que no comprende eres tú que has llegado tarde… ya no hay tiempo para nosotros —pronunció en medio de sollozos que le rompían el pecho.

—No, no lo es Brigitte…, ven conmigo.

—Voy a casarme con Donatien en cinco días. —Su voz se rompió tras decir esas palabras—. Voy a casarme.

Se llevó una mano a la boca para ahogar sus sollozos al ver cómo el dolor transfiguraba el rostro de Timothy y él se desplomaba a sus pies; era como si ella acabara de clavarle un puñal en el pecho.

Ella misma se sentía caer por un precipicio. Pocas veces en su vida había sufrido un dolor como ese, era incluso peor que el de aquella madrugada cuando lo abandonó mientras dormía.

Timothy se quedó en silencio un buen rato. Lentamente se puso de pie, mientras la miraba con los ojos inundados de lágrimas y dolor. Las palabras de Brigitte seguían resonando en su cabeza, mientras sentía que era tragado por un abismo, que todo a su alrededor se volvía oscuro y frío; pero su corazón seguía latiendo, manteniéndolo con vida, para su desgracia.

—Timothy yo… —Brigitte quiso consolarlo, no podía soportar verlo tan triste; se acercó a él despacio—. Lo siento…, lo siento mucho, quisiera ahorrarte esta pena, en verdad; pero mi vida ahora llevaba otro rumbo —pronunció apoyándole una mano en la mejilla. Quería besarlo y alejar de su rostro esa sombra, pero eso sería darle esperanzas.

—No te preocupes…, me lo merezco; después de todo, fui yo quien te perdió, ¿no es así? Pero esta será la última vez que fracaso… No vuelvo a apostar en este juego.

—Tim… —Lo llamó sin poder dejar de llorar.

—Que seas feliz Brigitte —dijo mirándola por última vez, para guardarla en su memoria—. Espero que él pueda darte todo lo que yo no pude.

Caminó hasta la puerta y tardó un segundo en abrirla; tal vez con la esperanza de que ella corriera hasta él y lo detuviera, pero no lo hizo, y el corazón se le rompió un poco más.

Salió, dejando tras él a la única mujer que había amado, y la que presentía amaría hasta el último día de vida.

Brigitte se derrumbó al ver que la puerta se cerraba tras él, se llevó las manos a la boca para acallar sus sollozos; y apretó los párpados con fuerza, luchando contra el llanto, pero el dolor no le daba tregua y acabó tendida en el suelo.

Timothy salió sin saber a dónde ir o qué hacer, la verdad era que no sabía qué sería de su vida a partir de ese momento; se sentía más perdido que nunca. Pensó en volver a un bar y beber hasta acabar con su existencia, estrellar su auto contra un árbol o tirarse de cabeza al Sena, para que ese dolor que lo estaba destruyendo desapareciese.

Pero la imagen de su madre llegó como un flechazo, él no podía ser tan egoísta, no tenía el derecho de hacerla sufrir de esa manera, no lo tenía.

Encendió el auto y condujo hasta la mansión de los Marchant, cuando llegó el sol ya casi salía; quiso ir directo a su habitación, pero al pasar frente a la de sus padres llamó a la puerta.

—¡Tim… hijo! ¿Qué pasó? ¿Dónde estabas? —preguntó Violeta al verlo tan desencajado, y salió al pasillo.

—¿Le importaría venir y quedarse conmigo? —inquirió con algo de vergüenza, temía que si se quedaba solo podía terminar cometiendo una locura.

—Claro que no… vamos cariño —contestó ajustándose el salto de cama y caminó junto a él por el pasillo—. ¿Por qué estás así mi amor? ¿Qué te pasó? —cuestionó una vez que llegaron a la habitación y le ayudaba a quitarse los zapatos.

—Necesitaba verla madre…, hablar con ella.

—¡Por Dios Timothy! Voy a ponerme del lado de tu padre y exigirte que dejes esta locura. Ya basta de estar humillándote por Brigitte Brown —expresó con rabia.

—La perdí mamá…, perdí a Brit para siempre. Ella…, ella va a casarse con ese hombre en unos días. Se casará con él.

Comenzó a llorar con amargura y se llevó las manos al rostro para esconder su vergüenza, mientras se dejaba caer en la cama y se hacía un ovillo. Violeta también sintió que esa nueva revelación la golpeaba, pero no más fuerte que ver sufrir a su hijo de esa manera, y todo lo que pudo hacer fue abrazarlo con fuerza para mantenerlo a salvo, pues sentía que se estaba haciendo pedazos.

Donatien despertó abrigado por el exquisito calor que brotaba de un cuerpo desnudo, con su mejilla apoyada en la suavidad de un par de voluptuosos senos y el dulce aroma de un perfume que se le hacía familiar. Deslizó su nariz, sintiendo la piel corrugada y sensible de un pezón, mientras intentaba recordar dónde estaba y qué había hecho, ya que nada de eso le resultaba conocido.

—Aprovechemos que los niños no se despiertan aún y sigamos durmiendo un poco más —pidió Clélia, dándole un beso en el cabello mientras le acariciaba la espalda.

Donatien saltó de la cama al escuchar su voz, las imágenes en su cabeza estaban un poco borrosas y pensó que todo se había tratado de un sueño. Corrió la cortina y la luz inundó la habitación, iluminando a Clélia, quien estaba acostada con solo una delgada sábana cubriendo parte de su cuerpo.

—Buenos días, mi amor —susurró con sensualidad y se estiró como una gata que pide ser mimada; le sonrió, extendiéndole la mano—. Ven aquí Donatien, regresa a la cama y hazme el amor otra vez —pidió apartando la sábana.

—¿Qué hago aquí? —preguntó mostrándose nervioso, y en lugar de aceptar la invitación buscó su ropa.

—¿Cómo que qué haces aquí? —cuestionó ella mirándolo con desconcierto—. Me trajiste de la exposición, hicimos el amor en tu auto, luego subimos aquí y volvimos a hacerlo hasta que acabamos rendidos. ¿Acaso no lo recuerdas? —preguntó molesta.

—La verdad es que… no lo sé, todo está algo borroso; creo que bebí demasiado anoche —mencionó mientras se vestía de prisa, sin poder mirarla a la cara.

—¿Bebiste demasiado? —Ella se envolvió en la sábana y se puso de pie—. Donatien, mírame... ¿Bebiste demasiado?

—Clélia, por favor… Tengo un dolor de cabeza que me está matando —dijo mirándola a los ojos.

—Yo soy quien va a matarte… Ahora me dirás que esto fue un error y que no debió pasar, que tú amas a tu estúpida prometida... ¿Es eso? ¿Me dirás eso? —preguntó con rabia, golpeándole el hombro para lastimarlo.

—Esa es la verdad, estoy comprometido y esto no estuvo bien —pronunció con determinación.

—Pues déjame decirte que anoche creías que era increíble, ¿o no recuerdas cómo disfrutaste cogiéndome? ¿Cómo me pedías más? Sin importar que casi me desvanecía en tus brazos después de correrme una y otra vez…

—No hables de esa manera —pidió, le parecía feo que una dama se expresase así.

—¿Por qué? ¿Te ofendo acaso? ¡O no! Debe ser que tu futura esposa es tan educada y mojigata que nunca te ha hablado de esa manera y ahora te espantas… ¡Eres un infeliz hipócrita! —gritó pegándole de nuevo.

—¡Ya basta! Deja de golpearme y de hablar mal de la mujer que será mi esposa, te exijo que la respetes —dijo sujetándole la muñeca con fuerza.

—¡Tu esposa! Te escuchas tan digno y enamorado llamándola así; así que dime entonces qué carajo pasó anoche, porque cuando me hacías tuya no había ni una sola pizca de amor por ella, todo me lo estabas entregando a mí. ¡Todo! —expresó temblando de rabia e impotencia.

—Anoche no sabía lo que hacía, estaba borracho.

—¡Pues no! Anoche sabías perfectamente lo que hacías, y no culpes al alcohol ni vengas a fingir amnesia que no te creo, te he visto peor.

—Dejemos esta discusión hasta aquí. —Él recogió la chaqueta de su tuxedo y le dio la espalda para marcharse.

—No la amas —esbozó deteniéndolo—. No la amas Donatien… Quizás estás deslumbrado por su belleza y su juventud, porque fue como consumar ese amor platónico que tuviste durante un tiempo, pero en el fondo sabes que eso no es amor ni pasión ni nada de lo que tú y yo tuvimos. Solo que como con todo, necesitas aferrarte a algo y crear tu propia realidad, aunque esté basada en mentiras.

—Tú no sabes nada de mi relación con Brigitte.

—Lo suficiente para saber que lo que digo es verdad. ¿Has sido sincero con ella? ¿Le has dicho que no podrás darle una familia? —cuestionó, no quería lastimarlo hablando de ese tema pero necesitaba que abriera los ojos.

—Eso no es asunto tuyo. —Se volvió a mirarla con rabia.

—No se lo has dicho. —Solo tuvo que ver el miedo en sus ojos para saber que se lo estaba ocultando—. ¿Qué crees que pasará cuando se entere? Ella es tan joven y de seguro sueña con tener hijos, ¿qué hará cuando tú no puedas dárselos? —inquirió metiendo el dedo en la herida.

—¡Ya cállate! —exclamó provocándole un sobresalto, y se acercó de manera amenazadora—. Brigitte me ama y yo la amo a ella, es lo único que importa; y cómo afrontemos los problemas será asunto nuestro, de nadie más; así que ahórrate los comentarios. Lo que pasó anoche fue un error culpa del alcohol, solo eso; me casaré con mi prometida en cinco días y nada hará que cambie mi decisión, ¿te quedó claro? —demandó iracundo por ver cómo una vez más trataba de humillarlo, queriendo hacerlo sentir como un hombre incompleto.

—Sí, me quedó claro… Haz de cuenta que lo de anoche fue tu maldita despedida de soltero y lárgate de aquí —expresó con la voz cargada de dolor y odio.

Donatien salió sintiéndose a merced del resentimiento y la culpa, ambos luchaban dentro de él; y lo que era peor, esos sentimientos no tenían nada que ver con Brigitte, sino con la mujer que acababa de sacar de su vida para siempre.

Capítulo 64

Los días que siguieron fueron para Brigitte y Donatien una constante lucha, se encontraban en medio de un torbellino de emociones, tan contradictorias, que ya no podían estar seguros de nada.

A momentos los asaltaban las dudas y comenzaban a cuestionarse por sus decisiones, pero luego esos episodios pasaban y se convencían de que lo que hacían era lo correcto para los dos.

Él no le contó nada sobre lo sucedido con Clélia, pensó que lo mejor era que Brigitte jamás se enterara, o seguramente acabaría con la relación. Ella tampoco le confirmó sus sospechas de lo sucedido con Timothy, así que lo mejor era olvidar y seguir adelante con el futuro que habían planeado.

Por su parte, Clélia intentó borrar de su memoria esa última noche con Donatien, sabía que no tenía caso insistir más, pues cuando él se empeñaba en algo, no cesaba hasta obtenerlo. Se dedicó a continuar con su vida, entregada a sus hijos y a su trabajo.

Timothy también quiso retomar su rutina, después de estar dos días encerrado en su habitación, llorando y torturándose con los recuerdos de Brigitte, acabó con su duelo y preparó su viaje de regreso a América.

—Qué hermosa te ves, aún no puedo creer que dentro de poco serás completamente mía —susurró Donatien llevándose la mano de Brigitte a los labios para darle un beso, mientras la ayudaba a bajarse de auto.

—Prácticamente llevo viviendo contigo dos años.

—Bueno, pero desde pasado mañana serás oficialmente mi esposa, ante Dios y ante los hombres…

—¿Sigues con la idea de la boda civil? —preguntó ella con algo de desconcierto.

—Sí, aunque nuestras madres no le den importancia a lo civil, porque dicen que no hay nada más poderoso que la bendición de

Dios, yo prefiero las dos —dijo dándole un beso en la mejilla.

—¿Y cuándo será? Porque mañana tendremos un día muy ajetreado Donatien, es la cena familiar…

—Podemos escaparnos al mediodía al Registro Civil, nuestros hermanos pueden ser los testigos. Solo nos tomará una hora convertirnos en marido y mujer. Los únicos requisitos que piden son nuestras identificaciones —respondió con una gran sonrisa.

Sentía que estaba corriendo contra el tiempo desde que supo que Timothy Rumsfeld seguía en la ciudad, y lo que era peor, en la casa de los Marchant. La presencia del exnovio de Brigitte ponía sobre la cuerda floja todo lo que había conseguido en tres años, porque sabía que a ella le había afectado ese reencuentro, aunque no lo dijera.

—¿Qué me dices? ¿Te casas mañana conmigo por el civil mi hermosa musa? —preguntó envolviéndola con sus brazos, mientras la miraba a los ojos.

—Donatien…, no tengo un vestido, no me preparé para una boda civil. —Comenzó a dar excusas sin mirarlo.

—Te vas a ver hermosa con lo que te pongas Brigitte.

—No lo sé, déjame pensarlo… Será mejor darnos prisa o tu madre y la mía entrarán en pánico.

Entraron al ensayo de la ceremonia eclesiástica, donde ya los esperaban parte de sus familiares, todos los recibieron en un ambiente de algarabía; felices por la ocasión tan especial que estaban a punto de celebrar.

Para el final del día, Donatien seguía insistiéndole a Brigitte con lo de la boda en el registro, quería asegurarse de hacerla su esposa.

Su verdadero temor era que Rumsfeld pudiera aparecerse en la iglesia para impedir la boda; y si eso llegaba a pasar, ya sería demasiado tarde, pues ellos serían marido y mujer para entonces.

Timothy intentó rechazar la invitación que le hicieron sus padres y los esposos Marchant, ya que él no deseaba asistir a ninguna cena de despedida, ni forzarse a sonreír y ser amable; lo único que deseaba era largarse de ese país.

Había intentado por todos los medios poder salir del país, no quería estar allí el día en que Brigitte uniera su vida a la de otro hombre para siempre.

Sin embargo, la suerte parecía estar en su contra todo el tiempo, porque no pudo adelantar su viaje, ni comprando otro boleto de avión ni haciéndolo por tren. En el primer caso estaban agotados; y en el segundo, el mal tiempo había retrasado las salidas de los trenes.

Al final, no le quedó más remedio que aceptar la invitación, pues no se sentía bien haciéndoles un desaire a sus anfitriones; además, ellos no tenían conocimiento del pasado que compartía con Brigitte.

Sophie y Pierre eran muy amigos del pintor y de su exnovia, pero no eran los culpables de su desgracia, ni de dejar escapar alguna información de vez en cuando, que lo mantenían al tanto del día y la hora que tendría lugar el enlace.

—Es bueno que te distraigas un poco mi amor, ya verás que la pasaremos bien —mencionó Violeta acariciándole las mejillas cuando lo recibió al pie de las escaleras.

—Seguro que sí —respondió fingiendo una sonrisa.

No quería hacer sentir mal a su madre, ya suficiente había vivido junto a él en esa última semana; además de recibir los reproches que le hizo su padre cuando se enteró de todo.

Le ofreció su brazo y caminó junto a ella para abordar el auto que los llevaría hasta el lujoso restaurante *Le Procope,* en pleno corazón de País.

Cuando llegaron los ubicaron en una de las mejores mesas de un reservado, puesto que los esposos Marchant eran clientes asiduos del lugar. De inmediato entablaron una charla sobre cosas banales.

—Amor, a qué no adivinas quiénes están en la mesa de al lado —comentó Sophie a su marido con una sonrisa, después de que regresase del tocador.

—No tengo la menor idea, pero puede ser cualquiera, ya que tú conoces a medio París mujer —contestó Pierre en tono socarrón mientras miraba a sus acompañantes.

—La pareja más famosa de la ciudad junto a sus familiares, seguramente estarán celebrando antes de la boda, creo que

deberíamos saludarlos —dijo emocionada.

—Mujer, pero si es un evento familiar, nosotros no tenemos nada que hacer allí. —Pierre intentó luchar contra el entusiasmo de su mujer, comenzaba a sentir celos de verdad por Donatien Rimbaud.

—¡Por favor! Será solo un momento… Si gustan, ustedes también pueden venir con nosotros. —Invitó con una sonrisa a la familia Rumsfeld.

—No, tranquila…, no hace falta; vayan ustedes si desean —mencionó enseguida Violenta, apoyando una mano en la espalda de su hijo al sentir cómo se tensaba.

—Sí vayan, nosotros estaremos bien. —murmuró Theodore, sintiendo que el delicioso aperitivo que acababa de degustar le caería mal.

—Bueno, regresamos enseguida —expresó Sophie, feliz de haber arrastrado a su marido con ella.

Timothy se mantuvo en silencio todo el tiempo, solo se llevó la copa de vino tinto a los labios y le dio un sorbo, mientras internamente maldecía una vez más a su destino por ponerlo en esa situación; al parecer, este no se cansaba de hacerlo sufrir por el mismo motivo.

—Tim…, si tú quieres podemos retirarnos. Les decimos que no me siento bien y que deseo descansar —sugirió Violeta, para evitar que su hijo tuviera que seguir en ese lugar, martirizándose.

—No es necesario, estoy bien —comentó en tono casual.

—Estoy de acuerdo con tu madre, deberías irnos.

—Dije que estoy bien —pronunció con los dientes apretados y acabó el vino en su copa—. Vinimos a este lugar a pasar un momento agradable, ¿no? Pues sigamos haciéndolo.

Levantó su mano para atraer la atención del mesonero que les atendía, y cuando este llegó hasta la mesa le pidió que trajera una botella del mejor champán que tuvieran.

Su madre intentó evitarlo, pero él insistió y logró su objetivo; ya estaba cansado de ir por allí, dándole lástima a todo el mundo.

Se puso una máscara y siguió compartiendo con todos, como si nada hubiese pasado, luchando contra su deseo de ver a Brigitte una vez más al saberla tan cerca. Casi se amarró con cadenas a esa silla,

al tiempo que tomaba una copa tras otra; ya que al regresar Pierre y ver que él había pedido champaña, quiso unirse a la celebración y también ordenó que cambiaran su bebida por la espumante.

—Hijo…, creo que sería prudente que dejaras de tomar, recuerda que mañana debes tomar un avión —susurró Violeta, quien estaba desesperada por quitarle la copa.

—No se preocupe madre, no pasa nada. —Sonrió para convencerla y le dio un beso en la mejilla.

Se había obligado a ver ese momento como una emancipación de ese amor que sentía por Brigitte. Si ella celebraba que se casaría con otro, él bien podía festejar que se estaba liberando de ella de una vez por todas; ya no quedaría nada entre los dos, ni promesas ni uniones ni amor, absolutamente nada.

De pronto, escuchó una algarabía que destrozó en un segundo la coraza que había creado en torno a él; era la voz de su exsuegro, quien se mostraba feliz y le deseaba lo mejor a los futuros esposos, seguido de aplausos y exclamaciones de felicidad.

Él no pudo más, ya había soportado demasiado; soltó un suspiro pesado como una tonelada de plomo, y rompió las cadenas que lo ataban; agarró su copa de champaña y la acabó de un solo trago.

—Si me disculpan un momento —dijo mirando a sus acompañantes antes de ponerse de pie.

—Hijo… ¿Qué vas a hacer? —cuestionó Violeta, intentando agarrarlo por el brazo para detenerlo.

—Timothy, quédate aquí —ordenó Theodore furioso.

—Regreso enseguida —mencionó y se fue dejando a su madre preocupada, a su padre iracundo y a los esposos completamente desconcertados, pues no entendían nada.

Se acercó con andar elegante y una mirada soberbia, su intención era mostrarse ante ellos como un hombre fuerte, hacerle ver a Brigitte que ya la había superado, pero en cuanto su mirada se posó en ella, todo cambió y se encontró amándola de nuevo.

—Buenas noches —mencionó para captar su atención, quería que lo viera a los ojos.

En la mesa se hizo un silencio absoluto y más de una sonrisa se congeló después de su saludo. Pasó a ser el centro de todas las

miradas. Brigitte, quien había estado algo taciturna durante la velada y forzándose a sonreír cuando le hablaban sintió que los latidos de su corazón se desbocaban y que el cuerpo se le convertía en una masa trémula.

—Timothy…, qué sorpresa verte aquí —dijo Allan, intentando ser cordial, pero se puso de pie, dispuesto a pedirle que se marchara; claro está, sin hacer un escándalo. Pero no permitiría que le arruinara la felicidad a Brigitte.

—Sí, imagino que debe sorprenderles… Pero tranquilos, no se preocupen; me iré enseguida —aclaró al ver la determinación en Allan—. Solo he venido a darles mis buenos deseos a los futuros esposos —esbozó posando su mirada en Brigitte.

Ella lo miró, rogándole en silencio que no hiciera eso, que no siguiera torturándose más, ni martirizándola a ella; no era justo para ninguno de los dos acabar su historia de esa manera, con tanto dolor de por medio.

—De todo corazón les deseo lo mejor, que sean muy felices, que tengan una vida próspera, con hijos sanos y fuertes.

—Muchas gracias —masculló Donatien, quien ya se esperaba eso desde que los Marchant llegaron a saludarlos.

—Gracias —pronunció Brigitte con un hilo de voz, sintiendo que las lágrimas estaban a punto de ahogarla.

—¿Sabes algo Rimbaud? Tienes a tu lado a una mujer grandiosa, no solo por lo bella que es físicamente, sino por lo que hay en su corazón; por esa fuerza que tiene y por la capacidad de entregarse como nadie más en este mundo. Brigitte es… es única, especial. Y yo tristemente me di cuenta de ello muy tarde —declaró, pero no miraba al pintor sino a la mujer que amaba.

—Yo supe la gran persona que era desde el primer día en que la conocí —acotó Donatien para desafiarlo, para restregarle en la cara lo imbécil que fue.

—No tengo duda de ello… Lo recuerdo muy bien, pues en ese entonces Brigitte era mi prometida —señaló para que supiera que no se iba a dejar amedrentar.

—Timothy…, por favor —rogó Brigitte, negando con la cabeza mientras lo miraba a los ojos.

—Le agradecemos mucho su intención Timothy, pero creo que… —Benedic intentó detener la patética puesta en escena del hijo de su amigo Theodore.

—Que debería regresar a su mesa —acotó Margaret, quien consideraba un abuso lo que estaba haciendo.

—Tranquilos, solo diré algo más y me voy para que puedan seguir celebrando —indicó al ver que comenzaban a incomodarse por su presencia—. Me tomaré el atrevimiento de darle un consejo Donatien: cuídela…, cuide y valore mucho a Brigitte. No haga nunca nada que pueda lastimarla… No se exponga a que un día cuando despierte ya no la consiga a su lado, porque le garantizo que a partir de ese día va a querer morirse, y no habrá un solo instante de su vida en el que no piense en ella y desee volver a tenerla a su lado; y lo peor será cuando se dé cuenta de que ya es demasiado tarde…, que ya la perdió —expresó con la voz ronca por todas las emociones que lo azotaban.

Una lágrima se deslizó por su mejilla; aunque estaba luchando por no llorar era imposible contener todo el dolor que sentía.

Seguir allí era martirizarse, así que haría lo que debió desde el principio: le extendió su mano a Brigitte. Necesitaba de su contacto al menos una última vez.

Ella lo miró unos segundos sin saber qué hacer, podía sentir la tensión de Donatien a su lado y la incomodidad de todos los presentes en la mesa, pero su corazón le suplicaba que aceptara tocarlo.

Se armó de valor, y queriendo parecer tranquila acercó su mano hasta rozar la de Timothy. Él la envolvió en un agarre que era suave y cálido pero al mismo tiempo fuerte y necesitado, mientras sus miradas se fundían.

—Recuerda solo lo bueno que te di…, por favor —pidió acariciándole los nudillos mientras intentaba sonreírle; suspiró, liberando la presión en su pecho; o terminaría sollozando como un niño—. Espero que él sí pueda darte la felicidad que yo no pude… Adiós mi cielo.

Le soltó la mano y se dio media vuelta, sintiendo que el mundo una vez más se derrumba detrás de él, en medio de esa agonía que

le provocaba el saber que no la vería más.

Se acercó hasta la mesa donde estaban sus padres y los Marchant, le dio un beso a su madre en la frente; miró a Theodore, confirmándole que todo había acabado; y después a sus anfitriones.

—Si me disculpan, tengo que retirarme. Muchas gracias por todo, que descansen —mencionó para despedirse.

—Timothy… —Su madre intentó ir tras él.

—Déjalo mujer, necesita estar solo en este momento —dijo Theodore, dándole el espacio que necesitaba para desahogarse en soledad—. Siento mucho todo esto.

—Tranquilo hombre, no hay problema, así son las cosas del corazón —mencionó Pierre, restándole importancia a lo sucedido, aunque sin dejar de estar sorprendido.

Continuaron con la velada por algunos minutos más, intentando borrar el episodio anterior; aunque la curiosidad de Sophie la llevó a indagar, y Violeta le contó la historia de su hijo y Brigitte a grandes rasgos.

Capítulo 65

Brigitte apretó los labios para que sus sollozos no fueran los que rompieran el silencio que quedó una vez que Timothy abandonó el lugar, dejando una pesada tensión sobre sus cabezas. Ella reunió toda la fortaleza dentro de su cuerpo para mantenerse sentada, aunque todo su ser le suplicaba que fuese tras él, que no lo dejara marchar, porque acabaría arrepintiéndose por el resto de su vida.

Suspiró, intentando recuperar la calma que Timothy le había robado, mientras luchaba por alejar esa sensación de desolación que la embargó una vez que él le soltó la mano y se marchó.

Recordó los escasos segundos en los que estuvieron unidos, en los que su vida pareció depender de ese toque que era una súplica silenciosa, la misma a la que estuvo a punto de responder aferrándose a él, pues mentiría si no aceptaba que por un instante pensó en dejar todo atrás y lanzarse una vez más a los brazos del único hombre que había amado en su vida.

La escena fue tan inesperada y conmovedora que trastocó a todos en esa mesa. La familia de Brigitte no sabía qué decir para acabar con ese abrumador silencio, todos sentían lástima por Timothy. La de Donatien, por su parte, no entendía mucho, pero por lo poco que lograron dilucidar, el hombre había sido novio de Brigitte; y por lo visto, seguía teniendo sentimientos muy profundos por ella.

—¿Estás bien *ma chérie*? —preguntó Donatien en un susurro, mientras buscaba sus ojos y se llevaba a los labios la mano que ese infeliz no le había tocado.

—Sí…, sí, claro —respondió obligándose a sonreír, y le dio un suave apretón en la mano.

Donatien la miró a los ojos y no hizo falta que Brigitte le dijera nada más, podía ver la lucha interna que libraba entre quedarse a su lado o ir corriendo tras Timothy Rumsfeld. Supo en ese momento que ella nunca había dejado de amar a su ex, que quizás sentía por él

un profundo cariño y atracción física, pero amor, amor verdadero y profundo como ese que debía sentir una mujer que está a punto de casarse no había dentro de ella.

Le dio un beso en la frente mientras le acariciaba la mejilla, haciéndose el ciego ante lo que acababa de descubrir, pues era demasiado egoísta para dejarla ir.

La sintió suspirar, y fue como si acabara de decirle: «está bien, me resigno a quedarme contigo». Y eso le dolió mucho más, por lo que se alejó mirando a otra parte, tomó la copa de champaña y le dio un gran trago para pasar la amargura que se apoderó de él.

—¿Qué les parece si continuamos con el brindis? —sugirió Allan al ver la reacción de su hermana y su cuñado.

—Claro, continuemos por favor. —Lo apoyó Karla, quien estaba demasiado avergonzada por todo lo sucedido.

—Brindemos entonces, para que la felicidad reine en esta unión —mencionó Benedic elevando su copa y mostrando la mejor de sus sonrisas, mientras los miraba.

Todos los demás emularon sus gestos, sonriendo y alzando sus copas, intentando olvidar el episodio anterior, aunque para muchos iba a ser algo imposible.

La familia de Donatien ignoraba en gran parte la relación que hubo entre Brigitte y ese hombre, pero podían sentir que lo sucedido fue un golpe bajo para Donatien; y sintieron pena por él, pues no merecía volver a sufrir por amor.

—Me disculpan un momento, debo ir al tocador —dijo Brigitte poniéndose de pie, necesitaba salir de allí.

—Te acompaño. —Margaret se levantó también.

Sabía que su prima estaba luchando para no derrumbarse, pues lo vivido instantes atrás podía trastocar a cualquiera. Incluso ella, que no sentía aprecio por Timothy, tuvo que reconocer que la situación de los dos le provocó lástima; a leguas se veía que se amaban, pero los errores del pasado ya no los dejarían estar juntos; como les ocurrió a Paul y a ella.

Donatien no le dijo una sola palabra, solo esperaba que ella no fuese a tardar tanto como la última vez que estuvo bajo el mismo techo que Timothy Rumsfeld. O lo que era peor, que escapase de ese

lugar con él, dejándolo con el alma hecha pedazos, porque estaba seguro que enloquecería, no podría soportarlo; por lo que le rogó con la mirada que no se le fuese a ocurrir hacer algo como eso, porque lo mataría en vida.

Brigitte quiso alejar el tormento que veía en la mirada de Donatien y le dio un beso, solo un roce de labios; después se alejó de prisa, siendo seguida por Margaret, dejando un abrumador silencio tras ella.

Apenas cruzó la puerta del baño dejó libre todos esos sollozos que la estaban ahogando, el llanto salió de ella con tanta fuerza que sentía que le rompería el pecho.

—Brit… —susurró Margaret acariciándole la espalda para consolarla, le dolía mucho verla así.

—¿Qué hago Maggie? ¿Qué hago? —preguntó sintiéndose desesperada y se abrazó a ella con fuerza.

—No lo sé cariño…, pero hagas lo que hagas vas a lastimar a alguien. Sé que no es lo que deseas, pero hay momentos en los que la vida nos acorrala de esta manera y no podemos hacer nada —mencionó hablando en parte por su experiencia, pues ella pudo parar la boda de Paul, pero no lo hizo, porque sabía que iba a terminar lastimando a una persona inocente.

—No es justo… ¿Por qué la vida me hace esto? Yo estaba tan bien con Donatien, todo era perfecto…

—Sí, era perfecto… Y puede seguir siéndolo, solo debes decirle adiós a Timothy para siempre, hacerlo de verdad.

—¿Y cómo se supone que lo haga si lo tengo aquí clavado? —preguntó señalándose el pecho—. Si está en mi piel, en mis pensamientos… Si lo quiero y lo deseo tanto que me duele… ¡Dios mío Maggie! ¿Por qué tenía que aparecer precisamente ahora? —cuestionó una vez más, llorando amargamente y estremeciéndose entera.

Quizás todo eso era una señal para que no se casara con Donatien; o a lo mejor era para que se despidiera de ese viejo amor de una vez por todas.

Prefirió guardar silencio y la abrazó para consolarla, era lo único que podía hacer por ella en ese momento; tragándose sus propias

lágrimas, porque sabía que si se ponía a llorar solo empeoraría las cosas.

Después de un par de minutos Brigitte logró calmarse, se lavó el rostro lo mejor que pudo para no arruinar más su maquillaje, sin atreverse a mirarse directamente en el espejo.

Luchando por sacar de su cabeza esa imagen que le partía el alma. Nunca imaginó que vería a Timothy saliendo de su vida, derrotado, renunciando a ella para siempre.

—¿Crees que en verdad me ame? —Le preguntó a Margaret mirándola a través del espejo.

—Sí, te ama. —Sería muy infame de su parte negarlo; sobre todo, después de lo que había visto; suspiró pesadamente antes de continuar—. Pero como él mismo lo dijo, ha llegado demasiado tarde.

Brigitte asintió en silencio, tragándose las lágrimas que bañaron sus ojos ante esa realidad que ninguno podía negar; respiró profundo y se acomodó el cabello. Después de eso, salió con la férrea convicción de cumplir con su compromiso: regresaría junto a Donatien para hacerlo feliz e intentaría serlo ella también.

Horas después, Brigitte se encontraba acostada en su cama, dejando que las lágrimas brotaran en completo silencio, que la drenaran por completo; pero estas parecían no tener fin, salían más y más sin que las pudiera evitar.

Estaba en la habitación que acondicionaron sus padres para ella, en la mansión que alquilaron a las afueras de París, para así poder preparar todo para su boda.

Suspiró, sintiéndose agotada; cerró los ojos y la imagen de Timothy se hizo presente de inmediato, por lo que con rapidez abrió sus párpados, que estaban pesados e hinchados.

Se puso de pie, consciente de que no iba a poder dormir esa noche; sus pensamientos no la dejaban en paz y sus emociones mucho menos, estaba a punto de volverse loca; se sentía acorralada y lo único que deseaba era irse lejos, olvidar todo y desaparecer.

—Esta vez no puedes hacerlo Brigitte, no es tan fácil. —Se dijo en voz alta, aunque la idea de tomar su maleta y escapar en medio de la madrugada una vez más la tentó.

Su mirada se posó en el hermoso vestido de novia puesto en el maniquí, Margaret lo había dejado allí para que no se fuese a arrugar y luciese perfecto. Era una verdadera obra de arte, su prima le había prometido que le haría el traje de novia más hermoso y lo había cumplido; solo que ella no lo llevaría para casarse con el hombre con el que siempre soñó hacerlo.

«Tú nunca vas a dejar de interesarme, yo disfruto de estar así contigo, de esto… Llevamos diez años juntos, y estoy seguro de que serán muchos más. Yo te quiero, y quiero un futuro contigo».

Brigitte recordó las palabras de Timothy, y la herida en su pecho se abrió mucho más; rompió en llanto nuevamente y se quedó durante horas mirando su vestido de novia.

Las luces del alba la sorprendieron sentada en el diván junto al ventanal, sintiéndose vacía de tanto llorar.

La mirada azul de Donatien se perdía en los tonos violetas del amanecer sobre París, era un espectáculo realmente hermoso, pero en ese momento no era algo de lo que pudiera disfrutar. Se había quedado toda la noche despierto, y no había sido por la emoción de la boda, sino porque sus pensamientos no dejaron de atormentarlo desde que se despidió de Brigitte en la puerta del restaurante y la vio tan perturbada; aunque ella se esforzó por parecer feliz, a él no podía engañarlo.

«Tú no la amas Donatien, quizás estás deslumbrado por su belleza y su juventud, porque fue como consumar ese amor platónico que tuviste durante un tiempo, pero en el fondo sabes que eso no es amor, ni pasión ni nada de lo que tú y yo tuvimos».

Se restregó el rostro con las manos cuando las palabras de Clélia resonaron en sus pensamientos, la frustración lo invadió por completo y tuvo ganas de arrancarse la cabeza para dejar de pensar.

Bebió otro trago del vaso de whisky que tenía cerca y luego suspiró, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Sí, amo a Brigitte. —Reforzó sus sentimientos.

Sin embargo, los recuerdos de esa noche junto a su exmujer le gritaban que se estaba engañando; no era cierto que había olvidado lo sucedido; al contrario, tenía claro que en medio de la borrachera

se entregó con mayor intensidad a Clélia, mucho más de lo que lo había hecho con Brigitte estando en sus cinco sentidos.

Pero eso no significaba que la amase más, fue solo el licor y saber que era un encuentro de una noche, algo casual y prohibido; quizás eso fue lo que lo hizo tan excitante, no que aún estuviese enamorado de ella.

—Mierda…, eso nunca debió pasar. Si lo hubieras evitado no estarías aquí, cuestionándote todo. Amas a Brigitte, no puedes dudar de eso… Pero ¿la amas más que él? —Esa pregunta lo torturaba desde que vio a Timothy Rumsfeld declararle su amor a Brigitte, y luego dejarla libre para que fuera feliz.

Se quedó mirando durante unos minutos los bocetos que guardaba de los cuadros que había pintado de ella. Desde estos, le seguía pareciéndole la mujer más hermosa del mundo, y también seguía sintiéndola inalcanzable, como años atrás.

A pesar de estar a punto de casarse con ella y de que la había hecho su mujer en incontables ocasiones no terminaba de sentirla completamente suya.

Debía acudir a alguien que le ayudara a aclarar sus sentimientos, pues no podía arruinar su vida y la de otras personas solo por cumplir con algo que al final resultase siendo un capricho o un espejismo.

Llegó hasta la puerta de la habitación de sus padres y tocó un par de veces, no podía esperar, así que lo mismo hizo con la de su hermano y su abuela; necesitaba a toda su familia.

—¿Qué sucede Doni? —pregunto Sophie mirándolo sorprendida, al ver que ni siquiera se había cambiado.

—¿Nos hemos quedado dormidos? —inquirió la abuela, quien salía ajustándose su salto de cama.

—¡Vaya, artista! Creo que estás realmente desesperado por casarte. El sol apenas sale y ya quieres comenzar a prepararte para la boda —dijo Philippe con entusiasmo.

—Por favor, acompáñenme al salón, necesito hablar de algo muy importante con ustedes. —Fue todo lo que mencionó y caminó por el pasillo.

Él había remodelado y agrandado su apartamento, para cuando Brigitte se mudase. Con el dinero ganado por las ventas de sus pinturas compró el piso completo, tumbó varias paredes y creó otras habitaciones, todo para darle gusto a la madre de su musa, quien decía que ese lugar era muy pequeño para formar una familia.

También para hacer feliz a Brigitte, pues ella se negaba a mudarse a otro lado. Le encantaba la vista desde su estudio, y había tantos recuerdos de los dos en ese lugar que él tampoco quiso mudarse.

—Bien hijo, aquí estamos… ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirnos? —preguntó Bernard, mirándolo.

—No me casaré —soltó sin rodeos, y fue como si esa sola declaración le quitara un peso de encima.

—¿Qué? —cuestionaron su hermano y su abuela.

—¿Has perdido la cabeza Donatien Rimbaud? —inquirió su madre, quien pensó que ese no era su hijo.

—¿Qué quieres decir? —Bernard pensaba que no había escuchado bien, y lo miraba perplejo.

Donatien suspiró pesadamente y se sentó al borde del sillón mientras los miraba a todos, de pronto sintió que una presión se instalaba en su pecho y le hacía difícil respirar, pero luchó contra esa sensación para continuar.

—Ustedes fueron testigos de lo que pasó anoche, de la llegada de ese hombre y la reacción de Brigitte —dijo como si no hiciera falta más explicación que esa.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver? Ese hombre solo quiso lucirse y hacernos vivir un momento incómodo. Solo estaba despechado, y con razón; perdió a una gran mujer, por idiota. Ella ahora te ama a ti —pronunció Bettina con absoluta convicción, para llenarlo de confianza.

—¿En verdad lo cree abuela? ¿Cree que Brigitte me ama? —cuestionó con algo de rabia, necesitaba que le ayudaran a reforzar su decisión, no que alimentara sus quimeras—. ¡Por el amor de Dios! Ella nunca me ha mirado como lo vio a él anoche… Y dudo que llegue a hacerlo algún día.

Un pesado silencio se instaló en el lugar, mientras ninguno se atrevía a mirarlo a los ojos, antes de esa noche podían asegurar que

Brigitte estaba enamorada de él, pero después de ver cómo se puso por la presencia de su exprometido, las dudas los asaltaban.

—¿Y eso es todo? ¿Dejarás que ese imbécil se salga con la suya? ¿No lucharás por la mujer que amas? —cuestionó Philippe, sin poder creer la cobardía de su hermano.

—Lo haría si la mujer a la que amo sintiese lo mismo por mí, pero no nos engañemos, Brigitte sigue enamorada de ese hombre —expresó con resentimiento.

—Tampoco puedes asegurarlo y lanzar todo por la bordar. —Le contradijo su madre—. Tal vez Brigitte se sintió un poco perturbada por la presencia de ese joven, pero de allí a asegurar que no te quiere me resulta exagerado. Esa chica te ha acompañado durante estos dos años, se ha portado de maravilla con nosotros y nos consta que te complace en muchas cosas; no cualquiera acepta desnudarse y posar para un hombre que no es su marido, aunque sea su prometido.

—Es que no se trata solo de eso… —Donatien se puso de pie y caminó para mirar a través de la ventana, dándoles la espalda, pues no sabía cómo explicar lo sucedido con Clélia, y tenía claro que su familia se pondría furiosa con él.

—Creo que hay mucho más detrás de esta decisión que tu molestia por el episodio de anoche. Y será mejor que nos lo cuentes todo ahora mismo Donatien —exigió Bernard, notando la rigidez de su hijo. Era evidente que escondía algo.

Donatien se volvió, sintiéndose acorralado, pero no podía mostrarse como un cobarde; respiró profundo, llenándose de valor, y comenzó a relatarles todo.

Desde que conoció a Brigitte, siendo novia de Timothy Rumsfeld; los años que la amó mientras le enseñaba en Oxford; y como le ayudó cuando escapó de Londres, abandonando a su prometido, hasta su reencuentro en la exposición, días atrás.

Intentó no ahondar en detalles ni revelar sus sospechas, para no dañar la imagen de Brigitte, por lo que no tenía nada que justificara su manera de proceder con Clélia; y los reproches de su madre y su abuela no se hicieron esperar.

—Nunca dejas de estar encaprichado con esa mujer, ¡qué desgracia! —comentó Sophie con rabia.

—No se trata de eso madre…, pero no puedo negar que lo que me dijo sigue dando vueltas en mi cabeza, y después de lo que vi anoche mucho más. Puede que ese hombre no merezca a Brigitte, pero al menos le dio la mayor muestra de amor que podía darle. Yo, por el contrario, sigo aferrándome a ella, sin importarme el hecho de que estoy lleno de dudas; no solo de lo que ella siente por mí, sino de lo que aún puedo sentir por Clélia… Me estoy comportando como un egoísta —mencionó esperando que ellos lo comprendieran.

—¿Y qué harás entonces? ¿Cancelarás la boda?

—Hablaré con Brigitte, me sinceraré con ella sobre…, sobre mi enfermedad —dijo con la incomodidad que siempre le producía hablar de ese tema—. También sobre sus sentimientos por Timothy. Si después de todo eso sentimos que debemos continuar juntos y casarnos entonces lo haremos, pero si no, será mejor que las cosas acaben ahora y evitar herirnos más adelante.

—Cuenta con mi apoyo hijo, un matrimonio basado en mentiras está destinado a fracasar, y yo no quiero eso para ti. Un hombre jamás debería vivir con el temor de que venga otro a quitarle a su mujer, o atormentado por lo que pudo tener junto a alguien más —pronunció Bernard, quien había escuchado en silencio y analizado todo.

Los otros miembros de la familia apoyaron las palabras de Bernard en silencio; la primera en ponerse de pie fue su abuela, quien lo abrazó muy fuerte para reconfortarlo; luego se acercó su hermano, y por últimos sus padres.

Todos se unieron a él en un abrazo, convirtiéndose en los pilares que Donatien necesitaba en ese momento para mantenerse en pie y salir adelante.

Capítulo 66

Donatien llegó hasta la hermosa mansión que los Brown habían rentado para su estadía en París, y así tener la privacidad que en un hotel no tendrían mientras se preparaban para la boda.

Pidió ver a Brigitte, pues debía hablar primero con ella; y después, si la situación lo ameritaba hablaría con su familia. No se comportaría como un cobarde, él le había dicho que haría a Brigitte su esposa, y hasta ese momento estaba dispuesto a hacerlo; todo dependería de lo que le dijera ella.

—Buenos días Donatien, me dijeron que pidió hablar con nuestra hija, pero creo que lo que sea que deba decirle puede esperar. Ustedes dos no deben verse antes de la boda —mencionó Karla, sorprendida por la presencia del pintor.

—Buenos días señora Brown. Comprendo lo que me dice, pero me temo que esto no puede esperar; necesito ver a Brigitte y le agradecería que se lo hiciera saber —dijo con seriedad mientras la miraba a los ojos.

—Karla, no creo que debamos hacer una tormenta en un vaso de agua por seguir la tradición. Ve a avisarle a Brit por favor —pidió Benedic al ver que su mujer se disponía a protestar.

—Le prometo que seré breve —comentó Donatien para convencerla.

—Está bien, regreso enseguida.

Le dio la espalda, encaminándose a la habitación de su hija, y un mal presentimiento se instaló en su pecho. Esa visita tan inusual no podía significar nada bueno.

Brigitte escuchó un par de toques en su puerta, pero estaba tan absorta en sus pensamientos que tardó algunos segundos en poder reaccionar. Se acomodó lo mejor que pudo, llevándose las manos a las mejillas para secar cualquier rastro del llanto que pudiera quedar;

respiró profundo y se preparó para esbozar la mejor de sus sonrisas; después de todo, la vida debía continuar.

—Adelante —mencionó y su voz salió muy ronca, por lo que se aclaró la garganta, vio que era su madre quien entraba y pensó que había llegado la hora de comenzar a prepararse—. Buenos días mamá.

—Buenos días mi amor, ¿cómo amaneces? —Se acercó para saludarla con un beso en la mejilla, pero se detuvo en seco al verla tan demacrada—. ¡Por Dios Brigitte! ¿Acaso te sientes mal? —preguntó creyendo que estaba enferma, aunque por sus ojos podía adivinar lo que sucedió.

—Lo siento, es que anoche no pude dormir bien, me siento muy nerviosa. —Se excuso alejándose, le daba vergüenza que viera los estragos del dolor en ella.

—Por supuesto, nos sucede a todas un día antes de la boda —dijo fingiendo que le creía.

—Pero no se preocupe, en cuanto Maggie despierte le pediré que me haga una mascarilla de esas milagrosas que se pone y quedaré radiante —expresó con un falso entusiasmo—. Creo que tenemos tiempo, aún es temprano, ¿no?

—Sí, por supuesto, he venido porque tu novio está aquí y quiere hablar contigo, lo que me parece una locura…

—¿Donatien está aquí? —preguntó alarmada sin siquiera dejar terminar a su madre.

—Sí, llegó hace un momento.

—¿Y qué dijo? ¿Para qué pide verme? —inquirió sintiéndose cada vez más preocupada y tensa.

—No lo sé, simplemente dijo que debía hablar contigo.

Brigitte sintió que el pánico se apoderaba de ella, las ideas se chocaban en su cabeza, presentándole varios escenarios; tal vez solo había ido para verla y confirmarle su amor o quizás deseaba entregarle algo para que lo usara; o en el peor de los casos, estaba furioso por lo de Timothy y venía a exigirle que después de ese día se mantuviera lejos de él.

—¿Vas a recibirlo? —cuestionó Karla mirándola.

—Sí…, claro madre, es mi prometido.

—Está bien, pero antes arréglate un poco y ponte algo decente, no puedes recibirlo en ropa de dormir —ordenó, no le importaba que ellos tuvieran una relación de pareja, bajo su techo debían mantener el decoro.

—Por supuesto, no tardo —dijo y casi corrió al baño, debía evitar que notase su desolación.

Minutos después bajaba en compañía de su madre, llevando un hermoso vestido azul marino con falda plisada, detalles en lunares blancos y cuello redondo, que le llegaba a las rodillas. En apariencia, lucía igual de bella que siempre, lo que hizo que el corazón de Donatien se desbocara en latidos, pero se movía con cierta rigidez y eso fue suficiente para que él supiera que estaba nerviosa.

—Buenos días Donatien, qué sorpresa verte aquí hoy —mencionó mostrando la mejor de sus sonrisas, se acercó y le dio un ligero toque de labios, ya que sus padres estaban allí y no se atrevía a nada más intenso.

—Buenos días, vine porque necesito hablar contigo de algo muy importante. —Fue directo al grano, porque si no lo hacía rápido terminaría arrepintiéndose.

—Claro, ¿te parece bien si desayunamos y…? —Brigitte intentaba ganar tiempo, esa actitud tan seria la asustaba.

—Podría ordenar que nos sirvan el desayuno en la terraza, hoy hace un lindo día —sugirió Karla, quien se moría por saber lo que el pintor quería hablar con su Brigitte.

—Me gustaría que esta conversación fuese en privado —pidió Donatien, atajando las palabras de su suegra.

—Vayan a mi estudio, allí podrán conversar. —Benedic pensó que lo mejor era dejar de dilatar esa situación, pues veía que su yerno tenía prisa por hablar—. Si deseas algo para comer puedes pedir que te lo lleven allá Brigitte.

—No, está bien, puedo esperar —acotó y supo que no tendría escapatoria—. Ven Donatien, es por aquí. —Lo agarró de la mano y lo llevó hasta el estudio.

—Esto no está bien —dijo Karla, viéndolos alejarse.

—Tranquila mujer, ¿qué puede pasar?

—Por lo sucedido anoche con Timothy y la actitud de Rimbaud, temo que haya decidido cancelar la boda, y sería un verdadero desastre —contestó con temor.

—¿Te lo parece? —También le dio esa impresión.

—Roguemos a que esté equivocada, pero es lo que presiento… Eso dejaría a nuestra hija arruinada.

—No lo creo; es decir, en el hipotético caso de que se cancelara la boda no sería un desastre y Brigitte no estaría arruinada. La niña se está casando porque nosotros se lo exigimos y porque siente cariño por el hombre, pero no porque esté enamorada de él. Continuar con esto sí sería un verdadero desastre —explicó con tono relajado.

—No puedo creer que estés hablando así, a estas alturas el amor puede quedar en segundo plano, lo que importa es que el hombre la respete, la valore y le brinde estabilidad, solo eso… ¿Y desde cuándo eres tan romántico?

—Siempre lo he sido mujer, en este matrimonio tú eres la cabeza y yo el corazón. Y todo lo que quiero es la felicidad de mi hija, solo eso —respondió llanamente.

Karla no quiso mencionar el nombre de quien sabía representaba la felicidad para su hija, porque aún seguía resentida con él por aprovecharse de ella.

Sin embargo, estaba dispuesta a perdonarlo, si demostraba que esta vez actuaría como un hombre de palabra y le respondería a su niña, como debió hacer años atrás.

Brigitte caminó con Donatien hasta un sillón de dos plazas y se sentó junto a él, manteniendo el agarre de sus manos mientras lo miraba a los ojos y le sonreía. Eso era en su exterior, porque por dentro sentía que se derrumbaría de un momento a otro.

Estaba luchando por no hacerle caso a esa voz en su cabeza que le gritaba que esa era su oportunidad para acabar con toda esa mentira.

—¿Dormiste bien? —preguntó algo casual, para llenar el silencio que le resultaba abrumador.

—No, la verdad es que no pude hacerlo. Me quedé toda la noche pensando —respondió siendo sincero.

—¿Pensando? —inquirió de nuevo con un hilo de voz, se aclaró la garganta y siguió—. ¿En qué pensabas?

—En nosotros…, en la boda, en los planes que hicimos y todas esas promesas. —Se calló un segundo para poder armarse de valor, respiró hondo y la miró—. En esas promesas que tal vez no seamos capaces de cumplir.

—No entiendo… ¿De qué hablas Donatien? —El temor la envolvió y comenzó a temblar.

—De las cosas que no nos hemos dicho Brigitte, de eso hablo… Prometidos ser siempre sinceros, pero la verdad es que no lo hemos sido, no del todo.

—Donatien…, yo no… —Ella pensó que hablaba de lo sucedido con Timothy e intentó restarle importancia.

—Por favor, déjame continuar. Quiero ser el primero en sincerarme —dijo y al ver que ella asentía prosiguió—. No te he dicho algo que estás en el derecho de saber, porque esto no solo me afecta a mí, sino que también terminará haciéndolo contigo…

—No entiendo de… —Él le hizo un gesto con un dedo, para que lo dejara terminar.

—No podré darte hijos, tengo una enfermedad que me lo impide.

—¿Qué dices Donatien? —preguntó soltándose del agarre y mirándolo como si acabara de pegarle.

—Lo que escuchas, soy estéril.

—No, no puede ser… Tienes que estar mintiendo —mencionó negando con la cabeza, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No, no lo hago… Ese fue el motivo por el que Clélia y yo terminamos. Ella necesitaba tener una familia y yo no podía dársela, así que acabó con nuestra relación; se casó con otro, con quien tuvo gemelos…; y luego se separó de él. Al parecer, su único objetivo era ser madre —explicó ante la mirada perpleja de Brigitte.

—¿Y por qué no me habías contado sobre esto? ¿Por qué esperar hasta el día de la boda? —cuestionó sintiéndose dolida y furiosa. Donatien le estaba arrebatando de una manera muy cruel uno de sus mayores sueños.

—Lo siento…, lo siento tanto mi musa. Yo… no lo sé, sentía miedo de perderte, como perdí a Clélia. Sé que estuvo mal y que fue

egoísta de mi parte, pero estaba aterrado ante la sola idea de que me dejaras —respondió poniéndose de pie, necesitaba tocarla, saber que no lo odiaba.

Brigitte se quedó en silencio, tratando de asimilar esa noticia, que si bien no cambiaba las cosas, era un golpe muy bajo; y para el cual no estaba preparada. No sabía cómo podría lidiar con eso, con la idea de no poder tener un bebé nacido de su vientre.

—Brigitte…, sé que esconderte esto no estuvo bien, por eso he venido hasta aquí para decírtelo, no es justo que te cases conmigo estando ignorante de algo que afectará tanto nuestra relación a futuro —dijo apoyándole las manos sobre los hombros.

—No, por supuesto que no es justo —expresó con molestia y se volvió para mirarlo—. Me engañaste Donatien, nos engañaste a todos…

—Lo siento —susurró apenado, bajando el rostro.

—¿Lo sientes? Tú sabes bien con cuánta ilusión esperan mis padres que les dé nietos, viste cómo se pusieron de felices con la llegada del pequeño Brian… ¡Por Dios! Viste mi propia emoción cuando lo cargaba e imaginaba que algún día tendría uno propio entre mis brazos. Lo viviste todo junto a mí y no me dijiste nada. —Descargó toda su rabia en palabras, mientras las lágrimas brotaban solas.

—Por esto precisamente no te lo dije, porque tenía miedo de cómo ibas a reaccionar.

—¿Y cómo esperabas que lo hiciera? —inquirió con una mirada de asombro y resentimiento.

—No lo sé…, tal vez esperaba que comprendieras la situación y que… ¡Demonios! No lo sé Brigitte, pero entendería si por este motivo decides no casarte —dijo mirándola a los ojos, mientras temblaba por dentro.

—Es que… ni siquiera se trata de tu condición, sino de que me engañaste Donatien…, sabes que odio las mentiras, lo sabes… ¿Cómo pudiste? —cuestionó de nuevo, pero él solo se mantuvo en silencio. Ella suspiró y comenzó a caminar de un lado a otro—. No voy cancelar la boda, no seré como Clélia Albrecht, yo no te voy a rechazar… Pero tampoco esperes que perdone esto de un día para

otro. Tendrás que darme tiempo, y no le diremos nada a mi familia, no por ahora —explicó, pues le parecía injusto dejarlo por algo que no era su culpa, sino de la naturaleza que lo había creado así.

—No puedo dejar que renuncies a algo que deseas tanto, sé que ansías ser madre Brigitte.

—Y lo seré…, solo que no serán hijos nacidos de mí, pero podemos adoptar, muchas parejas lo hacen y son felices; no estaría mal —propuso como una posibilidad a futuro.

—¿Por qué resignarte a eso cuando puedes tenerlos nacidos de tu vientre? —preguntó mirándola a los ojos.

—Me acabas de decir que no puedes dármelos, ¿cómo se supone entonces que pueda tenerlos? —cuestionó algo molesta al pensar que él no estaba tomando ese asunto en serio—. A estas alturas ya sé que los bebés no los trae la cigüeña y que se necesita de un hombre y una mujer para hacerlos Donatien —expresó con tono áspero.

—El hombre que puede hacerte madre existe, y tú lo conoces bien —mencionó, aunque le dolía en el alma decir esas palabras debía afrontar su situación.

—No te entiendo —pronunció y su voz salió temblorosa ante la sospecha de lo que él podía decir.

—Creo que es hora de que tú también te sinceres Brigitte. —La miró a los ojos para que no lo esquivase.

Ella se sintió como un animal acorralado por su depredador, sus pupilas se movían con nerviosismo mientras veía el gesto impasible de Donatien.

Algo no andaba bien, pudo presentirlo desde que supo que él estaba allí, pero aún no terminaba de comprender a dónde quería llegar con esa conversación.

Capítulo 67

Donatien la miraban fijamente, había llegado el momento que más había temido, porque no sería fácil escuchar de labios de Brigitte lo que ya sospechaba. Sin embargo, era lo que necesitaba para poder dejarla libre, que ella le confirmara que seguía enamorada de su exnovio.

—¿De qué se trata todo esto Donatien? ¿Acaso es algún tipo de juego macabro? Porque si es así, te aviso que escogiste muy mal momento para hacerlo —advirtió, queriendo mostrarse segura, pero su tono era trémulo.

—No es ningún juego, y escogí el momento indicado para acabar con todo esto; es mejor hacerlo ahora, antes de que sea tarde —respondió encarándola y la agarró por los hombros al ver que pretendía huir—. Anoche me quedó claro que sigues amando a Timothy Rumsfeld, así que… ¿Por qué te casas conmigo Brigitte? —cuestionó.

—Esto no tiene sentido. —Intentó alejarse, no podía mentirle mirándolo a los ojos.

—Estás en lo cierto, no tiene sentido que te cases conmigo solo por cumplir con una promesa que le hiciste a tus padres o porque es lo correcto.

—Lo que no tiene sentido es que después de dos años de relación y de que hayamos esperado tanto por este matrimonio vengas aquí y me digas todo esto. ¿Qué sucede? Y quiero la verdad —exigió mirándolo a los ojos.

—Sabes la verdad, aunque te niegues a reconocerla.

—¿Qué es lo que tengo que reconocer por el amor de Dios? —preguntó con desesperación, ya no podía seguir soportando más tanta presión—. ¿Qué quieres que te diga Donatien? ¿Que luché durante tres años para olvidarme de Timothy y que no pude hacerlo? ¿Que sigo enamorada de él y que me moría por salir corriendo

detrás suyo anoche? ¿O que no pude dormir pensando en lo que vivimos?... Llorando porque ya nada de eso podrá ser ¡¿Es lo que quieres escuchar?! —exclamó en medio de un llanto amargo y desesperado, sintiéndose más expuesta de lo que nunca había estado en su vida—. ¡Maldición! —Se dejó caer en el sillón, mientras su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos. Sentía que ya no había ninguna coraza que escondiera sus sentimientos.

—Sí, es lo que quería escuchar —respondió Donatien, dejando que sus propias lágrimas lo rebasaran.

—¿Por qué me hiciste esto? ¿Por qué nos lo hiciste a los dos? —cuestionó escondiendo el rostro entre sus manos.

—Porque necesitábamos hablar con la verdad, nos lo prometimos, ¿lo recuerdas? En el tren, cuando decidiste venir conmigo a París —pronunció mientras le acariciaba la espalda para consolarla; después la forzó a mirarlo a los ojos, acunándole el rostro con las manos.

—No debí decir todas esas cosas…, tienes que olvidarlas.

—No olvidaré nada, y tampoco te arrastraré a una vida carente de la emoción que te dará ser madre; intenté hacerlo con Clélia y las cosas salieron muy mal.

—Ella y yo no somos iguales, ya te dije que…

—Tampoco voy a vivir en un matrimonio sin amor. No es eso lo que deseo para mí, tampoco para ti —dijo con determinación.

—Pero yo te quiero, nuestro matrimonio sería por amor. —Lo contradijo mirándolo a los ojos.

—Me quieres, lo sé, pero no me amas. Ya no sigas engañándote Brigitte, ni intentes hacerlo conmigo. Merezco una mujer que sea mía por completo, y tú no lo eres… Nunca los has sido —habló con seriedad.

—Donatien… —Intentó convencerlo.

—No voy a casarme contigo Brigitte, lo siento mucho.

—¡No es justo! —expresó sollozando.

—Pero es lo mejor para los dos, créeme —susurró acariciándole las mejillas, perdido en sus ojos, que parecían dos lagunas por las lágrimas que los colmaban.

—¿Cómo le diremos esto a nuestras familias? —inquirió con preocupación, no quería que eso lo perjudicara.

—La mía ya está al tanto, y estoy dispuesto a hablar en este momento con la tuya. Asumiré toda la responsabilidad.

—No, no dejaré que lo hagas. Permíteme contarles y decirles que fue mi decisión —pidió queriendo cuidar de él, se lo debía.

—Es mi deber darles una explicación Brigitte.

—Por favor, debes dejar que sea yo quien hable con ellos. En estos años me has ayudado a madurar, a afrontar nuevos retos; déjame demostrar que soy esa mujer fuerte que siempre quise ser.

—Está bien —dijo sonriendo con orgullo.

—¿Qué harás? ¿A dónde irás? —preguntó con preocupación al ver que se ponía de pie.

—Aún me falta sincerarme con alguien… —esbozó sin querer entrar en detalles, pero la mirada de Brigitte le exigía que continuara —. Tengo que ver a Clélia, no quedamos en buenos términos la última vez que nos vinos y le debo una disculpa.

—¿Fue la noche que la llevaste a su casa? —Brigitte escuchó el rumor, pero no tenía la moral para reprocharle nada, así que no le reclamó; además, confiaba en él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendido.

—Alguien hizo el comentario cuando fui al salón para firmar unos documentos pendientes. ¿Discutiste con ella?

—Bueno, había bebido mucho… —Se interrumpió sin saber cómo decirle la verdad, se rascó la cabeza y bajó la mirada—. Y no sé cómo pero terminé acostándome con ella… Desperté aturdido y arrepentido de lo que había hecho, discutimos y nos dijimos cosas muy duras.

—Comprendo —mencionó con los dientes apretados, pero se tragó la rabia que le provocaba su traición, pues ella había actuado peor al tener sexo con Timothy a escasos metros de donde Donatien se encontraba—. Bueno, será mejor que hables con ella, se nota que entre ustedes hay cosas pendientes.

—Tú también deberías… —No pudo continuar, no era fácil decirle a la mujer que estuvo a punto de ser su esposa que fuese a buscar a otro hombre. Sin embargo, deseaba su felicidad, así que le ayudaría a conseguirla—. Se está quedando con sus padres en casa de los Marchant.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó desconcertada y temerosa de que él hubiese ido a reclamarle algo.

—Me enteré por casualidad —respondió y fue consciente de que debía confesar algo más—. Sabía que seguía en París, por eso mi insistencia en casarnos por el civil antes; temía que en la iglesia sucediera algo como lo del restaurante… Pero ya ves, fue lo mejor.

Brigitte insistió en que Donatien no se despidiera de sus padres, pues si lo hacía, estos no lo dejarían marchar sin que les dijera el motivo de esa visita; y si él no quería seguir mintiéndoles, lo mejor era que se fuese sin verlos.

Lo acompañó hasta su auto y se dieron un abrazo más, prometiéndose que se verían de nuevo y que sin importar lo que sucediera en adelante, seguirían siendo amigos.

—Busca a Clélia, te ama y merece una oportunidad.

—Todos nos la merecemos, incluso Timothy Rumsfeld.

Brigitte asintió y se abrazó a él con fuerza, agradeciéndole en silencio todo lo que le había dado, por ser tan especial y maravilloso, por hacer que se sintiera realmente hermosa y valorada.

No pudo evitar que las lágrimas se hicieran presentes, era muy duro despedirlo, saber que quizás no lo vería en mucho tiempo.

Donatien se alejó para mirarla una vez más, y no pudo evitar rozar sus labios con los de ella. Al sentir que Brigitte no se alejaba, se permitió darle un último beso, uno apasionado, donde le demostraba toda la devoción y el amor que aún sentía.

Sospechaba que pasaría mucho tiempo para que pudiera borrar todo lo vivido, su amor había sido tan perfecto que quizás por eso estaba destinado a no ser.

Cuando se separaron la miró a los ojos, deseando expresarle tanto, pero prefirió guardar silencio para no hacer las cosas más difíciles. Sin embargo, recordó algo que lo hizo sonreír, porque la vida a veces puede parecerse mucho a una película, con ese tipo de amores que pocos consiguen y que muchos añoran vivir.

—«Siempre nos quedará París» —citó esa famosa frase de la película Casablanca.

Brigitte asintió mientras le regalaba una radiante sonrisa que lo emocionó. Se abrazó a él una vez más y le dio un último toque de

labios.

Había llegado la hora de marcharse, así que la soltó y después de dedicarle una mirada más, subió al auto y salió del lugar.

Karla la vio regresar y enseguida caminó hasta la puerta, necesitaba enterarse de lo que había sucedido, no podía seguir en esa zozobra.

—¿Se fue? —Notaba a Brigitte taciturna.

—Sí, se marchó… ¿Puede pedirle a papá y los demás que vengan al estudio? Necesito hablar con ustedes —habló mostrándose serena, pero se moría de miedo.

—¡Oh Dios mío! Esto… esto… —Karla se quedó sin voz al comprobar que sus sospechas eran ciertas. Se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar.

—Por favor mamá, no se ponga así… —Brigitte se acercó y la abrazó con fuerza.

—¿Y cómo quieres que me ponga Brigitte? —inquirió angustiada y todo el cuerpo le temblaba, sentía que su hija se había desgraciado la vida definitivamente.

—¡Buenos días familia! —mencionó Allan entrando a la casa con su hijo en brazos y en compañía de Pauline. Venían para prepararse, pero al ver la actitud de su madre tuvo un mal presentimiento—. ¿Qué sucede? —preguntó alarmado, pues de camino había visto el auto de Donatien.

—¡Que te lo diga tu hermana! Yo me rindo, no puedo más —contestó Karla rompiendo a llorar.

—¡Tía!… ¿Qué le pasa? —cuestionó Margaret, quien bajaba las escaleras en ese momento.

—Te dará algo como no te tranquilices Karla —advirtió Benedic, a quien esa reacción le parecía muy exagerada, pues en el fondo, su mujer sabía lo que pasaría.

—Quizás sea lo mejor, así me interno en un hospital y me ahorro esta vergüenza —expresó llevándose una mano al pecho por la presión que sentía.

—¡Ya basta mamá! No es justo que me haga sentir peor de lo que ya estoy —pronunció Brigitte llorando.

—Bueno, vamos a empezar por calmarnos y hablar como personas civilizadas. —Allan se decidió a poner orden, pues no entendía nada.

—*Chéri*, será mejor que vaya a pedir un vaso de agua para tu madre —sugirió Pauline, y le extendió los brazos a su marido para que le entregara al niño y pudiera consolarla; su madre lo necesitaba en ese momento.

—Te lo agradezco amor —respondió él mostrándose apenado, la señora parecía sacada de alguna tragedia griega, siempre con el drama a flor de piel.

—Pasemos al estudio y dejemos de hacer un espectáculo delante de los empleados. —Se acercó a su hermana y le acarició la espalda para consolarla, ella lucía tan perdida y devastada que le dio lástima.

Entraron al lugar en medio de un pesado y tenso silencio, esperaron a que Pauline regresara, ya que también era parte de la familia y merecía saber lo que estaba pasando.

Cuando entró, se acercó a su suegra y le ofreció el vaso con agua, le había dejado el bebé a una de las empleadas, porque no le parecía bien que estuviera en medio de una discusión.

—Bien, ya estamos todos, ahora dígannos qué está pasando —preguntó Allan mirando a Brigitte.

—Donatien Rimbaud vino a cancelar el matrimonio —respondió Karla antes de que su hija hablara.

—¿Cómo? —inquirió Allan sorprendido. La rabia lo embargó enseguida y pensó en ir a exigirle una explicación al pintor—. ¿Es eso cierto Brigitte? —cuestionó mirándola.

—No fue él…, fui yo —respondió obligándose a mirarlo.

—No nos mientas para defenderlo, él fue quien vino hasta aquí y pidió hablar contigo —pronunció Karla mientras veía a su hija con resentimiento.

—Karla tiene razón. —La apoyó Benedic y le exigió con la mirada que dijera la verdad.

—Dinos realmente lo que pasó Brigitte —demandó Allan sin quitarle la vista.

—Sí, será mejor que digas la verdad, porque como haya sido él quien canceló, voy ahora mismo y le corto las pelotas —dijo

Margaret, realmente furiosa.

—¡Ay por Dios! ¿Podrías cuidar tu lenguaje Margaret Milton? Te expresas como un obrero. —Le reprochó Karla.

—Yo lo sostendré para que puedas hacerlo Maggie. —La apoyó Allan, quien por primera vez no la retaba por hablar así, él también deseaba darle una paliza al pintor.

—Dejen de hacer amenazas en contra de Donatien, aquí la única culpable soy yo. —Brigitte defendió a su ahora exnovio. Percibirlo de esa manera le provocó mucha tristeza, pero debía afrontar que a partir de ese día eso sería.

—Vamos a escuchar a Brigitte y después decidimos qué hacer con Donatien Rimbaud —propuso Benedic, quien no se mostraba molesto, porque sabía que cancelar esa boda era lo mejor.

Su mejor don era observar, y sabía que su hija no amaba al pintor; lo apreciaba y se sentía bien junto a él, pero no era amor. En cambio, le bastó ver cómo miraba a Timothy para saber que a este sí lo seguía amando.

Brigitte se debatía entre decirles la verdad o solo revelarles una parte y asumir toda la responsabilidad ella; se había prometido que no perjudicaría a Donatien. Sin embargo, al recordar la decepción que dejaba descubrir un engaño, supo que no podía hacerlo, no podía mentirle a su familia, así que respiró profundo y se armó de valor para contarles las cosas tal y como sucedieron.

Después de dos horas Brigitte terminó de contarles todo, lo hubiese hecho en menos tiempo, pero las reacciones de sus familiares siempre interrumpían el relato. Al final, todos estuvieron de acuerdo en que cancelar la boda había sido lo mejor; bueno, a excepción de Karla, quien seguía quejándose por el trabajo perdido y por la vergüenza que significaría llamar a cada invitado para avisarles que el enlace no se llevaría a cabo.

—Vamos a dejarle esa tarea a la planificadora, no tienes que pasar por eso si no quieres —dijo su esposo, rodeándole los hombros con un brazo para abrazarla y reconfortarla, luego le dio un beso en la sien.

—Pero las personas van a querer hablar con nosotros, saber qué pasó —respondió acongojada.

—Creo que si alguien debe dar explicaciones soy yo —mencionó Brigitte, no quería que su madre pasara por eso.

—Nadie aquí va a dar ninguna explicación, que cada quien se meta en sus asuntos. Esas personas únicamente estaban invitadas, no son parte de la familia. Además, solo quieren los pormenores para ir por allí de chismosos —ordenó Benedic con determinación.

—Papá tiene razón, aquí nada tiene porqué dilucidar nuestros asuntos familiares, solo se cumplirá con informar que la boda se canceló, es todo —mencionó Allan acercándose a Brigitte para abrazarla—. No debes preocuparte por nada pequeña, regresarás con nosotros a casa, así podrás pensar tranquilamente y decidir lo que quieras hacer.

—En realidad… ya sé lo que quiero hacer —mencionó mostrando una sonrisa tímida y la mirada brillante.

Toda la familia se sintió a la expectativa, querían saber qué decisión había tomado, pero solo bastaron unos segundos y ver la ilusión en sus ojos para que adivinaran lo que haría.

En el fondo se alegraron; después de todo, ella tenía derecho a buscar su felicidad y compartir su vida con el hombre que verdaderamente amaba.

Y algo les decía que esta vez sería para siempre.

Capítulo 68

Brigitte nunca se había sentido tan ansiosa por llegar a un lugar como en ese momento, se encontraba a punto de quitarle el volante del auto a su hermano y conducir ella. Aunque al mismo tiempo sentía un temor horrible, no sabía lo que le diría a Timothy, y cada vez que pensaba en ello su mente se ponía en blanco, todo el cuerpo comenzaba a temblarle y hasta sentía náuseas a causa de los nervios.

—Bien, llegamos —anunció Allan, estacionando frente a la hermosa mansión con fachada clásica, al mejor estilo parisino—. ¿Estás segura de que no deseas que vaya contigo? —preguntó al ver que Brigitte estaba paralizada.

—No te preocupes, estaré bien —respondió luchando por mostrarse segura, respiró profundo, antes de bajar y encaminarse con pasos trémulos.

El mayordomo de los Marchant la recibió y la hizo pasar a uno de los salones, mientras iba en busca de los señores Rumsfeld; a ella le extrañó un poco, pues no había pedido hablar con ellos, sino con Timothy. Sin embargo, guardó silencio y esperó a que él, al saber que ella estaba allí, también viniese a verla.

—Buenos días señor y señora Rumsfeld. —Los saludó al verlos entrar, decepcionándose un poco de no ver a Timothy, creía que estaría loco por verla.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? —cuestionó Theodore, mirándola con resentimiento.

—Amor, por favor. —Violeta lo agarró del brazo.

—Solo vine porque quería hablar con su hijo —respondió nerviosa ante la reacción de su exsuegro.

—Pues él no está, se ha marchado…; y será mejor que tú también lo hagas —dijo en tono hosco, no podía creer la desfachatez de esa joven, después de todo lo que había hecho, pretender buscar a su hijo de nuevo.

—¿No está?... —inquirió parpadeando y llenándose de miedo—. No entiendo, ¿a dónde ha ido?

—Ese no es tu problema —contestó manteniendo esa actitud brusca contra ella.

—Theodore, ya basta —exigió Violeta, mirándolo con reproche—. ¿Acaso no eres un caballero? ¿Es esta la manera de tratar a una dama? —Le discutió, mirándolo a los ojos. Entendía que estuviera molesto con Brigitte, ella también lo estaba, pero debía dejarla hablar.

—Lo único que quiero es que se mantenga lejos de Timothy. Y si tengo que portarme como un bárbaro para conseguirlo lo haré. —Caminó hacia Brigitte, dispuesto a sacarla de allí.

—Señor Rumsfeld, comprendo que esté molesto conmigo y que esté intentando proteger a Tim…, pero no he venido aquí con la intención de hacerle daño, yo solo… solo quiero verlo y hablar con él —pidió, tratando de convencerlo para que le dejara verlo.

—Ya te dijimos…, no está, se marchó esta madrugada.

—¿Es eso cierto? —Le preguntó con voz estrangulada a Violeta, sabía que ella sí le diría la verdad.

—Sí, no quería estar en París el día de tu boda, tal vez para no verse tentando de ir y tratar de impedirla; no deseaba exponerse a una nueva humillación —respondió, mirándola con algo de pena y con algo de resentimiento, al recordar todo lo que pasó su hijo.

—Como si no hubiese sufrido suficiente con su abandono, ahora quiere humillarlo más —espetó Theodore.

—Señora Violeta…, necesito hablar con él; por favor, dígame dónde está. —Apeló al buen corazón de la madre del hombre que amaba.

—Yo… Brigitte… —No sabía si responderle, ya no quería que Timothy siguiera sufriendo.

—Ella no te dirá nada, es mejor que te vayas, regresa con ese pintor. ¿Acaso no era hoy su boda? Pues ve y cásate con él… y deja a nuestro hijo en paz —demandó sin disimular su rabia, mientras le señalaba la puerta.

—¡Ya no voy a casarme! ¿Me escuchó? —preguntó para ver si lo había entendido, pues se lo gritó a la cara, estaba furiosa por sus

maltratos—. Cancelé mi boda, ¿y le digo algo más? No me importa que me oculten dónde está Tim, voy a buscarlo aunque tenga que mover cielo y tierra, voy encontrarlo y hablaré con él, así a usted no le guste —pronunció temblando de rabia.

Les dio la espalda para esconder sus lágrimas y caminó de prisa hasta la puerta, sintiendo que el corazón le iba a estallar de lo rápido que le latía. Ella no podía permitirse perderlo, no después de haberse reencontrado, que él le confesara que la amaba y que el destino le estuviese dando esa segunda oportunidad.

—Brigitte, espera —mencionó Violeta, antes de que lograse salir. Estaba renuente a darle información, pero que ella hubiese cancelado su boda lo cambiaba todo.

—Violeta, será mejor que pienses bien lo que vas a decir. —Le advirtió Theodore, mirándola fijamente con reprobación.

—Ya deja de darme órdenes, ¡suficiente! Timothy también es mi hijo y solo quiero lo mejor para él. Así que haz el favor de dejarnos solas, tengo que hablar con Brigitte —dijo con determinación mirándolo a los ojos, vio que iba a protestar y le advirtió con un gesto que ni lo intentara.

—¡Bien, haz lo que quieras! Pero será tu responsabilidad si ella sigue desgraciándole la vida a nuestro hijo —expresó con desprecio y salió del lugar hecho una furia.

—Siento mucho que discuta con su esposo por mi culpa —mencionó Brigitte una vez que quedaron solas.

—No te preocupes, es solo altanería; ya se le pasará… Ven por favor, siéntate. —Le hizo un ademán para que ocupara uno de los puestos en el sillón.

—Gracias —susurró y la valentía que tuvo para gritarle a Theodore Rumsfeld la había abandonado, le temía más a esa actitud pasiva de su exsuegra.

—Timothy se fue esta madrugada en un vuelo hacia Londres, tenía un compromiso que cumplir en Oxford, y de allí saldrá hacia Boston en un par de días.

—Muchas gracias por decírmelo —dijo mirándola a los ojos, para que viera que era sincera.

—Te estoy dando esta información porque siento que es lo correcto, pero debes prometerme que no lo harás sufrir, que si decides buscarlo será para quedarte junto a él para siempre; de lo contrario, mejor no vayas y déjalo tranquilo. —Su voz que aunque calmada, era una clara exigencia.

—Señora…, él y yo debemos hablar primero, aún hay muchas cosas por aclarar entre los dos…

—Todo eso lo sé muy bien, pero debes estar dispuesta a creer en él y a darle otra oportunidad; sobre todo, tienes que estar segura de lo que sientes. Porque hasta ayer, estabas decidida a casarte con otro.

—La entiendo… Y amo a Tim con todo mi ser, de eso estoy completamente segura.

—No, no puedes entenderme Brigitte, mi hijo casi se mata ahogándose en el alcohol por tu abandono; le llevó mucho tiempo recuperarse y aceptar tu ausencia..., y no sé si sea capaz de soportar otro desengaño, así que confío en ti. No nos defraudes una vez más, porque te juro que no será Theodore quien lo aleje de ti sino yo, y haré que termine odiándote, ¿está claro? —Le advirtió con frialdad en la voz.

—Sí…, está claro —contestó de forma mecánica.

Apenas había escuchado lo demás, su mente se bloqueó cuando escuchó que Timothy se había refugiado en el alcohol y hasta estuvo a punto de morir.

Sintió que su necesidad de verlo se hacía más urgente, así que con rapidez se despidió y salió del estudio. Estaba por salir cuando se topó con Sophie Marchant.

La mujer la retuvo un par de minutos para interrogarla con respecto a la cancelación de la boda, y ella quiso mandarla a meterse en sus asuntos, como había dicho su padre, pero por cortesía solo le mencionó que había sido una decisión tomada de mutuo acuerdo.

Después de eso, salió casi corriendo, subió al auto donde la esperaba su hermano y le pidió que la llevara de regreso a la casa de sus padres, debía prepararse para viajar hacia Londres esa misma tarde.

Clélia miraba a sus dos pequeños jugar a las adivinanzas con su niñera, mientras ella intentaba concentrarse en hacer un boceto de una nueva escultura. Aunque ellos hacían mucho ruido, no era eso lo que la tenía distraída, sino saber lo que sucedería en pocas horas.

Había pasado toda la noche martirizándose con los recuerdos de su pasado con Donatien, igual como lo hizo la noche antes de que se casara con el padre de sus hijos; e igual que en aquella ocasión, sus ojos fueron un manantial, de donde no dejaban de brotar las lágrimas.

No se arrepentía de la decisión tomada hacía años, pues de hacerlo también estaría renegando de sus hijos, que eran el mayor tesoro que tenía, pero debía reconocer que el precio que pagó por eso aún seguía siendo muy alto.

—Tranquilos, sigan jugando. Yo iré a ver quién es —dijo cuando escuchó que tocaban la puerta.

Dejó de lado su bloc de dibujos y se puso de pie. Mientras caminaba se acomodó un poco el flequillo y el resto del peinado, aunque no llevaba nada más que una sencilla trenza. No vio por la mirilla de la puerta, así que al abrir y encontrarse de frente con Donatien casi se cae sentada; separó los labios, intentando decir algo, pero su voz había desaparecido por completo y solo conseguía mirarlo.

—Hola Clélia. —La saludó intentando sonreír.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó parpadeando de manera nerviosa, sin poder creer que en verdad estuviese parado frente a su puerta.

—¿No me invitas a pasar? —inquirió, Clélia lucía como si hubiese visto a un fantasma. Aunque tal vez ese era el aspecto que tenía en ese momento.

—Sí… sí, claro, pasa por favor —dijo abriendo la puerta por completo y le hizo un ademán para que entrara.

—Gracias —mencionó y vio a Christian y Joshua, jugando junto a otra chica que debía ser su niñera—. Hola chicos, ¿cómo están? — Los saludó con una sonrisa

—Bien, gracias, ¿y usted señor? —respondieron los dos a la vez, como si fuera un saludo militar.

—Bien —contestó sin poder dejar de mirarlos, pensando que si ella le daba una nueva oportunidad, no sería tan complicado llegar a quererlos como suyos.

—Doris, ¿podrías seguir jugando con los niños en su habitación, mientras hablo con el señor Rimbaud?

—Por supuesto señora. Chris, Josh, vengan conmigo. —Los agarró de las manos y caminó con ellos.

—¡Vaya que crecen rápido! —comentó Donatien de manera casual, no sabía cómo iniciar la conversación.

—Sí, es lo que hacen los niños, ¿no? Crecer —mencionó ella, también se encontraba nerviosa y desconcertada.

—Claro —afirmó sintiéndose estúpido, y se quedó callado, buscando en su cabeza las palabras correctas.

—¿Qué haces aquí Donatien? ¿No se supone que deberías estar preparándote para tu boda? —cuestionó al ver que él solo daba rodeos.

—No habrá boda —soltó sin más, mirándola.

—¿Cómo dices? —inquirió perpleja, y el corazón se le desbocó en latidos, aunque ya sospechaba que algo pasaba no quiso hacerse muchas ilusiones.

—Lo que escuchaste, no voy a casarme con Brigitte.

—¿Qué sucedió? —Lo miró con algo de pena; ahora que se fijaba mejor en él, podía ver que lucía demacrado.

—Es complicado de explicar —contestó, no quería entrar en detalles; al menos, no en ese momento.

—Bueno, creo que puedo comprenderlo si me lo cuentas, y ya que no habrá boda, tendrás tiempo para hacerlo. Ven, sentémonos —mencionó y le señaló un sillón cerca de la calefacción que se encontraba encendida para brindarle calor al lugar.

—Antes de comenzar, quiero pedirte disculpas por todo lo que te dije hace unos días —expresó y le agarró las manos, acercándose a ella—. Me porté como un idiota, no debí decir todas esas cosas…

—Está bien Don, yo también actué como una estúpida, creo que tenemos una fijación con portarnos así cuando estamos juntos —comentó sonriendo, para aligerar la pena que veía en él y le acarició la mejilla.

Donatien no pudo evitar estremecerse ante ese toque, necesitaba tanto de alguien que lo abrazara, que le hiciera sentir verdaderamente que todo estaría bien. Agarró la mano de Clélia y se la llevó a los labios para darle un beso, no con la intención de seducirla, sino para agradecerle.

—Cuéntame qué sucedió, por favor —pidió ella, sintiendo que el corazón se le encogía de dolor.

Donatien comenzó hablando de la manera en la que conoció a Brigitte, casi haciéndole el mismo relato que le hizo a su familia, sin omitir la presencia de Timothy Rumsfeld. Veía que Clélia lo escuchaba atenta, sin mostrar muchas emociones, y eso cada vez lo hacía sentir más nervioso; intentó ser lo más sincero posible, no quería engañarla, haciéndole creer que olvidaría a Brigitte de la noche a la mañana y que tendría una vida feliz junto a ella.

—¿La dejaste libre porque está enamorada de otro? —preguntó mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Para que fuera feliz con él?

—Digamos que fue uno de los motivos por los que cancelé la boda. No debería extrañarte; después de todo, a ti te dejé libre cuando me dijiste que deseabas ser madre y que conmigo nunca lo serías. Supongo que siempre he antepuesto la felicidad de las mujeres que amo por encima de la mía —respondió mirándola a los ojos.

—¿Las mujeres que amas? —cuestionó, era lo único que había logrado retener de su respuesta.

—Sí, no voy a decirte que he dejado de amar a Brigitte, fueron muchos años junto a ella…, pero también quiero que sepas que sigo teniendo sentimientos por ti. Y después de lo que pasó la otra noche no…, no he logrado dejar de pensar en ello. Creo que lo que sucedió en ese restaurante fue el detonante para todo lo que venía acumulando.

—Creo que estás muy confundido Donatien y no sé qué deseas conseguir con todo esto, pero yo…

—Por el momento lo que deseo es que no haya resentimientos entre nosotros. Vine hasta aquí para pedirte disculpas porque siento que las merecías, y para saber si existe la posibilidad de que nos demos una nueva oportunidad —pidió mirándola a los ojos.

Clélia se puso de pie sin saber si estaba hablando en serio o le jugaba a una broma, era demasiado su descaro.

—Espera un momento porque no entiendo. ¿Me acabas de decir que sigues amando a Brigitte Brown, y aun así esperas que yo acepte tener una relación contigo? —Se puso de pie y lo miró con rabia e incredulidad.

—No digo que sea en este momento ni que aceptes que me quede a dormir esta noche y que hagas como si el pasado entre ella y yo no existiera, porque está allí y es parte de nosotros. Así como Brigitte será un fantasma para ti, Chris y Josh serán un recordatorio para mí de que en tu vida hubo otro hombre —aclaró, ya que podía ver que ella empezaba a molestarse, sin tomar en cuenta todo.

—¿Sabes algo Donatien? Así como tú no aceptaste seguir junto a Brigitte porque ella no era completamente tuya, yo tampoco tengo porqué aceptar a mi lado a un hombre que sigue enamorado por otra. —Caminó hasta la puerta y la abrió de un tirón—. Haz el favor de irte de mi casa.

—Clélia… —Él se levantó e intentó acercarse a ella.

—¡Que te vayas Donatien! —exigió con las lágrimas a punto de desbordarla.

—Solo quería ser sincero contigo —dijo con desgano.

—Pues hubieras mentido, todos los hombres lo hacen —espetó y le cerró la puerta en la cara.

Se apoyó sobre la hoja de madera y dejó libre todas las lágrimas y los sollozos que la estaban ahogando, llevándose las manos al pecho para soportar el dolor que sentía.

Nunca imaginó que el hombre que amaba pudiese llegar a tener el descaro de ir a pedirle que fuese su paño de lágrimas, su consuelo para olvidar a otra.

Capítulo 69

Brigitte se encontraba en el aeropuerto *Le Bourget*, en compañía de toda su familia. Gracias a algunos contactos que tenía su hermano consiguió un puesto en el vuelo que saldría a medianoche.

Todos se ofrecieron a acompañarla, pero solo había un boleto disponible; para irse así que debían esperar al menos dos días más, tiempo que ella no tenía, pues estaba desesperada por ver a Timothy.

—Sigo pensando que todo esto es una locura Brigitte.

—No se preocupe mamá, ninguno debe hacerlo; les prometo que estaré bien.

—Pero es que… ni siquiera sabes si él sigue allá. —Intentó darle razones para que desistiera

—Pues si no está viajaré a Boston, haré lo mismo que él hizo conmigo… Lo buscaré por cielo y tierra hasta dar con él —dijo con convicción, recordando que Timothy hasta había contratado a un detective para buscarla.

—Princesa, solo te pido que cumplas con tu promesa de cuidarte, sé que eres una buena chica y no harás locuras que lastimen a tus padres, ¿no es así? —preguntó Benedic, apretando más el abrazo que tenía entorno a ella; en el fondo tampoco quería que viajara sola.

—Me uno al pedido de nuestros padres, no hagas locuras; y si él no está en Londres, espera a que nosotros lleguemos y nos vamos juntos a Boston. Sabes que de allí no se irá a ningún lado —dijo Allan mirándola a los ojos.

—Prometo que haré lo que me piden y los llamaré en cuanto llegue al apartamento.

Escucharon la voz incorpórea de una mujer que anunciaba que su vuelo empezaba a abordar, de inmediato Brigitte sintió que los

nervios dentro de su cuerpo se triplicaban y un nudo de lágrimas se le formaba en la garganta; pero se irguió, mostrándose valiente.

—Brigitte…, hija… —Karla hizo un último intento.

—Voy a estar bien —dijo no solamente para que su familia estuviera tranquila, sino para hacerse creer a ella misma que así sería.

—Brit se ha vuelto muy testaruda tía, así que no insista, que no conseguirá que cambie de idea. Mejor deseémosle suerte y que el tonto de Rumsfeld no se vaya de Londres hasta que ella llegue. —Margaret se acercó a su prima con una sonrisa y la abrazó para despedirse—. Prométeme que no cometerás la locura de casarte en un Registro Civil o algo por el estilo Brigitte Brown. Tienes que hacerlo llevando el vestido que te diseñé —dijo mirándola a los ojos con los de ella a punto de desbordarse en lágrimas al ver que Brigitte estaba llorando.

—Te prometo que no lo haré… Me casaré como siempre he soñado —esbozó en medio de un sollozo.

—Y que no debamos esperar otros diez años para que Rumsfeld se decida —comentó Allan en tono de broma, para aligerar los nervios de su hermana.

—¡Allan! —exclamó Brigitte mirándolo con asombro.

—¡Eres un tonto Allan Brown! —expresó Margaret, golpeándole el brazo.

—No repitas una cosa como esa. —Le advirtió Karla.

—Amor, eso fue cruel. —Lo amonestó su esposa, pero le sonrió al ver la cara de niño regañado que puso.

—Después de lo que vimos en el restaurante ese hombre no va a querer esperar para hacerte su esposa mi pequeña princesa —mencionó Benedic, dándole un beso en la mejilla—. Ahora sabe la grandiosa mujer que eres y no se arriesgará a perderte de nuevo.

—Gracias papá… Bueno, tengo que irme. Deséenme suerte por favor —pidió mirándolos a todos.

—¡Suerte! —exclamaron y la despidieron con ademanes de sus manos, mientras la veían alejarse.

Timothy había pasado todo el día encerrado en su apartamento, con la única compañía de una botella de whisky. No compró más para no sufrir un episodio como el que casi lo lleva a la tumba, además de que le prometió a su madre cuidarse, y debía cumplirle.

Sin embargo, necesitaba refugiarse en el alcohol ese día, para no ser consciente de que había perdido definitivamente a su mujer; debía aplacar ese sentimiento que estaba a punto de matarlo.

En cuanto llegó llamó a sus padres para decirles que estaba bien y que no se preocuparan por él, después desconectó el teléfono, no quería saber nada del mundo. Bebió hasta acabarse la botella y se negó a salir por otra; en lugar de eso se acostó a dormir, por eso cuando dieron las tres de la mañana ya se encontraba despierto.

Después de estar varios minutos dando vueltas en la cama, comprendió que ya no volvería a dormir, pero tampoco se quedaría allí, martirizándose. No tenía sentido seguir pensando en Brigitte, ahora le pertenecía a otro hombre.

Se puso de pie y entró al baño, después de una hora estaba listo; salió del apartamento y en la recepción se topó con la conserje.

—Buenos días señor Rumsfeld, ha madrugado hoy —mencionó un poco sorprendida al verlo.

—Buenos días señora Jones —saludó con cortesía a la mujer—, decidí salir temprano a dar un paseo, antes de regresar a Boston —respondió ajustándose bien los guantes de cuero para que sus dedos no se entumecieran.

—¿Nos dejará tan pronto? —cuestionó con esa curiosidad que caracterizaba a las conserjes.

—Aún me quedan unos pendientes en Oxford, pero debo volver. Allá está mi trabajo.

—Bueno, en ese caso, le deseo que todo salga de maravilla en la universidad. Y que hoy tenga buen tiempo y pueda disfrutar su paseo —dijo para despedirse del chico mientras seguía su labor de dejar impecable la recepción.

—Gracias y que usted también tenga buen día.

Después de eso salió del edificio y caminó hasta donde había dejado el auto que alquiló en cuanto llegó al aeropuerto el día anterior. Estaba haciendo frío, pero era algo soportable, así que

supuso que tendría buen tiempo, justo lo que necesitaba para estar en el lugar al que iría.

Brigitte llegó a Londres pasadas las tres de la mañana, había tardado casi media hora en conseguir un taxi, y una más durante el trayecto. Se sentía realmente agotada, lo único que deseaba era llegar al apartamento, dejar sus cosas e ir a ver a Timothy.

Cuando el auto se detuvo frente al edificio, sintió cómo la expectativa, los nervios y la emoción se disparaban dentro de ella; bajó del auto con piernas temblorosas, y apenas sí reaccionó cuando el chofer la miró, a la espera de su pago después de dejar la maleta en la recepción.

—¡Señorita Brown! ¿Es usted? —inquirió Helena, mirándola como si fuese un fantasma.

—Buenos días señora Jones, sí soy yo… ¿Cómo ha estado? —La saludó con una sonrisa, aunque tenía prisa no podía ser descortés con la mujer.

—Buenos días… ¡Vaya, qué sorpresa! Hacía mucho que no venía por aquí. Siempre le preguntaba a la señorita Milton por usted —comentó la mujer sin poder salir de su asombro, la chica se veía distinta, tal vez más madura; a decir verdad, era lógico después de tres años.

—Sí, ella me daba sus saludos; yo también le enviaba los míos —dijo con jovilidad, pero comenzaba a impacientarse, ya deseaba dejar de lado esa charla—. Estoy un poco cansada del viaje, si gusta podemos seguir hablando más tarde —comentó para que la dejara ir.

—¡Por supuesto! Dios mío, qué desconsiderada soy. Debe estar exhausta. —Se mostró apenada.

—No se preocupe, hacía mucho que no nos veíamos, ya nos pondremos al día —mencionó con una sonrisa.

Se encaminó hacia el ascensor, pero antes de subir a este pensó que quizás con ella podía obtener información de Timothy, así que intentando ser lo más discreta posible se acercó de nuevo, sonriendo.

—Señora Jones… Por casualidad, ¿ha visto usted al señor Rumsfeld? ¿Sabe si está en su apartamento? —preguntó con todas sus esperanzas cifradas en esa respuesta.

—¿Su novio? —inquirió la mujer por costumbre, pero al recordar que habían terminado se retractó—. Es decir, ¿el señor Timothy? Sí, llegó ayer muy temprano —contestó mirándola con curiosidad.

—Muchísimas gracias, era lo que quería saber…

—Pero salió hace un momento —dijo interrumpiendo el entusiasmo de la chica.

—¿Cómo dice? —inquirió, sintiendo que sus ilusiones se desinflaban como un globo.

—Lo que escuchó, se fue hace unos treinta minutos.

—¿Sabe a dónde? ¿Llevaba equipaje?

La interrogó sintiéndose desconcertada. Según le contó Violeta, él no regresaría a Boston hasta el lunes por la tarde.

—Bueno, me dijo que iba a dar un paseo, supongo que debe ser fuera de la ciudad, para salir tan temprano —contestó sin entender bien lo que sucedía, aunque sospechaba que ella lo buscaba para reconciliarse.

—Señora Jones, disculpe mi atrevimiento…, pero ¿podría guardarme el equipaje por favor?

—Claro señorita… ¿Lo saldrá a buscar? —cuestionó sorprendida por la actitud de la chica.

—Sí, sé hacia dónde va —respondió mientras salía a la calle para tomar un taxi. Cuando subió al auto miró a la mujer desde la ventanilla—. ¡Muchas gracias señora Jones! ¡Que tenga un buen día!

—¡Igual para usted!… —dijo despidiéndola con la mano, vio el auto alejarse mientras trataba de comprender lo que acababa de suceder—. Esta juventud de hoy en día cada vez está peor —esbozó para ella misma negando con la cabeza. Agarró la maleta y la llevó hasta su apartamento, para después seguir con sus quehaceres.

Timothy llegó hasta la granja donde años atrás fue con Brigitte a pasear en bote. Durante todo el trayecto se dijo que era muy masoquista de su parte regresar a ese lugar. Sin embargo, se convenció, alegando que sería una manera de despedirse de ella

para siempre. Después de eso regresaría a Boston e intentaría hacer su vida con Julia, o solo.

El dueño del lugar le alquiló el bote, recibió su pago y lo llevó hasta la pequeña embarcación; luego lo dejó solo, justo lo que necesitaba.

Brigitte no recordaba muy bien la dirección de la granja, pero con los pocos datos que le ofreció al taxista, este se paró a preguntar. Al fin lograron dar con el lugar, que aunque no era el único a orillas del río Colne, cuyo dueño tenía una barca pintada de azul y blanco, sí era famoso por el perro labrador color chocolate que tenía a todas las caninas del lugar preñadas.

—¿Podría esperarme? En caso de que no sea esta la dirección —preguntó mirando al hombre.

—Por supuesto —respondió, apagando el motor.

—Muchas gracias —dijo y después bajó.

Alcanzó a ver un auto nuevo estacionado en el lugar, que desentonaba con la arquitectura rústica de la casa, y el corazón se le aceleró pensando que podría pertenecer a Timothy, pero no quiso llenarse de esperanzas antes de tiempo.

Cuando llamó a la puerta el primero en salir fue el famoso labrador, quien la miró a través de la puerta de malla típica de esa región, con sus grandes ojos amarillos llenos de curiosidad.

—Buenos días, ¿es usted el señor Morgan? —preguntó observando al hombre, quien le resultó conocido, pero sería mejor cerciorarse.

—Así es señora.

—Verá… Vine aquí hace algunos años…

—Sí, claro, la recuerdo señora Rumsfeld. ¿Viene buscando a su esposo? Llegó hace un rato —informó mirándola con desconcierto. Le había extrañado que el hombre llegase solo y pidiese el bote.

—¡Sí! ¡Exactamente! —expresó con entusiasmo—. Permítame un momento por favor, enseguida regreso.

Caminó de prisa hasta el taxi, le pagó y lo despidió agradeciéndole por su ayuda y paciencia; después regresó hasta la casa donde el hombre la esperaba en compañía del libertino labrador, y una mujer que debía ser su esposa.

La recibieron con una sonrisa y la invitaron a pasar, ofreciéndole una taza de chocolate; aunque el sol estaba brillante, a veces había ráfagas de viento helado.

—Muchas gracias —dijo en verdad agradecida, pues no había probado bocado desde la noche anterior.

—Creo que su esposo la espera, porque llegó y me pidió la barca, pero no la ha desamarrado —mencionó Vicent, observándolo a través de la ventana.

—¿Cómo dice? —Brigitte se levantó como un resorte, se había sentado a tomar la taza de chocolate, haciéndose a la idea de que debía esperar a que Timothy regresase.

—Pues…, es lo que parece. El bote sigue amarrado al muelle —respondió señalando por la ventana.

—Muchas gracias por el chocolate señora Morgan, estaba delicioso —dijo sonriendo.

Brigitte ni siquiera se tomó la tarea de mirar, confiaba en la palabra del hombre; agarró su bolso y salió de prisa ante la mirada atónita de los esposos.

A medida que se acercaba, solo podía ver el suave balanceo del bote, pues el muelle ocultaba a su ocupante; pero ella sabía que él estaba allí, podía sentirlo.

Timothy se encontraba acostado, con la mirada perdida en algún punto lejano. Se le veía una expresión tan desolada, que ella casi sollozó ante esa imagen. Aunque la visión de su torso semi desnudo y el pantalón desabrochado hizo que una ola de calor la barriera de pies a cabeza, se imaginó besándolo, esculpiendo con sus manos cada espacio de ese extraordinario cuerpo.

—¿Me llevas a pasear? —preguntó en un susurro mientras lo miraba con el corazón a punto de saltarle del pecho, el cuerpo temblando y los ojos llenos de anhelo, de amor y esperanza.

Capítulo 70

Él se volvió al escuchar su voz, en principio se sorprendió, pero luego la miró como solo se veía aquel sueño cumplido, aquello que se deseó por mucho tiempo y que por fin se tenía entre las manos. Su mirada, que hasta hacía segundos lucía opaca y triste, ahora rebosada de brillo y alegría, pero también se podían ver las dudas que lo embargaron de un momento a otro, al suponer que solo era una treta de su imaginación.

—Brigitte… ¿Brit?... —Su voz reflejaba temor y esperanza a la vez. Se incorporó, viendo en ella el deseo de subir, y la ayudó a hacerlo.

Se acercó con cuidado al muelle y la agarró por la cintura para bajarla. Las manos le temblaban, por lo que respiró profundo para calmarse. La pegó a su cuerpo sin dejar un solo instante de mirarla a los ojos. No se atrevía ni a pestañar, no fuera a desaparecer, en caso de ser un invento de sus ojos.

Se puso firme, tratando de darle estabilidad al bote.

—Hola Tim. —Lo saludó sonriendo, una vez que estuvo entre sus brazos, con sus manos apoyadas en los fuertes y cálidos hombros masculinos.

Tenía tantas ganas de besarlo, en verdad se moría por hacerlo, acariciarlo y disfrutar de su olor, pero sabía que de dejarse llevar, no tendría la conversación que debían.

Y no podían actuar como en el pasado, cuando la pasión era el vínculo más fuerte entre los dos, y fueron dejando de lado los sentimientos y aquellas cosas que no se dijeron y terminaron causándoles tanto daño.

Él no podía creer que estuviese allí, aunque la estaba tocando y todos sus sentidos le gritaban que no era un espejismo; igual sentía que estaba en medio de un sueño.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo llegaste? ¿Cómo…?

—¿Cómo supe que te encontraría aquí? —Terminó de formular esa preguntó que él no completó.

—Sí, ¿cómo lo supiste? —confirmó asombrando, pues él no lo tenía planeado, ni siquiera esa mañana cuando despertó y se le ocurrió viajar a ese lugar.

—Llegué al edificio y la señora Jones me dijo que habías salido temprano, mi corazón me gritó que vendrías aquí; y yo… simplemente decidí escucharlo —respondió sin apartar su mirada de esos ojos marrones que tanto extrañó.

En ese instante se daba cuento de ello; o mejor dicho, se atrevía a reconocerlo, lo había extrañado mucho, y lo mejor de todo era que podía volver a mirarse en ellos, igual que años atrás, cuando eran una de sus razones para ser feliz.

Sonrió con emoción y el deseo de besarlo se hizo más intenso, pensó que si lo hacía no cambiarían las cosas, igual podían hablar después; ahora tendrían todo el tiempo del mundo para hacerlo, al menos eso esperaba.

Timothy sintió que su pecho casi estallaba de la emoción, el hecho de que ella estuviera allí, mirándolo con tanto deseo significaba dos cosas: que no se había casado con Donatien Rimbaud y que no lo hizo porque aún lo amaba a él, y le daría esa oportunidad por la que tanto le había rogado.

—¿De verdad deseas pasear? —preguntó con algo de nerviosismo, para romper el silencio.

—Claro, me encantaría —respondió asintiendo también con su cabeza mientras le sonreía.

—Bien, vamos entonces —dijo alejándose de ella, aunque no quería soltarla.

Se obligó a hacerlo para tener algo de privacidad, antes de que el deseo que vibraba entre ellos se desatase y terminaran haciendo el amor frente a los Morgan.

Desamarró el bote y ocupó su lugar mientras la miraba, después agarró los remos para ponerse en marcha; hacía instantes lo había intentado, pero al verse solo allí, todo el dolor se vino de golpe y rompió a llorar como un idiota.

—¿No tienes frío? —preguntó ella arqueando una ceja, al ver que se disponía a remar sin abotonar su camisa.

—Estando a tu lado nunca lo he sentido. —Sonrió al ver el deseo en su mirada, y decidió quedarse así.

Ella miró hacia otro lado, para no verse tentada de saltarle encima, y se mordió el labio para no dejar ver la sonrisa que luchaba por aflorar; respiró profundo, intentando que el aire frío aplacara el calor en su interior.

La brisa le removió el cabello y la obligó a ajustarse su abrigo, miró de reojo a Timothy, para ver si seguía mostrándose tan valiente ante esa corriente de aire helado.

Enseguida supo que no debió hacerlo, las tetillas se le habían puesto duras a causa del frío, y se podían apreciar perfectamente bajo la tela de la camisa blanca que llevaba.

Esa imagen trajo a su memoria el recuerdo de cuando ella le hacía sexo oral y se le ponían igual de erguidas; apretó los labios, para no jadear cuando el calor estalló en su vientre.

Desvió la mirada hacia el movimiento de los remos, pero su deseo la llevó a fijarse en los fuertes antebrazos, y de allí pasó al perfecto y marcado abdomen que contraía sus músculos por el esfuerzo que hacía al remar.

No sabía lo que se estaba apoderando de ella, pero a cada instante sentía más calor. El colmo de todo fue cuando su indiscreta mirada se posó en su entrepierna, casi se arrancó el labio de un mordisco y apretó las piernas al sentir cómo su intimidad se contraía.

—¿Crees que el agua esté muy fría? —preguntó con la voz ronca a causa de la excitación.

—¿Quieres bañarte? —contestó sorprendido.

—Sí, tengo calor —respondió y comenzó a quitarse la ropa con premura.

Timothy tal vez debió detenerla para que no cometiera esa locura, puesto que el agua debía estar helada, pero la visión de cada espacio de piel que ella le iba revelando lo tenía completamente hechizado y no podía hacer nada más que mirarla.

Los zapatos y las medias de seda fueron los primeros en abandonar su cuerpo, luego siguió el vestido, que quedó hecho un

nido de tela a sus pies.

Esperaba que también se quitara la ropa interior, pero eso no sucedió; se quedó con el hermoso conjunto de lencería de seda y ribetes de encaje en color rosa palo.

La sola imagen hizo que su naciente erección se convirtiera en piedra y palpitara dentro de su pantalón; quería ver mucho más, pero ella se lanzó al agua antes de que sus manos pudieran al menos rozarla.

—¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios! —exclamó una vez que emergió del lago, dando brazadas desesperadas.

—¡Brigitte! —gritó él y se lanzó para sacarla. Sufriría de hipotermia si se quedaba allí.

El choque de su cuerpo caliente con el agua fue eléctrico, sintió que cada fibra dentro de él se estremecía, y supo que ella debía estar sufriendo, así que nadó con rapidez para llevarla de regreso al bote.

La envolvió entre sus brazos para darle calor mientras se mantenía a flote pataleando, la miró a los ojos y apenas podía lograr que dejara de temblar, los dientes le castañeaban.

—Me voy… a… a… congelar —esbozó como pudo con la mirada fija en los ojos de él.

—No, no lo harás, vamos al bote —dijo con seguridad mientras la llevaba de regreso. La hizo subir primero y fue detrás de ella, la vio agarrar su ropa e intentar vestirse, pero la detuvo—. No, primero debes quitarte la ropa mojada o no se te quitará el frío.

Ella asintió con la cabeza, pues sentía que no podía hablar; e intentó desvestirse, pero sus manos no paraban de temblar. Lo miró pidiéndole ayuda, y Timothy con rapidez le quitó todo, dejándola completamente desnuda y a merced del aire frío que recorría el lugar, por lo que cerró los ojos y se envolvió con los brazos para darse calor.

Él sacó de algún lado una gruesa manta de lana marrón, la envolvió con esta y después hizo que se recostase en el fondo del bote. El frío también estaba haciendo estragos en su cuerpo, así que se quitó todo, quedando desnudo ante la mirada de Brigitte, y se tendió a su lado.

—Ven aquí…, tienes los labios… morados —pronunció estirando la manta para cubrirlo también.

—¿Es idea mía… o esto huele a perro? —cuestionó llevándose la manta a la nariz.

—Seguro le pertenece al labrador promiscuo —respondió sonriendo, mientras recibía feliz el calor que le brindaba el roce del cuerpo de Timothy.

—¿Quién? —inquirió desconcertado, pegándola más a él para disfrutar de la suavidad de su piel.

—El perro…, tiene fama de haber montado a todas las perritas del pueblo —contestó sonriendo con picardía.

Timothy soltó una carcajada al caer en cuenta de a quién se refería; aunque esa risa no solo era por lo del animal, más bien se debía a la felicidad de tener a Brigitte entre sus brazos, rozando su piel desnuda y mirándola a los ojos.

—¿Estás mejor? —preguntó acariciándole la mejilla.

—Sí…, gracias, aunque creo que tengo escarcha en el cabello y siento los labios entumecidos —respondió con el corazón cabalgando dentro de su pecho.

—Creo que podemos hacer algo con los labios —murmuró y sus labios formaron una sonrisa sensual.

—¿Sí? —Tembló de expectativa y se acercó a él.

—Sí —respondió acariciándole el cuello.

Brigitte gimió ante ese toque tan posesivo y suave a la vez, dejó caer los párpados cuando sintió el primer roce de los labios de Timothy sobre los suyos, irguiendo su cuerpo para pegarlo más a ella.

Seguía sintiendo frío y por eso no se aventuró a sacar su mano para tocarle la nuca como deseaba, pero le acarició el pecho al tiempo que separaba sus labios y le ofrecía su lengua.

Timothy rodó dentro de la manta, cubriéndola con su cuerpo sin dejar de besarla, recorriendo con su lengua todos esos rincones que lo enloquecían, porque eran como las teclas de un piano, cada uno le daba un gemido distinto.

Su erección, que desapareció tras el baño de agua fría, volvió a cobrar vida al deslizarse por el vientre plano y trémulo de Brigitte,

quien oscilaba las caderas lentamente.

—¿Mejor? —preguntó luego de un par de minutos, al separarse y ver los labios de ella ligeramente hinchados.

—Sí…, pero aún sigo teniendo frío en otras partes.

—¿Dónde? —preguntó con la voz tan ronca que parecía que hubiese tragado un montón de rocas.

—Aquí —susurró ella tomando la mano que reposaba en su cuello y la llevó hasta su seno.

—También puedo encargarme de eso. —Lo acarició primero con la mano y después bajó su boca para meterse el pezón completo y succionarlo.

Ella se arqueó al sentir la descarga de placer que recorrió toda su columna y estalló en medio de sus piernas, provocando que la humedad bañara su interior. Enredó sus dedos en la espesa caballera negra, indicándole con un suave movimiento que siguiera, mientras gemía cerrando los ojos y estregándose por completo.

—Tim… ¿También sientes frío? —preguntó deseando darle el mismo placer que él le ofrecía.

—Sí —respondió enseguida, se moría porque ella lo tocara—. Tengo frío aquí —dijo y le llevó la mano hasta la entrepierna, haciendo que la envolviera con sus dedos y la guió para que los moviera de arriba abajo.

—¿Estás seguro de que es allí? —preguntó conteniendo la risa. Él asintió con la cabeza, sin dejar de besar sus pezones que cada vez se ponían más y más sensibles—. Es extraño, porque la siento caliente… Muy caliente para ser exacta.

Él ahogó una carcajada en los preciosos senos de Brigitte, disfrutando de esa felicidad que le burbujeaba en el pecho. Subió el rostro y buscó la mirada de ese par de ojos grises que lucían brillantes y claros como el cielo londinense de ese día.

—Bueno, ya que está tan caliente, tal vez pueda darte algo de calor… aquí —acotó rozando con sus dedos el interior de Brigitte, que lo recibió con una abundante humedad.

Ella se mordió el labio con fuerza al sentir ese intenso roce, entrecerró los ojos y asintió moviendo su cabeza, pues su voz había

sido ahogada por el jadeo que estalló en sus labios, cuando él sumó otro dedo y la masajeó.

—Tim…, por favor —suplicó al sentir que su cuerpo entero se tensaba, y se lo hizo saber cuando se contrajo en torno a sus dedos, reteniéndolos con fuerza.

—Voy a dártelo mi vida…, voy a dártelo todo —murmuró contra la caliente piel de su cuerpo.

Liberó sus dedos del interior de Brigitte, dejándola a las puertas del orgasmo; y con rapidez los reemplazó por su miembro, que se alojó muy profundo con una sola embestida.

La sintió estremecerse y sollozar, por lo que se retiró un poco, pensando que había sido muy brusco, pero ella no lo dejó alejarse; elevó sus caderas y se aferró a su espalda, al tiempo que buscaba desesperada su boca.

Él la besó con intensidad, mientras descargas de placer lo atravesaban. Se hundía por completo y su punto más sensible tocaba un rincón de Brigitte que la hacía jadear, y a él lo enloquecía; por lo que solo bastaron escasos segundos para sentir cómo ella convulsionaba y después se tensaba, sollozando.

Brigitte sintió que su cuerpo se hacía pedazos en medio de un placer tan extraordinario que la dejó flotando. Pensó que así era como se sentía al entregarse al hombre que se amaba, solo con este, porque nunca vivió lo mismo con Donatien, aunque le apenase reconocerlo.

—Tim… —Lo llamó negándose a que alguien más formara parte de ese momento que era únicamente de ellos dos—. Timothy…, eres mi cielo, mi vida..., mi amor —repitió acariciándole el rostro con los labios.

Separó mucho más sus piernas, sin importarle que la manta se deslizara de sus cuerpos; ya no había una pizca de frío en ellos, todo lo que reinaba era la calidez, el deseo y el amor.

Lo abrazó con fuerza, provocando que sus senos se aplastaran contra el fuerte pecho de él, y sin dejar de mirarlo un solo instante a los ojos comenzó a mover sus caderas, llevándolo muy profundo en su interior.

Timothy sintió como si el placer fuese un azote que recorrió todo su cuerpo y estalló en su abdomen, haciendo que sus testículos se contrajeran; rozó su lengua con la de ella mientras la miraba con devoción.

Los suyos estaban cristalizados ante la marea de emociones que lo colmaba, y por las sensaciones que recorrían cada rincón de su cuerpo, exigiéndole entregarse por completo a Brigitte.

Y así lo hizo, porque quería borrar todas las imágenes de ese otro hombre que ella tuviera en su cabeza, hacerlo también de su cuerpo y marcarla como suya, solo suya; darle tanto placer, que ella jamás se arrepintiese de haberlo escogido de nuevo.

La pasión se desbordó en ambos, y el barco era testigo de ello, balanceándose al ritmo del choque de sus cuerpos, creando ondas que iban creciendo más y más, como la emoción que ellos sentían en ese instante.

Brigitte percibió que una vez más rozaba el éxtasis con sus dedos; lo miró a los ojos, rogándole para que la ayudase a volar.

Timothy comprendió su petición porque él también se encontraba al borde, rozó sus labios y dejó que sus alientos calientes se mezclaran. Sintió los coletazos del orgasmo recorrerlo y toda su savia viajar caliente bajo la piel de su miembro, para un segundo después desbordarse en el interior de Brigitte.

Ella, al sentirse colmada por él, también estalló con un grito agónico, que se mezcló con el sonido de los gemidos guturales que Timothy ahogaba en su piel. Lo abrazó con fuerza para poder soportar el avasallador orgasmo que la recorría; y después se dejó ir, flotando como hacía el bote donde se encontraban, en medio de ese hermoso y apacible lago, que los balanceaba de un lado a otro.

—Te amo mi vida —susurró él mirándola a los ojos.

—Yo también te amo mi cielo, te amo… —respondió ella sonriendo; y tomándolo con ambas manos por el rostro se lo repitió una y otra y otra vez.

Hasta que ambos terminaron sollozando y aferrándose en un abrazo que fusionó no solo sus cuerpos, uno que sanaba sus almas heridas por la ausencia y el deseo de volver a estar así, de entregarse así.

Se besaron liberando todo el amor que sentían.

Horas más tarde, regresaban a la granja, luego de quedarse dormidos un buen rato y despertar hambrientos. Él le preguntó que si deseaba darse otro baño, a lo que ella negó categóricamente; prefería esperar hasta que llegaran al apartamento para quitarse el olor a perro que le había dejado la manta.

Cuando arribaron, el señor Morgan discutía con una de sus vecinas, quien acababa de marcharse, dejándole dos cachorros de labrador en una caja. Eran chocolates, así que no resultaba difícil adivinar quién era el padre, solo que tenían los ojos grises en lugar de amarillos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó su mujer.

—Llevarlos al mercado, igual que con los otros.

—¡Pero son hembras! Sabes que las personas solo buscan machos, a estas no las querrán.

—Bueno mujer, tampoco puedo abandonarlas, son apenas unas cachorritas —dijo sacando a una—. Y hermosas las condenadas, igualitas al bandido de Bruster.

—Pues aquí no se pueden quedar, no tenemos para alimentarlas; y cuando crezcan tendrán crías y esto será una locura. —No tenía un mal corazón, pero tampoco podía quitarse el pan de la boca para dárselo a los perros.

Brigitte miraba la escena con mucha tristeza, esas perritas eran hermosas y no merecían recibir tanto desprecio; miró a Timothy con anhelo, pidiéndole que las adoptaran. Él sonrió y le dio un beso en la mejilla, no podía resistirse a esa mujer, la adoraba y haría lo que fuese con tal de hacerla feliz.

—No se preocupe señora Morgan, las compraremos. ¿Cuánto pide por ellas señor Vicent? —preguntó buscando su billetera.

—No les cobraré un centavo, solo cuiden bien de ellas, recíbanlas como un regalo de nuestra parte para los hijos que tendrán, que imagino será pronto.

—¡Muchas gracias! —dijo Brigitte emocionada, no solo por las perritas, sino por los buenos deseos del hombre.

Timothy también le agradeció entregándole un pago extra por el bote, pues sabía que esa granja apenas producía y el dinero les vendría bien.

Subieron al auto sin poder contener la inmensa felicidad que sentían, y agarrados de manos salieron rumbo a algún restaurante de esos campestres que quedaban en el camino, en compañía de sus dos nuevas y hermosas mascotas.

Capítulo 71

Llegaron al edificio cuando la tarde ya caía, habían pasado por un supermercado a comprar alimento para las dos cachorritas y algo de comida también para ellos, ya que él no tenía nada en la despensa ni en la nevera.

Timothy le pidió que se quedara con él en su apartamento, y ella no lo pensó dos veces para decir que sí. Ahora que se habían reconciliado no quería que estuvieran un solo minuto separados, tenían mucho que recuperar.

Recogieron su equipaje en recepción e intentaron esquivar el interrogatorio de la señora Jones, pero no pudieron salir airosos de la curiosidad de la mujer; sobre todo, porque ella les tenía mensajes de ambas familias.

Sus madres los habían llamado muy preocupadas, en vista de que ninguno de los dos se había comunicado con ellos, lo que hizo que el remordimiento se apoderara de ambos.

Por lo que apenas subieron al apartamento se turnaron para llamarlos. Brigitte estaba más apenada con su familia, pero dejó que fuese Timothy el primero en hacer su llamada. Estaba segura de que su madre la mantendría en el teléfono por un buen rato, mientras que su novio nunca tardaba mucho hablando con la suya.

Aprovechó ese tiempo para recorrer con sus ojos el apartamento; era como sentirse en casa, pues estaba lleno de sus mejores recuerdos.

—Si deseas puedes aprovechar para ducharte mientras yo hablo —comentó Brigitte, antes de discar el número de la casa en París.

—¿Estás insinuando que apesto a labrador? —preguntó fingiéndose ofendido.

—No tonto, es solo que pensé que querías bañarte ya.

—Prefiero esperarte —dijo abrazándola desde atrás y dándole un beso en el cuello mientras le acariciaba la cintura; luego le hundió su

nariz en la nuca para embriagarse con su aroma—. Tú sí que hueles a perro —agregó riendo.

—¡Idiota! —Le dio un manotón para que la soltara, al tiempo que lo empujaba con su cuerpo.

—Cuidado señorita Brown, que la puedo llevar a juicio por agredirme e invadir mi propiedad. —Le susurró al oído al sentir cómo ella estrellaba su sensual trasero contra su naciente erección.

—Pues yo podría… —decía cuando escuchó que alguien recibía la llamada—. ¡Hola mamá!… Sí, lo sé, siento mucho no haber llamado antes. Sí, todo está bien.

Timothy se alejó para que pudiera hablar en paz con Karla y con el resto de su familia, que suponía estaban a la espera de un reporte completo. Mientras, se encargó de acomodarle un espacio al par de cachorritas, que por suerte, aún estaban pequeñas y se la pasaban durmiendo.

Al parecer, los Brown deseaban conocer hasta el más pequeño detalle, pues la tuvieron casi media hora al teléfono, pero ella supo cómo sortear cada pregunta.

Cuando finalizó la llamada suspiró, como si acabara de correr un maratón, lo que provocó la risa de Timothy.

—¿Como en los viejos tiempos? —inquirió mientras se acercaba para besarla. Apenas llevaba unos minutos sin hacerlo y ya estaba desesperado.

—Como en los viejos tiempos —confirmó sonriéndole.

Recibió el beso con verdadera emoción, colgándose de su cuello mientras se ponía de puntillas para estar a su altura. Sin embargo, Timothy la sorprendió haciendo algo mejor; la cargó en brazos, sin permitir que sus bocas se alejaran mucho, y caminó con ella hacia la habitación, siguiendo directamente hasta el baño.

—Vamos a quitarnos este olor a perro —dijo mientras lo desvestía y dejaba que él le quitara su ropa.

—Después te haré el amor aquí, también en la cama… y en la cocina y en el sofá… —pronunciaba en medio de besos.

—¿Me dejarás dormir en algún momento? —preguntó simulando preocupación, pero su cuerpo ya vibraba de deseo solo con sus palabras.

—Te añoraba tanto que me prometí que no lo haría cuando te encontrase —respondió mirándola a los ojos.

Le mordió el labio al ver cómo la sombra de deseo los oscurecía; sin embargo, recordó que se había propuesto hacer las cosas bien esta vez, así que lo liberó, ofreciéndole una suave caricia que aliviara la marca que dejó.

—Pero ahora eres tú la que mandas Brit, quiero hacer solo aquello que desees, que te haga verdaderamente feliz.

—¿Sabes qué me hace plenamente feliz? —inquirió con sus pupilas fijas en las de él.

—Me gustaría escucharlo.

—Estar así contigo, abrazados, poder mirarte a los ojos y descubrir en ellos ese amor que sientes por mí…

—Siempre estuvo allí Brigitte, pero fui un idiota que se cegó con una tonta ilusión de adolescente; me engañé y me martiricé durante años. No tienes idea de cuánto sufrí en vano y de lo arrepentido que estoy mi amor —expresó con la voz cargada de dolor.

—No quiero que hablemos de eso Tim, no empañemos este momento con malos recuerdos por favor —pidió apoyándole su mano en la mejilla—. Ven conmigo y hazme el amor aquí, ahora… Y luego en la cama o en el sofá o donde te plazca. Soy tuya…, completamente tuya —agregó ofreciéndole sus labios mientras lo llevaba hacia la ducha.

Él aceptó su propuesta, no tenía sentido seguir pensando en los errores que no podía cambiar; lo dejaría atrás, como lo haría con lo que ella vivió junto a Donatien Rimbaud. En lo adelante serían solo ellos, era lo que importaba.

La pasión comenzó a imponerse mientras el agua tibia los bañaba, el vapor envolvió sus figuras, creando un ambiente verdaderamente hermoso y erótico; sobre todo cuando él la volvió, dejándola de frente a la puerta de cristal que dividía la ducha del resto del baño, y comenzó a besarle la espalda mientras sus manos se deslizaban por sus costados.

Ella se estremeció entera al sentir la pesada lengua probar su piel a lo largo de toda su columna, dándole a su cuerpo la sensación de

hacerse más liviano a cada segundo; era mejor que cualquier masaje que pudiera existir sobre la tierra.

Lo sintió quedar de cuclillas tras ella, succionando con su boca los dos hoyuelos al final de su espalda, para luego morder con suavidad cada una de sus nalgas; llevando sus poderosas manos hasta sus caderas y atraerla más hacia él, lo que la hizo jadear.

Años atrás le hubiese resultado incómodo estar tan expuesta, pero había madurado sexualmente, ya no era tan tímida a la hora de mostrar su cuerpo ni de dejarle saber cuánto disfrutaba de lo que le hacía.

Así que apoyándose en el cristal con un antebrazo, le dio la libertad a su otra mano para acariciar la cabellera de Timothy, al tiempo que le pedía con ese gesto que le diera mucho más.

Él comprendió su petición sin que ella tuviera que esbozar una sola palabra, le apoyó una mano en la espalda para hacer que se doblara un poco más, mientras que la otra viajó hasta ese nudo de nervios en medio de sus piernas, enloqueciéndola cada vez que la rozaba con dedicación.

Brigitte empujó suavemente su trasero hacia su rostro, dejándolo en el ángulo exacto para que su lengua pudiera deslizarse con libertad, y en un segundo estaba bebiendo de esa maravillosa flor que lo embriagaba con su néctar, volviéndolo adicto a ella.

—Tim… —susurró temblando y sintiendo que iba a caer.

—Eres tan deliciosa mi vida…, eres perfecta… No voy a dejar de desearte nunca Brit, nunca —expresó, dejando caer besos en medio de los labios más íntimos de su mujer mientras intentaba sostenerla, pues a cada segundo temblaba más.

—Amor…, mis piernas… No puedo resistir —esbozó con la voz grave a causa del placer y la angustia.

Timothy se dejó caer sentado en el piso, la agarró de las caderas; y en lugar de llevarla con él al suelo, hizo que prácticamente se le sentara en el rostro. La sostuvo con energía para darle mayor estabilidad, mientras seguía disfrutando de lo caliente y húmedo que se encontraba su palpitante sexo.

Ella creyó que el mundo se le ponía de cabeza al sentir cómo su lengua llegaba más profundo en esa postura que incluso para ella

que se consideraba más osada resultó demasiado atrevida.

Pero era tan excitante y se sentía tan bien que mandó el pudor por un barranco y liberó su placer con gritos y jadeos sonoros, disfrutando sin límites de lo que su novio le hacía; por nada del mundo se negaría a ello.

—¡Oh Dios mío Tim! ¡Dios mi vida! —exclamó al sentir que fuertes olas de sensaciones la azotaban.

Quería gritar, llorar, cantar y reír a la vez; se sentía tan maravillosamente bien, que la felicidad no le cabía dentro del pecho; lo que él le daba era mucho más intenso que cualquier otra cosa que hubiese experimentado en su vida.

Se aferró con sus manos a las de Timothy, que le sostenían las caderas mientras sus piernas temblaban sin control, y el resto de su cuerpo también era recorrido por el poderío de ese orgasmo, que se liberó en un grito que le desgarró la garganta y la dejó sin saber de ella por varios segundos.

—Estoy en el cielo… —susurró apoyando la cabeza en su hombro cuando sintió que la sentaba sobre sus piernas y la abrazaba, pegándola a su pecho.

—Espero mantenerte allí por mucho tiempo.

Anunció antes de rozar un par de veces su miembro en el centro aún trémulo de Brigitte, para robarse un poco de su humedad y lubricarse con esta mientras le besaba el cuello y le masajeaban los senos.

Contuvo el aliento cuando comenzó a entrar en ella lentamente, aunque estaba bastante relajada y podía recibirlo completo de un solo empuje, él deseaba hacerlo despacio, que ella fuese consciente de cómo se abría su cuerpo para albergarlo en su interior y fusionarse como si fuesen uno solo.

Timothy la pegó a su cuerpo quedándose un rato así, inmóvil dentro de ella, disfrutando de la sensación de las contracciones que su novia le ofrecía, de los suspiros rebosantes de amor, de sus caricias y sus besos.

En verdad estaba loco por desbocarse en ella, pero el sentimiento que lo embargaba en ese momento era mucho más poderoso que el simple deseo de saciar su apetito sexual.

—Me haces sentir completo Brigitte —murmuró con sus labios pegados a la piel de ella.

Brigitte no pudo responder porque la emoción le había robado la voz, solo pudo sollozar y acariciarle los brazos que la rodeaban; giró el rostro para dedicarle una miraba que esperaba hablase por ella.

Él acercó sus labios a los suyos, y con suaves roces inició lo que sería un beso perfecto, sanador; con el que se entregaba por entero, como tantas veces ella le pidió.

—Te amo con todo mi ser Timothy Rumsfeld… Eres mi cielo, mi mundo… —expresó acariciándole el rostro, y se giró para verlo de frente.

—Yo también te amo Brit, eres la mujer de mi vida —pronunció mirándola con intensidad. Comprendió el lenguaje de su cuerpo, y con agilidad se puso de pie, llevándola con él—. Vamos a la cama princesa, quiero amarte como mereces y como tanto he deseado —dijo sonriendo cuando vio que su mirada gris se iluminaba.

Cerró la llave y salió de allí llevándola en brazos, ni siquiera se preocupó por secar sus cuerpos, ya las sábanas lo harían por ellos; además, había dejado encendida la chimenea, por lo que la habitación estaba cálida. No corrían peligro de enfermar.

Se sentó al borde de la cama con ella sentada sobre él, con las piernas extendidas mientras se miraban a los ojos.

Brigitte sentía que todo era tan perfecto que parecía un sueño. Se perdía en su mirada y en el placer que él le brindaba, en esa unión tan especial que abrigaban sus cuerpos y sus almas.

Se esmeró en hacerla sentir única y especial, dándole amor, ternura y pasión a manos llenas; llevándola al éxtasis más de una vez, hasta dejarla completamente rendida y feliz.

Horas después él la admiraba mientras dormía, negándose a dejar que el sueño lo venciera, aunque sentía los párpados pesados; solo quería recuperar todos esos momentos en los cuales deseó tenerla así y no pudo.

Le acariciaba suavemente la mejilla con el pulgar, hasta bajar a sus voluptuosos labios, donde ansiaba perderse una vez más, pero era consciente de que ella necesitaba descansar.

—Sigues siendo igual de hermosa mi dulce Brit…, quisiera poner en palabras todo lo que siento, porque no creo que con decirte que te amo sea suficiente para expresar todo lo que tengo aquí dentro del pecho —susurró muy bajo para no despertarla, y calló sus palabras cuando la vio removerse; le dio un beso en la frente y siguió mirándola.

Un par de minutos después Brigitte era despertada por la necesidad de ir al baño, se sorprendió un poco cuando parpadeó y vio que Timothy no dormía.

Le sonrió, acariciándolo mientras buscaba sus labios para darle un beso, y después se puso de pie.

—¿Por qué no estás dormido? —preguntó cuando regresó a la cama y vio que él no parecía haberlo hecho.

—Preferí quedarme todo el rato mirándote —respondió con sinceridad y la recibió en sus brazos cuando se acostó a su lado.

—Es más de medianoche cariño, no creo que no te haya dado sueño después de tanta actividad —mencionó con una sonrisa, acariciándole el pecho y mirándolo a los ojos; notando que algo le estaba escondiendo—. ¿Qué sucede amor? —inquirió con preocupación.

—No es nada… No te preocupes.

—Prometimos ser siempre sinceros, ¿lo recuerdas? —De pronto se tornó seria.

Timothy soltó un suspiro pesado, sintiéndose derrotado; no quería hablar del verdadero motivo que lo había mantenido despierto, para no parecer un tonto paranoico, pero al ver que Brigitte le exigía la verdad, no podía más que contarle todo.

—No quiero quedarme dormido…, porque la última vez que te tuve junto a mí en esta cama y lo hice al día siguiente cuando desperté estaba solo, me habías abandonado. —Sintió una vez más cómo ese viejo dolor le estrujaba el corazón, y no pudo evitar que las lágrimas bajaran tibias por sus mejillas.

—¡Oh Tim! —expresó ella acunándole el rostro y las lágrimas le inundaron la garganta—. Mi amor ya no tienes por qué temer, te prometo que eso no volverá a pasar, puedes dormir tranquilo

porque yo no te dejará nunca más… —pronunció con sus labios casi rozando los de él.

—Prométemelo Brigitte, prométeme que no me dejarás.

—Te lo prometo —dijo mirándolo antes de besarlo para sellar ese pacto, gimiendo cuando él se apoderó de su boca con más intensidad y la abrazó con fuerza.

—No podría seguir con vida si llego a perderte de nuevo… Me moriría Brigitte, te juro que lo haría —dijo en medio de sollozos, aferrándose a ella.

—Ahora que estoy segura de tu amor, jamás podría dejarte. Ya no te atormentes con esa idea.

—Creo en tu palabra, pero igual voy a tomar mis precauciones —mencionó y se separó de ella para ponerse de pie, y caminó desnudo fuera de la habitación.

Se acercó a la mesa donde había dejado el juego de llaves, las agarró y miró a todos lados, buscando un sitio seguro donde esconderlas. Vio el rincón donde estaban las cachorras y le pareció perfecto, levantó uno de los cojines que puso para que durmiesen y escondió allí el manojo.

—Cuídenlas bien, para que ella no las encuentre. —Les dijo acariciándolas, pero estas apenas sí se removieron.

También agarró la maleta que ella había dejado en el salón y la escondió detrás del refrigerador. Si deseaba salir tendría que hacerlo envuelta en una sábana pensó divertido.

Después regresó a la habitación, mostrando una sonrisa cargada de satisfacción; se tendió en la cama y la abrazó, pegándola a su cuerpo desnudo, dispuesto a descansar por un buen rato.

—¿Qué hiciste? —preguntó llena de curiosidad.

—Algo para evitar que salgas mientras estoy dormido —respondió sonriente.

—Y supongo que no me lo dirás, ¿verdad? —cuestionó divertida e intrigada por su actitud.

—Supones bien —contestó asintiendo.

—Entonces me tocará averiguarlo —dijo escapando de sus brazos y poniéndose de pie.

Timothy la dejó, porque estaba seguro de que no lo adivinaría; además, no se negaría el placer de verla pasearse desnuda frente a él. Esa nueva actitud de ella le encantaba, ya que antes siempre buscaba cubrir su glorioso cuerpo.

Aunque eso significaba que lo había aprendido quizás al posar para el pintor trataba de mantener sus celos a raya y no pensar en eso, sino en que Brigitte ahora volvía a ser suya y lo sería para siempre.

—¡¿Dónde está mi equipaje Timothy Rumsfeld?! —preguntó regresando a la habitación mientras lo miraba perpleja—. ¿Y las llaves? Tampoco están las llaves.

—Los escondí, y da gracias a Dios porque no se me ocurrió atarte a la cama —comentó con desfachatez mientras recorría con su mirada esas exquisitas curvas.

—Inténtalo y verás que me salgo por la ventana. —Lo retó, sintiendo que su mirada le quemaba la piel.

—¿Y lo harás así desnuda? —cuestionó irguiéndose, y despacio se fue acercando a ella—. Con el frío que hace afuera a esta hora vas a terminar congelada; además, te recuerdo que estamos en un quinto piso.

—Pensaste en todo, ¿no es así? —inquirió llevándose las manos a la cintura en una actitud de reproche.

—Esa es la tarea de un buen abogado —respondió con arrogancia —. Ahora ven acá —dijo halándola de la cintura para tumbarla en la cama.

—Eres un tramposo —esbozó queriendo mostrarse seria, pero era imposible cuando él la acariciaba.

—Un tramposo que va a hacerte su mujer ahora y para siempre — susurró mirándola justo antes de besarla con intensidad.

El deseo se renovó en ambos y se entregaron a la pasión antes de caer rendidos esa noche, con la absoluta certeza y tranquilidad que les brindaba el saber que cuando despertaran estarían juntos.

Capítulo 72

Una lluvia de fuertes golpes estrellándose contra la puerta de la entrada y el insistente sonido del timbre irrumpieron en el apartamento, sacándolos del plácido sueño en el que se encontraban.

Aturdidos por despertar de esa manera tan abrupta, se sintieron mareados cuando intentaron ponerse de pie, por lo que se volvieron a tumbar en la cama; pero un par de segundos después salían como si fuesen dos resortes.

—Pero ¿se estará incendiado el jodido edificio o qué carajo? —preguntó Timothy molesto por la insistencia de quien iba a tumbarle la puerta.

—No vas a salir así Tim, estás desnudo. —Ella lo agarró del brazo para detenerlo.

—¡Mierda! ¡Ni lo recordaba! Ese sonido me volverá loco. —Regresó a la habitación y desde allí gritó—: ¡¿Podría esperar un minuto?! ¡No son maneras de tocar! Te juro que voy a romperle la cara si es algún chistoso Brit.

—¿Y si son nuestros padres? —inquirió ella, aunque le parecía extraño, pues habían quedado tranquilos con lo que hablaron la noche anterior.

—No lo creo —respondió con el ceño fruncido.

Aunque estaba al tanto de que su padre no se encontraba muy contento de que hubiera regresado con Brigitte, tampoco lo creía capaz de llegar con ese escándalo; además, llegarían en la tarde.

—Mejor vamos a ver quién es, antes de que termine fundiendo el timbre o tumbando la puerta.

Buscó un pijama en el armario, le ofreció la camisa a Brigitte y él se puso el pantalón. Salió con la intención de gritarle unas cuantas cosas a la persona al otro lado.

Estaba realmente furioso, y a menos que se tratase de una emergencia, le estrellaría el puño en la cara.

—¡Buenos días par de tórtolos!… ¿Los desperté?

Margaret mostraba una radiante sonrisa mientras los veía divertida y muy satisfecha por su pequeña broma, aunque la mirasen con ganas de asesinarla.

—¡Mierda! Tuve que sospechar que eras tú —expresó Timothy con rabia y se alejó de la puerta.

—¡Maggie! ¡¿Por qué hiciste eso?! —cuestionó mirándola entre sorprendida y furiosa.

Margaret quiso jugarles una broma, no para arruinarles su idílica reconciliación, sino para que Rumsfeld recordase que esta vez no podía actuar como lo hizo antes.

No disfrutaría del cuerpo de su prima sin comprometerse realmente, ya se le acabaron las excusas; y Brigitte merecía que ese idiota la llevara al altar de una vez por todas.

—En algún momento alguien tenía que hacerlo, ¿no? Ustedes han disfrutado de mucha libertad. Les hizo falta que en algún momento viniera Allan o tío Benedic a tumbarle la puerta a este… caballero —respondió con un encogimiento de hombros, como si nada.

—No es gracioso Maggie —dijo Brigitte y la hizo pasar, tampoco podía dejarla en el pasillo.

—Pues te has salvado de que este «caballero» no te dé un golpe en la cara porque eres una mujer —respondió con antipatía. Esos dos jamás lograrían llevarse bien.

—Basta por favor… Maggie, reconoce que estuvo mal lo que hiciste. Me has provocado un fuerte dolor de cabeza. —Le reprochó Brigitte—. ¿Y cómo es que llegaste tan temprano? ¿Dónde están los demás? —inquirió.

—Gracias a mi suerte de tener un novio millonario y con muchas influencias que logró conseguirme un boleto a primera hora. El resto llegará esta tarde.

—Tu suerte es nuestra desgracia —murmuró Timothy, quien se había alejado para huir de su presencia.

—No seas idiota Timothy. Más bien agradece que llegara primero y así los pongo al tanto de lo sucedido.

—¿Qué pasó? —preguntó Brigitte al ver que Margaret se tornaba seria, lo que no era buena señal.

—Que nuestras familias se reunieron ayer en París.

—¿Qué dijeron? —intervino Timothy, sin poder disimular su interés y su tensión. Le preocupaba lo que su padre podía haber hecho o dicho.

—En resumen: casi inician la tercera guerra mundial.

—¿Tanto así? —Brigitte sabía que reconciliar a las dos familias no sería fácil, pero no esperaba una batalla campal.

—Bueno, estoy exagerando un poco, pero sus madres parecían dos leonas defendiéndolos; tío Benedic y el señor Rumsfeld no se quedaron atrás; incluso Allan expuso algunas quejas. Pero por suerte, todo se solucionó. Ahora mismo están en una guerra fría, como Los Estados Unidos y Rusia —explicó con un tono algo teatral y divertido.

Brigitte no pudo disimular su angustia, temía que por las decisiones que Timothy y ella tomaron la amistad de años entre sus familias pudiera no tener salvación; eso sería una verdadera tragedia.

—No te preocupes amor, todo estará bien. —Timothy la abrazó por la espalda, tratando de darle seguridad—. Tendrán que entender que deseamos estar juntos y vamos a casarnos

—De eso no te quepa la menor duda Timothy, tío Benedic viene a exigírtelo hoy mismo. Esta noche habrá una cena en la casa de Knightsbridge, ya tus padres están confirmados, y tú… No creo que tengas otra opción —anunció mirándolo a los ojos.

—Perfecto, muchas gracias por avisarnos, allí estaremos —confirmó con un tono de voz y una actitud que le decía que ya podía retirarse.

—¿Estaremos? Supongo que te refieres a tus padres, porque si piensas que dejaré a Brigitte aquí estás muy equivocado. Ya hablaron y tuvieron su reconciliación, ¡perfecto! En verdad estoy feliz por Brit, pero ahora se viene conmigo a casa de mis tíos —expresó con determinación al ver que él casi la estaba echando.

—Maggie…, por favor —pidió Brigitte mostrándose apenada, la estaba tratando como a una niña.

—Nada de por favor, ve a ponerte algo decente y nos vamos. Tienes que estar presente cuando tu familia llegue a la casa; de lo contrario, los ánimos se caldearán aún más. ¿Es lo que quieres? —exigió mirándola con autoridad.

—Brigitte se quedará conmigo —dijo él negándose a separarse de ella. Aunque le había prometido que nunca lo abandonaría de nuevo, el temor no lo dejaba en paz.

—Me quedaré con él Maggie —sentenció abrazándolo.

—Bueno, es problema de ustedes. Después no digan que no se los advertí —dijo, más para intimidarlos que porque hubiera una amenaza sobre ellos—. Y ya me voy, no es necesario que me mires como si quisieras echarme a patadas —agregó refiriéndose a Timothy. Solo lo soportaba porque era la felicidad de su prima.

—Gracias por avisarnos —mencionó Brigitte para despedirse, antes de que comenzaran a discutir nuevamente; parecían perros y gatos.

—La próxima vez intenta no ser tan escandalosa. —Timothy no pudo guardarse esas palabras.

Margaret le dedicó una mirada despectiva y después le dio la espalda, Brigitte también lo miró con reproche, pero él ni se inmutó ante la actitud de ellas; solo se fue a la cocina para que pudieran despedirse.

—Te quiero en la casa a las tres de la tarde, ni un minuto más —demandó Margaret en tono serio.

—¡Está bien!, y ya deja de ser tan odiosa con Tim.

—¡Vaya! ¡Volvió a ser Tim!… Así te lo habrá hecho, que ya te tiene comiendo en sus manos —esbozó con picardía echándole un vistazo —. Aunque siendo sincera… ¡Qué guapo se ha puesto tu abogado! Los años le han caído muy bien… Y sigue teniendo un trasero firme. —Aprovechó que estaba de espaldas para mirarlo sin ningún reparo.

—¡Oye! ¡Qué descarada eres! Y ya, deja de mirarlo así —expresó asombrada—. ¿No fuiste tú la que dijiste que era feo? —Le recordó.

—Y tú que la tenía grande. Ahora lo comprendo todo —expresó sonriendo con malicia.

—Será mejor que te vayas ahora Margaret Milton —indicó abriéndole la puerta, sonrojada hasta el cabello.

—Sí, sí…, ya sé que estás loca por ir a coger con él, no tienes que echarme. Solo recuerda, tres de la tarde.

—Vete —mencionó casi sacándola, mientras reía.

Al fin la vio marcharse riendo con descaro por el pasillo, ella cerró la puerta y se apoyó contra la madera mientras miraba a Timothy de pies a cabeza, deleitándose con su perfecta anatomía.

Lo vio acercarse a las mascotas con dos bandejas de comida; y mientras se acuclillaba junto a él para ayudarle pensó que debían buscarle nombres, no podían llamarlas «cachorritas» todo el tiempo.

—Es un poco extraño —mencionó él, volviéndose para mirarla.

—¿Qué? ¿Que coman y que duerman tanto? —inquirió, creyendo que se refería a las perritas.

—No —respondió riendo; terminó y se levantó, agarrándola de manos—. Que tenga que pedir tu mano otra vez. Para mí nunca dejaste de ser mi prometida —expresó con convicción.

Ella se quedó en silencio, sintiéndose apenada porque él se había mantenido fiel a su recuerdo, sin comprometerse con nadie más; en cambio ella, había estado a punto de casarse con otro.

—Tengo que mostrarte algo —mencionó y caminó para buscar su bolso. Su mano buscó la pequeña caja que había guardado dentro, y cuando dio con ella sonrió—. Mira… —Le enseñó el hermoso anillo que le había dado de compromiso.

—Lo sigues conservando…, es increíble —esbozó realmente sorprendido mientras lo admiraba.

—Sí…, nunca fui capaz de deshacerme de el. Tenía tanto significado para mí que no pude… En ocasiones pensé en donarlo a alguna institución de caridad, pero… no lo sé, algo dentro de mí me rogaba para que no lo hiciera —respondió con sinceridad mientras miraba el anillo.

Timothy sentía las emociones haciendo estragos dentro de él, porque Brigitte le estaba demostrando que a pesar de haber intentado rehacer su vida con otro en el fondo no dejó de amarlo un solo momento, de haber sido así ya no lo tendría.

Lo garró del estuche para mirarlo mejor, y con su corazón colmado de certeza se puso de rodillas, sintiendo todo su ser temblar mientras la miraba a los ojos.

—Sé que cometí muchos errores princesa, acepto fui un idiota, que no hice las cosas bien…, pero te prometo que no soy el mismo y te juro que te amo con todo mi ser ¿Quieres ser mi esposa? —Le preguntó con el corazón desbocado y un ruego en la mirada.

—Sí, claro que sí —respondió ella sonriendo en medio de lágrimas, afirmando también con la cabeza.

Le entregó su mano y sintió que el pecho le iba a estallar de la emoción cuando vio la mirada de él, gritándole que la amaba y que estaba sumamente feliz.

Lo vio ponerse de pie y darle un beso en el dorso de la mano, pero ver el anillo una vez más en su dedo anular hizo que fuera más efusiva y terminó rodeándole el cuello con los brazos mientras lo besaba con intensidad; todo parecía un sueño, el más hermoso que pudiera haber imaginado.

La reunión de esa noche inició dentro de un ambiente tenso pero cordial. Aquel tiempo en el que las dos familias compartían de manera agradable parecía estar muy lejano.

Brigitte y Timothy sabían que debían hacer algo para reparar la brecha que se había creado, así que antes de pasaran a la mesa anunciaron su compromiso, lo que no tomó por sorpresa a ninguno de los presentes, y dio inicio al debate sobre la fecha del enlace.

—Queremos casarnos en New Haven, lo antes posible —anunció Timothy mirando a los padres de su novia.

—Ya suponía que esta vez sí tendrías prisa —mencionó Allan, aunque se había prometido no echar más leña al fuego no pudo evitar hacer ese comentario.

—Lamento informarles que organizar una boda se lleva tiempo, no es algo que pueda hacerse de la noche a la mañana —intervino Karla y vio una sombra posarse en el rostro de su hija. Tal vez pensando que le llevaría un año—. Pero haciendo un gran esfuerzo y tomando en cuenta que será en nuestra ciudad, diría que unos tres meses.

Brigitte casi grita de júbilo al escuchar esa noticia, mientras que el resto de la familia Brown miró perplejo a la matrona, pues se había llevado casi dos años en organizar la de ella con Donatien.

No tuvieron que ser adivinos para saber que lo había hecho a propósito, porque en el fondo esperaba que su hija se casara con un hombre como Timothy y no como el pintor.

—¡Gracias mamá! Prometo dedicarme por completo a ayudarte —expresó mostrándose feliz y le dio dos besos en las mejillas.

—De nada princesa, solo quiero verte feliz.

La verdad era que se sentía muy satisfecha, su sueño siempre fue verla casada con Timothy; y aunque con el tiempo llegó a apreciar a Donatien, siempre supo que no era el hombre ideal para su hija.

Una semana después regresaron a América, la tensión entre ellos prácticamente había desaparecido después de que compartieran en varias ocasiones en Londres y vieran lo felices que lucían Brigitte y Timothy juntos.

Todos sabían que ambos se habían equivocado, pero también que sus decisiones les habían hecho madurar, así que desde ese momento solo les restaba apoyarlos.

Durante esos días Timothy se replanteó seguir en Harvard, salió una tarde con Peter y habló con su amigo sobre el tema. Como ya presentía, este le dijo que se había vuelto loco al pensar en renunciar a la universidad más prestigiosa de su país.

Sin embargo, le hizo entender que su prioridad en ese momento era Brigitte y la familia que deseaba tener junto a ella; y seguir allí tal vez podía ponerlo en riesgo, si su novia se enteraba de la relación que tuvo con Julia.

Peter comprendió que era un asunto delicado y que su temor de perder a Brigitte una vez más seguía allí latente, por lo que le aconsejó que primero hablara con la sobrina de su jefe.

Se había quedado en la casa de sus padres en lo que comenzaba el semestre en Harvard, por lo pronto debía cumplir con sus obligaciones hasta que encontraran un reemplazo.

Estaban sentados en la terraza, disfrutando de ese inusual soleado día de diciembre, mientras hacían planes para su futuro.

—¿En serio te gustaría Nueva York? —preguntó ella mirando sus manos entrelazadas.

—Es donde están los mejores bufetes de abogados y las mejores galerías de arte, creo que sería el lugar perfecto para los dos —contestó dándole un beso en la sien.

—Pero… ¿no te parece un tanto caótico? Es decir, para criar una familia. —Se volvió para mirarlo a los ojos.

—Buscaremos un buen lugar en *Upper East Side* y serás feliz en medio de tantos museos —dijo sonriendo para convencerla de irse con él a otra ciudad.

Brigitte seguía dudosa, pensando que no deseaba volver a estar lejos de su familia. Él lo comprendió, pero sabía que si se quedaban allí no lograría desarrollarse como artista, porque su suegra la cohibiría; así que estaba por decir algo más para persuadirla cuando escuchó unos tacones resonando en el piso de granito.

—Hola Timothy —mencionó Julia conteniendo su ira al verlo abrazado a esa mujer.

—¡Julia…, qué bueno verte! —La saludó poniéndose de pie invadido por los nervios. Ni imaginando los peores escenarios de ese reencuentro figuró uno como ese—. Te presento a Brigitte, mi prometida —dijo para no perder tiempo y darle a su novia el lugar que merecía.

—Brigitte Brown, encantada —dijo extendiéndole la mano, aunque podía sentir que algo había pasado entre ellos. La tensión de Timothy y el reproche en la actitud de esa mujer lo decían a gritos.

—Así que es cierto, vas a casarte. Cuando escuché los rumores no quise creerlo, pero supongo que no me queda más que felicitarlos y desearles que sean muy felices. —No consiguió disimular su amargura, se dio la vuelta para marcharse pero su orgullo herido no la dejó—. ¿Sabes algo Tim?… Espero que ahora sepas cuidar su corazón, para que no termines destrozado como la última vez que ella se cruzó en tu camino… Te deseo suerte.

Después de eso se fue sin que ninguno de los dos pudiera reaccionar y darle una respuesta. La mujer había soltado toda su rabia de golpe, dejándolos aturdidos y temerosos.

—Lo siento…, ella… —Timothy intentaba disculparse con Brigitte, pero no conseguía las palabras para hacerlo.

—¿Tuvieron una relación? —preguntó con la mirada puesta en la mujer que se alejaba.

—Éramos amigos… Es la sobrina del doctor Montgomery y da clases en Harvard —respondió con tacto.

—¿Solo eran amigos o también dormían juntos?

—Brit…, ya no tiene caso. —Quiso restarle importancia porque no quería que discutieran.

—Solo respóndeme Timothy, dime la verdad.

—Sí, me acosté con ella…, pero estaba solo, me sentía carente de afecto y estaba intentado rehacer mi vida. —Él no quiso ahondar en más detalles, para evitar terminar cayendo en una discusión.

—Está bien, no hace falta que te justifiques. No representa un engaño si no estábamos juntos, ¿no es así? Después de todo, yo también intenté rehacer la mía con Donatien… Así que enterarme de que estuviste con otra durante nuestra separación no debe dolerme —aseguró, aunque lo sentía como un puñal en el corazón.

—Mírame —exigió al ver que ella se estaba escondiendo detrás de una coraza—. Prometimos olvidar el pasado y solo concentrarnos en nuestra vida juntos, hagámoslo Brigitte, dejemos el pasado donde está y no volvamos a torturarnos con esto. Siento mucho no haberte contado antes de Julia, pero…, tenía miedo de tu reacción, te pido perdón por eso y te prometo que no tendrás que verte en una situación como esta de nuevo. Eres la mujer a la que amo —expresó con su mirada fija en los ojos grises.

Brigitte acortó la distancia que los separaba y se apoderó de su boca con un movimiento demandante, uno que le asegurase con gestos, y no solo con palabras, que él era verdaderamente suyo y que lo sería siempre.

Capítulo 73

Donatien regresó a París luego de estar un mes en casa de sus padres, ya no soportaba seguir viendo las miradas de lástima que su familia le dedicaba cuando creían que no los veía.

En su presencia se mostraban optimistas y relajados, como si el hecho de haber renunciado una vez más al amor de una mujer no fuese algo tan trascendental, pero en cuanto les daba la espalda comenzaban a lamentarse por su mala suerte en el amor.

Veía absurdo que un hombre que se entregaba al amor como él lo hacía siempre terminase perdiendo a la mujer que amaba. No se consideraba un pesimista, pero definitivamente debía ir pensando en olvidarse del amor, pues este le había traído más dolores que alegrías, y un hombre de su edad ya no debía seguir ilusionándose con un «vivieron felices para siempre».

Una vez más se encontraba sumido en sus reflexiones, mientras disfrutaba de una copa de cabernet a los pies de la torre Eiffel, admirando el hermoso atardecer parisino. Cerró los ojos cuando una suave brisa le rozó el rostro y soltó un suspiro; de pronto, el sonido de una risa y algunos gritos lo hicieron abrir los párpados, y su corazón lo llevó a buscar el origen del sonido.

Le asombró ver cuán caprichoso era el destino al poner ante sus ojos precisamente a Clélia, quien lucía muy hermosa jugando en la grama con sus hijos. Se encontró sonriendo al ver cómo esos dos le arrancaban carcajadas; hacía mucho que no la veía reír así, y sintió nostalgia.

—Les compraré algodones de azúcar si me dejan ser parte del juego —mencionó sin siquiera analizar sus palabras, simplemente esbozó sus deseos.

Clélia se sobresaltó al escuchar su voz y se volvió para mirarlo, sorprendida; los chicos también detuvieron sus manos ante la sola mención de la golosina. Donatien se puso de pie y acortó la

distancia, animándose al ver que ella no lo miraba con la rabia de la última vez.

Y aunque acababa de decidirse a dejar de creer en el amor, un romántico como él no podía vivir sin ese sentimiento.

—Y compartiré una copa de vino contigo, si me permites —dijo mirándola a los ojos, deseando que dijera que sí.

—Nosotros aceptamos —acordó Christian, el mayor de los gemelos.

—Sí, yo quiero algodón —asintió Joshua.

—Bien, aquí tienen, vayan por ellos. —Donatien les entregó un par de monedas mientras les guiñaba un ojo.

—Gracias señor —esbozaron al unísono y salieron corriendo gritando cuál obtendría el más grande.

Las emociones que embargaron a Clélia al ver de nuevo a Donatien le robaron su capacidad para reaccionar y también la voz, porque cuando vino a darse cuenta, se había quedado sola con él.

Lo vio sentarse a su lado y los nervios en su interior se dispararon; pensó que era absurdo sentirse así, como si fuese otra vez esa chica de veinte años, deslumbrada por el atractivo pintor.

—Son un par de bribones —consiguió esbozar una vez que dio con su voz, pero no se atrevía a mirarlo.

—Creo que eso lo heredaron de la madre —comentó sonriendo de medio lado, sirviendo más vino en la copa.

—¡Oye! —Se quejó mirándolo con asombro—. A mí no me convencen con un algodón de azúcar. Necesitas más que eso para despertar mi interés Donatien Rimbaud —dijo mirándolo de reojo, se veía cansado pero hermoso.

—¿Y qué tal con una copa de este exquisito cabernet? —inquirió extendiéndole la bebida—. Espero no te importe compartir copa, solo traje esta.

No era extraño que los franceses se instalasen en el Campo de Marte a compartir una copa de vino, así que ella no le vio nada de malo; el problema estaba en que su corazón comenzaba a latir desenfrenado, llenándose de ilusiones; y se había prometido no hacerlo de nuevo. Sin embargo, extendió la mano, tampoco tenía porqué ser descortés.

—Sabes que nunca me importó compartir algo contigo. —Su corazón habló por ella, y para remediarlo se llevó la copa a los labios y le dio un gran sorbo, actuando de manera casual—. Supe que te fuiste a Toulouse.

—Así es, fui a pasar unos días en familia… Debía alejarme de la prensa, que de un momento a otro comenzó a querer inmiscuirse en mi vida privada, en lugar de interesarse solo en mis cuadros —contestó recibiendo la copa de vuelta y bebió de esta justo donde ella lo había hecho. Probar su sabor mezclado con el vino hizo que deseara besarla.

—Fuiste noticia durante un par de semanas, pero tranquilo, ya tienen otra víctima.

—Me alegra escucharlo… ¿Y tú cómo has estado?

—Bien… Entre los chicos y el trabajo no tengo chance de nada; por suerte, me fue muy bien con la exposición y he ganado algunos clientes; lo que es maravilloso, siendo una madre soltera… Solo que… —Se interrumpió al ver que estaba a punto de hablar de más.

—¿Solo qué? —preguntó Donatien, llevado por la curiosidad al notar que se cohibía.

—Nada, todo está bien —contestó sonriendo y le quitó la copa para darle otro trago.

—¿Desde cuándo tenemos secretos tú y yo? —cuestionó más intrigado, ya que ella le rehuía la mirada.

—Supongo que desde que nos separamos, ¿no? —respondió sin mirarlo—. Podemos fingir que somos amigos, pero ¿realmente lo somos Donatien? ¿Acaso no hay demasiado resentimiento entre los dos? ¿No existen cosas que nos callamos pero que nos duelen? —Lo interrogó y esta vez fijó su mirada en él.

No quería seguir mostrándose como una mujer adulta y racional, que podía sentarse a compartir un trago con su expareja; mucho menos cuando seguía teniendo sentimientos por él, cuando deseaba con todo su ser besarlo hasta quedarse sin aliento, encerrarse con él en una habitación durante un fin de semana, para amarlo como tiempo atrás; solo deseaba olvidarse del mundo y ser feliz junto a él, porque debía ser sincera y reconocer que si en diez años no había logrado dejar de amarlo era porque no lo haría jamás.

—Lo siento —murmuró bajando la mirada.

—¿Qué sientes Don? —cuestionó molesta, creyendo que tal vez diría eso y se iría.

—Todo —respondió armándose de valor para mirarla a los ojos—. Siento haberme alejado cuando me enteré de que no podría darte los hijos que tanto deseabas; me sentí aterrado y me llené de amargura, de desconfianza… Pero no hacia ti Clélia, sino hacia mí mismo.

—Creo que ambos nos sentimos igual.

—He llegado a la conclusión de que inconscientemente buscaba la manera de hacer que me dejaras, porque yo no tenía el valor de dejarte ir con alguien que pudiera darte lo que soñabas. Así que opté por hacer el papel de víctima y te puse a ti el de villana —confesó hablándole con honestidad sobre esa etapa de sus vidas.

—Pues te salió muy bien, porque todo el mundo se alejó de mí y me condenó, pensando que te abandoné porque no podías darme hijos. Pero tú y yo sabemos que en realidad lo hice porque cambiaste y cada día me hacías sentir más y más culpable… Cada opción que te planteaba la tomabas como una ofensa Don, me sacaste de tu vida aunque seguía a tu lado; y sabes que soporté demasiado, me quedé hasta que al final…

—Te terminaste cansando de mí.

—Sí, lo hice; y aunque te seguía amando…, más grande era mi amor propio. No iba a estar junto a un hombre que ya no me miraba con amor, que ni siquiera me deseaba —expresó con la voz cargada de dolor.

—Lo hacía, te deseaba con la misma intensidad de siempre, pero cada vez que me acercaba a ti pensaba en ese maldito impedimento y el deseo se convertía en frustración. Entonces me molestaba y terminaba desquitando mi rabia contigo, pero nunca quise herirte Clélia, nunca… Por eso cuando me dejaste me negué a buscarte, pensé que quizás era lo mejor. Hasta que supe…

—Que estaba con alguien más y que este me había embarazado. De inmediato te llenaste de odio contra mí y asumiste que había dejado de amarte…

—Clélia, yo solo…

—Déjame decirte algo Donatien Rimbaud, no lo hice, no dejé de quererte a pesar de todo lo que sufrí a tu lado. Yo estaba despechada, dolida y furiosa contigo, pero seguía amándote —pronunció a punto de llorar.

—Entonces, ¿por qué en tan poco tiempo estabas con otro hombre y embarazada de él? Sabiendo el golpe que significaría para mí, —inquirió dejando ver su rabia y su dolor, porque no había superado eso.

—Porque fue un error, no fue algo que planeé, aunque no me arrepiento porque mis hijos lo son todo para mí, pero no lo tenía pensando así. Pensé que la mejor manera para olvidarse era salir de fiestas, así fue como Jean Paul llegó a mi vida. Una noche bebí de más y el estúpido despecho me llevó a creer que el sexo haría que me sintiera mejor, pero no fue así y semanas después me enteré que estaba embarazada; ninguno de los dos nos cuidó. —Le contó con algo de pena, pero necesitaba que él supiera cómo habían sucedido las cosas.

—Y si solo era una aventura, ¿por qué terminaste casada con él? —Le reprochó mirándola con dureza.

—En un principio él quiso hacerse responsable, la euforia lo llevó a proponerme matrimonio y yo me vi obligada a aceptar porque me resigné a perderte; sabía que después de eso no podría volver contigo, nunca me perdonarías que me hubiese embarazado de otro hombre —respondió mirándolo a los ojos.

—¿Qué pasó luego? —cuestionó, llevado por una curiosidad morbosa.

—Después de dos años se cansó de esperar que me enamorara y se marchó. Aseguró que me ayudaría con los chicos, pero un mes después me envió un sobre con dinero y los papeles del divorcio. Después de que firmé y quedó libre desapareció de nuestras vidas. Ni siquiera sé si está vivo o muerto, y los niños cada vez preguntan menos por él. Creo que en el fondo saben que no va a volver.

—¿Y si lo hace? ¿Y si regresa exigiendo verlos? —cuestionó sintiendo temor ante la idea.

—Después de siete años sin enviar siquiera una maldita carta, ¿crees que aparezca? —inquirió creyendo increíble que él lo pensara,

pero veía dudas en su mirada, así que quiso tranquilizarlo, aunque no sabía por qué—. Igual, si lo hace ya no tendría ningún derecho sobre ellos, mucho menos sobre mí.

—Siguen siendo sus hijos.

—No, son míos, de nadie más —acotó viéndolos jugar y disfrutar de sus golosinas. Negando con la cabeza ante la sola idea de tener que compartirlos—. Luego de años sin saber de él solicité legalmente la patria potestad de los niños, y el juez me la concedió absoluta; claro, después de investigar y confirmar que he sido la única responsable de su bienestar.

—Siempre fuiste tan obstinada, pero tienes razón, son únicamente tuyos —mencionó él para calmarla mientras sonreía. Había visto el miedo en su actitud.

Ella lo miró y quiso decirle que también podían ser de él si lo deseaba, pero sabía que era un imposible. Su actitud melancólica le gritaba que aún seguía sufriendo por Brigitte Brown.

—Estoy teniendo problemas con Adrien —dijo para cambiar de tema.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó desconcertado.

—Dijiste que no teníamos secretos, así que te estoy contando lo que sucede —respondió, y al ver su mirada exigente suspiró y habló —. Sabes que estoy usando un estudio en su galería.

—Sí, claro —respondió interesado—. Continúa por favor.

—Bueno, en las últimas semanas ha estado algo irritable, a raíz de que me negara a salir con él. Lo que ha hecho que el ambiente se torne pesado, y no puedo trabajar así. De verdad agradezco mucho que me haya ayudado, pero en cuanto consiga otro lugar me iré de allí enseguida —explicó para que supiera que tenía todo bajo control.

Él se quedó en silencio, tragándose la rabia que le provocó saber lo que su amigo estaba haciendo, esa no era la manera de proceder con una mujer; y se lo haría saber la próxima vez que lo viera.

Lo dejó de lado un momento, mientras analizaba la situación y buscaba una forma de ayudarla. Enseguida algo saltó a su cabeza.

—Ven conmigo, te llevaré a un lugar que puede servirte. —Le dedicó una sonrisa, agarrándole la mano para ayudarla a ponerse de

pie—. ¡Chicos, vengan! ¡Tenemos que irnos! —anunció sin esperar una aprobación.

—¿A dónde vamos? —preguntó desconcertada.

—Ya lo verás —contestó sonriente y guardó silencio.

Caminaron hasta el auto y los chicos subieron emocionados, pues nunca habían estado en uno igual; Clélia, en cambio, sintió otro tipo de emociones recorrerlas cuando recordó la última vez que había estado allí.

Le esquivó la mirada a Donatien, para que no descubriera lo que pasaba por su cabeza en ese momento, y se giró un poco hacia la ventanilla, tratando de esconder sus pezones excitados.

En pocos minutos llegaron hasta el edificio donde Donatien vivía. Ella sospechó de inmediato sus intenciones, pero no dijo nada hasta comprobarlo. Ambos subieron en silencio, a la expectativa de lo que pudiera suceder.

—Bienvenidos —dijo Donatien, abriéndoles la puerta e invitándolos a pasar mientras les sonreía.

—¡Vaya! ¡Qué bonito lugar! —pronunció Christian con una sonrisa. Era mucho más grande que el apartamento donde ellos vivían.

—¡Mira Chris!, ¡tiene otro piso! —comentó Joshua señalando las escaleras, entusiasmado con la idea de subir.

—Tienes un apartamento hermoso Don —comentó Clélia, aunque no se mostraba tan efusiva como los chicos.

—Me alegra que te guste…, que les guste a todos. Sin embargo, hay algo más que deseo mostrarles. Vengan conmigo —pidió encaminándose a la escalera y le indicó con la mano que subieran ellos primero.

Clélia le dedicó una mirada cargada de curiosidad, pero Donatien no le reveló nada, ni con sus gestos ni con palabras. Desistió de querer descubrir algo a través de él e hizo lo que le pedía, mientras sentía que el corazón estaba a punto de saltarle del pecho.

—¡Josh, mira qué vista! —exclamó Christian acercándose al ventanal, y una vez más comparaba la que tenían desde el apartamento de su mamá, donde solo podían ver edificios y una calle llena de comercios.

—¡Vaya! ¡Se puede ver todo París! —respondió su hermano con una gran sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó Donatien, notando el silencio de Clélia, lo que lo ponía más nervioso de lo que estaba.

—Sí, es precioso. Y por lo que veo, es tu estudio —comentó viendo los caballetes y los bocetos que aún colgaban de la pared, así como las pinturas, los pinceles y paletas amontonadas sobre una gran mesa de madera.

—Sí, aquí es donde paso la mayor parte del tiempo. Y cuando compré el apartamento fue precisamente por este lugar, tiene una vista mágica y la luz necesaria para pintar… Pero me falta mostrarte algo, acompáñame —pidió sonriéndole.

Ella asintió y lo siguió en silencio, mientras que su cabeza era colmada de miles de ideas; era evidente que la había llevado allí por un motivo, pero se negaba a hacerse ilusiones. No obstante, nada la preparó para lo que vio al otro lado de la cortina que dividía el espacio. Era un lugar igual de amplio e iluminado por grandes ventanales, con varias mesas de madera, unos estantes, un sillón y un par de taburetes.

—Y bien, ¿qué te parece? —inquirió con su mirada fija en ella, para ver sus reacciones.

—¿Por qué me trajiste aquí Don? —contestó con otra pregunta, ya no quería estar suponiendo cosas; necesitaba que fuese claro.

—Quiero que este sea tu estudio, así no tendrás que enfrentarte al acoso de Adrien —respondió mirándola a los ojos, para que supiera que hablaba en serio.

Clélia se quedó en silencio, paseando su mirada por el lugar que ciertamente era el ideal para cualquier artista; el problema estaba en que si bien no tendría que seguir enfrentando a Adrien, debería estar muy cerca de Donatien, lo que a la larga podría resultar mucho peor.

—¿No dices nada? —cuestionó algo tenso.

—¿Por qué no lo usas? —Sospechaba la razón, pero quería escucharla de sus labios.

—Porque con el mío es suficiente… Este iba a ser de Brigitte. —No tenía caso engañarla.

—Bien, era todo lo que necesitaba saber. Muchas gracias por tu ofrecimiento Donatien, pero debo rechazarlo.

—¿Por qué tienes que ser tan obstinada? —preguntó molesto por su actitud.

—¿Obstinada dices? Pretendes que ocupe el lugar que habías acondicionado para tu ex. ¿Y después qué? ¿También esperas que ocupe el que dejó en tu cama? —dijo mostrándose ofendida por la insinuación.

—No, no soy Adrien. Jamás te pediría que te acuestes conmigo a cambio de este espacio; y para tu información, ella ni siquiera lo usó. Sería una sorpresa para ella cuando regresásemos del viaje de bodas —mencionó con resentimiento por el trato que Clélia le daba.

Ella se quedó en silencio ante esa nueva revelación. Era complicado lidiar con los sentimientos que la embargaban, con esa lucha entre el amor que sentía por él y su orgullo, que le exigía que se diese su puesto.

No podía llegar a ser la suplente de Brigitte Brown, no cuando estuvo primero en la vida de él; y no como novia, ella fue su mujer.

Sin embargo, el corazón era tan débil cuando se trataba del amor, que incluso podía llegar a ser masoquista, pues no le importaba cuántos golpes recibía, siempre se ponía de pie, dispuesto a darle una oportunidad más a ese sentimiento que tanto daño le causaba a hombres y mujeres por igual.

—Acepto solo con una condición —anunció mirándolo.

—La que desees —respondió de inmediato.

—Me dejarás pagarte y tendré independencia absoluta. De esa cortina para acá será mi espacio y no te quiero merodeando por aquí —exigió para mantenerse a salvo—. Si aceptas tenemos un trato.

—Trato hecho —mencionó extendiéndole la mano, escondiendo la risa que intentaban esbozar sus labios.

Ambos sellaron ese pacto que implicaba mucho más, aunque de momento no quisieran reconocerlo. Pero la atracción entre ellos siempre había sido muy fuerte, y el hecho de estar juntos a diario en la intimidad de ese lugar tan acogedor aumentaba las posibilidades de que volvieran a funcionar como pareja; después de todo, el amor tenía sus maneras de unir a las personas.

Capítulo 74

Casi un mes había transcurrido desde que Clélia ocupó el espacio en casa de Donatien. Al principio no fue sencillo estar tan cerca de él y no ceder ante sus deseos de verlo.

Trabajar en sus esculturas se volvió algo bastante complicado, pues no podía concentrarse, a pesar de que él había cumplido su parte de no andar merodeando. Solo la recibía por las mañanas y la despedía por las tardes.

Así fue en los primeros días, ya que a la semana siguiente le dio un juego de llaves, para que pudiera ir y venir cuando ella quisiera; y en caso de que él no estuviese no tuviera que esperarlo, aunque era muy poco lo que salía.

Por suerte, no se había topado con ninguna mujer en los días que llevaba allí, pero sabía que las tenía, no era tan ilusa como para creer que él estuviese en abstinencia sexual.

Una vez más sus pensamientos vagaban hacia él, y se reprendió por ello; así no avanzaría nunca con los encargos pendientes. Dejó escapar un suspiro con desgano mientras negaba con la cabeza.

De pronto tuvo la idea perfecta para sacar de su mente al apuesto pintor, que aún seguía haciéndola sentir como esa chica de dieciocho años que quedó deslumbrada desde la primera vez que lo vio.

La melodía de *Le Temps De L´Amour* inundó el estudio, ella sonrió, sintiéndose en su centro; y se acercó a la mesa donde preparaba la arcilla para comenzar a trabajar.

—***C'est le temps de l'amour, le temps des copains et de l'aventure*** —cantaba moviendo su cuerpo al ritmo de la canción, pero dándole un toque de sensualidad.

Donatien se encontraba en su lado, mirando algunos bocetos para ver si la inspiración regresaba a él y comenzaba a pintar, pues tenía

ya dos meses que no podía hacer ni siquiera un trazo cuando de pronto escuchó una melodía que provenía del lado de Clélia.

No se sorprendió, pues no era la primera vez que ella ponía música. Lo que lo cautivó fue escucharla cantar, y como si fuese atraído por un hechizo, sus pasos lo llevaron a ese lugar, para deleitarse con su voz y su imagen.

—Hacía tanto que no disfrutaba de algo tan hermoso —susurró mientras sonreía, sintiendo el corazón latir emocionado al verla tan relajada y feliz.

—¡Donatien! —exclamó sonrojándose hasta el cabello cuando se sintió descubierta.

Su mirada se posó en el pecho desnudo del hombre que ponía a latir su corazón con emoción y a temblar su cuerpo del más puro deseo. Llevaba la habitual bata de seda de su pijama, pero esta vez no tuvo la precaución de cerrarla, y Clélia apenas podía contener sus ganas de tocarlo.

—Lo… lo siento, seguro te desperté con la música, enseguida la apago —dijo al ser consciente de que se había quedado como una tonta mirándolo.

—No tranquila, déjala así… Tengo rato despierto, estaba viendo unos bocetos —dijo sujetándola por el brazo para impedirle que quitara la música—. Solo te escuché cantar y… no lo sé, fue como regresar en el tiempo —comentó mirándola a los ojos, sintiéndola temblar con su toque, lo que despertó el deseo en su interior.

—Igual voy a bajarla un poco…, así podrás regresar y trabajar en tu espacio. Recuerda lo que… lo que… —decía nerviosa, tratando de escapar de la intensidad de su mirada.

—Sí, lo que acordamos —mencionó dispuesto a liberarla, pero se dijo que ya no podía seguir esperando; había pasado semanas deseándola—. Pero ¡a la mierda el trato!

Le apoyó la mano en la nuca y la atrajo hacia él para estamparle un beso en los labios, apoderándose de su boca, que para su deleite no opuso resistencia, solo se abrió, dándole la bienvenida. Llevó su otra mano a la parte baja de la espalda de Clélia, casi rozándole el trasero y la pegó a su cuerpo, gimiendo al sentir lo perfecto que se amoldaba a él, como si hubieran sido creados para estar así.

Clélia se sorprendió ante ese gesto tan arrebatado, su primer pensamiento fue negarse y alejarse de él, pero solo bastó el contacto de su lengua con la suya para que también mandara todo al carajo.

Sus manos tomaron la libertad de acariciarle el pecho, sintiendo la calidez y la dureza de los músculos que estaban bajo la suavidad de su piel, mientras dejaba que él hiciera fiesta en su boca.

Donatien no quería pronunciar una sola palabra, pues temía que si rompía el silencio también podía acabar con la magia que los envolvía en ese instante. La agarró por la cintura, levantándola para caminar hacia el mesón; la sentó en este y comenzó a subirle la suave tela del vestido amarillo crema que llevaba.

—Donatien…, yo… —Intentó hablar, pero él la calló, posando un par de dedos sobre sus labios.

—No me pidas que me detenga… por favor, no me digas que no lo deseas —suplicó siguiendo el movimiento nervioso de sus pupilas.

—No iba a hacerlo —respondió ante su ruego.

Sin dejar de mirarlo comenzó a deshojar los botones de su vestido, dejando a la vista la piel blanca de sus senos. La mirada de él abandonó la suya y se posó en su escote, oscureciéndose ante el deseo.

Se dejó ir un poco hacia atrás, para que tuviera la libertad de besarla, como sabía estaba deseando. Se estremeció cuando los labios de Donatien iniciaron un camino desde su cuello hasta el centro de sus senos, y de allí fue su lengua la que humedeció su piel, justo antes de llevarse el pezón a la boca.

—Dios… —susurró cerrando los ojos y elevando el rostro, sintiendo cómo el placer viajaba a través de su cuerpo—. No descuides a este otro mi vida…, también te necesita —dijo acariciando con sus dedos el pezón duro como piedra.

Él sonrió ante sus palabras, mientras recordaba que siempre fue así; no se cohibía en pedirle lo que deseaba, ni siquiera la primera vez que estuvieron juntos y era virgen.

Animado por sus gemidos movió su mano para masajear el seno completo, sin dejar de beber del otro, y metió la mano libre debajo de la falda y comenzó a tocarla, solo con suaves roces por encima de la ropa interior.

Ella separó más sus piernas para que tuviera mayor libertad y se aferró a la nuca de Donatien, temiendo que las olas de placer que la azotaban pudieran tumbarla sobre la gran masa de arcilla tras ella.

Lo sintió alternar entre un seno y otro, dándoles la misma atención a los dos, como le había pedido; ella solo podía gemir y temblar, acercándose cada vez más a ese orgasmo que crecía en su interior.

—El sabor y el olor de tus senos siguen siendo los mismos Clélia, perfectos… Pero tengo una curiosidad —comentó hundiendo un poco más los dedos en su suave intimidad, sintiendo cómo se había humedecido—. ¿Será el mismo aquí? ¿Será tan embriagador como antes? —cuestionó con la voz ronca y la miró a los ojos.

—¿Por qué no lo descubres? —Lo retó, moviéndose sobre la mesa para poder quitarse la ropa interior.

—No, no. Deja que sea yo quien lo haga —dijo deteniéndola. Se puso de rodillas, levantó la tela del vestido hasta sus caderas y comenzó a besarle el interior de los muslos; quería hacerla disfrutar, antes de tener su propia liberación.

—Siempre te gustó hacerme esperar. —Se quejó, pero la verdad disfrutaba mucho de su forma de seducirla.

—No, me gusta hacerte gozar —contradijo.

Acto seguido bañó con su aliento la huella de humedad que mostraba la prenda íntima, percibiendo cómo se estremecía y se tensaba de anticipación.

Él se acercó más y hundió su nariz justo allí, respirando profundo para disfrutar de su aroma, el que casi lo llevó a perder la cabeza.

—¡Por el amor de Dios Donatien! ¡Ya quítame el condenado panti! —exigió sintiendo sus piernas temblorosas y la desesperación por alcanzar el clímax la dominaba.

Él cedió ante sus demandas, porque no podía seguir esperando, deseaba beber de su centro hasta que le regalase un orgasmo, y luego hundirse en su interior con el mismo ímpetu de siempre.

Ese que había dejado de lado con Brigitte, pensando que a su exnovia tal vez no le resultase apropiado, pero sabía que a Clélia era lo que más la excitaba y disfrutaba.

Arrastró la prenda mientras le besaba las rodillas, acariciándole con la punta de los dedos las piernas, y después la dejó caer en el suelo. Ella se abrió, dándole una hermosa vista de su intimidad, y él la agarró por las caderas con un movimiento demandante, haciéndola rodar sobre la mesa para estar más cerca.

Clélia liberó un jadeo que casi le desgarró la garganta al sentir cómo la boca de Donatien se apoderaba de su rincón más sensible, rozando con su lengua sus labios trémulos.

Cerró los ojos, recostándose un poco más sobre la mesa; y a medida que él besaba, succionaba y mordía con más intensidad su centro, ella hundía sus dedos en la suave arcilla para soportar tanto goce, el que sentía la quebraría.

—Sí…, es igual de delicioso Clélia —murmuró sobre la suave vulva que se contraía, dejando escapar su humedad.

—¡Mi amor!... Sigue…, sigue —suplicó ella, apoyándole una mano en la nuca, para que le diera mucho más.

—Déjate ir…, hazlo mi amor —susurró y acarició con su lengua el clítoris hinchado y brillante.

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios mío Donatien! —gritó mientras su cuerpo convulsionaba, arrasado por todas esas sensaciones que viajaban como un torrente dentro de su cuerpo y la desbordaron en un jadeo agónico.

Él le sostuvo las caderas para no perderse una sola gota del néctar que brotaba de ella, ni de los temblores que disfrutaba en su lengua y en sus manos.

Le permitió recuperar el aliento, y despacio regresó a sus senos, al tiempo que le brindaba un poco de atención a la tensa erección que lloraba de necesidad por ella.

Se hundió en ella segundos después, muy despacio, para ser consciente de lo maravilloso que era volver a estar en su cuerpo, ahora que estaba en sus cinco sentidos y podía sentirla con mayor intensidad.

Percibió las manos de Clélia deslizándose por sus hombros, para quitarle la bata de seda; él relajó sus brazos, ayudándola a sacarla de su cuerpo y darle la libertad de acariciarle la espalda desnuda,

mientras dejaba caer una lluvia de besos en su cuello y hombros, que lo excitaban cada vez más.

Apuró la marcha de sus caderas al sentir cómo ella bajaba sus manos hasta su trasero y lo apretaba, empujándolo, pidiéndole más. No tardó en complacerla y darle estocadas profundas y rápidas.

El placer de su unión los atravesaba como poderosas corrientes, eran como dos relámpagos que se cruzaban en una tormenta, electrificándolo todo.

Ese fue el preludio de lo que vendría, un derroche de pasión que los llevó a tener sexo durante toda la mañana, ocupando no solo la mesa, sino también los taburetes, el sillón y hasta la alfombra.

Caían rendidos y descansaban algunos minutos entre besos, miradas cómplices y suaves caricias que mantenían ardiendo la llama en su interior, y que de un momento a otro se alzaba nuevamente en llamaradas que amenazaban con calcinarlos.

—No importa todo lo pasado, el tiempo…, lo que vivimos… Me siento igual contigo Clélia…, te siento como a nadie y me haces desearte con locura, con desesperación —mencionó rozándole los labios, antes de darle un beso profundo, cargado de deseo y necesidad.

—Sigo amándote Donatien Rimbaud, y te deseo con una desesperación que solo he sentido contigo mi vida. Te amo y así será hasta que muera —confesó con lágrimas en los ojos y se aferró a él.

Él se sintió abrumado por sus palabras; sobre todo, al ser consciente de que era la única mujer que le había confesado algo así; ni siquiera Brigitte en los dos años que estuvieron juntos le dijo que lo amaba o lo nombró con alguna palabra de cariño.

Ser consciente de ello le causó una gran herida en el pecho, todo ese tiempo se había engañado como un tonto, pensando que ella en verdad se había enamorado de él.

La sensación de vacío que colmó su ser lo hizo aferrarse a Clélia, la abrazó con la misma fuerza que ella lo hacía, mientras hundía su rostro en el suave cuello de la única mujer en el mundo que había merecido su amor.

Tuvo que luchar, apretar sus labios para no sollozar y evitar llorar delante de ella; no quería arruinar el momento.

—¿Dejas que te haga el amor? —pidió mirándola a los ojos con intensidad, era un ruego para que lo aceptara.

—Solo si prometes hacérmelo mañana y pasado y después…, hasta mi último respiro —expresó con un nudo de nervios en su estómago, esperando que comprendiera que deseaba quedarse a su lado.

—Te lo prometo Clélia…, te juro que esta vez será para siempre —respondió con sus latidos desbocados, cifrando en ella todas sus esperanzas de empezar una nueva vida y ser feliz—. ¿Te casas conmigo? —preguntó con voz temblorosa mientras la miraba a los ojos.

—Sí…, sí, sí… Y mil veces sí —respondió eufórica.

Apartó a un segundo plano la incertidumbre de saber si seguía amando o no a Brigitte Brown, porque si era así, ella se encargaría de volverlo a enamorar.

Semanas después, Donatien y Clélia se casaron en su hermosa ciudad natal, con la compañía de sus familiares y amigos, en una reunión sencilla pero muy emotiva; después de todo, no tenían por qué hacer una gran recepción e invitar a medio mundo para dar muestra del amor que sentían.

La familia de Donatien se quedó a cargo de los niños mientras ellos se iban a su viaje de boda, ese tiempo les serviría para irse acostumbrando a su nueva familia.

Donatien le había expresado a Clélia su deseo de adoptarlos, para que fueran de los dos y así se evitaban el temor de que su exmarido se apareciera, queriendo exigir derechos que nunca se había ganado.

—Mis hijos te adoran Donatien, también son tuyos, lo sabes. En este tiempo te has ganado sus corazones; sin embargo, quiero que me hagas una promesa —dijo con su mirada fija en los ojos grises de su esposo.

—Lo que quieras —mencionó, aunque sintió que el pecho se le apretaba, pues sospechaba sus deseos.

—Prométeme que buscaremos un buen doctor para tratarte, y si existe la posibilidad de que alguna cirugía te ayude dejarás de lado

tus miedos y te la harás. Prométeme que lo harás por nosotros Donatien —pidió acunándole el rostro con las manos.

—Está bien…, lo haré por nosotros —respondió sonriendo de manera nerviosa y la abrazó, mientras sentía la esperanza latir dentro de su pecho.

Se unieron en un abrazo estrecho que reforzaba esa promesa y el sentimiento que compartían, ese que había sobrevivido a una larga separación, por el que cada día luchaban para que fuese más fuerte.

Capítulo 75

La mirada de Brigitte brillaba más que ese día de primavera, estaba rodeada por la luz que entraba por los grandes ventanales y que le permitían apreciar cada detalle del vestido. Pero no era solo el sol lo que la hacía lucir tan radiante, sino la felicidad dentro de su pecho, la misma que se podía apreciar en la gran sonrisa que no abandonaba sus labios y creaba un aura casi celestial en torno a ella.

En la habitación estaban su madre, Margaret y las dos empleadas de confianza de su prima, quienes habían viajado desde París para ayudarla con cada detalle. Por suerte, el vestido seguía quedándole igual a como cuando se lo probó; parecía una princesa le decía su madre, y así se sentía, por fin conseguiría el final de cuentos de hadas que siempre soñó y tendría su «felices por siempre» junto al hombre que amó desde que era una niña.

—Bien…, aquí está el toque final —dijo Margaret alzándose de puntillas para ponerle el velo.

—¡Ay Dios mío Brit! —expresó Karla con un nudo en la garganta y los ojos anegados en lágrimas—. Voy a llorar… Lo siento, es que no puedo con tanta felicidad —agregó mientras movía sus manos para disculparse.

—¡Mamá! —Brigitte también se emocionó y sus ojos se cristalizaron. Sentía que iba a terminar haciéndola llorar también—. Deme un abrazo.

Se acercó a ella y la abrazó con fuerza, agradeciéndole que la hubiese apoyado en todo, a pesar de sus diferencias y de las decisiones algo alocadas que había tomado.

—Pañuelos por favor —pidió Margaret, quien también se había emocionado y no quería arruinar su maquillaje.

—Gracias —dijo Brigitte, riendo en medio de un par de lágrimas que bajaban por sus mejillas.

—Brit, sécate con cuidado. El maquillaje debe estar intacto —mencionó Karla retomando su postura.

—Sí, estás hermosa, pero si sigues llorando terminarás viéndote como un mapache —comentó Margaret, dándole un beso en la mejilla mientras le secaba las pestañas.

Todas rieron ante ese comentario y se dispusieron a seguir con el par de detalles que faltaban. Margaret buscó la cámara fotográfica que había llevado y siempre usaba para retratar sus modelos. Le tomó un par de fotos a Brigitte sola, después junto a su tía Karla, otras más junto a Claire y Sonia, sus dos modistas; y por último, posó junto a su prima, sintiendo que ese vestido era su mejor obra.

Escucharon un par de golpes en la puerta y supieron que era Benedic que había llegado por ella. Aunque faltaba poco más de media hora, el hombre nunca se había caracterizado por su paciencia. Claire se acercó para abrir mientras sonreía, a la expectativa de la reacción que tendría el padre de la novia.

—Bueno mujeres, eso de hacer esperar al novio me parece una tortura, así que mejor démonos pris… —decía entrando a la habitación, pero cuando vio a Brigitte su voz fue tragada por las emociones que lo recorrieron.

Era la primera vez en su vida que ver a una mujer le provocaba ganas de llorar, pero era que Brigitte se veía tan hermosa en ese vestido de novia, que no podía creer que su pequeña ya se hubiese convertido en toda una mujer, y que estuviese a punto de emprender su propia familia y una nueva vida fuera de su cobijo.

—Mi niña…, te ves… —Las lágrimas le quebraron la voz.

—Papi —esbozó Brigitte, volviendo a llorar.

—Más pañuelos por favor —pidió Margaret riendo, mientras se unía al llanto familiar, pues su tía Karla una vez más lloraba emocionada.

Padres e hija se unieron en un abrazo muy estrecho, mientras le deseaban lo mejor a Brigitte y le reiteraban el amor incondicional que sentían por ella. Reforzaron su confianza con sus miradas, para que supiera que siempre estarían para ella, sin importar lo que pasara, incluso si la vida no le daba lo que esperaba, ellos sí lo harían.

Margaret y Karla se retocaron el maquillaje con rapidez para salir rumbo a la iglesia, pues debían llegar primero, mientras que Brigitte se quedó esperando un poco más, para hacerlo junto a su padre.

Aprovecharon ese momento para hablar, aunque Benedic no era un hombre de muchas palabras siempre tenía las justas para cada momento, y ese no fue la excepción.

—Te hará feliz princesa, ya aprendió su lección —aseguró mirándola a los ojos mientras le acariciaba las manos.

—Creo que esta vez quiso asegurarse de que nos quedáramos juntos para siempre… Tenemos unas hijas que nos adoran y que se morirían de tristeza si nos separamos —expresó con un sonrisa al recordar a Sissy y a Nessa.

—Tienes razón —acotó acompañando la risa de su hija. Esas dos cachorritas eran sus consentidas—, pero no te olvides de darme nietos humanos también, ya quiero tener a una pequeña Brit corriendo por la casa, llamándome abuelo y pidiéndome galletas; y un nieto, al que enseñaré a jugar ajedrez, a pescar y a montar a caballo. Y debes darte prisa, porque tu sobrino ya les lleva ventaja —dijo emocionado nada más de imaginarlo.

Ella asintió mientras sonreía y las lágrimas una vez más se hacían presentes, pero esta vez tenían a mano un pañuelo que compartieron. Benedic le besó la frente y después se puso de pie para ofrecerle su brazo y llevarla al altar.

Timothy ya se encontraba en la iglesia junto a sus padres, lucía como era de esperarse, de punta en blanco, con esa elegancia que lo caracterizaba; estaba más apuesto de lo que generalmente se mostraba. Enfundado en un frac negro hecho a su medida, con el cabello engominado, que le daba un aspecto brillante y húmedo, sin rastro de barba en su rostro, una sonrisa radiante y la mirada ansiosa, que no se despegaba un segundo de la puerta.

El ambiente dentro de la iglesia Trinidad Episcopal, de New Haven era de alegría y expectativas, muchos invitados habían esperado esa unión desde hacía un buen tiempo, y en su mayoría se sorprendieron cuando les llegó la invitación. Nadie se esperaba que Brigitte Brown y Timothy Rumsfeld estuvieran a punto de casarse, después de una separación de tres años.

La nave lucía espléndida, decorada con lirios blancos, capullos de rosas rosadas y cintas de seda en un tono perlado; tal y como Brigitte había pedido que se hiciera. Los arreglos fueron puestos en cada una de las hileras de bancos de robles, donde estarían los invitados, lo que creaba una especie de pasillo de flores para la novia.

Como el interior del recinto era algo oscuro, por sus paredes recubiertas de terciopelo rojo burdeos y techos de color verde bosque, y la luz que entraba por las vidrieras Tiffany era muy poca, optaron por colocar también delicadas velas blancas en cada arreglo, que iluminaban y le aportaban calidez al estilo gótico del lugar.

De pronto, un rumor se dejó escuchar por todo el recinto, y un par de minutos después, la melodía de la marcha nupcial se esparcía desde los tubos del antiguo y extraordinario órgano, anunciando la llegada de la novia.

Timothy sentía que el corazón le saldría del pecho de lo rápido que latía, ancló su mirada en las puertas de la iglesia, a la espera de que se abrieran y así poder ver a la mujer de su vida.

En cuanto su mirada se posó en Brigitte, un cúmulo de sentimientos se apoderó de su ser; sus ojos se cristalizaron y la barbilla le tembló al tener que contener las lágrimas. Respiró profundo, sintiendo que si no se calmaba iba a terminar sufriendo un ataque al corazón; aunque si moría, lo haría de felicidad, al ver lo hermosa que lucía. Sentía que estaba viendo un ángel, el que había bajado desde el cielo para hacerlo dichoso.

La distancia se le estaba haciendo demasiado larga, era como si el tiempo se hiciera más lento a medida que ella avanzaba, y aunque estaba disfrutando de verla caminar hacia él, su mayor deseo era tenerla en frente, tocarla, mirarse en sus ojos y que el sacerdote los declarase marido y mujer.

A veces recordaba el pasado y se reprochaba por haber sido tan estúpido, por no haber dado ese paso hacía años; se hubiese ahorrado tanto dolor, y estaría inmensamente feliz a su lado, disfrutando junto a la familia que seguramente ya tendrían.

—Te amo —esbozó en cuanto se detuvo frente a él.

Brigitte sonrió emocionada por esa manera tan espontánea en como él ahora le expresaba su amor. Y las lágrimas que había estado conteniendo durante todo el camino hacia el altar bajaron pesadas por sus mejillas, y un suspiro trémulo escapó de sus labios.

—Creo que deberías esperar a que te haga entrega de mi precioso tesoro —comentó Benedic, un tanto divertido por la efusividad de su yerno.

—Sí, sí…, claro. —Sonrió mostrándose nervioso.

—Timothy Rumsfeld, dejo en tus manos mi princesa; espero que la hagas inmensamente feliz, porque no existe otra en este mundo como mi Brit —expresó emocionado, sintiendo que una vez más estaba a punto de llorar.

—Le prometo por mi vida que haré de Brigitte la mujer más feliz en el mundo —pronunció con seguridad.

Benedic asintió mientras juntaba las manos de ambos, le dio un beso en la mejilla a su hija y palmeó la de Timothy con un gesto cariñoso. Sonrió felizmente y después se alejó, para que la ceremonia diera inicio, mientras sentía que las emociones estaban a punto de rebasarlo otra vez. Después de todo, no mentían cuando decían que era un hombre muy sentimental, ciertamente lo era.

Las palabras del sacerdote resonaron por toda la nave, dándole la bienvenida a los invitados, y en especial a los novios, a quienes les pidió que se giraran hacia él y lo miraran, pues no dejaban de hacerlo entre ellos. El comentario causó la risa de todos los presentes y ayudó a que Brigitte y Timothy se relajaran, pues a pesar de estar allí, frente a ese altar, con sus manos entrelazadas, sentían que todo era tan perfecto; y temían que fuese a terminar siendo un sueño.

—Todo matrimonio debe basarse en el amor, porque aquel que ama profundamente a la persona que escogió para compartir su vida, también la respetará, confiará en ella y la apoyará en todos sus sueños; solo aquel que ame será sincero, hablará cuando deba hacerlo y escuchará en silencio cuando sea necesario. Quien ama nunca va a lastimar a la persona amada, porque el amor jamás estará unido al dolor, sino a la felicidad… —pronunciaba con su voz solemne mientras miraba a los ojos a los novios, a quienes conocía desde que eran muy jóvenes.

El hombre siguió con su sermón durante unos minutos, habló también de la importancia que tenía la familia, el apoyo que debían brindar en las crisis de pareja, para que la relación saliera airosa de las dificultades y lograse mantenerse fuerte. Pues aquello que Dios unía no podía ser separado por ningún juez o abogado, sino por su poderosa mano, cuando llamase a su lado a uno de los esposos. Dijo todo eso antes de dar paso a los votos que los futuros esposos debían entregarse.

Timothy fue el primero en tomar las manos de Brigitte entre las suyas, las acarició mientras sonreía y se obligaba a dejar de lado los nervios que lo torturaban. Parecía mentira que le resultara tan fácil dar clases en Harvard frente a cuarenta alumnos, y allí no pudiese hablar.

—Yo, Timothy…, quiero hoy, frente a Dios, nuestra familia y amigos, brindarte a ti Brigitte mi mano y pedirte que me acompañes a caminar juntos en esta vida, que olvides todo lo malo que pudo suceder en el pasado y me permitas amarte por el resto de mis días. —Timothy se detuvo para poder respirar, porque la voz comenzó a temblarle a causa de las lágrimas que le inundaban la garganta—. Porque cada vez que soñé con tener una familia pensaba en ti, siempre te deseé como mi esposa, la madre de mis hijos… Y hoy te pido que hagas realidad mi mayor sueño, que aceptes esta vida que te ofrezco, que quizás no vaya a ser perfecta, pero te prometo que será muy feliz.

Se llevó la mano de ella a los labios para darle un beso mientras la miraba fijamente con devoción, y una lágrima rodaba por su mejilla. Sintió la caricia de Brigitte al secarle el rastro de humedad, aunque ella misma se encontraba llorando y sonriendo, haciéndolo el hombre más feliz sobre la tierra.

—Yo, Brigitte… —Su voz se quebró por las emociones que la recorrían. Tuvo que hacer una pausa para intentar calmarse—. Lo siento padre…, estoy muy emocionada. —Se disculpó con el párroco, mostrándose apenada.

—Tranquila hija, respira. —Le aconsejó el hombre, dedicándole una sonrisa amable; ya estaba acostumbrado a que los novios se emocionaran de esa manera.

Brigitte asintió y miró a su prima, quien estaba cerca por ser su dama de honor. Margaret acudió en su ayuda y le extendió un pañuelo mientras sonreía. Rápidamente se limpió las lágrimas y le sonrió a Timothy.

—Yo, Brigitte…, te acepto a ti Timothy, como mi esposo y compañero, para caminar juntos de la mano por este sendero. Te prometo solo pensar en el presente y nuestro futuro, amarte cada día de mi vida y por toda la eternidad… Prometo ser tu amiga, la mejor esposa y madre. Sé que no será fácil, que puede que en algún momento las cosas se pondrán difíciles. Pero también sé que tendremos la fortaleza para luchar por nuestro amor, porque seré por siempre tuya, así como tú eres y serás por siempre mío.

Timothy asintió, reforzando su declaración, y una vez más le besaba el dorso de la mano mientras la miraba a los ojos y estos le gritaban que la amaba. Brigitte decidió mostrarle su amor y también le besó el dorso de la mano, al tiempo que lo veía fijamente, esperando que pudiese leer en su mirada cuánto amor había dentro de ella para él.

—Ejem, ejem —carraspeó el padre—. Mejor nos damos prisa, antes de que terminen besándose sin haberlos declararlo marido y mujer —comentó con una sonrisa, pues con los tiempos que corrían, pocas veces se veían parejas tan enamoradas como lo estaban esos dos.

Todos rieron en medio de las lágrimas que habían provocado los votos de los novios; incluso Margaret, quien aún no terminaba de llevarse bien con Timothy y quizás nunca lo haría dejó correr un par de lágrimas, emocionada por los dos.

Cuando ese lado sensible y soñador que existía en toda mujer se hizo presente, se encontró añorando tener un amor así, uno que soportase todo lo que había pasado su prima y que resultase triunfador, como el final de una película romántica.

—Con el poder que me confiere la Santa Madre Iglesia, los declaro marido y mujer, hasta que la muerte los separe… Ahora Timothy, puedes besar a tu esposa. —De ese modo el padre dio por

finalizada la ceremonia, mientras veía el beso que se entregaban los recién casados.

Timothy acunó el rostro de Brigitte entre sus manos y unió sus labios a los de ella en un beso tierno y amoroso; no hizo falta que fuese apasionado o que escandalizara a los presentes, porque solo bastaba un simple roce para que sus cuerpos se estremecieran, así como sus almas. Se separaron mirándose a los ojos, mientras sonrían sintiéndose inmensamente felices, como nunca antes lo habían sido. Él le ofreció su brazo y caminaron por el pasillo, rebosantes de orgullo, como el señor y la señora Rumsfeld.

La recepción estaba saliendo de maravilla, digna de ser reseñada en la prensa como la boda del año, y eso tenía a Karla flotando en una nube; aunque su mayor dicha era saber que su hija por fin se había casado con un hombre acorde a su posición, además de ser el que amaba y que seguramente le daría hermosos nietos muy pronto.

Ahora solo le restaba hacer que Margaret también se casara, y debía reconocer que Lorian Dumont era un excelente partido. Si bien no le gustaba mucho esa pasión por las carreras de autos, podía obviarlo, pues tenía un patrimonio considerable, lo que le daría a su sobrina la estabilidad que ella necesitaba; y a lo mejor, un futuro más prometedor en el mundo del diseño.

—Llegó la hora de lanzar el ramo —anunció mientras cruzaba sus dedos para que su sobrina lo atajase—. Vamos Maggie, ven conmigo para que ocupes tu puesto en la pista.

—¡Ay no tía, por favor! Esa tradición me parece un tanto ridícula, conseguir el ramo de la novia no le asegura el matrimonio a nadie. Si supiera cuántas lo han conseguido y aún siguen solteras… No, no, creo que deben tener colecciones en sus casas —comentó con sorna —. Mejor me quedo aquí y evito ser atropellada por una turba de solteronas —agregó negándose a levantarse.

—Nada de eso señorita, es la boda de tu hermana y no le harás este desprecio. Vienes conmigo —dijo tomándola del brazo para ponerla de pie.

—Ve mi amor, quizás contigo la tradición sí tiene efecto — pronunció Lorian con entusiasmo.

—Deja eso es mis manos Lorian —sentenció Karla con seguridad, mientras le sonreía al joven.

—Ustedes dos me dan miedo.

Margaret los miró con desconfianza, pero cuando quiso reaccionar ya ocupaba un lugar en la pista, rodeada por un montón de mujeres. El escándalo que estas hacían la aturdía, y pensó en escapar, pero su tía la miraba de manera amenazadora, dejándola sin escapatoria, por lo que tuvo que resignarse a seguir allí.

—¡Demonios! —exclamó al sentir un golpe en su cabeza, ella ni siquiera estaba mirando en dirección a Brigitte.

Tal vez por eso fue que no pudo esquivar el bendito ramo que luego de golpearla fue a parar a sus manos, mientras todas las mujeres a su alrededor la miraban con asombro y envidia.

Estuvo a punto de entregárselo a la que se veía más decepcionada por haberlo perdido, pero la algarabía de su prima y su tía le impidió hacerlo, así que solo sonrió y blandió el ramo, como si fuese algún tipo de trofeo.

—¡Qué maravilloso Margaret! Esto es una verdadera señal —expresó Karla abrazándola con emoción.

—Felicidades Maggie, te lo merecías más que nadie. Ya es hora de que también vayas detrás de tu felicidad. —Le susurró Brigitte al oído, mientras la abrazaba con fuerza.

—Gracias Brit, no te puedo asegurar nada, pero tal vez… No lo sé, tal vez me decida a emprender esta aventura. Aunque no por ahora, estamos bien así —confesó con algo de emoción en su voz y su mirada.

—Cuando tenga que ser será —aseguró con una sonrisa y la abrazó nuevamente.

—Felicidades amor —expresó Lorian abrazándola por la espalda y le besó la mejilla.

—Bueno querido, ya su hermosa novia tiene el ramo, ahora solo falta que le pongas un anillo en el dedo —mencionó Karla con una amplia sonrisa.

—¡Tía! Casi me siento como el ganado que es llevado a una feria para poner en venta —pronunció Margaret sintiéndose asombrada por el descaro de la señora.

—¡Ay por Dios! No seas exagerada, es solo un inocente comentario —dijo mostrándose casual.

—Sí, claro… Y tú no le hagas caso. —Le advirtió a su novio al ver que intentaba esconder su risa.

—Yo no he dicho nada —expresó levantando las manos en un gesto de rendición.

Sin embargo, cuando su novia dejó de mirarlo hizo su sonrisa más efusiva y le entregó un guiño cómplice a Karla; él también estaba loco por hacerla su esposa, y no tardaría mucho en proponérselo. Sobre todo ahora, que se quedaría sola en París, puesto que Brigitte se mudaría con su esposo a Nueva York al regresar de su luna de miel.

Finalmente llegaron a su destino y la hermosa fachada de estuco con sus característicos ventanales y su tono rosa les daba la bienvenida al famoso *Royal Hawaiian*, el hotel más visitados por los personajes más importantes de Los Estados Unidos. Subieron a la extraordinaria suite con vista al mar, tal y como Timothy la pidió, pues sabía que a su esposa le encantaba. El botones les abrió los ventanales, dejando entrar la suave brisa marina.

—¡Es hermoso! ¡Parece un paraíso! —expresó Brigitte embelesada con el paisaje, y de inmediato afloraron sus deseos de pintarlo.

—Será nuestro paraíso mi amor. —Timothy la abrazó por la espalda y comenzó a besarle el cuello.

—Me encanta, gracias por hacerme tan feliz Tim —dijo acariciando los brazos que le rodeaban la cintura y giró el rostro para besarlo.

Fueron interrumpidos por un llamado a la puerta, y antes de que el beso cobrara mayor intensidad se separaron y sonrieron de manera cómplice. Él se acercó para atender al hombre que se había anunciado con servicio a la habitación, abrió e invitó a pasar al caballero que les traía los cócteles de bienvenida. Le dio una propina y lo despidió.

—Brit, vamos a brindar —anunció mientras se acercaba con el par de copas y una gran sonrisa.

—¿Por qué brindaremos esta vez querido esposo? —inquirió acariciándole el pecho mientras recibía su copa.

—Por nosotros y por el amor que compartimos —respondió mirándola a los ojos.

—Por nosotros y nuestro amor —confirmó ella. Chocaron sus copas y luego le dio un pequeño sorbo, siempre se cuidaba con el alcohol—. Está delicioso.

—Sí, aunque no más que tú —expresó hundiendo su nariz en el cuello de Brigitte, para disfrutar de su perfume.

Se estuvieron besando un rato más, hasta que ella le sugirió darse una ducha, para aliviar el cansancio que les había dejado el viaje. Tendrían mucho tiempo para conocer cada rincón de ese lugar, así que dormir algunas horas no les haría mal; por el contrario, recargarían energías para salir a cenar y a bailar esa noche.

Sus planes se mantuvieron, incluso durante la ducha, cuando el deseo estuvo latente y en más de una ocasión los tentó para que se dejaran llevar por la pasión. Sin embargo, cuando Brigitte salió del baño envuelta en una bata y vio los chocolates que les habían dejado como bienvenida, se le ocurrió una idea.

Sonrió con picardía mientras se quitaba la bata y se tendía desnuda sobre la cama, luego agarró los chocolates y se los puso encima del pubis, sobre el vientre y en los senos. La ola de calor fue tan poderosa que la hizo jadear, segura de que en poco tiempo comenzaría a derretir el delicioso chocolate; debía darse prisa.

—Tim…, cielo, ven a la cama —pidió y su voz ya mostraba lo que el deseo hacía en su cuerpo.

—Enseguida voy —respondió dejando su cepillo de diente, se secó y salió.

Cuando la vio sonriendo, tendida en la cama completamente desnuda e invitándolo con la mirada, sintió que el corazón se le saldría del pecho, y toda la sangre de su cuerpo corrió como un torrente hacia un solo lugar en su anatomía. Su mujer era tan hermosa y provocativa que no había un solo instante en que no la deseara, en el que no se imaginara haciéndole el amor.

—¿Quieres chocolate? —preguntó ella al notar su silencio. Le encantaba esa mirada carnal que le dedicaba.

—Con todo mi ser —pronunció lo mismo que dijese tiempo atrás, cuando le ofreció chocolate de esa manera. Sonrió al ver que ella también lo hacía.

Se subió a la cama con cuidado y llevó su boca primero a uno de los senos de Brigitte, retirando con sus labios el bombón y al mismo tiempo chupando el suave pezón, que se veía como un botón de rosa sobre su piel blanca. Luego siguió con el otro, mientras disfrutaba de ese concierto de gemidos que ella le entregaba, de sus temblores y las caricias que sus pequeñas manos le daban en la espalda.

—¿Quieres que me los coma todos? —preguntó en un murmullo, a la vez que sus labios bajaban por el trémulo vientre de su esposa, para tomar uno más.

—Sí…, cómetelo todo —respondió refiriéndose no solo a los chocolates, mientras creaba un movimiento provocativo con sus caderas y lo invitaba a darle más.

—¿No quieres probar tú también algunos? Yo podría dártelos —sugirió con una sonrisa cargada de picardía, mientras le mordía suavemente la piel.

—Dejé algunos reservados para mí señor Rumsfeld —contestó guiñándole un ojo y sonriendo.

Él liberó una carcajada ante el ingenio de su mujer, sintiéndose tan complacido y feliz que ya no cuestionaba en pensamientos el que ella ahora fuera una mujer completamente desinhiba.

Lo que ocurrió durante el tiempo separados ya no importaba, pues ahora ella era solo suya, y todo su deseo y placer estaban en sus manos.

Bajó hasta llegar a ese rincón de Brigitte que lo enloquecía tanto como a ella, cuando le dedicaba toda su atención, cuando bebía hasta saciarse.

Su mujer temblaba mientras le pedía en silencio que la llevara al cielo, y él también se estremecía junto a ella, porque no había nada más poderoso que poseer a la mujer que se amaba, y eso lo sabía ahora, amaba a Brigitte Brown con toda su alma.

Epilogo

Un mes después…

Su idílica luna de miel había terminado, debían regresar al mundo real, aunque harían todo lo posible para que siguiese siendo igual de maravilloso a ese que habían creado en Hawái. Llegaron al aeropuerto de Nueva York, pues la popular «Gran Manzana» sería su nuevo hogar.

Timothy había conseguido convencer a Brigitte de mudarse a ese lugar, luego de llevarla una semana antes de la boda y mostrarle algunos apartamentos. Ella no se mostraba muy feliz con la idea, pero pensó en lo práctico que sería vivir en la ciudad. Sin embargo, su esposo no quiso revelarle cuál de todos los apartamentos que vieron había escogido, alegando que eso sería una sorpresa.

Subieron al auto rentado, pues no comprarían uno hasta estar instalados; la verdad era que Timothy ese día se mostraba muy misterioso, y cuando Brigitte le preguntaba el motivo, él solo sonreía y la besaba, pero no la miraba a los ojos, lo que le confirmaba que algo le ocultaba.

—¿Vamos a New Haven? —preguntó al ver que tomaba esa dirección y no la de Manhattan.

—¿Qué te parece si descansas y te despierto en cuanto lleguemos? —contestó con otra interrogante.

—O sea, que sí vamos a New Haven. Pensé que nos instalaríamos en nuestra casa hoy.

—Tenemos que buscar a un par de cachorritas.

—¡Es verdad! Tienes razón amor, Sissy y Nessa nos han debido extrañar muchísimo… ¡Qué pésima madre soy! Ya me había olvidado de ellas.

Timothy sonrió ante las ocurrencias de su esposa, trataba a las dos perritas como si fuesen unas niñas en lugar de unas mascotas. La

acercó a él para darle un beso en la frente y se la recostó en el hombro para que descansase, sabía que estaba agotada del vuelo.

Brigitte sonrió ante su gesto, suspiró y se dispuso a descansar; en verdad lo necesitaba, y esperaba que al llegar a casa de sus padres pudiera convencerlo de pasar la noche allí. Tampoco es que tuviera mucha prisa por internarse en la ajetreada rutina neoyorkina.

Estaba por dejar caer sus párpados cuando vio que una vez más Timothy se desviaba del camino, tomando uno de tierra que se internaba en el bosque de pinos; eso la sorprendió, y se irguió de inmediato, buscando su mirada.

—¿A dónde me llevas Timothy Rumsfeld? —preguntó con verdadero interés.

—Debí vendarte los ojos al salir del aeropuerto.

—¿Por qué tendrías que…?

La voz de Brigitte se esfumó al ver el hermoso lago que bordeaba el camino y brillaba con las últimas luces del día. Ese lugar era realmente hermoso.

—Mira Brit. —Le pidió al ver que estaba concentrada en la apacible masa de agua, pero no había notado la presencia de la casa que estaba al final del camino.

—¡Oh por Dios Tim! —exclamó sintiendo cómo su corazón se desbocaba ante la sospecha que la embargó.

Él estacionó frente a la bella estructura revestida con paneles de madera lacada de blanco, amplios ventanales y techos de teja gris, que casi daba la impresión de estar suspendidas sobre las cristalinas aguas del lago Spring.

—Bienvenida a nuestro hogar señora Rumsfeld —anunció mientras la ayudaba a bajar del auto, sonriendo de felicidad al ver su mirada brillante.

—Espera un momento…, pero ¿y qué pasó con los apartamentos que vimos y lo de vivir en Manhattan? —cuestionó, dejando de lado por un minuto el embeleso que había provocado en ella ese lugar.

—Sé que no estabas muy convencida de vivir en un lugar tan ajetreado; aparte de que todos los que vimos eran tan pequeños, que no nos imaginaba criando a una familia en ellos; además, hemos vivido muchos años en apartamentos, creo que llegó la hora de tener

una casa como esta, que podamos sentir realmente como un hogar —respondió mientras la miraba a los ojos y caminaba agarrado de la mano con ella hacia la puerta.

—Tim…, esto es un sueño, es… es maravilloso. ¡Hasta tenemos un lago! No puedo creerlo amor… Es perfecta. Muchas gracias por esto, no te imaginas cuán feliz me haces —comentó sonriéndole.

—Me alegra que así sea, porque es nuestra, aquí criaremos nuestros hijos y a las dos traviesas. ¡Y espera a que veas el interior! —dijo sacando un juego de llaves de su bolsillo y abrió la puerta.

—Me muero por hacerlo —pronunció y estaba a punto de cruzar el umbral cuando él la detuvo—. ¿Qué sucede?

—Debemos respetar la tradición señora Rumsfeld.

Sonrió con efusividad al tiempo que la cargaba, recibiendo en respuesta un grito mezcla de sorpresa y emoción por parte de su esposa. Atravesaron la puerta juntos, viéndose a los ojos, casi hasta hacer que sus miradas se fundieran y sus corazones latieran al mismo ritmo.

Se acoplaron en un beso profundo y rebosante de todo ese amor que sentían, ese que hacía que su mundo fuese perfecto solo por estar juntos y por tener la certeza del amor que los unía.

—¿Me llevarás en brazos hasta nuestra alcoba? —inquirió sintiendo que ese beso había despertado el deseo que sentía por él y que no parecía acabarse nunca.

—Lo haré —respondió Timothy, deseando hacerlo en ese preciso instante, pero primero había un lugar que quería que ella viera junto a él—, pero antes quiero que veas un par de lugares más.

—¡Vamos entonces! —expresó con entusiasmo—. ¡No! ¡Espera! Bájame —pidió riendo al ver que él pretendía llevarla así por toda la casa.

—Pensé que querías…

—Nada de eso señor Rumsfeld, quiero caminar por este lugar… Aunque dejaré que me cargues una vez más cuando vayamos a conocer nuestra habitación.

Timothy asintió riendo y la puso de pie, le dio un sonoro beso en los labios, después la agarró de la mano y la llevó con él hacia la

habitación que hizo que escogiera esa casa, porque fue como si le gritase que Brigitte sería feliz allí.

Entraron a la habitación con puertas corredizas, que bien podían estar abiertas, creando un espacio unido al resto de la casa.

Lo primero que enamoró a Brigitte fue la vista que tenía esa habitación, era sencillamente increíble, se podía ver la entrada del lago en toda su extensión y el bosque de pinos que lo rodeaba, y podría apreciar gracias al triangulo que hacían tres puertas de cristal que daban a la terraza.

Ella caminó hasta la que estaba en el medio, como hechizada por el paisaje; y sonrió, imaginando lo hermoso que sería plasmar en una pintura lo que sus ojos veían.

—Cuando entré a esta habitación la primera vez pensé que tal vez te gustaría como estudio.

—Es maravilloso Tim…, es mucho más de lo que alguna vez llegué a soñar —expresó con emoción.

—Espera, falta algo… —dijo encaminándose hasta una esquina y tomó el cuadro que había comprado de ella—. Sé que tienes mucho talento Brigitte, siempre lo supe. Es por eso que deseo que sigas pintando, que continúes creando obras como esta. —Le dio la vuelta para mostrárselo.

—¡Una de mis pinturas! —exclamó sorprendida.

—Sí, la compré en la exposición de París, antes de… Bueno, la vi y al instante la imaginé colgada en nuestro hogar, por eso la compré.

—Tim… —susurró ella emocionada, con las lágrimas desbordando sus ojos.

—Siempre que pensaba en un hogar, también pensaba en ti. Nunca pude imaginármelo junto a otra mujer… Jamás, porque mi corazón solo te quería a ti, siempre te quiso a ti. Creo que en ese aspecto fue más inteligente que mi cerebro —bromeó, pues sentía que también se pondría a llorar.

—Tenías un cerebro muy tonto y obstinado Timothy Rumsfeld —dijo riendo y lo besó en los labios—. Yo también fui una cobarde e ingenua, que pensaba que ser feliz era la ausencia de problemas y complacerte en todo.

—No eras una cobarde —refutó sus palabras, no quería que ella siguiera considerándose de esa manera.

—Sí, lo era Timothy, pero ahora sé que ser feliz es mucho más que eso, es saber afrontar los momentos difíciles y superarlos, es decir la verdad siempre, sin importar que esta nos hiera; porque es mejor eso a vivir rodeados de mentiras; y sobre todo, es perdonar, para liberarnos de la tristeza, para poder amar plenamente, como deseo amarte por el resto de mi vida.

—Como también deseo hacerlo yo. Quiero entregarte todo de mí, quiero hacerte feliz cada día y que sepas que aún queda mucho de nosotros por vivir.

—Sí, nos queda mucho, y cada día habrá más y más de nosotros —mencionó sonriendo con la mirada brillante.

Agarró la mano de Timothy y la llevó a su vientre, diciéndole con ese gesto que una parte de los dos ya crecía dentro de su vientre. Aunque no se había hecho ningún examen que lo confirmara ella lo sabía, podía sentirlo y no quería seguir callándolo.

Lo vio palidecer al comprender lo que eso significaba, también abrir la boca para hacerle la pregunta que seguía, pero su voz no salió; lo que la hizo sonreír y solo asintió en silencio, mientras lloraba de felicidad y le rodeaba el cuello con los brazos para besarlo.

—Seremos padres señor Rumsfeld —anunció con toda la emoción que algo así representaba para ella.

—Yo… yo… —Timothy rompió en llanto y se abrazó a ella, sintiéndose el hombre más feliz de la tierra.

Ella también perdió la voz a causa de la emoción y se movió para besarlo, deseando perderse en esos ojos que tanto adoraba. Fue secando el rastro de lágrimas con sus labios, al ver que él también hacía lo mismo con ella; luego se quedaron mirando en silencio por un largo rato.

Había momentos en los que las palabras no alcanzaban para expresar lo que se sentía, y ese era uno de ellos; ya no hacían falta, porque los dos sabían que se amaban profundamente, y eso les bastaba para ser felices.

FIN